

Wilkie Collins

El secreto
de Sarah

Lectulandia

El secreto de Sarah es una investigación alrededor de un secreto celosamente guardado en una mansión, la Torre de Porthgenna, de la que la doncella Sarah Leeson huye el mismo día del fallecimiento de su señora. Quince años después, la existencia del secreto llega a oídos de Rosamond, en ese momento señora de Porthgenna, quien se empeñará en descubrirlo. Como sucede en las mejores obras de Collins, por *El secreto de Sarah* desfilan personajes impagables: la propia Sarah, cuyas desdichas son interminables; el excéntrico y misántropo Andrew Treverton; su impertinente criado Schrowl; Leny, el marido ciego; o el plúmbeo Mr. Phippen, un individuo que recuerda a los inefables Bouvard y Pécuchet. Maestro del suspense, artífice de argumentos laberínticos y sin embargo trepidantes, Collins en *El secreto de Sarah*, se revela una vez más como el gran fundador de la novela de intriga y misterio.

Lectulandia

Wilkie Collins

El secreto de Sarah

ePUB v1.1

Oxobuco 15.09.12

más libros en lectulandia.com

Título original: *The Dead Secret*

Wilkie Collins, 1857.

Traducción: M^a Cristina Graell

Diseño/retoque portada: Oxobuco

Editor original: Oxobuco (v1.0 a v1.1)

Corrección de erratas: Oxobuco

ePub base v2.0

PREFACIO

The Dead Secret hizo su primera aparición ante los lectores por entregas, semana tras semana. Una vez completada, se reimprimió en dos volúmenes. Tras haberse agotado dicha edición, la historia sale a la luz pública en la presente forma.

Al haber ejercitado mi mano con anterioridad en una serie de relatos breves (recogidos e impresos como *After Dark* y *The Queen of Hearts*), me arriesgué por primera vez, en este libro, a intentar crear una obra de ficción ininterrumpida, de aparición periódica durante una serie de semanas. La experiencia resultó satisfactoria tanto en este país como en Norteamérica. Dos de los personajes que aparecen en estas páginas —Rosamond y el tío Joseph— han tenido la fortuna de encontrar amigos que se encariñaran con ellos por doquier. Un personaje de esta historia trazado de un modo mucho más elaborado —Sarah Leeson— ha sido, creo, menos entendido en general. La idea de representar, en este personaje, la influencia de una grave responsabilidad en una mujer de naturaleza tímida, cuya mente no era ni tan fuerte como para soportarla ni tan valiente como para rehuirla, me atraía por aquel entonces y me sigue atrayendo tanto, que personalmente concedo a Sarah Leeson el lugar de honor en la pequeña galería de retratos que contiene mi historia. Quizás, al afirmar esto, sólo esté reconociendo, en otras palabras, que los padres de familias literarias comparten con los padres en general las consabidas incongruencias y a veces quieren irracionalmente al hijo que siempre les ha dado mayores problemas.

No está de más observar aquí una objeción crítica que surgió, en determinados ambientes, en contra de la composición de la narración. Se me acusaba de permitir que el lector vislumbrara el «secreto» al principio de la historia en vez de dejarle en total oscuridad hasta el final. Si esto fuera un error (lo que me atrevo a dudar), lo he cometido a sabiendas. Después de meditarlo cuidadosamente, y después de hacer la prueba de ambas maneras, creí que lo más deseable era dejar que el efecto de la historia dependiera más de la esperanza que de la sorpresa, convencido de que el lector estaría mucho más interesado en contemplar el avance de Rosamond y su esposo hacia el descubrimiento del secreto, si previamente poseía en sus manos alguna pista del misterio. Por lo que puedo juzgar, a partir de las opiniones que me han llegado a través de varios canales, esta peculiar concepción del relato ha ofrecido a una gran diversidad de lectores uno de los especiales atractivos del libro.

Puedo añadir, como conclusión, que *The Dead Secret* ha sido admirablemente vertido al francés por Monsieur E. D. Forgues, de París. La única dificultad, que ni el experto traductor ni nadie más ha demostrado ser capaz de superar, se presentaba, aunque parezca mentira, en el título inglés. Cuando la obra se publicó en París, su nombre se vio obligado a acortarse como *El secreto*, porque no se pudo encontrar en francés el equivalente de la expresión tan inglesa de «dead secret».

Wilkie Collins
Harley Street, Londres,
Enero de 1861.

Wilkie Collins

LIBRO PRIMERO

CAPÍTULO I

Veintitrés de Agosto de 1829

—Me pregunto si pasará de esta noche.

—Mira el reloj, Mathew.

—¡Las doce y diez! Ha pasado ya de esta noche, Robert. Ha vivido para ver diez minutos de un nuevo día.

Estas palabras fueron pronunciadas en la cocina de una casa de campo muy grande situada en la costa oeste de Cornwall. Quienes hablaban eran dos de los criados que formaban parte de la servidumbre del Capitán Treverton, oficial de la Armada y el representante de mayor edad de una antigua familia de Cornwall. Los sirvientes se comunicaban entre sí murmurando, cohibidos; estaban sentados el uno cerca del otro y miraban hacia la puerta con curiosidad y expectación cada vez que decaía el diálogo entre ellos.

—¡Es horrible —dijo el hombre más viejo— que estemos aquí los dos, solos, en este momento sombrío, contando los minutos de vida que le quedan a la señora!

—Robert —dijo el otro—, has estado sirviendo aquí desde que eras un niño. ¿Sabías que la señora era una actriz cuando el señor se casó con ella?

—¿Cómo te enteraste de eso? —inquirió el criado más viejo, que era el más sarcástico.

—¡Chitón! —exclamó el otro, levantándose rápidamente de su silla.

En el pasillo repicó una campanilla.

—¿Es para alguno de nosotros? —preguntó Mathew.

—¿Todavía no eres capaz de distinguir el sonido de cada campanilla? —exclamó Robert desdeñosamente—. Esa campana es para Sarah Leeson. Sal al pasillo y mira.

El criado más joven cogió una vela y obedeció. Abrió la puerta de la cocina y, desde la pared de enfrente, le saltó a la vista una larga fila de campanillas. En cada una de ellas estaba pintado, en letras negras, el cargo del criado a quien la campanilla aludía, y con la que era requerido personalmente. La hilera de letras empezaba con Ama de Llaves y Mayordomo, y terminaba con Ayudante de Cocina y Mozo.

Al seguir las campanillas con la mirada, Mathew notó enseguida que una de ellas todavía se movía. Encima de ésta estaba escrita la palabra Doncella. La observó atentamente y anduvo rápidamente hasta el final del pasillo. Allí llamó a una vieja puerta de roble. Al no obtener respuesta, abrió la puerta y miró dentro de la habitación. Estaba oscura y vacía.

—Sarah no está en el cuarto del ama de llaves —dijo Mathew al regresar a la cocina junto a su colega.

—Entonces es que se ha ido a su habitación —replicó el otro—. Ve arriba y dile

que la llama la señora.

En el momento en que Mathew salía, la campana repicó de nuevo.

—¡Deprisa! ¡Deprisa! —gritó Robert—. Dile que la señora la manda ir a ella y sólo a ella. La quiere ver a ella —dijo para sí mismo en tono más bajo—, quizás por última vez.

Mathew subió tres tramos de escalera, bajó atravesando una galería arqueada y llamó a otra antigua puerta de roble. Esta vez obtuvo respuesta de la habitación. Una voz baja, clara y dulce preguntó quién era. Y, en cuatro palabras, precipitadamente, Mathew le dio el recado. Antes de que pudiera añadir nada, la puerta se abrió rápida pero silenciosamente, y Sarah Leeson se plantó ante él, en el umbral, con una vela en la mano.

A pesar de que no era ni alta, ni guapa, ni joven; de que era tímida e indecisa, y de que vestía de un modo sencillo e incluso vulgar, la doncella era una mujer a la que resultaba imposible mirar sin un sentimiento, si no de interés, sí al menos de curiosidad. Pocos hombres, después de echarle un primer vistazo, podrían haberse resistido al deseo de averiguar quién era; pocos hombres se hubiesen conformado con la respuesta: es la doncella de la señora Treverton; pocos se hubiesen abstenido de intentar averiguar para sí alguna secreta información que pudieran deducir de su cara y su actitud; pero ninguno, ni siquiera el más paciente y experimentado de los observadores, podría haber descubierto cosa alguna, excepto que Sarah Leeson había pasado el dolor de un gran calvario en alguna etapa anterior de su vida. Su actitud, y sobre todo su cara, hablaban de lamentos y tristeza, como queriendo expresar: tal vez en otro tiempo os hubiese gustado ver lo que fue esta ruina que soy ahora, esta ruina que jamás podrá ser restaurada y que irá a la deriva, hasta alcanzar la orilla fatal, hasta que las Olas del Tiempo engullan estas reliquias mías, para siempre. Esto es lo que decía la cara de Sarah Leeson, sólo eso.

Si los dos hombres hubieran querido adivinar su pasado probablemente no se hubiesen puesto de acuerdo acerca de la naturaleza del sufrimiento que esta mujer había padecido. Era difícil decir, en principio, si ese dolor que había dejado en ella una huella imborrable había aquejado a su cuerpo o a su alma. Pero cualquiera que fuese la naturaleza de su aflicción, el rastro que había dejado era visible, profundamente visible en todas y cada una de las partes de su cara.

Sus mejillas habían perdido la tersura y el color natural. Sus labios, de formas delicadas y con una flexibilidad singular en sus movimientos, se habían marchitado y mostraban una palidez enfermiza. Sus ojos, grandes y negros, se hallaban aún más oscurecidos por unas pestañas de un espesor pocas veces visto, y habían adquirido una mirada asustadiza y llena de ansiedad, una mirada invariable que expresaba con ternura la agudeza de su sensibilidad y su dolor. Las huellas de pena, o de dolor, que había en ella eran muy distintas a las de la mayoría de las víctimas de algún

sufrimiento mental o físico. Pero había algo todavía más extraordinario en su caso: su pelo había experimentado un cambio poco natural: a pesar de ser suave y favorecedor como el de una jovencita, lo tenía gris como el de una vieja: y esto contradecía de un modo sobrecogedor los signos de juventud que quedaban aún en su rostro. A pesar de lo mustia y pálida que estaba su cara, nadie que la mirara podría haber supuesto ni por un momento que esa cara perteneciera a una mujer mayor. Porque, por más quebrado que estuviese su color, no había ni una sola arruga en sus mejillas. Y, aun a pesar de esa permanente expresión suya de timidez e inseguridad, conservaba todavía en los ojos el brillo y la húmeda claridad que no pueden encontrarse ya en la mirada de una anciana. La piel de su sien tenía la delicadeza y la suavidad de la de un niño. Esta clase de señales, que nunca engañan, venían a demostrar que la doncella se hallaba, por lo que respecta a la edad, en la plenitud de su vida. Si bien estaba envejecida por la pena y la enfermedad, de ojos para abajo era una mujer que no aparentaba más de treinta. Pero de ojos para arriba, su pelo gris, unido a su cara, resultaba, más que incongruente, absolutamente sobrecogedor: hasta tal punto que no sería una paradoja afirmar que, si se lo hubiese teñido, hubiese logrado parecer más natural, más ella misma. En su caso, se podía realmente afirmar que el Arte era la verdad. Porque la Naturaleza parecía, ciertamente, lo falso.

¿Qué conmoción había encanecido su pelo, en la exuberancia de su madurez, con ese rasgo que provenía de algún pasado cruel? ¿Había sido una enfermedad grave, o un terrible disgusto, lo que había vuelto gris su cabello en la plenitud de su feminidad? Los miembros de la servidumbre andaban inquietos haciéndose estas preguntas, sintiéndose siempre agobiados por las peculiaridades de su aspecto físico. Por otra parte, sospechaban de ella por esa inveterada costumbre suya de hablar sola. Pero a pesar de sus pesquisas, su curiosidad se veía siempre frustrada. No era posible averiguar nada más acerca de Sarah Leeson, excepto que no podía ni mencionársele el tema de su pelo gris y su costumbre de hablar sola. Además, la señora hacía ya mucho tiempo que había prohibido a todo el mundo, de su marido para abajo, que perturbasen la tranquilidad de su criada con preguntas inquisitivas.

Durante un instante, en esa mañana trascendental del veintitrés de agosto, Sarah Leeson permaneció muda ante el criado que le avisaba que debía acudir al lecho de muerte de su señora. La luz de su vela brillaba sobre sus grandes y asustados ojos negros y sobre su pelo, exuberante y de aquel inhumano color ceniciento. Permaneció en silencio unos instantes. Sostenía el candelabro con mano temblorosa. El apagador estaba suelto y repiqueteaba sin cesar. Sólo al final dio las gracias al criado por haberla avisado. En su voz había confusión y miedo, pero, a medida que iba hablando, brotaba la dulzura. Ni siquiera su desasosiego podía enturbiar su habitual amabilidad y su delicada y atractiva feminidad. Como todos los otros criados, Mathew desconfiaba oscuramente de ella y no le tenía ninguna simpatía, seguramente

porque era distinta del común de las doncellas. Pero esta vez, cuando ella le dio las gracias, se sintió como conquistado por su actitud y su tono. Así que se ofreció a llevarle el candelabro hasta la puerta del dormitorio de la señora. Ella movió la cabeza y le dio las gracias de nuevo; después, pasó delante de él y abandonó rápidamente el corredor.

La habitación en la que la señora Treverton agonizaba estaba en el piso de abajo. Sarah dudó un par de veces antes de llamar a la puerta. Entonces, el Capitán Treverton la abrió.

Al verle, ella retrocedió. Ni siquiera el susto que le hubiera dado un portazo la hubiese podido hacer retroceder con esa rapidez y esa expresión de sobresalto. Nada había en la expresión del Capitán Treverton que pudiera justificar recelo alguno de malos tratos, o que él fuera de la clase de personas que hablan con crudeza. Era un hombre de rostro amable, sincero y campechano. En ese rostro, ahora, había un reguero de lágrimas.

—Pasa —dijo él, volviendo la cara—. No desea ser atendida por la enfermera. Sólo te quiere a ti. Llámame si el doctor... —La voz le tembló y, sin intentar terminar la frase, salió apresuradamente.

En lugar de entrar en la habitación de la señora, Sarah Leeson siguió al señor con mirada atenta, mientras sus mejillas, ya pálidas de por sí, adquirían una blancura mortecina, y sus ojos, un ávido, vacilante e inquisitivo signo de terror. Cuando el caballero hubo desaparecido por la esquina de la galería, Sarah se mantuvo fuera un momento, junto a la puerta de la habitación de la enferma, y susurró temerosamente para sí misma: «¿Habrà podido decírselo?». Luego abrió la puerta, no sin esforzarse visiblemente por recuperar el dominio de sí misma y, después de demorarse recelosamente un momento en el umbral, pasó adentro.

El dormitorio de la señora Treverton era una habitación grande y majestuosa situada en el ala oeste de la casa, por lo que tenía vistas al mar. La lamparilla que quemaba junto a la cama mostraba, más que atenuaba, la oscuridad de los rincones del cuarto. La cama, un modelo pasado de moda, tenía pesados colgantes y gruesas cortinas corridas a su alrededor. Del resto de objetos de la alcoba sólo los más grandes y sólidos eran lo suficientemente prominentes para poder ser vistos a través de la opacidad de la luz. Los armarios, el ropero, el espejo de cuerpo entero, el sillón de respaldo alto, todos ellos, ante la magnitud informe de la cama, no podían más que alzarse a la vista de forma onerosa y melancólica. Los demás objetos estaban fundidos en la oscuridad reinante. A través de la ventana abierta —para que entrase el aire fresco de esa nueva mañana, después de una bochornosa noche de agosto— se derramaba monótonamente sobre la habitación el rumor apagado, mudo y distante de la marejada sobre la arena de la costa. En esa primera hora oscura de la mañana, todos los demás ruidos del exterior permanecían en un inmóvil silencio. Dentro de la

habitación, el único sonido perceptible, con una claridad pavorosa, era la lenta y fatigosa respiración de la moribunda, sobreponiéndose incluso, desde una fragilidad mortecina a la estruendosa respiración que salía del seno del mar eterno.

—Señora —dijo Sarah Leeson, permaneciendo cerca de las cortinas pero sin descorrerlas—, el señor ha salido de la habitación y me ha enviado a mí para que me quede.

—¡Luz! Quiero más luz.

Había extenuación en su voz, la extenuación propia del enfermo terminal, pero aun así su acento era firme en comparación con el tono vacilante con que Sarah había hablado. Incluso en ese breve intercambio de palabras a través de la cortina del lecho de muerte se ponía de manifiesto la naturaleza fuerte de la señora y la naturaleza débil de la criada.

Con mano vacilante Sarah encendió dos velas y las situó en una mesa cerca de la cama; por un momento permaneció quieta, mirando alrededor tímida y suspicazmente, y sólo entonces descorrió las cortinas.

La enfermedad de la que la señora Treverton se estaba muriendo era una de las más terribles enfermedades que afligen a la humanidad, una que afecta especialmente a las mujeres y que va minando la vida sin que, en la mayoría de los casos, aparezcan visiblemente en la cara las marcas corrosivas de su curso. Posiblemente nadie que no estuviera enterado podría haber imaginado, cuando la sirvienta descorrió la cortina, que la señora estaba ya de vuelta de toda la ayuda que los conocimientos acerca de la muerte le podían ofrecer. Las leves marcas de la enfermedad en su cara, los cambios inevitables en la redondez y el gracejo de su perfil casi ni se notaban al lado de toda la luz, la delicadeza y la belleza que todavía conservaba, maravillosamente, de su primera juventud. Allí yacía su rostro, en la almohada, dulcemente encuadrada por el rico encaje de su sombrero, suavemente coronada por su pelo castaño y brillante: a todas luces la cara de una mujer hermosa recuperándose de una leve enfermedad, o reposando después de alguna fatiga poco habitual. Ni siquiera Sarah Leeson, que la había observado todo el tiempo que había durado la enfermedad, podía apenas creer, al mirar a su señora, que las Puertas de la Vida se habían cerrado tras ella y que la mano señalatoria de la Muerte la apuntaba ya desde las Puertas de la Tumba.

Había sobre la colcha algunos libros forrados con papel. Tan pronto como se descorrió la cortina, la señora Treverton le ordenó a su sirvienta con un gesto que los apartara. Eran obras de teatro, a veces subrayadas con tinta y con anotaciones en los márgenes que hacían referencia a entradas, salidas y lugares del escenario. Los criados, que seguían hablando en el piso de abajo acerca de la profesión de la señora antes de casarse, no habían recibido una información errónea. Su señor, después de haber pasado la flor de su juventud, había, ciertamente, sacado a su esposa del oscuro escenario de algún teatro de provincias cuando habían transcurrido poco más de dos

años desde su primera aparición en público. Los viejos textos de teatro, llenos de dobleces, habían sido en otro tiempo su atesorada biblioteca; sentía apego por ellos por los viejos recuerdos que le traían; y, durante la última etapa de su enfermedad, habían permanecido en su cama, juntos, día tras día.

Sarah guardó las obras de teatro y volvió con la señora; con una expresión más de terror y aturdimiento que de pena en su cara, entreabrió sus labios para hablar. La señora Treverton alzó su mano, como señalando que todavía le quedaba una orden que dar.

—Echa el cerrojo —dijo, con la voz desfallecida pero con esa misma firmeza en el acento que había marcado tan sorprendentemente esa primera vez en que había solicitado tener más luz en la habitación—. Echa el cerrojo. No dejes entrar a nadie hasta que yo te lo diga.

—¿A nadie? —repitió Sarah, lánguidamente—. ¿Tampoco al médico? ¿Ni siquiera al señor?

—Al médico tampoco. Ni siquiera al señor —dijo la señora Treverton, y señaló la puerta. La mano se alzó, laxa. Pero incluso ese movimiento efímero no podía ser tomado por otro gesto que uno de dominio.

Sarah echó el cerrojo, regresó vacilando al lado de la cama, fijó inquisitivamente sus ojos, grandes, ávidos y espantados, en el rostro de su señora y, de repente, inclinándose sobre ella, le susurró:

—¿Se lo ha dicho al señor?

La respuesta fue:

—No. Lo he hecho llamar para decírselo; he intentado de veras articular las palabras. Se me ha revuelto lo más profundo del alma sólo de pensar cuál era el mejor modo de romper el hielo. ¡Estoy tan enamorada de él! ¡Le quiero tanto! Pero a pesar de eso debería haberle hablado. Si él no hubiese hablado del niño... ¡Sarah! No hizo otra cosa que hablar del niño, y no pude decir nada.

Ignorando su posición social de un modo tan extraordinario que hubiese resultado sorprendente hasta para la más indulgente de las damas, Sarah se dejó caer sobre la silla cuando la señora Treverton pronunciaba la primera palabra de su respuesta, se puso las manos, temblorosas, sobre la cara, y bramó para sí misma: «¡Ay, que va a pasar, que va a pasar ahora!»

Los ojos de la señora Treverton se habían humedecido al hablar del amor que sentía por su marido. Permaneció unos minutos en silencio; alguna fuerte emoción que obraba en su ser se traducía en una rápida, difícil y laboriosa respiración, y en una dolorosa contracción de sus cejas. Poco después, inquieta, volvió la cabeza hacia la silla donde estaba sentada su criada y habló de nuevo, esta vez con una voz que se ocultaba tras un susurro.

—¡Busca mi medicina! —dijo—. La necesito.

Sarah se levantó y, con la rapidez instintiva de la obediencia, se secó las lágrimas que le caían veloces por las mejillas.

—El médico —dijo—. Voy a llamar al médico.

—¡No! La medicina, busca la medicina.

—¿Qué frasco? ¿El del opiáceo?

—No, el opiáceo no. El otro.

Sarah cogió una botella de la mesa y, leyendo atentamente las instrucciones de la etiqueta, dijo que todavía no era hora para una nueva toma de esa medicina.

—Dame el frasco.

—¡Ay, no me pida eso! ¡Por el amor de Dios, espere! El médico dijo que si tomaba mucho era peor que el aguardiente.

Los ojos claros y grises de la señora Treverton empezaron a centellear; el rosado rubor de sus mejillas se hizo más intenso; con dificultad, la mano se alzó de nuevo desde la colcha donde reposaba.

—Saca el tapón del frasco —dijo— y dámelo. Quiero fuerza. Aunque me muera en una hora o en una semana. Dame el frasco.

—¡No, no, el frasco no! —dijo Sarah, mientras, a pesar de todo, influenciada por la mirada de su señora, se lo entregaba—. Quedan dos dosis. Espere, por el amor de Dios, espere a que le traiga un vaso.

Se volvió de nuevo hacia la mesa. En ese mismo instante, la señora Treverton alzó la botella hasta sus labios, bebió hasta la última gota y después la arrojó sobre la cama.

—¡Se ha suicidado! —gritó Sarah corriendo aterrorizada hacia la puerta.

—¡Quieta! —dijo con más firmeza que nunca la voz desde la cama—. ¡Quieta! Vuelve aquí e incorpórame un poco sobre los cojines.

Sarah puso la mano sobre el cerrojo.

—¡Vuelve! —reiteró la señora Treverton—. Mientras me quede vida se me obedecerá. ¡Vuelve aquí! —El color de su cara subió ostensiblemente de tono, y en sus ojos, ampliamente dilatados, la luz brillaba cada vez más.

Sarah regresó; con manos temblorosas añadió un cojín a los muchos que sostenían cabeza y hombros de la moribunda. Esto hizo que la ropa de cama se descompusiera un poco. La señora Treverton se estremeció y tiró de ella hasta ponerla en su lugar, alrededor de su cuello.

—¿Le has quitado el cerrojo a la puerta?

—No.

—Te prohíbo que vuelvas a acercarte a ella. Coge mi carpeta, la pluma y el tintero del armario que está junto a la ventana.

Sarah fue al armario y lo abrió; luego se detuvo, como si una repentina sospecha hubiese cruzado su mente, y preguntó para qué quería el recado de escribir.

—Tráelo y lo verás.

Situó la carpeta, sobre la que había papel de carta, encima de las rodillas de la señora Treverton; la pluma fue sumergida en la tinta y le fue entregada; hizo una pausa, cerró los ojos durante un minuto y suspiró profundamente; entonces comenzó a escribir y, al rozar la pluma el papel, le dijo a su doncella:

—Mira.

Sarah se asomó con ansiedad por encima de su hombro y pudo ver como la pluma, lenta y descaecida, formaba estas palabras: *A mi marido*.

—¡Ay, no, no! Por amor de Dios, no lo escriba —exclamó asiéndose a la mano de la señora para soltarla de repente después de una sola mirada de la señora Treverton.

La pluma continuó escribiendo y, más lenta, más débil, formó palabras suficientes para llenar una línea. Luego se detuvo. Las letras de la última sílaba estaban emborronadas.

—No le escriba —repitió Sarah, cayendo sobre sus rodillas al lado de la cama—. Si no es capaz de decírselo, no se lo escriba. Déjeme que siga cargando con lo que ya hace tanto tiempo que vengo cargando. Que el secreto muera con usted, que muera conmigo, y que en este mundo no sea conocido jamás. ¡Jamás, jamás, jamás!

—El secreto debe ser contado —respondió la señora Treverton—. Es necesario que mi marido lo sepa, debe saberlo. He tratado de decírselo y me ha faltado valor. No confío en que tú se lo digas cuando yo ya no esté. Tiene que ser por escrito. Coge tú la pluma; la vista me falla, no siento la mano. Coge la pluma y escribe lo que te diga.

En lugar de coger la pluma, Sarah escondió la cara en la colcha y lloró amargamente.

—Has estado siempre conmigo, desde mi boda —prosiguió la señora Treverton—. Más que mi sirvienta, has sido mi amiga. ¿Te niegas a cumplir mi último deseo? ¿Te niegas? ¡Tonta! Levanta la mirada y escúchame. Niégate a coger la pluma, si te atreves. Escribe, o no hallaré descanso en mi tumba. ¡Escribe, o tan cierto como que hay un Cielo encima nuestro que vendré a ti desde el otro mundo!

Sarah se levantó con un grito ahogado.

—¡Me pone la piel de gallina! —murmuró mientras clavaba la vista en la cara de su señora con una horrible mirada llena de superstición.

En ese mismo instante, la sobredosis del medicamento estimulante empezó a hacer efecto en la mente de la señora Treverton. Movía sin cesar la cabeza de lado a lado de la almohada —repitiendo vagamente unas líneas de uno de sus libros de teatro que ya no estaban en la cama— y de repente le ofreció la pluma a su criada con un gesto teatral y mirando hacia arriba, hacia un palco imaginario lleno de espectadores.

—¡Escribe! —exclamó con un remedo horroroso de la voz que antaño llenaba los

escenarios—. ¡Escribe! —y la débil mano volvió a agitarse en una mala imitación de algún viejo gesto teatral.

Cerrando sus dedos mecánicamente sobre la pluma, que se hallaba situada entre ellos, Sarah, todavía con la expresión de terror supersticioso en su mirada a causa de las palabras de su señora, esperó la siguiente orden. Pasaron algunos minutos antes de que la señora Treverton hablara de nuevo. Aún conservaba sus sentidos lo suficiente como para ser vagamente consciente del efecto que la medicina le estaba produciendo y tener el deseo de combatir su evolución antes de que pudiera lograr confundir totalmente sus ideas. Primero pidió las sales y después un poco de colonia.

Esta última, vertida sobre su pañuelo y aplicada sobre su frente, pareció mejorar parcialmente sus facultades. Sus ojos recuperaron la calma de su inteligente mirada, y cuando se dirigió de nuevo a su criada, reiterando la palabra «escribe», logró enfatizar la orden usando un tono sereno, deliberado y definitivo, comenzando inmediatamente a dictar. Sarah derramó rápidamente unas lágrimas, sus labios murmuraron fragmentos de frases en las que las plegarias, las expresiones de penitencia y los gemidos de miedo estaban extrañamente mezclados; pero continuó escribiendo sumisamente, con líneas torcidas, hasta que casi había llenado del todo las dos caras de la hoja. Entonces la señora Treverton hizo una pausa, echó una ojeada a lo escrito y firmó al final. Con este esfuerzo, su capacidad de resistencia a los efectos de la medicina pareció desfallecer de nuevo. El intenso rubor comenzó a aparecer otra vez en sus mejillas, y cuando le devolvió la pluma a su criada habló deprisa y con inquietud.

—¡Firma! —exclamó, batiendo débilmente su mano sobre la ropa de cama—. ¡Firma: Sarah Leeson, testigo! ¡No, escribe cómplice! Compártelo conmigo. No cargaré yo sola con ello. ¡Firma, insisto! ¡Firma como te digo!

Sarah obedeció y la señora Treverton, quitándole el papel, lo señaló solemnemente, volviendo al gesto teatral del que se había desprendido un poco antes.

—Le darás esto al señor —dijo—, cuando yo muera; y responderás cualquier pregunta que él te haga contando la verdad como lo harías si estuvieras ante un tribunal.

Rodeando las manos de la señora rápidamente, Sarah la observó por primera vez con una mirada serena y, también por primera vez, le habló en tono tranquilo.

—Si supiera que mi muerte sirve para algo, qué feliz me haría cambiarme por usted.

—Prométeme que le entregarás el papel al señor —repitió la señora Treverton—. ¡No me lo prometas! No confío en tu palabra. ¡Quiero tu juramento! Trae la *Biblia*, la que utilizó el pastor esta mañana. Tráela, o no hallaré descanso en mi tumba. Tráela, *o vendré a buscarte desde el otro mundo*.

La señora reía mientras repetía esa amenaza. La criada se puso a temblar mientras

obedecía la orden, que pretendía impresionarla.

—Sí, sí, la *Biblia* que utilizó el sacerdote —prosiguió vagamente la señora Treverton, después de que el libro le fuera mostrado—. El sacerdote, un pobre hombre, débil, le he asustado, Sarah. Ha dicho: «¿Estás en paz con todo el mundo?», y yo le he dicho: «Con todos menos con uno». Ya sabes quién.

—¿El hermano del Capitán? Ay, no muera enemistada con nadie. No muera enemistada ni siquiera con él —rogó Sarah.

—El capellán dijo lo mismo —murmuró la señora Treverton, mientras su mirada empezaba a vagar puerilmente por la habitación y el tono de su voz se volvía repentinamente más bajo y más confuso—. «Debes perdonarle», dijo el capellán. Y yo he dicho «No, perdono a todo el mundo pero no al hermano de mi marido». El capellán, Sarah, se levantó de al lado de la cama, asustado. Dijo que rezaría por mí y que volvería. ¿Volverá?

—¡Sí, sí! —respondió Sarah—, es un buen hombre, volverá. ¡Ay, y dígame que perdona al hermano del Capitán! Esas palabras soeces que le dedicó cuando se casó se volverán contra él algún día. ¡Perdónele, perdónele antes de morir!

Al decir esas palabras intentó apartar con suavidad la *Biblia* de la vista de su señora. Este gesto atrajo la atención de la señora Treverton, que puso de nuevo sus cinco sentidos en el presente.

—¡Alto! —exclamó, con un destello de su antigua determinación brillando una vez más en la mortecina tenebrosidad de sus ojos. Con gran esfuerzo se agarró a la mano de Sarah, la puso sobre la *Biblia* y la sujetó allí. Su otra mano tanteó un poco por encima de la colcha hasta que encontró el escrito dirigido a su marido. Sus dedos agarraron el papel y de sus labios salió un suspiro de alivio.

—¡Ah! —dijo—. Ya sé para que quería la *Biblia*. Me estoy muriendo en posesión de toda mi presencia de ánimo; no puedes decepcionarme todavía. —Se detuvo de nuevo, sonrió levemente y murmuró veloz para sí misma—: ¡Espera, espera, espera! —y añadió en voz alta, con la voz y el gesto teatral de otros tiempos—: ¡No! No me fío de tu promesa. Te tomaré juramento. Arrodíllate. ¡Éstas son mis últimas palabras en este mundo. Desobedécelas si te atreves!

Sarah se desplomó sobre sus rodillas junto a la cama. Afuera, la brisa se hizo en ese momento más fuerte con el lento avanzar de la mañana. Apartó un poco las cortinas de la ventana y entró, alegremente, un suspiro de dulce fragancia en la habitación de la enferma. El denso golpear del distante murmullo de la marea entró en ese mismo momento, derramando su incansable música en una melodía más alta. Entonces, las cortinas de la ventana se corrieron de nuevo pesadamente, la ondeante y trémula luz de la vela retornó a su quietud, y la habitación se hundió más profundamente que nunca en un horrible silencio.

—¡Júralo! —dijo la señora Treverton. La voz le falló en cuanto hubo pronunciado

esa palabra. Se esforzó un poco, recuperó su capacidad de expresarse y prosiguió—: Jura que no destruirás este papel después de que yo muera.

Aun cuando pronunciaba estas solemnes palabras, aun en esa última disputa por la vida y por recobrar sus fuerzas, el inextirpable instinto teatral mostró, con terrible impropiedad, cuán firmemente se conservaba en su mente. Sarah sintió cómo la fría mano que todavía estaba posada sobre la suya se alzaba durante un momento; vio como se acercaba temblando hacia ella y como descendía de nuevo y rodeaba la suya con una presión temblorosa y cargada de impaciencia. A esa última súplica, respondió ya sin ánimo:

—Lo juro.

—Jura que no te llevarás este papel si te vas de esta casa después de mi muerte.

Sarah hizo una pausa antes de responder —de nuevo la temblorosa presión se hizo sentir en su mano, pero esta vez más débilmente— y de nuevo las palabras se derramaban temerosamente de sus labios.

—Lo juro.

—¡Júralo! —insistió por tercera vez. De nuevo la voz le falló y luchó en vano para recuperar el poder sobre ella.

Sarah levantó la mirada y vio como una incipiente convulsión empezaba a desfigurar el pálido rostro, vio como los dedos de la blanca y delicada mano se doblaban mientras alcanzaban la mesa donde se hallaban los frascos de las medicinas.

—Se lo ha bebido todo —exclamó Sarah, alzándose cuando hubo comprendido el significado de ese gesto—. Señora, querida señora, se lo ha bebido todo; sólo queda el opiáceo. Déjeme ir, déjeme ir y avisar...

Una mirada de la señora Treverton la detuvo antes de que pudiera pronunciar otra palabra. Los labios de la moribunda se movían rápidamente. Sarah apoyó el oído sobre ellos. Al principio solamente oyó breves suspiros, una respiración jadeante y, luego, unas palabras rotas mezcladas confusamente:

—Yo no he hecho... debes jurar... cerca, cerca, acércate... una tercera cosa... el señor... promete que... lo... darás.

Muy suavemente se desvanecieron aquellas últimas palabras. Los labios que las habían estado formando tan laboriosamente de repente se separaron y no se volvieron a cerrar. Sarah saltó hacia el pasillo pidiendo ayuda; luego volvió corriendo al lado de la cama, agarró la hoja de papel en la cual había escrito lo que la señora le había dictado, y la escondió en su pecho. Mientras hacía esto, una última mirada de los ojos de la señora Treverton se fijó sobre ella con la dureza de un reproche, y su semblante se mantuvo invariable durante un momento de incertidumbre, en una distorsión efímera de sus facciones. Pasó ese momento y, en el siguiente, el espectro que antecede a la presencia de la muerte hurtó y apagó, en un silencioso instante, toda luz de vida en su cara.

El médico, seguido de la enfermera y de uno de los criados, entró en la habitación; apresurándose, desde un lado de la cama comprendió de un vistazo que allí sus cuidados habían finalizado para siempre. Se dirigió primero al criado que le había seguido.

—Ve al señor —dijo— y ruégale que me espere en su habitación hasta que yo pueda ir y hablar con él.

Sarah permanecía sin moverse ni hablar, y sin fijarse en nadie, junto a la cama.

La enfermera, acercándose para correr las cortinas, echó una ojeada al aspecto de su cara y se volvió hacia el doctor.

—Creo que sería mejor que esta persona abandonara la habitación, señor —dijo la enfermera, con cierto desdén en el tono y la mirada—. Parece que está aterrorizada por lo que ha sucedido.

—Ciertamente —dijo el médico, tomando a Sarah por el brazo—, mejor será que se retire. Le recomiendo que nos deje un momento. Ella se encogió con suspicacia, alzó una de sus manos hacia el lugar de su pecho donde se hallaba escondida la carta y la apretó firmemente mientras alargaba la otra hacia una vela.

—Mejor será que descanse un rato en su habitación —dijo el doctor mientras le daba una vela—. Pero, espere —prosiguió después de reflexionar un momento—. Voy a darle la triste noticia al señor y puede ser que esté ansioso por oír las últimas palabras que la señora Treverton hubiese podido pronunciar en su presencia. Quizás sea mejor que venga usted conmigo y aguarde mientras entro en la habitación del Capitán Treverton.

—¡No, no! ¡Ahora no, ahora no, por el amor de Dios! —Mientras decía precipitadamente esas palabras en tono bajo y suplicante, y retrocedía aterrorizada hacia la puerta, Sarah desapareció sin esperar a que volvieran a hablarle.

—¡Una mujer extraña! —dijo el médico dirigiéndose a la enfermera—. Sígala a ver a dónde va, quizás la necesitemos y tengamos que mandar a buscarla. Esperaré aquí hasta que regrese.

Cuando volvió la enfermera no informó de nada excepto de que había seguido a Sarah Leeson hasta su habitación, que la había visto entrar y había oído como echaba la llave a la puerta.

—¡Una mujer extraña! —repitió el médico—. De esa clase de mujeres calladas, misteriosas.

—De esa mala clase —dijo la enfermera—. Siempre habla sola, y eso es mala señal, creo yo. No me he fiado de ella desde el primer día que pisé esta casa.

CAPÍTULO II

La niña

En el instante mismo en que hubo echado el cerrojo a la puerta de su dormitorio, Sarah Leeson sacó la hoja de papel de su pecho —estremeciéndose mientras la tocaba, como si el mero contacto con ésta le produjera dolor— la dejó abierta sobre el tocador y fijó ansiosamente la mirada sobre las líneas que contenía. Al principio solamente vio letras que se movían y se mezclaban delante de ella. Se frotó los ojos y volvió a mirar la carta.

Ahora podía ver claramente todas las letras: con una claridad perfecta; pero a medida que se fue adentrando en ellas, comenzó a verlas espermáticamente grandes. Ahí estaba, escrito, el nombre del destinatario: «A mi marido»; ahí estaba, debajo, la primera línea, ávidamente escrita por la señora con caligrafía mortecina, y ahí estaban, también, las líneas que la seguían, de su propio puño y letra y con unas rúbricas al final: la de la señora Treverton, primero, y a continuación la suya. No había más de cuatro frases, escritas sobre un pedazo de papel tan frágil que la llama de una vela lo hubiese consumido en un momento. Y aun así, ahí estaba ella sentada, leyendo y leyendo sin alzar la mirada del papel; sin siquiera tocarlo, excepto cuando se hizo absolutamente necesario pasar la primera hoja. Sin moverse, sin hablar. Del mismo modo que un condenado leería su sentencia de muerte, así leía ahora Sarah Leeson las pocas líneas que ella y la señora habían escrito no hacía ni media hora.

La razón oculta por la cual la carta le producía ese efecto paralizante en su mente no se hallaba tanto en la carta misma como en las circunstancias en las que ésta había sido escrita.

El juramento que la señora Treverton había exigido, bajo ninguna otra influencia que la del capricho de sus facultades perturbadas, alimentadas por el vago recuerdo de frases y escenas teatrales, había sido aceptado por Sarah Leeson como el más sagrado e inviolable de cuantos compromisos pudiera jamás adquirir. La amenaza de que iba a exigirle la obediencia a sus últimas órdenes desde más allá de su tumba, amenaza que la señora había proferido burlescamente aprovechándose del miedo supersticioso de la criada, pendía ahora lúgubramente sobre la anonadada mente de Sarah, como una sentencia que en cualquier momento de su vida podía descender sobre ella, visible e inexorablemente. Cuando al fin pudo recobrase, apartó el papel y se alzó sobre sus pies, permaneciendo inmóvil por un instante antes de aventurarse a mirar detrás suyo. Luego, por fin, levantándose no sin esfuerzo, examinó desconfiadamente la vacía oscuridad de los rincones más lejanos de la habitación.

Su vieja costumbre de hablar sola surgía ahora de nuevo, mientras andaba rápidamente a lo largo y ancho de la habitación. Repetía incesantemente frases

entrecortadas, algo así como: «¿Podré darle la carta? Un amo tan bueno; tan amable con todos nosotros. ¿Por qué se ha muerto y me lo ha dejado todo a mí? Yo sola no me atrevo; es demasiado para mí». Repitiendo una y otra vez estas frases se lanzó a la frenética actividad de ordenar las cosas de la habitación, a pesar de que ya estaban perfectamente ordenadas. Todas sus miradas, todos sus movimientos, no hacían sino confirmar que su mente debilitada era incapaz de mantener la entereza bajo el peso de una gran responsabilidad.

Ordenó y reordenó una docena de veces los objetos de porcelana barata que había en la repisa de la chimenea: puso el acerillo en el espejo, y después en la mesa que había frente a éste; del aguamanil cambió la posición de la bandeja y la fuente de porcelana: primero las puso a un lado de la bacina, después al otro, y finalmente las dejó en el mismo lugar donde las había encontrado. A pesar de la futilidad de sus movimientos, a pesar de lo inútil e innecesario de su absurda actividad, nada impidió que durante el transcurso de ésta la gracia natural, la delicadeza y el aseado comportamiento lleno de remilgos de Sarah se mantuvieran incólumes. No tiró nada al suelo ni colocó nada torcido por rápidos que fuesen sus pasos, que no hacían ruido, y cuando guardó sus vestidos no fue sino ordenándolos cuidadosa y decorosamente, como si estuviese a plena luz del día y las miradas de todos los vecinos puestas en ella.

De vez en cuando, las frases que murmuraba confusamente para sí misma cambiaban de sentido. Pronunció algunas palabras aisladas que venían a expresar lo que parecían pensamientos más atrevidos, como si pretendiera invocar confianza en sí misma. Pero en lugar de eso, y en contra de su propia voluntad, le vinieron pensamientos que la urgían a acercarse de nuevo al tocador y a la carta abierta que había sobre él. Leyó en voz alta la dedicatoria: «A mi marido»; luego sujetó la carta con firmeza, y dijo decididamente: ¿Por qué tengo que dársela? ¿Por qué no puedo dejar que el secreto muera con ella y conmigo, como debe ser? ¿Que él debe saberlo? ¡Pues no lo sabrá!

Al decir estas últimas palabras puso desesperadamente la carta a un centímetro de la llama de la vela. En ese mismo instante, el aire fresco encontró una hendidura en el marco de la ventana, vieja y desencajada, y la cortina blanca se movió un poco. A muy poca distancia, Sarah observó como ondeaba suavemente de un lado a otro. De repente, se llevó con las dos manos la carta al pecho y se apoyó en la pared de la habitación. No había apartado de la cortina la mirada ni por un instante, y ahí seguía ahora, atrapada y con la misma expresión vacía y el mismo horror en sus ojos que cuando la señora Treverton la amenazó con exigir su obediencia desde el otro mundo.

—Algo se mueve —dijo para sí, jadeando—. Algo se mueve en esta habitación.

La cortina se movió otra vez lentamente, de un lado a otro. Sin apartar la mirada de ella, se fue deslizándose por la pared hasta alcanzar la puerta.

—¿Ya está usted aquí? —dijo con los ojos todavía clavados sobre la cortina mientras con una mano palpaba la llave de la cerradura—. ¿Cuando su tumba aún no ha sido cavada; cuando el ataúd no está aún acabado, cuando no está frío aún su cuerpo?

Abrió la puerta y se escurrió rápidamente por el pasillo. Entonces se detuvo un momento y miró detrás suyo, hacia la habitación.

—¡No se preocupe! —dijo—. No se preocupe, señora, el señor tendrá la carta.

La lámpara de la escalera la guió al salir del pasillo. Bajó rápidamente, temiendo tal vez regalarse un respiro para pensar, y al cabo de uno o quizás dos minutos había llegado hasta el estudio del Capitán Treverton, que se hallaba en la primera planta. La puerta estaba abierta de par en par. Miró, y vio que dentro no había nadie. Después de pensarlo un poco, encendió la lámpara del estudio con una de las velas que había en la mesa del pasillo, y subió de nuevo por las escaleras hasta llegar al dormitorio del señor. Llamó a la puerta varias veces y, tras no obtener respuesta, se decidió a entrar. La cama estaba intacta y las velas no habían sido encendidas: le pareció, incluso, que nadie había entrado en la habitación en toda la noche.

Recordó otro lugar donde podía buscarle: el dormitorio, donde su esposa yacía muerta. Pero ¿sería capaz de reunir el coraje suficiente para entregarle la carta? Vaciló durante un instante, y luego murmuró:

—Tengo que hacerlo, tengo que hacerlo.

Descendió un pequeño tramo de las escaleras, con la resolución de los que saben a dónde quieren ir. Bajó lentamente, asiéndose con cuidado a la barandilla, y deteniéndose en cada escalón para tomar aire. Llegó hasta la puerta de la que había sido la habitación de la señora Treverton, y se detuvo. Mientras dudaba, antes de atreverse a llamar, la enfermera abrió la puerta y le preguntó a Sarah, grosera y suspicazmente, qué era lo que andaba buscando.

—Quiero hablar con el señor.

—Búscales en otro lado. Hace media hora estaba aquí. Pero ya no está.

—¿Sabe adónde ha ido?

—No, no me gusta husmear en lo que hacen los demás. Yo me ocupo de lo mío.

Tras esa descortés respuesta, la enfermera cerró de nuevo la puerta. Sarah se apartó unos pasos y, sin demorarse un segundo, miró hacia el final del pasillo. Enseguida vio que la puerta de la habitación de la nodriza estaba entreabierta, y que del interior surgía el resplandor tenue de una vela.

Sin dudarlo un instante se asomó, y vio que la luz provenía de una habitación interior que, como ella sabía muy bien, estaba ocupada por la nodriza y por la única criatura de la casa: una niña pequeña llamada Rosamond, que debía tener por entonces unos cinco años.

—¿Estará ahí, en esa habitación? Con todas las habitaciones que hay en la casa,

¿estará precisamente en ésa?

Con la misma rapidez con que terminó de cruzar su mente este pensamiento, Sarah alzó la carta que hasta entonces llevaba en la mano, la llevó hasta el escote y la escondió por segunda vez: exactamente del mismo modo en que lo había hecho la primera vez, cuando se había levantado junto a la cama de la señora.

Entró a hurtadillas en el cuarto que se utilizaba como habitación para niños y llegó hasta la puerta de la habitación interior. Para satisfacer un capricho de la niña habían hecho construir una entrada arqueada, enmarcada por una celosía de colores alegres, en un intento por imitar la entrada de una casa de verano. Dos preciosas cortinas de algodón estampado, colgando tras la celosía, constituían la única barrera que había entre la parte que se solía utilizar de día y el dormitorio. Una de estas cortinas estaba recogida formando ondas, y hacia ella avanzaba ahora Sarah, después de haber dejado precautoriamente la vela en el pasillo.

Lo primero que le llamó la atención en la habitación de la niña fue la figura de la niñera: estaba reclinada en el sillón, junto a la ventana, y dormía profundamente. Después de este descubrimiento se aventuró a adentrarse un poco más en la habitación. Entonces vio al señor; ahí estaba, sentado, dándole la espalda a la niñera, junto a la cuna de la niña. La pequeña Rosamond ya estaba despierta y de pie, y ahora se abrazaba al cuello de su padre. En una de las manos con las que le rodeaba el cuello tenía la muñeca con la que había dormido, y la otra estaba enredada cariñosamente en el pelo del padre. La niña había estado llorando amargamente y se había desahogado, de modo que ya sólo emitía algunos gemidos muy de vez en cuando, mientras su cabeza descansaba sobre el pecho de su padre.

Los ojos de Sarah se inundaron de lágrimas cuando vieron al señor y las pequeñas manos que rodeaban su cuello. Se demoró junto a la cortina recogida, ajena al riesgo que corría, cada segundo que pasaba, de ser descubierta e interrogada. Se demoró hasta que oyó cómo el Capitán Treverton le decía dulcemente a la niña:

—¡Rosie, amor mío, no llores más! ¡No llores más, mi amor! Deja de llorar por tu pobrecita mamá. Piensa en tu pobrecito papá, e intenta consolarle.

Aun siendo tan sencillas, y aun siendo pronunciadas tan tierna y suavemente, éstas palabras parecieron despojar repentinamente a Sarah Leeson del menor dominio de sí misma. Sin preocuparse ya de si la podían o no oír, se volvió hacia el pasillo, y corrió del mismo modo que si alguien la persiguiera para matarla. Pasó junto a la vela que había dejado a la entrada, pero apenas la vio; enseguida alcanzó las escaleras, y bajando por ellas con precipitación temeraria llegó hasta la cocina. Allí se encontró con uno de los sirvientes que, incorporándose con expresión de susto y estupor, le preguntó a Sarah qué estaba sucediendo.

—No me encuentro bien. Estoy mareada y necesito aire —respondió ella, pronunciando espesamente las palabras y mostrándose confusa—. Abre la puerta del

jardín y déjame salir.

El hombre obedeció, pero no sin un enorme recelo, como pensando que la mujer no sabía lo que se hacía.

—Cada día está más rara —le dijo a su colega cuando regresó para sentarse junto a él, justo después de que Sarah terminara de pasar como una exhalación por delante de ellos en busca de aire libre—. Ahora que la señora ha muerto supongo que tendrá que buscarse otro sitio. Yo, desde luego, no me voy a poner a llorar cuando se vaya. ¿Y tú?

CAPÍTULO III

Ocultando el secreto

El aire tibio y dulce del jardín rozó, refrescándola, el rostro de Sarah, y pareció también calmar la violencia de su agitación. Giró y tomó un camino que llegaba hasta una terraza, y ahí se detuvo a observar la iglesia del pueblo vecino.

Afuera, el día ya clareaba. La luz neblinosa y rojiza que llega pacífica y adorable poco antes del amanecer, empezaba a alzarse por detrás del horizonte de la ciénaga y sobre toda la inmensidad del cielo de levante. La vieja iglesia y su cementerio, rodeado por un seto de mirtos y fucsias de una exuberancia que sólo podía verse en Cornwall, se fueron volviendo más diáfanos y luminosos a la vista casi con la misma celeridad con que iba clareando el cielo de aquella mañana. Sarah apoyó pesadamente sus brazos sobre el respaldo de un banco y volvió la cara hacia la iglesia. Después de observarla, recorrió con la mirada el cementerio que había junto a ella; su mirada reposó en él y pudo ver cómo la luz se volvía más y más cálida sobre el solitario refugio donde los muertos reposan.

—¡Ay, mi corazón, mi corazón! —dijo—. ¿De que estará hecho para no haberse roto?

Permaneció reclinada sobre el banco durante un rato, mirando tristemente hacia el patio de la iglesia y reflexionando acerca de las palabras que el Capitán le había dirigido a su hija y que Sarah había podido oír. Empezó a relacionar esas palabras con la carta escrita en el lecho de muerte de la señora Treverton y, de repente, pareció que todo empezaba a tener sentido. Sacó la carta de su escote una vez más y la apretó furiosamente entre sus dedos.

—¡Todavía la tengo entre mis manos! ¡Y sólo yo la he visto! —dijo mientras bajaba la mirada hacia las arrugadas páginas—. ¿He de cargar yo con toda la culpa? Si ella estuviese viva, si hubiese visto lo que yo he visto, escuchado lo que yo he escuchado, ¿desearía todavía que le entregase la carta?

Cuando terminó de atormentarse con esas ideas su mente pareció paralizarse. Cabizbaja, se apartó un poco del banco. Anduvo entre la maleza, por un camino serpenteante que daba un rodeo desde la parte este de la casa hasta la parte norte.

El lado norte del edificio hacía más de medio siglo que permanecía deshabitado y en total abandono. En los tiempos del padre del señor Treverton, todas las habitaciones de ese lado de la casa habían sido despojadas de sus más valiosos cuadros y muebles, que fueron llevados a las habitaciones del oeste, donde, ahora, completaban y embellecían la decoración de la única parte habitable de la casa, de por sí suficientemente amplia para toda la familia y para hospedar a cuantos invitados pudieran acudir a quedarse con ellos. En su origen, la casa se construyó de forma

rectangular y fue dotada de una sólida fortificación. Pero de las numerosas defensas, sólo una permanecía en pie: una torre poderosa y baja que se alzaba en la parte más meridional de la fachada oeste. Debido a ella, y al nombre del pueblo, la casa era conocida como Torre de Porthgenna. El lado sur estaba constituido por establos y casas de labranza situados enfrente de un muro en ruinas que, formando ángulos rectos, se prolongaba hasta juntarse con el lado norte, completando así la forma rectangular del edificio.

Debajo de las habitaciones del norte había un jardín abandonado y lleno de hierba: los muchos años que habían pasado desde que el último ser humano había puesto sus pies en él conferían a todo el conjunto un aspecto desolador. En algunas ventanas los cuadretes de vidrio estaban rotos, y en otras cubiertos de una capa espesa de polvo y suciedad. Mientras que unas persianas permanecían cerradas a cal y canto, otras estaban medio abiertas. La indómita hiedra y la exuberante vegetación que crecía en las grietas del muro de piedra, las guirnaldas que formaban las telarañas, los escombros de madera, ladrillos, yeso, vidrios rotos, harapos y jirones de trapos sucios que había debajo de las ventanas, daban fe de la historia de un abandono. La parte ruinoso de la casa estaba situada en la sombra, lo que contribuía a darle un aspecto misterioso, gélido y tormentoso, incluso en esa soleada mañana de agosto en la que Sarah Leeson se hallaba extraviada por el desértico jardín. Perdida en el laberinto de sus propios pensamientos, pasó lentamente junto a los semilleros, que hacía ya tiempo que habían echado raíces, y luego por un camino de grava cubierto de hierbas: mientras sus ojos vagaban, mecánicamente, por todo el panorama, sus pies la llevaban, también mecánicamente, por dondequiera que hubiese la huella de un sendero, y hacia dondequiera que ese sendero fuera a parar.

De la impresión causada por las palabras que el señor había pronunciado en la habitación de la niña le quedaba ahora, por decirlo de algún modo, un sentimiento de acorralamiento; de él nació entonces un impulso de coraje moral que la llevaría a tomar una resolución desesperada y definitiva. El torrente incesante de sus ideas hizo que se fuera recogiendo sobre sí misma, escondiéndose del mundo exterior, extraviándose cada vez más y más lentamente por las veredas del desamparado jardín: hasta que, sin darse cuenta, se detuvo en una pieza del terreno donde todavía podía verse que en otros tiempos había habido un césped bien cuidado, y desde donde podían contemplarse las deshabitadas habitaciones del ala norte.

—Al fin y al cabo, ¿qué me obliga a darle la carta al señor? —se dijo a sí misma, mientras alisaba el papel en la palma de su mano como en una ensoñación—. La señora murió antes de hacerme jurar que la entregaría. ¿Si mantengo las promesas que juré respetar, y solamente esas, por qué habría de regresar desde el otro mundo? Siempre y cuando me ciña estrictamente a todos los compromisos que adquirí por mi juramento, ¿no valdría acaso la pena arriesgarme a cuánto pueda ocurrirme, incluso

en el peor de los casos?

Dejó sus razonamientos a un lado. Aun estando fuera de la casa a plena luz del día, sus miedos supersticiosos continuaban ejerciendo su influencia sobre ella del mismo modo que lo habían hecho en la oscuridad de su habitación. Se entregó a la tarea de alisar la carta una vez más y a recordar el solemne compromiso que la señora Treverton le había obligado a contraer.

¿A qué se había comprometido realmente? A no destruir la carta, y a no llevársela consigo si abandonaba la casa. Aparte de eso, el deseo de la señora Treverton había sido que la carta debía serle entregada a su marido. ¿Ese último deseo comprometía a la persona a quien le había sido confiado? Sí. ¿Era ese compromiso tan fuerte como un juramento? No.

Después de llegar a esta conclusión, miró hacia arriba.

Al principio, sus ojos descansaron ociosamente en la solitaria y desértica fachada norte de la casa; poco a poco se fueron sintiendo atraídos por una ventana concreta, exactamente la que estaba situada en medio del primer piso: la más grande y lúgubre de toda la hilera. De repente, su mirada brilló con una expresión de inteligencia. Se levantó; sus mejillas se inundaron de un rubor pálido y se acercó diligentemente a la pared de la casa.

El marco de la gran ventana, cuyo color era un amarillo añadido de polvo y suciedad, estaba decorado con una fantasía de telarañas. Debajo había un montón de basura esparcida sobre el mantillo seco de lo que en otro tiempo puede que fuera un lecho de flores o matas. La forma del lecho estaba todavía marcada por un lindero flanqueado de cizaña y hierba exuberante. Lo siguió irresolutamente por todo su contorno, mirando arriba, hacia la ventana, a cada paso; se detuvo cerca de ella, debajo, y echó una ojeada a la carta que llevaba en su mano: entonces, de repente, se dijo a sí misma:

—¡Me arriesgaré!

Y mientras las palabras salían de sus labios, regresó apresuradamente hacia la parte habitada de la casa y, cuando llegó al piso donde se encontraba la cocina, anduvo por el pasillo hasta la habitación del ama de llaves. Entró, y de un clavo de la pared cogió un manojito de llaves con un marbete de marfil asido a la anilla que las unía, en el que una inscripción decía: «Llaves de las Habitaciones del Ala Norte».

Puso las llaves sobre el escritorio que había junto a ella, cogió una pluma y, en la cara en blanco de la carta que la señora le había dictado, añadió rápidamente estas líneas:

«Si alguien encuentra alguna vez este papel (y rezo con todo mi corazón para que eso nunca ocurra), quiero decir que he tomado la decisión de esconderlo porque las palabras que contiene no me atrevo a enseñárselas al señor, a quien van dirigidas. Al

hacer lo que ahora me propongo hacer, estoy actuando en contra de los últimos deseos de la señora: no estoy rompiendo el solemne compromiso que ella, en su lecho de muerte, me obligó a contraer. El compromiso me prohíbe destruir esta carta, o llevármela conmigo si dejo esta casa. No haré ni lo uno ni lo otro; mi propósito es ocultarla en un lugar donde pienso que casi no existe la posibilidad de que pueda ser hallada. Cualquier penalidad o desgracia que pueda venir como consecuencia de este engañoso proceder mío, recaerá sobre mí. Por lo que respecta a las demás personas afectadas, creo de todo corazón que serán más felices si el espantoso Secreto que esta carta contiene permanece oculto.»

Puso su firma bajo esas líneas, las apretó apresuradamente sobre el secante que había en la mesa junto al resto de material de escritura, dobló la hoja, la puso en su mano y entonces, atrapando el puñado de llaves mientras dirigía una mirada a su alrededor como si temiera estar siendo observada secretamente, abandonó la habitación. Desde que había entrado en ella todos sus movimientos habían sido apresurados; evidentemente tenía miedo de permitirse un momento de sosiego en el que pudiera reflexionar.

Al dejar la habitación del ama de llaves se fue hacia la izquierda, subió por unas escaleras que había en la parte trasera y abrió una puerta que había en la parte más alta. Una nube de polvo le cayó encima mientras la abría suavemente; y un helor enmohecido la hizo temblar mientras cruzaba un ancho pasillo de piedra de cuyas paredes colgaban algunos retratos de familia, oscuros y tan viejos que los lienzos, desconchados, se salían de los marcos. Subió más escaleras y llegó hasta una hilera de puertas: cada una de ellas correspondía a una de las habitaciones del primer piso del lado norte de la casa.

Dejó la carta cerca, en el suelo de madera, y se arrodilló ante el ojo de la cerradura de la cuarta puerta contando desde el final de las escaleras; miró desconfiadamente por el agujero durante un instante, y después empezó a probar las distintas llaves hasta que encontró una que encajaba. No le fue fácil lograrlo, pues las manos le temblaban, hasta el extremo de que era casi incapaz de mantener una llave separada de las demás. Al cabo de un buen rato logró abrir la puerta. Cuando se hizo visible el interior de la habitación salieron de ella unas nubes de polvo todavía mayores que las anteriores: una atmósfera irrespirable, seca y sofocante a punto estuvo de ahogarla cuando se agachó a recoger la carta del suelo. Al principio se apartó de ella y retrocedió unos pasos hacia la escalera, pero enseguida recobró el ánimo.

—¡Ahora no puedo echarme atrás! —se dijo desesperadamente. Y entró en la habitación.

No permaneció en ella más de dos o tres minutos. Cuando salió, su cara estaba

pálida del miedo, y la mano con la que había sostenido la carta al entrar en la habitación ahora no sostenía otra cosa que una pequeña llave oxidada.

Después de echar el cerrojo a la puerta, examinó el puñado de llaves que había cogido de la habitación del ama de llaves más detenidamente que nunca. Además del marbete de marfil asido a la anilla que las unía había otros rótulos más pequeños, que indicaban las habitaciones a las que daban acceso. La llave en concreto que ella había utilizado tenía uno de estos rótulos. Acercó la cinta de pergamino a la luz y leyó lo que había escrito en ella, en letras descoloridas por el paso del tiempo:

«*Habitación del Mirto*»

¡Así pues, la habitación donde la carta había sido escondida tenía un nombre! Un nombre precioso que hubiera atraído la atención de cualquiera, un nombre que quedaba fácilmente grabado en la memoria: precisamente por eso, un nombre del que ella, después de lo que acababa de hacer, hubiese debido recelar.

Sacó su neceser de costura del bolsillo de su delantal, donde habitualmente lo guardaba, y, con las tijeras, cortó el rótulo de la llave. Pero ¿bastaba con destruir solamente ése? Se perdió en un mar de conjeturas inútiles, y acabó por cortar las otras etiquetas, sin ningún otro motivo que la pura desconfianza de todo.

Recogió cuidadosamente las etiquetas de pergamino y las guardó, junto a la pequeña llave oxidada que había cogido de la Habitación del Mirto, en el bolsillo vacío de su delantal. Después, con el manajo grande de llaves en la mano, fue echando cuidadosamente el cerrojo a todas las puertas que había ido abriendo en su camino hacia el ala norte de la Torre de Porthgenna; volvió sobre sus pasos hasta llegar a la habitación del ama de llaves, entró en ella sin toparse con nadie y colgó de nuevo el manajo de llaves del clavo de la pared.

Temiendo, a medida que las horas de la mañana avanzaban, encontrarse con alguna de las criadas, regresó apresuradamente a su dormitorio. La vela que había dejado seguía quemando, y su resplandor se mezclaba débilmente con la recién llegada luz del día. Apagó la vela y descorrió la cortina de la ventana. Entró la luz en toda su estrenada claridad y se posó sobre su cara. Pero no bastó para que una sombra de su miedo pasara por su rostro. Abrió la ventana y se inclinó afanosamente sobre el aire fresco.

Para bien o para mal, el inexorable Secreto ya estaba oculto: ya no había vuelta atrás. Al tener una primera conciencia de esa realidad sintió cierta calma: una vez que todo había terminado, podía pensar con mayor tranquilidad en sí misma y en la incertidumbre del futuro que la esperaba.

Bajo ninguna circunstancia podía confiar en que su situación pudiera continuar como antes: la muerte había quebrado la relación entre ella y la señora. Sarah sabía que la señora Treverton, en los últimos días de su enfermedad, sabiendo que el Capitán Treverton era un hombre amable y paternal, le había pedido encarecidamente

a su marido que se hiciera cargo de Sarah; y sentía que los últimos deseos de la esposa, en éste como en otros ruegos, serían tomados por el esposo como la más sagrada de las obligaciones. Pero ¿podía aceptar protección y amabilidad de la mano del señor, ella, que había sido cómplice de su engaño? ¿Podía aceptar esa ayuda, ahora que ella, y ya sólo ella, lo estaba engañando? La idea de una vileza tal le resultaba tan repugnante que aceptó, casi con una sensación de alivio, la única y triste alternativa que le quedaba: la de abandonar la casa inmediatamente.

Pero ¿de qué modo se iría? ¿Daría formalmente una explicación, arriesgándose así a ser objeto de preguntas que con toda seguridad la iban a confundir y aterrorizar? ¿Sería capaz de mirar de nuevo al señor, después de lo que ella acababa de hacer? ¿De mirarlo, siendo evidente que sus primeras preguntas serían sobre la señora; que le preguntaría por los últimos y más lúgubres detalles, que querría saber hasta la más baladí de las últimas palabras que habían sido pronunciadas en la escena de su muerte, de la que solamente ella había sido testigo? Todas las consecuencias que tendría su sometimiento a tan insufrible prueba se agolparon admonitoriamente en su mente: entonces se levantó y cogió la capa de su lugar habitual en la pared. Sintió en ese momento una sospecha, un temor repentino, y fue a escuchar a través de la puerta. ¿Eran pasos, lo que había oído? ¿Quizá el señor ya había mandado llamarla?

No: afuera todo estaba en silencio. Mientras se ponía el sombrero, por sus mejillas rodaron unas lágrimas y, en ese momento, con ese simple acto, fue consciente de que estaba ante la última, y quizás la más difícil de afrontar, de cuantas penalidades le había de causar la ocultación del Secreto. Pero ya no había nada que hacer. O incumplía todos sus compromisos, con el enorme riesgo que eso conllevaba, o bien afrontaba el peligro doble de abandonar la Torre de Porthgenna, y de hacerlo a escondidas. ¿A escondidas? ¿Igual que si fuera un ladrón? ¿Sin despedirse siquiera del señor? ¿Sin siquiera escribirle cuatro palabras para agradecerle su amabilidad y pedirle perdón? Tan pronto como terminó de considerar esta posibilidad abrió el cerrojo de su escritorio y cogió su monedero, una o dos cartas y una pequeña edición de los *Himnos de Wesley*. En el momento en que iba a cerrar el escritorio, se detuvo. «¿Y si le escribo una nota y se la dejo aquí, de modo que la encuentre cuando yo ya no esté?», se preguntó a sí misma.

Después de reflexionar un poco respondió afirmativamente a su propia pregunta. Tan rápidamente como su pluma pudo dibujar las letras, escribió cuatro palabras dirigidas al Capitán Treverton, en las que confesaba que le había sido encomendado un secreto que debía contarle a él, pero que había decidido mantener oculto; añadió sinceramente que no creía que, por el hecho de que ella dejara de cumplir con el deber que se le había asignado, ni él ni ninguno de sus allegados hubiera de sufrir ningún daño, y terminó pidiendo perdón por abandonar la casa a hurtadillas y rogando, como último favor, que no la buscaran jamás. Cuando cerró esta breve nota

y la hubo dejado sobre su mesa, con el nombre del señor escrito afuera, escuchó de nuevo a través de la puerta y, después de asegurarse de que nadie se había levantado aún, comenzó a descender las escaleras de la Torre de Porthgenna por última vez.

En la entrada del pasillo que conducía hasta la habitación de la niña se detuvo, y las lágrimas que había podido contener en su habitación, ahora se derramaron. Siendo, ahora sí, urgentes las razones que tenía para marcharse de la casa, no pudiendo perder ni un minuto, avanzó con paso frágil, casi sin equilibrio, hacia la puerta de la habitación. Había avanzado unos pocos metros cuando su oído captó un pequeño ruido que venía del piso de abajo, y al instante se puso alerta.

Mientras permanecía de pie, dudando, la tristeza de su corazón —una tristeza como no había conocido hasta entonces— subió irremediamente hasta sus labios, estallando en un sollozo entrecortado y profundo. De repente, sintió temor de su propio llanto, y esto le devolvió la conciencia del peligro en que se hallaba si se demoraba un solo momento más. Salió corriendo de nuevo hacia las escaleras, llegó a salvo hasta el piso donde se encontraba la cocina y escapó por la misma puerta del jardín que el criado le había franqueado al alba.

Cuando se hubo alejado de los dominios de la Torre de Porthgenna, en vez de atravesar la ciénaga por el más cercano de cuantos senderos llegaban hasta el camino real se desvió hacia la iglesia; antes de llegar se detuvo en el pozo público que había sido abierto junto a las cabañas de los pescadores de Porthgenna. Y, después de mirar prudentemente a su alrededor, echó al pozo la pequeña llave oxidada de la Habitación del Mirto. Luego llegó hasta el patio de la iglesia, y se dirigió directamente hacia una de las tumbas, que se hallaba un poco apartada del resto. En la lápida había inscritas estas palabras:

DEDICADO A LA MEMORIA
DE
HUGH POLWHEAL
DE 26 AÑOS DE EDAD
SE ENCONTRÓ CON LA MUERTE
POR LA CAÍDA DE UNA ROCA
EN
LA MINA DE PORTHGENNA,
17 DE DICIEMBRE DE 1823

Sarah recogió de la tumba una brizna de hierba y abrió el libro de los *Himnos de Wesley* que había traído consigo del dormitorio de la Torre de Porthgenna. Mientras depositaba con cuidado y delicadeza los tallos entre sus páginas, el viento abrió el libro por la primera y mostró una dedicatoria escrita en letras grandes y desgarradas:

«Este libro es para Sarah Leeson. Regalo de Hugh Polwheal».

Cuando hubo asegurado la brizna de hierba entre las páginas del libro regresó al sendero que conducía hasta el camino real. Al llegar a la ciénaga, sacó del bolsillo de su delantal las etiquetas de pergamino que había separado de las llaves y las esparció entre los arbustos de retama.

—¡Perdidas —dijo— igual que me voy a perder yo! ¡Que Dios me ayude y me perdone! ¡Lo que está hecho, hecho está!

Con esas palabras dio la espalda a la vieja casona y al paisaje marino que quedaba debajo de ella, y siguió andando hacia el camino real por el sendero de la ciénaga.

Cuatro horas más tarde el Capitán Treverton envió a uno de los criados a que informara a Sarah Leeson de su deseo de oír todo lo que tenía que contarle del momento de la muerte de la señora. El mensajero regresó trayendo consigo explicaciones y miradas de asombro, y llevando en la mano la carta que Sarah había dejado para el señor.

Cuando el Capitán Treverton terminó de leerla ordenó que se iniciara de inmediato la búsqueda de la mujer desaparecida. Era tan fácil de describir y de reconocer, por sus cabellos prematuramente grises, por la mirada extraña y asustadiza que había en sus ojos y por su hábito de hablar constantemente consigo misma, que su rastro pudo ser seguido con toda certeza hasta Truro. En ese pueblo perdieron su rastro, y no lo volvieron a encontrar nunca jamás.

Se ofrecieron recompensas. Los magistrados de la comarca se interesaron por el caso. Todo el poder y toda la riqueza fueron utilizados para buscarla, pero fue en vano. No se pudo encontrar la menor pista de su paradero; ni tampoco vestigio alguno que pudiera explicar, ni siquiera insinuar, la naturaleza del secreto al que había aludido en su carta. El señor nunca volvió a ver a Sarah Leeson, ni supo jamás de ella, después de aquella mañana del veintitrés de agosto del año mil ochocientos veinticinco.

LIBRO SEGUNDO

CAPÍTULO I

Quince años más tarde

La iglesia de Long Beckley —un pueblo agrícola grande situado en una de las comarcas del centro de Inglaterra— a pesar de no tener nada de extraordinario, ni por su tamaño, ni por su arquitectura, ni por su antigüedad, posee, sin embargo, una ventaja que la mercantil Londres bárbaramente le ha negado a su noble catedral de Saint Paul: está situada en un lugar espacioso, y por esa razón puede ser vista idóneamente desde dondequiera que se la mire.

A este lugar espacioso que hay alrededor de la iglesia se puede llegar por tres caminos diferentes: uno viene desde el pueblo y llega hasta la mismísima puerta principal; otro, amplio y arenado, comienza en la verja de la vicaría y cruza el patio de la iglesia hasta que topa literalmente con la propia entrada de la vicaría; el tercero es un sendero que atraviesa el campo y por el cual el señor de estas tierras, y en general toda la gente que vive en su augusta vecindad, puede llegar hasta la puerta lateral del edificio, cuando su natural humildad les hace observar el preceptivo día de descanso en los establos acudiendo a misa por su propio pie, como los siervos más devotos.

A las siete y media de una agradable mañana de verano del año mil ochocientos cuarenta y cuatro, si en algún rincón ignoto del patio de la iglesia hubiese estado escondido algún forastero, y ese forastero hubiese mirado atentamente a su alrededor, probablemente habría sido testigo de cierto proceder que podría haberle inducido a creer que se estaba llevando a cabo una conspiración en Long Beckley, de la cual la iglesia era el punto de reunión, y algunos de sus más respetables habitantes sus principales cabecillas. Suponiendo que hubiese estado mirando hacia la vicaría cuando el reloj daba la media, hubiese visto al vicario de Long Beckley, el Reverendo Doctor Chennery, salir por la parte trasera de su casa de modo sospechoso: mirando tras él con una expresión de culpabilidad que crecía a medida que iba acercándose al camino arenoso que llevaba a la sacristía, parándose misteriosamente justo delante de la puerta, y escudriñando nerviosamente el camino que venía del pueblo.

Dando por sentado que, ante esto, nuestro atento forastero se hubiese mantenido escondido y hubiese mirado hacia el camino, acto seguido hubiera visto, igual que el vicario lo vio, al sacristán —un hombre de expresión austera y rostro amarillento, con la apariencia de un Protestante de Loyola, y zapatero de profesión— acercarse con una mirada de misterio indescifrable en sus ojos y un gran manojito de llaves en la mano. Hubiese visto que el vicario le hacía con la cabeza una señal de significado incierto, y le decía: «Bonita mañana, Thomas. ¿Ha tomado ya su desayuno?». Hubiese oído a Thomas responder, mientras comprobaba sospechosa y

minuciosamente la hora: «He tomado un canto de pan y una taza de té, señor». Y a continuación hubiese visto cómo estos dos conspiradores, después de mirar al mismo tiempo el reloj de la iglesia, se dirigían juntos a la puerta lateral, desde la que se dominaba el sendero que atravesaba la llanura.

Al seguirlos —acción que nuestro inquisitivo forastero no habría podido evitar—, hubiese advertido la presencia de tres conspiradores más avanzando por el sendero. El cabecilla de esta pérfida expedición era un caballero de edad, de rostro ajado por las inclemencias del tiempo y modales enhiestos y campechanos. Las dos personas que le seguían eran jóvenes, un caballero y una dama que caminaban cogidos del brazo e iban murmurando. Vestían sencillos trajes de diario. Sus rostros eran más bien pálidos, y a la mujer se la veía como aturdida. Pero aparte de esto, no se podía observar en ellos nada destacable, hasta que llegaron al postigo de barrera que daba acceso al patio de la iglesia y, ahí, el comportamiento del joven comenzó a resultar ciertamente inexplicable. En lugar de mantener la puerta abierta para ceder el paso a la dama se quedó detrás, permitió que ella se la abriera, esperó a que llegara hasta el otro lado, y entonces, alargando su mano hacia la puerta, dejó que ella le guiara, como si de repente hubiera dejado de ser un hombre crecido para convertirse en un alegre chiquillo. Advirtiendo esta circunstancia, así como que cuando el grupo llegaba hasta el vicario, saludándole, el sacristán utilizaba su manajo de llaves para abrir la puerta de la iglesia y se introducía en ella al acompañante de la joven dama de la mano, esta vez, del Doctor Chennery, nuestro observador forastero debería haber llegado a una conclusión inevitable: que la persona que requería semejante asistencia era ciega. Un tanto sorprendido por ese descubrimiento, se hubiese quedado todavía más pasmado, si hubiese mirado dentro de la iglesia, al ver que el joven ciego y la dama estaban juntos y de pie ante el altar, y, al lado de ellos, con semblante paternal, permanecía el caballero. Cualquiera sospecha que ahora pudiera abrigar de que lo que había reunido a los conspiradores a esa temprana hora de la mañana era algún asunto nupcial, y que el propósito de su conjura era celebrar una boda en el más estricto secreto, se habría visto confirmada al cabo de cinco minutos cuando el Doctor Chennery llegó de la sacristía con su indumentaria canónica y el reverendo leyó, a continuación, las bendiciones matrimoniales en el tono más armonioso que se permitía a un oficiante. Concluida la ceremonia, el forastero se hubiera colmado de perplejidad al observar que las personas implicadas en el asunto se iban cada una por su lado, después de la firma, de los besos, de las obligadas felicitaciones propias del acontecimiento que se acababa de producir, y que, al igual que cuando habían llegado a la iglesia, se retiraban tomando diferentes caminos, cada cual el mismo por el que había venido.

Y ahora, dejemos que el sacristán regrese por el camino del pueblo; la novia, el novio y el hombre de más edad que vuelvan por el sendero que cruza el prado, y el

forastero imaginado en estas páginas que se aleje de ellos en la dirección que desee. Sigamos al Doctor Chennery hasta la vicaría, hasta la mesa donde el desayuno está ya listo, y oigamos lo que tiene que decir, en la atmósfera cálida de su círculo familiar, acerca de sus diligencias profesionales de esa mañana.

Las personas que se habían reunido para el desayuno eran, en primer lugar, el señor Phippen, un invitado; en segundo, la señorita Sturch, una institutriz; en tercero, cuarto y quinto, la señorita Louisa Chennery, de once años, la señorita Amelia Chennery, de nueve años, y el señorito Robert Chennery, de ocho años de edad. Faltaba la presencia de la madre para completar este retrato familiar. El señor Chennery era viudo desde el nacimiento de su hija más pequeña.

El invitado era un viejo amigo del reverendo, a quien conocía desde los tiempos de la universidad, y que se suponía que estaba ahora en Long Beckley por motivos de salud. La mayoría de los hombres, cualquiera que sea su carácter, se las ingenian para ganarse algún tipo de reputación que les acaba dando una personalidad propia dentro del círculo en que se mueven. El señor Phippen era un hombre de carácter débil, y llevaba con gran distinción y orgullo su reputación de Mártir de la Dispepsia, por la cual sus amigos le conocían y le apreciaban.

Dondequiera que fuera el señor Phippen, con él iban los dolores-de-estómago-del-señor-Phippen. Su dieta, e incluso sus purgas, eran de dominio público. Estaba siempre tan ocupado en sí mismo, y en sus dolencias, que a los cinco minutos de haber conocido a alguien no es de extrañar que le confesara hasta el último detalle de las condiciones en que se encontraba su lengua, estando asimismo permanentemente predispuesto a discutir acerca de su digestión, del mismo modo que en general todo el mundo está dispuesto a hablar del tiempo que hace. Ése era su tema de conversación favorito: la digestión. Hablaba de ella y de cualquier otro tema de un modo zalamero y caballeroso, en un tono que unas veces podía ser ligeramente lúgubre y otras lánguido y sentimental. Sus modales eran exquisitos, hasta el punto de resultar agobiantes, y utilizaba continuamente la palabra «querido» para dirigirse a los demás. No era un hombre guapo. Sus ojos eran acuosos, grandes y de color gris claro, y los movía constantemente de un lado a otro en lo que podríamos denominar un «estado de húmeda admiración de algo o de alguien». Su nariz era larga, descaecida y profundamente melancólica, si puede utilizarse tal expresión para referirse a una nariz. Por lo demás, sus labios tenían una torsión lacrimógena, era bajito y calvo, y su enorme cabeza, más que asentarse, diríase que colgaba de sus hombros. Vestía de un modo elegante pero al mismo tiempo excéntrico. Tenía unos cuarenta y cinco años y era soltero. Básicamente, éste era el señor Phippen, Mártir de la Dispepsia, e invitado del vicario de Long Beckley.

A la señorita Sturch, la institutriz, se la podría describir breve y acertadamente como una dama joven que, desde el día en que nació, no se había inmutado jamás por

una idea o una sensación. Era una muchacha pequeña, rolliza, callada, pálida, sonriente, aseada en el vestir, que empezaba y acababa cada tarea en su horario exacto, y poseía un vocabulario inagotable de frases hechas que salían plácidamente de sus labios cuando a ella le parecía conveniente, y en la misma cantidad y calidad siempre, a todas horas, nevara o hiciera sol. La señorita Sturch nunca reía, ni lloraba: tenía dibujada en la cara una sonrisa perpetua. Cuando una mañana cualquiera de enero, al bajar, comentaba que hacía mucho frío, sonreía; cuando una mañana cualquiera de julio, al bajar, comentaba que hacía mucho calor, sonreía. Y cuando el muchacho de la carnicería venía cada mañana a recoger los encargos, sonreía. Pasara lo que pasara en la vicaría, nada distraía a la señorita Sturch de la suave rutina en que se movía perpetua y rítmicamente. Si durante las guerras civiles inglesas hubiese estado sirviendo en una familia realista, la mismísima mañana de la ejecución de Carlos I habría llamado al cocinero y le habría encargado la cena para la noche. Si Shakespeare hubiese resucitado y llamado a la puerta de la vicaría un sábado a las seis de la tarde para explicarle a la señorita Sturch cuál era exactamente su visión de la vida al escribir la tragedia de Hamlet, ella, sonriendo, le habría comentado cuán interesante le parecía todo ello, y, cuando hubiesen dado las siete, le habría dejado a mitad de una frase y se habría ido a supervisar que la criada estuviera limpiando todo lo que ella le había mandado. Una joven que valía mucho, esta señorita Sturch, como solían comentar las damas de Long Beckley. Tan juiciosa con los niños y tan cumplidora con las tareas domésticas; tan mentalmente equilibrada y tan vigorosa cuando tocaba el piano. Además, era guapa, pero ni mucho ni poco, lo justo; vestía bien, lo justo; hablaba, lo justo; todavía no era suficientemente mayor, pero tampoco demasiado joven: lo justo. Eso sí, tenía una ligera tendencia a engordarse un poco allá por su cintura. Pero en general, era una joven realmente muy agradable.

Por lo que respecta a las cualidades personales de los alumnos de la señorita Sturch, no vale la pena explayarse demasiado. El lado débil de la señorita Louisa era su habitual e inveterada tendencia a resfriarse. El principal defecto de la señorita Amelia era su costumbre de satisfacer su paladar con cenas y desayunos suplementarios a horas no autorizadas. Y las debilidades más notables del señorito Robert eran su presteza en hacer pedazos la ropa y su embotamiento para aprenderse la Tabla de Multiplicar. Tenían, sin embargo, virtudes muy parecidas: los tres eran espigados, eran genuinamente infantiles y apreciaban con locura a la señorita Sturch.

Para completar esta galería de retratos familiares, no se puede menos que intentar hacer un bosquejo del propio reverendo. Físicamente hablando, el Doctor Chennery era el vivo retrato de la clase social a la que pertenecía. Tenía una altura de seis con dos pies cuando llevaba puestas las botas de caza, y pesaba doscientas diez libras. Era el mejor lanzador del club de críquet de Long Beckley. En el tema del vino y las chuletas, era un hombre estrictamente ortodoxo. En el púlpito, nunca profería teorías

desagradables acerca de lo que le podía ocurrir en el futuro a aquél que pecara en esto o en aquello; y nunca le negaba una libra a sus cofrades (incluidos los Disidentes) cuando la necesitaban. Era un hombre recto: ya podían los serpenteantes senderos de la controversia abrirse lo tentadoramente que quisieran a un lado y a otro, que él, ni reparaba en ellos, ni hacía otra cosa que seguir andando tozudamente por el centro mismo de su propio sendero. Ya podrían los jóvenes e innovadores reclutas del ejército de la Iglesia haberle puesto, con ánimo de engañarle, delante de las narices los Treinta y nueve Artículos^[1] con el ánimo de confundirle, que el ojo astuto de este veterano no hubiese buscado sino su firma debajo de ellos. De teología sabía lo menos que podía; a lo largo de toda su vida nunca le había causado el menor problema al Consejo Privado; jamás había intervenido ni en la lectura ni en la redacción de panfletos, y no era, desde luego, de los que conocían el camino que conducía a la tribuna de Exeter Hall. En definitiva, era un clérigo de lo menos clerical; pero, eso sí, tenía un tipo para el sobrepelliz que ni pintado. Doscientas diez libras de firmes músculos carnosos, sin una mancha de enfado o un punto agrio en ninguna parte, tienen, ciertamente, el mérito de sugerir estabilidad a todo riesgo: una virtud ciertamente admirable en cualquiera de los pilares de la vida pero especialmente valiosa, hoy en día, en el pilar de la Iglesia.

Tan pronto como el reverendo entró en el salón donde desayunaban, los niños estallaron en un coro de gritos y se le echaron encima. Siendo como era un ordenancista riguroso en la observancia de la puntualidad en las comidas, ahí estaba ahora, de pie, bajo el reloj que delataba que llegaba un cuarto de hora tarde.

—Siento haberla hecho esperar, señorita Sturch —dijo el reverendo—, pero tengo una buena excusa para llegar tarde esta mañana.

—Le ruego que ni lo mencione, señor —dijo la señorita Sturch frotándose suavemente sus manos pequeñas y redondas—. Una mañana preciosa. Me temo que hoy volverá a hacer calor. Robert, cielo, saca el codo de la mesa. ¡Sí, una mañana bonita de verdad!

—¿Y qué, Phippen, el estómago todavía revuelto? —preguntó el reverendo al tiempo que cortaba el jamón.

El señor Phippen meneó la cabeza tristemente, puso su amarillento dedo índice, ornamentado con un gran anillo con una turquesa, en medio de su chaleco de verano, de cuadros verdes claros, miró con pena al Doctor Chennery, y suspiró. Apartó el dedo y, del bolsillo superior de su bata, extrajo una cajita de caoba; la abrió y sacó de ella una bonita balanza de precisión, con su correspondiente juego de pesas, un poco de jengibre y un rallador de nuez moscada de plata muy pulida.

—Querida señorita Sturch, perdone usted a este inválido —dijo el señor Phippen, mientras empezaba a rallar suavemente el jengibre en la taza de té que le quedaba más al alcance de la mano.

—A ver quién adivina por qué esta mañana he llegado un cuarto de hora tarde a desayunar —dijo el reverendo mirando con aire de misterio alrededor de la mesa.

—Estabas en la cama, papá —gritaron unánimemente los tres niños batiendo palmas con júbilo.

—¿Y qué dice usted, señorita Sturch? —preguntó el Doctor Chennery.

La señora Sturch sonrió como de costumbre, se frotó las manos como de costumbre, se aclaró la garganta como de costumbre, observó la jarra de té, y rogó, con toda gentileza, que la excusaran si no decía nada.

—Ahora le toca a usted, señor Phippen —dijo el reverendo—. Vamos, adivine por qué he llegado tarde esta mañana.

—Mi querido amigo —dijo el señor Phippen golpeando amistosamente la mano del Doctor—. ¡No me pida que lo adivine! ¡Lo sé! Vi lo que cenó anoche. Vi lo que bebió después de cenar. No hay digestión que aguante eso, ni siquiera la suya. ¿Que adivine por qué ha llegado tarde esta mañana? ¡Uy, uy, uy! ¡Lo sé! ¡Querido amigo, ha estado usted tomando un purgante!

—Gracias a Dios, no he probado una gota en los últimos diez años —dijo el Doctor Chennery con una mirada de devota gratitud—. No, no, estáis todos equivocados. El hecho es que he ido a la iglesia. ¿Y qué creéis que he estado haciendo allí? Escuche, señorita Sturch. Escuchad niñas, con toda vuestra atención. El hijo de los Frankland, ese pobre muchacho ciego, es al fin un hombre feliz: le acabo de casar esta misma mañana con nuestra querida Rosamond Treverton.

—¡Y no nos habías dicho nada, papá! —exclamaron las dos niñas en un tremendo bramido de humillación y sorpresa—. ¡No nos has dicho nada, cuando sabes muy bien lo que nos hubiese gustado poder verlo!

—Precisamente por eso, no os he dicho nada, queridas —respondió el reverendo—. El joven Frankland no ha terminado del todo de acostumbrarse a su aflicción, pobre chico, y no quería que la gente le mirase y sintiese pena por él por el solo hecho de ser ciego. Convertirse en objeto de la curiosidad de los demás en el día de su boda le ponía nervioso y le daba miedo. Por su parte, Rosamond, generosa como es ella, ansiaba tanto poder cumplir los más pequeños caprichos de él que acordamos celebrar la boda a una hora de la mañana en que no quedara ningún trotacalles merodeando por las inmediaciones de la iglesia. Yo estaba obligado, igual que mi sacristán, el señor Thomas, a mantener la fecha en el más estricto secreto. Excepto nosotros dos, y el novio y la novia, y el padre de la novia, el Capitán Treverton, nadie más lo sabía.

—¡Treverton! —exclamó el señor Phippen, mientras acercaba su taza de té, con su pizca de jengibre rallado al fondo, a la señorita Sturch para que se la llenara—. ¡Treverton! Es suficiente, señorita Sturch. ¡Sí que es curioso! Conozco ese nombre. Llénela de agua, si es tan amable. Y dígame, mi querido doctor (muchas gracias,

muchas gracias; sin azúcar: se vuelve ácido en el estómago), esta tal señorita Treverton a la que acaba de casar... muchas gracias de nuevo; leche, tampoco... ¿es de los Treverton de Cornwall?

—¡Sí señor! —subrayó el reverendo—. Su padre, el Capitán Treverton, es el cabeza de familia: de la poca familia que queda. El Capitán, y Rosamond, y ese tío suyo, Andrew Treverton, viejo, bruto y caprichudo, son los únicos que quedan ahora de la vieja estirpe: una familia rica, una familia distinguida en el pasado; buenos amigos de la Iglesia y de Su Majestad, y... de todo eso, ya sabe a lo que me refiero.

—¿Consiente usted, Señor, en que Amelia repita de pan y mermelada? —preguntó la señorita Sturch, dirigiéndose al Doctor Chennery, perfectamente inconsciente de que acababa de interrumpirle. Como no puede decirse que le sobrara demasiado espacio en el cerebro para almacenar cosas de manera que pudiera rescatarlas cuando llegara el momento apropiado de hacer uso de ellas, la señorita Sturch siempre hacía sus preguntas y sus observaciones cuando le venían a la cabeza, sin esperar ni al principio, ni a la mitad, ni al final de ninguna conversación que se hiciera en su presencia. Siempre aparentaba ser una perfecta oyente, pero solamente escuchaba de verdad cuando alguien se dirigía expresamente a ella.

—¡Que repita, no faltaba más! —dijo con indiferencia el reverendo—. Si siempre que come tiene que hartarse, ¿por qué no va a poder hacerlo también de pan y mermelada?

—Mi querido y generoso amigo —exclamó el señor Phippen— míreme a mí y vea qué ruina. Así que, por favor, no sea tan insensato y deje de hablar de este modo: nuestra dulce Amelia, ¡hartarse de todo!, llena el estómago en tu juventud, ¿y cómo acabará tu digestión al cabo de los años? Miren, eso que la gente vulgar llama las tripas, y permítanme que hable de estos detalles fisiológicos en razón del interés que la señorita Sturch demuestra por su encantadora alumna, es, de hecho, el Aparato. Digestivamente hablando, señorita Sturch, todos, incluso los más jóvenes y sanos, tenemos un Aparato. Pongámonos aceite en los rodamientos, de acuerdo; pero cuidémonos mucho de encallarlos. Pudings feculentos y chuletas de carnero; chuletas de carnero y pudings feculentos: si estuviera en mis manos, ésas serían las palabras con que los padres deberían advertir a sus hijos de un extremo al otro de Inglaterra. Mira esto, mi dulce criatura, mírame a mí. ¡Estas balanzas no son ninguna broma; al contrario, son algo tremendamente serio! ¡Observa! Pongo pan duro en un platillo de la balanza (¡pan duro y rancio, Amelia!), y unas pocas pesas de una onza en el otro. «Señor Phippen, tiene que pesar la comida. Señor Phippen, coma la misma cantidad. Señor Phippen, no se pase ni un día. Señor Phippen, no se pase una onza. Aunque solamente sea pan duro y rancio, no ose usted pasarse de la raya, señor Phippen». Amelia, cielo, no hace ninguna gracia; esto es lo que me dicen los médicos; los médicos, mi pequeña, que me han estado dragando el Aparato con pastillas, una vez

tras otra durante los últimos treinta años, y todavía no han encontrado dónde están encallados mis rodamientos. Piensa en ello, Amelia: piensa en el Aparato encallado del señor Phippen, y la próxima vez di: «No, gracias». Señorita Sturch, le pido mil disculpas por meterme en su terreno, pero mi interés por esta dulce chiquilla... Chenery, querido y buen amigo, ¿de qué estábamos hablando? ¡Ah sí, la novia, esa muchacha encantadora! De modo que es hija de los Treverton de Cornwall. Oí hablar de Andrew hace algunos años. Era soltero. Como yo, señorita Sturch. Su Aparato estaba descompuesto, como el mío, querida Amelia. Supongo que el Capitán no debe parecerse en nada a su hermano. ¿Así que se ha casado? Una muchacha encantadora, no tengo la menor duda. ¡Una muchacha encantadora!

—Ciertamente, no hallará otra más encantadora en todo el mundo —dijo el vicario.

—Una persona vivaz, llena de energía —destacó la señorita Sturch.

—¡La echaré en falta! —exclamó la señorita Luisa—. Nadie me divertía como Rosamond cuando estaba en cama con algún resfriado.

—Y nos organizaba unas fiestas estupendas —dijo la señorita Amelia.

—Era la única muchacha que conozco que era capaz de jugar con los chicos —dijo el señorito Robert—. Podía coger la bola, señor Phippen, con una mano, y bajar resbalando por una pendiente, señor, con las dos piernas juntas.

—¡Válgame Dios! —dijo el señor Phippen—. ¡Qué esposa tan indicada para un ciego! ¿Ha dicho usted, mi querido doctor, que el muchacho es ciego de nacimiento, no es así? Déjeme recordar, ¿cuál era su nombre? Señorita Sturch, no debería sorprenderse de mi pérdida de memoria. Cuando la indigestión ha acabado con el cuerpo, empieza con la mente. El señor Frank No-sé-qué, ¿verdad?

—No, no, Frankland —respondió el reverendo—. Leonard Frankland. Y no es ciego de nacimiento, ni mucho menos. Aún no hace ni un año que podía ver tan bien como cualquiera de nosotros.

—¡Un accidente, supongo! —dijo el señor Phippen—. Discúlpeme si me siento en el sillón. Después de las comidas una postura levemente inclinada me viene muy bien. Así pues, tuvo un accidente. ¡Ah, qué sillón tan maravillosamente cómodo!

—No fue exactamente un accidente —dijo el Doctor Chenery—. Leonard Frankland fue un muchacho difícil de criar: tuvo siempre una constitución débil. Pero con el tiempo parecía que lo iba superando, y fue creciendo hasta convertirse en un muchacho callado, juicioso y tranquilo (lo menos parecido a ese hijo mío que tengo ahí), muy afable, lo que se dice una persona de trato fácil. Bien, pues tenía una enorme vocación por la mecánica (le explico todo esto porque es necesario para que entienda usted lo de su ceguera) y, después de dar vueltas de aquí para allá haciendo distintos trabajos encontró un empleo de relojero. No es, desde luego, un entretenimiento demasiado normal para un muchacho, pero lo cierto es que, cualquier

cosa que requiriera ser manejada delicadamente, con mucha paciencia y perseverancia, era justo lo que a Leonard le entretenía y le mantenía ocupado. Yo siempre le decía a su padre y a su madre: «Arrancadlo de ese taburete, rompedle las lentes de aumento, mandádmelo a mí, y yo le pondré a hacer ejercicio y le enseñaré a usar el bate». Pero no sirvió de nada. Sus padres le conocían mejor que nadie, supongo, y decían que había que dejarle tranquilo. Bueno, pues las cosas fueron bastante bien durante un tiempo, hasta que estuvo de nuevo enfermo una larga temporada, yo creo que por no hacer suficiente ejercicio. Tan pronto como se hubo puesto bueno regresó rápidamente a su trabajo de relojero. Pero se estaba acercando el triste final. Uno de los últimos trabajos que hizo el pobre muchacho fue reparar mi reloj. Mire, aquí lo tiene: preciso como una máquina de vapor. Como le decía, no habían pasado ni unos días desde que me lo había devuelto, cuando oí decir que el chico tenía un terrible dolor detrás de la cabeza y que veía todo tipo de manchas moviéndose delante de sus ojos. «Que beba mucho vino de Oporto, y que monte una jaca tranquila tres horas al día», eso fue lo que les dije. En lugar de seguir mi consejo trajeron médicos de Londres, le aplicaron al pobre muchacho inyecciones detrás de las orejas y en la nuca, le dieron friegas con mercurio, y lo metieron en un cuarto oscuro. De nada sirvió. Cada día que pasaba su vista empeoraba, se iba debilitando más y más, y al final se apagó del todo, como la llama de una vela. Su madre falleció (afortunadamente para ella, pobre mujer), y al menos no llegó a verlo. Pero su padre se volvió medio loco: empezó a llevarle a los oculistas de Londres, a los de París, que lo único que hicieron fue ponerle a la enfermedad un nombre muy largo en latín y decir que operarle no serviría de nada. Algunos dijeron que era el resultado de las largas temporadas de debilidad que había padecido en dos ocasiones después de sendas enfermedades. Otros dijeron que era un derrame cerebral. Todos movieron la cabeza con un gesto de preocupación cuando supieron que el muchacho era relojero. Así que lo trajeron de nuevo a casa, ciego. Y ciego sigue. Y ciego seguirá, el pobre, todo lo que le queda de vida.

—Me deja usted de una pieza, mi querido Chennery, me deja realmente de una pieza —dijo el señor Phippen—. Especialmente cuando menciona esa teoría acerca de la flojera después de la enfermedad. ¡Cielo santo! ¡Yo he sufrido esas largas temporadas de debilidad! ¡Las tengo ahora! ¿Y dice que veía manchas delante de sus ojos? Yo veo manchas, manchas negras, manchas negras que bailan, manchas negras y biliosas que bailan y bailan. Le doy a usted mi palabra de honor, Chennery, de que esto me llega al alma; me embarga un sentimiento de compasión... como si el dolor fuese mío; esta historia del muchacho ciego ¡me pone la piel de gallina! ¡Créame, la piel de gallina!

—A Leonard apenas se le nota que es ciego —dijo la señorita Louisa irrumpiendo en la conversación con la intención de serenar un poco al señor Phippen—. Sus ojos

son como los de cualquier persona: sólo que hay más calma en ellos. ¿Quién era ese personaje famoso del que nos habló usted, señorita Sturch, que era ciego y al que tampoco se le notaba, como no se le nota a Leonard Frankland?

—Milton, cariño. Te ruego que no olvides que es el más famoso de los poetas épicos británicos —respondió con delicadeza la señorita Sturch—. Él mismo, al hablar de su invidencia, la describe poéticamente como causada por «una espesa gota serena». Ya leerás algo sobre él, Louisa. Esta mañana haremos primero un poquito de francés, y después un poquito de Milton. Chitón, cariño, que tu padre está hablando.

—¡Ay, el pobre Frankland! —dijo tiernamente el reverendo—. Esa criatura tan buena, tan amorosa y noble con quien le he casado esta mañana parece que le haya sido enviada para aliviar su pena. Si hay una mujer que puede hacer feliz a ese muchacho el resto de su vida, ésa es Rosamond Treverton.

—Se ha sacrificado —dijo el señor Phippen— y la admiro por ello, porque sé lo que es sacrificarse: yo mismo he hecho un gran sacrificio al quedarme soltero. Era indispensable, para el bien de la humanidad, que así fuera. ¿Cómo podría yo, conscientemente, infligir esta digestión mía a una persona que pertenezca a la parte hermosa de la creación? Así es: yo soy el sacrificio en persona, y por ello siento compasión por aquéllos que son como yo. Y dígame, Chennery, ¿lloró mucho cuando la estaba casando?

—¿Llorar? —exclamó desdeñosamente el reverendo—. Puedo asegurarle que Rosamond Treverton no es de esas muchachas beatas y sentimentales, sino una joven elegante, dispuesta y con un gran corazón. Una mujer que sabe lo que quiere cuando se planta delante de un hombre y le dice que se va a casar con él. Y créame si le digo que ella no le va a fallar. Si no le hubiese amado en cuerpo y alma podría haberse casado, hace meses, con quien hubiese querido. Se comprometieron mucho tiempo antes de que esta cruel calamidad cayera sobre el joven Frankland. Los padres de ambos fueron vecinos durante años, vivían aquí cerca. Pues bien, cuando se quedó ciego, Leonard enseguida le dijo a Rosamond que, si quería, podía romper su compromiso. Phippen, debería haber leído la carta que ella le escribió entonces. Tengo que reconocer que lloré como un crío cuando me la enseñaron. Debería haberlos casado en el instante mismo en que leí la carta, pero el viejo Frankland era de esa clase de hombres inquietos y puntillosos, e insistió en que era necesario un periodo de prueba de seis meses para que ella estuviera segura de verdad de la decisión que iba a tomar. El pobre hombre murió antes de que transcurrieran los seis meses, y eso hizo que la boda tuviera que aplazarse de nuevo. Pero ningún retraso iba a hacer que Rosamond se echara atrás: ni seis meses, ni seis años, la hubieran hecho cambiar de opinión. Ahí estaba esta mañana, tan enamorada de ese pobre y paciente muchacho ciego como el día que se comprometieron. «Si me dejas ayudarte, Lenny, no conocerás un momento de tristeza mientras vivas». Ésas fueron las primeras

palabras que le dijo al salir de la iglesia. «Te he oído, Rosamond», dije yo. «Y también será usted quien me juzgue, Doctor», me contestó, rápida como un rayo. «Volveremos a Long Beckley, y usted le preguntará a Lenny si he cumplido o no con mi palabra». Y habiendo dicho esto me dio un beso que se pudo oír desde aquí: ¡Que Dios bendiga su corazón! Beberemos a su salud después de cenar, señorita Sturch. Beberemos a la salud de los dos, Phippen, el mejor vino que haya en mi bodega.

—Por lo que a mí respecta, yo brindaré con pan y agua, si a usted no le importa —dijo plañideramente el señor Phippen—. Estaba usted hablando mi querido Chennery, de los padres de estos dos jóvenes tan interesantes, y ha mencionado que vivían uno al lado del otro, aquí en Long Beckley. Me falla la memoria, soy consciente de ello, y no crea que no sufro. La cuestión es que yo creía que el Capitán Treverton era el mayor de los dos hermanos, y que siempre había vivido, cuando estaba en tierra, en la casa familiar de Cornwall.

—Y así fue —respondió el reverendo— mientras su esposa vivía. Pero desde que ella murió, y eso ocurrió en el veintinueve... déjeme ver, ahora estamos en el cuarenta y cuatro... hace ahora exactamente...

El vicario se detuvo un momento, se puso a contar, y miró a la señorita Sturch.

—Hace quince años, señor —dijo la señorita Sturch, auxiliando al reverendo con la solución a esta pequeña resta, y sonriendo dulcemente.

—Por supuesto —siguió el Doctor Chennery—. Pues, bien, desde que murió la señora Treverton, hace ahora quince años, el Capitán Treverton no ha vuelto a la Torre de Porthgenna. Es más, Phippen, a la primera oportunidad que tuvo la vendió; no se quedó nada: la mina, la pesquería, nada; la vendió por cuarenta mil libras.

—¡No me diga! —exclamó el señor Phippen—. ¿No le sentaba bien el clima? Supongo que la producción agrícola local debe ser ahora muy baja en esas regiones salvajes. ¿Quién compró la Torre?

—El padre de Leonard Frankland —dijo el reverendo—. Es una historia larga de contar: la venta de la Torre de Porthgenna y algunas circunstancias curiosas relacionadas con ella. ¿Qué le parece si vamos al jardín, Phippen? Se lo contaré todo mientras me fumo mi puro de la mañana. Si me necesita, señorita Sturch, estaré por el jardín. ¡Niñas! Más vale que aprendáis vuestras lecciones. ¡Bob! No olvides que tengo un bastón en el pasillo, y una varilla de abedul en el gabinete. Vamos, Phippen, salga de ese sillón. No me dirá que no le apetece un paseo por el jardín.

—¡Pues claro, mi querido amigo! ¿Será usted tan amable de dejarme una sombrilla y de permitirme que traiga conmigo mi silla de campo? —rogó el señor Phippen—. Estoy demasiado débil para exponerme al sol, y además no puedo andar mucho si no me siento de vez en cuando. En cuanto me siento fatigado, señorita Sturch, despliego mi silla de campo y me instalo en cualquier lugar, sin importarme para nada el qué dirán. Chennery, cuando quiera: yo ya estoy listo. Listo para ir al

jardín, mi querido amigo, y para oír la historia de cómo fue vendida la Torre de Porthgenna. Ha mencionado usted que es una historia muy curiosa, ¿no es así?

—He dicho que algunas circunstancias relacionadas con este tema fueron muy curiosas —replicó el reverendo—. Y creo que cuando las oiga coincidirá conmigo en que ciertamente lo fueron. ¡Acompañeme! Encontrará su silla de campo en el vestíbulo, y allí podrá escoger la que prefiera de todo el surtido de sombrillas que hay en esta casa.

Con esas palabras, el Doctor Chennery abrió su tabaquera y salió de la sala donde desayunaban.

CAPÍTULO II

La venta de la torre de Porthgenna

—¡Qué encantador! ¡Qué bucólico! ¡Qué tranquilo! —dijo el señor Phippen mirando arrobadamente el jardín sembrado de césped que había detrás de la vicaría, mientras se protegía bajo el parasol más ligero que había podido encontrar en el vestíbulo—. Han pasado tres años, Chennery, desde la última vez que pisé este césped. Ésa es la ventana de su viejo estudio, donde la otra vez tuve el ataque inflamatorio en el corazón: era la temporada de las fresas, ¿recuerda? ¡Ah! ¡Y ahí está la clase de los niños! No podré olvidar nunca a la señorita Sturch saliendo de esa habitación. Me pareció entonces un ángel caído del cielo, tan cuidadosa, tan dulcemente ansiosa por mezclar la soda y el jengibre que traía en sus manos, y tan afectadamente afligida porque en toda la casa no había sales. ¡Qué buenos recuerdos éstos, qué buenos momentos, Chennery! Son un lujo para mí, igual que ese cigarro lo es para usted. ¿Podría andar por el otro lado, mi querido amigo? Me gusta el olor, pero ese humo es demasiado para mí. Gracias. ¿Seguimos con la historia? ¿Cuál era el nombre de ese viejo lugar? ¡Cómo se llama, cómo se llama! Empezaba por P, seguro.

—Porthgenna, la Torre de Porthgenna —dijo el vicario.

—Eso es —replicó el señor Phippen, cambiándose con cuidado la sombrilla de un hombro al otro. ¡Debió tener una buena razón para vender la Torre de Porthgenna!

—Me parece que después de la muerte de su esposa no pudo soportar permanecer en aquel lugar —contestó el Doctor Chennery—. La propiedad, sabe usted, nunca ha estado vinculada a ningún mayorazgo, así que al Capitán no le resultó difícil deshacerse de ella, exceptuando, claro, la dificultad que supone encontrar un comprador.

—¿Por qué no se la vendió a su hermano? —dijo el señor Phippen—. A nuestro querido y excéntrico amigo, el señor Andrew Treverton.

—¡Ese infeliz, ese viejo bellaco, rastrero, cínico y egoísta! —dijo el reverendo—. No es amigo mío. No, no hace falta que menee la cabeza, Phippen: no se sorprenda usted. Conozco el pasado de Andrew Treverton tan bien como usted. Sé que un amigo suyo le trató con una ingratitud ruin, que cogió todo cuanto él le ofreció y después le abandonó de la forma más vil. Todo eso lo sé. Pero un instante de ingratitud no justifica que un hombre se encierre aislándose del mundo y despotriquee contra toda la humanidad convencido de que son una desgracia para la tierra que pisan. Yo mismo he podido oír cómo ese bruto afirmaba que el mejor benefactor para nuestra generación sería un segundo Herodes, que se encargaría de que detrás nuestro no hubiera ya ninguna otra generación. Un hombre que habla de ese modo, ¿puede

ser amigo de cualquier otro ser humano que sienta el menor respeto por sus semejantes, o por sí mismo?

—¡Amigo mío! —dijo el señor Phippen cogiendo al reverendo por el brazo y hablando misteriosamente en un tono más bajo—. ¡Querido y venerable amigo mío! Le admiro por su sincera indignación contra quien ha manifestado ese sentimiento excesivamente misantrópico, pero —y esto se lo confío, Chennery, en el más estricto secreto— ¡yo he tenido momentos, normalmente por las mañanas, cuando mi digestión se encontraba en un estado deplorable, en los que he llegado a estar de acuerdo con ese aniquilador de Andrew Treverton! A veces me he levantado con la lengua hecha cisco me he arrastrado hasta el espejo, me he mirado y me he dicho a mí mismo: «Antes preferiría que se acabara la raza humana que continuar con este sufrimiento».

—¡Uy, uy! —exclamó el reverendo mientras estallaba en una irreverente carcajada ante la confesión del señor Phippen—. La próxima vez que su lengua esté en ese estado tómese un vaso pequeño de cerveza fría y rezará para que al menos la parte cervecera de la raza humana continúe en pie a cualquier precio. Pero volvamos a la Torre de Porthgenna o nunca podré terminar con mi historia. Cuando el Capitán Treverton se decidió a vender la finca, no tengo la menor duda de que, en circunstancias normales, hubiera pensado en ofrecérsela a su hermano con la intención, obvia, de que continuara perteneciendo a la familia. Andrew era lo suficientemente rico para haberla comprado, pues a pesar de que al morir su padre no le correspondió nada, excepto la colección de libros raros del anciano caballero, sí heredó la fortuna de su madre como corresponde al segundo hijo. Sin embargo, tal como estaban entonces las cosas (y todavía siguen igual, lamento tener que decirlo), el Capitán no podía hacerle personalmente ninguna oferta, pues ni se hablaban ni se escribían, y siguen sin hacerlo. Me disgusta tener que decir esto, pero la pelea entre estos dos hermanos es la peor de cuantas peleas familiares he conocido.

—Discúlpeme, mi querido amigo —dijo el señor Phippen desplegando su silla de campo, que hasta entonces había llevado colgada por su borla de seda en el mango ganchudo de la sombrilla—. Antes de continuar, ¿le importa que me siente? Me estoy emocionando un poco con esta parte de la historia, y temo fatigarme. Le ruego que siga. No creo que las patas de mi silla agujereen el césped. Soy tan ligero: de hecho, estoy en la piel y los huesos. ¡Pero siga, siga!

—Como usted bien sabe —prosiguió el vicario— el Capitán Treverton, a una edad ya madura, se casó con una actriz, de temperamento irascible, diría yo. Pero era una persona con una reputación inmaculada, y estaba enamorada de su marido todo lo que una mujer pueda enamorarse de un hombre; así pues, y desde mi punto de vista, era una buena esposa para él. Sin embargo, los amigos del Capitán hicieron, por supuesto, los habituales comentarios necios, y el hermano del Capitán, siendo el

único pariente cercano, se lo tomó como algo personal e intentó romper el matrimonio de la manera más ultrajante e indecorosa. No lo consiguió y, como odiaba a la buena mujer como al veneno, se fue de la casa de su hermano, acusando, entre otras barbaridades, de algo ciertamente ignominioso a la novia: palabras que yo, por mi honor, Phippen, no me atrevo a repetir. Cualesquiera que fueran éstas, la cuestión es que, desafortunadamente, llegaron a oídos de la señora Treverton; y eran de esa clase de palabras que una mujer jamás perdona, y no digamos una mujer temperamental como la esposa del Capitán. Los dos hermanos decidieron verse, y del encuentro, como puede usted fácilmente imaginar, no salió nada bueno. Al despedirse se comportaron de un modo deplorable. El Capitán, en el ardor de su pasión, dijo que Andrew jamás había tenido un solo detalle de generosidad en su corazón desde el día en que había nacido, y que acabaría muriéndose sin haber tenido un solo sentimiento bondadoso hacia ningún alma de este mundo. Andrew le respondió que si no tenía corazón, sí tenía memoria, y que recordaría esas palabras mientras viviera. Y de este modo, se separaron. Hasta dos veces, el Capitán le propuso la reconciliación. La primera vez, cuando nació su hija Rosamond; la segunda, cuando murió la señora Treverton. En ambas ocasiones el mayor de los hermanos le escribió al menor para decirle que si se retractaba de las horribles palabras que había vertido sobre su cuñada, el Capitán también haría el sacrificio de disculparse por haber utilizado, en su arrebato de ira, tan duro lenguaje, Andrew no contestó ninguna de las dos cartas, y hasta el día de hoy continúa el alejamiento entre los dos hermanos. Supongo que ahora entenderá por qué el Capitán Treverton no pudo consultarle personalmente a Andrew cuál era su predisposición antes de anunciar públicamente su intención de deshacerse de la Torre de Porthgenna.

A pesar de que el señor Phippen aseguró, en respuesta a la suposición del reverendo, que lo había entendido todo perfectamente, y a pesar de que le pidió con exquisita educación al reverendo que continuara, parecía como si toda su atención estuviera puesta en la observación de las patas de su silla, y en comprobar si dejaban marcas sobre el césped de la vicaría. Como quiera que el propio empeño del Doctor Chennery en los hechos que estaba narrando era lo suficientemente irrefrenable como para resarcirse de cualquier lapsus transitorio de distracción por parte de su invitado, después de darle unas vigorosas caladas a su cigarro (que había estado varias veces en peligro inminente de apagarse mientras estaba hablando), continuó con su narración con estas palabras:

—Pues bien, la casa, la finca, la mina y la pesquería de Porthgenna se llevaron a subasta pública unos meses después de la muerte de la señora Treverton. Pero, de todas las ofertas que hubo, ninguna podía considerarse aceptable. La casa estaba en mal estado y las tierras mal cultivadas; había problemas legales con la mina y problemas para recaudar las rentas trimestrales: todo ello hacía de la Torre de

Porthgenna lo que los subasteros llamarían un lote difícil de colocar. Después de fracasar en su intento de vender la finca, al Capitán Treverton no se le pudo hacer cambiar de idea para que regresara a la casa. La muerte de su esposa le había partido el corazón, pues estaba tan enamorado de ella como su esposa de él, y la sola visión del lugar que estaba conectado con el dolor más grande de su vida le resultaba odiosa. Se mudó, con su hijita y su institutriz, una parienta de la señora Treverton, a nuestro vecindario, y alquiló una preciosa pequeña casa de campo al otro lado de los prados de la iglesia. La casa que tenían más cerca estaba entonces habitada por el padre y la madre de Leonard Frankland. Los nuevos vecinos hicieron amistad enseguida, de modo que los dos que he casado esta mañana crecieron juntos desde niños y se enamoraron cuando todavía llevaban babero.

—Mi querido Chennery, ¿diría usted que estoy sentado inclinado hacia un lado? —exclamó el señor Phippen con una mirada de sorpresa e interrumpiendo abruptamente la narración del reverendo—. Lamento interrumpirle, pero me temo que en estas regiones el césped es extraordinariamente blando. Una de las patas de mi silla está haciéndose más corta a cada momento. ¡Estoy haciendo un agujero! ¡Me estoy viniendo abajo! ¡Cielo santo, Chennery, voy a matarme! ¡Por todos los santos, voy a matarme!

—¡Tonterías! —exclamó el reverendo sujetando primero al señor Phippen y estirando después su silla, que se había quedado clavada por una pata en el césped—. Venga, vamos al camino de grava; no creo que sea capaz de agujerear esa superficie. ¿Y ahora qué le pasa?

—Palpitaciones —dijo el señor Phippen dejando caer su sombrilla y llevándose la mano al corazón—. Y bilis. Veo esas manchas negras otra vez; esas manchas infernales agitándose y bailando delante de mis ojos. Chennery, ¿por qué no consulta con algún granjero amigo suyo acerca de la calidad de su césped? Créame, su césped está más blando de lo que debería. ¡Césped! —repitió para sí, desdeñosamente, el señor Phippen, mientras se volvía para recoger la sombrilla—. ¡Esto no es césped; es un pantano!

—Vamos, siéntese —dijo el reverendo— y a esas manchas negras y esas palpitaciones no les conceda la menor importancia. Beba algo. ¿Quiere un purgante? ¿Una cerveza? ¿Qué quiere?

—¡Nada, nada! No quiero causarle ninguna molestia —respondió el señor Phippen—. Prefiero sufrir, prefiero mil veces sufrir. Creo que debería usted seguir con su historia, Chennery: eso me aliviaría. Estaba usted diciendo algo muy interesante acerca de los baberos, aunque no tengo la menor idea de por qué estaba usted hablando de eso.

—¡Pero, qué dice! —replicó el Doctor Chennery—. Lo que le estaba explicando era el afecto entre los dos chiquillos, que han crecido y se han convertido en esposo y

esposa. Y a continuación, iba a explicarle que el Capitán Treverton, poco después de instalarse en nuestro vecindario, volvió de nuevo a su profesión. Era lo único que parecía llenar el vacío que la pérdida de su mujer había dejado. Tiene mucha influencia en el Almirantazgo, así que siempre que solicita un barco, se lo dan. Y hasta el momento, con algunos intervalos en tierra, está metido siempre en el mar. Pero, como le repiten su hija y sus amigos, ya se está haciendo un poco viejo para eso. No me mire con esa cara, Phippen. No me estoy desviando del tema tanto como usted piensa. Es necesario que primero le cuente todos estos pormenores, y una vez expuestos detalladamente puedo ir por fin al meollo de la cuestión: la venta de la Torre de Porthgenna. ¿Y ahora qué le ocurre? ¿Quiere levantarse otra vez?

Sí, efectivamente, el señor Phippen quería levantarse de nuevo para intentar realizar unos pequeños y suaves ejercicios con el propósito de recomponerse de sus palpitations y disipar las manchas negras. No deseaba de ningún modo causar ninguna molestia, pero su amistoso amigo Chennery podría cogerle del brazo, llevarle la silla y andar despacio hacia la ventana de la clase, de modo que la señorita Sturch estuviera al alcance de sus voces en caso de que fuera necesario intentar el último recurso de darle a tomar un brebaje reconstituyente. El reverendo, cuya infinita bondad estaba a prueba de todos los disgustos que la dispepsia del señor Phippen pudiera infligirle, satisfizo todas y cada una de estas peticiones y prosiguió con su historia, adoptando inconscientemente el tono y la actitud propios del padre que, de buen humor, hace lo que puede para ablandar el temperamento de un hijo impertinente.

—Como le iba contando —dijo— el señor Frankland y el Capitán Treverton eran vecinos. No hacía mucho que se habían conocido, cuando el uno supo por el otro que la Torre de Porthgenna estaba en venta. Nada más enterarse, el viejo Frankland hizo algunas preguntas, pero no mencionó nada acerca de comprarla. Poco después, al Capitán le dieron un barco y se echó a la mar. Durante su ausencia, el viejo Frankland fue personalmente a Cornwall a ver la finca, y averiguó todo cuanto pudo acerca de sus ventajas y sus carencias, preguntando a las personas que se habían quedado a cargo de la custodia de la casa y las tierras. Cuando regresó, no comentó nada hasta que el Capitán Treverton volvió de su primer viaje. Entonces, una mañana, el anciano caballero, despacio y directo como siempre hablaba, dijo:

—Treverton: si quiere vender la Torre de Porthgenna por el mismo precio por el que usted mismo pujó cuando intentó deshacerse de ella en la subasta, escriba a su abogado y dígame que me otorgue las escrituras de traspaso y pídame el importe de la compra.

El Capitán Treverton, naturalmente, se sorprendió un poco por la prontitud de esta oferta. Pero las personas que, como yo, conocemos la vida del viejo Frankland, no nos sorprendimos. Había hecho fortuna con los negocios, y era lo bastante sandio

como para avergonzarse de reconocer esa verdad como una catedral. Lo cierto era que sus antepasados pertenecían a una familia terrateniente de antes de la Guerra Civil, y la gran ambición del anciano era pasar de ser un mercader a ser un gran señor terrateniente, y que su hijo, al sucederle, lo hiciera como hacendado de una gran finca con gran influencia en el condado. Y estaba dispuesto a dedicar la mitad de su fortuna para hacer realidad su plan, pero ni siquiera la mitad de toda su fortuna podía comprar un rango de la magnitud que él deseaba en un condado agrícola tan importante como el nuestro. Los rendimientos son altos, y nadie piensa en vender sus tierras. Si estuviese en esta región, una finca que tuviera la extensión que tiene la finca de Porthgenna llegaría a costar más del doble de lo que el Capitán Treverton se atrevería a pedir por ella. El viejo Frankland conocía bien este hecho, y no estaba dispuesto a dejar pasar una oportunidad como ésta. Pero además, había algo en el aspecto feudal de la Torre de Porthgenna, y en los derechos sobre la mina y la pesca que la compra de la finca conllevaba, que le encandilaba de un modo singular por lo que podía llegar a aportar a la restauración de su grandeza familiar. Aquí, él, y más tarde su hijo, podría reinar por todo lo alto, como había soñado, y dirigir augustamente y a pleno placer la industria de cientos de pobres: los que estaban repartidos por toda la costa o bien arrebuajados en las pequeñas aldeas del interior. Ésta era una perspectiva muy tentadora, y podía hacerla realidad por cuarenta mil libras: diez mil menos de lo que este simple mercader tenía pensado gastarse cuando por primera vez había decidido metamorfosearse en un suntuoso caballero terrateniente. Los que conocíamos estos hechos, como le he dicho, no nos sorprendimos demasiado por la prisa mostrada por el señor Frankland en comprar la Torre de Porthgenna; y el Capitán Treverton, casi ni falta que hace decirlo, no tardó mucho en aceptar la oferta. La finca cambió de manos, y allá se fue el viejo Frankland, acompañado de una tropa de pedantes de Londres, a explotar la mina y la pesca según ciertos novedosos principios científicos, y a adecentar la vieja casa, de arriba abajo, con una decoración medieval nuevecita, bajo la dirección de un caballero del que se decía que era arquitecto, pero que a mí me pareció más bien la viva imagen de un cura papista de incógnito. Planes y proyectos maravillosos, ¿no le parece? ¿Y cómo cree que terminaron?

—¡Cuéntemelo, querido amigo! —fue la respuesta que salió de los labios del señor Phippen mientras por su cabeza, sin embargo, pasaba este pensamiento: «Me pregunto si la señorita Sturch guardará una botella de julepe de alcanfor en el botiquín».

—¡Enseguida se lo cuento! —exclamó el reverendo—. Todo lo que había planeado terminó, por supuesto, en un rotundo fracaso. Resulta que cuando llegó a Cornwall los inquilinos de la Torre de Porthgenna le recibieron como a un intruso. La antigüedad de su familia no les impresionó en absoluto. Podía ser todo lo antigua que

quisiera, pero no era de Cornwall; de modo que, a sus ojos, carecían de la menor importancia. Por los Treverton hubiesen ido al fin del mundo, pero nadie iba a mover un dedo por los Frankland. Incluso la mina parecía estar poseída por el mismo espíritu de desobediencia que mostraban los inquilinos. Los pedantes de Londres la perforaron por todos lados basándose en los más altos principios científicos, y por cada seis centavos de mineral que lograron llevar hasta la superficie hubieron de invertir por lo menos cinco libras en traerlo arriba. La pesca fue un poco mejor. Un nuevo método para salar sardinas, una maravilla de la economía teórica, en la práctica resultó ser una perfecta extravagancia. El único tema en el que el viejo Frankland estuvo de suerte, en medio de toda esa suma de desgracias, fue cuando discutió, cuando todavía estaba a tiempo, con el arquitecto medieval que parecía un cura papista de incógnito. Este suceso afortunado le evitó al nuevo propietario de la Torre de Porthgenna tener que gastarse todo el dinero que de otro modo hubiera tenido que invertir en restaurar y decorar de nuevo todas las habitaciones del lado norte de la casa, las cuales llevaban cincuenta años en el más puro abandono, y en ese estado permanecen todavía hoy en día. En resumidas cuentas, después de gastarse inútilmente en Porthgenna más dinero del que me apetece ahora contar, el viejo Frankland al fin se rindió y se marchó muy disgustado, dejando el lugar a cargo de su administrador, el cual fue advertido de que no gastara ni un céntimo más, y regresó de nuevo a nuestro vecindario. Cuando llegó, montado en cólera, se dio la circunstancia de que el Capitán Treverton estaba en tierra. Así que lo primero que hizo al verle fue soltar pestes de Porthgenna y de su gente. Esto enfrió sus relaciones, y sin duda habrían terminado por no hablarse de no ser por los niños, que continuaron viéndose tan a menudo como siempre, y que terminaron, a fuerza de una voluntariosa persistencia, por poner fin al alejamiento entre ambos padres haciéndoles ver lo ridícula que resultaba tal situación. Y aquí, en mi opinión, nos encontramos ante el episodio más curioso de esta historia. Había intereses familiares muy importantes que dependían de que estos dos jóvenes se enamoraran y, es un placer poder explicarlo, eso es precisamente lo que hicieron. He aquí un caso de matrimonio por amor de lo más romántico, el cual los padres de ambos lados tenían el mayor interés del mundo en promover. Shakespeare dirá lo que quiera, pero el camino del amor verdadero a veces puede ser un camino feliz. Nunca un matrimonio se ha celebrado con mejor propósito que el que he oficiado esta mañana. Al quedar Leonard heredero de la finca, la hija del Capitán Treverton ahora regresará, en calidad de ama y señora, a la casa y a las tierras que su padre vendió. Al ser Rosamond hija única, el dinero de la compra de Porthgenna, que el viejo Frankland en su día consideró como dinero tirado, será ahora, cuando el Capitán muera, la dote matrimonial de la esposa del joven Frankland. No sé qué piensa usted del principio y del nudo de esta historia, Phippen, pero sea como fuere, el final ha de gustarle. ¿Ha oído usted hablar alguna

vez de un novio y una novia que comenzaran con mejores perspectivas que este novio y esta novia?

Antes de que el señor Phippen le pudiera contestar la señorita Sturch sacó la cabeza por la ventana y, viendo que los dos caballeros se acercaban, les dedicó su invariable y radiante sonrisa. Luego, dirigiéndose al reverendo en un tono muy bajo, dijo:

—Siento muchísimo molestarle, señor, pero Robert está intratable esta mañana con la Tabla de Multiplicar.

—¿Dónde se encalla esta vez?

—En siete por ocho, señor —contestó la señorita Sturch.

—¡Bob! —gritó el reverendo a través de la ventana—. ¿Siete por ocho?

—Cuarenta y tres —respondió la voz llorosa del invisible Bob.

—Te voy a dar otra oportunidad antes de ir a buscar la vara —dijo el Doctor Chenery—. ¡Así que cuidado! Siete por...

—Mi querido y buen amigo —interrumpió el señor Phippen—, si apalea usted a ese infeliz muchacho, chillará. Esta mañana mi silla de campo me ha puesto ya los nervios a prueba. Si ahora oigo chillidos voy a estallar. Así que deme un poco de tiempo para que me quite de en medio y permítame al mismo tiempo que le pida a la señorita Sturch un poco de julepe de alcanfor, de modo que también ella tenga una excusa para quitarse de en medio y poder ahorrarse el triste espectáculo del castigo, tan estremecedor para una sensibilidad como la suya. Creo que en otras circunstancias podría haber pasado sin el julepe de alcanfor pero ahora se lo solicito sin vacilar, por consideración tanto hacia la señorita Sturch como hacia mis pobres nervios. Señorita Sturch, ¿tiene usted un poco de julepe de alcanfor? Diga que sí, se lo pido, se lo ruego, y deme la oportunidad de acompañarla hasta algún lugar donde no se oigan los chillidos.

Mientras la señorita Sturch —cuya bien entrenada sensibilidad estaba a prueba tanto de los estrictos castigos paternos como de sus sonoras confirmaciones filiales en forma de berridos— subía las escaleras para traer el julepe de alcanfor, más sonriente y serena que nunca, el señorito Bob, viendo que le habían dejado solo con sus hermanas en la clase, se acercó a la más pequeña, sacó del bolsillo de sus pantalones tres pringosas y ácidas pastillas que tenían todo el aspecto de haber sido ya chupadas, y, atacando el flanco débil de su personalidad le ofreció arteramente las pastillas a cambio de información sobre el tema del seis por ocho.

—¿Te gustan? —susurró Bob.

—No, no me gustan —respondió ella con ironía.

—¿Siete por ocho? —preguntó Bob.

—Cincuenta y seis —respondió Amelia.

—¿Seguro? —dijo Bob.

—Del todo —contestó Amelia.

Las pastillas cambiaron de manos, y con ellas el rumbo catastrófico del drama doméstico. En el momento en que la señorita Sturch apareció con el julepe de alcanfor por la puerta del jardín, como la diosa Hebe a ojos del señor Phippen, su intratable alumno, asomándose por la ventana de la clase, hizo una exhibición ante su padre de lo que es, aritméticamente hablando, un hijo reformado. La vara descansó ese día; y el señor Phippen se bebió su vaso de julepe, liberado al fin de sus preocupaciones por la sensibilidad de la señorita Sturch y su tema gemelo: los chillidos del señorito Bob.

—Cada día que pasa es usted más complaciente —dijo el Mártir de la Dispepsia chasqueando la lengua con fruición mientras apuraba las últimas gotas de su vaso—. Mis nervios están a salvo, la sensibilidad de la señorita Sturch está a salvo, y el trasero de nuestro querido niño está a salvo. No tiene usted idea de cuán liberado me siento Chenery. ¿Por dónde íbamos en esa amena historia suya antes de que nos interrumpiera este pequeño asunto doméstico?

—Por el final, se lo aseguro —dijo el reverendo—. El novio y la novia llevan ya unas cuantas millas de camino hacia St. Swithin's-on-Sea, donde pasarán su luna de miel. El Capitán Treverton se ha quedado rezagado por un día. El lunes recibió la orden de embarcar, y saldrá para Portsmouth mañana por la mañana para tomar el mando de su barco. Aunque él no lo admita abiertamente, yo sé que Rosamond le ha convencido para que éste sea su último viaje. Ha concebido un plan para que vaya a Porthgenna a vivir con ella y su marido, que creo, y confío, que tendrá éxito. La pareja de recién casados no tiene intención de utilizar para nada las habitaciones del oeste de la vieja casa, en una de las cuales falleció la señora Treverton. Han contratado a un arquitecto —esta vez se trata de un hombre sensato y práctico— para que inspeccione las habitaciones del ala norte, ahora abandonadas, con vistas a su reparación completa y su redecoración. El Capitán Treverton no ha de asociar de ningún modo esta parte de la casa con melancólicos recuerdos, ya que ni él ni ninguna otra persona entró jamás en ella mientras residieron en Porthgenna. Considerando el cambio de aspecto que a buen seguro sufrirá el lugar con la reparación de las habitaciones del ala norte, y teniendo en cuenta el efecto balsámico que el tiempo produce sobre los recuerdos dolorosos, yo diría que hay bastantes probabilidades de que el Capitán Treverton regrese para pasar sus últimos días entre sus antiguos aparceros. Esto resultará una gran ventaja para Leonard Frankland, pues sin duda predispondrá a la gente de Porthgenna a ser más amables con su nuevo amo. Protegido por el Capitán Treverton, no hay duda de que Leonard se llevará bien con los aparceros, siempre que se abstenga de mostrar con descaro ese orgullo familiar heredado de su padre. Es un poco dado a sobrevalorar la importancia del rango y la superioridad del nacimiento, pero la verdad es que ése es el único defecto destacable

de su carácter. En todo lo demás, le puedo decir, con toda honestidad, que tiene lo que se merece: la mejor esposa del mundo. ¡Qué vida llena de felicidad, Phippen, le aguarda a esta joven y afortunada pareja! Cuando hablamos de criaturas mortales es un poco aventurado afirmar según que cosas, pero, mire, tal como yo lo veo, no hay ninguna nube que amenace el futuro de estos muchachos.

—¡Qué maravillosa criatura es usted! —exclamó el señor Phippen, apretando con afecto la mano del reverendo—. ¡Cómo disfruto escuchándole! ¡Qué lujo poder gozar de su luminosa visión de la vida!

—¿Y no es acaso una visión certera, especialmente en el caso del joven Frankland y su esposa? —preguntó el reverendo.

—Si quiere saber mi opinión —dijo el señor Phippen con una sonrisa de plañidera, cavilando tranquilamente— le diré que la dirección que suele tomar la capacidad especulativa de un hombre —por no mencionar la propia importancia de ésta— depende de sus secreciones. Sus secreciones biliares, querido amigo mío, funcionan bien, y de ahí que tenga usted una visión luminosa de las cosas. Mis secreciones biliares funcionan mal, y de ahí mi visión gris de las cosas. Usted mira los proyectos de futuro de esta joven pareja y dice que no hay ninguna nube sobre ellos. No le discuto esta afirmación, ya que no tengo el placer de conocer ni al novio ni a la novia. Pero miro el cielo que hay sobre nosotros —recuerdo que no había una sola nube en él cuando salimos al jardín— y veo ahora, justo encima de esos dos árboles que crecen el uno tan cerca del otro, una nube que ha aparecido inesperadamente viniendo quién sabe de dónde, y extraigo mis propias conclusiones. Ésta —dijo el señor Phippen mientras subía las escaleras hacia la casa— es mi filosofía. Puede que esté adulterada por mi bilis, pero a pesar de todo es filosofía.

—Toda la filosofía del mundo —dijo el reverendo, subiendo las escaleras detrás de su invitado— no cambiará mi convicción de que Leonard Frankland y su esposa tienen ante ellos un futuro feliz.

El señor Phippen rió y, aguardando a que su huésped se uniera a él, se cogió del brazo del Doctor Chennery de forma amistosa.

—Ha contado usted una historia encantadora, Chennery —dijo— la ha terminado con un sentimiento igualmente encantador. Pero, querido amigo mío, a pesar de que su mente sana (influida por una digestión envidiablemente ligera) menosprecia mi filosofía biliosa, no se olvide de la nube que está sobre los dos árboles. Mírela: mire cómo se va volviendo más grande y más oscura.

CAPÍTULO III

El novio y la novia

La señorita Mowlem vivía humildemente en St. Swithin's-on-Sea, cobijada bajo el techo de su madre viuda. En la primavera del año mil ochocientos cuarenta y cuatro, una pequeña herencia vino a alegrar el corazón de la madre de la señorita Mowlem. Después de darle vueltas a los distintos usos que podía darle al dinero, decidió invertirlo en amueblar, con muy buen gusto, el primer y el segundo piso de su casa, y en colgar un aviso en la ventana del gabinete anunciando que alquilaba habitaciones amuebladas. Los apartamentos quedaron listos en verano, y el aviso se colgó. Cuando no hacía ni una semana que estaba expuesto, un personaje altivo, vestido de negro, solicitó ver las habitaciones, expresó su satisfacción por éstas y decidió quedárselas, durante un mes, para una dama y un caballero recién casados que llegarían en unos días. El personaje altivo y vestido de negro era el criado del Capitán Treverton, y la dama y el caballero, que llegaron a su debido tiempo, eran el señor y la señora Frankland. Naturalmente, la señora Mowlem sintió un considerable interés por sus primeros y jóvenes huéspedes, pero podría decirse que era casi indiferencia comparado con el interés sentimental que mostró su hija por los hábitos y costumbres que la dama y el caballero pudieran mostrar en relación con su condición de novio y novia. Desde el instante en que el señor y la señora Frankland entraron en la casa, la señorita Mowlem empezó a examinarlos con la pasión de una estudiante aplicada que afronta una nueva rama del saber. Cada vez que tenía ocasión la muchacha se entretenía subiendo las escaleras, echando un vistazo y bajando rápidamente las escaleras para contarle a su madre lo que había visto u oído. Cuando la pareja ya hacía una semana que estaba en la casa, la señorita Mowlem había hecho tan buen uso de sus oídos, de sus ojos y de sus ocasiones que podría haber escrito un diario sobre la vida del señor y la señora Frankland con el realismo y la minuciosidad del mismísimo Samuel Pepys.

Pero, por más que uno aprenda, cuanto más vivimos más cosas nos quedan por aprender. Siete días acumulando pacientemente hechos relacionados con la luna de miel no disuadieron a la señorita Mowlem de intentar nuevos descubrimientos. La mañana del octavo día, después de retirar la bandeja del desayuno, esta observadora solterona subió de nuevo las escaleras, como de costumbre, para beber de la fuente del conocimiento a través del ojo de la cerradura de la puerta de la sala. Cinco minutos después bajó a la cocina, sin poder respirar de la emoción, para comunicarle a su venerable madre un nuevo descubrimiento en relación con el señor y la señora Frankland.

—¿Sabe lo que está haciendo ella en este momento? —exclamó la señorita

Mowlem, con los ojos muy abiertos y elevando las manos al cielo.

—Nada útil —respondió la señora Mowlem, siempre dispuesta para el sarcasmo.

—¡Está sentada en sus rodillas! Madre, ¿usted se sentó alguna vez en las rodillas de padre cuando estaban casados?

—Por supuesto que no, querida. Cuando yo y tu pobre padre nos casamos no éramos unos jóvenes caprichosos, y sabíamos cómo comportarnos.

—Ella tiene la cabeza en su hombro —continuó la señorita Mowlem, poniéndose más y más nerviosa— y los brazos alrededor de su cuello. Los dos, madre. Y bien apretados.

—No quiero oírlo —exclamó la señorita Mowlem, indignada—. Una mujer como ella, tan rica y agraciada, y todo eso, rebajándose como una criada con su querido. ¡No me lo digas, no quiero oírlo!

Pero era absolutamente cierto. En la sala de la señorita Mowlem había muchas sillas y, sobre la mesa con aletas, tres libros bellamente encuadernados (Las Antigüedades, de St. Swithin; Los Sermones, de Smallridge, y El Mesías, de Klopstock, en traducción inglesa). La señora Frankland podría haberse sentado sobre cuero marroquí de color púrpura adornado con el mejor pelo de caballo. Podría haber cultivado y apaciguado su mente con distracciones arqueológicas, con teología autóctona ortodoxa y con poesía religiosa de origen foráneo. ¡Pero ella era lo bastante perversa para preferir estarse sin hacer nada, colgada incómodamente de las rodillas de su marido! ¡La naturaleza de la mujer es tan frívola!

La señora Frankland estuvo sentada un buen rato en la indigna posición que la señorita Mowlem le había descrito a su madre tan gráfica y minuciosamente; después se echó un poco para atrás, levantó la cabeza, y miró gravemente el rostro silencioso y meditabundo del hombre ciego.

—Lenny, estás muy callado esta mañana —dijo—. ¿En qué estás pensando? Si me cuentas tus pensamientos te contaré los míos.

—¿De verdad deseas conocer todos mis pensamientos? —preguntó Leonard.

—Sí, todos. Me siento celosa si te guardas pensamientos para ti. Dime en qué estabas pensando en este momento. ¿En mí?

—No exactamente.

—Vaya. ¿Es que te has cansado de mí en sólo ocho días? Yo no he pensado en nadie más que en ti desde que llegamos aquí. ¡Ah! Y encima te ríes. Ay, Lenny, te quiero tanto. No puedo pensar en nadie más que en ti. ¡No! No quiero besarte. Antes quiero saber en qué estabas pensando.

—En un sueño, Rosamond, que tuve anoche. Desde los primeros días de mi ceguera... ¡Eh, pensaba que no ibas a besarme hasta que te contara mis pensamientos!

—Cuando hablas de tu ceguera, Lenny, no puedo evitar besarte. Dime, pobrecito

mío, ¿te ayudo yo en algo a superar esa pérdida? ¿Eres más feliz de lo que eras antes?, y ¿tengo yo algo que ver, aunque sea un poco, con esa felicidad?

Al tiempo que hablaba ella quiso volver la cabeza, pero Leonard fue más rápido. Sus dedos anhelantes tocaron las mejillas de su esposa.

—¿Estás llorando, Rosamond? —dijo.

—¡Llorando, yo! —respondió ella, adquiriendo de repente su voz un timbre alegre—. No —continuó después de una pausa—. Nunca te decepcionaré, mi amor, ni siquiera en la más mínima pequeñez. Mis ojos son ahora los ojos de los dos, ¿verdad? Dependes de mí en todo aquello en lo que tu tacto no puede ayudarte, y por eso debo ser siempre merecedora de tu confianza, ¿no es verdad? Sí, he llorado, Lenny; pero sólo un poco. No sé por qué, pero nunca en mi vida he sentido por ti la pena tan grande que he sentido ahora. No te preocupes, ya no lloro. Continúa, continúa con lo que estabas diciendo.

—Lo que quería decir, Rosamond, es que he observado que desde que me quedé ciego me ocurre una cosa muy curiosa. Sueño mucho, pero en mis sueños nunca estoy ciego. Con frecuencia, en mis sueños visito lugares que había visto y a personas que conocí cuando todavía conservaba la vista; en esos momentos oníricos siento que soy yo mismo tanto como lo siento ahora que estoy despierto; sin embargo, nunca en esos sueños estoy ciego. Mientras duermo, paseo por todos los caminos de antes, y no me hace falta andar a tientas; mientras duermo, hablo con todos mis viejos amigos y veo la expresión de sus caras: cuando me despierto, la expresión se borra para siempre. Hace ya más de un año que perdí la vista y, sin embargo, la otra noche al despertarme y darme cuenta de que estaba ciego sentí la misma conmoción que si hubiera acabado de pasarme.

—¿Qué soñaste, Lenny?

—Solamente con el lugar donde te conocí cuando éramos pequeños. Vi la cañada igual que era hace años, con esas enormes raíces retorcidas, con las zarzas enroscándose entre ellas, bajo la luz umbría que se colaba a través de las gruesas hojas desde un cielo lluvioso. Vi el lodo en el camino que atraviesa la cañada; vi señales de pisadas de vaca en algunas partes, y círculos perfectamente dibujados en aquellos otros lugares por donde los campesinos habían hecho camino con sus zuecos. Vi el agua turbia corriendo a ambos lados del sendero después de la lluvia. Y te vi a ti, Rosamond, tal como eras, la niña traviesa, cubierta de arriba abajo de barro y agua, ensuciándote tus manos regordetas y el pellón azul claro mientras hacías un dique para detener el agua que corría, y te vi riéndote de tu niñera cuando ésta, indignada, trataba de arrancarte del barro para llevarte a casa. Vi todo eso exactamente igual que cuando era real, en el pasado; pero lo que resulta ciertamente extraño es que yo no me vi como el niño que era entonces. Tú eras una niña pequeña, y la cañada estaba en su antiguo estado de abandono, pero aun así, y aunque todo

perteneciese a ese pasado tan lejano, yo estaba tal como me recuerdo en el presente. A lo largo de todo el sueño yo me sentía inquieto porque me daba cuenta de que era un hombre adulto: de que era, en definitiva, el que soy ahora. Excepto que no era un ciego.

—¡Debes tener muy buena memoria, mi amor, para poder rememorar todos esos pequeños acontecimientos después de los años que han pasado desde ese lluvioso día de la cañada! ¡Qué bien me recuerdas de niña! ¿Puedes acordarte con la misma intensidad de cómo era yo hace un año?, cuando me viste —ay, Lenny, casi se me parte el corazón sólo de pensarlo—, cuando me viste por última vez.

—¡Claro que te recuerdo, Rosamond! La última vez que te vi, pinté con la mirada tu retrato en mi memoria con colores que jamás podrán cambiar. Tengo muchos cuadros en mi mente, pero el tuyo es el más claro y luminoso de todos.

—Y es el cuadro donde mejor estoy, pues fue pintado en mi juventud, cuando mi rostro confesaba siempre lo mucho que te quería, aunque mis labios no dijeran nada. Y este pensamiento me consuela, Lenny. Cuando pasen los años, y el tiempo deje sus huellas sobre mí, no pensarás: «Mi Rosamond se está marchitando; la mujer con la que me casé se va desvaneciendo un poco cada día». ¡Para ti, mi amor, no envejeceré nunca! Cuando mis mejillas se arruguen y se vuelva gris mi pelo, el luminoso retrato de mi juventud, seguirá siendo todavía mi retrato.

—Seguirá siéndolo, todavía y siempre, por más que yo envejezca.

—Pero ¿estás seguro de que es del todo nítido? ¿No hay ningún trazo dudoso, ningún rincón inacabado en alguna parte? No he cambiado nada desde esa última vez que me viste: estoy igual que hace un año. Pon por caso que te preguntase cómo soy ahora: ¿Podrías decírmelo sin cometer ningún error?

—Ponme a prueba.

—¿Puedo? ¡Mira que te tomaré la lección como si fuera el catecismo! ¿No te cansas, si me siento en tus rodillas? Bueno, en primer lugar, ¿cómo soy de alta cuando estoy de pie a tu lado?

—Me llegas justo a la oreja.

—No está mal para empezar. Vamos con la siguiente pregunta. En tu retrato, ¿cómo tengo el pelo?

—Es castaño oscuro, abundante, y tienes el flequillo un poco demasiado largo para el gusto de alguna gente.

—No te preocupes por lo que pueda pensar «alguna gente»; para tu gusto, ¿tengo el flequillo demasiado largo?

—Desde luego que no. Me gusta que sea largo; me gustan todos esos pequeños rizos que se te hacen en la frente. Me gusta recogido hacia atrás, tal como lo llevas, con lazos sencillos, porque así se te ven las mejillas y las orejas; y más que cualquier otra cosa me gusta ese hermoso moño que te haces ahí donde se te enreda el pelo,

detrás de la cabeza.

—¡Ay, Lenny, qué bien me recuerdas! Ahora, ve un poco más abajo.

—Si voy un poco más abajo, veo tus cejas. En mi retrato, tus cejas tienen una forma muy bonita.

—Sí, pero tienen un defecto. ¡Vamos! Dime cuál es ese defecto.

—No son todo lo marcadas que podrían.

—¡Has vuelto a adivinarlo! ¿Y mis ojos?

—Ojos castaños, grandes, despiertos, que siempre están mirando a su alrededor. Ojos que pueden ser muy dulces unas veces y muy brillantes otras. Ojos tiernos y claros, en este preciso momento, pero capaces, a la menor provocación, de dilatarse e iluminarse hasta dar lugar a una mirada penetrante y resuelta.

—¡Pues procura que no tenga que poner esa mirada! ¿Qué hay debajo de los ojos?

—Una nariz que no llega a ser lo bastante grande para estar proporcionada con esos ojos. Una nariz que está ligeramente...

—¡No digas esa horrible palabra inglesa! No me hieras los sentimientos: dila en francés. Di *retroussé*, y sáltate mi nariz lo más pronto posible.

—Debo detenerme en la boca, entonces, y reconocer que es lo más parecido a la perfección que pueda haber. Tus labios tienen una forma preciosa, un color hermoso y una expresión cautivadora. En mi retrato sonrías; y estoy seguro de que en este momento me están sonriendo.

—¿Y qué otra cosa van a hacer, después de tantos elogios? Mi vanidad me susurra que es mejor que deje aquí este catecismo; si hablo de mi aspecto me dirás que soy de las morenas, que nunca tengo color en las mejillas salvo cuando camino, o estoy azorada, o enfadada. Si te pregunto acerca de mi figura, recibiré una respuesta espantosa: «Tienes una peligrosa tendencia a engordar». Si te pregunto: «¿Cómo visto?», me dirás: «No con la suficiente sobriedad: te gustan los colores chillones más que a una niña». ¡No! No me arriesgaré a hacer más preguntas. Pero, dejando aparte la vanidad, Lenny, estoy tan contenta, tan orgullosa, tan feliz de saber que puedes guardar con tanta claridad mi imagen en tu mente. Ahora haré todo lo posible para vestirme como en tu último recuerdo: quiero parecerme a él. ¡Amor de mis amores! Haré que estés orgulloso de mí; haré todo lo posible para que sientan envidia de la mujer que tienes. Te mereces cien mil besos por saberte tan bien la catequesis, ¡y aquí los tienes!

Mientras la señora Frankland le otorgaba a su marido el premio a sus méritos, se oyó en un rincón de la habitación un carraspeo débil, mínimo, de alguien que trataba de expresarse con amabilidad, haciéndose oír a pesar de su timidez. La señora Frankland se volvió al instante, con la rapidez que le era propia, y, para su horror e indignación, ahí estaba la señorita Mowlem, de pie y delante de la puerta, con una

carta en la mano y el rubor de una emoción palpitante escrita en su cara de sonrisa boba.

—¡Desdichada! ¿Cómo se atreve a entrar sin llamar a la puerta? —exclamó Rosamond, levantándose como un torbellino y pasando en un instante de la cima del cariño a la cima de la indignación.

La señorita Mowlem, sintiéndose culpable, empezó a temblar ante los iracundos y fulminantes ojos que la miraban y atravesaban. Le ofreció la carta a la señorita Frankland, pálida y con gestos de disculpa y, en un tono de lo más respetuoso, le dijo que lo sentía.

—¿Que lo siente? —exclamó Rosamond golpeando el suelo con los pies, más irritada ahora por esa petición de disculpa que por la propia intrusión—. ¿A quién le interesa lo que usted sienta o deje de sentir? ¡No quiero sus disculpas! ¡No las acepto! Y nunca en mi vida me he sentido tan ofendida! ¡Nunca, fisgona! ¡Entrometida!

—¡Rosamond, Rosamond, te ruego que te calmes! —se interpuso la voz tranquila del señor Frankland.

—¡Lenny, no puedo evitarlo, querido! Esta criatura haría enloquecer a un santo. Desde que llegamos, nos ha estado espiando. ¡No lo niegue!, ¡grosera!, ¡ordinaria! ¡Yo lo sospechaba, pero ahora estoy segura! ¿Tenemos que cerrar las puertas para que no entre? ¡Pues faltaría más! ¡Tráigame la cuenta! Está advertida. Y el señor Frankland también se lo advierte, ¿verdad, Lenny? Yo te haré el equipaje, cariño: ésta no va a tocar ni una sola de tus cosas. Vaya abajo y háganos la cuenta, y dígale a su madre que queda advertida: que el señor Frankland no está dispuesto a tolerar que nadie irrumpa en su habitación, ni que ninguna chismosa escuche detrás de la puerta, y yo tampoco. ¡Deje esa carta encima de la mesa!, ¿o es que también quiere leerla?, ¡débela en la mesa!, ¡atrevida!, ¡más que atrevida!, ¡y vaya a buscar la nota, y dígale a su madre que nos vamos ahora mismo!

Ante esta amenaza, la señorita Mowlem, que era tímida y delicada, aunque curiosa de nacimiento, se apretó las manos en señal de desesperación y descargó dócilmente un mar de lágrimas.

—¡Ay, Cielo Santo! —exclamó la señorita Mowlem mirando al techo— ¡qué dirá madre!, ¡qué será de mí! ¡Ay, señora, creí que había llamado!, ¡créame! ¡Le pido humildemente disculpas, no volveré a entrar sin permiso nunca más! ¡Ay, señora, que mi madre es viuda, y ésta es la primera vez que alquilamos las habitaciones, y hemos gastado todo el dinero en arreglarlas!, ¡ay, señora, señora!, ¡menuda paliza me va a dar mi madre si se van!

Llegado este punto, la señorita Mowlem no pudo continuar y se puso a sollozar histéricamente.

—¡Rosamond! —dijo el señor Frankland. Esta vez había un deje de reprobación y tristeza en su voz. El oído agudo de Rosamond captó inmediatamente la variación del

tono. Rosamond le miró con curiosidad, mientras le empezaban a cambiar los colores de la cara, agachó un poco la cabeza, y, de repente, se le alteró por completo el semblante. Con cuidado, con ojos mansos y tristes, se aproximó a su marido y le puso los labios cerca de la oreja, rozándola, acariciándola.

—Lenny —susurró—. ¿Estás enfadado por mi culpa?

—Yo no sé enfadarme contigo, Rosamond —respondió él con sosiego—. Tan sólo habría deseado, amor mío, que te hubieses sabido dominar un poco.

—¡Lo siento!, ¡de veras que lo siento! —mientras susurraba estas palabras de arrepentimiento sus labios se fueron acercando aún más al oído de él, y su mano pequeña y hábil trepó temblorosamente por su cuello y se puso a enredar su cabello—. ¡Lo siento tanto!, ¡me siento tan avergonzada de mí misma! Pero no me dirás que al principio la cosa no era como para enfadarse, ¿no te parece, cariño? Lenny, perdóname, y te prometo que nunca más me portaré tan mal. Tú no te preocupes por esa llorona de la puerta —dijo, no sin experimentar cierto resentimiento mientras volvía a mirar a la señorita Mowlem, que continuaba inmóvil, apoyada contra la pared, y ocultando la cara tras un pañuelo blanco lleno de manchas—. Arreglaré las cosas con ella. Le diré que no lllore más y la acompañaré fuera de la habitación. Haré cualquier cosa para ser amable con ella, con tal de que me perdones.

—Una o dos palabras amables, eso es todo cuanto hay que hacer; nada más que una o dos palabras amables —dijo más bien fríamente el señor Frankland.

—¡Deje de llorar, por amor de Dios! —dijo Rosamond dirigiéndose directamente hacia la señorita Mowlem y arrancándole de la cara el pañuelo mugriento sin la menor consideración—. ¡Ya está! Y ahora pare, ¿quiere? Siento haberme enfadado; aunque no debería usted haber entrado sin antes llamar. No era mi intención afligirla: no le diré nunca más nada desagradable si de ahora en adelante llama usted a la puerta. Y deje de llorar de una vez. ¡Que deje de llorar! No nos vamos. No queremos que llame a su madre, ni que nos haga la nota, ni ninguna otra cosa. ¡Tenga!, aquí tiene este regalo, y deje de llorar. Aquí tiene mi lazo para el cuello; ayer por la tarde, cuando estaba estirada en el sofá y usted creía que dormía, pude ver cómo se lo probaba. No, no se preocupe, no la voy a regañar por eso ahora. Coja el lazo; si no quiere aceptarlo como un regalo, cójalo como muestra de paz. ¡Cójalo de una condenada vez! No, perdón, no quería decir eso; quiero decir que lo coja, por favor. Tenga, abrochado y todo. Y ahora nos damos las manos y hacemos las paces, y usted se va arriba y se mira al espejo a ver cómo le queda.

Con estas palabras, la señora Frankland abrió la puerta y, con el pretexto de darle una palmadita en el hombro le propinó un empujón a la señorita Mowlem, quien a estas alturas andaba ya del todo patitiesa y sofocada; cerró la puerta y volvió a las rodillas de su marido en un santiamén.

—Ya está todo arreglado, querido. Le he regalado mi lazo verde y la he sacado de

aquí: cuando se iba parecía un loro, más fea que un... —Rosamond se detuvo y miró con angustia la cara del señor Frankland—. ¡Lenny! —dijo con tristeza, poniendo su mejilla junto a la de él—. ¿Todavía estás enfadado conmigo?

—No, mi amor, ¿cómo voy a enfadarme contigo? No me enfado nunca contigo.

—De ahora en adelante, Lenny, te prometo que mantendré la compostura.

—Estoy seguro de que sí, Rosamond. Pero no estaba pensando en tu temperamento: no te preocupes por eso ahora.

—¿Y en qué estabas pensando?

—En la forma en que te has disculpado con la señorita Mowlem.

—¿No te ha parecido suficiente? Volveré a llamarla si lo deseas; le volveré a expresar mi arrepentimiento; haré cualquier cosa menos besarla: en este momento sólo puedo besarte a ti.

—¡Amor mío, cielo mío, qué chiquilla eres todavía para algunas cosas! A la señorita Mowlem le has dicho todo lo que le tenías que decir, incluso más. Pero si me disculpas el comentario, creo que en tu afán de benevolencia y generosidad has perdido el dominio de ti misma. No me refiero tanto al hecho de que le hayas regalado tu lazo, aunque pienso que al hacerlo podrías haber empleado un tono menos familiar; sin embargo, por lo que me ha parecido oír, deduzco que has llegado hasta el extremo de darle la mano.

—¿No he hecho bien? Pensaba que era la mejor forma de hacer las paces.

—Amor mío, ésa es la mejor forma de hacer las paces entre dos personas iguales. Pero no debes olvidar la diferencia entre tu posición social y la de la señorita Mowlem.

—Intentaré no olvidarlo si ese es tu deseo, amor mío. Pero creo que he salido a mi padre, que nunca se calienta la cabeza (¡ay, mi querido padre!) con las diferencias sociales. No puedo evitarlo: me gusta la gente que es amable conmigo, sin tener nunca en cuenta si son de mayor o de menor rango que yo, y debo confesar que, cuando me he serenado, me he sentido tan mortificada conmigo misma por haber asustado y disgustado a esa señorita Mowlem, pobre infeliz, que ni he pensado en si era o no de la misma posición social que yo. Trataré de hacer como tú dices, Lenny; pero mucho me temo que, sin saber muy bien cómo, debo ser eso que los periódicos llaman una Radical^[2].

—¡Rosamond, amor mío!, no digas eso ni en broma. Cariño, tú eres la última persona de este mundo que debería confundir las diferencias de clase de las cuales toda la sociedad decente depende.

—¿De veras crees que depende de eso? Pues no parece que hayamos sido creados con grandes diferencias entre nosotros. Todos tenemos el mismo número de brazos y piernas; todos tenemos hambre y sed, y en verano calor, y en invierno frío; todos nos reímos cuando nos complacen y lloramos cuando nos disgustan, y sin duda todos

tenemos sentimientos muy parecidos, seamos de alta o de baja alcurnia. Yo no te habría amado más de lo que te amo ahora si hubiese sido una duquesa, ni menos de lo que te amo ahora si hubiese sido una criada.

—Pero, amor mío, tú no eres ninguna criada. Y con respecto a eso de ser duquesa, déjame recordarte que no estás tan por debajo de una duquesa, como parece que piensas. Muchas damas de alto rango ya quisieran para ellas tener los antepasados que tú tienes. La familia de tu padre, Rosamond, es de las más antiguas de Inglaterra: ni siquiera mi familia paterna puede remontarse a esos tiempos, y eso que éramos señores feudales cuando la nobleza casi ni se había inventado. No me dirás que no es un chiste que te llames a ti misma Radical.

—No volveré a llamarme nunca más así, Lenny; pero no te pongas tan serio. Cariño, si me das un beso y me dejas que me siente un ratito más en tus rodillas seré una Tory^[3].

La gravedad del señor Frankland no estaba hecha a prueba de la veleidad de los principios políticos de su esposa, ni de las condiciones que había añadido. Puso mejor cara, y se rió casi tan jubilosamente como la propia Rosamond.

—Por cierto —dijo él después de que un intervalo de silencio le hubiera dado tiempo a organizar sus pensamientos— me ha parecido oír que le decías a la señorita Mowlem que dejara sobre la mesa una carta. ¿Es para ti o para mí?

—¡Uy!, me había olvidado por completo —dijo Rosamond mientras corría hacia la mesa—. Es para ti, Lenny, y, ¡válgame Dios!, lleva el matasellos de Porthgenna.

—Debe ser del arquitecto que envié por lo de la restauración. Préstame tus ojos, cariño, y oigamos lo que nos tiene que decir. Rosamond abrió la carta, arrastró un taburete hasta los pies de su marido y, poniendo sus brazos en las rodillas de él, leyó lo siguiente:

AL ILUSTRÍSIMO CABALLERO LEONARD FRANKLAND:

Señor,

De acuerdo con las instrucciones que tan amablemente me ha otorgado he procedido a inspeccionar la Torre de Porthgenna con el propósito de indagar qué reparaciones, en la casa en general y en particular en su lado norte, son necesarias.

Por lo que respecta al exterior, el edificio tan sólo demanda un poco de limpieza y ser pintado de nuevo. Las paredes y los cimientos parece que fueron hechos para durar eternamente. En mi vida había visto una construcción tan fuerte y sólida.

Del interior no puedo hablar en términos tan favorables. Las habitaciones de la fachada oeste, al haber estado habitadas durante el periodo en que ocupó la casa el Capitán Treverton, y desde entonces bien cuidadas, presentan un estado aceptablemente bueno. Yo diría que doscientas libras son suficientes para cubrir los

gastos de todas las reparaciones que las habitaciones necesitan. Esta suma no incluiría la restauración de la escalera del oeste, que ha cedido un poco en algunas partes, y cuyo pasamanos es del todo inseguro desde el primer hasta el segundo piso. De veinticinco a treinta libras bastarían para repararla.

Las habitaciones de la fachada norte, no pueden estar en estado más ruinoso: todas, de arriba abajo. Según he podido averiguar, nadie se acercó jamás a estas habitaciones durante la época del Capitán Treverton, ni nadie ha entrado en ellas desde entonces. La gente que guarda ahora la casa tiene un miedo supersticioso a abrir cualquiera de las puertas del ala norte, quizá como consecuencia del largo tiempo que ha pasado desde que algún ser vivo las cruzó. Nadie se ofreció a acompañarme en mi reconocimiento, y nadie supo decirme qué llaves encajaban en qué puerta. No pude encontrar ningún plano que incluyera los nombres y números de las habitaciones; ni tampoco había, lo cual me resultó muy sorprendente, una etiqueta atada a cada llave. Por el contrario, me fueron entregadas todas colgando de un aro, con un marbete de marfil, donde tan solo decía: Llaves de las Habitaciones del Norte. Me tomo la libertad de mencionar estos detalles a fin de dar cuenta de lo que quizá usted entienda que ha sido una estancia más prolongada de lo necesario en la Torre de Porthgenna. Perdí casi un día en sacar las llaves de la anilla y hacerlas encajar, al azar, en sus correspondientes puertas. Y me llevó varias horas de otro día marcar cada puerta por fuera con un número y poner la etiqueta correspondiente en cada llave antes de devolverla a la anilla, para evitar de este modo posibles errores y demoras en el futuro.

Como espero poder ofrecerle, en unos días, una estimación detallada de las reparaciones que son necesarias en la parte norte de la casa, desde el sótano hasta el tejado, de momento solamente creo necesario decirle que su realización llevará tiempo, y que se tratará de una reforma a fondo. Las vigas de la escalera y el suelo del primer piso tienen carcoma. La humedad casi ha destrozado el friso en algunas habitaciones, y las ratas han hecho lo propio en otras. Cuatro repisas, de sendas chimeneas, han cedido, desprendiéndose de la pared, y no hay techo que no esté tiznado, desconchado o agrietado. El suelo está, en general, en mejor estado de lo previsible. Los postigos y los marcos de las ventanas, en cambio, están tan combados que resultan inservibles. Para ser sincero, solamente puedo afirmar que los gastos para dejar todo esto arreglado —es decir, para que las habitaciones sean seguras y confortables, y que estén listas para el tapicero— serán considerables. Con todo respeto, yo le sugeriría, en caso de que se sienta sorprendido o descontento con el importe de mi presupuesto, que designara usted a un amigo de su plena confianza, para que, presupuesto en mano, examinara las habitaciones conmigo. Yo me comprometo a demostrar, si hiciere falta, la necesidad de cada una de las reparaciones, y la justificación de cada uno de los gastos, satisfaciendo de este modo

a cualquier persona capacitada e imparcial que usted guste escoger.

*Confiando en poder enviarle el presupuesto en unos días,
Se despide, Señor,
Su humilde servidor.*

Thomas Horlock

—Una carta ciertamente sincera y honesta —dijo el señor Frankland.

—Habría preferido que hubiese enviado también el presupuesto —dijo Rosamond—. ¿Por qué no puede decirnos de una vez por todas cuánto costarán realmente las reparaciones, en números redondos?

—Sospecho, amor mío, que no ha querido mencionar una cifra para no asustarnos.

—¡Condenado dinero! Siempre cruzándose en el camino, siempre trastornando los planes que uno se hace. Si no tenemos bastante podemos pedir prestado a alguien que tenga. ¿Tienes intención de enviar a algún amigo a Porthgenna para que examine la casa junto al señor Horlock? Porque si es así, yo ya sé a quién me gustaría que enviases.

—¿A quién?

—A mí, si te parece bien; me acompañarías tú, por supuesto. No te rías, Lenny; sería de lo más puntillosa con el señor Horlock; pondría peros a todos y cada uno de los costes, y lo vencería sin piedad. Una vez vi cómo un perito examinaba una casa, y sé perfectamente lo que hay que hacer. Das unos golpes de talón en el suelo, golpeas las paredes, rascas la mampostería, echas una ojeada por el cañón de las chimeneas, y a las ventanas por fuera; a veces tomas notas en un cuadernillo, a veces tomas medidas con un codo^[4], a veces te sientas de repente y te pones a pensar profundamente; y todo esto para terminar diciendo que la casa quedaría estupendamente si el dueño se rascase el bolsillo e hiciera las reparaciones necesarias.

—¡Felicidades, Rosamond! No sabía que tenías este don, y supongo que ahora no me queda más remedio que darte la oportunidad de demostrarlo. Si no tienes inconveniente en asociarte con un perito en la importante tarea de verificar el presupuesto del señor Horlock, yo por mi parte no tengo inconveniente en realizar una breve visita a Porthgenna cuando a ti te parezca bien; sobre todo ahora que sé que las habitaciones del oeste todavía están habitables.

—¡Oh, qué amable eres!, ¡cuánta ilusión me hace!, ¡cómo disfrutaré viendo el viejo lugar de nuevo, antes de que lo cambien todo! Cuando nos fuimos de Porthgenna, Lenny, yo tenía tan sólo cinco años; estoy tan ansiosa por ver si todavía me acuerdo de algo después de esta larga ausencia. ¿Sabes que nunca he visto nada de esa parte norte de la casa que está en ruinas?, ¡y me chiflan tanto las habitaciones

antiguas! Repasaremos todas y cada una de las habitaciones, Lenny. Tendrás mi mano para asirte, y mis ojos para mirar, y podrás descubrir todo cuanto yo descubra. Tengo la sensación de que veremos fantasmas, y encontraremos tesoros, y oiremos ruidos misteriosos, y, ¡ay Dios mío! la de polvo que habremos de tragar. ¡Uf!, ¡sólo de pensarlo ya me atraganto!

—Ahora estamos hablando de Porthgenna, Rosamond; seamos serios por un momento. Es evidente que estas reparaciones de las habitaciones del ala norte van a costar un dineral. Pero mira, mi amor, yo no considero que una suma de dinero, por muy grande que sea, esté malgastada si con ello puedo hacerte feliz. Estoy contigo, en cuerpo y alma.

Hizo una pausa. Los brazos mimosos de su esposa empezaron a rodearle de nuevo el cuello, y su mejilla se posó con suavidad en la de él.

—Continúa, Lenny —dijo ella, y al pronunciar estas dos simples palabras lo hizo con un acento tan dulce que a él se le cortó momentáneamente el habla, y todos sus sentidos parecieron quedar cautivos de la lujuria de escuchar.

—Rosamond —murmuró— no hay música en el mundo que me acaricie como tu voz lo hace ahora. Siento cómo recorre mi interior, del mismo modo que a veces sentía el cielo por las noches, cuando todavía podía ver —mientras hablaba, los brazos cariñosos de ella le apretujaron el cuello, y sus labios fogosos fueron situándose con suavidad en el lugar donde hasta entonces había estado su mejilla.

—Continúa, Lenny —repitieron con la misma delicadeza, y llenos de felicidad—. Has dicho que estabas conmigo en cuerpo y alma. Conmigo, ¿en qué?

—En tu proyecto, amor mío, de convencer a tu padre para que se retire después de este último viaje, y en tu deseo de persuadirle para que pase felizmente sus postreros días en Porthgenna, a nuestro lado. Si el dinero que hemos de gastar en restaurar las habitaciones del ala norte, de modo que todos podamos vivir en ellas en el futuro, en verdad le ha de hacer ver la casa con otros ojos, hasta el punto de evitarle cualquier triste recuerdo, y eso significa que su estancia en ella volverá a ser un placer en vez de un tormento, consideraré que es un dinero bien invertido. Pero, Rosamond, antes de acometer tu plan, dime, ¿estás segura de su éxito? ¿Le has insinuado algo a tu padre acerca de tu proyecto en Porthgenna?

—Le dije que nunca me sentiría tranquila hasta que abandonase el mar y se viniese a vivir con nosotros; y él me dijo que lo haría. No mencioné ni una sola palabra acerca de Porthgenna, Lenny, ni él tampoco: pero sabe que tenemos pensado establecernos ahí, y no puso ninguna condición cuando prometió que nuestro hogar sería también el suyo.

—La pérdida de tu madre, ¿es el único recuerdo triste que tiene de la casa?

—La verdad es que no. Hay otro, que nunca te he mencionado, pero que quiero contarte porque entre nosotros no debe haber secretos. Desde que se casó, mi madre

tuvo una criada favorita que vivió siempre con ella. Cuando mi madre murió, ella fue, casualmente, la única persona que estuvo presente en la habitación en el momento de su muerte. Recuerdo que decían de ella que era una mujer de aspecto y actitud extravagantes, y que no caía bien a nadie excepto a su señora. Pues bien, la mañana en que mi madre murió ella desapareció del modo más extraño, dejando en la casa una carta muy rara y misteriosa para mi padre, en la que aseguraba que mi madre, antes de morir, le había confiado un secreto, y le había encargado que se lo hiciera saber al señor cuando la señora ya no estuviera; a continuación añadía que tenía miedo de mencionar este secreto, y que, para evitar ser interrogada sobre él, había decidido huir de la casa para siempre. Cuando abrieron la carta, ella ya hacía horas que se había marchado, y desde entonces nadie la ha vuelto a ver ni ha oído nada de ella. Este hecho pareció conmocionar a mi padre casi tanto como la muerte de mi madre. Todos nuestros vecinos y nuestros criados pensaban (como yo) que estaba loca; pero él nunca estuvo de acuerdo con ellos, y sé que ni ha destruido la carta ni la ha olvidado desde entonces.

—Un suceso extraño, Rosamond, realmente extraño. No me sorprende que todavía siga impresionado por esos hechos.

—Si hay algo de lo que estoy segura, Lenny, es de que los criados y los vecinos tenían razón: la mujer estaba loca. Sea como fuere, éste fue ciertamente un suceso singular para nuestra familia. Todas las casas viejas tienen su historia romántica, y ésta es la historia romántica de la nuestra. Pero han pasado muchos años desde entonces; y con el tiempo, y con los cambios que vamos a realizar, no tengo temor alguno de que mi querido y buen padre vaya a estropear nuestros planes. Dale en Porthgenna un nuevo jardín en la parte norte, donde pueda caminar por la cubierta, como me gusta decir; dale nuevas habitaciones en el ala norte donde pueda vivir, y yo respondo de los resultados. Pero todo esto es el futuro; volvamos al presente. ¿Cuándo hacemos nuestro viaje a Porthgenna, Lenny, y nos zambullimos en la interesante tarea de supervisar el presupuesto que el señor Horlock ha hecho de las reparaciones?

—Todavía nos quedan tres semanas aquí, Rosamond.

—Sí; y después debemos regresar a Long Beckley. Le prometí al más maravilloso de todos los hombres, el reverendo, que a él le honraríamos con nuestra primera visita. Estoy segura de que no nos dejará marchar antes de tres semanas o un mes.

—En ese caso, dispongamos que nuestra visita a Porthgenna sea de aquí a dos meses. ¿Está tu recado de escribir en la habitación, Rosamond?

—Sí, aquí mismo, encima de la mesa.

—Pues entonces, amor, escríbele al señor Horlock, y fija una cita para dentro de dos meses en la vieja casa. Dile también que no vamos a correr el riesgo de andar por escaleras inseguras, sobre todo teniendo en cuenta mi dependencia de los pasamanos,

por lo cual debe reparar de inmediato la escalera del oeste. Y, aprovechando que tienes la pluma en la mano, quizás nos ahorraríamos problemas si escribes una segunda nota al ama de llaves de Porthgenna diciéndole cuándo llegamos.

Rosamond se sentó alegremente a la mesa, y mojó su pluma en el tintero, adornando este movimiento con un pequeño gesto teatral de triunfo.

—Dentro de dos meses —exclamó llena de alegría— ¡volveré a ver el viejo y querido lugar! Dentro de dos meses, Lenny, nuestros pies profanos estarán levantando el polvo en las solitarias Habitaciones del Norte.

LIBRO TERCERO

CAPÍTULO I

Timón de Londres

Timón de Atenas se retiró de un mundo ingrato a una cueva junto al mar, desahogó su misantropía en una magnífica poesía, y disfrutó del honor de ser llamado «Mi amo». Timón de Londres se refugió de sus semejantes en una casa aislada de Bayswater, expresó sus sentimientos a través de una prosa desgastada, y fue llamado simplemente «señor Treverton». Pero a pesar de estas importantes diferencias entre los dos Timones, en una cosa sí es cierto que eran parecidos: la misantropía de ambos, al menos, era del todo auténtica. Los dos eran incorregibles detractores de la humanidad.

Con toda probabilidad no hay mejor prueba de lo esmerada que es esa definición del Hombre que lo describe como un animal imitativo, que la que se deriva del hecho de que el sentir general de la humanidad siempre está en contra de cualquier miembro individual de la especie que presume de ser diferente de los demás. Un hombre es uno más del rebaño, y su lana debe ser del color general. Beberá cuando los demás beban, y pastará cuando los demás pasten. Supongamos que un mediodía un hombre camina, con perfecta compostura en el semblante y decencia en el andar, sin la menor expresión de ausencia en sus ojos ni de salvajismo en su actitud, de una punta a otra de Oxford Street, sin sombrero, y que preguntamos por separado a cada una de las miles de personas que pasan a su lado, por supuesto vistiendo sombrero, qué es lo que piensan de él, ¿cuántos se abstendrán instintivamente de considerarlo un loco, sin otra evidencia que la de que no lleva sombrero? Es más, supongamos que nuestro hombre detiene a cada uno de los viandantes y les explica con palabras sencillas, y con toda claridad, que su cabeza se siente mejor y más cómoda sin sombrero que con él. ¿Cuántos de sus semejantes que al encontrárselo por primera vez le habían tachado de loco, cambiarían de opinión después de haber oído sus explicaciones? En la gran mayoría de los casos, esa explicación sería tomada como una excelente prueba adicional de que el hombre sin sombrero tenía el juicio trastocado.

Al haber comenzado el sendero de la vida con el paso cambiado respecto al resto de los mortales, Andrew Treverton comenzó a pagar la condena de su diferencia desde sus primeros días. Era un asiduo de la enfermería, un blanco perfecto en la escuela y una víctima propiciatoria en la universidad. La enfermera, una ignorante, informó de él como de un niño estafalario; el maestro, un erudito, tuvo la gentileza de buscar otra expresión, y le definió como un niño excéntrico. Siguiendo con esta tradición, su tutor en la universidad, con mucho salero, comparó su cabeza a un tejado, y dijo que había en él una teja suelta. Cuando se suelta una teja, si nadie la arregla a tiempo, termina por caer. En el tejado de una casa esta consecuencia es

considerada resultado inevitable de la dejadez. En el tejado de un hombre la cosa ya resulta un poco más sorprendente.

Siendo de los que hacen la vista gorda para algunas cosas, y que para otras no tienen ojos, la capacidad de Andrew para hacer el bien trató en vano de tomar cuerpo. El mejor lado de su excentricidad se transformó en un sentimiento de amistad. Incomprensiblemente, empezó a sentir una amistad apasionada por uno de sus compañeros de clase: un niño que no le hacía ningún caso en el patio, y que no puede decirse que le ayudara demasiado en clase. Nadie tenía la menor idea de cuál era el motivo, pero, a pesar de ello, era un hecho notorio que la paga de Andrew terminaba siempre en el bolsillo de este muchacho, que Andrew andaba siempre detrás de él como un perrito y que, una vez sí y la otra también, Andrew cargaba con las culpas y el castigo que hubieran debido recaer sobre su amigo. Cuando, unos años después, ese amigo fue a la universidad, el chico dijo que también quería ir a la universidad, y allí se hizo más fuerte que nunca el apego por el camarada de sus días de colegial, el elegido, entre todos los demás, por alguna razón desconocida. Una devoción tal habría emocionado a cualquier hombre de carácter generoso. Pero no afectó para nada al amigo de Andrew, ruin por naturaleza. Después de tres años de relación en la universidad —relación que era todo egoísmo por un lado y todo sacrificio por el otro— llegó el final y Andrew se dio cuenta de la cruel realidad. Cuando su amigo le hubo vaciado del todo los bolsillos, y cargado de deudas, el hermano del alma, el héroe a quien admiraba con humildad, le abandonó sumiéndolo en la más pura soledad, vergüenza, y ridículo, sin mostrar el menor signo de arrepentimiento, sin siquiera una palabra de despedida.

Andrew regresó a la casa de su padre siendo un hombre amargado en la primavera de su vida, zaherido por las deudas que había contraído para servir al hombre que le había ultrajado sin piedad y le había engañado sin vergüenza. Su padre le asignó una pequeña cantidad de dinero y se fue de la casa estigmatizado. Los viajes se fueron prolongando y terminaron, como suelen hacerlo en estos casos, en un destierro permanente. La vida que llevó, las compañías que frecuentó, durante su larga estancia en el extranjero, le causaron un daño continuo e irreparable. Cuando por fin regresó a Inglaterra se presentó con la más desesperanzadora de cuantas personalidades pueda tener un hombre: la del que no cree en nada. En este periodo de su vida su única alternativa de futuro pasaba por la influencia que su hermano ejercía sobre él, y por los buenos resultados que ésta podría haber producido. Los dos apenas habían reanudado su vieja relación cuando la discusión causada por la boda del Capitán Treverton terminó de romperla para siempre. Desde ese día, Andrew Treverton fue un hombre incapacitado para cualquier empresa o evento social. Desde ese día acogió los reproches que le hicieron los últimos amigos, interesados por su fortuna, siempre con la misma respuesta llena de amargura y desesperanza: «Mi

mejor amigo me abandonó y me engañó —solía decir— mi único hermano se ha peleado conmigo por amor a una actriz de teatro; después de eso, ¿qué puedo esperar del resto de la humanidad? Por dos veces he sufrido al creer en los demás. Y no me va a suceder una tercera vez. El hombre sabio es áquel que no distrae su corazón de su ocupación natural de bombear sangre al cuerpo. He adquirido mi experiencia en el extranjero y en casa, y he aprendido a ver la otra cara de las ilusiones de la vida, aquéllas que a otros hombres les parecen la realidad. Mi tarea en este mundo es comer, beber, dormir, y morir. Todo lo demás es superficial, y he roto con ello».

Después de ser rechazadas por un manifiesto como éste, las pocas personas que todavía volvieron a preguntar por él de nuevo oyeron que, tres o cuatro años después de la boda de su hermano, Andrew andaba por el barrio de Bayswater. La gente de allí explicaba qué había comprado la primera casa de campo que había encontrado que estuviera rodeada por un muro que la aislara de las otras casas. Más tarde se empezó a rumorear que vivía como un miserable; que tenía un viejo criado, llamado Shrowl, el cual era peor enemigo de la humanidad que él mismo; que no permitía que ningún alma, ni siquiera una asistenta, entrara en la casa; que se estaba dejando crecer la barba, y que le había ordenado a su criado Shrowl que siguiera su ejemplo. En el año mil ochocientos cuarenta y cuatro, el hecho de que un hombre no se afeitara era considerado por la mayoría ilustrada de la nación inglesa como una prueba de su enfermedad. Hoy en día, la barba del señor Treverton solamente hubiese puesto en duda su reputación de hombre respetable. Diecisiete años atrás, su barba fue considerada como una prueba adicional que confirmaba la vieja teoría según la cual tenía el juicio trastornado. Por aquel entonces era, tal y como su corredor de bolsa podría haber corroborado, uno de los hombres de negocios más astutos de Londres. Podía discutir, sin tener razón, con una agudeza y una retórica tales que el mismísimo Doctor Johnson habría querido para sí; y llevaba las cuentas de la casa hasta el último cuarto de penique. Pero ¿de qué le servía todo esto, en opinión de sus vecinos, si se suponía que vivía de un modo tan diferente al de ellos, y si llevaba en la cara el peludo certificado que lo acreditaba como lunático? Ya hemos hablado de que ha mejorado un poco la tolerancia con las barbas desde esos tiempos; aunque todavía queda mucho por recorrer. En estos tiempos de progresismo, en este año mil ochocientos sesenta y uno, ¿qué empleado de banca, aun el más fiable de toda la ciudad, tendría la menor oportunidad de conservar su empleo si dejase de afeitarse la barba?

Los parlanchines, que calumniaban al señor Treverton llamándole loco, cometían un nuevo error al describirle como un miserable. Si ahorraba más de dos terceras partes de los ingresos derivados de su holgada fortuna no era porque le gustara atesorar dinero, sino porque no disfrutaba con las comodidades y los lujos que el dinero proporciona. Si queremos ser justos con el, habríamos de decir que sentía por

su propia opulencia un desprecio casi tan profundo como el que sentía por la opulencia de sus vecinos. Los parlanchines andaban muy errados en su intento de describir su carácter, pero andaban sin embargo muy finos a la hora de describir su modo de vida. Era verdad que había comprado la primera casa que había encontrado que se hallara reclusa dentro de sus propias paredes; era verdad que a nadie le estaba permitido, cualquiera que fuera su propósito, pasar de la puerta, y era verdad también que su criado, el señor Shrowl, aborrecía a la humanidad incluso más que él.

La existencia que estos dos hombres llevaban se parecía, hasta donde las condiciones que les rodeaban lo permitían, a la vida del hombre primitivo (o salvaje). Como no negaba la necesidad de beber y comer, la mayor ambición del señor Treverton era poder sobrevivir dependiendo en la menor medida posible de esa raza de hombres que decían abastecer al vecindario con productos de primera necesidad y que, tal como él lo veía, no hacían sino engañarlos vilmente amparándose en sus conocimientos profesionales.

Al disponer de jardín detrás de la casa, Timón de Londres prescindía del tendero cultivando sus propias verduras. No disponía de sitio para cultivar su propio trigo; de lo contrario se hubiese hecho también granjero; aun así, era de todos modos más listo que el molinero y el panadero, y lo que hacía era comprarles un saco de grano, lo molía con su molinillo y le entregaba la harina a Shrowl para que hiciera pan. Por la misma regla de tres, la carne era comprada al por mayor al suministrador de la ciudad; el señor y el criado comían tanta como podían y luego salaban el resto, haciendo mofa de los carniceros. En cuanto a la bebida, ni el cervecero ni el posadero tuvieron jamás la oportunidad de sacarle al señor Treverton un solo penique. Tanto él como Shrowl se contentaban con beber cerveza, y se la hacían ellos mismos. Con pan, verduras, carne y cerveza de malta, estos dos ermitaños modernos lograban el doble propósito de vivir de puertas para adentro y mantener a los vendedores de puertas para afuera.

Como hombres primitivos comían, y como hombres primitivos vivían. Tenían ollas, sartenes y pucheros, dos mesas de pino, dos sillas, dos viejos sofás, dos pipas cortas y dos batas. No tenían horario de comidas, ni alfombras, ni camas, ni armarios, ni estanterías, ni adornos baratos de ninguna clase, ni lavandera, ni asistenta. Cuando uno de los dos quería comer y beber, se cortaba su mendrugo de pan, se hacía su trozo de carne y se ponía su jarrita de cerveza, sin interesarse para nada por el otro. Cuando uno de los dos pensaba que necesitaba una camisa limpia, lo cual era poco frecuente, iba y se lavaba una él mismo. Cuando uno de los dos descubría que alguna parte de la casa estaba lo que se dice realmente sucia, cogía una cubeta de agua y una escoba de abedul y baldeaba la habitación igual que baldearía la perrera. Y, finalmente, cuando uno de los dos quería irse a dormir, se envolvía en su bata, se estiraba en uno de los sofás y descansaba cuánto fuera necesario, sin que le importara

si era de día o de noche, mañana o tarde.

Cuando no había que hornear pan, hacer cerveza, cuidar el jardín, ni limpiar, los dos se sentaban uno frente al otro y fumaban durante horas, generalmente sin pronunciar una sola palabra. Siempre que hablaban era para discutir. Su conversación habitual transcurría como una especie de duelo dialogado. Empezaba cuando uno de los dos hacía una declaración de buenas intenciones, por supuesto sarcástica, y terminaba en un apasionado y violento intercambio de ofensas, del mismo modo que los boxeadores cumplen con la formalidad de darse la mano delicadamente antes de entrar en la dura tarea de golpearse mutuamente la cara, fuera de toda semejanza con la imagen de lo que debe ser un hombre. Al no sufrir la desventaja de una temprana educación refinada, Shrowl no se mordía la lengua en sus ataques a su señor, y generalmente se llevaba la victoria en estos enfrentamientos dialécticos. De modo que, aunque Shrowl era oficialmente el criado, en la práctica era él el espíritu gobernante de la casa, adquiriendo una influencia sin límites sobre su señor a fuerza de llevar la discusión siempre a su propio terreno. La voz más aguardentosa era de Shrowl; las sentencias más crueles eran de Shrowl, y la barba más larga era la de Shrowl. No hay nada más fácil que atacar a un hombre dado a presumir: solamente hay que esperar a que abra la boca. El señor Treverton solía alardear desconsideradamente acerca de su independencia: era entonces cuando se llevaba los peores varapalos, siempre de la misma persona, siempre con la misma rúbrica: la de Shrowl.

Una mañana, aproximadamente tres semanas después de que la señora Frankland hubiera escrito al ama de llaves de la Torre de Porthgenna, para informarla de las fechas en que ella y su marido quizá llegaran, el señor Treverton, con su cara de amargado y rebosando de modales impertinentes, bajó de los confines superiores al piso de abajo, a la pieza que en casa de cualquier terrateniente civilizado hubiese sido la sala de estar. Al igual que su hermano mayor, Andrew era un hombre alto y fornido, pero su rostro ojeroso, huesudo y pálido no tenía el menor parecido con el rostro hermoso, bronceado y espléndido del Capitán Treverton. Viéndolos el uno al lado del otro nadie hubiese podido adivinar que eran hermanos; y en el carácter eran tan poco parecidos como en el semblante. Las angustias que había padecido en su juventud; la vida desesperada, errante y fracasada que había llevado de adulto, y la petulancia, frustración y cansancio físico de los últimos tiempos le habían demacrado tanto que, en vez del menor, parecía el hermano mayor al menos por veinte años. Despeinado y con la cara sucia, con una barba gris y enmarañada, vestido con una bata de franela sucia que le iba como un saco, este descendiente de una familia antigua y próspera tenía todo el aspecto de haberse criado en un orfelinato, y de tener por vocación la venta de ropa de desecho.

Era la hora del desayuno, o mejor dicho, era la hora en que el señor Treverton

tuvo el hambre suficiente como para pensar en comer algo. Sobre la chimenea, en la misma posición en la que en cualquier casa medianamente refinada se hubiese colocado un espejo, en la casa de Timón de Londres colgaba un trozo de tocino entreverado; sobre la mesa de pino, junto al fuego, había media hogaza de pan moreno de bastante mal aspecto; en un rincón de la habitación había un barril de cerveza, y debajo de él, colgando de dos clavos en la pared, dos jarras de estaño llenas de abolladuras; bajo el enrejado había una parrilla vieja y tiznada, abandonada en el mismo lugar donde había quedado después de que hubiera sido usada por última vez. El señor Treverton sacó una navaja grasienta del bolsillo de su bata, cortó una loncha de tocino, arrojó la parrilla sobre el fuego, y empezó a prepararse el desayuno. Acababa de darle la vuelta al tocino cuando se abrió la puerta y Shrowl entró en la habitación, con la pipa en la boca, determinado a cumplir idéntica misión alimenticia que su señor.

Por lo que hacía a su físico, Shrowl era bajito, gordo, flácido, y completamente calvo, excepto por la parte de atrás de la cabeza, donde tenía un anillo de pelo gris e hirsuto que parecía un collar que le hubiera sido pegado de otro sitio. Para remediar su escasez de su pelo, la barba, que se había dejado crecer por deseo de su señor, iba mucho más allá de las mejillas, y le caía hasta el pecho en dos mechones gruesos y puntiagudos. Llevaba una vieja levita de cola muy larga que había comprado de saldo en Petticoat Lane; una camisa amarilla descolorida con una gran guirindola; pantalones de pana arremangados hasta los tobillos y botas de media caña que no habían sido lustradas desde el día en que salieron por última vez de la zapatería para viejos. Su tez era de un color florido enfermizo, sus labios se torcían hacia arriba en una sonrisa maliciosa, y sus ojos eran lo más parecido, en forma y en expresión, a los de un bull-terrier: lo más próximo que el rostro de un hombre puede dar de sí para que sus ojos se parezcan a los de un perro zorrero. Cualquier pintor que quisiera expresar fuerza, insolencia, fealdad, vulgaridad, raposería, no habría encontrado en todo el mundo mejor modelo para su propósito que el señor Shrowl.

En los primeros instantes el señor y el criado no intercambiaron una sola palabra, ni se hicieron el menor caso. Shrowl estaba de pie, impasible y contemplativo, con las manos en los bolsillos, esperando su turno en la parrilla. El señor Treverton terminó de asar su tocino, se lo llevó a la mesa y, después de cortar un pedazo de pan, empezó a comerse el desayuno. Solamente después de haber dado la primera dentellada se dignó a alzar la vista y mirar a Shrowl, quien en ese momento abría su navaja y se acercaba al tocino caminando con la cabeza gacha y con ojos de sueño y hambre.

—¿Qué significa eso? —preguntó el señor Treverton, enfadado y sorprendido, señalando el pecho de Shrowl—. ¡Bruto, se ha puesto una camisa limpia!

—Se ha dado cuenta, se lo agradezco —dijo Shrowl, en un tono sarcásticamente humilde—. Ésta es una ocasión para la alegría, vaya que sí. No podía hacer menos

que ponerme una camisa limpia el día del cumpleaños de mi señor. Le deseo mucha felicidad, señor. ¿Creía usted acaso que iba a olvidarme de que hoy es su cumpleaños? Por su preciosa cara, y que Dios la bendiga, no me habría olvidado por nada del mundo. ¿Cuántos años cumple en este día tan señalado? Ha pasado mucho tiempo desde que era un niño pequeño, regordete y sonriente, con la guirindola alrededor del cuello, los bolsillos llenos de canicas, chaleco y pantalones de una pieza, y el día de su cumpleaños, los regalos y los besitos de papá y mamá, de la tía y el tío. No tema, esta camisa no se va a desgastar de lavarla demasiado: no creo que la ponga a lavar antes de su próximo cumpleaños; o tal vez tendrá que ser para su funeral, quién sabe, teniendo en cuenta la edad que tiene, ¿no le parece que tengo razón, señor?

—No malgaste una camisa limpia para mi funeral —rebatí el señor Treverton—. No le he dejado ningún dinero en mi testamento, Shrowl. No habré llegado yo a mi tumba que usted ya estará metido en un asilo, no lo dude.

—Vaya, ¿así que al fin ha hecho usted testamento? —preguntó Shrowl, haciendo una pausa en su intento de cortarse una loncha de tocino y haciendo ver que el tema le interesaba de verdad—. Le pido humildemente disculpas, pero tenía entendido que le daba miedo hacer testamento.

Con estas palabras el criado sin duda había querido tocar uno de los puntos flacos del señor Treverton. Éste golpeó la mesa con el mendrugo de pan y miró furiosamente a Shrowl.

—¡Miedo yo de hacer mi testamento!, ¡pero qué idiota es! —dijo—. Ni lo he hecho, ni lo voy a hacer, porque tengo mis principios.

Shrowl terminó lentamente de cortar su loncha de tocino y se puso a silbar una tonadilla.

—Tengo mis principios —repitió el señor Treverton—. Los hombres ricos que dejan dinero después de su muerte son granjeros que cultivan la cosecha de la maldad humana. Cuando un hombre tiene aunque sea una gota de generosidad en su naturaleza, y quieres que la pierda, déjale una herencia. Cuando un hombre es malvado, si quieres que sea todavía peor déjale una herencia. Si quieres juntar a un grupo de hombres con el propósito de que siembren la corrupción y el despotismo a gran escala, entrégales tu herencia para que funden una institución de caridad pública. Si quieres darle a una mujer la mejor oportunidad de buscarse un mal marido, déjale una herencia. ¡Hazme caso! Siento un desprecio bastante grande por la especie a la que pertenezco, Shrowl, pero no odio a la humanidad tanto como para causarle un perjuicio tan tremendo como ése. Habiendo terminado su diatriba con esas palabras, el señor Treverton descolgó una de las abolladas jarras de estaño y se refrescó con una pinta de cerveza.

Shrowl llevó la parrilla hasta un claro en el fuego, y emitió una risita sarcástica.

—¿A quién diablos querría que le dejara mi dinero? —exclamó el señor Treverton, después de oír la risa ahogada de Shrowl—. ¿A mi hermano, que si ya me tiene ahora por un bruto terminaría por pensar que soy idiota, y despilfarraría todo mi dinero en queridas y actrices ambulantes? ¿A la hija de esa farandulera, que ni siquiera he visto en mi vida, y a la que le han enseñado ya de pequeña a odiarme, y que se volvería de repente una hipócrita que pretendería llorar mi muerte? ¿A usted, primate, que no tardaría ni un minuto en abrir un negocio usurero, rezando por las viudas, por los huérfanos y por todos los desgraciados del mundo entero? ¡Va usted listo, Shrowl! Déjeme que me ría yo también, sobre todo sabiendo que no voy a dejarle ni un penique.

Shrowl, por su parte, empezaba a mostrarse un poco irritado, y la civilizada socarronería que había decidido adoptar al entrar en la habitación dio lugar a una exhibición de sus modales groseros y a su habitual forma de refunfuñar.

—Déjeme en paz, ¿quiere? —dijo mostrándose arisco mientras se sentaba a desayunar—. Yo ya he terminado mis bromas por hoy; ¿por qué no para usted también? ¿De qué sirve decir tonterías acerca de su dinero? A alguien se lo tendrá que dejar, de todos modos.

—Sí, así es —dijo el señor Treverton—. Se lo dejaré, como le he dicho una y otra vez, al primero que encuentre que sea un despilfarrador de verdad, y al que el dinero no pueda hacer una persona todavía peor de lo que ya sea.

—Es decir, a nadie —gruñó Shrowl.

—Eso ya lo sé —replicó el señor Treverton.

Antes de que Shrowl pudiese pronunciar una sola palabra, sonó la campanilla de la puerta de la casa.

—Sal afuera —dijo el señor Treverton— y mira a ver qué es. Si es una mujer, muéstrale la clase de espantapájaros que eres y échala dándole un buen susto. Si es un hombre...

—Si es un hombre —le cortó Shrowl— le daré un puñetazo en la cabeza por interrumpirme mientras desayuno.

En ausencia de su criado, el señor Treverton llenó su pipa y la encendió. Antes de que el tabaco hubiese prendido bien, Shrowl regresó informando de que la visita era un hombre.

—¿Le has golpeado la cabeza? —preguntó el señor Treverton.

—No —dijo Shrowl—. He recogido su carta. La ha deslizado por debajo de la puerta y se ha largado. Aquí la tiene.

La carta estaba escrita en una hoja grande, con una leyenda en el dorso. Cuando el señor Treverton la desdobló dos recortes de periódico resbalaron desde el interior. Uno fue a parar encima de la mesa ante la que estaba sentado, y el otro cayó, balanceándose como una hoja, hasta llegar al suelo. Shrowl recogió este último y lo

empezó a leer, sin tomarse la molestia de pasar por la ceremonia de pedir permiso.

Después de inhalar y exhalar lentamente una nueva bocanada de humo, el señor Treverton empezó a leer la carta. A medida que fue poniendo el ojo en las primeras líneas sus labios fueron retorciéndose alrededor de la boquilla de la pipa de un modo que resultaba muy inusual. La carta no era lo suficientemente larga como para que tuviera que pasar la primera hoja: terminaba debajo de la primera página desdoblada. La leyó hasta el final; después miró el remitente, y volvió a leerla desde el principio. Sus labios siguieron retorciéndose en la boquilla de su pipa, pero no siguió fumando. Al terminar la segunda lectura dejó la carta suavemente encima de la mesa, miró a su criado con una rara expresión de vacío en sus ojos, y con una mano ligeramente temblorosa retiró la pipa de su boca.

—Shrowl —dijo con voz queda—, mi hermano, el Capitán, se ha ahogado.

—Ya lo sé —respondió Shrowl, sin alzar la mirada del recorte de periódico—. Lo estoy leyendo aquí.

—Las últimas palabras que me dijo mi hermano cuando discutimos por la actriz —prosiguió el señor Treverton, hablando no tanto para Shrowl como para sí mismo — fueron que yo había de morirme sin un sólo sentimiento de generosidad en mi corazón hacia ningún ser viviente.

—Y así será —gruñó Shrowl mientras daba la vuelta al recorte para ver si en el reverso había algo que valiera la pena leer.

—Me pregunto qué fue lo que pensó acerca de mí mientras moría —dijo el señor Treverton abstraídamente, cogiendo de nuevo la carta de la mesa.

—No malgastó un solo pensamiento en usted ni en ninguna otra persona —advirtió Shrowl—. Si tuvo tiempo de pensar en algo, sería en cómo podía salvar su vida. Cuando terminó de pensar eso había terminado también de vivir —después de haber expresado su opinión Shrowl se acercó al barril de cerveza y llenó su jarra matinal.

—¡Maldita actriz! —rezongó el señor Treverton.

Mientras decía estas palabras se fue volviendo más oscura su cara, y sus labios se sellaron firmemente. Alisó la carta sobre la mesa. En su pensamiento parecía tener alguna duda acerca de si había comprendido todo el contenido de la carta: pensaba que había algo más en ella que todavía no había descubierto. Al repasarla por tercera vez la leyó para sí mismo despacio y en voz alta, como si se hubiese propuesto fijar firmemente en su memoria cada palabra. La carta decía así:

Señor,

Como antiguo asesor legal y fiel amigo de su familia, he sido designado por la señora Frankland, antes señorita Treverton, para darle a conocer la triste noticia del fallecimiento de su hermano. Este lamentable suceso aconteció a bordo del barco del

que él era capitán, en medio de un temporal durante el cual la nave se perdió en un arrecife de la isla de Antigua. Le he enviado el relato detallado del naufragio, extraído de *The Times*, donde podrá apreciar que su hermano murió noblemente, cumpliendo su deber con los oficiales y los hombres a los que mandaba. Le envió también un recorte del diario local de Cornwall en el que aparece una necrológica del difunto caballero.

Antes de terminar esta carta, debo añadir que, después de una exhaustiva búsqueda, entre los papeles del Capitán Treverton no se ha hallado ningún testamento. Habiendo vendido, como usted sabe, la Torre de Porthgenna, las únicas propiedades que poseía en el momento de su muerte eran posesiones personales, derivadas de la venta de su finca; y éstas serán percibidas, como consecuencia de la falta de testamento, y siguiendo el curso que marca la ley, por su hija como pariente más próxima.

Soy, Señor, su seguro servidor,

Alexander Nixon

El recorte de diario que había caído sobre la mesa era el relato de *The Times*. El recorte del diario de Cornwall, que había caído al suelo, fue puesto por Shrowl, en un acceso de civismo ocasional, tan pronto como hubo terminado de leerlo, al alcance de los ojos del señor. El señor Treverton no prestó la menor atención ni a uno ni a otro. Permaneció sentado mirando la carta, incluso después de haberla leído por tercera vez.

—¿Por qué no deja ya la carta y le echa un vistazo a esos recortes? —preguntó Shrowl—. ¿No quiere leer qué gran hombre era su hermano, y qué vida tan ejemplar llevó, y qué hija tan bella deja tras de sí, y qué matrimonio tan provechoso ha contraído con el hombre que posee la vieja finca familiar que antes le pertenecía a usted? ¡No creo que *ella* quiera ahora su dinero! El viento funesto que hinchó las velas del barco de su padre hasta encallararlo en las rocas hinchó también los bolsillos de ella con esas buenas cuarenta mil libras. ¿No quiere leerlo? Ella y su esposo tienen en Cornwall una casa mejor de la que usted tiene aquí. ¿No se alegra de ello? Iban a hacer que restaurasen toda la finca, de arriba abajo, para que su hermano fuese a vivir con ellos como un marajá cuando regresase del mar. ¿Quién va a reparar jamás una finca para usted? Me pregunto si su sobrina no restauraría ahora la vieja casa por usted, si se lavara y se lo fuera a pedir.

Al terminar, Shrowl hizo una pausa en su tarea de provocarle, no por no encontrar más palabras, sino por no encontrar el coraje para pronunciarlas. Desde el primer día en que empezaron a vivir bajo el mismo techo había intentado provocar al señor, y había fracasado. El señor Treverton le escuchó, o aparentó escucharle, sin mover un músculo, sin el menor gesto de enfado en su rostro. La única palabra que dijo cuando

Shrowl hubo terminado fue ésta:

—¡Lárguese!

Shrowl no era precisamente un hombre fácil de impresionar, pero cambió de color cuando oyó que de repente le ordenaban que abandonase la habitación.

—¡Lárguese! —repitió el señor Treverton—. Y de aquí en adelante, y para siempre, tenga cuidado antes de decir algo de mi hermano y de la hija de mi hermano. Nunca he puesto los ojos encima de la hija de la actriz y nunca lo haré. ¡Tenga mucho cuidado! ¡Déjeme en paz! ¡Lárguese!

«De ésta se acuerda», pensó Shrowl mientras se retiraba de la habitación lentamente.

Después de cerrarla, pegó el oído a la puerta y oyó como el señor Treverton apartaba su silla y andaba de un lado para otro hablando solo. A juzgar por las confusas palabras, que el criado no terminaba de entender, Shrowl llegó a la conclusión de que el señor seguía pensando en la «farandulera» que había traído la discordia entre él y su hermano. Parecía sentir un tremendo alivio al poder proyectar a solas su ira después de la noticia de la muerte de su hermano, y de poder hacerlo sobre la memoria de la mujer que con tanta saña odiaba y de la niña que ella había traído al mundo.

Después de un rato cesó del todo el zumbido bajo y murmurante de su voz. Shrowl espío por el ojo de la cerradura y vio que estaba leyendo los recortes de periódico con el relato del naufragio y la necrológica de su hermano. Ésta última hacía referencia a algunos de los pormenores de la familia, los mismos a los cuales el reverendo de Long Beckley había hecho mención ante su invitado, y el autor de la necrológica terminaba expresando su deseo de que la pérdida tan lamentable que el señor y la señora Frankland habían sufrido no interfiriera en su proyecto de restaurar la Torre de Porthgenna, ahora que ya habían dado el paso de enviar a un arquitecto a examinar la casa. Había algo en ese párrafo, quizás su estilo, que pareció trasladar al señor Treverton hasta sus tiempos de juventud, cuando su hogar estaba en la vieja casa familiar. Murmuró para sí algunas palabras que hacían una melancólica referencia a días pasados, se levantó repentinamente de su silla, echó al fuego los dos recortes de diario, observó cómo ardían y suspiró cuando la corriente de aire fue alzando las negras cenizas como hilos de telaraña flotantes hasta hacerlas desaparecer por el agujero de la chimenea.

Shrowl se sintió sobrecogido por el tono de un suspiro, igual que si hubiese oído un disparo. En su asombro, se abrieron como dos platos sus ojos de bull-terrier y, meneando su cabeza como si presintiera algo, se fue alejando de la puerta.

CAPÍTULO II

¿Vendrán?

Justo cuando había terminado los preparativos necesarios para recibir al señor y la señora a la hora que mencionaba la carta del señor Frankland, enviada desde St. Swithin's-on-Sea, el ama de llaves de la Torre de Porthgenna recibió una carta, sellada con cera negra y encuadrada por un ribete luctuoso, que la sobresaltó. La carta le comunicaba brevemente la noticia de la muerte del Capitán Treverton, y la informaba de que la visita del señor y la señora Frankland a Porthgenna había sido aplazada por tiempo indefinido.

En el mismo correo, el arquitecto, que estaba supervisando la restauración de la escalera del oeste, también recibió una carta, requiriéndole que enviase la factura tan pronto como terminase aquellas reparaciones en las que ya hubiese adquirido algún compromiso con terceros, y diciéndole que el señor Frankland no podía, de momento, dedicar su atención al proyecto de hacer habitables las habitaciones del ala norte. Después de recibir este mensaje, el arquitecto se retiró junto con sus trabajadores así que hubo asegurado la escalera del oeste y la balaustrada, y la Torre de Porthgenna quedó de nuevo al cuidado del ama de llaves y su criada, sin señor ni señora, sin amigos y sin forasteros que recorrieran sus pasillos solitarios o que dieran vida a sus habitaciones vacías.

Pasaron ocho meses sin que el ama de llaves tuviera noticias del señor y la señora, excepto por los párrafos que aparecían en el periódico local en los que se hacía referencia a la dudosa posibilidad de que los señores viniesen a ocupar la vieja casa en un periodo no muy lejano, e interesándose por los asuntos de los arrendatarios. También, alguna que otra vez, cuando tenía que ir a la oficina de correos por razones de negocios, el mayordomo obtenía, de los antiguos amigos o empleados de la familia Treverton, información acerca de sus patronos.

A partir de estas informaciones, el ama de llaves llegó a la conclusión de que el señor y la señora Frankland habían regresado a Long Beckley después de haber recibido la noticia de la muerte del Capitán Treverton, y se habían quedado a vivir allí con la intención de permanecer unos meses en estricto retiro. Cuando se marcharon de Long Beckley se mudaron (si había que dar crédito a la información del diario) a los alrededores de Londres, y se instalaron en la casa de unos amigos que por entonces estaban viajando por el Continente. Ahí debieron quedarse por algún tiempo, pues la llegada de Año Nuevo no trajo rumores de que hubieran cambiado de nido. Enero y febrero pasaron sin que se supiese nada nuevo acerca de ellos. A principios de marzo, el mayordomo tuvo ocasión de ir a la oficina de correos. Cuando regresó a Porthgenna traía noticias frescas relacionadas con el señor y la señora

Frankland que suscitaron el interés del ama de llaves de manera extraordinaria. En dos barrios distintos, ambos muy respetables, el mayordomo había oído comentarios jocosos según los cuales las obligaciones domésticas del señor y la señora iban pronto a verse incrementadas por la contratación de una niñera y la adquisición de una cuna para finales de primavera o principios de verano. En lenguaje llano: de los muchos bebés que se esperaba que hiciesen su aparición en el mundo en los tres meses siguientes, había uno que heredaría el apellido de los Frankland y (si el pequeño tenía la fortuna de ser un niño) causaría sensación en todo West Cornwall, pues iba a ser el heredero de la finca de Porthgenna.

Al mes siguiente, abril, antes de que el ama de llaves y el mayordomo hubiesen terminado de discutir estas últimas e importantes noticias, el cartero hizo su esperada aparición en la Torre de Porthgenna y trajo una nueva carta del señor Frankland. El semblante del ama de llaves brilló con desacostumbrado placer y sorpresa cuando leyó la primera línea. La carta anunciaba que la visita, tan largamente aplazada, del señor y la señora a la vieja casa iba a tener lugar a principios de mayo, y que podía esperarse su llegada cualquier día de la primera decena del mes.

Las razones que habían llevado a los propietarios de Porthgenna a fijar, por fin, una fecha para visitar su finca estaban relacionadas con ciertos detalles que la señora Frankland no creía aconsejable relatar en su carta. La verdad sobre el caso era que se había originado una discusión entre marido y esposa en relación con el lugar de residencia que debían escoger después de que volvieran del Continente los amigos cuya casa ahora ocupaban. El señor Frankland había sugerido muy razonablemente que regresaran de nuevo a Long Beckley, no solamente porque allí vivían los viejos amigos de ambos, sino también (y las circunstancias hacían que ésta fuera una consideración importante) porque este lugar tenía la ventaja de que en él residía un médico excelente. Pero desafortunadamente, esta última ventaja, lejos de tener peso en la consideración de la señora Frankland, no hizo sino predisponerla en contra. Como ella misma reconocía, siempre había sentido una infundada antipatía hacia ese médico. Podía ser un hombre muy versado, sumamente educado, y una eminencia, pero a ella ni le gustaba ni le iba a gustar nunca, y estaba decidida a oponerse al plan de vivir en Long Beckley, pues ello la obligaría a ponerse en sus manos.

Después se sugirieron otros dos lugares; pero la señora Frankland se opuso a cada uno de ellos con la misma objeción: en ambos casos el médico del lugar sería un desconocido, y no le gustaba la idea de ser atendida por un desconocido. Al final, tal como ella había previsto, decidieron elegir el futuro domicilio siguiendo las preferencias de ella; y fue entonces cuando, para sorpresa de su marido y de sus amigos, decidió ir a Porthgenna.

Había ideado este extraño plan, y ahora estaba resuelta a ejecutarlo, en parte porque sentía más curiosidad que nunca por ver de nuevo la casa; y por otra parte,

porque el médico que había estado con su madre en sus últimos padecimientos, el mismo que la había atendido a ella de niña en todas sus pequeñas dolencias, seguía viviendo y ejerciendo en el vecindario de Porthgenna. Su padre y el médico habían sido viejos camaradas, y cada sábado por la noche, durante años, se habían reunido delante del mismo tablero de ajedrez. Cuando las circunstancias los separaron mantuvieron su amistad intercambiándose regalos cada año por Navidad; y cuando la triste noticia de la muerte del Capitán llegó a Cornwall, el médico había escrito una carta de simpatía y condolencia a Rosamond en la que enaltecía a su antiguo amigo y patrón de tal manera que ella no lo iba a olvidar jamás. Seguro que con los años se había convertido en un viejecito amable y paternal; el hombre más indicado, en todos los sentidos, para atenderla. En resumen, la señora Frankland estaba tan firmemente predispuesta a favor de confiarse al médico de Porthgenna como lo estaba en contra de hacerlo al médico de Long Beckley; y terminó como a todas las mujeres jóvenes casadas con maridos caballerosos les está permitido terminar, y de hecho terminan, siempre que les apetece: imponiendo su punto de vista y haciendo las cosas a su manera.

Para el primero de mayo las habitaciones del oeste estaban listas para recibir al señor y la señora de la casa. Se ventilaron las camas, se lavaron las alfombras y se descubrieron las sillas y los sofás. El ama de llaves se puso el vestido de satén y el broche granate. La criada también se arregló, aunque por supuesto guardando las distancias: llevaba un vestido de paño marrón y un lazo rosado. Y el mayordomo, empeñado en que la mujer no le hiciera sombra, se atavió con un chaleco de brocado negro, que por sombrío y pomposo casi podía competir con el vestido de satén del ama de llaves. Pasaron las horas, hasta que se hizo de noche. Llegó la hora de irse a la cama y no había señales todavía del señor y la señora Frankland.

Pero pensar que habían de llegar el primer día era quizás demasiado optimista. Así lo pensó el mayordomo, y el ama de llaves añadió que sería absurdo que se sintieran decepcionados, incluso si al quinto día no hubieran llegado todavía. Llegó el día cinco, y no ocurrió nada. Luego el seis, el siete, el ocho y el nueve, y no se escuchó para nada el esperado ruido de las ruedas del carruaje acercándose a la casa.

El día diez, el último, el ama de llaves, el mayordomo y la criada, los tres, se levantaron más temprano de lo usual, abrieron y cerraron puertas y subieron y bajaron escaleras más veces de lo que era necesario, y los tres no cesaron de mirar una vez tras otra hacia la ciénaga y el camino real, y nunca antes el paisaje les pareció más llano, vacío y melancólico. Menguó el día y llegó el ocaso. La llegada de la oscuridad hizo que el semblante de perpetua vigilancia del ama de llaves, del mayordomo y de la criada adoptase la expresión unánime de un perpetuo mirar afuera. Sonaron las diez y fueron a la ventana a escuchar, pero no pudieron oír nada más que el tedioso latido de la marea sobre la arena de la orilla.

El ama de llaves empezó a calcular el tiempo que llevaría un viaje en tren de Londres a Exeter, más el viaje posterior en coche de caballos atravesando Cornwall hasta llegar a Porthgenna. Pero ¿cuándo habían salido de Exeter el señor y la señora Frankland? Ésa era la primera pregunta. Y, ¿cuánto tiempo se habrían demorado después para encontrar caballos? Ésa era la segunda. El ama de llaves y el mayordomo diferían a la hora de discutir estas cuestiones, pero ambos coincidían en que era menester aguardar hasta medianoche, no fuera que el señor y la señora llegasen tarde. Cuando la criada oyó que la autoridad superior pronunciaba la frase que la prohibía irse a la cama en las siguientes dos horas, lanzó con amargura un suspiro y un bostezo, lo cual le fue reprochado por el mayordomo, al tiempo que el ama de llaves le proporcionaba un libro de himnos para levantarle el ánimo.

Dieron las doce, y el único sonido que se seguía oyendo era el monótono latido de la marea, alterado de vez en cuando por esos crujidos escandalosos que se pueden oír de noche en una casa vieja. El mayordomo daba cabezadas; la criada no tardó en dormirse bajo la influencia sedante de las oraciones, y el ama de llaves estaba desvelada, con los ojos clavados en la ventana y meneando de vez en cuando la cabeza agoreramente. Después de que el reloj diera la última campanada se levantó de la silla, escuchó con atención y, aun a pesar de no oír nada, zarandeó a la criada por el hombro de mala manera y dio un taconazo en el suelo para despabilar al mayordomo.

—Ya nos podemos ir a la cama —dijo—. No vienen. Ésta es la segunda vez que no se presentan. La primera fue por la muerte del Capitán. ¿Qué les habrá impedido venir esta vez? ¿Otra muerte? No debería decir estas cosas.

—No quiero ni pensarlo —dijo el mayordomo frunciendo las cejas como si quisiera hacer solemne el presagio.

—¡Otra muerte! —repitió el ama de llaves, siempre dispuesta para la superstición—. Si es otra muerte yo, de ellos, me lo tomaría como una admonición para que se mantengan alejados de la casa.

CAPÍTULO III

La señora Jazeph

Si en lugar de aventurarse a profetizar que una segunda muerte se había interpuesto en el viaje del señor y la señora Frankland a Porthgenna, el ama de llaves, para variar, hubiese pronosticado que el obstáculo era un nacimiento, podría haberse ganado la fama de mujer sabia y haber enterrado así para siempre la verdadera, la de necia. El señor y la señora habían salido de Londres el nueve de mayo y habían recorrido la mayor parte de su viaje en ferrocarril cuando de repente se vieron obligados a detenerse, a petición de la señora Frankland, en la estación de un pequeño pueblo en Somersetshire. El pequeño visitante, el que estaba destinado a aumentar las responsabilidades domésticas del joven matrimonio, había decidido entrar a escena, con el talle de un robusto bebé varón, un mes antes de lo esperado, y en su modestia prefirió hacer su primera aparición en una pequeña posada de Somersetshire en lugar de esperar una bienvenida al mundo de lo más ceremoniosa en la gran casa de Porthgenna, que un día habría de heredar.

Muy pocos acontecimientos habían causado jamás una sensación tan enorme en el pueblo de West Winston como este pequeño e inesperado acontecimiento. Nunca, desde las últimas elecciones, el posadero y la posadera del Hotel Tiger's Head habían armado en la casa una tremolina tal, ni se les había visto tan excitados, como cuando el criado del señor Frankland y la doncella de la señora Frankland, llegando en un periquete desde la estación, se plantaron delante de la puerta para anunciar que el señor y la señora venían detrás y que, por circunstancias inesperadas, querían inmediatamente las habitaciones más grandes y silenciosas. Nunca, desde el día en que pasó su examen triunfalmente, el señor Orridge, el médico nuevo que había iniciado su carrera ejerciendo en West Winston, se había sentido colmado de pies a cabeza con el estremecimiento de un ajeteo tan placentero como cuando oyó que la esposa de un caballero ciego de gran fortuna se había puesto enferma mientras viajaba en ferrocarril de Londres a Devonshire, y que la mencionada mujer requería, sin tiempo que perder, todo cuanto sus conocimientos y sus atenciones pudieran hacer por ella. Nunca, desde el último certamen de tiro con arco, o desde la tómbola, las damas del pueblo habían sido agraciadas con un tema de conversación tan absorbente como el que ahora les deparaba el contratiempo de la señora Frankland. Del Tiger's Head salieron relatos fabulosos acerca de la belleza de la mujer y la fortuna del marido que llegaron a todos los rincones del pequeño pueblo. Corrieron no menos de una docena de versiones distintas, a cual más elaboradamente falsa, acerca de la invidencia del señor Frankland y de sus causas; acerca de las condiciones lamentables en que su esposa había llegado al hotel; y acerca de cómo el desaliento se había

apoderado del inexperto señor Orridge después de que el galeno hubo terminado la primera exploración de la paciente. Por fin, a las ocho de la tarde, la opinión pública fue liberada de toda incertidumbre cuando se anunció que el niño ya había nacido y que gritaba a todo pulmón; que la madre, considerando las circunstancias, se encontraba de maravilla, y que el señor Orridge se había ganado una inmejorable reputación por su demostración de oficio, ternura y esmero en el cumplimiento de sus obligaciones.

Al día siguiente, y al otro, y durante una semana, continuaron las buenas noticias. Pero al décimo día se informó de una catástrofe. La enfermera que estaba cuidando a la señora Frankland había enfermado de repente y no iba a poder realizar su trabajo al menos durante una semana, quizás incluso por un periodo de tiempo más largo.

En un pueblo grande este contratiempo se hubiese podido remediar enseguida; pero en un lugar como West Winston no era tan fácil sustituir a una enfermera experimentada en unas pocas horas. Cuando el señor Orridge fue consultado acerca de este nuevo percance, su cándida respuesta fue que necesitaba un poco de tiempo para pensarlo, antes de comenzar a buscar otra enfermera desenvuelta y con el suficiente carácter y experiencia para poder atender a una dama como la señora Frankland. El señor Frankland sugirió la idea de telegrafiar a un amigo médico de Londres para que le enviase una enfermera, pero el Doctor Orridge no deseaba, por muchas razones, tener que adoptar esa medida, salvo como último recurso. Además de que llevaría algún tiempo encontrar a la persona adecuada, y traerla a West Winston, él personalmente prefería emplear a una mujer de quien ya conociera de antemano sus facultades y su carácter. Por lo cual le propuso a la señora Frankland que se confiara por unas horas a los cuidados de su criada, bajo la supervisión de la posadera del Tiger's Head, mientras él hacía pesquisas entre el vecindario. Si estas pesquisas no producían ningún resultado satisfactorio, iría a ver al señor Frankland por la noche dispuesto a adoptar su idea de telegrafiar a Londres para que les fuese enviada una enfermera.

Al proceder con la búsqueda que él mismo había propuesto no encontró ningún escollo, pero resultó un fracaso. Encontró muchas voluntarias, pero eran todas campesinas gárrulas, patosas y desmañadas; ciertamente amables y cargadas de buenas intenciones, pero demasiado torpes e insensatas como para ponerlas a servir a una dama como la señora Frankland. Se fue la mañana, llegó la tarde, y el señor Orridge no había encontrado todavía una sustituta para la enfermera indisputa.

A las dos debía emprender un paseo de media hora hasta una granja donde tenía que ver a un niño enfermo. «Quizás yendo para allá, o a la vuelta, me venga a la memoria alguien que pudiera realizar este trabajo», pensó el señor Orridge mientras subía a su calesín. «Todavía dispongo de unas horas antes de mi visita vespertina a la posada».

Todo el camino estuvo el señor Orridge estrujándose los sesos, con la mejor intención del mundo; pero cuando alcanzó su destino no había llegado a ninguna conclusión, excepto que quizás era una buena idea mencionarle esta dificultad en que se encontraba a la señora Norbury, la madre del niño al que ahora iba a visitar. Cuando compró la plaza de West Winston había ido a conocerla y le había parecido una de esas mujeres de mediana edad, francas y bien humoradas a las que se suele describir con el epíteto «maternal». Su marido era un hacendado provinciano conocido por su vieja afición a la política, sus viejos cuentos y su vino viejo. El día que su esposa recibió, con los brazos abiertos, al nuevo doctor, el marido hizo las clásicas bromas de que si no le voy a dar nunca trabajo, que si no voy a permitir que entren en esta casa más frascos que los que se guardan abajo en la bodega... Al señor Orridge le había parecido un hombre divertido, y ella una mujer muy agradable, por lo que pensó que, antes de darse por vencido, sería una buena idea pedirle consejo a la señora Norbury acerca de dónde podía encontrar una enfermera adecuada, pues no en vano se hallaba ante una de las vecinas más antiguas de West Winston.

Así pues, después de visitar al muchacho y de pronunciarse en el sentido de que el pequeño paciente no padecía ningún síntoma por el cual hubiesen de alarmarse lo más mínimo, el señor Orridge, antes de hacer partícipe a la señora Norbury del aprieto en que se hallaba, introdujo el tema preguntándole si había oído hablar del «curioso acontecimiento» que había tenido lugar en el Tiger's Head.

—¿Quiere decir —respondió la señora Norbury, una mujer espontánea y que utilizaba sin vacilar un lenguaje de lo más vulgar— si he oído lo de esa pobre y desgraciada señora que se ha puesto indispuesta en el camino y que ha parido en la posada? Eso es todo de cuanto nos hemos podido enterar, viviendo como vivimos, gracias a Dios, lejos del alcance de la chismorrería de West Winston. ¿Cómo se encuentra la señora? ¿De quién se trata? ¿El niño está bien? ¿Y ella, está bien atendida dentro de lo que cabe, pobrecita? ¿Puedo enviarle algo, o ayudarla en algo?

—Le haría un gran servicio a ella, y de paso a mí —dijo el señor Orridge— si supiera indicarme alguna mujer respetable de este vecindario que pudiese ser una enfermera adecuada para ella.

—¿No me estará diciendo que la pobre criatura no tiene enfermera? —exclamó la señora Norbury.

—Ha tenido la mejor enfermera de West Winston —replicó el señor Orridge—. Pero desgraciadamente ha caído enferma esta misma mañana y ha tenido que marcharse a casa. Y yo ya no sé dónde buscar una sustituta. La señora Frankland está acostumbrada a ser atendida con toda suerte de atenciones, y ¿dónde voy a encontrar yo una asistenta que sea de su agrado?

—¿Frankland ha dicho que se llamaba? —preguntó la señora Norbury.

—Sí, tengo entendido que es hija de ese tal Capitán Treverton que se perdió con

el barco en las Indias Occidentales hace un año. Tal vez recuerde haberlo leído en los periódicos.

—¡Y tanto que sí! Y me acuerdo también del Capitán. Le conocí de joven en Portsmouth. Su hija no hallará en mí a una desconocida, sobre todo en estos momentos en que la pobre criatura está atravesando una situación tan penosa. Iré a la posada, señor Orridge, tan pronto como usted me dé su permiso, y me presentaré. Pero entretanto, ¿hay algo que pueda hacerse respecto a este contratiempo de la enfermera? ¿Quién está con la señora Frankland en este momento?

—Su criada, pero es una mujer muy joven y desconoce las obligaciones propias de una enfermera. La posadera está dispuesta a ayudar siempre que puede, pero su trabajo la requiere constantemente. Supongo que tendremos que telegrafiar a Londres para que nos envíen a alguien en el ferrocarril.

—Y eso llevaría tiempo, claro. Por no mencionar que, una vez la tuviésemos aquí, podría ser una borrachina, o una ladrona, o ambas cosas —dijo la señora Norbury con la franqueza que le era propia—. ¡Ay señor!, tenemos que encontrar mejor solución que ésa. Si hay algo que yo pueda hacer por la señora Frankland estoy dispuesta, decidida, a tomarme cualquier molestia, a hacer cuantos sacrificios sean necesarios. Sabe qué le digo, señor Orridge, que me parece que sería una buena idea que se lo consultásemos a mi ama de llaves, la señora Jazeph. Le parecerá que es una mujer extraña, y que tiene un nombre extraño, pero ya lleva viviendo conmigo en esta casa más de cinco años y, así como yo no sé indicarle a nadie, puede que ella conozca a alguna mujer del vecindario que pueda servirle para sus propósitos. Tras estas palabras la señora Norbury tocó la campanilla, y cuando llegó el criado le mandó que le dijera a la señora Jazeph que se la requería arriba de inmediato.

Después de un minuto aproximadamente se oyó una llamada suave en la puerta, y el ama de llaves entró en la habitación. En el instante mismo en que apareció por la puerta, el señor Orridge la miró sintiendo por ella una curiosidad y una atracción que ni él mismo supo apenas explicarse. Así, por encima, le echó unos cincuenta años. A primera vista su ojo clínico le indicó que había algo en la intrincada maquinaria del sistema nervioso de la señora Jazeph que se había descarriado. Observó la fatiga que había en los movimientos musculares de su cara, y el rubor que había asomado por sus mejillas cuando, al entrar en la habitación, se había dado cuenta de la presencia de una visita. Se dio cuenta también de que en sus ojos había una mirada extraña, asustada, y pudo observar como esa expresión no abandonaba sus ojos ni siquiera cuando el resto de su semblante se fue componiendo poco a poco. «Esa mujer tiene un miedo terrible, o una gran pena, o algo que la está consumiendo por dentro», pensó para sí. «Me pregunto qué será».

—Éste es el señor Orridge, el caballero médico que se ha instalado hace poco en West Winston —dijo la señora Norbury dirigiéndose al ama de llaves—. Está

atendiendo a una dama que mientras se hallaba de viaje hacia el oeste se ha visto obligada a parar en nuestro apeadero; en estos momentos se encuentra en el Tiger's Head. Seguramente ha oído usted hablar de ello, ¿verdad, señora Jazeph?

La señora Jazeph, de pie, sin moverse de delante de la puerta, miró al doctor respetuosamente y respondió afirmativamente. Aunque solamente pronunció las dos palabras acostumbradas, «sí, señora», con timidez, el señor Orridge se sintió impresionado por la dulzura de su voz. Si no fuese porque la tenía delante suyo hubiese pensado que era la voz de una mujer joven. Aunque algo le decía que lo correcto entonces, cuando la criada hubo terminado de hablar, hubiese sido dirigir su mirada a la señora, no pudo hacer nada por evitar que sus ojos siguiesen clavados en ella. Él, de todos los hombres el menos observador para estas cosas, se encontró de repente fijándose en su vestido. Mucho tiempo después habría de recordar la forma de su inmaculada cofia de muselina, cubriéndole con elegancia el pelo gris, y recordaría la tonalidad apagada de su vestido de seda marrón, y lo bien que le quedaba, y lo bien que le caía todo alrededor, formando unos pliegues tan bien distribuidos, tan bien modelados. Cuando se dio cuenta de que era el objeto de atención del doctor, lógicamente se sintió un poco confundida, pero ni aún así se descubrió con ningún gesto o actitud torpes. Si existe una cosa tal, físicamente hablando, como la elegancia del constreñimiento, ésa era la clase de elegancia que parecía gobernar cada pequeño movimiento de la señora Jazeph; la misma que guió el caminar suave de sus pies sobre la alfombra mientras se acercaba a la señora en el momento en que ella le dirigió de nuevo la palabra, y la misma que gobernó su lívida mano derecha cuando la posó livianamente sobre la mesa que había a su lado, mientras permanecía a la espera de ser interrogada de nuevo.

—Pues bien —continuó la señora Norbury— resulta que, cuando la pobrecita estaba recibiendo las mejores atenciones, e iba mejorando favorablemente, la enfermera que la cuidaba ha caído enferma esta mañana; y ahora ahí está, la pobre, lejos de casa, con su primer hijo, y sin los cuidados adecuados, sin una mujer de edad y experiencia que la atienda como debe ser. Estamos buscando a la persona adecuada que pueda cuidar a una mujer delicada que nunca ha visto el lado áspero de la humanidad. El señor Orridge no puede encontrar a nadie en solo un día, y yo tampoco sé de nadie. ¿Puede usted ayudarnos, señora Jazeph? Abajo en el pueblo, o entre los arrendatarios del señor Norbury, ¿hay alguna mujer que sepa de enfermería, qué tenga un poco de tacto y que pueda ser recomendable para este trabajo?

La señora Jazeph reflexionó unos instantes y, después, con mucho respeto, pero también muy brevemente, no mostrando en apariencia ningún interés por el tema, dijo que no conocía a nadie a quien pudiera recomendar.

—Piénselo un poquito más antes de darme una respuesta definitiva —dijo la señora Norbury—. Tengo un interés especial en ayudar a esta dama, pues el señor

Orridge me ha comentado, justo antes de que usted entrara, que se trata de la hija del Capitán Treverton, cuyo naufragio...

En el instante mismo en que esas palabras fueron pronunciadas, la señora Jazeph se giró sobresaltada y miró al doctor. Olvidando, por lo visto, que tenía la mano derecha sobre la mesa, la movió con un gesto tan repentino que se llevó por delante una estatuilla de bronce, que representaba a un perro, que se encontraba encima del recado de escribir. La estatuilla cayó al suelo y, cuando la señora Jazeph se agachó para recogerla, lanzó un grito arrebatado que parecía realmente exagerado teniendo en cuenta la naturaleza trivial del percance.

—¡Mujer bendita!, ¿por qué se asusta de esa manera? —exclamó la señora Norbury—. Al perro no le ha pasado nada. ¡Póngalo de nuevo en su sitio! Ésta es la primera vez que la veo cometer una torpeza, señora Jazeph. Yo diría que puede tomárselo como un cumplido. Bien, como iba diciendo, esta dama es la hija del Capitán Treverton, cuyo trágico naufragio todos conocimos a través de los periódicos. De joven conocí a su padre, y por esa circunstancia ahora me siento doblemente deseosa de prestarle ayuda. Piénselo bien. ¿No conoce a nadie por aquí cerca en quien se pueda confiar para que la atienda?

El doctor, que continuaba mirando a la señora Jazeph con ese interés médico que secretamente sentía por ella, vio que, cuando se levantó y le miró a los ojos, se le ponía la cara terriblemente pálida, y no le hubiese sorprendido que la mujer se hubiese desmayado allí mismo. Después observó que le cambiaba el color cuando la señora dejó de hablar; volvió a sonrojarse y el brillo regresó a sus mejillas. Sus tímidos ojos vagaron, de un lado para otro, por toda la habitación, y sus dedos, mientras se frotaba las manos, se entrelazaban acompasadamente unos con otros. «Éste sería un caso interesante para tratamiento», pensó el doctor, mientras seguía con ojos atentos los nerviosos movimientos de las manos del ama de llaves.

—Piénselo bien —repitió la señora Norbury—. ¡Deseo tanto ayudar a esta pobre dama a salir de este aprieto!

—Lo siento mucho —dijo la señora Jazeph en tono apagado y tembloroso, pero con su dulce voz de siempre—, siento mucho que no se me ocurra quién podría estar capacitado, pero...

Se calló. Ningún niño tímido que estuviese por primera vez ante un grupo de desconocidos se habría mostrado tan desconcertado como se mostraba ella. Sus ojos miraban al suelo; el color de su rostro se hizo más oscuro, y los dedos de sus manos, entrelazados, se movían nerviosamente cada vez más y más rápido.

—¿Pero qué? —preguntó la señora Norbury.

—Iba a decir, señora —respondió la señora Jazeph, hablando con enorme dificultad y desasosiego y sin mirar a su señora a la cara—, que en lugar de que esta dama haga venir a una enfermera yo podría, considerando, señora, el interés que

muestra usted por ella... yo podría, si usted pudiese prescindir de mí...

—¡Cuidarla usted! —exclamó la señora Norbury—. Por Dios, aunque ha dado usted sus rodeos al fin ha dicho lo que quería decir; ha mostrado cuánta generosidad hay en su corazón y qué buena voluntad tiene para ayudar. En cuanto a lo de prescindir de usted, en estas circunstancias no voy a ser tan egoísta como para pensar dos veces en los inconvenientes de perder a mi ama de llaves. Pero la pregunta es, ¿está usted tan capacitada como dispuesta? ¿Ha ejercido alguna vez como enfermera?

—Sí, señora —respondió la señora Jazeph sin alzar todavía la mirada del suelo—. Poco después de casarme (el rubor desapareció de su cara y se puso pálida mientras decía estas palabras) ejercí como enfermera durante un tiempo, y después continué con ello a temporadas, hasta que murió mi marido. Yo solamente quiero ofrecerme, señor —prosiguió, al tiempo que se volvía hacia el doctor recuperando el dominio sobre sí misma y adoptando un semblante serio—, solamente quería ofrecerme, con el permiso de mi señora, como sustituta de la enfermera hasta que encuentren a una persona más capacitada.

—¿Qué dice usted, señor Orridge? —preguntó la señora Norbury.

El doctor, que antes de oír la proposición de la señora Jazeph estaba a punto de marcharse, se mostró un poco vacilante antes de responder a la pregunta de la señora Norbury, y luego dijo:

—Tengo solamente una duda acerca de la conveniencia de aceptar, y créame que lo haría agradecido, la oferta de la señora Jazeph.

Mientras hablaba el doctor, los tímidos ojos de la señora Jazeph le miraron con expresión de anhelo y perplejidad.

La señora Norbury, con su característico estilo directo y abrupto, le preguntó en seguida cuál era su duda.

—Siento un poco de incertidumbre —replicó el señor Orridge—, y sabrá disculparme que hable como médico de este tema, respecto a si la señora Jazeph tiene la suficiente fortaleza y los nervios lo bastante templados como para cumplir con las obligaciones que tan amablemente se ha ofrecido a realizar.

La señora Jazeph se sintió desconcertada por los comentarios del doctor, aun a pesar de lo educado que se había mostrado al enunciarlos. Una silenciosa y resignada tristeza, una tristeza verdaderamente conmovedora se dibujó por toda su cara cuando se volvió, sin decir una sola palabra más, y se acercó despacio hasta la puerta.

—No se vaya todavía —exclamó amablemente la señora Norbury— o, por lo menos, si se va, regrese dentro de cinco minutos. Estoy segura de que, para entonces, tendremos algo más que decirle.

Con una mirada, los ojos de la señora Jazeph le dieron las gracias. Mientras reposaron en la cara de la señora parecieron más brillantes que nunca; tanto fue así que la señora Norbury dudó de si no se le estarían medio llenando de lágrimas. Antes

de que pudiera mirarla de nuevo, la señora Jazeph ya le había hecho una inclinación al doctor y abandonado la habitación en silencio.

—Ahora estamos solos, señor Orridge —dijo la señora Norbury—. Con todo respeto por su criterio médico, debo decirle que está usted exagerando un poco la fragilidad nerviosa de la señora Jazeph. Ya sé que parece muy poquita cosa, pero la tengo trabajando para mí desde hace cinco años, y puedo asegurarle que es más fuerte de lo que aparenta; y creo honestamente que le haría un gran servicio a la señora Frankland si le diera una oportunidad a nuestra enfermera voluntaria, al menos por un día o dos. Es la criatura más amable y tierna que jamás he conocido, y muy cuidadosa en no cometer ninguna equivocación en las tareas que emprende. Puede llevársela sin ningún problema. La semana pasada di una cena, de modo que no voy a dar ninguna otra por algún tiempo. No habríamos encontrado mejor momento que éste para poder prescindir de mi ama de llaves.

—Estoy seguro de que la señora Frankland se lo agradecerá tanto como yo —dijo el señor Orridge—. Después de oír sus palabras sería muy desagradecido por mi parte no seguir su consejo. Pero disculpe que le haga una pregunta. Que usted sepa, ¿la señora Jazeph ha padecido trastornos de algún tipo?

—Nunca.

—¿Tampoco ha tenido ataques de histeria ocasionalmente?

—Jamás desde que llegó a esta casa.

—Me sorprende que diga eso; hay algo en su mirada y en su actitud...

—Sí, sí; todo el mundo se fija en eso al principio, pero solamente significa que está delicada de salud y que (según sospecho) no tuvo una vida muy feliz en sus tiempos mozos. La señora a la que sirvió antes de venir aquí (una bellísima persona), me dijo que se casó muy infeliz, en un momento de su vida en que se hallaba desprotegida y sufriendo penurias. Ella nunca habla de todo lo que le tocó pasar durante su matrimonio, pero creo que su marido la maltrataba. De todas maneras, éste no es asunto nuestro. Sólo puedo decirle, como ya le he dicho antes, que desde que está en esta casa ha sido una sirvienta excelente en los últimos cinco años y que yo en su lugar la consideraría, con todo lo desgraciada que le pueda parecer, la mejor enfermera que la señora Frankland podría desear teniendo en cuenta las circunstancias. Y con esto creo que ya lo he dicho todo. Quédese con la señora Jazeph o telegráfíe a Londres que le envíen a una desconocida; esto, por supuesto, quien debe decidirlo es usted.

Por el tono que la señora Norbury había empleado al decir esta última frase al señor Orridge le pareció que estaba enfadada. Siendo el doctor un hombre prudente, se abstuvo de manifestar ninguna de las dudas que pudiera aún sentir respecto a las aptitudes físicas de la señora Jazeph para hacer de enfermera, antes de arriesgarse a ofender a la dama más importante del vecindario, justo en el momento en que se

encontraba al comienzo de su ejercicio como médico en West Winston.

—No lo voy a dudar ni un instante, después de la gentileza que ha tenido en explicarme todo esto —dijo—. Acepto su amabilidad, así como el ofrecimiento de su ama de llaves, y le ruego que me crea si le digo que le estoy muy agradecido.

La señora Norbury tocó la campanilla. Fue la propia ama de llaves quien contestó al instante.

El doctor se preguntó si no habría estado escuchando detrás de la puerta, y le pareció un poco extraño que, si así había sido, se mostrase tan ansiosa por conocer la decisión de su señora.

—El señor Orridge acepta muy agradecido su oferta —dijo la señora Norbury, haciéndole señas a la señora Jazeph para que no se quedara en la puerta—. Le he convencido de que no es usted tan pusilánime y enferma como parece.

La cara del ama de llaves se iluminó de felicidad. De repente parecía veinte años más joven, sonriendo y expresando su gratitud por la confianza que habían tenido en ella. También era la primera vez que, delante del doctor, la señora Jazeph se atrevía a hablar sin ser preguntada.

—Señor, ¿cuándo quiere que comience a cuidarla? —preguntó.

—Tan pronto como sea posible —replicó el señor Orridge.

¡Con qué rapidez y con qué brillo sus ojos apagados se iluminaron, al oír esa respuesta! ¡Cuán más vivo que sus movimientos habituales fue el movimiento con el que en ese preciso momento se volvió hacia la señora con una mirada suplicatoria!

—Puede irse en cuanto el señor Orridge la requiera —dijo la señora Norbury—. Sé que siempre tiene todas sus tareas al día, y que las llaves están siempre donde deben estar. Nunca crea desorden, y nunca deja nada desordenado. Váyase con toda tranquilidad tan pronto como el doctor la necesite.

—Supongo que tendrá que hacer algunos preparativos —dijo el señor Orridge.

—Ni uno, señor, que pueda llevarme más de media hora —respondió la señora Jazeph.

—Será suficiente que esté lista para esta tarde —dijo el doctor, cogiendo su sombrero e inclinándose ante la señora Norbury—. Venga al Tiger's Head y pregunte por mí. Estaré allí entre las siete y las ocho. Muchas gracias de nuevo, señora Norbury.

—Dele recuerdos a su paciente de mi parte, doctor, y exprésele mis mejores deseos.

—En el Tiger's Head, esta tarde entre las siete y las ocho —reiteró el señor Orridge mientras el ama de llaves le franqueaba la puerta.

—Entre las siete y las ocho —repitió ella con voz suave y dulce, pareciendo más joven que nunca, tal vez porque en su entonación había un hilo de felicidad.

CAPÍTULO IV

La nueva enfermera

Cuando el reloj dio las siete, el señor Orridge se puso el sombrero para ir al Tiger's Head. Acababa de abrir la puerta de su casa cuando en el umbral se encontró con un mensajero que le requirió de inmediato para que fuese al barrio pobre del pueblo, con el fin de atender un caso de enfermedad súbita que había surgido. Por la descripción que le hizo, el doctor supo que la petición era en verdad de naturaleza urgente, y que no le quedaba más remedio que retrasar un rato su presencia en la posada. Al llegar junto a la cama del paciente detectó síntomas que indicaban la necesidad de una operación inmediata. Cumplir con su obligación profesional le ocupó algún tiempo. Eran las ocho menos cuarto cuando salió de su casa por segunda vez y emprendió el camino al Tiger's Head.

Al entrar por la puerta de la posada le informaron de que la enfermera había llegado a tan temprana hora como las siete, y que desde entonces había estado esperándole sola en una habitación. No habiendo recibido ninguna instrucción del señor Orridge, la posadera había considerado más seguro no hacer las presentaciones entre la señora Frankland y la desconocida antes de que llegara el doctor.

—¿Le ha pedido subir a la habitación de la señora Frankland? —inquirió el señor Orridge.

—Sí, señor —replicó la posadera—. Y cuando le he dicho que tenía que pedirle que esperase aquí a que usted llegara, me ha parecido como si se incomodara. ¿Puede venir, señor, y verla ahora mismo? Está en mi gabinete; es por aquí.

El señor Orridge siguió a la posadera hasta una pequeña habitación en la parte trasera de la casa, y ahí se encontró a la señora Jazeph sentada en el rincón más alejado de la ventana. Le sorprendió un poco ver que, en el momento en que la puerta fue abierta, ella se bajó el velo.

—Siento haberla hecho esperar —dijo—, pero he recibido la llamada de un paciente. De todas maneras, si recuerda, le dije entre las siete y las ocho, y todavía no son las ocho.

—Estaba muy ansiosa por llegar a la hora, señor —dijo la señora Jazeph.

Había en su tono quedado un aire de cautela que no escapó al oído del señor Orridge y que le sorprendió un poco. Aparentemente, no sólo temía que su semblante la delatara en algo, sino que además daba la impresión de sentirse recelosa de que su voz pudiera expresar algo más de lo que sus palabras decían. ¿Qué sentimiento estaba tan ansiosa por ocultar? ¿Era irritación porque la habían hecho esperar tanto tiempo a solas en el saloncito de la posadera?

—Si hace el favor de seguirme —dijo el señor Orridge— la llevaré de inmediato

con la señora Frankland.

La señora Jazeph se levantó despacio; una vez de pie posó su mano sobre una mesa que había a su lado, como si necesitara descansarla. Con esa acción, y a pesar de su brevedad, el doctor vio confirmado su convencimiento acerca de la ineptitud física de la señora Jazeph para desempeñar el puesto para el cual se había prestado.

—Parece usted cansada —dijo mientras la acompañaba afuera—. Espero que no haya venido hasta aquí andando.

—No, señor. La señora ha sido tan amable que ha dejado que uno de los criados me trajera en el calesín de la jaca —en su respuesta continuaba habiendo una actitud de cautela, y no hizo ademán de levantarse el velo. Mientras subían las escaleras de la posada, el señor Orridge decidió que la iba a observar de cerca en sus primeros manejos en la habitación de la señora Frankland, y que, de todos modos, haría traer a una enfermera de Londres, a menos que la señora Jazeph demostrara una actitud destacable en el cumplimiento de sus obligaciones.

La habitación que ocupaba la señora Frankland estaba situada en la parte trasera de la casa, ubicación ésta que se había elegido con el objeto de alejarla todo cuanto fuera posible del alboroto y el ruido provenientes de la puerta de la posada. El cuarto recibía luz de una ventana que daba a unas cabañas, detrás de las cuales se extendían los ricos pastos de West Somersetshire, rodeados por un horizonte largo y monótono de colinas de espesos bosques. La cama era una de esas anticuadas, con las cuatro columnas de costumbre y sus inevitables cortinas de damasco. El cabezal estaba situado contra una pared, y el pie llegaba hasta el centro de la habitación, situado de forma que la puerta quedaba a la derecha de la persona que ocupaba la cama, la ventana a su izquierda, y el fuego enfrente del pie. En el lado de la cama que daba a la ventana las cortinas estaban descorridas, mientras que en el pie y en el lado de la puerta estaban corridas del todo. Con esta disposición, el interior de la cama quedaba necesariamente aislado de la vista de cualquier persona en el momento en que ésta entrara en la habitación.

—¿Cómo se encuentra esta noche, señora Frankland? —preguntó el señor Orridge, alargando la mano para descorrer las cortinas—. No creo que le venga mal que dejemos correr un poquito más el aire, ¿no le parece?

—Al contrario, doctor, me hará mucho bien —fue su respuesta—. Aunque me temo —en el caso de que se haya sentido usted alguna vez inclinado a considerarme una mujer sensible— que menguará su estimación hacia mi carácter en cuanto vea con qué me he entretenido esta última hora.

El señor Orridge sonrió mientras descorría las cortinas, y soltó una sonora carcajada cuando miró a la madre y al niño. La señora Frankland se había entretenido, y satisfecho su afición por los colores alegres, engalanando a su bebé con lazos azules mientras éste dormía. Le había puesto un collar, hombreras y pulseras,

todas de lazo azul; y para completar su curioso acicalamiento le había colgado en un lado de la cabeza su propia caperuza con lazo, pequeña y elegante, lo que le daba al bebé un aspecto verdaderamente cómico.

Rosamond, como si ella misma hubiese decidido rivalizar con el bebé para vestirse con los colores más chillones, llevaba una chaqueta rosa claro, ornamentada bajo el escote y sobre las mangas con lazos de satén blanco. Había, esparcido por toda la colcha, laburno recogido en esa misma mañana, mezclado con algunos lirios del valle atados en dos ramilletes con tiras de lazo de color cereza. Sobre esta combinación variada de colores; sobre los brazos y mejillas del bebé, suavemente redondeados; y sobre la cara feliz y juvenil de su madre, la luz tierna de ese atardecer de mayo se vertía plácida y cálidamente. Gozando del cuadro tan encantador que había descubierto al descorrer las cortinas, el doctor se quedó de pie mirándolo un instante, olvidándose de lo que le había traído hasta la habitación. De no ser por una oportuna pregunta hecha por la señora Frankland, ni se hubiese acordado de la nueva enfermera.

—No puedo evitarlo, doctor —dijo Rosamond con una mirada de súplica—. De verdad que no puedo evitar, ahora que soy una mujer adulta, tratar a mi bebé del mismo modo que solía tratar a mi muñeca cuando era una niña pequeña. ¿Ha entrado alguien en la habitación con usted? Lenny, ¿eres tú?; ¿has terminado ya de cenar?, cuando te han dejado solo a los postres, ¿has brindado a mi salud?

—El señor Frankland todavía está cenando —dijo el doctor—. Pero sí, es cierto que ha entrado conmigo una persona. ¿Dónde se ha metido esta mujer? ¡Por todos los santos! ¡Señora Jazeph!

El ama de llaves se había escabullido hacia la parte de la habitación que quedaba entre el pie de la cama y el fuego, donde quedaba oculta tras las cortinas que todavía permanecían corridas. Cuando el señor Orridge la llamó, en lugar de ir hacia él, enfrente de la ventana, donde permanecía de pie, apareció en el otro lado de la cama, quedándole la ventana detrás. Poco a poco, la sombra de ella fue proyectándose sobre el cuadro luminoso que el doctor había estado admirando; fue alargándose oblicuamente sobre la colcha, y sus oscuros contornos se posaron sobre la figura de la madre y el niño.

—¡Dios del cielo!, ¿quién es usted? —exclamó Rosamond—. ¿Una mujer o un fantasma?

La señora Jazeph llevaba por fin el velo levantado. Aunque por la ubicación que había decidido ocupar se hallara forzosamente a la sombra, el doctor vio que algo cambiaba en el rostro de ella cuando la señora Frankland habló. Sus labios se torcieron y temblaron ligeramente; las marcas de la edad y la ansiedad, que había alrededor de su boca, se hicieron más profundas, y sus cejas se contrajeron de repente. No podía el señor Orridge verle los ojos: estos se habían abatido sobre la

colcha a la primera palabra que Rosamond había pronunciado. La experiencia le decía que la mujer estaba sufriendo un padecimiento doloroso y tratando de esconder cualquier manifestación visible de éste. «Muy probablemente, una afección del corazón», pensó para sí mismo. «Se lo ha ocultado a su señora, pero a mí no me lo puede ocultar».

—¿Quién es usted? —repitió Rosamond—. ¿Y por qué se queda ahí en medio de pie, tapándonos la claridad del sol?

La señora Jazeph no contestó ni alzó la mirada. Tan sólo se retiró tímidamente hasta el rincón que quedaba más alejado de la ventana.

—¿No ha recibido un mensaje mío esta tarde? —preguntó el doctor, dirigiéndose a la señora Frankland.

—Así es —contestó Rosamond—. Uno muy amable y halagador acerca de una nueva enfermera.

—Pues aquí la tiene —dijo el señor Orridge— señalando al otro lado de la cama a la señora Jazeph.

—¡No me diga! —exclamó Rosamond—. Bueno, supongo que así es: ¿quién sino podría haber entrado con usted? Debería haberlo sabido. Le ruego que se acerque. ¿Cómo se llama, doctor?, ¿ha dicho Joseph?, ¿no?, ¿Jazeph?, acérquese un poco más, señora Jazeph, y discúlpeme si le he hablado de un modo tan grosero. No encuentro palabras para agradecerle lo amable que ha sido al venir, y lo bondadosa que ha sido su señora al cedérmela. Espero no darle demasiado trabajo, y ya verá como con el bebé se las apañará muy bien. Es un angelito, y duerme como un lirón. ¡Válgame Dios!, ahora que la veo un poco más de cerca me parece que la que está un poco delicada de salud más bien es usted. Doctor, si no fuese porque la señora Jazeph podría sentirse ofendida, casi me atrevería a decir que tiene todo el aspecto de ser ella la que necesita una enfermera.

La señora Jazeph se inclinó sobre las flores de laburno que había sobre la cama y, de un modo atolondrado y apresurado comenzó a recogerlas.

—Yo pensaba igual que usted, señora Frankland —dijo el señor Orridge—. Pero me han asegurado que sus miradas dan una imagen falsa de ella, y que sus aptitudes como enfermera están casi a la altura de su entusiasmo.

—¿Va usted a hacer un ramillete con todo ese laburno? —preguntó la señora Frankland, dándose cuenta de la tarea que había acometido la nueva enfermera—. ¡Qué buena ocurrencia!, ¡quedará espléndido! Me temo que encontrará la habitación muy desordenada. Avisaré a mi criada para que ponga las cosas en su sitio.

—Señora, si me permite usted poner orden estaré muy contenta de empezar a serle útil de esta manera —dijo la señora Jazeph—. Cuando hizo su ofrecimiento alzó la mirada y sus ojos y los de la señora Frankland se encontraron. Acto seguido, Rosamond se apretó contra el cojín y el color de la cara le cambió un poco.

—¡Qué raro me mira usted! —dijo.

Al oír estas palabras la señora Jazeph se asustó como si algo la hubiese azotado, y se apartó hacia la ventana.

—Espero que no esté usted enfadada conmigo —dijo Rosamond al darse cuenta de la actitud de la señora Jazeph—. Tengo la mala costumbre de decir las cosas sin pensarlas. Y ahora, la verdad, me ha parecido como si usted hubiese visto en mí algo que la asustaba o la entristecía. Por favor, si fuese usted tan amable de poner la habitación en orden... Y no haga mucho caso de lo que yo le diga; no tardará en acostumbrarse a mi forma de ser, y nos llevaremos muy bien y seremos buenas amigas.

Cuando la señora Frankland dijo estas palabras, «buenas amigas», la nueva enfermera se apartó de la ventana y volvió a situarse en la parte de la habitación donde nadie la podía ver, entre el fuego y las cortinas corridas al pie de la cama. Rosamond buscó con la mirada al doctor para mostrarle su sorpresa, pero en ese mismo instante él se había dado media vuelta, intentando así ocupar una posición que le permitiera observar lo que estaba haciendo la señora Jazeph al otro lado de las cortinas de la cama.

Cuando el doctor logró alcanzarla con la vista tenía las manos sobre la cara. Antes de que pudiera cerciorarse de que realmente la había sorprendido frotándose los ojos, la nueva enfermera apartó las manos de su cara y las empleó para quitarse el sombrero. Cuando terminó de colocar este elemento de sus vestiduras, y el pañolón y los guantes, en la silla que había en un rincón de la habitación, se acercó hasta el tocador y comenzó a ordenar varios objetos, útiles los unos, ornamentales los otros, que había esparcidos sobre él. Los organizó con pericia y pulcritud extraordinarias, evidenciando su buen gusto por el orden y su talento para discriminar las cosas necesarias de las que no lo iban a ser, lo cual impresionó muy favorablemente al señor Orridge. Se fijó especialmente en el cuidado que ponía al manejar los frascos de medicinas; vio que leía las etiquetas de cada una de ellas y que a un lado ponía las que quizás iban a ser necesarias durante la noche, y al otro las que podrían serlo durante el día. Cuando se apartó del tocador y empezó a atarearse poniendo los muebles rectos y doblando las prendas de vestir que habían sido amontonadas a un lado, ni siquiera el menor movimiento de sus manos delgadas y estropeadas pareció ser hecho en vano o al azar. Silenciosa, discreta y observadora, se movió a un lado y otro de la habitación, y allá por donde ella pisaba el orden y la limpieza resurgían. Cuando el señor Orridge regresó junto a la cama de la señora Frankland, al menos en una cosa podía estar tranquilo: no había ninguna duda de que podía confiarse en que la nueva enfermera no cometería errores.

—Qué extraña es esta mujer —murmuró Rosamond.

—Extraña de verdad —replicó el señor Orridge— y con la salud muy estropeada,

aunque ella no lo quiera confesar. Sin embargo es espléndidamente aseada y metódica, y no creo que pase nada por tenerla una noche a prueba; quiero decir, si usted no tiene ninguna objeción que hacer al respecto.

—Al contrario —dijo Rosamond—, me parece incluso una mujer interesante. Hay algo en su cara y en su actitud: no sabría decirle el qué; algo que me hace sentir curiosidad por saber más acerca de ella. Tengo que hacerla hablar e intentar sonsacarle todos los detalles. No tema si me ve excitada, y no se quede aquí, en esta habitación tan triste, por mi culpa. Preferiría que se fuese usted abajo y se tomase un vaso de vino con mi marido. Vamos, vaya y dele conversación, entreténgale un poco: debe estar tan aburrido el pobre, estando yo aquí arriba; y usted le cae bien, señor Orridge, pero que muy bien. Espérese un momento y mire al bebé tan sólo una vez más. ¿No estará durmiendo demasiado, no? Ah, y una cosa más, señor Orridge: cuando termine usted de tomarse el vino, me hará usted el favor de prestarle sus ojos a mi marido y de acompañarlo hasta aquí arriba para que pueda darme las buenas noches. ¿Hará eso por mí?

Comprometiéndose de buena gana a tener en cuenta el requerimiento de la señora Frankland, el señor Orridge se apartó de la cama.

Mientras abría la puerta, se detuvo para decirle a la señora Jazeph que si había de necesitarle estaría abajo, y que ya le daría a última hora, antes de irse a casa, las instrucciones que pudieran serle necesarias. Cuando pasó junto a ella la nueva enfermera estaba arrodillada ante uno de los baúles abiertos de la señora Frankland arreglando algunas prendas de vestir que habían sido dobladas de un modo más bien descuidado. Justo antes de hablar con ella observó que tenía en la mano un camisolín con volantes abrochados con un lazo.

A la señora Jazeph le pareció que un extremo del lazo estaba a punto de soltarse. En ese instante, los pasos del doctor la interrumpieron. Al momento de darse cuenta de su presencia, dejó caer súbitamente el camisolín en el baúl y lo cubrió con varios pañuelos. A pesar de que al doctor le sorprendió un tanto este proceder de la señora Jazeph, hizo ver que no se daba cuenta. Su señora había dicho que, después de la experiencia de haberla tenido durante cinco años, respondía de su carácter; y, bien mirado, el lacito carecía en sí de valor. Por esos dos motivos era imposible sospechar que quisiese robarlo. Aún así, cuando el señor Frankland se marchó de la habitación no pudo evitar pensar que su conducta, cuando la había sorprendido ante el baúl, había sido la propia de una persona que está a punto de cometer un hurto.

—Por favor, no se preocupe usted por mi equipaje —dijo Rosamond nada más marcharse el doctor, y dándose cuenta del quehacer de la señora Jazeph—. Eso le toca hacerlo a la gandula de mi criada; y si le hace usted el trabajo se volverá más dejada que nunca. Estoy segura de que la habitación está perfectamente ordenada. Venga aquí y siéntese, y descanse un poco. Debe ser usted muy desprendida y muy

buena para tomarse todas estas molestias sirviendo a una desconocida. En el mensaje que me ha enviado esta tarde el doctor decía que su señora era amiga de mi querido padre, el pobre. Supongo que se conocerían antes de que yo naciera. Sea como fuere, a su señora le estoy doblemente agradecida por haberse interesado por mí a través de la memoria que guarda de mi padre. Pero usted no tiene este sentimiento: usted tiene que haber venido aquí por pura bondad, y por necesidad de ayudar a los demás. No se vaya hacia la ventana. Venga y siéntese a mi lado.

La señora Jazeph se había levantado y se estaba acercando a la cama cuando, de repente, en el momento en que la señora Frankland empezó a hablar de su padre, se volvió en dirección al fuego.

—Venga y siéntese aquí —reiteró Rosamond, impaciente por recibir alguna respuesta—. ¿Puede saberse que está haciendo al pie de la cama?

La figura de la nueva enfermera se interpuso de nuevo entre la cama y la lánguida luz del atardecer, que resplandecía a través de la ventana.

—Está cayendo la tarde —dijo la señora Jazeph— y la ventana no está bien cerrada. Estaba pensando en cerrarla ya, y en bajar la persiana, si no ve usted inconveniente, señora.

—¡Oh, no, no!, ¡todavía no! Si quiere, cierre la ventana, no fuese caso que el niño cogiese frío, pero no baje la persiana. Déjeme disfrutar de esta vista mientras quede un poco de luz. Esa interminable dehesa de ahí afuera, a esta hora del día y con esta luz brumosa, comienza a parecerse a mis recuerdos infantiles de una ciénaga que hay en Cornwall. ¿Ha oído hablar alguna vez de Cornwall, señora Jazeph?

—Algo he oído —tras responder con estas tres palabras, la enfermera enmudeció. En ese momento se hallaba ocupada cerrando la ventana, y pareció tener alguna dificultad en pasar el cerrojo.

—¿Y qué ha oído usted? —preguntó Rosamond.

—He oído que Cornwall es una región salvaje e inhóspita —dijo la señora Jazeph, que todavía seguía peleándose con el cerrojo de la ventana y, por consiguiente, dándole la espalda a la señora Jazeph.

—¿No ha podido cerrar la ventana todavía? —dijo Rosamond—. Mi criada no encuentra nunca dificultad en cerrarla. Déjela, hasta que ella suba: ahora mismo la llamo. Quiero que me cepille el pelo y me refresque la cara con un poco de agua de colonia.

—He conseguido cerrarla, señora —dijo la señora Jazeph, logrando de repente pasar el cerrojo—. Y si usted me lo permite, sería para mí un placer encargarme yo misma de acostarla cómodamente, ahorrándole la molestia de tener que llamar a la criada.

Mientras aceptaba su oferta no dejó de pensar que estaba ante la mujer más extraña que jamás había conocido. Para cuando la señora Jazeph tuvo lista el agua de

colonia, el crepúsculo estaba posándose suavemente sobre el paisaje, y la habitación se estaba quedando a oscuras.

—¿No sería mejor que encendiese una vela? —sugirió Rosamond.

—Creo que no —dijo la señora Jazeph, de un modo más bien precipitado—. Veo bastante bien sin necesidad de velas.

Comenzó a cepillarle el pelo a la señora Frankland, tal como había dicho; y, al mismo tiempo le hizo una pregunta que hacía referencia a lo que brevemente habían hablado acerca del tema de Cornwall. Satisfecha de ver que la nueva enfermera se iba familiarizando con ella cada vez más, hasta el punto de que incluso empezaba a hablar sin que le preguntaran, Rosamond sintió, por encima de ningún otro deseo, el de hablar de los recuerdos que guardaba de su región natal. Pero por alguna razón inexplicable, el tacto de la señora Jazeph, aun siendo suave y delicado, tenía un efecto desconcertante sobre Rosamond, quien no pudo en ese momento aclarar sus pensamientos para poder responder, excepto del modo más lacónico. Las manos cuidadosas de la señora Jazeph se demoraban con una amabilidad sigilosa en los rizos de su pelo; la cara pálida y estropeada de la nueva enfermera se fue aproximando cada vez más a la de Rosamond de un modo que parecía del todo innecesario. Una vaga sensación de incomodidad, que no podía localizar en ninguna parte concreta de sí —y que a decir verdad, tampoco era física— pareció flotar por todo su cuerpo, envolviéndola por todos lados, como el aire que respiraba. Quiso moverse sobre la cama, pero no pudo. Tampoco podía volver la cabeza para facilitar el movimiento del cepillo; no podía mirar alrededor, ni romper el silencio embarazoso que su propia respuesta, breve y desalentadora, había ocasionado. Al final, la sensación de opresión —imaginada o real— la irritó hasta tal extremo que le arrebató a la señora Jazeph el cepillo de la mano. Al momento de haberlo hecho se sintió avergonzada por lo descortés y brusco de su actuación, y confusa por la reacción de sorpresa y sobresalto de la enfermera. Sintiendo lo absurdo de su conducta, y no logrando tomar dominio de sí misma, estalló en una sonora carcajada y lanzó el cepillo al pie de cama.

—Por favor, no se sorprenda, señora Jazeph —dijo, todavía riendo sin saber por qué, ni tampoco con la menor sensación de estar divirtiéndose—. Soy muy maleducada y estrafalaria, lo sé. Me ha cepillado usted el pelo deliciosamente; la cuestión es que, no sabría decirle de qué modo, pero de repente, me ha parecido como si en la cabeza estuviese usted peinándome las más extrañas fantasías. No puedo evitar reírme de ello, ¡de verdad que no puedo! ¡Sabe que ha habido una o dos ocasiones, cuando su cara estaba tan cerca de la mía, en que he imaginado que quería usted besarme! ¿Ha oído alguna vez algo tan ridículo? ¡Confieso que en algunas cosas soy más bebé que este cariñito mío que tengo aquí a mi lado!

La señora Jazeph no respondió. Se apartó de la cama, mientras Rosamond seguía hablando, y regresó, al cabo de un rato inexplicablemente largo, con el agua de

colonia. Mientras aguantaba la jofaina para que la señora Frankland se lavase la cara, se mantuvo a distancia; y no se acercó a ella ni siquiera cuando fue el momento de entregarle la toalla. Rosamond comenzó a temer haber ofendido seriamente a la señora Jazeph, e intentó complacerla y conciliarse con ella haciéndole preguntas acerca de cómo debía cuidar a su bebé. La nueva enfermera fue respondiendo de un modo sencillo y sosegado a las preguntas, y aunque había un leve temblor en su dulce voz, no había en ella el más ligero matiz de hosquedad o ira. A fuerza de mantener la conversación centrada en el tema del niño, la señora Frankland consiguió atraerla hacia la cama, poco a poco, induciéndola a que se inclinara con la excusa de que admirara al bebé; animándola, finalmente, a que lo besase tiernamente en la mejilla. Un beso fue todo cuanto le dio. Después se alejó de la cama, y suspiró profundamente.

El corazón de Rosamond se sintió muy triste al oír ese suspiro.

Hasta ese momento, la vida del bebé había estado siempre asociada a caras sonrientes y palabras amables. Rosamond se sintió incómoda al pensar que alguien pudiera acariciarle y acto seguido suspirar.

—Estoy segura de que siente usted un gran afecto por los niños —dijo, vacilando un poco, con la delicadeza que le era propia—. Pero, y discúlpeme si le digo esto, me parece un afecto entristecido. Por favor, no conteste a mi pregunta si ha de causarle algún dolor, si tiene usted alguna pérdida que lamentar; pero me gustaría tanto preguntarle si ha tenido usted alguna vez un niño suyo.

En el momento de hacerle esta pregunta, la señora Jazeph estaba de pie junto a una silla; se sujetó rápidamente al respaldo, agarrándolo con tanta fuerza, o tal vez fue porque se apoyó tan pesadamente, que la madera crujió. La cabeza le cayó hasta tocar su pecho. No pronunció, ni siquiera intentó pronunciar, una sola palabra.

Tuvo la sospecha de que había tenido que perder a un hijo, y temió poder angustiarla innecesariamente con nuevas preguntas. De modo que Rosamond no dijo nada más, y tomándose su turno, se inclinó y besó al bebé. Sus labios se entretuvieron en la mejilla, un poco más arriba de donde un poco antes habían estado los de la señora Jazeph; allí besaron un charquito de humedad que había sobre la piel cálida y suave del niño. Temiendo que un poco del agua con que se había lavado la cara le hubiese podido caer encima le pasó los dedos tiernamente por la cabeza, el cuello y el pecho, sin encontrar ninguna otra parte húmeda. La única gota que le había caído encima era la que había humedecido la mejilla que le había besado la enfermera.

El crepúsculo se iba apagando sobre el paisaje; la habitación estaba cada vez más y más oscura. Aún así, y a pesar de que ahora estaba sentada cerca de la mesa donde estaban la caja de fósforos y las velas, la señora Jazeph no hizo el menor intento por disponer ninguna luz. Rosamond no se sentía muy cómoda con la idea de permanecer despierta a oscuras, sin nadie en la habitación excepto una persona que por el

momento era casi una desconocida, y decidió que las velas debían ser encendidas inmediatamente.

—Señora Jazeph —dijo, observando cómo crecía la oscuridad fuera de la ventana—. Le estaría muy agradecida si encendiese las velas y bajase la persiana. El paisaje de ahí fuera ya no me trae recuerdos de Cornwall: no se ve nada de nada.

—¿Siente mucho cariño por Cornwall, señora? —preguntó la señora Jazeph, mientras se levantaba más bien perezosamente a encender las velas.

—Sí, la verdad es que sí —dijo Rosamond—. Allí es donde nací; y mi marido y yo precisamente nos dirigíamos a Cornwall cuando por mi causa nos hemos visto obligados a parar en este lugar. Tarda usted mucho en encender las velas. ¿Es que no encuentra los fósforos, quizás?

La señora Jazeph, con una torpeza que resultaba más bien extraña en una persona que había demostrado tanto esmero ordenando la habitación, rompió el primer fósforo al intentar encenderlo, y dejó que el segundo se le apagara cuando la llama tan sólo comenzaba a prender. Al tercer intento tuvo más éxito: pero sólo encendió una vela, la cual llevó desde la mesa que estaba a la vista de la señora Frankland hasta el tocador, que quedaba oculto tras las cortinas que había al pie de la cama.

—¿Por qué se lleva la vela? —preguntó Rosamond.

—He pensado que era más beneficioso para sus ojos que no tuviera usted la luz tan cerca —replicó la señora Jazeph, añadiendo después, rápidamente, como si quisiera evitar darle a la señora Frankland tiempo a hacer ninguna objeción—. ¿Así que usted, señora, cuando se detuvo en este lugar, iba camino de Cornwall? De viaje por esos parajes, supongo —después de decir estas palabras cogió la segunda vela y, pasando por donde no podía ser vista, la llevó hasta el tocador.

Rosamond pensó que la nueva enfermera, a pesar de sus modales amables, era una mujer extremadamente tozuda. Pero era demasiado buena para preocuparse de imponer su derecho a que las velas fuesen situadas donde ella deseaba; y cuando respondió a la pregunta de la señora Jazeph continuó hablándole con la misma desenvoltura y familiaridad que había empleado hasta el momento.

—¡No, querida! ¡No estábamos de viaje! —dijo—. Íbamos directamente a la vieja casa de campo donde nací. Ahora le pertenece a mi marido, señora Jazeph. No he estado en ella desde que era una niñita de cinco años. ¡Ay, es un lugar tan viejo y en ruinas, un lugar grande por el que se puede corretear arriba y abajo! Usted que habla de cuan inhóspito y salvaje es Cornwall, se espantaría con la sola idea de vivir en la Torre de Porthgenna.

Sobre las palabras de Rosamond podía oírse el leve crujir del vestido de seda de la señora Jazeph mientras andaba por el tocador. Éste cesó inmediatamente cuando dijo las palabras «Torre de Porthgenna». Y por un momento hubo en la habitación un silencio mortal.

—Usted, que toda su vida ha vivido, supongo, en casas muy bien instaladas, no puede imaginarse la clase de lugar al que vamos a ir cuando yo me encuentre lo bastante bien para viajar de nuevo —prosiguió Rosamond—. ¿Qué opina usted, señora Jazeph, de una casa de la cual toda una parte no ha sido habitada jamás en los últimos sesenta o setenta años? Con eso puede hacerse una idea del tamaño de la Torre de Porthgenna. Hay un lado oeste, en el que vamos a vivir cuando lleguemos, y un lado norte, donde están las habitaciones vacías, que espero que podamos restaurar. ¡Piense tan sólo en la de cosas antiguas y extrañas que podemos llegar a encontrar en esas habitaciones deshabitadas! Pienso ponerme un delantal de cocina y los guantes de jardinero y revolverlas de arriba a abajo. ¡Atónita se va a quedar el ama de llaves cuando llegue a Porthgenna y le pida las llaves de las fantasmales habitaciones del ala norte!

Las últimas palabras de la señora Frankland fueron seguidas de un llanto apagado y de un sonido como si algo hubiese golpeado el tocador. Se incorporó en la cama y preguntó ansiosa qué era lo que ocurría.

—Nada —respondió la señora Jazeph, hablando tan tímidamente que su voz se quebró en un suspiro—. Nada, señora; nada, de verdad. Sin querer, me he golpeado el costado contra la mesa, ¡por favor, no se asuste!, no ha sido nada.

—Pero en su voz noto como si algo le doliera —dijo Rosamond.

—No, no; no me duele nada. No me he lastimado, de verdad que no.

Mientras la señora Jazeph estaba diciendo esto, la puerta de la habitación se abrió y entró el doctor acompañando al señor Frankland.

—Llegamos temprano, señora Frankland, pero vamos a dejarle tiempo de sobras para que se sosiegue antes de dormir —dijo el señor Orridge; luego hizo una pausa y se dio cuenta de que Rosamond estaba ruborizada—. Me temo que ha estado usted hablando y excitándose un poco más de la cuenta —prosiguió—. Discúlpeme el atrevimiento, señora Frankland, pero yo pienso que las buenas noches, cuanto antes se dan, mejor. ¿Dónde está la enfermera?

Cuando oyó que preguntaban por ella, la señora Jazeph se sentó de espaldas a la vela encendida. Tan sólo un momento antes había estado mirando a la señora Frankland con una curiosidad acuciosa y sin tapujos; si alguien se hubiese percatado de ésta le hubiese parecido sorprendentemente ajena a su habitual carácter discreto y refinado.

—Me temo que la enfermera se ha hecho daño en un costado: más del que quiere confesar —le dijo Rosamond al doctor, señalando con una mano el lugar en el que la señora Jazeph estaba sentada, y alzando la otra hacia el cuello de su marido mientras éste se inclinaba sobre la almohada.

Cuando el señor Orridge se interesó por lo que había sucedido, no logró que la nueva enfermera admitiese, ni en lo más mínimo, las consecuencias del accidente.

Al darle unas cuantas instrucciones útiles, en caso de que sus servicios fueran requeridos durante la noche, halló que era enormemente difícil fijar su atención. Esto le hizo sospechar que la mujer estaba atravesando algún sufrimiento o, al menos, que estaba descompuesta por algo que le había sucedido. Mientras el doctor hablaba con ella, la señora Jazeph estuvo todo el tiempo mirando hacia la parte de la habitación donde el señor y la señora Frankland se hallaban conversando. La señora Jazeph tenía todo el aspecto de ser la última persona en el mundo a quien se podría culpar de haber cometido un acto de curiosidad impertinente; y, aun así, allí estaba ella, mostrándose como la mas perfecta de las mujeres inquisitivas, mientras el señor Frankland permanecía junto a la almohada de su esposa. El doctor se vio forzado a adoptar su tono mas perentorio hasta lograr que ella le hiciera caso.

—Y ahora, señora Frankland —dijo el señor Orridge, dándole la espalda a la enfermera—, como ya le he dado a la enfermera todas las instrucciones que necesita, predicaré con el ejemplo dejándola a usted tranquila y dándole las buenas noches.

El señor Frankland, entendiendo la indirecta que estas palabras encerraban, también hizo el intento de darle las buenas noches, pero la señora Frankland le sujeto férreamente las dos manos y dijo que no le parecía razonable que esperasen de ella que le dejara marchar, al menos antes de media hora. El señor Orridge movió la cabeza y empezó a hablar de lo perjudicial que podía resultar el sobresaltarse, y de las virtudes de la compostura y el reposo. Sus reproches, sin embargo, hubiesen tenido muy poco efecto, incluso si Rosamond le hubiera permitido continuar, debido a la interrupción del bebé, a quien le dio por despertarse en ese momento, demostrando ser un poderoso aliado del doctor, ya que absorbió al momento toda la atención de su madre. El doctor Orridge aprovechó esta oportunidad para llevarse silenciosamente al señor Frankland fuera de la habitación, justo en el momento en que Rosamond estaba tomando al niño en brazos. Antes de cerrar la puerta se detuvo para susurrarle una última palabra a la señora Jazeph.

—Si la señora Frankland quiere conversar, no debe usted animarla —dijo—. Tan pronto como haya acostado al niño ha de irse a dormir. En ese rincón, hay un sofá-cama: cuando quiera usted estirarse, lo abre. La vela la deja usted donde está ahora, detrás de la cortina: cuanta menos luz vea la señora Frankland, antes conciliará el sueño.

La señora Jazeph no contestó; tan sólo miró al doctor y le hizo una inclinación. Esa noche, cuando la dejó sola con la madre y el niño, la expresión extraña y asustadiza de su mirada, que el doctor ya había advertido en ella al verla por primera vez, se hizo más dolorosa y evidente que nunca. «No lo conseguirá», pensó el señor Orridge bajando las escaleras de la posada acompañando al señor Frankland. «Al final, no quedará más remedio que traer una enfermera de Londres».

Sintiéndose un poco irritada por el modo sumario en que le habían arrancado a su

marido, Rosamond rechazó con una actitud impertinente todos los ofrecimientos de asistencia que le hizo la señora Jazeph tan pronto como el doctor hubo abandonado la habitación. Cuando la enfermera vio que sus servicios eran rehusados nada dijo; y, aun así, a juzgar por su conducta, parecía ansiosa por hablar. Hasta en dos ocasiones avanzó hacia la cama, abrió los labios, se detuvo, y se retiró, sumida en la confusión, para acabar sentándose finalmente en el lugar del que había salido: al lado del tocador. Aquí, donde nadie podía verla, permaneció en silencio hasta que el niño se quedó dormido en los brazos de su madre con una de sus manos, pequeña y amoratada, sobre el pecho de ella. Rosamond no pudo resistir la tentación y se llevó la mano del niño hasta los labios, aunque con ello se arriesgara a despertarlo de nuevo. La besó. Al sonido del beso le siguió el de un sollozo tímido, apagado, procedente del otro lado de las cortinas, tras el pie de la cama.

—¿Qué es eso? —exclamó Rosamond.

—Nada, señora —dijo la enfermera, empleando el mismo tono ahogado con que había respondido a la primera pregunta de la señora Frankland—. Creo que me estaba durmiendo en el sofá; y quizás debería haberle dicho que, a causa de los problemas que he tenido, y por mis padecimientos del corazón, tengo la costumbre de suspirar mientras duermo. No es nada de importancia, señora, y espero que en su bondad sepa usted disculparme.

El instinto de generosidad de Rosamond afloró al instante.

—¡Qué la disculpe! —dijo—. Quisiera hacer algo más que eso, señora Jazeph: quisiera ser la causa de su alivio. Cuando mañana venga el señor Orridge se lo consultará, y ya me cuidaré yo de que no le falte a usted nada de lo que él le recomiende. ¡No! ¡No! Hasta que yo no sea la causa de que usted se encuentre mejor no me dé las gracias; y, si está usted cómoda, no se mueva del sofá-cama. El bebé se ha dormido de nuevo y me gustaría disfrutar de media hora de silencio antes de pasarme del lado de la cama para el día al lado de la cama para la noche. De momento, quédese donde está; ya la llamaré si la necesito.

Lejos de ejercer en la señora Jazeph un efecto sedante, estas palabras bienintencionadas de la señora Frankland tuvieron precisamente el resultado contrario, haciéndola sentirse inquieta. Se puso a andar de un lado para otro de la habitación, e intentó dar justificación a su cambio de comportamiento mediante explicaciones confusas, diciendo que era su deseo asegurarse de que todos los preparativos para la noche estaban bien dispuestos.

Al cabo de unos pocos minutos, y a pesar de la prohibición hecha por el doctor, comenzó a tentar a la señora Frankland para que hablara de nuevo, haciéndole preguntas acerca de la Torre de Porthgenna y referencias a los pros y los contras de la elección de ésta como residencia permanente del joven matrimonio.

—Quizás, señora —dijo, hablando de repente, con un ímpetu en su voz que

desentonaba de modo ciertamente curioso con lo indiferente de su actitud—, quizás cuando vea la Torre de Porthgenna, no le agrade tanto como piensa. ¿Quién le dice a usted que al cabo de unos días no se cansará y querrá marcharse de ese lugar, sobre todo si se acerca usted a las habitaciones vacías? Yo pensaba que —y discúlpeme el atrevimiento, señora—, pero yo pensaba que una dama como usted querría estar, del polvo, la suciedad y los malos olores, cuanto más lejos mejor.

—Puedo soportar mayores inconvenientes que éstos cuando me pica la curiosidad —dijo Rosamond—. Y siento más curiosidad por las habitaciones deshabitadas de Porthgenna que por ver las Siete Maravillas del Mundo. Aunque decidamos no quedarnos a vivir para siempre, estoy segura de que estaremos en la casa algún tiempo.

Ante esta respuesta, la señora Jazeph se dio la vuelta bruscamente y no preguntó nada más. Se dirigió a un rincón de la habitación, cerca de la puerta, donde se encontraba el sofá-cama que el doctor le había mostrado; se entretuvo unos minutos en disponerlo para la noche, luego se alejó de él con la misma rapidez con que se había acercado y se puso a andar de nuevo arriba y abajo. Este vigor inusitado, del que Rosamond ya se había sorprendido, la hizo ahora sentirse incómoda, en especial cuando advirtió que una o dos veces la señora Jazeph hablaba sola. A juzgar por las palabras y los fragmentos de frases que pudo escuchar, su mente aún estaba puesta, con persistencia inexplicable, en la Torre de Porthgenna. A medida que los minutos fueron pasando y ella continuaba andando arriba y abajo, y seguía todavía hablando, Rosamond pasó de sentirse incómoda a sentirse alarmada. Decidió sacar de su ensimismamiento a la señora Jazeph del modo más inofensivo posible para hacerle notar lo extraño de su conducta; le dejaría ver que se había dado cuenta de que hablaba, pero haciendo ver que no se había enterado de que lo hacía sola.

—¿Qué ha dicho usted? —inquirió Rosamond, haciendo la pregunta en un momento en que la enfermera no podía disimular, siendo más que evidente que estaba pensando en voz alta.

La señora Jazeph se interrumpió y levantó la cabeza con actitud ausente, como si la acabaran de despertar de un sueño pesado.

—Creí que decía usted algo acerca de nuestra vieja casa —continuó Rosamond—. Me ha parecido oírle decir que yo no debería ir a Porthgenna, o que usted en mi lugar no iría, o algo por el estilo.

La señora Jazeph se sonrojó como una chiquilla.

—Creo que debe haberse usted equivocado, señora —dijo, y se inclinó de nuevo sobre el sofá-cama.

Rosamond, que había empezado a mirarla con inquietud, observó que mientras hacía ver que se ocupaba en disponer el sofá-cama, de hecho no estaba haciendo ningún preparativo para que se pudiera dormir en él. ¿Qué significado tenía esto?

¿Qué significado tenía esta forma de comportarse de la última media hora? Mientras la señora Frankland se hacía esas preguntas, la amenaza de una terrible sospecha le heló hasta las raíces del pelo. Hasta ese momento no se le había ocurrido, pero comenzó entonces, de repente, a sentir la firme convicción de que la enfermera no estaba en sus cabales.

Todo lo que podía tener de extraño su comportamiento —sus desapariciones misteriosas detrás las cortinas, al pie de la cama; el modo demorado, furtivo, demasiado íntimo, con que manejaba el cepillo para el pelo; su silencio en unas ocasiones y su locuacidad en otras; su impaciencia, su forma de murmurar, su empeño en querer aparentar una gran dedicación a una tarea cuando en realidad no estaba haciendo nada en absoluto—, cada uno de sus extraños actos (que le habían parecido incomprensibles) se hicieron de repente inteligibles bajo la terrible suposición de que estaba loca.

Aterrorizada, Rosamond trató de mantener la calma. Uno de sus brazos rodeó instintivamente al niño, y ya había medio alzado el otro para alcanzar el cordón de la campanilla que colgaba encima de la almohada cuando vio que la señora Jazeph se volvía y enfrentaba su mirada.

Una mujer con un temperamento normal se hubiese dejado llevar por el miedo y, en su desesperación irracional, hubiese probablemente tirado del cordón de la campana en ese mismo instante. Rosamond tuvo el coraje suficiente para calcular las consecuencias y recordar que, en el caso de que hiciese manifiestas sus sospechas tocando la campanilla antes de proporcionar ninguna explicación a tal actitud, la señora Jazeph tenía tiempo de cerrar con llave la puerta antes de que pudiera llegar nadie en su auxilio. Mientras la enfermera la miraba fue cerrando los ojos, en parte para dar la impresión de que estaba conciliando el sueño, y en parte para ganar tiempo y poder pensar en una buena excusa para hacer que acudiera la criada. Pero su inventiva se veía interferida por la confusión. Uno detrás de otro, los minutos pasaron lentamente, y no se le ocurría ninguna razón pertinente para tocar la campanilla.

Dudaba si no sería más seguro mandar a la señora Jazeph fuera, con algún mensaje para su marido; cerrar la puerta en el instante en que se quedara sola y entonces llamar. Estaba dudando si adoptar o no este intrépido proceder, cuando oyó el crujir del vestido de seda de la enfermera aproximándose a la cama.

Su primer impulso fue agarrar el cordón de la campanilla; pero el miedo le había paralizado la mano; no podía levantarla de la almohada.

El crujir del vestido cesó. Entreabrió un poco los ojos y vio que la enfermera se había detenido en la mitad de la habitación. No había en su mirada ni fiereza ni cólera. La ansiedad que su rostro expresaba estaba causada por la perplejidad y el miedo. Permaneció de pie, frotándose nerviosamente las manos; era el vivo retrato del aturdimiento y la pena. Estuvo así cerca de un minuto; después avanzó unos pasos

y susurró inquisitivamente:

—¿No se ha dormido?, ¿todavía no se ha dormido del todo?

Rosamond intentó hablar, pero el latido acelerado de su corazón parecía llegar hasta los mismísimos labios, en los que las palabras se le ahogaban.

La enfermera se fue acercando, todavía con la misma cara de aturdimiento y angustia y, cuando se hallaba a unos centímetros de la cama se detuvo; se arrodilló ante la almohada y miró gravemente a Rosamond; temblando un poco miró alrededor suyo, como queriendo asegurarse de que en la habitación no había nadie; se inclinó hacia adelante; dudó; se inclinó un poco más hasta quedar muy cerca de Rosamond, y le susurró al oído estas palabras:

—Cuando vaya a Porthgenna, ¡no se acerque a la Habitación del Mirto!

Al hablar, el aliento sofocante de la mujer golpeó la mejilla de Rosamond y pareció estallar en un latido febril a través de todas y cada una de las venas de su cuerpo. Sintió una inenarrable sensación, produciéndole tal conmoción que el temor que la había mantenido hasta entonces inmóvil y muda saltó en pedazos. Dio un grito y de un salto se agarró al cordón de la campanilla y tiró de él con violencia.

—¡Quieta, quieta! —exclamó la señora Jazeph, cayendo de nuevo de rodillas, las manos entrelazadas agitando el aire desesperadamente, gesticulando inútilmente como una chiquilla.

Rosamond llamó y llamó sin parar. Afuera, en la escalera, se oyeron pasos apresurados y voces de alarma. No eran todavía las diez; nadie se había retirado a dormir y la violenta llamada alborotó toda la casa.

Cuando los pasos y las voces fueron aproximándose a la puerta, la enfermera se puso de pie, se apartó de la cama tambaleándose y se apoyó contra la pared. No dijo una palabra. Las manos, que con tanta violencia habían estado unidas agitando al aire no hacía ni un instante, estaban ahora caídas a lo largo de ella, relajadas. La palidez de una gran agonía se extendió por toda su cara, dándole una quietud horrible.

La primera persona que entró en la habitación fue la criada de la señora Frankland, y detrás de ella la posadera.

—¡Vaya a buscar al señor Frankland! —dijo Rosamond desmayadamente, dirigiéndose a la posadera—. Quiero hablar con él. Y usted —continuó, haciéndole señas a la criada— siéntese a mi lado hasta que venga el señor. He tenido un susto terrible. Quédese aquí, y no me haga ninguna pregunta.

La criada miró con sorpresa a su señora; luego se volvió y, frunciendo el entrecejo, miró a la enfermera desdeñosamente. Cuando la posadera abandonó la habitación para ir a buscar al señor Frankland, ella se apartó un poco de la pared, de modo que podía ver toda la cama. Sus ojos estaban clavados en la cara de Rosamond con una mirada de desalentada impaciencia, de devoradora ansiedad. Del resto de sus facciones había desaparecido cualquier rastro de expresión. No decía nada, no se

daba cuenta de nada. No se inmutó, no se movió una sola pulgada ni siquiera cuando la posadera regresó llevando al señor Frankland hasta su esposa.

—¡Lenny!, no dejes que la nueva enfermera pase aquí la noche. ¡Por favor te lo pido, por favor! —susurró Rosamond, cogiendo ansiosamente a su marido por el brazo.

Alarmado por el temblor de su mano, el señor Frankland posó sus dedos delicadamente sobre su sien y su corazón.

—¡Santo Cielo, Rosamond!, ¿qué es lo que ha sucedido? Cuando me he ido estabas callada y tranquila, y ahora...

—Cariño, la nueva enfermera me ha dado un susto de muerte. No seas severo con ella, pobre criatura; no está bien de la cabeza, de eso estoy segura. Tan sólo llévatela en silencio, sácala de aquí rápidamente y devuélvela allá de donde haya venido. Me moriría de miedo si se quedara aquí. Se ha estado comportando de un modo tan extraño, me ha dicho unas palabras tan terribles. ¡Lenny!, ¡Lenny!, no me sueltes la mano. Se me ha acercado silenciosamente de un modo horrible, justo aquí donde estás tú ahora; se ha arrodillado, se me ha acercado al oído y me ha susurrado... ¡oh, qué terribles palabras!

—¡Cálmate, mi amor, cálmate! —dijo el señor Frankland, sintiéndose realmente alarmado por la excitación de Rosamond—. No hace falta que repitas ahora las palabras; espérate hasta estar un poco más calmada. Haré todo lo que me pidas, pero ahora tiéndete y no hables, e intenta tranquilizarte un poco antes de decir otra palabra. Tengo más que suficiente con saber que esta mujer te ha asustado y que deseas desembarazarte de ella con la menor rudeza posible. Vamos a dejar el resto de explicaciones para mañana. Ahora me arrepiento profundamente de no haber insistido en mi idea de traer de Londres una enfermera adecuada. ¿Dónde está la posadera?

La posadera se puso al lado del señor Frankland.

—¿Es muy tarde? —preguntó Leonard.

—Oh no, señor; no son aún las diez.

—Entonces, mande traer un coche a la puerta lo más pronto posible, por favor. ¿Dónde está la enfermera?

—De pie detrás suyo, señor, cerca de la pared —dijo la criada.

Mientras el señor Frankland se volvía en esa dirección, Rosamond le susurró:

—No seas severo con ella, Lenny.

La criada, que estaba mirando con curiosidad y desdén a la señora Jazeph, vio cómo a ésta le cambiaba la expresión de la cara al oír esas palabras. Los ojos se le inundaron de lágrimas que resbalaban por sus mejillas. La calma, oscura y hermética, que se había apoderado de su rostro se desvaneció en un instante. De nuevo se apartó hasta situarse junto a la pared, y se apoyó en ella como la vez anterior. La criada oyó cómo la enfermera repetía para sí misma, en voz baja y sollozante:

—¡No seas severa con ella! ¡No seas severa! ¡Oh, Dios mío!, eso lo ha dicho con cariño; al menos eso lo ha dicho con cariño.

—No tengo intención de soltarle un discurso, ni de reconvenirla —dijo el señor Frankland, oyendo en parte lo que ella musitaba—. Desconozco lo que ha ocurrido, y no estoy acusando a nadie. Veo que la señora Frankland está muy nerviosa y asustada; la oigo decir, compasivamente, sin enfado, que ese nerviosismo tiene que ver con usted, pero yo prefiero que decida usted, según su propio sentido de lo que está bien, si sus cuidados aquí deben o no cesar de inmediato. En cualquier caso he puesto a su disposición los medios adecuados para que abandone usted este lugar, y de hacerlo le sugeriría que le transmitiera usted nuestras disculpas a su señora, y que le dijera solamente que han surgido circunstancias por las que nos hemos visto en la obligación de prescindir de sus servicios.

—Ha sido usted muy considerado conmigo, señor —dijo la señora Jazeph en voz baja y con cierta dignidad y elegancia en su actitud— y no voy a utilizar lo que podría decir en mi defensa porque no quisiera mostrarme desagradecida con su indulgencia.

Se adelantó hasta el centro de la habitación y se detuvo donde podía ver a Rosamond. Por dos veces trató de hablar, y por dos veces le falló la voz. Al tercer intento logró controlarse:

—Antes de irme, señora —dijo—: espero que no piense que le guardo resentimiento por haberme despedido. No estoy enfadada; le ruego que recuerde siempre que no me he enfadado, y que no me he quejado de nada.

En su cara había tal desdicha, en la entonación de su voz una resignación tan dulce y desconsolada, que a Rosamond se le rompió el corazón.

—¿Por qué me ha asustado? —preguntó, casi enternecida.

—¿Asustarla? ¿Cómo iba a asustarla? ¡Yo! De todas las personas de este mundo, ¿cómo iba yo a querer asustarla?

Dijo estas palabras con tristeza; luego fue hasta la silla donde tenía el sombrero y el pañolón y se los puso. La posadera y la criada, que la estaban observando con curiosidad, se percataron de que volvía a llorar amargamente, pero se asombraron del cuidado con que se ponía ambas prendas. Sus manos ajadas se movían mecánicamente, y al mismo tiempo temblaban; pero incluso así, y por insignificante que pueda parecer, hasta el más trivial de sus movimientos estaba guiado por un inexorable instinto de decoro.

Al dirigirse hacia la puerta se detuvo de nuevo junto a la cama, miró a través de sus lágrimas a Rosamond y al niño, hizo un pequeño esfuerzo, y entonces dijo sus palabras de despedida:

—Que Dios la bendiga y les dé a usted y a su niño mucha felicidad —dijo—. Aunque me hayan despedido no estoy disgustada. Si piensa en mí alguna otra vez,

después de esta noche, por favor, que sea para recordar que no me he enfadado, y que en ningún momento me he quejado.

Se quedó todavía un momento, todavía llorando, y todavía mirando a través de sus lágrimas a la madre y al niño; después se volvió y anduvo hacia la puerta. En sus últimas palabras hubo algo en el tono de su voz que llenó la habitación de silencio. De las cuatro personas, ninguna pudo pronunciar palabra; mientras, la enfermera cerró la puerta despacio, y se fue sola.

CAPÍTULO V

Una asamblea de tres

A la mañana siguiente de la partida de la señora Jazeph, la noticia de que la habían echado de Tiger's Head por orden del señor Frankland llegó a la residencia del doctor justo cuando se sentaba a desayunar. Como le pareció que la información acerca del despido de la enfermera no iba acompañada de ninguna explicación satisfactoria sobre su causa, el señor Orridge no quiso creer que los servicios de la enfermera hubieran sido cancelados realmente. Sin embargo, aunque se negara a dar crédito a la noticia, ésta le molestó tanto que terminó su desayuno a toda prisa y se fue al Tiger's Head a hacerle la visita matinal a su paciente casi dos horas antes de lo acostumbrado.

De camino a la posada le salió al paso un mozo del establecimiento.

—Precisamente, Señor, le traía un mensaje del señor Frankland —dijo el hombre—. Quiere verle lo antes posible.

—¿Es cierto que la enfermera de la señora Frankland fue despedida anoche por orden del señor Frankland? —preguntó el señor Orridge.

—Del todo cierto, señor —respondió el camarero.

El doctor enrojeció, y pareció realmente desconcertado. Una de las cosas más valiosas que tenemos —especialmente si se pertenece a la profesión médica— es nuestra dignidad. Al doctor Orridge le había indignado que no le hubiesen consultado antes de despedir a una enfermera que él había recomendado. ¿Estaba acaso el señor Frankland presumiendo de su posición de caballero adinerado? La riqueza y la impunidad puede que vayan de la mano, pero eso no da derecho a poner en entredicho la buena opinión que un hombre pueda tener de sí mismo. Nunca, el doctor Orridge había sentido tanto desprecio por la riqueza y el rango; nunca se había encontrado a sí mismo reflexionando acerca de la causa republicana con tan absoluta objetividad como cuando comenzó a caminar, sumido en un áspero silencio, detrás del mozo, camino de la habitación del señor Frankland.

—¿Quién anda ahí? —preguntó Leonard cuando oyó que se abría la puerta.

—El señor Orridge, señor —dijo el mozo.

—Buenos días —dijo el señor Orridge, con rudeza y familiaridad.

El señor Frankland estaba sentado en un sillón, con las piernas cruzadas. El señor Orridge eligió cuidadosamente otro sillón y, al sentarse, cruzó las piernas imitando al señor Frankland. El señor Frankland tenía las manos en los bolsillos del batín. Los únicos bolsillos de que disponía el señor Orridge eran los de la parte trasera de su abrigo, a los cuales no podía acceder con comodidad; pero puso los pulgares en las mangas de su chaleco, defendiéndose de ese modo de la condescendiente insolencia

de la opulencia. Tanto le daba —la percepción de un hombre se reduce hasta límites insospechados cuando se empeña en considerar su propia importancia— que el señor Frankland estuviera ciego, y consecuentemente fuera incapaz de impresionarse por tan desenvuelto talante. La sola presencia del señor Orridge allí, era una vindicación más que suficiente de su propia dignidad.

—Me alegra que haya venido usted tan pronto, doctor —dijo el señor Frankland—. Anoche se produjo aquí un suceso muy desagradable. Me vi en la apremiante obligación de despedir a la enfermera.

—¡Vaya! ¿De veras? —dijo el señor Orridge, que adoptó defensivamente la misma compostura que el señor Frankland, mostrándose absolutamente indiferente—. ¡No me diga!

—Si hubiese habido tiempo de consultarle, créame que nada me hubiera alegrado más —continuó el señor Frankland—, pero no hubo tiempo para las dudas. Oímos que la campanilla de mi esposa repicaba con fuerza, y todos nos asustamos; fui hasta su habitación y la encontré muy alterada. Me dijo que la enfermera le había dado un susto de muerte; proclamó su convicción de que la mujer no estaba bien de la cabeza, y me suplicó que la sacara de la casa con la menor demora y severidad que me fuera posible. Ante tales circunstancias, ¿qué podía hacer yo? Le parecerá que no le he tenido en consideración al actuar por cuenta propia; pero la señora Frankland se hallaba en tal estado de excitación que no quiero ni pensar qué habría ocurrido si le hubiese llevado la contraria o me hubiera arriesgado demorándome; y una vez solventado el problema, mi esposa no quiso ni oír hablar de molestarle a usted haciéndole venir hasta la posada. Estoy seguro de que se hace usted cargo de mis razones, pues con ánimo conciliador se las ofrezco.

El señor Orridge comenzó a parecer confuso. Los sólidos cimientos de su altanería se estaban ablandando y hundiendo bajo sus pies. De repente se dio cuenta de que estaba pensando de acuerdo a las buenas maneras de las clases pudientes; los pulgares le resbalaron automáticamente de la pechera del chaleco y, antes de que se diera cuenta, se halló a sí mismo elaborando una réplica cortés y respetuosa.

—Naturalmente, estará usted ansioso por saber qué fue lo que la enfermera dijo o hizo para atemorizar a mi esposa de tal modo —prosiguió el señor Frankland—. No puedo darle detalles, puesto que la señora Frankland se hallaba en tal estado de terror que tuve miedo de pedirle ninguna explicación; y esta mañana, antes de averiguarlo, he querido esperar hasta que usted pudiera venir y acompañarme. Fue usted tan amable, tomándose todas esas molestias para hacerse con los servicios de esta desafortunada mujer, que tiene usted derecho a oír todo lo que pueda ser alegado contra ella ahora que ha sido despedida. Después de todo, la señora Frankland no está tan indispuesta esta mañana como en un principio me temía. Nos está esperando; así que, si es usted tan amable de darme su brazo, subiremos a verla inmediatamente.

Al entrar en la habitación de la señora Frankland, el doctor se dio cuenta enseguida de que ésta estaba aún muy alterada por los acontecimientos de la noche anterior. Se percató de que la sonrisa con que recibía a su marido era la más descaecida y triste que había visto nunca en su cara. Sus ojos parecían cansados y apagados; tenía la piel seca, el pulso irregular. Era evidente que había pasado la noche en vela, y que su mente estaba atormentada. Respondió con la máxima celeridad las preguntas que le hizo el doctor y, por decisión propia, llevó de inmediato la conversación al asunto de la señora Jazeph.

—Supongo que se ha enterado usted de lo ocurrido —dijo ella, dirigiéndose al señor Orridge—. No sabría cómo decirle lo triste que me siento; mi conducta le parecerá a usted, igual que le debe de parecer a la pobre y desafortunada enfermera, propia de una mujer caprichosa e insensible. Me dan ganas de llorar de pena y disgusto al pensar lo insensata que he sido y el poco coraje que he demostrado. Oh, Lenny, herir los sentimientos de una persona es terrible; pero haber afligido a esa mujer infeliz y desamparada del modo en que lo hemos hecho, haberle hecho llorar tan amargamente, haberle causado tanta humillación y desdicha...

—Rosamond, cariño —interrumpió el señor Frankland—, te estás lamentando de los efectos, pero te olvidas de las causas. Recuerda el terror que sentías cuando te encontré: tiene que haber alguna razón para ello. Recuerda, también, cuan convencida estabas de que la enfermera había perdido la cabeza. ¿Estás segura de que, respecto a ese punto, no has cambiado de opinión?

—Cariño, es precisamente esa opinión la que me ha tenido preocupada y aturdida toda la noche. No puedo evitarlo: cada vez estoy más segura de que esa pobre criatura ha perdido el entendimiento; pero cuando recuerdo lo bondadosa que se mostró al venir aquí a ayudarme, y cuán deseosa parecía de ser útil, no puedo evitar sentirme avergonzada de mi malicia; no puedo evitar reprocharme el haber sido la causa de su despido. Señor Orridge, ¿usted notó algo en la expresión de la señora Jazeph, o en su actitud, que le pueda hacer dudar de que su entendimiento esté todo lo bien que debería estar?

—En absoluto, señora Frankland; en ese caso no la hubiese traído aquí. No me hubiese sorprendido oír que de repente había caído enferma; o que se hubiese asustado al sufrir algún pequeño accidente, pero que me diga que sus facultades están trastornadas, créame que realmente me sorprende.

—¡Y si me he equivocado! —exclamó Rosamond, llevando su mirada, confusa e insegura, del doctor Orridge a su marido—. ¡Lenny, Lenny!, si me he equivocado no me lo perdonaré nunca.

—Cariño, ¿por qué no nos dices qué te hizo sospechar que estaba loca? —sugirió el señor Frankland.

Rosamond vaciló.

—Las cosas que son enormes en mi mente —dijo— parecen hacerse muy pequeñas cuando las quiero decir. Quiero que conozcan la razón que tuve para asustarme de ese modo; pero al mismo tiempo tengo miedo de que, al querer justificarme, no le esté haciendo justicia a la enfermera.

—Cuenta tu versión, cariño, a tu manera; sé que dirás la verdad —dijo el señor Frankland.

—Y, por favor, recuerde —añadió el señor Orridge— que yo no le otorgo ninguna importancia a mi propia opinión de la señora Jazeph. No he tenido tiempo suficiente de formar tal opinión. Las oportunidades que ha tenido usted de observarla han sido mucho más numerosas que las mías.

Alentada de este modo, Rosamond relató sencilla y llanamente todo lo que había sucedido en su cuarto la noche anterior, hasta la parte en que había cerrado los ojos y había oído cómo la enfermera se acercaba a su cama. Antes de repetir las singulares palabras que la señora Jazeph le había susurrado al oído, hizo una pausa, y miró gravemente a su marido.

—¿Por qué te detienes? —preguntó el señor Frankland.

—Aún me siento confusa y nerviosa cuando pienso en las palabras que me dijo justo antes de que yo tocara la campanilla.

—¿Qué dijo? ¿Algo que preferirías no repetir?

—¡No! ¡No! Nada deseo más que repetirlas y oír lo que piensas acerca de su significado. Como estaba diciendo, Lenny, habíamos estado hablando de Porthgenna y de mi proyecto de inspeccionar las habitaciones del ala norte tan pronto llegara; y ella había estado haciéndome muchas preguntas acerca de la vieja casa, mostrándose yo diría que sumamente interesada en ella, teniendo en cuenta que era una forastera.

—¿Y?

—Pues bien, cuando vino hasta la cama se arrodilló; se me arrimó a la oreja y de sopetón me susurró: «¡Cuando vaya a Porthgenna no se acerque a la Habitación del Mirto!»

El señor Frankland se levantó.

—¿Hay en Porthgenna algún cuarto que se llame así? —preguntó.

—Yo nunca he oído hablar de él —dijo Rosamond.

—¿Está segura de ello? —inquirió el señor Orridge.

Hasta ese momento, el doctor había tenido la secreta sospecha de que la señora Frankland seguramente se había quedado dormida poco después de que él la dejara la noche anterior; y de que el relato que estaba narrando, sinceramente convencida de su veracidad, no era otra cosa que la consecuencia de una serie de impresiones fuertes producidas por un sueño.

—Estoy segura de no haber oído jamás ese nombre —dijo Rosamond—. Cuando me fui de Porthgenna tenía cinco años; y en ese tiempo nunca oí hablar de él.

Después, en los años que siguieron, mi padre solía hablar de la casa; pero tengo la certeza de que en ninguna ocasión se refirió a ninguna de las habitaciones por un nombre en particular. Y lo mismo puedo decir de tu padre, Lenny, de las veces que estuve con él después de que comprara la casa. Por otro lado, ¿no te acuerdas de que cuando el arquitecto te escribió aquella carta se lamentó de que los nombres de las habitaciones no figuraran en las diferentes llaves para poder guiarle, y de que no pudo obtener ninguna información de nadie de Porthgenna acerca de este asunto? ¿Cómo quieres que haya oído hablar jamás de La Habitación del Mirto? ¿Quién quieres que me lo haya contado?

El señor Orridge comenzó a poner cara de sorpresa: ahora sí que no tenía ninguna duda de que la señora Frankland había estado soñando.

—No he podido pensar en otra cosa —le dijo Rosamond a su marido en un susurro—. No puedo sacarme esas misteriosas palabras de la cabeza. Ponme la mano en el corazón, Lenny: solamente de repetir esas palabras me late más deprisa de lo normal. ¿Qué crees que significan?

—¿Quién es la persona que las dijo? Ésa es la pregunta más importante —dijo el señor Frankland.

—Pero ¿por qué me las dijo a mí? ¡Eso es lo que quiero saber; eso es lo que debo saber para volver a tener paz en mi mente!

—¡Despacio, señora Frankland, despacio! —dijo el doctor Orridge. Por amor a su hijo y por usted misma le ruego que intente tranquilizarse y que afronte este misterioso acontecimiento con la mayor tranquilidad posible. Si por mi parte puedo arrojar un poco de luz sobre esta extraña mujer, y su todavía más extraño comportamiento, no ahorraré empeño. Hoy tengo que ir a la casa de su señora a ver a uno de los chiquillos; según como lo vea me las arreglaré de algún modo para que la señora Jazeph se explique. Su ama oirá cada una de las palabras que usted me ha dicho; y puedo asegurarle que es de las que llaman al pan pan y al vino vino, y que insistirá en que el misterio quede resuelto al instante.

Los ojos cansados de Rosamond se iluminaron con la proposición del doctor.

—¡Oh, doctor, vaya enseguida! —exclamó—. ¡Vaya enseguida!

—Antes tengo que atender un buen número de visitas en el pueblo —dijo el doctor, sonriendo ante la impaciencia de la señora Frankland.

—Pues entonces vaya sin perder un instante —dijo Rosamond—. El bebé está bastante bien, y yo también: no necesitamos retenerle. Y, señor Orridge, le ruego que sea lo más amable y considerado que pueda con la pobre mujer; y dígame que si no fuera porque estaba demasiado asustada para saber lo que me hacía nunca habría pensado en echarla. Y dígame lo arrepentida que estoy esta mañana, y dígame...

—Cariño, si la señora Jazeph realmente no está bien de la cabeza, ¿qué sentido tiene abrumarla con todas estas excusas? —intervino el señor Frankland—. Sirve más

a nuestro propósito que el señor Orridge le dé por nosotros las explicaciones a su señora y que nos disculpe amablemente.

—¡Ande, vaya! No pierda más tiempo hablando, ¡por favor, váyase ya! — exclamó Rosamond cuando el doctor trató de replicar al señor Frankland.

—No tema; no perderé ni un minuto —dijo el señor Orridge, abriendo la puerta—. Pero recuerde, señora Frankland, que espero que recompensará usted a su embajador cuando regrese de su misión demostrándole que estará un poco más silenciosa y sosegada de lo que la he encontrado esta mañana. —Y, con ese apunte final, el doctor se despidió.

—«Cuando vaya a Porthgenna, no se acerque a La Habitación del Mirto» — repitió el señor Frankland, meditabundo—. Son palabras muy extrañas, Rosamond. ¿Quién debe ser en realidad esta mujer? Se trata de una perfecta desconocida para nosotros; entra en nuestras vidas por pura casualidad y descubrimos que sabe algo acerca de nuestra propia casa, que los dos desconocemos absolutamente hasta que ella se decide a hablar.

—¿Y la advertencia, Lenny; esa advertencia, tan explícita y misteriosamente dirigida a mí? ¡Ay, ojalá pudiera dormir y no despertarme hasta que el doctor regresara!

—Cariño, intenta no hacerte demasiadas ilusiones de que todo se aclare. Puede que la mujer rehúse dar ninguna explicación a nadie.

—¡No menciones siquiera una posibilidad tan decepcionante como esa, Lenny; o me entrarán ganas de levantarme e ir a interrogarla yo misma!

—Rosamond, aunque pudieras levantarte e interrogarla puede que te resulte imposible obtener una respuesta. Puede que esté asustada por ciertas consecuencias que nosotros no podemos prever; y, en tal caso, es más que probable que no te explique nada, o hasta incluso puede que niegue descaradamente sus propias palabras.

—Pues entonces, Lenny, las comprobaremos nosotros mismos.

—¿Y cómo podemos hacer eso?

—Continuando nuestro viaje a Porthgenna en cuanto me autoricen a viajar, y revolviendo cielo y tierra en cuanto llegemos hasta que hayamos descubierto si hay o no alguna habitación que fuese alguna vez conocida, en algún momento, con el nombre de Habitación del Mirto.

—¿Y si resulta que, en efecto, hay una habitación con ese nombre? —preguntó el señor Frankland, empezando a contagiarse del entusiasmo de su esposa.

—Si la hay —dijo Rosamond, levantando la voz, e iluminándosele la cara con su vivacidad habitual— ¿cómo puedes dudar de lo que sucederá a continuación? ¿Acaso no soy una mujer? ¿No me han prohibido que entre en la Habitación del Mirto? ¡Lenny! ¡Lenny! ¿Tan poco sabes de mi mitad del género humano, que dudas qué

haré en el instante en que la habitación sea descubierta? Es obvio, cariño: ¡entraré inmediatamente en ella!

CAPÍTULO VI

Una nueva sorpresa

A pesar de toda la prisa que se dio, pasaba ya de la una cuando las obligaciones profesionales del señor Orridge le permitieron ponerse en marcha, en su calesín, camino a la casa de la señora Norbury. Condujo hasta allí con tal ánimo que logró hacer un trayecto que usualmente duraba media hora en veinte minutos. Al oír el lacayo el paso rápido del calesín acercándose, abrió la puerta del vestíbulo en el mismo momento en que el caballo se detuvo, y miró al doctor con una sonrisa entre satisfecha y maliciosa.

—Bueno —dijo el señor Orridge, irrumpiendo en el vestíbulo— supongo que anoche les sorprendería a todos que el ama de llaves regresara.

—Sí, señor, claro que nos sorprendió que regresara anoche —contestó el lacayo— pero todavía nos ha sorprendido más cuando se ha ido otra vez esta misma mañana.

—¡Ido! ¿No querrá decir que se ha marchado?

—Eso mismo digo, señor. Se ha despedido y se ha ido: una buena decisión. —El lacayo sonrió de nuevo al contestar; y la doncella, que por casualidad estaba bajando las escaleras en el momento en que él hablaba y pudo oír lo que decía, también sonrió. Era evidente que la señora Jazeph no había sido santo de devoción entre los criados.

Tal fue el asombro del señor Orridge que no pudo pronunciar palabra. Al ver que no le preguntaban nada más, el lacayo abrió la puerta del gabinete y el doctor entró en la habitación. La señora Norbury estaba sentada cerca de la ventana, en actitud enhiesta y rígida, observando con toda atención los movimientos de su hija enferma con un tazón de caldo de ternera.

—Antes de que abra la boca, ya sé de que va a hablar —dijo la mujer, que era muy lenguaraz—. Pero antes mire a la niña, y diga lo que tenga que decir, si me hace el favor, antes de entrar en cualquier otro asunto.

El doctor examinó a la niña y puso de manifiesto su rápida mejoría; después, la enfermera se la llevó para que descansara un poco. Tan pronto como la puerta de la habitación se cerró, la señora Norbury se dirigió bruscamente al doctor, interrumpiéndole por segunda vez justo cuando estaba a punto de hablar.

—Vamos a ver, señor Orridge —dijo—. Antes de nada, quiero decirle algo. Yo soy una persona considerablemente justa, y no tengo nada contra usted. Por su causa he sido tratada con la más audaz insolencia por tres personas; pero usted es causa inocente, y por tanto no le culpo.

—No la sigo, la verdad —empezó el señor Orridge—, le aseguro que no acabo de

entender...

—¿A qué me estoy refiriendo? —dijo la señora Norbury—. Enseguida se lo digo. ¿Acaso no fue usted la causa de que yo enviara a mi ama de llaves a asistir a la señora Frankland?

—Sí —el señor Orridge no vaciló al reconocer eso.

—Pues bien —prosiguió la señora Norbury—, la consecuencia de haberla enviado es, como le decía antes, que he recibido un trato de una insolencia sin par de nada menos que tres personas. A la señora Frankland se le mete en la cabeza una insolente manía, y finge que ha sido asustada por mi ama de llaves. El señor Frankland se muestra insolentemente dispuesto a complacer esa manía, y me devuelve al ama de llaves como si se tratara de un chelín falso; y para rematarlo, mi propia ama de llaves, tan pronto como llega, me insulta en mi propia cara; me insulta con tal gravedad, señor Orridge, que le di un plazo de doce horas para que se fuera. ¡No empiece a defenderse! Lo sé todo; sé que usted no tuvo nada que ver con que me la devolvieran; nunca he dicho lo contrario. Usted es inocente de todo el mal que ha hecho. No le estoy culpando a usted, no lo olvide; haga lo que haga, no lo olvide, señor Orridge.

—No tenía pensado defenderme —dijo el doctor— porque no tengo razón ninguna para hacerlo. Pero me deja usted de una pieza cuando me dice que la señora Jazeph la trató a usted con grosería.

—¡Grosería! —exclamó la señora Norbury—. Ésa no es la palabra, así que no me hable de grosería. Desfachatez. Desfachatez y desvergüenza. La única cosa caritativa que puede decirse de la señora Jazeph es que no está bien de la cabeza. Yo, personalmente, no le había notado nunca nada extraño; pero los criados acostumbraban a reírse de ella porque en la oscuridad se volvía tímida como una niña, y porque a menudo corría a su habitación en busca de su vela cuando se negaban a encender las lámparas hasta que la noche se hubiera cerrado. Yo, a todo esto no le había dado nunca ninguna importancia, pero le aseguro que anoche me acordé de todo cuando me la encontré mirándome a la cara como una fiera y llevándome la contraria tan frescamente en cuanto le empecé a hablar.

—Era la última persona en el mundo de quien hubiese esperado un comportamiento como ése —respondió el doctor.

—Muy bien. Pues ahora escuche lo que ocurrió cuando regresó anoche —dijo la señora Norbury—. Llegó justo cuando íbamos a acostarnos. Por supuesto, me quedé pasmada y, por supuesto, la llamé al salón para que me diera una explicación. ¡Supongo que era lo más normal! Entonces me di cuenta de que tenía los ojos hinchados y enrojecidos, y una mirada esquiva y realmente extraña; pero no dije nada, y esperé su explicación. Todo cuanto me dijo fue que algo que había dicho o hecho sin querer había asustado a la señora Frankland, y que el esposo de la señora

Frankland la había despedido en el acto. Al principio no me lo creí, es natural ¿no cree?, pero ella siguió insistiendo en la misma historia, y respondió a todas mis preguntas diciendo que no me podía contar nada más. «Así que», le dije yo, «después de tomarme la molestia de dispensarla de su trabajo, y después de que usted se haya tomado la molestia de ponerse a hacer de enfermera, ¿tengo que aguantar que me insulten, y que la insulten a usted, echándola el mismo día que llega, porque a la señora Frankland se le mete una manía en la cabeza?». «Yo no he acusado en ningún momento a la señora Frankland de tener manías», me contesta la señora Jazeph, y se me encara con una mirada que yo no le había visto nunca en los cinco años que lleva conmigo. «¿Qué quiere decir?», le pregunto, devolviéndole la misma mirada, vaya que si se la devolví, «¿tan servil es usted para quedarse callada de ese modo después de cómo la han tratado, y haciéndoles como les estaba haciendo usted un favor?». «Lo bastante», me dice la señora Jazeph, rápida como el relámpago, y sin dejar de mirarme con descaro, «lo bastante como para no culpar a la señora Frankland». «¡Vaya, no me diga!», le contesto yo. «Pues entonces, lo único que puedo decirle es que si usted no, yo sí que me siento insultada; y que considero que la conducta de la señora Frankland es la propia de una mujer cruel, caprichosa, desvergonzada y malcriada». La señora Jazeph se me acerca a un palmo de la cara: a un palmo, le doy mi palabra de honor; y me dice: «La señora Frankland no es ni cruel, ni caprichosa, ni desvergonzada, ni malcriada». Estas mismas palabras, señor Orridge. «¿Es que piensa llevarme la contraria, señora Jazeph?», le pregunto yo. «Pienso defender a la señora Frankland de imputaciones injustas», dice ella. Así mismo, señor Orridge; le doy mi palabra de honor, mi palabra de señora, que así mismo me lo dijo.

El doctor rebosaba asombro. La señora Norbury continuó.

—Yo estaba montada en cólera —no me importa confesarlo, señor Orridge—, pero traté de calmarme. «Señora Jazeph», le dije, «no estoy acostumbrada a que me hablen de ese modo, y desde luego no esperaba oír nunca algo así de sus labios. ¿Por qué motivo se empeña usted en defender a la señora Frankland después del menosprecio con que nos ha tratado a las dos, y en llevarme la contraria cuando me siento tan agraviada?, es algo que ni sé ni quiero saber. Pero voy a decirle algo muy sencillo: ningún empleado mío, desde el ama de llaves hasta la última criada, me va a perder el respeto. A cualquier otro sirviente de esta casa que se hubiese comportado como usted se ha comportado lo hubiese amonestado en el acto». Aquí, trató de interrumpirme, pero no se lo permití. «No», dije yo, «no le permito que me hable todavía; oíré todo lo que tengo que decirle. Le repito que cualquier otro sirviente se habría tenido que marchar de aquí mañana por la mañana; pero seré mucho más que justa con usted. Le daré el beneficio de sus cinco años de buena conducta a mi servicio. Le dejaré el resto de la noche para que se calme y reflexione acerca de lo que ha sucedido entre las dos; y no tiene usted que disculparse ahora: puede hacerlo

mañana por la mañana». Lo ve, señor Orridge, yo estaba decidida a actuar justa y bondadosamente. Estaba dispuesta a hacer concesiones; y a cambio de eso, ¿qué cree usted que me contestó? «Me disculparé con usted, señora, por haberla ofendido», me dijo, «en este mismo instante. Pero ni esta noche ni mañana por la mañana permaneceré callada si oigo que alguien acusa a la señora Frankland de actuar irrespetuosa, descortés o impropriamente conmigo o con cualquier otra persona». «Señora Jazeph, ¿es usted consciente de lo que me está diciendo?», le pregunté yo. «Señora, soy sincera con lo que le estoy diciendo», me dijo, «y lamento mucho verme en la obligación de tener que serlo». «No se moleste en disculparse», le dije, «puesto que puede considerarse despedida. Le diré al administrador que le dé la paga del mes, en vez del escarmiento del mes, a primera hora de la mañana. Y después le ruego que se vaya de la casa tan pronto como le sea posible». «Me iré mañana, señora», me dice ella, «pero sin causarle ninguna molestia al administrador. Con todos mis respetos, y con agradecimiento por toda su amabilidad de estos años, quisiera renunciar a llevarme el dinero que no he ganado». Después de lo cual hace una reverencia, y se va. Señor Orridge: esto es, palabra por palabra, lo que sucedió entre nosotras. A ver si es usted capaz de encontrar alguna explicación para la conducta de esta mujer. Yo digo que es manifiestamente inexplicable, a menos que esté usted de acuerdo conmigo en que estaba trastornada cuando vino anoche a esta casa.

Después de oír eso, el doctor empezó a pensar que las sospechas de la señora Frankland acerca de la enfermera no eran tan infundadas como él en un principio estaba dispuesto a considerar. Sin embargo, se abstuvo sabiamente de complicar el asunto, callándose lo que pensaba y, después de contestar a la señora Norbury con unas vagas y educadas palabras, trató de mitigar la ira de ella contra el señor y la señora Frankland, asegurándole que el señor Frankland se había disculpado humildemente en nombre suyo y en el de su esposa, y había pedido que entendiera su conducta, que las circunstancias habían hecho inevitable. Sin embargo, la ofendida dama rechazó categóricamente cualquier conciliación. Se levantó, y agitó la mano con aires de gran dignidad.

—Señor Orridge, no voy a oír ninguna palabra más —dijo—. No voy a aceptar ninguna disculpa que me sea formulada indirectamente. Si el señor Frankland decide llamarme, y si la señora Frankland se digna escribirme, daré el asunto por zanjado. Bajo cualquier otra circunstancia seguiré teniendo la misma opinión tanto de la dama como del caballero. No diga nada más, y si me hace el favor de disculparme, voy a ir arriba a la habitación de la niña para ver cómo se encuentra. Me alegra mucho oír que la ha encontrado usted mucho mejor. Por favor, llame de nuevo mañana o pasado, si le va a usted bien. ¡Buenos días!

Por una parte, la señora Norbury le había parecido divertida, pero por otra se sentía molesto por el tono seco con que le había hablado. Así que el señor Orridge

permaneció durante un minuto o dos solo en el gabinete, no sabiendo muy bien qué hacer a continuación. A estas alturas, estaba casi tan interesado en resolver el misterio acerca de la sorprendente conducta de la señora Jazeph como la mismísima señora Frankland; y no tenía la menor intención de regresar al Tiger's Head y repetir simplemente lo que la señora Norbury le había contado si no era capaz de completar el relato informando al señor y la señora Frankland acerca de la dirección que el ama de llaves había tomado al dejar su puesto. Después de cavilar un poco, decidió ir a preguntarle al lacayo, con el pretexto de que deseaba saber si su calesín estaba en la puerta. Después de que el hombre respondiera a la campanilla, e informara de que el calesín estaba listo, el señor Orridge, mientras cruzaba el pasillo, le preguntó desenfadadamente si sabía a qué hora de la mañana se había marchado la señora Jazeph.

—Sobre las diez —respondió el lacayo—. Cuando el carretero venía del pueblo, camino de la estación para el tren de las once.

—¡Ah! Supongo que se llevó sus baúles —dijo el señor Orridge.

—Y a ella también se la llevó, señor —dijo el hombre con una sonrisa socarrona—. Por una vez en su vida, no le quedó más remedio que montar en el carronato de un trajinante.

De regreso a West Winston, antes de regresar al Tiger's Head, el doctor se detuvo en la estación para recoger más detalles. No circulaba ningún tren en ese momento, ni de ida ni de vuelta. El jefe de estación estaba leyendo el periódico, y el mozo de equipajes cultivaba el huerto en la pendiente del terraplén.

—El tren de las once de la mañana, ¿es de ida o de regreso? —preguntó el señor Orridge, dirigiéndose al mozo de equipajes.

—De ida.

—¿Ha subido mucha gente?

—El mozo repitió los nombres de algunos de los habitantes de West Winston.

—¿No había otros pasajeros, aparte de los del pueblo? —preguntó el doctor.

—Sí, señor. Creo que había una forastera. Una dama.

—¿Los billetes para ese tren, los ha despachado el jefe de estación?

—Sí, señor.

El señor Orridge fue hasta donde estaba el jefe de estación.

—¿Recuerda haber expendido un billete esta mañana, para el tren de las once, a una dama que viajaba sola?

El jefe de estación rumió.

—Esta mañana he expendido billetes, de ida y de vuelta, a media docena de damas —respondió dubitativamente.

—Ya, pero yo me refiero solamente al tren de las once —dijo el señor Orridge—. Intente recordarlo.

—¿Recordarlo? ¡Espere! Ya me acuerdo; ya sé quién quiere decir. Una dama que parecía un poco alterada, y que me hizo una pregunta que no acostumbra a hacerme nadie en esta estación. Tenía puesto el velo, ahora recuerdo, y llegó para el tren de las once. Crouch, el maletero, le llevó el baúl hasta la oficina.

—Es ella. ¿Para dónde ha sacado billete?

—Para Exeter.

—¿Dice usted que le ha hecho una pregunta?

—Sí; una pregunta acerca de qué coches enlazaban con el ferrocarril de Exeter para llegar hasta Cornwall. Le he dicho que aquí estábamos demasiado lejos para tener ese horario, y le he recomendado que al llegar al final de su viaje pidiera información en Devonshire. Para viajar sola, me ha parecido una mujer tímida y desvalida. ¿Sucede algo con esa mujer, señor?

—¡Oh, no!, nada —dijo el señor Orridge; se alejó del jefe de estación, y regresó corriendo a su calesín.

Cuando al cabo de unos minutos llegó a la puerta del Tiger's Head saltó de su vehículo con la confianza del hombre que ha hecho todo cuanto se podía esperar de él. Resultaba fácil habérselas con la señora Frankland para darle la mala noticia de la partida de la señora Jazeph, ahora que podía añadir, de buena tinta, la importante información de que había partido para Cornwall.

LIBRO CUARTO

CAPÍTULO I

Una conspiración contra el secreto

Hacia el anochecer, el día después de la entrevista del señor Orridge con la señora Norbury, del rápido de Druid, que atravesaba Cornwall hasta Truro, al llegar a su destino descendieron tres pasajeros frente al despacho de billetes. Dos de estos pasajeros eran un caballero anciano y su hija; el tercero era la señora Jazeph.

Padre e hija recogieron su equipaje y entraron en el hotel; los demás viajeros se desperdigaron en distintas direcciones sin perder demasiado tiempo; la señora Jazeph se quedó sola, apocada, de pie sobre el pavimento, dando la sensación de no saber qué hacer. Cuando el cochero intentó amablemente ayudarla a tomar alguna clase de decisión, preguntándole si podía hacer algo para ayudarla, ella se escabulló mirándole con sospecha; después, habiéndolo pensado mejor, le dio las gracias por su amabilidad y le preguntó, con actitud dubitativa y embarullando las palabras, lo cual al cochero le pareció muy extraño, si podían permitirle dejar el baúl en el despacho de billetes durante un rato, hasta que volviera para recogerlo de nuevo.

Habiendo obtenido permiso para dejar su baúl tanto tiempo como deseara, cruzó la calle principal del pueblo, ascendió calle arriba por el empedrado y bajó por el primer desvío que se encontró. Después, llegó a una calle apartada, miró detrás suyo, se cercioró de que nadie la estaba siguiendo u observando, anduvo deprisa unas pocas yardas y se detuvo de nuevo junto a una tiendecilla dedicada a la venta de anaqueles, costureros, y escritorios. Después de mirar las letras que había pintadas sobre la puerta —BUSCHMANN, FABRICANTE DE ARMARIOS, & C.— fisgoneó a través del escaparate. Un hombre de mediana edad, de cara alegre, estaba sentado detrás del mostrador puliendo un listoncillo de palo de rosa, balanceando la cabeza a intervalos regulares, como si estuviese canturreando una tonada llevando el compás con la cabeza. Al ver que no había clientes en la tienda, la señora Jazeph abrió la puerta y entró.

En cuanto que estuvo dentro se dio cuenta de que el hombre alegre de detrás del mostrador estaba llevando el compás no de una tonada que estuviese canturreando él mismo, sino de una procedente de una caja de música. Las notas, claras y resonantes, provenían de un gabinete de detrás de la tienda, y la tonada que salía de la caja era la hermosa «Batti, Batti» de Mozart.

—¿Está el señor Buschmann? —preguntó la señora Jazeph.

—Sí, señora —dijo el hombre alegre, señalando con una sonrisa la puerta que conducía al gabinete—. La música habla por él. Cuando la caja de música del señor Buschmann está sonando, el señor Buschmann no puede andar muy lejos. ¿Deseaba usted verle, señora?

—Si no hay nadie con él.

—Ah, no, está bien solo. ¿Quiere que le dé algún nombre?

La señora Jazeph abrió los labios para responder, vaciló, y no dijo nada. El empleado, más fino y rápido en percibir las cosas de lo que podría esperarse de él a juzgar por las apariencias, no repitió la pregunta, sino que abrió enseguida la puerta y llevó a la visita a presencia del señor Buschmann.

El gabinete de la tienda era un cuarto muy pequeño de aspecto antiguo, con las paredes empapeladas de verde claro; con un enorme pez disecado dentro de una urna de vidrio sobre la chimenea; con dos pipas de espuma colgadas juntas en la pared de enfrente y una bonita mesa redonda situada meticulosamente en el centro de la habitación. En la mesa había un juego de té, pan, mantequilla, un frasco de mermelada y una caja de música metida en una curiosa y anticuada funda. Y al lado de la mesa estaba sentado un anciano de aspecto sencillo, pelo blanco, cara rosada, pequeño de talla, que al abrirse la puerta se levantó con una expresión de enorme confusión y dio un golpecito en la punta de la caja de música para que de este modo dejara de tocar en cuanto llegara al final de la tonada.

—Una señora quiere hablar con usted, señor —dijo el alegre empleado—. Ése es el señor Buschmann, señora —añadió en un tono más bajo al ver que la señora Jazeph, habiendo entrado en el gabinete, se quedaba quieta, como si dudara.

—Si es usted tan amable de sentarse, señora —dijo el señor Buschmann, cuando el empleado hubo cerrado la puerta y regresado al mostrador—. Discúlpeme por la música; enseguida parará —dijo con acento extranjero, pero con perfecta fluidez.

Mientras le hablaba, la señora Jazeph lo miró gravemente; después, antes de decir nada, avanzó un paso o dos.

—¿Tan cambiada estoy? —preguntó despacio—. ¿Tan desmejorada estoy, tío Joseph?

—¡Gott in Himmel! Es su voz, ¡es Sarah Leeson! —exclamó el anciano, corriendo hacia ella, ligero como si se hubiese convertido de repente en un niño, cogiéndole las dos manos y besándola en la mejilla con una ternura extraordinaria. A pesar de que su sobrina no estaba por encima, ni mucho menos, de la altura media de las mujeres, el tío Joseph era tan bajo que tuvo que ponerse de puntillas para cumplir con la formalidad de abrazarla.

—¡Sarah está aquí!, ¡ha venido Sarah! —dijo, apretándola contra la silla—. ¡Después de todos estos años, Sarah Leeson ha vuelto para ver a su tío!

—Sarah, todavía lo soy; pero Sarah Leeson ya no —dijo la señora Jazeph, estrujándose fuertemente las manos, delgadas y temblorosas, y mirando al suelo mientras hablaba.

—¡Ah!, ¿casada? —dijo el señor Buschmann, muy contento—. Casada, por supuesto. Háblame de tu marido, Sarah.

—Está muerto. Muerto y perdonado —murmuró para sí las tres últimas palabras.

—¡Ay! ¡Te acompaño en el sentimiento! He hablado demasiado, ¿eh que sí, hija mía? —dijo el anciano—. ¡No te preocupes! No, no quiero decir eso. Lo que quiero decir es que hablemos de otra cosa. Te voy a preparar un poco de pan con mermelada, Sarah. Embriagadora mermelada de frambuesa que se deshace en la boca. ¿Qué te parece un té? Bueno, bueno, esta muchacha tomará un poco de té, ¡vaya si lo tomará! Y no hablaremos de nuestras penas; al menos no de momento. Estás muy pálida, Sarah; y muy envejecida para tu edad. No, tampoco quería decir eso; no es mi intención ser grosero. Por la voz te he reconocido, hija mía; por esa voz tuya que tu pobre tío Max siempre decía que habría hecho una fortuna si hubieses aprendido a cantar. Aquí está su preciosa caja de música, todavía funcionando. No, por favor, no pongas esa cara de desánimo. Anda, escucha un poco de música. ¿Te acuerdas de la caja?, ¿de la caja de mi hermano Max? ¡Qué cara es esa! ¿Te has olvidado de la caja que el divino Mozart le dio con sus propias manos a mi hermano en la escuela de música de Viena, cuando Max era un niño? ¡Escucha! La he puesto otra vez. Es una canción llamada «Batti, Batti»: una canción de una ópera de Mozart. ¡Oh! ¡Preciosa! ¡Preciosa! El tío Max decía que toda la música cabía en esa sola canción. Yo no tengo ni idea de música, pero tengo corazón y oídos, y ambos me dicen que Max tenía razón.

Después de decir estas palabras con gran despliegue de gestos y asombrosa novelería, el señor Buschmann le puso a su nieta una taza de té, lo removió cuidadosamente y, dándole una palmada en la espalda, le pidió que lo hiciera feliz bebiéndoselo de un trago. Al acercarse para insistir en su petición, se dio cuenta de que había lágrimas en sus ojos, y de que estaba tratando de sacar el pañuelo sin que él la viera.

—No me hagas caso —dijo ella, viendo que la cara del anciano se entristecía— y no creas que me he olvidado, tío Joseph, o que soy una desagradecida. Me acuerdo de la caja; me acuerdo de lo mucho que acostumbraba a interesarte, cuando yo era más joven y más feliz de lo que soy ahora. La última vez que te vi llegué con un apuro; y esta vez también vengo con otro. Pensarás que soy una descuidada por no haberte escrito ni una sola vez en todos estos años; pero mi vida ha sido muy triste, y pensé que no tenía ningún derecho a descargar el peso de mi pena en otros hombros que no fueran los míos.

El tío Joseph movió la cabeza al oír estas últimas palabras, y presionó la palanquita de la caja de música.

—Mozart tendrá que esperar un poco —dijo gravemente—. Tengo que decirte algo. Sarah, escúchame, bebe tu té y dime si lo que digo es verdad o no. ¿Qué te dije yo, Joseph Buschmann, la primera vez que acudiste a mí con un problema, hace catorce, quince, ¡no, más!, dieciséis años, a este pueblo y a esta misma casa? Te dije

entonces lo mismo que te digo ahora: «la tristeza de Sarah es mi tristeza, y la alegría de Sarah es mi alegría»; y si algún hombre me pregunta cuál es la razón de eso, tengo tres para darle.

Se detuvo para llenarle por segunda vez la taza a su sobrina, y se lo hizo notar repicando la cucharilla contra el canto de la taza.

—Tres razones —continuó—. Primero, eres la hija de mi hermana: de su carne y de su sangre, y por tanto de la mía. Segundo, mi hermana, mi hermano, y por último yo mismo, le debemos todo al bueno de tu padre inglés. Todo: una palabra pequeña que significa mucho, y que puede repetirse una y otra vez: todo. Los amigos de tu padre exclaman: ¡Uy! ¡Agatha Buschmann es pobre! ¡Agatha Buschmann es extranjera! Pero tu padre ama a la pobre muchacha alemana, y se casa con ella a pesar de sus uy, uy, uy. Los amigos de tu padre exclaman ¡uy! de nuevo. Agatha Buschmann tiene un hermano músico, un charlatán que nos da la monserga con Mozart y que no tiene ni para la sal del potaje. Y tu padre dice: ¡Muy bien! me gusta su monserga; me gusta cómo toca. Le buscaré gente para que les dé clases; y mientras yo tenga un pellizco de sal en mi cocina, él tendrá sal también en su potaje. Los amigos de tu padre exclaman ¡uy! por tercera vez. Agatha Buschmann tiene otro hermano, un Cabeza Hueca que sólo sabe escuchar la monserga del otro y decir Amén. Mándalo a hacer puñetas; por el amor de Dios, cierra todas las puertas y manda a hacer puñetas al menos al Cabeza Hueca. Y tu padre dice, ¡No! El Cabeza Hueca tiene su talento en las manos; sabe cortar, cincelar y pulir; ayúdale un poco al comienzo y después sabrá apañárselas solo. De todos, ya solamente quedo yo. Tu padre, tu madre, y el Tío Max: ya no queda ninguno. Cabeza Hueca se ha quedado solo para recordar y agradecer; para que la tristeza de Sarah sea su tristeza, y la alegría de Sarah su alegría.

Se detuvo de nuevo para soplar una mota de polvo que había sobre la caja de música. Su sobrina quiso hablar, pero él alzó su mano y la apuntó con el dedo índice, agitándolo admonitoriamente.

—No —dijo—, ahora soy yo quien debe hablar, y tú quien debe beberse su té. ¿Acaso no me queda todavía mi tercera razón? ¡Ah!, apartas la mirada; sabes cuál es antes de que diga una palabra. Cuando yo me caso, y mi esposa muere, y me deja solo con el pequeño Joseph, y cuando el niño cae enfermo, ¿quién viene en ese momento, tan callada, tan preciosa, tan pura, con esos ojos juveniles y claros, y esas manos tan tiernas, tan delgadas, tan livianas? ¿Quién me ayuda con el pequeño Joseph, noche y día? ¿Quién, con su propio brazo, le hace una almohada cuando su cabecita está fatigada? ¿Quién tiene la paciencia de sostener esta caja junto a su orejita? ¡Sí!, esta caja, que la mano de Mozart ha tocado. ¿Quién se la sostiene más cerca, cada vez más cerca, cuando el pequeño Joseph se va apagando, y reclama la música amiga que ha conocido desde que era un bebé, la música amiga que ya no

puede casi ni oír? ¿Quién se arrodilla al lado de tío Joseph cuando el corazón se le está rompiendo?, y le dice: ¡No te lamentes, el muchacho se ha ido donde tocan la mejor música, donde la enfermedad no lo consumirá, ni la tristeza lo rozará jamás! ¿Quién? ¡Ah, Sarah!, no puedes olvidar esos días; no puedes olvidarte de los Viejos Tiempos. Cuando las penas son amargas, y la carga pesada, el que se aleja del tío Joseph es cruel con él; el que viene a hacerle compañía, está haciéndole bien.

Los recuerdos que el viejo había invocado fueron llegando tiernamente al corazón de Sarah. No pudo responderle; tan sólo pudo ofrecerle su mano. Tío Joseph se inclinó con una singular y afectada galantería y la besó; luego se retiró hasta su sitio, junto a la caja de música.

—¡Vamos! —dijo, dándole alegremente un golpecillo—. No diremos nada más por un rato. ¡Caja de Mozart, caja de Max, caja del pequeño Joseph, eres tú quien vas a hablarnos de nuevo!

Puso la pequeña maquinaria en marcha, se sentó al lado de la mesa, y permaneció en silencio hasta que la música terminó de sonar por segunda vez. Entonces, viendo que su sobrina parecía más calmada, se dirigió a ella de nuevo.

—Estás metida en algún lío —dijo, sosegadamente—. Me lo dices, y yo veo en tu cara que es verdad. ¿Te lamentas por tu marido?

—Me lamento de haberle conocido —respondió ella—. Me lamento de haberme casado con él. Ahora que está muerto ya no puedo lamentarme: sólo puedo perdonarle.

—¿Perdonarle?; ¿qué te ocurre, Sarah?, ¿por qué dices eso? Cuéntamelo.

—Tío Joseph, ya te he dicho que mi marido está muerto, y que le he perdonado.

—¿Le has perdonado? ¿Eso quiere decir que fue duro y cruel contigo? Ya veo; ya veo. Eso fue al final, Sarah; pero ¿y al principio? ¿Al principio le querías?

Sus pálidas mejillas se sonrojaron, y giró la cabeza a un lado.

—Es duro y humillante confesarlo —murmuró, sin levantar la mirada— pero no me dejas más remedio que decirte la verdad, tío. No tengo amor que darle a mi marido: no tengo amor que darle a ningún hombre.

—¡Y aún así te casaste con él! ¡Alto!, no lo pregunto porque quiera culpabilizarte; lo hago para descubrir, no lo malo, sino lo bueno; para decirme a mí mismo: se casó con él cuando era pobre y estaba desamparada; se casó con él cuando en lugar de eso tendría que haber acudido al tío Joseph. Me diré esto a mí mismo y me apenaré, pero no te preguntaré nada más.

Sarah alargó otra vez un poco su mano hacia el anciano; luego, de repente, empujó su silla hacia atrás, y se sentó en una postura diferente.

—Es verdad que era pobre —dijo, mirando alrededor suyo de un modo confuso, y hablando con dificultad—, pero tú eres tan amable y tan bueno que no puedo aceptar esta excusa que tú, en tu clemencia, me concedes. No, no me casé con él porque fuera

pobre, sino... Se detuvo, cerró las dos manos juntas, y apartó la silla hasta alejarla aún más de la mesa.

—¡Mira! —dijo el viejo, al darse cuenta de su confusión—. No hablaremos más de ello.

—El desamparo no me hace menos culpable; la miseria no me hace menos culpable —dijo en un arranque de amargura y desesperación—. Tío Joseph: me casé con él porque era demasiado débil para seguir diciendo no. ¡El anatema de la debilidad y el miedo me ha perseguido todos los días de mi vida! Le dije No una vez. Le dije No dos veces. ¡Oh, tío, si hubiese podido decirlo por tercera vez! Pero me siguió, me atemorizó, me quitó la poca voluntad que me quedaba. Me hizo decir lo que él quería que dijera, e ir a donde él quería que fuese. No, no; no te acerques, tío; no digas nada. ¡Se ha ido; está muerto; soy libre; le he dado mi perdón! ¡Oh, si pudiera escapar y esconderme en algún lugar! Las miradas de todo el mundo parecen caer sobre mí; las palabras de todo el mundo parecen amenazarme. Desde que era joven mi corazón está fatigado; y en todos estos largos años, no he podido descansar ni un momento. ¡Chitón!, el hombre de la tienda; me olvidaba del hombre de la tienda. Nos va a oír; hablemos en voz baja. ¿Qué es lo que me ha hecho estallar de este modo? Todo lo hago mal. ¡Ay, yo! Me equivoco cuando hablo; me equivoco cuando callo; vaya a donde vaya, y haga lo que haga, no soy como los demás. Parece como si desde que era una niña no hubiera madurado. ¿Has oído eso? El hombre de la tienda se está moviendo; me habrá oído. ¡Oh, Tío Joseph!, ¿crees que me ha oído?

Menos temeroso, al parecer, que su sobrina, el Tío Joseph le aseguró que la puerta era sólida, que el lugar que el hombre solía ocupar en la tienda se hallaba lejos, y que aun en el caso de que oyera voces provenientes del gabinete, era imposible que pudiera distinguir lo que ahí se podía estar hablando.

—¿Estás seguro de ello? —murmuró apresuradamente—. Sí, sí, lo estás, de lo contrario no me lo habrías dicho, ¿verdad? Podemos seguir hablando, pero no de mi vida de casada: eso pertenece al pasado, y ya está enterrado. Digamos que pasé algunos años de pena y sufrimiento que me merecí; digamos que pasé otros años de tranquilidad mientras estuve sirviendo a señores y señoras que a menudo eran amables conmigo, si bien no siempre lo fueron mis colegas; digamos sólo eso de mi vida, y no hace falta que digamos nada más. El apuro en el que estoy ahora, el apuro por el que acudo a ti, se remonta a los años anteriores a la época de la que estamos hablando: a un tiempo muy, muy, muy remoto, Tío Joseph: me refiero al lejano día en que nos vimos por última vez.

—¡De eso hace dieciséis años! —exclamó el anciano—. ¡Me estás hablando de hace mucho tiempo!

—De ese tiempo te hablo. Tío, seguro que recuerdas el lugar donde vivía, y lo que me ocurrió entonces, cuando...

—¿Cuando viniste hasta aquí en secreto? ¿Cuando me pediste que te escondiera? Fue la misma semana en que murió tu señora, Sarah; la que vivía por el oeste, en la vieja casa. Entonces estabas asustada; pálida y asustada, igual como te veo ahora.

—¡Igual que me ve todo el mundo! La gente siempre me mira creyendo que padezco de los nervios, siempre compadeciéndose de mí porque me creen enferma.

Después de decir con repentino enojo estas palabras, llevó hasta sus labios la taza de té que había junto a ella, la vació de un sorbo y la empujó hasta el lado contrario de la mesa para que fuera llenada de nuevo.

—He estado pasando calor y sed todo el camino —murmuró—. Más té, tío Joseph, más té.

—Está frío —dijo el anciano—. Espera, pediré agua caliente.

—¡No! —exclamó, deteniéndolo cuando estaba a punto de levantarse—. Dámelo frío, me gusta frío. No permitas que entre nadie: no podré hablar si entra alguien —arrastró su silla hasta estar muy cerca de su tío, y prosiguió—. No has olvidado lo asustada que estaba entonces. ¿Recuerdas el motivo?

—Tenías miedo de que te siguieran; eso es, Sarah. Me hago viejo, pero mi memoria se mantiene joven. Tenías miedo de tu señor; miedo a que enviara a los sirvientes tras de ti. Tu te habías escapado sin decirle a nadie ni una sola palabra; y poco fue lo que quisiste contar. ¡Ay, qué poco, qué poco! Ni siquiera a tu tío Joseph, ni siquiera a mí.

—Te conté —dijo Sarah, bajando su voz hasta que se convirtió en un susurro tan débil que el anciano casi no oía— que en su lecho de muerte mi señora me había dejado un secreto; un secreto en una carta, que yo debía entregar al señor. Te conté que escondí la carta, porque no había sido capaz de entregarla en persona; porque prefería morirme mil veces antes de ser interrogada sobre lo que yo sabía respecto al contenido de esa carta. Todo eso recuerdo habértelo contado. ¿No te conté nada más? ¿No mencioné que mi señora me hizo prestar juramento sobre la *Biblia*...? ¡Tío!, ¿hay alguna vela en la habitación?, ¿hay alguna vela que podamos encender sin molestar a nadie, sin que nadie tenga que venir a traerla?

—Hay velas y fósforos en mi armario —respondió tío Joseph—. Pero, Sarah, mira por la ventana. Tan solo es el atardecer: todavía no oscurece.

—Afuera no, pero aquí ya está oscuro.

—¿Dónde?

—En aquel rincón. Pongamos velas. No me gusta la oscuridad cuando cubre los rincones y trepa por las paredes.

Tío Joseph miró inquisitivamente alrededor de la habitación; luego, tomando dos velas del armario y encendiéndolas, sonrió para sí mismo.

—Eres igual que una chiquilla —dijo juguetonamente, mientras bajaba la persiana de la ventana—. Tienes miedo de la oscuridad.

Sarah no pareció oírle. Sus ojos estaban clavados en el rincón de la habitación que había señalado un instante antes. Cuando regresó al lado de ella, Sarah no se volvió, sino que extendió su mano sobre el brazo de él, y le dijo de repente:

—¡Tío! ¿Tú crees que los muertos pueden regresar a este mundo, perseguir a los vivos y ver lo que hacen?

El anciano se levantó.

—¡Sarah! —dijo—. ¿Por qué hablas de ese modo? ¿Por qué me preguntas eso?

—¿Tienes momentos de soledad —continuó, sin apartar la mirada del rincón, y aparentemente sin escucharle— en los que a veces te asustas sin saber porqué; el terror te sacude, de repente, de los pies a la cabeza? Dime, tío, ¿has sentido alguna vez un helor que te penetra silenciosamente a través de las raíces del pelo y que va deslizándose poco a poco por la espalda? Yo lo he sentido incluso en verano; estando sola al aire libre, en un gran yermo, bajo la luz y el calor del mediodía; he notado como si unos dedos glaciales me rozaran. Dedos glaciales, húmedos, deslizándose suavemente. *El Nuevo Testamento* dice que una vez los muertos salieron de sus tumbas y entraron en la ciudad santa. ¡Los muertos! ¿Todo este tiempo han estado descansando? ¿Descansando eternamente?

El tío Joseph, hombre de naturaleza sencilla, quedó aturdido ante las esotéricas y atrevidas especulaciones en que estaban desembocando las preguntas de su sobrina. Sin decir palabra trató de apartar el brazo con el que ella todavía le sujetaba, pero lo único que consiguió fue que ella se aferrara a él y se inclinara sobre la silla para ver más de cerca el rincón de la habitación.

—Mi señora se estaba muriendo —dijo—. Mi señora estaba con un pie en la tumba cuando me hizo jurar sobre la *Biblia*. Me hizo jurar que jamás destruiría la carta, y no la destruí. Me hizo jurar que no me la llevaría conmigo y no me la llevé. Me habría hecho jurar que se la daría al señor, pero la muerte fue demasiado rápida para ella. La muerte le impidió atar ese tercer juramento a mi conciencia. Pero me amenazó, tío, con la humedad de la muerte sobre su frente y la palidez de la muerte en sus mejillas, con venir a mí desde el otro mundo si la contrariaba. ¡Y la he contrariado!

Enmudeció, apartó de repente su mano del brazo del anciano, e hizo un gesto extraño señalando hacia la parte del cuarto en la que sus ojos permanecían fijos.

—Descanse, señora, descanse —murmuró en voz baja—. ¿Está aún vivo el señor? Descanse hasta que los ahogados se levanten. Cuénteles el Secreto cuando la mar entregue a sus muertos.

—¡Sarah! ¡Sarah!, estás cambiada, enferma, ¡me das miedo! —exclamó tío Joseph, poniéndose de pie.

Ella se volvió despacio, y le miró con expresión vacía, con ojos ausentes que parecían mirar, a su través, algo que había más allá.

—¡Gott in Himmel!, ¿pero qué estará viendo? —miró en derredor mientras terminaba de decir estas palabras—. ¡Sarah!, ¿qué te ocurre?, ¿te has desmayado?, ¿estás enferma?, ¿estás soñando con los ojos abiertos?

La agarró por ambos brazos y la sacudió. En el instante en que sintió el roce de sus manos se levantó violentamente y su cuerpo tembló de arriba a abajo. Le regresó a los ojos su expresión natural, con la rapidez de un destello de luz. Sin decir palabra, volvió rápidamente a sentarse y comenzó a remover el té, a darle vueltas tan deprisa que el líquido se desbordó sobre el platillo.

—¡Bueno!, vuelve en sí —dijo tío Joseph, observándola.

—¿En mí? —repitió ella, ausente.

—¡Bueno!, ¡bueno! —dijo el viejo, tratando de calmarla—. Estás enferma: lo que los ingleses llaman falta de ánimo. Aquí hay buenos doctores. Espera hasta mañana; tendrás el mejor.

—No quiero doctores. No hables de doctores. No los soporto; me miran con curiosidad... están siempre fisgándome, como si quisieran hallar algo. ¿Por qué hemos dejado la conversación? Tenía tantas cosas que decir; y la dejamos justo cuando deberíamos estar avanzando. Estoy desconsolada y aterrorizada, tío Joseph; desconsolada y aterrorizada por culpa del Secreto...

—¡Déjalo ya! —exclamó el anciano—. ¡Déjalo por esta noche al menos!

—¿Por qué?

—Porque si sigues hablando de ello te pondrás otra vez enferma. Acabarás mirando ese rincón y soñando con los ojos abiertos. Estás enferma; sí, Sarah, sí; estás demasiado enferma.

—¡No estoy enferma! ¡Oh!, ¿por qué todo el mundo dice que estoy enferma? Tengo que contártelo, tío. He venido para contártelo; no me quedaré tranquila hasta que te lo haya contado.

Mientras hablaba, había rubor en su cara y su actitud era vergonzante, tal vez porque por primera vez era consciente de que se le habían escapado palabras que hubiese sido más prudente reprimir.

—Como te he dicho antes, no me hagas mucho caso —dijo, con voz suave y sus modales amables y solícitos—. No me hagas caso si hablo como no debiera. A veces me confundo, sin darme cuenta, y supongo que ahora mismo me he confundido. No tiene ninguna importancia, tío Joseph; de verdad, ninguna.

Así, para procurar tranquilizar al anciano, volvió a cambiar su silla de lugar, de tal modo que ahora su espalda daba a la parte de la habitación donde anteriormente había dado su cara.

—Bueno, bueno, me alegro de oír eso —dijo tío Joseph—, pero deja de hablar del pasado; me temo que eso te alteraría de nuevo. Oigamos algo acerca del presente. Sí, sí, hazme caso. Deja los Viejos Tiempos para tu tío y tú ocúpate del presente. Yo

puedo remontarme dieciséis años atrás igual que tú. ¡Ah!, ¿lo dudas? Ahora escucha, te voy a contar lo que sucedió la última vez que nos vimos. Voy a demostrarte que lo sé. En cuatro palabras: tú dejas tu trabajo en la vieja mansión; huyes hasta aquí; te quedas y te escondes conmigo mientras el señor y sus criados te están dando caza; te pones en marcha cuando el camino está libre, para ganarte la vida lo más lejos de Cornwall que puedas; te ruego y te suplico que te quedes conmigo, pero tú tienes miedo del señor y te echas al camino. ¡Ahí la tienes! Ésa era la historia completa de tus problemas la última vez que llegaste a esta casa. Eso déjalo tal como está, y cuéntame cuál es la causa del problema que tienes ahora.

—Tío Joseph, la causa del problema de antes y del de ahora es la misma: El Secreto.

—¡Qué! ¡Vas a volver otra vez con eso!

—Tengo que volver.

—¿Por qué?

—Porque el Secreto está escrito en una carta...

—Sí, ya, ¿y qué?

—Pues que la carta está en peligro de ser descubierta. ¡Descubierta, tío! Durante dieciséis años ha permanecido escondida; y ahora, después de tanto tiempo, la terrible posibilidad de que vea la luz ha llegado como llega un juicio. De todas las personas del mundo, precisamente la que no debería poner nunca sus ojos sobre esa carta es la que está más cerca de encontrarla.

—¡Vaya! ¿Estás segura, Sarah? ¿Cómo lo sabes?

—Porque estaba delante cuando lo dijo. La casualidad hizo que nosotras nos encontrásemos.

—¿Nosotras? ¿Qué quieres decir con nosotras?

—Lo que quiero decir... tío, recordarás que el Capitán Treverton era mi señor cuando yo vivía en la Torre de Porthgenna.

—Había olvidado su nombre. Pero no importa... continúa.

—Cuando me fui de la casa, la señorita Treverton era una niña de tan sólo cinco años. Ahora es una mujer casada. ¡Si vieras qué bonita, qué lista, y esa carita tan dulce, tan juvenil, tan alegre! Y tiene un chiquillo tan adorable como ella misma. ¡Oh, tío, si pudieras verla! ¡Lo daría todo con tal de que pudieras verla!

Tío Joseph se besó la mano y encogió los hombros, expresando con el primer gesto su admiración por la belleza de la dama y con el segundo resignación por la desdicha de no poder verla.

—Bueno, bueno —dijo filosóficamente—, deja a un lado a esta dama deslumbrante y continuemos.

—Su apellido ahora es Frankland —dijo Sarah—. Más bonito que Treverton; mucho más bonito, diría yo. Su marido está enamorado, estoy segura. Si no, es que en

el corazón no tiene nada.

—¡Bueno! —exclamó el tío Joseph, mostrándose perplejo—. Me parece muy bien que esté enamorado de ella, muy bien. ¿Pero en qué laberinto nos estamos metiendo ahora? ¿A qué viene todo esto acerca de un marido y una esposa? Palabra de honor, Sarah, que tu explicación no explica nada: sólo me calienta los sesos.

—Tío, tengo que hablarte de ella y del señor Frankland. Ahora la Torre de Porthgenna es propiedad de su marido, y van a ir a vivir a ella.

—¡Ah!, volvemos finalmente al camino correcto.

—Van a ir a vivir a la mismísima casa que guarda el Secreto; van a reparar la parte en que la carta está escondida. Entrará en las viejas habitaciones; la he oído decirlo. Buscará dentro de ellas para satisfacer su curiosidad; los trabajadores las vaciarán, y ella pasará ahí sus horas de ocio, observando.

—Pero no sospecha nada acerca del Secreto.

—¡Y que Dios no lo permita jamás!

—Hay muchas habitaciones en la casa. Y la carta está escondida en una de tantas. ¿Cómo quieres que acierte?

—¡Porque siempre digo lo que no debo! ¡Me entra el miedo y me salgo de mis casillas en el momento menos indicado! La carta está escondida en una habitación llamada Habitación del Mirto, y yo fui lo suficientemente idiota, lo suficientemente débil, lo suficientemente loca para advertirle que no entrara en ella.

—¡Ay, Sarah! Eso sí que fue un error.

—No sé lo que me pasó. Cuando la oí hablar tan inocentemente de pasar el rato rebuscando por las viejas habitaciones y pensé en lo que podía encontrar, perdí la cabeza. Se estaba haciendo de noche; el horrible atardecer estaba congregándose en los rincones y trepando por las paredes. Ansiaba encender las velas y aún así no me atreví, por miedo a que viera la verdad en mi rostro. Y cuando al fin las encendí, fue peor. ¡Oh, no sé cómo pude hacerlo! ¡No sé por qué lo hice! Me habría arrancado la lengua antes de decir esas palabras, pero aun así las dije. Los demás siempre saben lo que es mejor; los demás siempre hacen lo que es mejor; los demás han soportado una presión muy grande sobre sus mentes y no se han venido abajo como yo. Ayúdame, tío; por los viejos tiempos en que fuimos felices; ayúdame, dame un consejo.

—Te ayudaré, ¡vivo para ayudarte, Sarah! No, no debes poner esa cara de desesperación; no debes mirarme con esos ojos llorosos. ¡Vamos! Ahora mismo te voy a dar un consejo, pero dime acerca de qué; solamente tienes que decirme acerca de qué.

—¿Acaso no te lo he dicho?

—No; aún no me has contado ni una palabra.

—Ahora te lo cuento.

Hizo una pausa, miró desconfiadamente hacia la puerta que daba a la tienda,

escuchó unos instantes y continuó:

—Todavía no he terminado mi viaje, tío Joseph; estoy aquí de paso. Voy camino de la Torre de Porthgenna, camino de la Habitación del Mirto; camino, un paso tras otro, del lugar donde la carta permanece oculta. No me atrevo a destruirla; no me atrevo a sacarla de la finca, pero aún corriendo un gran riesgo tengo que sacarla de la Habitación del Mirto.

Tío Joseph no dijo nada, pero movió la cabeza con desesperación.

—Tengo que sacarla —repitió ella—. Antes de que la señora Frankland llegue a Porthgenna, tengo que sacar esa carta de la Habitación del Mirto. En la casa hay lugares donde la puedo esconder de nuevo; lugares en los que ella nunca pensaría; lugares que nunca descubriría. Tan sólo tengo que sacarla de la única habitación en la que va a buscar. Ya sé yo donde esconderla para que ni ella ni nadie la puedan encontrar jamás.

El Tío Joseph reflexionó y movió la cabeza; después dijo:

—Una cosa, Sarah; ¿la señora Frankland sabe cuál es la Habitación del Mirto?

—Hice lo que pude para destruir cualquier rastro de ese nombre cuando escondí la carta; espero y creo que no lo sabe. Pero puede averiguarlo: recuerda las palabras que fui lo bastante loca para decir; irá directamente a buscar la Habitación del Mirto; seguro que lo hará.

—¿Y si la encuentra? ¿Y si encuentra la carta?

—Hará infeliz a gente inocente; y a mí me traerá la muerte. ¡No apartes tu silla de mí, tío! No es de una muerte vergonzosa de lo que estoy hablando. El peor daño que he cometido me lo he hecho a mí misma; la peor muerte que puedo temer es la que alivia el alma en pena y cura el corazón roto.

—Basta; basta ya —dijo el viejo—. Sarah, no quiero que me cuentes un secreto que no te pertenece. Todo esto es muy complicado para mí, muy confuso. No me interesa para nada; sólo me interesas tú. No dudo de ti; solamente siento pena por ti, y lo lamento, también: lamento que alguna vez te acercaras a esa casa de Porthgenna; lamento que vuelvas a ella de nuevo.

—No me queda otra opción, tío. Aunque cada paso del camino a Porthgenna me acerque más y más a mi muerte, aun así debo andarlo. Sabiendo lo que sé, no podré descansar, no podré dormir, ni siquiera podré respirar tranquilamente hasta que haya sacado esa carta de la Habitación del Mirto. ¡Cómo lograrlo; oh, tío Joseph, cómo lograrlo, sin que nadie sospeche, sin que nadie me descubra: eso es lo que casi daría la vida por saber! Tú eres un hombre; y más viejo y más sabio que yo; ninguna criatura te ha pedido jamás ayuda en vano. ¡Ayúdame a mí ahora! ¡Eres el único amigo que tengo en el mundo. Ayúdame un poco, aunque sólo sea una palabra de consejo!

Tío Joseph se levantó de su silla, cruzó los brazos con actitud resolutiva y miró

directamente a la cara a su sobrina.

—¿Irás? —dijo—. ¿Te cueste lo que te cueste, irás? Por última vez, Sarah ¿sí o no?

—¡Sí! Por última vez, digo que sí.

—Bien. ¿Y vas a ir pronto?

—Debo partir mañana. No me atrevo a perder un solo día; incluso las horas pueden ser de un gran valor. Eso es todo cuanto puedo decir.

—¿Me prometes, hija mía, que ocultar ese Secreto hace el bien, y que su hallazgo causará dolor?

—Aunque fuese la última palabra que hubiera de pronunciar en este mundo, ¡diría que sí!

—¿Y me prometes también que lo único que quieres es sacar la carta de la Habitación del Mirto y guardarla en otro lugar?

—Nada más que eso.

—¿Y qué es a ti a quién corresponde cogerla y volver a esconderla? ¿Nadie hay que tenga más derecho que tú a tocarla?

—Ahora que el señor ha muerto, nadie.

—¡Estupendo! Me has dado la solución. He terminado. Quédate ahí sentada, Sarah; y cavila, si lo deseas, pero no digas nada —con estas palabras, tío Joseph se acercó silenciosamente hasta la puerta que daba a la tienda, la abrió, y llamó al hombre de detrás del mostrador.

—Samuel, amigo mío —dijo—. Mañana haré un pequeño viaje al campo con mi sobrina, la dama aquí presente. Quédate al frente de la tienda y coge los recados; sé cuidadoso, como siempre, hasta que yo vuelva. Si alguien viene y pide por el señor Buschmann di que se ha ido al campo y que estará de regreso en unos pocos días. Eso es todo. Samuel, amigo mío, cierra la tienda por la noche y ve a cenar. Te deseo buen provecho, gustosos manjares y dulces sueños.

Antes de que Samuel pudiera darle las gracias a su patrón, la puerta se cerró de nuevo. Antes de que Sarah pudiese decir una palabra, la mano del tío Joseph estaba sobre los labios de ella, y su pañuelo secaba las lágrimas que ahora le caían rápidamente de los ojos.

—No quiero que hables más, ni que llores más —dijo el anciano—. Soy alemán y puedo presumir de ser más tozudo que seis ingleses juntos. Hoy duermes aquí; mañana volveremos a hablar de todo esto. Tú quieres que te ayude dándote consejo. Te ayudaré con mi persona, lo cual es mejor que un consejo, y no digo nada más hasta que coja mi pipa de aquella pared de ahí y le pida que me ayude a pensar. Esta noche fumo y pienso; mañana, hablo y hago. Y tú, tú sube arriba y acuéstate; coge la caja de música del tío Max y deja que Mozart te cante la canción de cuna antes de ir a dormir. Sí, sí, hija mía, en Mozart siempre se encuentra consuelo; mejor consuelo que

en las lágrimas. ¿Cuántas cosas hay por las que se puede llorar, o por las que se puede estar agradecido? ¿Tiene que ser una maravilla muy grande ésta, que no deje que la hija de mi hermana se aventure sola en la oscuridad? He dicho que el dolor de Sarah era mi dolor, y la alegría de Sarah mi alegría; y ahora, si no hay otra salida, si hay que hacerlo, digo también: ¡el riesgo que Sarah tenga que correr mañana es también el riesgo que el tío Joseph correrá mañana! Buenas noches, hija mía, buenas noches.

CAPÍTULO II

En los alrededores de la casa

La llegada de la mañana no trajo ningún cambio en la decisión que tío Joseph había tomado durante la noche. Del asombro y la confusión que le había producido la confesión de su sobrina en cuanto al objetivo que la había traído hasta Cornwall, había logrado extraer una conclusión clara y definitiva: que Sarah tenía la invariable costumbre de ponerse a sí misma en situaciones de incertidumbre, cuando no de un gran peligro. Una vez convencido de esto, su instinto bondadoso se puso en marcha, y su naturaleza firme, dispuesta al sacrificio, se puso de manifiesto; como consecuencia tomó la determinación de no permitir que Sarah emprendiera sola el viaje.

Convencido igualmente de la abnegada generosidad de su propósito —aunque fuera esto de lo único que estaba seguro—, cuando su sobrina y él se encontraron por la mañana y Sarah se reprochó a sí misma el sacrificio que él estaba haciendo, y habló de los grandes riesgos a los que se estaba exponiendo por causa de ella, él se negó a escucharla con la misma terquedad con que lo había hecho la noche anterior. No había necesidad, dijo él, de decir una sola palabra más acerca de ese tema. Si había abandonado su intención de ir a Porthgenna, tan sólo tenía que decirlo. Si no era así, era una mera pérdida de aliento seguir hablando de ello, porque estaría sordo de las dos orejas para cualquier protesta que ella pudiera formularle. Habiéndose expresado en estos términos tan intransigentes, tío Joseph dio por resuelto el tema e intentó llevar la conversación a los tópicos cotidianos preguntándole a su sobrina cómo había pasado la noche.

—Estaba demasiado nerviosa para dormir —respondió ella—. No sé luchar contra mis miedos y mis dudas como hacen otras personas. He pasado toda la noche despierta, pensando, igual que si fuera de día.

—¿Pensando en qué? —preguntó tío Joseph—. ¿En la carta que está escondida? ¿En la casa de Porthgenna? ¿En la Habitación del Mirto?

—En cómo entrar en la Habitación del Mirto —dijo ella—. Cuanto más intento hacer planes y reflexiono sobre ello, e intento establecer de antemano lo que debo hacer, más confusa y desamparada me siento. Toda la noche, tío, he intentado pensar en alguna excusa que me permita atravesar las puertas de la Torre de Porthgenna; y aun así, si en este mismo momento estuviese ante el umbral de la puerta, no sabría qué decirle al criado al encontrarme cara a cara con él. ¿Cómo les vamos a convencer de que nos dejen entrar? Y aun en el caso de que podamos entrar, ¿cómo voy a escabullirme sin que me vean? ¿Tienes tú alguna idea? Lo intentarás, tío Joseph; estoy segura de que lo intentarás. Ayúdame sólo hasta ahí, y yo podré hacerme cargo

del resto. Si guardan las llaves donde acostumbraban a hacerlo en mis tiempos, no me harían falta más de diez minutos; tan solo diez minutos escasos, para que el final de mi vida sea más fácil de lo que ha sido el principio; para ayudarme a envejecer con calma y resignación, si es deseo de Dios que viva hasta el final de mis días. ¡Ay, qué feliz debe ser la gente que tiene todo el coraje que desea, que es vivaz y despierta, y que no ha perdido el juicio! Tú eres más listo que yo, tío; la pasada noche dijiste que pensarías en el mejor modo de aconsejarme, ¿A dónde te han llevado tus pensamientos? Dime eso y me quedaré mucho más tranquila.

El tío Joseph asintió con la cabeza, su mirada adquirió una profunda gravedad, y se pasó lentamente el dedo índice por el costado de la nariz.

—¿Qué te prometí anoche? —dijo—. ¿Acaso no te dije que iba a coger mi pipa y le iba pedir que me ayudase a pensar? Pues bien, tres pipas me he fumado, y los pensamientos que he tenido han sido tres. Mi primer pensamiento es: ¡Esperar! Mi segundo pensamiento es: ¡De nuevo esperar! Mi tercer pensamiento es, una vez más: ¡Esperar! Sarah, dices que te quedarás tranquila si te explico en qué han concluido mis pensamientos. Pues bien, ya te lo he contado. Ahí tienes la conclusión; tú estás ya aliviada y todo va bien.

—¿Esperar? —repitió Sarah, con una mirada azorada que sugería cualquier cosa excepto alivio—. Tío, me temo que no lo acabo de entender. ¿Esperar a qué? ¿Esperar hasta cuándo?

—¡Esperar hasta que lleguemos a la casa, para estar seguros! Esperar hasta que nos reciban en la puerta; y ya dispondremos entonces, de tiempo suficiente para pensar en la forma de entrar —dijo tío Joseph, con aire convencido—. ¿Lo entiendes ahora?

—Sí; al menos mejor que antes. Pero queda todavía un problema. ¡Tío! Debo decirle algo que jamás pensé que iba a contarle a nadie: la carta está bajo llave.

—¿Dentro de un cuarto?

—Peor que eso: está cerrada con llave dentro de una cosa que está a su vez dentro de la habitación. La llave que abre la puerta de la habitación —en el caso de que la consiguiera— no es todo lo que necesito. Hay otra llave aparte de esa, una llave pequeña... —se quedó callada, con la mirada perdida, temerosa.

—¿Una llave pequeña que has perdido? —preguntó tío Joseph.

—La tiré al pozo del pueblo la mañana que huí de Porthgenna. ¡Ay, si me la hubiera llevado conmigo! ¡Si me hubiese parado un momento a pensar que a lo mejor un día me haría falta!

—¡Bueeeno!, ahora ya no se puede hacer nada, Sarah. Cuéntame qué es esa cosa dentro de la cual está escondida la carta.

—Tengo miedo de que puedan oírme hasta las paredes.

—¡Qué tontería! Vamos, dímelo bajito.

Sarah miró desconfiadamente alrededor suyo, y a continuación susurró al anciano algo al oído. Él la escuchó atentamente hasta que terminó, y rompió a reír.

—¡Nada! —exclamó—. Si eso es todo, puedes estar contenta. Como vosotros, los pecaminosos ingleses, decís, es tan fácil como tumbarse. Mira, eso, hija mía, puedes reventarlo tú misma.

—¿Reventarlo? ¿Cómo?

Tío Joseph fue al escaño de la ventana, que estaba fabricado como los antiguos, de modo que servía tanto de asiento como de baúl. Abrió la tapa, buscó entre algunas herramientas que había en el receptáculo de abajo, y sacó un formón.

—Mira —dijo, mientras hacía una demostración del modo en que debía utilizarse la herramienta sobre la superficie del escaño de la ventana—. Lo empujas hacia dentro, así: ¡pim! Después lo estiras hacia arriba, así: ¡pam! Es cuestión de un momento, ¡pim, pam!, y adiós cerrojo. Cógelo tú misma, y envuélvelo con un poco de ese papel que hay ahí y guárdatelo en el bolsillo. ¿Vamos, a qué estás esperando? ¿Quieres que te lo enseñe otra vez, o lo sabrás hacer tú sola?

—Me gustaría que me lo enseñases otra vez, tío Joseph, pero no ahora; no hasta que no hayamos llegado al final de nuestro viaje.

—Muy bien. Entonces, voy a terminar con el equipaje, y después iré a preguntar lo del coche. Pero, antes que nada, lo primero y principal: Mozart va a ponerse su abrigo y se vendrá con nosotros —cogió la caja de música y la puso con cuidado dentro de una funda de cuero; luego se la colgó al hombro mediante una correa—. Después viene mi pipa, y el tabaco para alimentarla, y las cerillas con las que darle lumbre. Y por último, aquí está mi vieja alforja alemana, que ya rellené anoche. Mira: camisa, gorro de dormir, peine, pañuelo de bolsillo, calcetines. Aun si fuese un emperador, ¿qué más podría pedir? Tengo a Mozart, mi pipa, mi alforja. Tengo... ¡a ver! ¡a ver!... aquí está: el viejo monedero de piel; no podemos olvidarlo. ¡Mira!, aquí lo tienes. ¡Escucha! ¡Tilín, tilín, tilín! Suena; dentro hay dinerito. Ah, amigo mío, pellejito mío, cuando regreses a casa estarás más ligero y más flaco. Bueno, bueno; pues ya lo tenemos todo; ahora sí que ya estamos listos para partir, listos de la cabeza a los pies. Adiós, Sarah, hija mía, tardaré media horita; espérame aquí y distráete mientras voy a averiguar lo del coche.

Cuando regresó, tío Joseph le traía a su sobrina la noticia de que en una hora iba a pasar por Truro un coche que los llevaría hasta un parador que estaba a cinco o seis millas de la estafeta de correos de Porthgenna. El único transporte hasta la estafeta era un coche nocturno que acarreaba las sacas de correos y que paraba en Truro para cambiar los caballos cada día a la intempestiva hora de las dos de la mañana. Siendo de la opinión de que viajar de noche era hacer de un placer un calvario, el tío Joseph sugirió que lo mejor era coger asientos para el coche de día y después ya alquilarían cualquier medio de transporte que pudieran conseguir que les llevara a su sobrina y a

él hasta la estafeta. Con ello no sólo se aseguraban su propia comodidad, sino que también obtenían la ventaja adicional de poder iniciar su viaje a Porthgenna demorándose en Truro lo menos posible.

Así las cosas, ese fue el plan que siguieron. Cuando el coche se detuvo para cambiar los caballos, tío Joseph y su sobrina estaban ya esperando para coger sitio. Encontraron todos los asientos de dentro libres, excepto uno. Dos horas más tarde descendieron en la parada que quedaba más cerca de su destino, arrendaron allí un calesín con una jaca, y llegaron a la estafeta de correos entre la una y las dos de la tarde.

Después de bajar del calesín en la posada —precaución exigida por Sarah—, caminaron por la ciénaga hasta llegar a Porthgenna. Al salir del pueblo se encontraron con el cartero, que regresaba del reparto matinal de cartas por los arrabales. Esa mañana su caminata había durado, y su cartera pesado, más de lo usual. Entre las cartas adicionales que lo habían desviado de su acostumbrado recorrido había una que iba dirigida al ama de llaves de la Torre de Porthgenna, y que había entregado a primera hora de la mañana, al comienzo de su ronda.

A lo largo de todo el trayecto, tío Joseph no se había referido ni una sola vez al motivo por el cual se habían embarcado en aquel viaje. Se parecía a los niños en dos cosas: era sencillo por naturaleza, pero esto no le libraba de tener un carácter muy correoso. Las dudas y los presagios que turbaban el espíritu de su sobrina y la tenían callada, pensativa y triste, no arrojaban ninguna sombra sobre la luz que iluminaba su mente. Si hubiese estado viajando por el puro placer de viajar no habría disfrutado tanto como ahora lo estaba haciendo de los diferentes paisajes y acontecimientos que se sucedían a lo largo del viaje. Toda la felicidad que le era ofrecida a cada minuto él la tomaba con enorme disposición y gratitud; como si el futuro no estuviese lleno de incertidumbre, de dudas, de dificultades o de peligros esperándole al final del viaje. No llevaba ni media hora en el coche y ya había comenzado a contarle al tercer pasajero —una dama anciana, estricta, que se quedó pasmada sin poder pronunciar palabra y lo fulminó con una mirada severa— la historia de la caja de música, cuya narración concluyó con su puesta en marcha a pesar y pasando por encima del ruido de las ruedas del coche. Se bajaron de éste y después estuvo igualmente muy sociable con el conductor del calesín, presumiendo de la superioridad de la cerveza alemana en comparación con la sidra de Cornwall; haciendo comentarios acerca de lo que iban viendo por el camino con familiaridad y disfrutando de sus propias gracias con toda la alegría del mundo. No fue hasta que él y su sobrina estuvieron bien lejos del pueblecito, alejados y solos en la gran ciénaga que se extendía detrás de él, que tío Joseph varió de actitud y enmudeció de repente. Después de caminar durante un rato en silencio, el brazo de su sobrina cogido al suyo, se paró de golpe, la miró directa y amablemente a la cara, y puso su mano sobre la de ella.

—Todavía hay algo que me gustaría preguntarte, hija mía —dijo—. Con el viaje, se me ha marchado de la cabeza, pero no se me ha ido del corazón en todo este tiempo. Cuando nos alejemos de aquí, de Porthgenna, y volvamos a mi casa, ¿no te irás, verdad? ¿Dejarás otra vez solo al tío Joseph? ¿Todavía estás sirviendo, Sarah? ¿Todavía no eres tu propia señora?

—Hace unos días aún servía —respondió ella—, pero ahora ya estoy libre. He perdido el empleo.

—¡Vaya!, has perdido el empleo; ¿y puede saberse por qué?

—Porque no podía oír cómo acusaban injustamente a una persona inocente. Porque...

Se contuvo. Pero en las pocas palabras que había dicho, había un tono tan enfático, tan decidido, y se había sonrojado tan de repente, que el anciano abrió los ojos cuanto le permitían los párpados mirando a su sobrina con indisimulado pasmo.

—¡Vaya, vaya, vaya! —exclamó—. ¡Así que has tenido una discusión, Sarah!

—¡Basta! ¡No me hagas más preguntas ahora! —rogó ella vehementemente—. ¡Tío! No puedo contestarte: estoy demasiado nerviosa, demasiado asustada: ésta es la ciénaga de Porthgenna; aquí está el camino por el que pasé hace dieciséis años cuando me escapé para reunirme contigo. ¡Continuemos, te lo ruego, continuemos! ¡Oh, no puedo pensar en otra cosa que en la casa que tenemos tan cerca y en el riesgo que vamos a correr!

Siguieron caminando deprisa, en silencio. Al cabo de media hora alcanzaron el punto más alto de la ciénaga y, desde allí, la amplitud del paisaje del oeste se desplegó como un abanico ante sus ojos.

¡Ahí la tenían, debajo de ellos: la sombría, solitaria, ancha estructura de la Torre de Porthgenna en el momento en que la luz del sol comenzaba a enredarse furtivamente en las ventanas de la fachada del oeste! ¡Ahí estaba el sendero, alargándose en graciosos recovecos de blancura deslumbrante sobre la ciénaga marrón, hasta alcanzar la casa! ¡Ahí estaba, más abajo, la vieja iglesia y, apretado junto a ella el camposanto, repleto de paz! ¡Y, más abajo todavía, los tejados de las cabañas de los pescadores! ¡Y allí, al final de todo, la gloria inmutable del mar, sus hileras de espuma antigua, agitada y blanca, con el margen viejo, serpenteante, de sus playas amarillas! ¡Dieciséis largos años —años de pena, de sufrimiento, de cambios, contados con los latidos de un corazón lleno de vida— habían pasado por encima de la paz de difuntos de Porthgenna y no la habían alterado, como si todos esos años hubiesen estado contenidos en el transcurso de un solo día!

Hay momentos en los que el espíritu que llevamos dentro se conmueve más profundamente que nunca; es precisamente en esos momentos cuando sus manifestaciones externas se hacen más difíciles de detectar. Nuestros pensamientos se alzan por encima de nosotros. Nuestros sentimientos reposan en una profundidad que

no podemos alcanzar. ¡Qué escasas son las palabras capaces de ayudarnos, precisamente cuando su ayuda se hace más necesaria que nunca! ¡Cuán a menudo nuestras lágrimas se han secado, precisamente cuando más las anhelamos para que nos rediman! ¿Se ha visto jamás en este mundo una emoción tan intensa capaz de expresar exactamente su propia intensidad? ¿Quién hubiera sospechado, viendo al anciano y su sobrina tal y como estaban ahora, uno al lado del otro, de pie, sobre la ciénaga, que uno estaba contemplando el paisaje con la simple curiosidad del forastero mientras que otro lo veía a través de los recuerdos de media vida? Los dos tenían los ojos secos, los dos tenían los labios mudos, los dos tenían los rostros volcados, con idéntica vigilancia, sobre el paisaje. No había entre ellos, verdaderamente, un sentimiento de compasión; ni magnetismo entre sus espíritus. Cuando se adelantaron y se pusieron a hablar, el viejo expresó la admiración que sentía por el paisaje; y lo hizo casi con la misma brevedad y prontitud con que su sobrina asintió. ¡Cuántos momentos hay en esta vida en que, a pesar del poder clamoroso de nuestra voz, las palabras se desvanecen y la página no nos ofrece otra visión que la de la más absoluta blancura!

Descendiendo lentamente por una ladera de la ciénaga, el tío y la sobrina se iban acercando cada vez más a la Torre de Porthgenna. Cuando faltaba sólo un cuarto de hora para llegar a la casa, Sarah se detuvo en el lugar en que un segundo sendero se cruzaba con el camino principal que hasta entonces habían estado siguiendo. A su izquierda, tal como ahora estaban situados, el sendero seguía hasta perderse de vista en el infinito de la ciénaga. Por la derecha, llegaba directamente hasta la iglesia.

—¿Por qué nos detenemos, ahora? —preguntó tío Joseph, mirando en una dirección y después en la otra.

—¿Te importaría esperarme aquí un ratito, tío? No puedo ir por el camino de la iglesia... —hizo una pausa; le costaba expresarse— sin sentir la necesidad (puesto que no sé lo que puede ocurrir después de que lleguemos a la casa), el deseo de acercarme... de ir a mirar una cosa —hizo otra pausa, y se volvió hacia la iglesia con cara pensativa. Sus ojos, que en ningún momento se habían humedecido al ver Porthgenna, empezaron a llenarse de lágrimas.

Tío Joseph, hombre delicado por naturaleza, pensó que lo más indicado era abstenerse de pedirle a su sobrina ninguna explicación.

—Ve donde quieras, a ver lo que quieras —dijo, dándole una palmada en el hombro—. Yo me quedaré aquí a regalarme un poco de alegría con mi pipa; sacaremos a Mozart de su jaula y le haremos cantar un poco en este aire fresco y puro.

Mientras hablaba descolgó el bolsón de piel del hombro, sacó la caja de música y, repicando su pequeña campanilla, la dispuso para que tocara la segunda de las dos tonadas de las que disponía: el *minueto de Don Giovanni*. Sarah dejó a su tío

buscando cuidadosamente alrededor suyo, no un asiento, sino una piedra lisa en la que poder dejar la caja. Cuando la encontró encendió su pipa, y se sentó con su música y su humo igual que un epicúreo ante una buena cena.

—¡Mmm! —exclamó para sí, sintiéndose ante la totalidad del silvestre panorama que lo rodeaba igual de cómodo que si estuviera aún en su gabinete en Truro.— ¡Mmm! ¡Mozart, amigo mío: aquí tienes una magnífica sala de conciertos para que toques en ella! ¡Fuuu!, en este lugar hay viento suficiente para soplar tu preciosa tonada hasta mar adentro, y darles a los navegantes un sorbo de ella mientras van de aquí para allá en sus barcas.

Mientras tanto, Sarah anduvo rápidamente hacia la iglesia y entró en el camposanto. Después de dieciséis años volvía a ver la misma parte del cementerio a la que había encaminado sus pasos la mañana en que la señora había muerto. Aquí, el paso del tiempo había dejado una huella visible: las tumbas eran las marcas de sus pisadas. ¡Cuántos cuadraditos de tierra, vacíos cuando los había visto por última vez, mostraban ahora montículos de tierra y lápidas! La tumba que había venido a ver, la que había permanecido separada del resto en tiempos pasados, ahora tenía compañeras a derecha e izquierda. No la habría podido distinguir de no ser por las señales de la lápida, que contaban la historia de las tormentas y las lluvias que no habían caído aún sobre las otras tumbas. El montículo de tierra tenía todavía la misma forma, pero la hierba había crecido; el viento la convertía en un oleaje que le daba la bienvenida de modo tenebroso. Se arrodilló junto a la lápida y se dispuso a leer la inscripción. La pintura negra, que en su día había conseguido que las palabras grabadas se distinguieran, ahora estaba desconchada. A cualquier otra persona que no fuera ella le hubiese resultado difícil de trazar con la mirada el nombre del difunto. Sarah suspiró profundamente y, con el dedo, de una en una, de modo mecánico, fue siguiendo las letras de la inscripción.

DEDICADO A LA MEMORIA
DE
HUGH POLWHEAL
DE 26 AÑOS DE EDAD
SE ENCONTRÓ CON LA MUERTE
POR LA CAÍDA DE UNA ROCA
EN
LA MINA DE PORTGENNA,
17 DE DICIEMBRE DE 1823

Después de haber recorrido todas las letras hasta la última línea, su mano se demoró sobre ellas; luego se inclinó hasta ponerse de rodillas y apretó sus labios

contra la piedra.

—¡Mejor así! —se dijo a sí misma, mientras se levantaba y miraba por última vez la inscripción—. ¡Mejor que se borre! ¡Menos ojos desconocidos lo verán! ¡Menos pies desconocidos me seguirán los pasos! ¡Y mayor será el silencio bajo el que yacerá en su lugar de reposo!

Se secó las lágrimas, recogió unas briznas de hierba de la tumba y a continuación salió del cercado de la iglesia. Se detuvo un instante más allá del seto que circundaba el recinto, y sacó del peto de su vestido el librito de los *Himnos de Wesley* que se había llevado de su dormitorio la mañana en que se había evaporado de Porthgenna.

Los restos marchitos de la hierba que había arrancado de la tumba dieciséis años atrás estaban todavía entre sus páginas. Les añadió las briznas que acababa de recoger, se puso otra vez el libro en el peto del vestido y regresó rápidamente por la ciénaga hasta el lugar en el que el anciano la estaba esperando.

Lo encontró guardando de nuevo la caja de música en su funda de cuero.

—Buen viento —dijo, sosteniendo la palma de su mano contra la brisa fresca que barría toda la ciénaga—. Un viento buenísimo, sin duda, si lo consideramos en sí mismo; pero un viento de lo peor si lo ponemos junto a Mozart. Se lleva volando la tonada como el sombrero de mi cabeza. Hija mía, vuelves a tiempo: justo acabo de terminar mi pipa, y Mozart ya está listo para emprender de nuevo el camino. Sarah, ¿tienes otra vez esa mirada llorosa en los ojos? ¿Te has encontrado con algo que te haya hecho llorar? ¡Está bien, ya veo!: cuantas menos preguntas te haga más agradable te pareceré. Bien. Pues he terminado. ¡No! Tengo una última pregunta. ¿Qué hacemos aquí parados?, ¿por qué no seguimos?

—Sí, tienes razón, tío Joseph. Continuemos de una vez. Si nos quedamos aquí un segundo más mirando la casa terminaré perdiendo el poco coraje que me queda.

Sin entretenerse un instante más comenzaron a bajar por el sendero. Cuando llegaron al final se detuvieron enfrente del muro del lado este de la Torre de Porthgenna. La entrada principal de la casa, que en los últimos años había sido utilizada en contadas ocasiones, estaba en la fachada oeste, y hasta ella se acercaba un camino hecho de bancales que miraba al mar desde lo alto. La entrada más pequeña, que era la que generalmente se usaba, estaba situada en el lado sur del edificio y llegaba, después de atravesar las dependencias de los criados, hasta el vestíbulo grande y la escalera del ala oeste. La vieja familiaridad que Sarah tenía con Porthgenna la guió instintivamente hacia esta parte de la casa. Llevó de la mano a su compañero hasta que alcanzaron el ángulo sur del muro este; luego se detuvo y miró en derredor. Después de haberse cruzado con el cartero en el camino, y de haber entrado en la ciénaga, no habían puesto los ojos sobre ningún otro bicho viviente y, aunque ahora se hallaban bajo los mismísimos muros de Porthgenna, ningún hombre, mujer, o niño —ni siquiera un animal de compañía— había hecho su aparición ante

sus ojos.

—Esto está muy solitario —dijo Sarah, mirando desconfiadamente a su alrededor—, mucho más de lo que solía estar.

—¿Te has parado sólo para decirme algo que puedo ver perfectamente con mis propios ojos? —preguntó el tío Joseph, cuya inveterada alegría estaba a prueba de la soledad de Sarah.

—¡No, no! —respondió ella con un murmullo veloz e inquieto—. Pero es que la campanilla con la que debemos llamar ¡está tan cerca! Justo aquí a la vuelta. Y me gustaría saber qué tenemos que decir cuando nos encontremos ante la criada. Me dijiste que ya habría tiempo para pensar en eso cuando hubiéramos llegado a la puerta. ¡Tío!, ya estamos delante de ella. ¿Qué hacemos ahora?

—Lo primero que hay que hacer, por supuesto —dijo el tío Joseph encogiéndose de hombros—, es llamar.

—Ya. Pero cuando aparezca la criada, ¿qué diremos?

—¿Decir? —repitió el tío Joseph mientras se esforzaba en pensar, fruncía las cejas con vehemencia y con el dedo índice se daba un golpe seco en la frente, justo debajo del sombrero—. ¿Decir? ¡Un momento, un momento! ¡Ah, sí, ya lo tengo! ¡Ya sé! Tú, tranquila, Sarah. En el momento en que se abra la puerta ya me encargo yo de todo cuanto haya de decirse a la doncella.

—¡Oh, qué peso me quitas de encima! ¿Y qué le vas a decir?

—¿Decir? Pues... ¿Qué tal?, hemos venido a ver la casa.

Una vez revelado el extraordinario recurso con el que pensaba efectuar su entrada en la Torre de Porthgenna, extendió ambas manos interrogativamente, se apartó unos pasos de su sobrina, y la miró con ese aire de serena autocomplacencia del que ha dado el salto, con un simple brinco mental, de la duda al descubrimiento. Sarah lo contempló con asombro. Se sintió azorada ante la expresión de absoluta convicción que había en su cara. El peor de los pretextos de cuantos ella había pensado, y rechazado, la noche anterior, parecía un perfecto ardid en comparación con un recurso tan puerilmente simple como el sugerido por tío Joseph. Y aun así, ahí estaba él, aparentando estar convencido de que había dado con el medio de superar cualquier obstáculo de un solo golpe. Sin saber qué decir, desconfiando de la validez de sus propias dudas como para aventurarse abiertamente a expresar una opinión en un sentido u otro, acudió al último refugio que le quedaba: procuró ganar tiempo.

—Dice mucho a tu favor, tío, mucho, que te hagas cargo de la difícil labor de hablar con la doncella —dijo; pero muy a pesar suyo, la secreta desazón de su corazón se expresaba en la languidez de su voz y en la turbación y el desamparo de sus ojos—. Aunque, ¿te importaría esperar un poco antes de llamar a la puerta? Podemos pasear durante unos minutos por aquí, junto a este muro, donde es poco probable que alguien nos vea. Necesito estar más preparada para enfrentarme a esta

prueba, y... en el caso de que la doncella ponga algún obstáculo para dejarnos entrar —me refiero a algún obstáculo que no podamos prever en este preciso momento— ¿no te parecería una buena idea que pensáramos también en alguna otra cosa que decir en la puerta? Quizá, si lo consideraras una vez más...

—No hay la menor necesidad —la interrumpió el tío Joseph—. Lo único que tengo que hacer es hablar con la criada y ¡pim! ¡pam!: ya estamos dentro. Pero daré vueltas por aquí tanto tiempo como desees. Porque yo haya terminado de pensar en un momento todo cuanto hacía falta, no hay razón para que también tú tengas que hacerlo. No, no, ninguna razón —diciendo estas palabras con aire paternalista y sonrisa autocomplaciente, que hubieran resultado irresistiblemente cómicas en cualesquiera otras circunstancias, el anciano ofreció una vez más el brazo a su sobrina y, caminando sobre el camino cuarteado que discurría bajo el muro del ala este de la Torre de Porthgenna, la condujo de regreso al otro lado del muro.

Mientras Sarah esperaba llena de dudas más allá del muro, por una curiosa coincidencia otra persona, investida de la más alta autoridad doméstica, también estaba aguardando llena de dudas, pero dentro del recinto. Esta persona no era otra que el ama de llaves de la Torre de Porthgenna, y la causa de su perplejidad era la correspondencia que había traído el cartero esa misma mañana.

Era una carta de la señora Frankland, escrita después de haber mantenido una larga conversación con su marido y el señor Orridge, tras haber recibido las últimas informaciones que el doctor había tenido ocasión de transmitirle referentes a la señora Jazeph.

El ama de llaves había leído la carta de arriba a abajo en repetidas ocasiones, y cada vez que la había leído se había sentido más confusa y perpleja. En ese instante estaba esperando a que el señor Munder, el mayordomo, regresara de sus ocupaciones con el fin de recabar su opinión acerca de la singular misiva que había recibido de la señora.

Mientras Sarah y su tío, todavía más allá del muro del ala este, paseaban arriba y abajo, el señor Munder entró en la habitación en que estaba el ama de llaves. Era uno de esos hombres de aspecto solemne, bondadoso, alto, de cabeza cónica, voz profunda, de andar fatigado y barroco en el hablar; de esos que, sin hacer nada, sin tener que complicarse la vida diciendo o haciendo nada, sin merecerlo pues, tienen la reputación de ser hombres de enorme sabiduría. En todo el vecindario de Porthgenna se decía que el mayordomo era un hombre juicioso y recto. Y el ama de llaves, aun siendo astuta para otras cosas, en lo que se refería a esto andaba, como todos, equivocada.

—Buenos días, señora Pentreath —dijo el señor Munder—. ¿Alguna noticia, hoy? —¡qué solemnidad, qué importancia adquirieron, en su voz profunda y en la manera impresionantemente lenta en que la usaba, esas dos frases insignificantes!

—Una noticia, señor Munder, que lo dejará de una pieza —replicó el ama de llaves—. Esta mañana he recibido una carta de la señora Frankland que yo diría que es, casi con toda seguridad, la cosa más misteriosa que he visto jamás. Me dice que le informe a usted de su contenido, y llevo toda la mañana esperándole para poder oír su opinión. Por favor, siéntese y présteme toda su atención, porque créame que la carta bien la requiere.

El señor Munder se sentó y se volvió inmediatamente el vivo retrato de la atención: no de una atención ordinaria, que puede resultar aburrida, sino de una atención reflexiva que no conoce la fatiga y está por encima de los poderes del tiempo y del hastío. El ama de llaves, sin malgastar un solo minuto —¡de los del señor Munder, que en una escala de importancia estarían clasificados justo al lado de los del primer ministro!— abrió la carta de la señora y, resistiéndose a la tentación de hacer unos cuantos comentarios preliminares sobre ella, obsequió inmediatamente al mayordomo con el primer párrafo, que decía así:

Señora Pentreath,

Debe de estar usted harta de recibir cartas en las que fijo el día de llegada del señor Frankland y mía. Es ésta la tercera ocasión en que le escribo para hacerle saber nuestros planes; será mejor, yo creo, que no establezca una tercera cita, y que le diga simplemente que saldremos de West Winston hacia Porthgenna en cuanto yo obtenga del médico permiso para viajar.

—Hasta aquí —observó la señora Pentreath, colocando la carta en su regazo y alisándola con cierta irritación al mismo tiempo que hablaba— no hay nada demasiado importante. A mí, personalmente, la carta me parece (que quede entre nosotros) más bien pobre, con un lenguaje demasiado corriente para la idea, que yo tengo de lo que debería ser el estilo de una dama; pero eso va a gusto de cada cual. No puedo decir, y yo sería la última persona en desear decirlo, que este principio de la carta de la señora Frankland no esté, por lo demás, perfectamente claro. Es sobre la parte del medio y el final sobre lo que quiero consultarle, señor Munder.

—Sólo eso —dijo el señor Munder. ¡Tan sólo dos palabras, pero que tenían mayor significado que doscientas que salieran de boca de un hombre normal! El ama de llaves se aclaró la garganta con enorme trabajo y estruendo, y continuó leyendo:

La razón principal por la que le escribo estas líneas es para pedirles, por deseo del señor Frankland, a usted y al señor Munder que hagan diligencias para averiguar, tan discretamente como les sea posible, si una persona que está ahora viajando por Cornwall —en la cual estamos muy interesados— ha sido vista rondando por los alrededores de Porthgenna. La persona en cuestión nosotros la

conocemos por el nombre de señora Jazeph. Es una mujer mayor, de modales callados y elegantes, de aspecto nervioso y salud delicada. Por lo que sabemos de ella, viste con mucha corrección y aseo, y con colores oscuros. Sus ojos tienen una expresión de timidez muy especial, y su voz una suavidad y discreción muy particulares, y con frecuencia se muestra extremadamente dubitativa. Si soy así de detallista al describirla es porque podría darse el caso de que no estuviera viajando bajo el nombre con que la conocemos.

Por razones que no es menester mencionar, tanto mi marido como yo creemos que es posible que, en algún momento de su pasado, la señora Jazeph haya podido tener alguna relación con el vecindario de Porthgenna. Sea como fuere, de lo que no cabe duda es de que está familiarizada con el interior de la Torre de Porthgenna, y de que, por motivos que no llegamos a comprender, tiene alguna clase de interés por la casa. Estos hechos, añadidos al conocimiento que tenemos de su presencia en Cornwall, nos hacen pensar que existe la posibilidad de que o bien usted, o el señor Munder, o alguna otra persona a su cargo, pueda encontrarse con ella. En caso de que solicitase ver la casa, estamos especialmente interesados no sólo en que se la muestre con esmero y buenos modales, sino en que se fije usted de manera muy particular en su conducta desde el momento en que entre en la casa hasta que salga. No la pierda de vista ni por un instante. Y, por favor, si es posible, haga que alguna persona de su confianza la siga de incógnito, y que averigüe a dónde va después de abandonar la casa. Es de vital importancia que estas instrucciones (por extrañas que le puedan parecer) sean obedecidas, sin falta, al pie de la letra.

No me queda espacio ni tiempo más que para añadir que no tenemos nada en contra de esta persona, y que deseamos sobre todo que lleve usted el asunto con la suficiente discreción (en el caso de que lleguen a encontrarse con ella), evitando con ello que sospeche que usted está actuando bajo nuestras órdenes, o que tiene usted algún interés especial en observar sus movimientos. Sea tan amable de leerle esta carta al mayordomo, y es usted libre de repetirle a cualquier otra persona de su confianza las instrucciones que contiene si ello fuera necesario.

Sinceramente,

Rosamond Frankland

P.D. Ya he salido de la habitación, y el bebé se encuentra maravillosamente.

—Ahí lo tiene —dijo el ama de llaves—. ¡A ver quién es el listo que saca algo en claro de todo esto! En su dilatada experiencia, señor Munder, ¿se ha encontrado alguna vez con una carta semejante? He aquí, depositada sobre nuestras espaldas, una alta responsabilidad. Y sin una sola explicación. Toda la mañana vengo estrujándome los sesos acerca de cual puede ser el interés de la señora por esta misteriosa mujer: y

cuanto más pienso en ella menos saco en claro. ¿Qué opina usted, señor Munder? Tenemos que hacer algo inmediatamente. ¿Hay algún plan concreto que quiera usted proponer?

El señor Munder tosió de modo dubitativo, cruzó la pierna derecha por encima de la izquierda, inclinó la cabeza a un lado en actitud pensativa, tosió por segunda vez, y miró al ama de llaves. Si el rostro que ahora tenía enfrente hubiese pertenecido a cualquier otro hombre la señora Pentreath hubiese considerado que se encontraba ante la más profunda y vacía expresión de aturdimiento. Pero estaba ante la cara del señor Munder, y solamente cabía mirarla con sentimiento de respetuosa expectación.

—Yo más bien pienso... —comenzó el señor Munder.

—¿Sí? —dijo ansiosamente el ama de llaves.

Antes de que pudiera pronunciar otra palabra, la doncella entró en la habitación dispuesta a poner el mantel para la cena de la señora Pentreath.

—Deje, deje, no se preocupe, Betsey —dijo con impaciencia el ama de llaves—. No ponga el mantel hasta que la llame. El señor Munder y yo tenemos que hablar de algo muy importante, y por el momento no se nos debe interrumpir.

Apenas había dicho esta última palabra, cuando llegó una interrupción del todo inesperada: sonó la campanilla de la puerta. Éste era un suceso inhabitual en la Torre de Porthgenna. Las pocas personas que acudían a la casa en alguna ocasión para realizar cualquier servicio entraban siempre a través de una pequeña verja lateral que no tenía el cerrojo echado durante el día.

—¿Quién diantres puede ser? —gritó la señora Pentreath, acercándose a la ventana, desde donde dominaba la visión de los primeros peldaños de la escalera de la puerta.

Al mirar afuera, lo primero que su ojos captaron fue una dama que permanecía de pie en el primer peldaño; una dama muy pulcramente vestida con colores oscuros y discretos.

—¡Santo cielo, señor Munder! —exclamó el ama de llaves, volviendo a la mesa corriendo y agarrando la carta de la señora Frankland. ¡En este mismísimo instante hay una forastera aguardando en la puerta! ¡Es una dama, o al menos una mujer! ¡Y viste con pulcritud, y usa colores oscuros! ¡Ahora mismo podría tumbarme al suelo con sólo un suspiro, señor Munder! ¡Quieta Betsey, quieta ahí!

—Sólo iba a abrir la puerta, señora —dijo Betsey, sorprendida.

—¡Quieta ahí! —repitió la señora Pentreath, recuperando la compostura no sin gran esfuerzo—. Resulta que, en esta ocasión, tengo ciertas razones para cambiar mi lugar por el suyo. ¡Apártese! ¡Y deje de mirarme de ese modo, boba! ¡Voy a ir yo a abrir esa puerta!

CAPÍTULO III

Dentro de la casa

Si la señora Pentreath se había sorprendido al ver a una dama a través de la ventana, mayor fue su asombro cuando abrió la puerta y vio que también había un caballero. Después de haber llamado, tío Joseph había esperado cerca del tirador de la campanilla; en lugar de situarse junto a su sobrina en el escalón se había quedado cerca de la puerta, fuera del campo de visión de la señora Pentreath. El anciano apareció de repente en el umbral, y a la señora Pentreath, que para entonces tenía ya la imaginación sumamente excitada, le pareció que estaba ante el fantasma de un viejo caballero de carita rosada, sonriente, que hacía reverencias y se sacaba el sombrero en una espléndida exhibición de cortesía, dando con él tales barridos y con tal destreza que podría decirse que tenían algo de sobrehumano.

—¿Qué tal? Hemos venido a ver la casa —dijo el tío Joseph al abrirse la puerta, poniendo a prueba su infalible pretexto para conseguir que les dejaran entrar en la casa.

La señora Pentreath había enmudecido. ¿Quién era ese anciano tan desenfadado, con ese acento extranjero y esas fantásticas reverencias, y que pretendía hablarle como si fuese su amigo íntimo? La carta no decía nada acerca de un hombre.

—¿Qué tal? Hemos venido a ver la casa —repitió el tío Joseph, dándole a su irresistible forma de saludar el beneficio de una segunda oportunidad.

—Eso ya lo ha dicho usted antes, señor —recalcó la señora Pentreath, ya lo bastante repuesta para poner a funcionar su lengua en defensa propia—. La señora —prosiguió, mirando por encima del hombro del viejo hacia el escalón en donde permanecía de pie su sobrina— ¿también desea ver la casa?

La respuesta afirmativa de Sarah, expresada amable y brevemente, convenció al ama de llaves de que estaba sin duda ante la mujer descrita por la señora Frankland en su carta. Además del vestido, aseado y discreto, ahí estaban para delatarla el tono suave de su voz y sus ojos, tímidos, que el ama de llaves pudo ver cuando Sarah miró hacia arriba un momento.

Excitada y sorprendida, a la señora Pentreath no le cupo ya ninguna duda de qué plan había de adoptar con la forastera. Pero en lo relativo a la otra visita, el anciano enigmático, fue tan desconcertante su duda que no sabía que hacer. ¿Era más seguro aferrarse a la letra de las instrucciones de la señora Frankland y pedirle que esperase fuera mientras le mostraba la casa a la dama? ¿O era mejor arriesgarse a dejarle entrar como a su acompañante? Era una decisión difícil de tomar y, por consiguiente, de las que se hacía necesario someter a la astucia superior del señor Munder.

—¿Quiere pasar un momento, y esperar aquí mientras hablo con el mayordomo?

—dijo la señora Pentreath, ignorando sutilmente la presencia del desenfadado anciano y dirigiéndose a la dama que estaba tras él en los escalones.

—Muchas gracias —dijo tío Joseph, sonriendo y haciendo reverencias, ignorando el menosprecio—. ¿Qué te dije? —le dijo triunfalmente a su sobrina en voz baja cuando ella pasó a su lado para entrar en la casa.

El primer impulso de la señora Pentreath fue ir de una vez por todas a hablar con el señor Munder. Pero se acordó a tiempo de la parte de la carta de la señora Frankland en que le pedía que no perdiera de vista a la dama, y decidió que debía aguardar un instante. Le resultó más fácil recordar este requerimiento debido a un cambio que se produjo en la propia conducta de la dama, que pareció perder toda su timidez mostrándose sorprendentemente impaciente por caminar delante del ama en el momento mismo en que cruzó el umbral.

—¡Betsey! —exclamó la señora Pentreath, llamando discretamente a la criada en cuanto se hubo distanciado unos pasos de los forasteros—. ¡Betsey! Dile al señor Munder que haga el favor de venir.

El señor Munder se presentó tras pensárselo mucho y dejando ver en su rostro que su dignidad había sido humillada. Se había acostumbrado a que lo trataran con respeto, y no estaba satisfecho con el ama de llaves que, sin ninguna formalidad, lo había dejado en el momento mismo de oír la campanilla sin haberle dado tiempo a pronunciar su opinión acerca de la carta de la señora Frankland. Así pues, cuando la señora Pentreath, en estado de gran excitación, se lo llevó a un lado para que no les oyera nadie, y le confió con un susurro la asombrosa noticia de que la dama en la cual el señor y la señora Frankland estaban tan misteriosamente interesados estaba en el interior de la casa, el señor Munder recibió su anuncio con un aire de provocativa indiferencia. Peor fue todavía cuando, siempre con un ojo puesto cautamente sobre los dos forasteros, el ama comenzó a exponer sus dificultades. Por más respetuosa que estuvo en su apelación a la superior sabiduría del señor Munder para hacer de guía, él continuó escuchándola arrugando la frente en una mueca de desprecio, y acabó por contradecirla de un modo irritante cuando ella se arriesgó a añadir, como conclusión, que prefería no asumir ninguna responsabilidad y pedirle al desconocido que esperase afuera mientras la dama, conforme a las instrucciones de la señora Frankland, veía la casa.

—Usted puede opinar lo que quiera, señora —dijo el señor Munder, severamente—. Pero yo no opino lo mismo.

El ama de llaves parecía horrorizada.

—Quizás —sugirió respetuosamente—. ¿Piensa que es probable que el caballero insista en ver la casa con la dama?

—Por supuesto que pienso eso —dijo el señor Munder. (No había pensado en nada por el estilo: su única intención en ese momento era afirmar su supremacía,

manteniéndose firmemente contrario a cualquier disposición que fuera tomada por la señora Pentreath).

—Entonces se haría usted responsable de mostrarles a ambos la casa, asegurándose de que los dos salen juntos por la puerta —preguntó el ama de llaves.

—Por supuesto que sí —respondió el mayordomo con la presteza resolutiva que distingue a los hombres superiores.

—Bueno, señor Munder, para mí es siempre una satisfacción seguir su opinión, y eso es lo que voy a hacer ahora —dijo la señora Pentreath—. Pero como habrá dos personas a vigilar, ya que no podemos perder de vista al caballero bajo ninguna circunstancia, debo rogarle encarecidamente que comparta conmigo la molestia de mostrarles la casa y me acompañe. Estoy tan excitada y nerviosa que siento como si no supiera del todo lo que me hago. Hasta ahora no me había encontrado nunca en una situación como ésta; estoy en el meollo de unos misterios que no entiendo y resumiendo, señor Munder, si no puedo contar con su colaboración no respondo de los errores que pueda cometer. Lamentaría mucho cometerlos, no sólo por mí, sino... —llegada a este punto, el ama de llaves se calló y miró directamente al señor Munder.

—Continúe, señora —dijo el señor Munder, con una actitud cruel.

—No sólo por mí —prosiguió la señora Pentreath, recatadamente— sino por usted, puesto que la carta de la señora Frankland reparte claramente el peso de este delicado asunto en sus espaldas tanto como en las mías.

El señor Munder retrocedió unos pasos, enrojeció, abrió los labios indignado, vaciló, y los cerró de nuevo. Había caído mercedamente en su propia trampa. No podía desligarse de la responsabilidad que él mismo había contraído al dirigir los pasos del ama de llaves, y no podía negar que la carta de la señora Frankland repetitivamente se refería a él por su nombre. Sólo había un camino para salir del embrollo con dignidad, y el señor Munder lo tomó con tranquilidad en el momento en que recobró el dominio de sí mismo y consiguió reponerse para tal esfuerzo.

—Estoy del todo asombrado, señora Pentreath —comenzó, con la más severa dignidad—. Sí, repito, estoy del todo asombrado de que pueda creerme usted capaz de dejar que vaya sola bajo tan extraordinarias circunstancias como las que afrontamos. ¡No, señora! Cualesquiera que sean los defectos que yo pueda tener, rehuir mi parte de responsabilidad, no es uno de ellos. No necesito que nadie me recuerde la carta de la señora Frankland y, ¡no!, no quiero disculpas de nadie. Estoy listo, señora para subir cuando usted esté dispuesta.

—Cuanto antes mejor, señor Munder; pues ese viejo y audaz forastero está ahora charlando con Betsey ¡como si la conociese de toda la vida!

La afirmación era bastante cierta. Tío Joseph estaba desplegando todo su desenfado ante la doncella (que se había entretenido en mirar con descaro a los forasteros en lugar de regresar a la cocina) igual que antes lo había ejercitado con la

anciana dama que viajaba en el coche de caballos, y con el cochero del calesín que los había llevado a él y a su sobrina a la estafeta de Porthgenna. Mientras el ama de llaves y el mayordomo sostenían su conversación privada, él mantenía a Betsey en un éxtasis de risitas contenidas a través de las extrañas preguntas que le hacía acerca de la casa y de cómo progresaban sus faenas en la misma. Sus pesquisas habían recorrido, naturalmente, del lado sur de la casa, por el que él y su compañera habían entrado, al lado oeste, el cual iban a explorar a continuación; y de ahí, dando un rodeo, al lado norte, que era territorio prohibido para todos los de la casa. Cuando la señora Pentreath se acercó con el mayordomo, oyó por casualidad este intercambio de pregunta y respuesta ocurrido entre el forastero y la criada:

—Pero dime, Betzee, querida. ¿Por qué no entra nunca nadie en esas viejas y enmohecidas habitaciones?

—Porque hay un fantasma —respondió Betsey rompiendo a reír, como si una serie de habitaciones encantadas tuviesen precisamente la misma gracia que una retahíla de chistes buenísimos.

—Cierra el pico ahora mismo y vuelve a la cocina —exclamó la señora Pentreath, indignada—. La gente ignorante de por aquí —continuó, sin dejar de ignorar sutilmente al Tío Joseph y dirigiéndose tan sólo a Sarah— cuenta historias absurdas sobre algunas habitaciones de la parte abandonada de la casa que no han sido ocupadas en el último medio siglo; historias absurdas acerca de un fantasma que mi doncella es lo bastante tonta para creer.

—No, no lo soy —dijo Betsey, retirándose a regañadientes a las regiones inferiores de la casa—. Yo no me creo una sola palabra de lo del fantasma; al menos, de día —después de añadir en un susurro esa importante cláusula exculpatoria, Betsey se alejó de la escena haciéndose la remolona.

La señora Pentreath observó, con cierta sorpresa, que la misteriosa dama se había puesto muy pálida al hacerse mención a la historia del fantasma, y que en ningún momento había hecho ningún comentario al respecto. Mientras todavía se encontraba preguntándose qué significado podía tener eso, el señor Munder reapareció, con eminente dignidad, y se dirigió arrogantemente no al tío Joseph, ni a Sarah, sino al espacio vacío que había entre ambos.

—Si desean ver la casa —dijo—, hagan el favor de seguirme. Con estas palabras el señor Munder se dirigió solemnemente hacia el pasillo que conducía al pie de la escalera, caminando con ese lento y peculiar pavoneo al que todo inglés respetable se entrega cuando sale los domingos a hacer un poco de ejercicio. El ama de llaves, adaptando su paso al del mayordomo con femenina maleabilidad, anduvo la Polonesa Sabataria junto a él, igual que si hubiesen salido a tomar un poco el aire entre servicio y servicio.

—¡Esto es peor que ir a un funeral! —le murmuró a su sobrina el tío Joseph;

luego acercó su brazo al de ella y al tocarlo sintió que Sarah estaba temblando.

—¿Qué ocurre? —preguntó él en voz baja.

—¡Tío!, hay algo extraño en la disposición de esta gente para mostrarnos la casa —fue su respuesta susurrante y lánguida—. ¿De qué estaban hablando ahora, allí, para que no pudiésemos oírlos? ¿Por qué esa mujer no me ha quitado los ojos de encima?

Antes de que el anciano pudiera contestar, el ama de llaves se giró y les pidió, con énfasis de lo más solemne, que fueran tan amables de seguirla. Antes de un minuto estaban todos frente a la escalera del oeste.

—¡Ah! —exclamó tío Joseph, tan tranquilo y charlatán como siempre, incluso a pesar de la presencia del señor Munder—. Una casa grande y elegante, y unas buenas escaleras.

—No estamos acostumbrados a oír hablar en esos términos ni de la casa ni de las escaleras, señor —dijo el señor Munder, decidido a acabar de raíz con las confianzas del forastero—. La Guía de West Cornwall, que antes de venir aquí habría hecho usted muy bien en hojear, describe la Torre de Porthgenna como una Mansión, y utiliza la palabra Espaciosa cuando habla de la escalera del ala oeste. Lamento descubrir, Señor, que no ha consultado la Guía de West Cornwall.

—¿Y por qué? —replicó el descarado alemán—. ¿Para qué quiero un libro, si ya le tengo a usted de guía? ¡Ay, querido señor, no está siendo usted justo consigo! ¿Acaso un guía de carne y hueso, como usted, que habla y anda, no me va mejor que unas hojas muertas de papel y tinta? ¡Ah, no, no! No quiero oír ni una palabra más; no quiero oír cómo vuelve usted a ser injusto consigo mismo —aquí el tío Joseph hizo otra de sus reverencias fantásticas, miró hacia arriba, a la cara del mayordomo, sonrió, y meneó la cabeza varias veces con un aire de reproche amistoso.

El señor Munder se quedó de una pieza. Ni un duque inglés le habría tratado con la desenvoltura, el descaro y la familiaridad con la que acababa de mostrarse este extranjero desconocido y misterioso. Había oído hablar con frecuencia del cénit de la audacia, y ¡ahí estaba, ostentosamente encarnada en un individuo viejo y pequeño que no se alzaba ni cinco pies del suelo!

Mientras el mayordomo se inflaba con una sensación de haber sido injuriado demasiado enorme como para que pudiera expresarla, el ama de llaves, seguida de Sarah, subía lentamente las escaleras. Tío Joseph, viendo que subían, se apresuró en alcanzar a su sobrina, y el señor Munder, después de esperar un poco en la esterilla tratando de reponerse, fue detrás del audaz forastero con la intención de observar su comportamiento de cerca y de escarmentarle por su insolencia a la primera oportunidad con punzantes palabras de reprobación.

Pero la procesión no la cerraba, sin embargo, el mayordomo: la completaba un poco más lejos Betsey, la criada, que había salido de la cocina furtivamente para

seguir a los extraños forasteros por la casa tan de cerca como le fuera posible sin llamar la atención de la señora Pentreath. Betsey sentía por cualquier cambio en la rutina esa pizca de curiosidad y querencia propia de la naturaleza humana. Hasta donde alcanzaba su memoria, nunca antes la lúgubre monotonía de la Torre de Porthgenna se había visto sacudida por un suceso como la llegada de estos forasteros, y estaba decidida a no quedarse en la cocina mientras tuviera ocasión de escuchar aunque sólo fuera una palabra desperdigada de la conversación, o de poder echar un vistazo a cómo se las arreglaban arriba con la visita.

Entretanto, el ama de llaves les había mostrado el camino hasta el descansillo del primer piso, a ambos lados del cual estaban situadas las principales habitaciones de la fachada oeste. Despabilada por el miedo y la sospecha, los ojos de Sarah enseguida detectaron los arreglos que habían sido hechos en la balaustrada y en los escalones del segundo tramo de la escalera.

—¿Han hecho obras en la casa? —le dijo rápidamente a la señora Pentreath.

—¿Se refiere a las escaleras? —replicó el ama de llaves—. Sí, ahí se han hecho reparaciones.

—¿Y en alguna otra parte?

—No. Pero hay otras partes que están muy mal. Incluso aquí, en el mejor lado de la casa, la mitad de los dormitorios de arriba están casi inutilizables. Son cualquier cosa menos cómodos. Según tengo oído, ya era así incluso en los tiempos de la difunta señora Treverton; y desde que ella murió...

El ama de llaves se calló; su rostro reflejaba disgusto y sorpresa. La mujer de ropas discretas, en lugar de alimentar su reputación de persona con buenos modales que se le había atribuido en la carta de la señora Frankland, acababa de cometer la descortesía imperdonable de darle la espalda a la señora Pentreath antes de que ésta hubiese terminado de hablar. Decidida a no permitir que nadie la interrumpiera de ese modo impertinente, repitió con frialdad y precisión sus últimas palabras.

—Y desde que murió la señora Treverton...

Fue interrumpida por segunda vez. La extraña dama, volviéndose de nuevo rápidamente, se puso frente a ella con el rostro muy pálido y una mirada muy seria, y le hizo, con muy malos modales, una pregunta que no venía al caso:

—Hábleme de esa historia del fantasma —dijo—. ¿La gente habla de un fantasma masculino o femenino?

—Hablaban de los tiempos de la difunta señora Treverton —dijo el ama de llaves, con un tono de reprobación muy severo—, y no de la historia del fantasma de las habitaciones del ala norte. Se hubiera enterado usted si hubiese hecho el favor de escuchar lo que le estaba diciendo.

—¡Le pido perdón! ¡Le pido mil veces perdón si le he parecido desconsiderada! Me ha parecido como si... o, al menos... lo que quería saber...

—Si le interesa saber algo tan absurdo —dijo la señora Pentreath, apaciguada por la sinceridad manifiesta de la disculpa que le había sido ofrecida— el fantasma, según cuentan, es el de una mujer.

El rostro de la extraña mujer se puso más blanco que nunca, y se dirigió de nuevo hacia la ventana abierta del rellano.

—¡Qué calor! —dijo, sacando la cabeza para tomar el fresco.

—¿Calor con viento del nordeste? —exclamó la señora Pentreath, asombrada.

Aquí, el tío Joseph se adelantó y, educadamente, preguntó cuándo iban a ver las habitaciones. Durante los últimos minutos había estado haciéndole al señor Munder toda clase de preguntas; pero al no recibir ninguna respuesta que no fuera corta y desagradable se había desesperado, renunciado por fin a hablar con el mayordomo.

La señora Pentreath se dispuso a mostrarles el gabinete, la biblioteca y la sala de estar. Los tres cuartos se comunicaban entre sí, y cada uno tenía una segunda puerta que se abría a un largo pasillo cuya entrada estaba en el lado derecho del descansillo del primer piso. Antes de mostrarles estas dependencias, el ama de llaves le dio a Sarah un golpecito en el hombro, como dándole a entender que había llegado la hora de empezar a moverse.

—En cuanto a la historia del fantasma —continuó la señora Pentreath, mientras abría la puerta del gabinete—, tendrá que dirigirse a los ignorantes que creen en él si quiere oír la historia completa. Si el fantasma es el de una vieja o el de una joven, y cuál es el motivo por el que va vagando por ahí, eso no puedo decírselo.

A pesar de la sensación de indiferencia que el ama de llaves mostraba por la superstición popular, había oído lo suficiente acerca de la historia del fantasma como para sentirse ella misma asustada aunque no quisiera confesarlo. La pura verdad era que, tanto entre los que eran de la casa, como entre los que no lo eran, no habría encontrado a nadie que tuviera menos deseos de aventurarse a entrar sola en las habitaciones del ala norte que la señora Pentreath.

Mientras el ama de llaves subía las persianas del gabinete y el señor Munder abría la puerta que daba a la biblioteca, tío Joseph se acercó a hurtadillas a su sobrina y pronunció unas palabras de ánimo con ese estilo suyo, original y amable.

—¡Valor! —murmuró—. Mantente sensata, Sarah, y aprovecha tu oportunidad cuando puedas.

—¡Mis pensamientos! ¡Mis pensamientos! —respondió ella, también en voz baja—. Esta casa los vuelve a arrojar contra mí. ¡Oh, por qué me habré arriesgado a volver!

—Será mejor que miren el paisaje desde la ventana —dijo la señora Pentreath después de haber subido la persiana—. Es verdaderamente admirable.

Mientras las cosas evolucionaban de este modo en el primer piso de la casa, Betsey, que simultáneamente y hasta entonces se había dedicado a subir a escondidas

las escaleras, escuchando con atención durante los intervalos de su ascenso, viendo ahora que no le llegaba ningún sonido pensó en regresar a la cocina y hacerse cargo de la cena del ama de llaves, la cual se mantenía caliente en el fuego. Bajó, preguntándose qué parte de la casa querrían ver a continuación los forasteros, y estrujándose los sesos por encontrar alguna excusa que le permitiera incorporarse al destacamento de exploradores.

Después de haber contemplado sin interés la vista desde la ventana, entraron en la biblioteca. En esta habitación la señora Pentreath, liberada de la tarea de tener que vigilar a la forastera, empleó el tiempo en observar el comportamiento del mayordomo, llegando a la desapacible convicción de que, de ningún modo podía confiar en el señor Munder para que la ayudara en el importante deber de vigilar los movimientos de los dos forasteros. Doblemente instigado a afirmar su propia dignidad, después del modo irrespetuosamente campechano en que había sido tratado por tío Joseph, parecía que el único objetivo y la única ambición del señor Munder era despojarse lo más completamente posible de su condición de guía, precisamente porque el desaprensivo forastero pretendía asignársela. Vagó pesadamente por las habitaciones con aires propios de un visitante casual, mirando distraídamente por la ventana, figgando entre los libros de encima de las mesas, mirándose con mala cara en los espejos de la chimenea y fijándose, en definitiva, en cualquier lugar menos el que debía. El ama de llaves, exasperada por esta indiferencia, le susurró irritada que mantuviera un ojo sobre el forastero, puesto que ella ya hacía bastante vigilando a la dama que vestía tan discretamente.

—Vale, vale —dijo el señor Munder, con desgana—. ¿Y a dónde piensa dirigirse ahora, señora?, ¿damos media vuelta?, ¿o salimos al pasillo? Sea tan amable de decidirse, ya que parece que pretende usted decidirlo todo.

—Al pasillo, por descontado —respondió la señora Pentreath—, para mostrarles las tres siguientes habitaciones.

El señor Munder salió de la biblioteca con paso soporífero por la puerta que daba acceso a la sala de estar, abrió el cerrojo de la puerta que llevaba al pasillo y después, para enorme disgusto del ama de llaves, se paseó hasta la chimenea francesa y se miró en el espejo que había sobre ella tan concienzudamente como se había mirado en el espejo de la biblioteca apenas hacía un minuto.

—Ésta es la sala del oeste —dijo la señora Pentreath, llamando a los forasteros—. Los grabados en la piedra del frontis de la chimenea —añadió con la malévola intención de que se acercaran lo más posible al mayordomo— están considerados como lo más elegante de todo el aposento.

Ante esta maniobra, el señor Munder se apartó del espejo, deambuló hasta la ventana, y miró afuera.

Sarah, todavía pálida y silenciosa —pero acopiando cierta inusitada resolución

alrededor de sus labios— se detuvo pensativamente junto a la chimenea después de que el ama de llaves se la señalara. El tío Joseph, mirando en su derredor con su actitud habitual, atisbó, en el rincón más alejado de la puerta que llevaba al pasillo, una preciosa mesa y un secreter de madera de arce con una forma muy original. Su entusiasmo afloró al instante, y cruzó como una flecha la habitación para examinar más de cerca la manufactura del secreter. La parte de abajo sobresalía un poco y ¡qué era lo que veía reposando ella sino una magnífica caja de música al menos tres veces más grande que la suya!

—¡Aie! ¡iAie!! ¡iAie!!! —exclamó en una escala ascendente de admiración que terminó en la cima de su voz—. ¡Ábrala! ¡Póngala en marcha!, ¡déjeme escucharla! Se detuvo, pues le faltaban palabras para expresar su impaciencia, y aporreó con las manos la tapa de la caja en una descarga de entusiasmo incontrolable.

—¡Señor Munder! —exclamó indignadísima el ama de llaves atravesando a toda prisa la habitación—. ¿Por qué no vigila? ¿Por qué no le detiene? Está abriendo la caja de música. ¡Estése quieto señor! ¿Cómo se atreve a tocarla?

—¡Póngala en marcha! ¡Póngala en marcha! —repitió tío Joseph soltando el brazo de la señora Pentreath, al que se había asido en medio del ajetreo—. ¡Mire! ¡Esto también es una caja de música! ¡Póngala en marcha! ¿Toca Mozart? ¡Es tres veces mayor de lo que jamás había visto! ¡Mire!, ¡mire!, esta caja mía —esta cajita que parece poca cosa al lado de la suya— se la regaló a mi hermano el rey de todos los compositores, el divino Mozart en persona. ¡Ponga en marcha la caja grande y después oirán ustedes a la niña pequeña! Ah, querida y buena señora, si me quiere usted...

—¡Señor! —exclamó el ama de llaves, enrojeciendo de indignación hasta las mismísimas raíces del pelo.

—¿Qué es lo que pretende, señor, dirigiéndose con un lenguaje tan ofensivo como ése a una dama respetable? —inquirió el señor Munder, yendo a su rescate—. ¿Cree que aquí necesitamos sus gritos extranjeros, sus costumbres extranjeras, y sus blasfemias extranjeras? ¡Sí, señor!: blasfemia. Un hombre que llama a cualquier ser humano, musical o no, «divino», es un blasfemo. ¿Quién es usted, insolente? ¿Es usted un infiel?

Antes de que el tío Joseph pudiera pronunciar una sola palabra reivindicando sus principios, antes de que el señor Munder pudiera descargar un poco más de indignación, los dos enmudecieron ante la exclamación sobresaltada del ama de llaves.

—¿Dónde está? —exclamó la señora Pentreath desde el centro de la habitación y mirando con ojos desconcertados a su alrededor. La dama de ropas discretas se había esfumado.

No estaba en la biblioteca, ni en el gabinete, ni en el pasillo. Después de haber

buscado en esos tres lugares, el ama de llaves regresó junto al señor Munder con un aspecto verdaderamente trágico en su rostro, y permaneció un momento mirándole fijamente a la cara completamente desvalida y en el más absoluto silencio. Tan pronto como se hubo rehecho, se volvió contra el tío Joseph con inusitada violencia.

—¿Dónde está? ¡Insisto en saber qué se ha hecho de ella! ¡Viejo sinvergüenza, bellaco, malvado!, ¿dónde está? —exclamó la señora Pentreath, sin color en las mejillas y sin clemencia en los ojos.

—Supongo que estará viendo la casa —dijo tío Joseph—. Seguro que en cuanto nos demos una vuelta por las otras habitaciones la encontraremos.

Simplón como era, el anciano tenía, sin embargo, la suficiente agudeza como para darse cuenta de que sin querer él mismo le había puesto a su sobrina en bandeja la oportunidad que le hacía falta. Si hubiese sido el hombre más artero del mundo no habría podido idear una mejor manera de distraer la atención de la señora Pentreath que el modo que había utilizado inocentemente, cuando sus pensamientos se hallaban más alejados del objetivo real por el cual él y su sobrina habían entrado en la casa. «¡Vaya! —pensó para sí tío Joseph—, mientras estos dos cascarrabias refunfuñaban por nada, Sarah se ha largado a la habitación en la que está la carta. ¡Bien! Solamente tengo que esperar a que vuelva y dejar que estos dos personajes iracundos sigan regañándose tanto como quieran».

—¿Qué vamos a hacer? ¡Señor Munder! ¿Qué diantres vamos a hacer? —preguntó el ama de llaves—. No nos quedemos mirándonos el uno al otro; no podemos perder ni un solo minuto. Hay que encontrar a esa mujer. ¡Espere! Ha estado haciendo preguntas acerca de la escalera, y miraba hacia el segundo piso cuando hemos llegado al rellano. ¡Señor Munder! Espere aquí y no pierda de vista a este forastero ni un segundo; espere mientras yo voy arriba y miro en el pasillo del segundo piso. Todas las puertas de las habitaciones están cerradas con llave: la desafío a que se esconda si está ahí arriba —con esas palabras el ama de llaves salió de la sala de estar y subió jadeando el segundo tramo de escaleras.

Mientras la señora Pentreath buscaba en el lado oeste de la casa, Sarah corría a toda velocidad por los pasillos desiertos que conducían a las habitaciones del ala norte.

Decididamente abocada a la acción por lo desesperante de la situación, se había escabullido del salón saliendo al pasillo en el momento en que la señora Pentreath le había dado la espalda. Sin detenerse a pensar, sin tratar de calmarse, bajó corriendo las escaleras del primer piso y se fue directamente a la habitación del ama de llaves. No había preparado ninguna excusa que dar en el caso de que se encontrase con alguien. No había formulado ningún plan sobre dónde buscar las llaves de las habitaciones del ala norte si no estaban colgadas en el lugar en el que esperaba encontrarlas. Se sentía confusa, las sienes le palpitaban con tal ardor que parecía que

le fuera a estallar el cerebro. Su único, desenfrenado y temerario propósito de entrar en la Habitación del Mirto la llevaba en volandas, le daba una ligereza que no era natural a sus pies temblorosos, una fuerza inhumana a sus manos trémulas y un coraje sobrehumano a su corazón desolado.

Corrió hacia el cuarto del ama de llaves sin tomar siquiera la precaución de escuchar antes de abrir la puerta. No había nadie dentro. Echó una ojeada al inolvidable clavo de la pared, vio las llaves todavía colgadas en un puñado, igual que lo habían estado en los viejos tiempos. En un momento se hizo con ellas; y ya estaba de nuevo fuera, recorriendo los pasillos solitarios que llevaban a las habitaciones del norte, enfilando sus recovecos, vueltas y revueltas como si se hubiese marchado de allí tan sólo el día anterior; sin detenerse a escuchar o a mirar detrás suyo, sin aflojar el paso hasta que hubo llegado al final de la escalera trasera. Una vez allí apoyó la mano en la puerta cerrada con llave que conducía al vestíbulo del ala norte.

Al revolver el manajo para encontrar la primera llave que necesitaba descubrió — las prisas hasta entonces le habían impedido darse cuenta— las etiquetas numeradas que el arquitecto había enganchado metódicamente a todas las llaves cuando el señor Frankland lo había enviado a Porthgenna a inspeccionar la casa. En el momento de verlas sus manos detuvieron su labor al instante, y se puso a temblar de pies a cabeza, como si la hubiera envuelto un helor repentino.

Si no hubiese estado tan atropelladamente inquieta, el descubrimiento de las nuevas etiquetas hubiera hecho nacer en ella una sospecha que, casi con toda seguridad, le hubiera impedido seguir adelante. Pero la confusión que sentía era ahora demasiado enorme para permitirle unir los fragmentos de su pensamiento. Vagamente consciente de su temor, sintió una aguda inseguridad que doblaba y triplicaba la arrojada impaciencia que la había llevado hasta allí, pero reanudó desesperadamente su búsqueda entre el puñado de llaves. Había una que no tenía etiqueta y que era más larga que las demás: era la llave que encajaba con la puerta de entrada ante la que se hallaba. Le dio vuelta en el cerrojo oxidado con un esfuerzo que, en cualquier otro momento, hubiese sido totalmente incapaz de realizar; abrió la puerta con un golpe de mano y la hizo saltar de un empujón del quicio al que estaba adherida. Jadeante, cruzó volando el pasillo del norte, dejado de la mano de Dios, sin pararse ni un segundo a cerrar la puerta tras ella. Las criaturas rastreras, los asquerosos reptiles que poseían el lugar se alejaban serpenteando, como sombras, hacia las paredes de ambos lados. En ningún momento se dio cuenta de su presencia, ni retrocedió por su causa. Corrió a través del vestíbulo hasta las escaleras que había al final de éste, alcanzó el descansillo y ahí se detuvo delante de la primera puerta.

Era la primera puerta de la larga hilera de habitaciones que daban al rellano; la puerta que quedaba en la parte más alta del tramo de escaleras. Se detuvo. La miró: no era la puerta que había venido a abrir, pero sin embargo no podía alejarse de ella.

Sobre el tablero, garabateado con tiza blanca, estaba escrito el número «I». Y cuando miró el puñado de llaves que tenía en las manos vio el número «I» en una etiqueta.

Trató de pensar, de guiarse por alguna de cuantas sospechas había acumulado por si la pudieran llevar a alguna de las conclusiones a las que podrían apuntar. El esfuerzo fue inútil: tenía la mente en blanco, la vista y el oído —sentidos que ahora se habían agudizado dolorosa e incomprensiblemente— parecían ser los únicos restos de inteligencia que le quedaban para guiarla. Se puso la mano sobre los ojos y esperó un poco; después continuó a lo largo del pasillo, mirando las puertas.

Nº «II», Nº «III», Nº «IV», estaba escrito en tiza blanca, correspondiéndose con las etiquetas de las llaves, los números de las cuales estaban escritos con tinta. Nº «IV», la habitación del medio de las ocho del primer piso. Se detuvo ahí de nuevo, temblando de pies a cabeza.

Era la puerta de la Habitación del Mirto.

¿Se acababan aquí, los números escritos con tiza? Miró abajo, al descansillo. No. Las cuatro puertas restantes estaban numeradas en orden hasta el «VIII».

Regresó de nuevo a la puerta de la Habitación del Mirto, buscó la llave etiquetada con el «IV». Dudó, miró atrás, hacia el desierto vestíbulo con desconfianza.

Los viejos retratos de familia, cuyos marcos ya había visto deteriorados la vez anterior, cuando había escondido la carta, parecían casi todos podridos, y algunos trozos de ellos eran grandes guiñapos negros tirados en el suelo del vestíbulo. Islas y continentes enteros de humedad se esparcían como si fuesen el mapa de una extraña región sobre el sublime techo abovedado. Las telarañas, cubiertas de polvo, colgaban de las cornisas como guirnaldas. Churretes de mugre se extendían por el suelo de piedra como vastos reflejos de las manchas de humedad del techo. El ancho tramo de escaleras, que llegaba hasta el descansillo descubierta de delante de las habitaciones del primer piso, había caído hacia un lado. La balastrada que protegía el lado exterior del descansillo estaba llena de boquetes, y había cascotes por el suelo. La luz del día parecía descolorida, el aire inmóvil, los sonidos de la tierra en silencio.

¿En silencio? ¿Estaba todo en silencio? ¿O acababa de llegarle al oído un chirrido que hacía aún más profunda la triste quietud, más intensa?

Sarah escuchó sin dejar de mirar hacia el vestíbulo: escuchó y oyó un ruido apagado detrás suyo. ¿Venía de fuera de la puerta que tenía a su espalda?, ¿o de dentro, de la Habitación del Mirto?

De dentro. Convencida de ello, sintió que la abandonaban todos los pensamientos y todas las sensaciones. Olvidó la sospechosa numeración de las puertas y se volvió insensible al paso del tiempo, inconsciente del riesgo de que la pudieran encontrar. Todo el ejercicio de sus restantes facultades estaba ahora postergado por su exclusiva disposición a escuchar.

Era un crujido quieto, apagado, subrepticio, y se movía de un lado a otro de la

Habitación del Mirto, a intervalos, de aquí para allá, suavemente, de allá para acá. Había momentos en que de repente se hacía más nítido; otros en que se iba apagando gradualmente hasta que se hacía demasiado débil para seguirlo; a veces parecía como si barriese el suelo a saltos; a veces se arrastraba con un crujir lento y continuado que sólo venía a ondular los márgenes del rotundo silencio.

Aún con los pies clavados en el mismo lugar en que había permanecido de pie, Sarah volvió la cabeza lentamente, pulgada a pulgada, hacia la puerta de la Habitación del Mirto. Un instante antes, cuando no era todavía consciente de que el sonido se movía arriba y abajo de la habitación, había estado respirando hondamente. Quizá ahora estuviese muerta: su pecho estaba tan quieto, su respiración tan silenciosa. Sobre su cara se produjo la misma misteriosa metamorfosis que había alterado su semblante la tarde en que la oscuridad había empezado a congregarse por los rincones del pequeño gabinete de Truro. La misma mirada asustada y escudriñadora que entonces había fijado en el rincón de la habitación ahora habitaba en sus ojos a medida que los tornaba lentamente hacia la puerta.

—¡Señora! —susurró—. ¿Llego demasiado tarde? ¿Ha llegado usted antes que yo?

El ruido crepitante de dentro de la habitación cesó. Luego volvió, y se fue alejando de nuevo, hasta el rincón más lejano de la pieza.

Sus ojos seguían clavados en la Habitación del Mirto. Los abrió del todo: igual que si quisiera mirar con ellos a través de la mismísima puerta, como si sus ojos aguardaran a que la madera opaca se volviera transparente y mostrara lo que había detrás.

—Sobre el solitario suelo, sobre el solitario suelo, ¡qué ligera se mueve! —susurró de nuevo—. ¡Señora!, ¿el vestido negro de seda que le hice, por qué no hace más ruido?

El sonido cesó de nuevo. Luego, de repente, se aproximó hasta que se detuvo cerca de la puerta.

Si hubiese logrado moverse; si hubiera sido capaz mirar abajo, al espacio vacío que había entre el final de la puerta y el suelo, en el instante en que el ruido sordo se acercó a ella, podría haber visto, bajo la puerta, autodelatándose, medio fuera, medio dentro, la causa insignificante que había producido aquel ruido: un pedazo de papel rojo descolorido que procedía de la pared de la Habitación del Mirto. El tiempo y la humedad habían hecho saltar el papel por toda la estancia. Y el arquitecto, por su parte, había arrancado dos o tres yardas del mismo con el fin de examinar el estado de las paredes, unas veces en pedazos largos, otras en pequeños, y los había lanzado al suelo de tablas para entretenimiento del viento cuando éste soplaba a través de los cristales rotos de la ventana. ¡Si se hubiera movido! ¡Si hubiese mirado al suelo medio segundo!

No podía moverse, no podía mirar: un arrebato de terror supersticioso la poseía hasta el punto de no permitirle mover un solo miembro del cuerpo, ni un solo músculo de su rostro. Cuando el sonido se acercó más, no hizo en ningún momento ademán de echar a andar, ni pronunció un solo lamento. El único signo visible de cómo el miedo le había llegado estremecedoramente al alma se manifestó en el cambio que se produjo en su mano derecha, la que sostenía las llaves. En el instante en que el viento meció el fragmento de papel hasta llevarlo junto a la puerta, sus dedos perdieron su capacidad de contracción, y se le extenuaron y agarrotaron igual que si se hubiese desmayado. El pesado manojó de llaves le resbaló repentinamente, cayó a su lado en el borde más alejado del descansillo, fue rodando a través de un resquicio de la balaustrada rota y se estrelló contra el suelo de piedra del piso de abajo con tal estrépito que los ecos dormidos gritaron de nuevo como si fuesen seres sensibles torturados por aquel ruido repentino.

El estruendo de las llaves cayendo, repicando una y otra vez en medio de la quietud, la devolvió a un estado de conciencia y a los hechos y riesgos presentes. Echó a andar, se tambaleó hacia atrás, alzó trémulamente ambas manos hasta la cabeza —se detuvo así unos segundos—, y después se dirigió a los primeros escalones con el propósito de bajar hasta el vestíbulo para recuperar las llaves.

Cuando no había recorrido ni tres pasos, el sonido estridente del grito de una mujer llegó de la puerta de acceso que estaba en la otra punta del vestíbulo. El chillido se repitió dos veces desde una lejanía mayor; luego siguió un sonido confuso de voces y pasos que avanzaban rápidamente.

Dio desesperadamente unos pasos hacia atrás y llegó hasta la primera de las puertas de la hilera que se abría al rellano. Allí, su naturaleza, exhausta, se extinguió: las rodillas le fallaron —la respiración, la vista, el oído: parecía que todo había de fallarle en el mismo instante— y, antes de poder alcanzar las escaleras, cayó sin sentido.

CAPÍTULO IV

El señor Munder hace de juez

Las voces y los pasos apresurados se acercaban cada vez más. Luego se detuvieron de golpe. Después de un intervalo de silencio, una voz gritó, «¡Sarah! ¡Sarah!, ¿dónde estás?» y al instante tío Joseph apareció solo en la puerta del vestíbulo, buscando afanosamente en torno suyo.

Al principio no advirtió la figura postrada sobre el descansillo del final de las escaleras. Pero la segunda vez que miró en esa dirección atrapó con la mirada el vestido negro y el brazo que yacía justo sobre el borde del último escalón. Al reconocerla, lanzó un aullido de terror, atravesó el vestíbulo volando y subió por las escaleras. Se arrodilló junto a Sarah, y con el brazo le alzó la cabeza: en ese preciso instante el mayordomo, el ama de llaves y la doncella llegaron y se agolparon detrás de él.

—¡Agua! —gritó el anciano, haciéndoles gestos enérgicos con la mano que tenía libre—. ¡Está aquí, se ha caído, se ha desmayado! ¡Agua!, ¡agua!

El señor Munder miró a la señora Pentreath, la señora Pentreath miró a Betsey, y Betsey miró al suelo. Los tres estaban petrificados: ninguno parecía más capaz que los otros de atravesar el vestíbulo. Si no es una quimera total la ciencia de la fisonomía, la causa de esta sorprendente unanimidad se hallaba claramente escrita en sus caras: en otras palabras, los tres parecían igualmente aterrorizados por el fantasma.

—¡Agua, he dicho! ¡Agua! —reiteró el tío Joseph, agitando el puño contra ellos—. ¡Se ha desmayado! ¡Los tres plantados ahí en la puerta, y que no haya ni un solo corazón misericordioso entre vosotros! ¡Agua!, ¡agua!, ¡agua! ¿Es qué tengo que gritar hasta herniarme para que me oigáis?

—Yo traeré el agua, señora —dijo Betsey— si después usted o el señor Munder la llevan desde aquí hasta arriba de las escaleras.

Corrió a la cocina y regresó con un vaso de agua, que ofreció, con respetuosa gentileza, primero al ama de llaves, y después al mayordomo.

—¿Cómo se atreve usted a pedirnos que le llevemos algo? —dijo la señora Pentreath, haciéndose a un lado.

—¡Eso!, ¿cómo se atreve usted? —añadió el señor Munder, apartándose igual que la señora Pentreath.

—¡Agua! —vociferó el viejo por tercera vez. Movi6 a su sobrina un poco, de modo que pudiera apoyarla en la pared—. ¡Agua!, ¡o echo abajo a patadas esta mazmorra! —gritó, pataleando de indignación.

—Con su permiso, señor, ¿está seguro de que realmente es la dama que le

acompañaba quien está ahí arriba? —preguntó Betsey, avanzando trémulamente unos pasos con el vaso de agua.

—¿Que si estoy seguro? —exclamó tío Joseph, descendiendo las escaleras hasta llegar donde estaba ella—. ¿Qué pregunta más tonta es ésa? ¿Quién va a ser, sino ella?

—El fantasma, señor —dijo Betsey, avanzando cada vez más despacio—, el fantasma de las habitaciones del ala norte.

Tío Joseph se encontró con ella unas yardas más arriba del inicio de la escalera, cogió el vaso de agua con un gesto de menosprecio y volvió rápidamente junto a su sobrina. Cuando Betsey se dio la vuelta para retirarse, capturó con la mirada el puñado de llaves tirado sobre el suelo, más abajo del descansillo. Después de dudarle un momento, reunió el coraje suficiente para recogerlas, y salió corriendo del vestíbulo con ellas, tan rápido como sus pies le permitieron.

Mientras, Tío Joseph estaba humedeciéndole los labios a su sobrina, y rociándole de agua la frente. Al cabo de un rato comenzó a recobrar la respiración, que se le iba y venía lentamente, en suspiros desfallecidos; los músculos de su cara se movieron un poco y abrió ligeramente los ojos, que se fijaron temerosamente en el anciano sin dar ninguna muestra de haberlo reconocido. Éste le hizo beber un poco de agua y le habló amablemente, y fue esto lo que la hizo por fin volver en sí. Sus primeras palabras fueron: «No me dejes». Y lo primero que hizo, cuando fue capaz de moverse, fue situarse más cerca de él.

—No temas, mi niña —dijo, dulcemente—. Yo me quedaré a tu lado. Dime, Sarah, ¿qué ha hecho que te desmayes?, ¿qué te ha asustado tanto?

—¡Oh, no me lo preguntes! ¡Por el amor de Dios, no me lo preguntes!

—¡Está bien, está bien! En ese caso no diré nada más. ¿Otro sorbo de agua? ¿Un sorbito más?

—Ayúdame, tío, ayúdame a ver si puedo levantarme.

—Aún no, aún no; paciencia, ten un poco de paciencia.

—¡Oh, ayúdame!, ¡ayúdame! Quiero ir donde no vea esas puertas. Aunque sólo fuera al final de las escaleras; si pudiese llegar ahí me sentiría mejor.

—Bien —dijo tío Joseph, ayudándola a levantarse—. Ahora espera, y mira a ver si sientes los pies sobre el suelo. Apóyate sobre mí, apóyate bien, apóyate con fuerza. Aunque soy pequeño y delgado, soy duro como una roca. ¿Has entrado en la habitación? —añadió en un susurro—. ¿Tienes la carta?

Sarah suspiró amargamente, y posó la cabeza en el hombro de él con penosa desesperación.

—¡Cómo es eso! ¡Sarah, Sarah! —exclamó—. ¿Has andado sola por ahí todo este tiempo y todavía no has entrado en la habitación?

Levantó la cabeza con la misma rapidez con que la había posado, se puso a

temblar, e intentó débilmente arrastrar a su tío hacia las escaleras.

—¡No quiero ver la Habitación del Mirto nunca más! ¡Jamás!, ¡Jamás!, ¡jamás! —dijo ella—. Vamos; puedo andar y ya me siento fuerte. Tío Joseph, si me quieres llévame lejos de esta casa. A cualquier parte con tal de que volvamos al aire libre y a la luz del sol, a cualquier parte con tal de perder de vista la Torre de Porthgenna.

Tío Joseph levantó las cejas asombrado, pero se guardó de hacer ninguna otra pregunta y ayudó a su sobrina a bajar las escaleras. Se encontraba tan débil todavía que al llegar al final no tuvo más remedio que detenerse un momento para recuperar las fuerzas. Dándose cuenta de ello, y notando más tarde, mientras la ayudaba a cruzar el vestíbulo, que a cada nuevo paso que daban ella se apoyaba más y más en su brazo, el anciano, al llegar a una distancia tal que el señor Munder y la señora Pentreath podían oírles, le preguntó al ama de llaves si tenía algo que pudiera administrar a su sobrina.

La respuesta afirmativa de la señora Pentreath, aunque dicha con poca gracia, fue acompañada de una presteza de movimientos que no demostraba sino que se alegraba de todo corazón de poder agarrarse a la primera excusa para volver a la parte habitada de la casa. Musitando algo acerca de mostrarle el lugar en que guardaban el botiquín, desanduvo enseguida el camino que había hecho por el pasillo y llegó hasta su propia habitación. Mientras, el tío Joseph, desoyendo lo que Sarah le había susurrado, asegurando que se encontraba bastante bien para partir sin demora, siguió al ama de llaves en silencio llevando de la mano a su sobrina.

El señor Munder, meneando la cabeza, y penosamente desconcertado, esperó a ser el último para cerrar con llave la puerta. Cuando hubo terminado y le hubo entregado las llaves a Betsey para que ésta las devolviera a su lugar, él, a su vez, se retiró de la escena a una marcha indecorosamente cercana a lo que llamaríamos carrera. Cuando se hubo alejado del vestíbulo del norte, sin embargo, recuperó sorprendentemente el dominio de sí mismo. Amainó repentinamente su paso, reunió todos sus sentidos desparramados, y reflexionó, sintiéndose en apariencia muy satisfecho consigo mismo, pues al entrar en la habitación del ama de llaves ya estaba del todo en posesión de su solemnidad habitual, tanto en la mirada como en la actitud. Como la inmensa mayoría de hombres profundamente estúpidos, él sentía un intenso placer en oírse hablar a sí mismo y, en ese momento, después de los sucesos que acababan de acontecer en la casa, disfrutaba de una oportunidad para satisfacer ese lujo como pocas veces se le había presentado. Solamente hay una clase de orador que no se quiebra jamás bajo ninguna circunstancia: aquél cuya capacidad para hablar no incluye la peligrosa capacidad de conocer el significado de lo que dice. Entre esta orden de oradores natos, el señor Munder ocupaba un puesto destacado, y ahora estaba dispuesto a ejercitar y reivindicar sus habilidades ante los dos forasteros bajo el pretexto de pedirles una explicación de su conducta antes de permitirles que

abandonaran la casa.

Al entrar en la habitación vio que al final de ésta se encontraba el tío Joseph, sentado junto a su sobrina, ocupado en verter unas gotas de sales de amoníaco en un vaso. Cerca de la entrada permanecía de pie el ama de llaves con un botiquín abierto sobre la mesa. El señor Munder, con un aspecto deslumbrante, avanzó hacia esta parte de la habitación, acercó un sillón a la mesa, se sentó, guardando un gran cuidado en poner bien el faldón de su levita, y enseguida se convirtió, por su apariencia, en un Lord presidiendo un tribunal, vestido de paisano.

La señora Pentreath, consciente de que algo extraordinario estaba a punto de suceder, se sentó detrás del mayordomo. Betsey repuso las llaves en el clavo de la pared, y estaba a punto de retirarse prudentemente a la cocina, que era su mundo, cuando el señor Munder la detuvo.

—Espere, por favor —dijo el mayordomo—. Me hará falta su presencia para que haga usted una declaración muy sencilla.

Betsey la obediente esperó cerca de la puerta, aterrada por la idea de que debía de haber hecho algo mal, y de que el mayordomo estaba armado de un inescrutable poder legal para juzgarla, sentenciarla, y castigarla allí mismo por la ofensa.

—Veamos señor —dijo el señor Munder, dirigiéndose al tío Joseph igual que si fuese el Presidente de la Cámara de los Comunes—, si ha terminado usted con esas sales, y si la persona que está a su lado ha recuperado ya el sentido lo suficiente como para poder escucharme, me agradecería decirles una o dos palabras a ambos.

Ante este exordio, Sarah, asustada, trató de levantarse de la silla; pero su tío la cogió por mano y la hizo sentarse de nuevo.

—Espera y descansa —murmuró—. Deja que descargue sobre mis espaldas toda la regañina, y deja que yo diga todo lo que haya que decir. En cuanto puedas andar te prometo esto: haya o no haya dicho sus palabras el grandullón, nos levantaremos tranquilamente y nos largaremos de la casa.

—Hasta el momento presente —dijo el señor Munder— me he abstenido de manifestar mi opinión. Ha llegado el momento en que, teniendo una posición de confianza como la que yo tengo en esta institución, y siendo el responsable, y sin duda garante, como soy, de lo que acontece en ella, y sintiendo, como es mi deber, que no se puede permitir, ni siquiera tolerar, que las cosas queden como están, es mi deber decirles que creo que su conducta es muy extraordinaria —dirigiendo esta conclusión directamente a Sarah, el señor Munder se recostó en su silla, rebosante de palabras y miserable de significados, con el fin de reponerse cómodamente para continuar su esfuerzo.

—Mi único deseo —continuó, aparentando imparcialidad— es actuar de un modo justo para todas las partes. No quiero asustar a nadie, o espantar a nadie, ni tampoco aterrorizar a nadie. Quiero desenmarañar o, si lo prefieren, desenredar, lo que puedo

llamar, con toda propiedad, los sucesos. Y cuando haya terminado quisiera que usted, señora, y usted, señor, decidieran —y les hago saber que quisiera que lo decidieran calmada, imparcial, educada, llana, y lisamente— si deben o no ofrecernos una explicación.

El señor Munder hizo una pausa para dejar que esa última apelación ineluctable penetrara en la conciencia de las personas a quienes iba dirigida. El ama de llaves aprovechó la circunstancia para toser, igual que el rebaño tose antes del sermón, aparentemente por el principio según el cual de este modo logran deshacerse de achaques corpóreos de antemano con el fin de darle a la mente vía libre para el impasible goce intelectual. Betsey, por su parte, y siguiendo el ejemplo de la señora Pentreath, también tuvo un acceso de tos, aunque del tipo pusilánime y desconfiado. El tío Joseph se sentó cómodamente y con ánimo bien dispuesto, sin dejar de coger la mano de su sobrina y dándole un pequeño apretón, de vez en cuando, cuando la oratoria del mayordomo se hacía especialmente solemne y complicada. Sarah no se movió en ningún momento, ni levantó la mirada, ni perdió la expresión de terror paralizante que se había acomodado en su rostro desde el momento en que había entrado en la habitación del ama de llaves.

—¿Pero cuáles son los hechos, las circunstancias, y los sucesos? —procedió el señor Munder, reclinándose en su silla, disfrutando del sonido de su propia voz—. Usted, señora, y usted, señor, llaman a la puerta de esta Mansión (aquí, miró duramente al tío Joseph, como diciendo, «mire, ni siquiera en el tribunal me doy por vencido en lo de que la casa es una Mansión»), se les permite o, más bien, consiente, la entrada. Usted, señor, afirma que desea inspeccionar la Mansión (usted dice «ver la casa», pero tratándose de un forastero no nos sorprende que cometa usted un pequeño error como ése); usted, señora, coincide, e incluso está de acuerdo, en ese requerimiento. ¿Qué pasa a continuación? Son ustedes conducidos a ver la Mansión. No es habitual enseñarla a los forasteros, pero tenemos ciertas razones...

Sarah se sobresaltó.

—¿Qué razones? —preguntó, alzando rápidamente la mirada. Tío Joseph sintió que la mano de su sobrina estaba helada y temblaba.

—¡Calla!, ¡calla! —dijo—, déjame hablar a mí.

Al mismo tiempo, la señora Pentreath tiró al señor Munder del faldón de la levita, tomando la precaución de no ser vista, y le murmuró que tuviera cuidado.

—La carta de la señora Frankland —le dijo al oído— nos dice específicamente que nadie debe sospechar que estamos actuando bajo órdenes.

—Señora Pentreath, no se figure usted que me he olvidado de lo que tengo que recordar —replicó el señor Munder, que en realidad sí se había olvidado—. Y no se imagine usted que iba a soltarme. (Precisamente lo que había estado a punto de hacer). Sea comprensiva y deje este asunto en mis manos. ¿Qué razones ha dicho,

señora? —añadió en voz alta, dirigiéndose a Sarah—. No se preocupe por las razones, no es ahora que vamos a ocuparnos de ellas; ahora vamos a ocuparnos de los hechos, de las circunstancias, y de los sucesos. Había yo hecho la observación, o el reparo, de que usted, señor, y usted, señora, habían sido conducidos a ver la Mansión. Se les ha llevado, y guiado, por la escalera del oeste: ¡la Espaciosa escalera del oeste, señor! Se les ha mostrado con educación, incluso con cortesía, el gabinete, la biblioteca, y la sala de estar. En esa sala, usted, señor, se entregó a un lenguaje insolente, y yo añadiría que violento. En esa sala, usted, señora, desaparece, o, mejor dicho, se esfuma. Una conducta como ésa, tan extraordinaria, tan sin precedentes, y tan inusual, hace que la señora Pentreath y yo nos sintamos... —aquí el señor Munder se detuvo y, por primera vez, no encontró las palabras.

—Asombrados —sugirió la señora Pentreath, después de un largo intervalo de silencio.

—¡No, señora! —replicó el señor Munder—. Nada de eso. No nos ha dejado asombrados. Nos ha dejado... sorprendidos. ¿Y qué ha seguido y sucedido a continuación?, ¿qué hemos oído usted y yo, señor, en el primer piso? (mirando gravemente al tío Joseph.) ¿Y qué ha oído usted, señora Pentreath, mientras buscaba a la desaparecida, a la ausente, en el segundo piso?, ¿qué ha oído?

Sintiéndose en esta ocasión personalmente aludida, el ama de llaves contestó brevemente:

—Un grito.

—¡No!, ¡no!, ¡no! —dijo el señor Munder, enfadado y dando con la mano golpecitos sobre la mesa—. Un chillido, señora Pentreath: un chillido. ¿Y cuál es el significado, sentido, y secuela de ese chillido? ¡Jovencita! (llegado a este punto, el señor Munder se volvió súbitamente hacia Betsey). Hemos reconstruido estos extraordinarios acontecimientos y circunstancias hasta el momento en que entra usted en escena. Tenga la bondad de dar un paso al frente y decirnos, en presencia de estos dos individuos, cómo fue que llegó usted a emitir, o dar, lo que la señora Pentreath llama grito, y yo llamo chillido. Una declaración sencilla será suficiente, buena mujer, una declaración bien sencilla, si me hace el favor. Y, jovencita, una cosa más: hable bien alto, ¿me comprende? ¡Bien alto!

Llena de confusión por la naturaleza pública y solemne de tal petición, Betsey, al iniciar su declaración, siguió inconscientemente el ejemplo retórico ni más ni menos que del mismísimo señor Munder; es decir, habló según el principio de ahogar la menor cantidad posible de ideas en la mayor cantidad posible de palabras. Desembrollada de la confusa maraña verbal que ella contribuyó a enredar, su declaración no estaría injustamente representada si dijéramos que describió los siguientes hechos:

En primer lugar, Betsey tuvo que contar que estaba justo sacando la tapa de la

cacerola, en el fuego, en la cocina, cuando oyó, por los alrededores de la habitación del ama de llaves, un sonido de pasos apresurados (coloquialmente denominados por la testigo «el remolino de los pies de alguien»). En segundo lugar, Betsey, al salir de la cocina para comprobar qué era aquel ruido, oyó que los pasos retrocedían rápidamente por el pasillo que llevaba a la parte norte de la casa y, tentada por la curiosidad, siguió el sonido de los mismos a cierta distancia. En tercer lugar, Betsey se detuvo brevemente en uno de los giros pronunciados del pasillo, desesperando de dar alcance a la persona cuyos pasos había oído, y notando también una sensación de miedo (denominada por la testigo «temblor de las carnes») ante la idea de adentrarse sola incluso a plena luz del día, en las regiones encantadas de la casa. En cuarto lugar, mientras se hallaba todavía dudando en la curva del pasillo, Betsey oyó «la cerradura de una puerta abrirse», y tentada de nuevo por la curiosidad, avanzó unos pasos. Luego se detuvo otra vez, debatiendo consigo misma la difícil y temible cuestión de si era costumbre habitual de los fantasmas, al pasar de un lugar a otro, abrir las puertas con el cerrojo echado que encontrarán a su paso, o bien salvar el obstáculo simplemente atravesándolas. En quinto lugar, después de una prolongada reflexión y de caminar adelante hacia el vestíbulo del norte, y de nuevo atrás hacia la cocina, Betsey decidió que era costumbre inmemorial de los fantasmas atravesar las puertas y no abrirlas. En sexto lugar, fortalecida por esta convicción, Betsey continuó acercándose audazmente a la puerta, cuando oyó de repente un enorme estruendo, como de un cuerpo pesado cayéndose (gráficamente denominado por la testigo como «un patapum»). En séptimo lugar, el ruido asustó terriblemente a Betsey, que se quedó sin respiración y casi saca el corazón por la boca. Y en octavo y último lugar, al recuperar el aliento lo suficiente para poder gritar (o chillar), Betsey de hecho gritó (o chilló) con todas sus fuerzas y volvió a la cocina tan deprisa como sus pies pudieron llevarla, con todos los pelos «de punta» y toda la carne «de gallina» desde la coronilla de la cabeza hasta la planta de los pies.

—¡Eso es!, ¡eso es! —dijo el señor Munder, cuando la declaración llegó a su término, como si la visión de una joven con todo su pelo de punta y toda su carne de gallina fuesen algo habitual en su experiencia con la parte femenina de la humanidad —, ¡eso es! Puede retirarse, mi buena muchacha, puede retirarse. No sé de que se sonríe usted, señor —continuó, dirigiéndose duramente al tío Joseph, quien se había divertido de lo lindo por el modo en que Betsey había dicho su testimonio—. Mejor haría usted en trasladar, o mejor dicho transportar, su mente hacia atrás, hacia lo que siguió o sucedió al chillido de la jovencita. ¿Qué es lo que hicimos todos, señor? Corrimos al lugar, y nos apresuramos por llegar. ¿Y qué fue lo que vimos, señor? La vimos a usted, señora, echada horizontalmente, postrada en lo alto del rellano del primer tramo de las escaleras del ala norte, y vimos esas llaves, ahora colgadas allá, sustraídas, hurtadas, extraídas de su lugar en esta habitación, y echadas

horizontalmente, postradas asimismo sobre el suelo del vestíbulo. Ahí tienen los hechos, las circunstancias, y los sucesos, postrados, o mejor dicho, situados frente a ustedes. ¿Qué tienen ustedes que decir al respecto? ¡Les llamo solemnemente, y añadido, seriamente, a declarar! En mi propio nombre, en nombre de la señora Pentreath, en nombre de nuestros señores, en nombre de la decencia, en nombre del conocimiento, ¿qué pretendían ustedes?

Con esa conclusión, el señor Munder golpeó la mesa con el puño y esperó, con un fulgor de despiadada expectación en la mirada, cualquier cosa en forma de respuesta, explicación, o defensa que los reos de la habitación estuvieran dispuestos a ofrecer.

—Dile algo —le murmuró Sarah al anciano—, algo que le haga callar, ¡algo para que nos deje marchar! ¡Después de lo que he sufrido esta gente me va a volver loca!

Como no era nunca muy rápido inventando excusas, y como, por otra parte, ignoraba completamente lo que le había sucedido realmente a su sobrina mientras se encontraba sola en el vestíbulo, el tío Joseph, con la mejor intención del mundo para ponerse a la altura de las circunstancias, encontró enormes dificultades en decidir lo que debía decir o hacer. Determinado, no obstante, y a cualquier precio, a ahorrarle a Sarah cualquier sufrimiento inútil, y a sacarla de la casa lo más pronto posible, se irguió para tomar la responsabilidad de hablar, mirando duramente, antes de abrir la boca, al señor Munder, quien inmediatamente se inclinó sobre la mesa con la mano detrás del oído. Tío Joseph agradeció este educado acto de atención con una de sus fantásticas reverencias, y a continuación contestó a la larga arenga del mayordomo con estas seis incontestables palabras:

—¡Le deseo un buen día, señor!

—¡Cómo se atreve usted a desearme semejante cosa! —exclamó el señor Munder, saltando indignado de su silla—. ¿Cómo se atreve a mofarse de ese modo de una cuestión tan seria y de una pregunta tan seria? ¡Desearme los buenos días! ¡Pues estaríamos buenos! ¿Piensa usted que voy a dejarle marcharse de esta casa sin oír explicación alguna sobre la sustracción, el hurto y la extracción de las llaves de las habitaciones del norte?

—¡Ah!, ¿es eso lo que quiere usted saber? —dijo el tío Joseph, tentado de arrojarle temerariamente hacia alguna excusa ante el creciente nerviosismo y angustia de su sobrina—. ¡Vamos a ver! Se lo explicaré. ¿Qué ha sido, querido y buen hombre, lo que hemos dicho, al principio, cuando se nos ha permitido la entrada a la casa? Esto: «Hemos venido a ver la casa». Pues bien, la casa tiene una parte norte y una parte oeste. ¡Perfecto! Eso hace dos partes, y yo y mi sobrina somos dos personas, y nos hemos dividido en dos para ver las dos partes. Yo soy la mitad que va al oeste, con usted y la querida y buena mujer que está detrás suyo. Mi sobrina, aquí presente, es la otra mitad que va al norte, ella sola, y se le caen las llaves, y se desmaya, porque esa parte vieja de la casa está lo que se dice hecha una ruina, y huele

a tumba, y hay arañas, y esa es toda la explicación, y es más que suficiente. ¡Le deseo un buen día, señor!

—¡Que me cuelguen si me he encontrado alguna vez a alguien de su ralea! —rugió el señor Munder, tan exasperado que se olvidó completamente de su dignidad, de su respetabilidad, y de sus largos parlamentos—. ¿Se va a salir usted con la suya, no es así, señor extranjero? Veremos qué dice a todo esto el juzgado de paz de este distrito —exclamó el señor Munder, recuperando sus modales solemnes y su elevada fraseología—. Los bienes de esta casa están bajo mi custodia, y a menos que oiga alguna explicación satisfactoria acerca del hurto de esas llaves que están colgadas ahí, señor, en esa pared, señor, delante de sus ojos, señor, me veré en la obligación de retenerle a usted y a la persona que va con usted hasta que pueda obtener asistencia legal, asistencia jurídica y asistencia magisterial. ¿Oye usted eso, señor?

Las mejillas sonrosadas del tío Joseph se volvieron de repente de un color más oscuro, y su rostro adquirió una expresión que inquietó al ama de llaves y que tuvo un irresistible efecto refrigerante sobre el ardor de la ira del señor Munder.

—¿Que nos retendrá usted aquí?, ¿usted? —dijo el viejo, hablando con calma y mirando muy fijamente al mayordomo—. Pues mire: me llevo a esta dama conmigo (¡valor, mi niña, valor!, no tiembles, no hay nada que temer), me llevo a esta dama conmigo, empujo la puerta, ¡así!, me quedo de pie esperando a unos pasos del umbral y le digo a usted, ciérrenos esa puerta, si se atreve.

Ante este desafío, el señor Munder avanzó unos pasos y después se detuvo. Si la mirada fija del tío Joseph hubiese vacilado un instante habría cerrado la puerta.

—Lo repito —reiteró el anciano—: ciérrela, si se atreve. Yo soy inglés, señor: las leyes y las costumbres de su país así lo han querido. Si usted puede hablarle al magistrado por un oído, yo puedo hablarle por el otro. Si ha de oírle a usted, ciudadano de este país, ha de oírme a mí, también ciudadano de este país. Decídase, haga usted el favor: ¿nos acusa?, ¿nos amenaza?, ¿o nos cierra la puerta?

Antes de que el señor Munder pudiera replicar a ninguna de esas tres preguntas directas, el ama de llaves le rogó que volviera a su silla y hablara con ella. Al regresar a su sitio, ella le murmuró, en tono de advertencia: «¡Recuerde la carta de la señora Frankland!»

En ese mismo momento, tío Joseph, considerando que ya había esperado suficiente, dio un paso adelante. Su sobrina le impidió avanzar más, cogiéndolo de repente por el brazo, y diciéndole al oído: «¡Mira, están murmurando otra vez algo de nosotros!»

—¡Vamos! —dijo el señor Munder, contestando al ama de llaves—. Pues claro que me acuerdo de la carta de la señora Frankland, ¿y qué?

—¡Chitón!, no tan alto! —dijo la señora Pentreath—. No es que quiera disentir de su opinión, señor Munder, pero quiero hacerle una o dos preguntas: ¿cree usted que

tenemos algún cargo contra estas personas que algún magistrado quisiera escuchar?

El señor Munder se mostró confuso y, por primera vez en mucho tiempo, pareció no tener ninguna respuesta.

—¿Lo que recuerda usted de la carta de la señora Frankland —prosiguió el ama de llaves— le inclina a pensar que estaría satisfecha con la exposición pública de lo que ha sucedido en esta casa? Nos dice que vigilemos discretamente la conducta de esa mujer, y que la sigamos sin que nos vea cuando se vaya. No quiero tomarme la libertad de aconsejarle, señor Munder, pero, por lo que a mí respecta, si no seguimos las instrucciones de la carta de la señora Frankland (como ella misma nos dice) al pie de la letra, lo que es yo me lavo las manos de toda responsabilidad.

El señor Munder vaciló. Mientras Sarah ponía su atención en los murmullos provenientes del otro lado de la habitación, tío Joseph había permanecido inmóvil por espacio de un minuto; después cogió de nuevo a su sobrina y la llevó consigo despacio hasta la puerta.

—Betsee, querida —dijo dirigiéndose a la criada con enorme serenidad y compostura—, somos forasteros en esta casa. ¿Serías tan amable de mostrarnos la salida?

Betsey miró al ama de llaves y ésta le hizo un gesto como diciéndole que se dirigiera al mayordomo, que él le diría lo que tenía que hacer. El señor Munder tuvo la gran tentación, por respeto a su propia importancia, de insistir en llevar a cabo inmediatamente las medidas coactivas a las que había amenazado recurrir, pero ante las objeciones de la señora Pentreath decidió echarse atrás, por el momento y muy a pesar suyo.

—Betsee, querida —repitió el tío Joseph—, ¿te ha afectado el oído toda esta charlatanería?, ¿te has quedado sorda?

—¡Esperen! —exclamó el señor Munder—. ¡Señor, insisto en que deben quedarse!

—¡Insiste usted! Bueno, pues mire, el hecho de que sea usted tan zafio no es razón para que también yo lo sea. Así que aguardaremos un poco, señor, a ver si es que tiene usted algo más que decir.

Después de hacer esa concesión en nombre de una pretendida urbanidad, tío Joseph caminó gentilmente arriba y abajo con su sobrina por el pasillo que había junto a la puerta.

—Sarah, hija mía, tengo al hombre de las grandes palabras muy asustado —murmuró—. Procura no temblar tanto; enseguida saldremos al aire libre.

Mientras tanto, el señor Munder continuaba con sus susurros con el ama de llaves, haciendo, aun en el estado de perplejidad en que se encontraba, un esfuerzo desesperado por mantener su acostumbrado aire de padrinazgo y su habitual importación de superioridad.

—Tiene usted mucha razón, señora —comenzó despacio—. Ciertamente, mucha razón en lo que dice. Pero usted está hablando de la mujer, mientras que yo hablo del hombre. ¿Pretende usted decirme que debo dejar que se vaya después de lo que ha ocurrido aquí, sin al menos insistir en que me dé su nombre y sus señas?

—Mucho se fía usted del forastero para pensar que le iba a dar su nombre y sus señas verdaderos con sólo pedirselos —inquirió la señora Pentreath—. Con el debido respeto por su superior inteligencia, debo confesarle que yo no lo creo. Pero aun así, suponiendo que lo retuviera y lo acusara antes de que lo hiciera el magistrado, y ya me dirá usted cómo se las va a apañar para hacerlo estando la casa del magistrado a un par de horas de aquí, al retener y acusar también a la mujer sin duda se arriesga usted a ofender a la señora Frankland, porque al fin y al cabo, señor Munder, aunque creo que ese forastero es capaz de todo, no olvide que quien ha cogido las llaves ha sido la mujer, ¿o no?

—¡Así es!, ¡así es! —dijo el señor Munder, cuyos ojos somnolientos estaban ahora, por primera vez, abiertos a esta visión simple y directa del caso—. Eso mismo estaba pensando yo en este preciso instante, justo antes de que usted lo mencionara, ¡en este mismo momento!

—Por más vueltas que le doy, creo —continuó el ama de llaves, con un susurro lleno de misterio— que el mejor plan, y el más ajustado a nuestras instrucciones, es que les dejemos marchar, como si no quisiéramos rebajarnos a seguir discutiendo o riñendo con ellos, y que les hiciésemos seguir hasta el lugar donde paren. Esta tarde Jacob, el muchacho del jardinero, está limpiando el camino ancho del jardín del oeste. Esta gente no lo ha visto en ningún momento, y no tienen por qué verlo si los hacemos salir otra vez por la puerta del sur. Jacob es un chico astuto, ya lo sabe usted, y, si se le dieran las instrucciones apropiadas, no veo realmente por qué no...

—No me dirá usted que no es curioso, señora Pentreath —interrumpió el señor Munder, con el tono grave de los que dan los hechos por sentados—, que justo al sentarme aquí a mí también se me ha ocurrido lo de Jacob. Lo que pasa es que con el esfuerzo de hablar, y el calor de la discusión, no me explico cómo, se me han ido las ideas de la cabeza.

Llegado a este punto tío Joseph, a quien se le estaban agotando sus reservas de paciencia y educación, se asomó de nuevo a la habitación.

—Señor, dentro de un momento voy a decirle una última cosa —dijo el señor Munder, antes de que el anciano pudiera hablar—. No crea que su fanfarria y su petulancia me han afectado en lo más mínimo. Puede que le funcione con los extranjeros, señor, pero no le servirá con los ingleses. Se lo puedo asegurar.

Tío Joseph se encogió de hombros, sonrió, y volvió junto a su sobrina. Mientras el ama de llaves y el mayordomo habían estado hablando, Sarah había intentado convencer por todos los medios a su tío de que aprovecharan que ella conocía qué

pasillos llevaban a la puerta y se escabulleran sin ser vistos. Pero el viejo se negó rotundamente a seguir su consejo.

—No me iré de un sitio siendo culpable de nada —dijo—, y menos cuando no he hecho ningún daño a nadie. Nada me va a convencer para que me ponga, ni te ponga a ti, del lado del delito. No soy una lumbrera, pero deja que me guíe por mi conciencia, y hasta ahí todo ira bien. Sarah: nos han dejado entrar aquí por decisión propia, y nos van a dejar salir por decisión propia.

—¡Señor Munder! ¡Señor Munder! —murmuró el ama de llaves, tratando de impedir una nueva explosión de indignación del mayordomo, que se sentía despreciado por el encogimiento de hombros del tío Joseph y amenazaba con armar otro escándalo—, mientras habla con ese atrevido, ¿qué le parece si me escapo al jardín y le doy a Jacob instrucciones?

El señor Munder hizo una pausa antes de contestar. Intentó con todas sus fuerzas vislumbrar un modo de escapar al dilema en el que él mismo se había envuelto, que fuera más digno que el que le había sugerido el ama de llaves, pero no se le ocurrió nada en absoluto. Entonces, de un heroico bocado se tragó la indignación y contestó enfáticamente en dos palabras:

—¡Vaya pues, señora!

—¿Qué significa eso? ¿Por qué se ha ido en esa dirección? —le dijo Sarah a su tío, en un murmullo expeditivo y suspicaz, cuando el ama de llaves pasó apuradamente a su lado camino al jardín del ala oeste.

Antes de que hubiera tiempo de contestar a esa pregunta el señor Munder hizo otra.

—¡Veamos, señor! —dijo el mayordomo, de pie en la entrada, con las manos debajo del faldón de su levita y la cabeza erguida al aire—. Veamos, señor, y veamos, señora. No lo repetiré: ¿van a darme una explicación en lo que se refiere el hurto, a la sustracción de esas llaves, o no?

—Por supuesto, señor, que tendrá usted su explicación —replicó tío Joseph—. Se trata, con su permiso, de la misma que he tenido el honor de proporcionarle hace un momento. ¿Desea oírla de nuevo? Ahora mismo no llevamos ninguna otra explicación encima.

—¡Ah sí!, ¿no tienen otra, eh? —dijo el señor Munder—. Entonces lo único que me queda por decirles es que se marchen inmediatamente de esta casa. ¡Inmediatamente! —añadió con un tono de lo más ramplón y ofensivo, refugiándose en un autoritarismo insolente desde la oscura conciencia de que su posición era absurda, y que por más que siguiera hablando no iba a conseguir remediarlo—. ¡Sí, señor! Puede usted irse a hacer reverencias y a restregar los pies y farfullar su penoso inglés a otra parte. Yo no le aguanto más. He reflexionado conmigo mismo, y he razonado conmigo mismo, y me he preguntado con toda mi flema —como siempre

hacemos los ingleses— si sirve de algo concederle a usted alguna importancia, y he llegado a una conclusión; y esa conclusión es que ¡no! ¡no sirve de nada! No se vaya usted con la idea de que su fanfarria y su petulancia me han causado el menor efecto. ¡Muéstreles la salida, Betsey! Considérense ustedes advertidos, ¡ah, y avisados! El lenguaje no me alcanza, señor, para expresarle mi desprecio. ¡Váyanse de esta casa!

—Y yo, señor —replicó con una educación de lo más exasperante el destinatario de tan descarnada perorata—, ahora que me ofrece usted su desprecio, le diré lo que de ningún modo le hubiese dicho si me hubiese ofrecido sus respetos, que es, dicho brevemente: gracias. Yo, el enano extranjero, me tomo el desprecio de usted, el gran inglés, como el mayor de los piropos que puede otorgarle un hombre de su categoría a un hombre de la mía —con esas palabras, tío Joseph hizo una última y fantástica reverencia, tomó a su sobrina del brazo y ambos siguieron a Betsey por los pasillos que conducían a la puerta del ala sur, dejando al señor Munder cavilando una buena réplica.

Diez minutos más tarde, el ama de llaves regresó jadeando a su habitación y se encontró con el mayordomo andando para arriba y para abajo, poseído por la cólera.

—Le ruego que se calme, señor Munder —dijo—. Los dos están por fin lejos de la casa, y Jacob los tiene localizados en el sendero de la ciénaga.

CAPÍTULO V

Mozart toca una canción de despedida

Después de haberle dado la respuesta final al señor Munder, y de haberse despedido de Betsey, la doncella, con gran amabilidad, el tío Joseph no dijo ni una palabra más hasta que él y su sobrina quedaron otra vez solos junto al muro del ala este de la Torre de Porthgenna. Allí se detuvo, miró hacia la casa, después a su compañera, miró de nuevo a la casa, y finalmente abrió los labios.

—Lo siento, pequeña —dijo—. Lo siento de todo corazón: ha sido lo que en Inglaterra llamáis un trabajo mal hecho.

Creyendo que se refería a la escena que acababa de producirse en la habitación del ama de llaves, Sarah pidió disculpas por haber sido la causa de haberlo llevado a tan furioso encontronazo con una persona como el señor Munder.

—¡No!, ¡no!, ¡no! —exclamó—. No estaba pensando en ese hombre de cuerpo tan grande como sus palabras. Me ha enojado, eso no lo puedo negar. Pero eso está terminado, y más que olvidado. A él y a sus grandes palabras les pego una patada, igual que se la Pego a esta piedra del sendero y la envío hasta el camino. No es de tus Munders, o de tus amas de llaves, o de tus Betzees, de lo que estoy hablando: es de algo que está más cerca de ti, y por tanto de mí, porque tus intereses yo los tengo como míos. Sarah, te diré de qué se trata mientras caminamos, porque leo en tu cara que no descansarás ni dejarás de sentirte atemorizada mientras permanezcamos en los alrededores de esta mazmorra. ¡Vámonos! Yo ya estoy listo. Ahí está el camino. Regresemos por él y recojamos nuestro pequeño equipaje de la posada, al otro lado de este lugar selvático. ¡Y con esta ventolera!

—¡Sí, tío, sí!, no perdamos tiempo, caminemos rápido; no tengas miedo de fatigarme, ya me siento más fuerte.

Tomaron el mismo sendero que les había llevado a la Torre de Porthgenna aquella tarde. Para cuando tenían andadas un poco más de las primeras cien yardas del camino, Jacob, el muchacho del jardinero, salió de detrás de la desconchada tapia del lado norte de la casa azada en mano. El sol acababa de ponerse, pero todavía había buena luz sobre la superficie de la ancha y desnuda ciénaga, así que Jacob se detuvo para dejar que el anciano y su sobrina se alejaran algo más de la casa antes de seguirlos. Todo lo que el ama de llaves le había dicho era que no debía perderlos de vista, y si observaba que se detenían y se daban la vuelta para mirar tras ellos, él asimismo debía detenerse y hacer ver que cavaba con su azada, igual que si estuviera trabajando en el erial. Animado por el medio chelín que le habían prometido si tenía cuidado de hacer exactamente lo que le habían dicho, Jacob no se olvidó de las instrucciones ni perdió de vista a los dos forasteros, y se prometió, con toda la

ingenuidad de que es capaz un chiquillo, ganarse la recompensa que le esperaba.

—Ahora, mi pequeña, te diré qué es lo que lamento —comenzó tío Joseph, mientras marchaban por el camino—. Lamento que hayamos llegado al final de este viaje, que hayamos corrido nuestros pequeños riesgos y hayamos tenido nuestra jarana, y no hayamos sacado nada en limpio. Sarah, las palabras que me dijiste al oído, cuando te estaba reanimando de tu desmayo (no hubieses tardado tanto en recuperarte si esos atontados de la mazmorra se hubiesen dado más prisa con el agua), no fueron muchas, pero sí las suficientes para darme cuenta de que hemos hecho este viaje en vano. Puedo morderme la lengua, puedo poner buena cara, puedo parecer satisfecho por andar con los ojos vendados a través de un misterio que no deja entrar ni un rayo de luz en mis ojos, pero no es menos cierto que lo que tu corazón más ansiaba hacer cuando emprendimos este viaje es también lo que no has hecho. Si otra cosa no, eso al menos sí lo sé: y lo digo una vez más: ha sido un mal negocio; sí, sí, por mi vida y por mi fe, no nos podemos engañar: lo que hemos hecho ha sido, como decís en el inglés más coloquial, un trabajo muy mal hecho.

Cuando su tío terminó de expresar su pesar en tan curiosos términos, el miedo, la desconfianza, y el terror vigilante que deslucían la suavidad de los ojos de Sarah se desvanecieron en una ternura pesarosa que pareció devolverles toda la belleza que poseían.

—No me tengas lástima, tío —dijo, deteniéndose y sacudiéndose suavemente unas motas de polvo del cuello de su abrigo—. He sufrido tanto, y durante tanto tiempo, que hasta las decepciones más grandes ahora me parecen pequeñas.

—¡No quiero que hables así! —exclamó tío Joseph—. Cada vez que te oigo decir eso me das un disgusto de muerte. Se van a acabar esos desengaños tuyos, ¡se van a acabar! ¡Lo digo yo, Joseph Buschmann, el Tozudo, el Cabezota!

—Ya falta poco, tío, para que llegue el día en que se acaben mis desengaños. Sólo tengo que esperar un poco, y sufrir un poco más: he aprendido a ser paciente y a no esperar nada. Tener miedo y fracasar, tener miedo y fracasar: ésa ha sido mi vida desde que era jovencita, y ya he terminado por acostumbrarme. Si te sorprende, como sé que así será, que no esté en posesión de la carta habiendo tenido las llaves de la Habitación del Mirto en mis manos, y no habiendo nadie cerca para detenerme, recuerda la historia de mi vida, y acéptala como una explicación. Tener miedo y fracasar, tener miedo y fracasar. Aunque quisiera contarte toda la verdad no podría decirte más que eso. Continuemos, tío.

Lo que había en su voz y en su actitud, al hablar, era la resignación que da la desesperanza, que le proporcionaba un dominio de sí misma fuera de lo normal, lo cual, a ojos de tío Joseph, la transformaba hasta dejarla irreconocible. La observó con indisimulado asombro.

—¡No! —dijo él—, continuaremos. Volveremos a la mazmorra, idearemos otro

plan: intentaremos llegar a este demonio de carta de algún otro modo. ¡Me traen sin cuidado los Munders, las amas de llaves, o las Betzees! Nada me importa tanto como conseguir eso que tanto deseas, y llevarte de nuevo a casa con tanta paz en tu pensamiento como la que yo mismo tengo ahora. ¡Anda, regresemos!

—Ya es demasiado tarde para volver.

—¿Cómo, demasiado tarde? ¡Oh, sucia y lúgubre mazmorra del diablo, cómo te odio! —exclamó tío Joseph, volviendo la mirada al paisaje y agitando los puños hacia la Torre de Porthgenna.

—Ya es demasiado tarde, tío —repitió ella—. Demasiado tarde, ya hemos perdido la oportunidad; demasiado tarde porque, aunque tuviese otra, no me atrevería a acercarme nuevamente a la Habitación del Mirto. Mi última esperanza era llevar la carta a otro escondite, y esa esperanza ya la he perdido. Ahora ya sólo me queda un objetivo. Y tú me puedes ayudar a lograrlo. Pero no puedo decírtelo en este momento, a menos que vengas enseguida conmigo; a menos que no vuelvas a mencionar lo de regresar a la Torre de Porthgenna.

Tío Joseph comenzó a regañarla. Su sobrina lo interrumpió a mitad de una frase, tocándole en el hombro y señalándole la ciénaga que había más abajo de ellos, en concreto a un punto de su ladera, que ya se estaba llenando de las sombras del atardecer.

—¡Mira! —dijo ella—, hay alguien en el sendero, detrás nuestro. ¿Es un muchacho o un hombre?

Tío Joseph miró a través de la débil luz y vio una figura a cierta distancia. Parecía la de un muchacho, y aparentemente estaba ocupado cavando en la ciénaga.

—Demos media vuelta y vayámonos de una vez, tío —alegó Sarah, antes de que el viejo pudiera contestarle—. No puedo decirte lo que quiero decirte hasta que estemos a buen refugio y a salvo en la posada.

Continuaron adelante hasta llegar al punto más alto de la ciénaga. Ahí se detuvieron y miraron otra vez atrás: el resto del camino era cuesta abajo. El lugar en el que ahora estaban era el último desde el que podía verse la Torre de Porthgenna.

—No se ve al muchacho por ningún lado —dijo tío Joseph, mirando al terreno bajo ellos.

Los ojos de Sarah, más jóvenes e incisivos, dieron testimonio de la veracidad de las palabras de su tío: por todos sus lados, hasta donde ella podía ver, el paisaje de la ciénaga estaba solitario. Antes de seguir se apartó unos pasos de su tío y miró hacia la torre de la vieja casa: ahí estaba, alzándose sólida y negra en medio de la luz caliginosa, con la mar oscura al fondo, alargada como un muro. ¡Nunca más! —susurró para sí—. ¡Nunca más, nunca! —sus ojos fueron al encuentro de la iglesia y del cercado del cementerio que había junto a ella, ahora apenas discernible entre las sombras de la noche que ya se estaba acercando.

—Espérame un poco más —dijo ella, mientras forzaba la vista para ver el camposanto y apretaba la mano sobre su pecho en el lugar donde guardaba el Libro de los Himnos—: mi viaje está a punto de llegar a su fin. ¡No falta mucho para el día en que me vaya a mi hogar!

Las lágrimas le inundaron los ojos, y el paisaje se cerró. Volvió con su tío y, tomándole de nuevo del brazo, lo arrastró rápidamente unos pasos camino abajo; después, como si la hubiese sacudido una repentina sospecha, se detuvo y retrocedió unos pasos hasta la loma más alta del terreno.

—No estoy segura —dijo, respondiendo a la mirada de sorpresa de su compañero— de que no volvamos a ver a ese muchacho que cavaba en la ciénaga.

Mientras salían de sus labios estas palabras, una figura se ocultó detrás de una de las rocas que había diseminadas por todo el yermo. Era una vez más la figura del muchacho, que de nuevo se puso a cavar la tierra árida sin la menor razón aparente.

—Sí, sí, lo veo —dijo tío Joseph, mientras su sobrina señalaba afanosamente la sospechosa figura—. Es el mismo muchacho, y sigue cavando. ¿Qué tiene eso de extraño?

Sarah no contestó.

—Continuemos —dijo apresuradamente—. Continuemos tan rápido como podamos hasta la posada.

Torcieron de nuevo, y tomaron el camino descendente que les quedaba delante. En menos de un minuto habían perdido de vista la Torre de Porthgenna, la vieja iglesia y todo el paisaje del oeste. Aunque detrás ya lo único que podía verse era la ciénaga vacía y cada vez más oscura, Sarah insistió en pararse con frecuencia, mientras hubo luz, para echar un vistazo atrás. No hizo ningún comentario, ni dio ninguna excusa para estas demoras del viaje de vuelta a la posada. Sólo cuando llegaron a un lugar desde donde podían ver las luces de la estafeta de correos dejó de mirar atrás y se dirigió a su compañero. Las pocas palabras que le dijo fueron sólo para requerirle que solicitara un salón privado tan pronto como llegaran al lugar en que iban a pasar la noche.

Pidieron habitación en la posada y les fue mostrada la mejor sala en que podían aguardar a la cena. En cuanto se quedaron a solas, Sarah acercó una silla al lado del anciano y le susurró al oído estas palabras:

—¡Tío!, desde que hemos salido de la Torre de Porthgenna nos vienen siguiendo.

—¡Vaya por donde! ¿Y qué te hace pensar eso? —inquirió tío Joseph.

—¡Chitón! Puede que alguien esté escuchando tras la puerta, que alguien está agazapado bajo la ventana. ¿Te has fijado en ese muchacho que cavaba en el erial?

—¡Bah! ¡Y qué, Sarah!, ¿no me dirás que estás asustada por un chiquillo? ¿Quieres que me asuste de un chiquillo?

—¡Oh, no tan alto!, ¡no tan alto! Nos han tendido una trampa, tío. Ya lo he

sospechado cuando hemos cruzado por primera vez las puertas de la Torre de Porthgenna, y ahora estoy segura de ello. ¿A qué venía sino todo ese cuchicheo entre el ama de llaves y el mayordomo cuando hemos entrado en el vestíbulo? Me he fijado en sus caras, y sé que hablaban de nosotros. No se han sorprendido lo más mínimo ni al vernos, ni al oír lo que queríamos. ¡No te rías de mí, tío! Corremos un gran peligro: no son imaginaciones mías. Las llaves —ven, acércate más—, las llaves de las habitaciones del norte tienen unas etiquetas que antes no tenían: todas las puertas han sido numeradas. ¡Qué me dices de eso! Y del cuchicheo de cuando hemos entrado. Y del cuchicheo de después, en la habitación del ama de llaves, cuando nos hemos levantado para irnos. ¿Te has dado cuenta del repentino cambio de comportamiento de ese hombre después de que terminara de hablar con él el ama de llaves? ¡No me digas que no te has dado cuenta! Nos han dejado entrar, y salir, con demasiada facilidad. ¡No, no estoy alucinando! Tenían algún motivo secreto para dejarnos entrar en la casa, y algún motivo secreto para después dejarnos salir. La presencia de ese muchacho en la ciénaga así lo demuestra. He visto cómo nos venía siguiendo todo el camino hasta aquí, igual de claro que te veo a ti. Ahora no estoy asustada. ¡Tan verdad como que estamos juntos en esta habitación que la gente de la Torre de Porthgenna nos ha tendido una trampa!

—¿Una trampa? ¿Qué trampa? ¿Y cómo? ¿Y por qué? ¿Con qué objeto? —inquirió tío Joseph, agitando las dos manos de un lado a otro cerca de sus ojos, mostrando de este modo su azoramiento.

—Quieren hacerme hablar, quieren seguirme, quieren saber a dónde voy, quieren hacerme preguntas —contestó ella, en un arrebató de temblor—. ¡Tío!, te acordarás de aquellas palabras insensatas que le dije a la señora Frankland: ¡debería haberme cortado la lengua en lugar de haberlas dicho! Han causado un daño terrible: estoy segura de que ya lo han causado. ¡Yo misma he hecho que sospecharan de mí! Si la señora Frankland me encuentra de nuevo me interrogará. Intentará averiguar mi paradero; investigará a dónde nos dirigimos ahora. Debemos destruir toda pista de donde vamos; tenemos que asegurarnos de que la gente de la posada no pueda responder a ninguna pregunta. Oh tío Joseph, hagamos lo que hagamos, asegurémonos de eso.

—Bueno —dijo el anciano, moviendo la cabeza con actitud satisfecha—. Quédate tranquila, hija mía, y déjame hacer a mí, para estar más seguros. Cuando te hayas ido a la cama haré llamar al posadero y le diré: «Por favor, Señor, consíganos un carro que nos lleve mañana de regreso hasta la parada del coche de Truro».

—¡No y no!, aquí no alquilemos un carro.

—¡Pues yo digo que sí, y sí! Alquilaremos el carro aquí, aunque antes que nada me ganará la confianza del posadero. Escucha. Le diré: «Si cuando nos hayamos ido llega gente con ojos inquisitivos y preguntas incómodas en sus labios, por favor,

señor, muérdase la lengua». Entonces le guiño un ojo, me paso el dedo, así, al lado de la nariz, después hago una risita, de esas con doble significado, ya sabes, ¡y pim, pam!, ¡ya me he ganado al posadero! ¡Asunto terminado!

—No nos fiemos del posadero, tío; no nos fiemos de nadie. Cuando nos marchemos mañana hay que hacerlo a pie, y tener cuidado de que no nos siga ni un alma. ¡Mira!, aquí en la pared hay un mapa de West Cornwall, con los caminos y atajos señalados. Podemos averiguar de antemano qué dirección debemos tomar. Una noche de reposo me dará las fuerzas que necesito, y además no llevamos ningún equipaje que no podamos cargar. Tú no tienes más que tu macuto, y yo el bolsón que me has dejado. Podemos andar seis, siete, hasta diez millas, parándonos a descansar por el camino. Ven aquí a mirar el mapa; ¡por favor, ven a mirar el mapa!

Después de protestar por el abandono de su idea, que creía sinceramente que era la mejor solución al apuro en que se hallaban, tío Joseph se situó junto a su sobrina para examinar el mapa. Un poco más allá de la estafeta había un atajo que iba hacia el norte en ángulo recto respecto al camino principal que iba hasta Truro, y otro, que parecía lo suficientemente grande para permitir el paso de carros, que atravesaba un pueblo importante, pues tenía su nombre impreso en mayúsculas. Entonces, Sarah propuso que debían seguir el atajo (de no más de cinco o seis millas de longitud, según el mapa) a pie, absteniéndose de tomar ningún transporte hasta haber llegado al pueblo de letras mayúsculas. Si tomaban este rumbo destruirían todas las pistas de su itinerario, a menos, claro, que desde la estafeta les siguieran a pie, como les habían seguido a lo largo de la ciénaga. En caso de que surgiera una nueva dificultad de ese tipo, Sarah no sugería nada mejor que demorarse en la carretera hasta que anocheciera, dejar que la oscuridad hiciese su trabajo frustrando la vigilancia de cualquier persona que pudiera observarles desde lejos para averiguar a dónde se dirigían.

Tío Joseph se encogió de hombros resignadamente después de oír las razones de su sobrina para querer continuar el viaje a pie.

—Mucho patear por el polvo veo yo aquí, y mucho mirar detrás nuestro, y mucho espiar, y mucho husmear y sospechar y dar rodeos. De ningún modo lo veo más fácil que ganarse al posadero y sentarnos cómodamente en los cojines del carruaje. Pero si así lo deseas, así será. Lo que tú quieras, Sarah, lo que quieras: ésa es la única opinión que me permito tener hasta que hayamos regresado a Truro, y lo dejo sentado de una vez y para siempre hasta el final de nuestro viaje.

—Hasta el final de *tu* viaje, tío; no me atrevo a decir que sea también el final del *mío*.

Esas pocas palabras hicieron que al viejo le cambiara la cara en un instante. Se quedó mirando fijamente con ojos recriminadores a su sobrina, sus mejillas rojizas perdieron su color y sus incansables manos cayeron repentinamente a lo largo de su

cuerpo.

—¡Sarah! —dijo con una voz suave y tranquila que parecía no tener nada en común con el tono que utilizaba normalmente—. ¡Sarah! ¿Tendrás valor para abandonarme de nuevo?

—¿Tendré valor para quedarme en Cornwall? Ésa es la pregunta que deberías hacerme, tío. ¡Oh, si tan sólo pudiera consultarle a mi corazón! ¡Ay! ¡Qué feliz podría vivir bajo tu techo si tú me dejases: bajo tu techo hasta el día de mi muerte! Pero mi estrella no me ofrece tal descanso ni tal felicidad. El pavor que me da ser interrogada por la señora Frankland me impulsa a irme lejos de Porthgenna, lejos de Cornwall, lejos de ti. Ni siquiera el miedo que tengo de que la carta sea encontrada es tan grande como el que me da que me sigan e interroguen. Lo que no tendría que haber dicho, lo he dicho. Si vuelvo a encontrarme con la señora Frankland ya no habrá nada que no pueda sonsacarme. ¡Ay, Dios mío!, esa joven buena y adorable, que allá donde va lleva felicidad para todos, ¡y a mí me da miedo! ¡Miedo cuando sus ojos tristes me miran; miedo cuando me dice algo con su amable voz; miedo cuando su suave mano toca la mía! ¡Tío!, cuando la señora Frankland llegue a Porthgenna los niños se arremolinarán alrededor suyo; todas las criaturas de ese pueblo empobrecido se verán arrastradas hacia la luz de su belleza y su bondad, como si fuese el mismísimo sol del cielo. Y yo, precisamente yo entre todos los seres vivos, ¡debo huir de ella como si fuese la peste! El día en que llegue a Cornwall debo marcharme yo. Ese día tú y yo tendremos que decirnos adiós. ¡No, no me preguntes si tendré valor para dejarte! Así sólo harás más grande mi desdicha. Por la tumba de mi madre, Tío Joseph, créeme si te digo que te estoy agradecida, y que me voy de tu lado en contra, una vez más, de mi voluntad.

Se hundió en un sillón próximo a ella, recostó cansadamente la cabeza sobre el cojín con un profundo y largo suspiro, y no dijo nada más.

Mientras se sentaba a su lado, al tío Joseph le asomaron unas enormes lágrimas a los ojos. Le cogió una mano y se la acarició como si estuviera consolando a un niño pequeño.

—Lo llevaré tan bien como pueda, Sarah —susurró en un lánguido suspiro—, y no lo mencionaré más. ¿Después de dejarme, me escribirás alguna vez? ¿Tendrás un poco de tiempo para el tío Joseph, por el amor de tu pobre madre muerta?

De repente se volvió hacia él y le lanzó los brazos alrededor del cuello con una energía y una pasión que nada tenían que ver con su carácter, por naturaleza tranquilo y reprimido.

—Te escribiré a menudo, querido. No dejaré de escribirte —le susurró con la cabeza reclinada sobre su pecho—. Si alguna vez me encuentro en algún apuro, o corro cualquier peligro, te lo haré saber. —Entonces, se detuvo. Se sentía confusa, como si sus propias palabras y sus actos la aterrorizaran. Se soltó y, apartándose

bruscamente del anciano, se tapó la cara con las manos. La tiranía de la represión que había gobernado toda su vida se manifestaba ahora en todo su vigor en ese gesto mínimo y aislado. ¡Cuán tristemente, cuán elocuentemente!

Tío Joseph se levantó del sillón y caminó despacio de un lado a otro de la habitación mientras miraba ansiosamente a su sobrina sin decir nada. Al cabo de un rato entró la criada para disponer la mesa para la cena. Fue una interrupción oportuna, pues obligó a Sarah a hacer un esfuerzo para recobrarse. Después de terminar de cenar, tío y sobrina se separaron para acostarse, sin atreverse a decir una sola palabra más acerca de su inminente separación.

Al encontrarse a la mañana siguiente, el anciano no había recuperado todavía el ánimo. A pesar de que intentó hablar con la alegría que le era habitual, había una humillación y una calma muy extrañas en su voz, en su mirada y en su actitud. A Sarah se le partió el corazón al ver lo triste que se había puesto su tío ante la idea de su separación. Dijo unas pocas palabras para consolarle y darle ánimos; pero él tan sólo movió su mano negando, con ese curioso estilo propio de su país, y después se apresuró a salir de la habitación en busca del posadero para pedirle la cuenta.

Poco después del desayuno, y para sorpresa de las personas de la posada, se dispusieron a continuar su viaje a pie, macuto al hombro tío Joseph y bolsón en mano su sobrina. Cuando llegaron al desvío que conducía al atajo se detuvieron y miraron atrás. Esta vez no vieron nada que les infundiera temor. No se veía bicho viviente sobre el ancho camino por el que habían estado caminando el último cuarto de hora después de haber partido de la posada.

—El camino está despejado —dijo tío Joseph, al tiempo que tomaban el atajo—. Sea lo que fuere lo que sucediera ayer, ahora no nos sigue nadie.

—Nadie que podamos ver —respondió Sarah—. Pero ni de las mismísimas piedras del borde del camino me fío. Haremos bien en mirar atrás de vez en cuando, tío, antes de poder sentirnos seguros. Cuanto más lo pienso, más me atemoriza el cepo que nos tiene preparado esa gente de la Torre de Porthgenna.

—Has dicho nos, Sarah. ¿Por qué habrían de ponerme un cepo a mí?

—Porque te han visto en mi compañía. Estarás más a salvo cuando nos hayamos separado, y ésa, tío Joseph, es otra de las razones por las que tenemos que asumir la desdicha de nuestra separación con toda la paciencia de que seamos capaces.

—¿Te irás muy lejos, Sarah, después de dejarme?

—Supongo que no me detendré hasta que me haya perdido en la enormidad de Londres. ¡No me mires con esa tristeza! No me olvidaré jamás de mi promesa. No me olvidaré jamás de escribirte. Tengo amigos; no como tú, pero aun así son amigos a los que puedo acudir. En ningún lugar puedo sentirme a salvo de ser descubierta si no es en Londres. El peligro que corro es muy grande, ¡lo es, de veras que lo es! Sé de sobras, por lo que he visto en Porthgenna, que la señora Frankland me está buscando;

y estoy segura de que este interés suyo por encontrarme será diez veces mayor en cuanto oiga, como a buen seguro oirá, lo que ha sucedido en la casa. Si te siguen a ti hasta Truro, ¡oh, guarda cuidado, tío!, guarda cuidado cuando trates con ellos, ¡pon cuidado en cómo respondes a sus preguntas!

—No responderé a nada, pequeña. Pero dime, pues quiero estar al corriente de cualquier pequeña posibilidad que haya de que vuelvas a casa: si la señora Frankland encuentra la carta, ¿qué harás entonces?

Ante esa pregunta, la mano de Sarah, que había estado reposando lánguidamente sobre el brazo de su tío mientras caminaban juntos, se cerró de repente.

—Aunque la señora Frankland entre en la Habitación del Mirto —dijo ella, deteniéndose y mirando asustada alrededor suyo al tiempo que contestaba—, no encontrará la carta. Está doblada minuciosamente, y escondida en un lugar remoto.

—¿Pero si aún así la encuentra?

—Si lo hace tendré más razones que nunca para estar a millas y millas de distancia.

Al decir esto se llevó las manos al corazón y las apretó firmemente sobre él. Una pequeña mueca atravesó rápidamente sus facciones: sus ojos se cerraron, se ruborizó, y después se puso más pálida que nunca. Sacó su pañuelo y se lo pasó varias veces por la cara para secar el denso sudor que la cubría. A Sarah le había parecido ver a alguien que les seguía, y se había detenido. Al darse cuenta de ello, el viejo había mirado tras de él y le había preguntado si tenía calor. Ella negó con la cabeza y se cogió de nuevo a su brazo, y así continuaron. Como había supuesto su tío, Sarah respiraba con alguna dificultad, y él le propuso que se sentaran a la orilla del camino para descansar un poco. Pero ella tan sólo contestó: «Todavía no». Así pues, continuaron caminando otra media hora; luego se volvieron de nuevo a mirar y, como siguieron sin ver a nadie, se sentaron a descansar un rato en un banco al lado del camino.

Después de detenerse en dos ocasiones más en sendos lugares apropiados para descansar, llegaron al final del atajo. En el camino principal fueron recogidos por un hombre que iba en una carreta vacía, quien se ofreció a llevarlos hasta el pueblo más próximo. Aceptaron agradecidos la propuesta y, al llegar al pueblo, tras un viaje de media hora, el hombre los dejó en la puerta de la mejor posada del lugar. Después de preguntar en ella, averiguaron que ya era demasiado tarde para tomar el coche de línea. Cogieron una diligencia privada que los dejó en Truro pasada media tarde. A lo largo de todo el camino, desde el momento en que dejaron la estafeta de Porthgenna hasta que se detuvieron, por deseo de Sarah, en el despacho de billetes de Truro, no vieron nada que les despertara la menor sospecha de que sus movimientos estuvieran siendo observados. Ninguna de las personas con las que se cruzaron en el camino, o que vieron en los lugares habitados, pareció fijarse en ellos más que casualmente.

Eran las cinco cuando entraban en la oficina de Truro para interesarse por las diligencias que iban en dirección a Exeter. Les informaron de que un coche saldría al cabo de una hora, y que otro pasaría por Truro a las ocho de la mañana siguiente.

—No te marches esta misma noche —rogó el tío Joseph—. Espérate, pequeña, y quédate a descansar conmigo hasta mañana.

—Es mejor que me vaya ahora que todavía me queda un poco de ánimo, tío —fue su triste respuesta.

—Pero estás tan pálida, tan cansada, tan débil.

—Nunca estaré más fuerte de lo que estoy ahora. ¡No pongas a mi propio corazón en mi contra! Ya es bastante difícil irse, no hay ninguna necesidad de eso.

Tío Joseph suspiró y no dijo nada más. Cruzó la calle y, siempre llevando la delantera, bajó por la callejuela hasta su casa. El hombre que habían dejado a cargo de la tienda estaba puliendo una pieza de madera detrás del mostrador, sentado en la misma posición en que Sarah lo había encontrado la primera vez que había mirado por la ventana a su llegada a Truro. Tenía buenas noticias para su patrón sobre algunos encargos recibidos, pero tío Joseph escuchó distraídamente cuanto le dijo su dependiente, y entró deprisa en su pequeño gabinete sin el menor asomo de su sonrisa habitual.

—Si no tuviera ni tienda ni encargos, tal vez me iría contigo, Sarah —dijo, cuando se quedaron solos él y su sobrina—. ¡Aïe! ¡Aïe!, los preparativos y la ida han sido la única parte feliz de este viaje. Siéntate y descansa, pequeña. A mal tiempo, buena cara: voy a hacerte un té.

Después de dejar la bandeja del té sobre la mesa, salió de la habitación y regresó con un cesto en la mano. Cuando el maletero vino a llevarse el equipaje al despacho de billetes, tío Joseph no permitió que se llevara el cesto, sino que se sentó y lo guardó entre sus pies mientras se dedicaba a ponerle una taza de té a su sobrina.

Todavía llevaba la caja de música colgada al hombro en su funda de viaje de cuero. Tan pronto como le hubo servido la taza de té soltó la hebilla de la correa, sacó la caja de dentro de la funda y la puso sobre la mesa que había a su lado. Al mismo tiempo, sus ojos, vacilantes, miraban de vez en cuando a Sarah. Se inclinó hacia adelante con un ligero temblor en sus labios, su mano jugando inquieta con la funda de cuero vacía sobre sus rodillas, y le dijo con tono inseguro y apocado:

—¿Querrás oír una cancioncilla de despedida de Mozart? Puede que pase mucho tiempo antes de que pueda tocar para ti de nuevo. ¡Anda, una cancioncilla de despedida antes de irte!

Su mano subió lentamente de la funda de cuero hasta la mesa, puso en marcha la caja y ésta tocó la misma canción que Sarah había oído la tarde en que había entrado en el gabinete después de su viaje desde Somersetshire y se había encontrado a su tío sentado a solas escuchando la música. ¡Cuán profunda tristeza había ahora en esas

pocas notas sencillas! ¡Cuán amargos recuerdos de tiempos pasados se agolpaban y agitaban en su corazón ante la simple proposición de escuchar esa pequeña y sencilla melodía! Sarah no tuvo el coraje de mirar a su tío a la cara: eso la hubiese delatado, su tío se hubiese dado cuenta de que estaba pensando en los días en que la caja que guardaba como un tesoro tocaba la tonada que ahora estaban escuchando junto a la cama de su hijo moribundo.

Tío Joseph no había accionado el mecanismo de paro, y la melodía, después de llegar al final, comenzó de nuevo. Pero esta vez, después de los primeros compases las notas fueron sucediéndose unas a otras cada vez más lentamente, la tonada fue haciéndose cada vez más irreconocible, fue declinando finalmente hasta sólo tres notas, cada una seguida de la anterior por un largo intervalo, y terminó de golpe. La cadenilla que accionaba la maquinaria se había salido del todo, y la cancioncilla de despedida de Mozart cesó de repente, como una voz que se hubiese roto.

El anciano se levantó miró gravemente a su sobrina y tiró la funda de cuero contra la caja, como si deseara no volver a verla más.

—¡La música se paró igual —murmuró para sí, en su idioma—, cuando el pequeño Joseph murió! ¡No te vayas! —añadió rápidamente en inglés, casi sin darle a Sarah tiempo de sorprenderse ante el extraño cambio que se había producido en la voz y la actitud de su tío—. ¡No te vayas! Piénsalo mejor y quédate conmigo.

—No me queda más remedio que dejarte, tío; ¡de verdad que no! ¿No me consideras una desagradecida, verdad? ¡Dime que no, quítame de encima ese peso antes de que me vaya!

Le apretó la mano en silencio y le besó en las dos mejillas.

—Me llenas el corazón de pena, Sarah —dijo—. ¡Empiezo a temer que esta vez no es por tu propio bien que te alejas del tío Joseph!

—No me queda más remedio —repitió tristemente— que dejarte.

—Pues entonces ha llegado el momento de terminar con la despedida —las sombras de la duda y el miedo que habían alterado su semblante desde el instante en que la música había llegado a su inesperado final pareció hacerse más oscura cuando dijo estas palabras. Cogió la cesta que tan cuidadosamente había guardado entre sus pies y salió de la habitación delante de su sobrina. Llegaron al despacho de billetes con el tiempo justo: el cochero ya estaba subiendo a su asiento.

—Qué Dios te bendiga, hija mía, y que te traiga de regreso pronto, sana y salva. Ponte la cesta en la falda: dentro hay algunas cosillas para el viaje —le falló la voz al pronunciar la última palabra, y Sarah sintió la presión de sus labios sobre su mano. Un instante después, la puerta se cerró y, a través de sus lágrimas, lo vio borrosamente de pie sobre el empedrado, entre los ociosos que aguardaban ver partir el coche.

Solamente cuando se hubieron alejado un poco del pueblo Sarah pudo secarse las

lágrimas y mirar dentro de la cesta. Contenía un bote de mermelada y una cuchara de cuerno, un pequeño costurero damasquino procedente de las existencias de la tienda, un trozo de queso que parecía extranjero, unos bizcochos y un paquetito de papel que contenía dinero con las palabras «No te enfades» escritas con la letra de tío Joseph. Sarah volvió a cerrar la tapa de la cesta y se bajó el velo. Hasta ese momento no había sentido el dolor de tener que irse en toda su amargura. ¡Oh, qué cruel era estar desterrada del acogedor hogar que le ofrecía el único amigo que le quedaba en este mundo!

En el mismo instante en que este pensamiento pasaba por su mente, el anciano cerraba la puerta de su solitario gabinete. Sus ojos vagaron hacia la bandeja de té que había sobre la mesa, y luego hacia la taza vacía de Sarah, y dijo para sí en voz baja, y en su idioma:

—¡La música también se paró cuando el pequeño Joseph murió!

LIBRO QUINTO

CAPÍTULO I

Un viejo amigo y un nuevo plan

Al sospechar que el muchacho que había visto cavando en la ciénaga les había seguido hasta la estafeta de Porthgenna, Sarah estaba realmente en lo cierto. Jacob los había seguido hasta la posada, había esperado un rato en la puerta para comprobar si había alguna probabilidad de que los forasteros prosiguieran su viaje aquella misma tarde, y después había regresado a la Torre de Porthgenna para dar cuenta de los hechos y reclamar la recompensa prometida.

Esa misma noche, el ama de llaves y el mayordomo se consagraron a la elaboración conjunta de una carta para la señora Frankland en la que la informaban de todo cuanto había sucedido desde el momento en que habían aparecido los forasteros hasta cuando el muchacho del jardinero los había seguido hasta la puerta de la posada. La redacción estaba copiosamente aderezada de principio a fin con la floreada retórica del señor Munder y, necesaria y consecuentemente, resultó ser tan extensa como un cuento, y tan desesperadamente desconcertante como una declaración judicial.

No hace falta decir que la carta, con todos sus defectos y disparates, fue leída por la señora Frankland con un enorme interés. A Su marido y al señor Orridge, a quienes comunicó su contenido, la carta les dejó tan absortos y confusos como a ella misma. A pesar de que al descubrir que la señora Jazeph había partido hacia Cornwall habían llegado a considerar la posibilidad de que ésta pudiera aparecer en Porthgenna, y a pesar de que ese presentimiento era el motivo de la carta que el ama de llaves había recibido de Rosamond, ni ella ni su marido confiaban que sus sospechas se vieran confirmadas tan rápidamente. Su sorpresa al descubrir el propósito de la carta fue poca, sin embargo, comparada con su asombro al llegar a los episodios que hacían especial referencia a tío Joseph. La nueva complicación que suponía la entrada en escena del extranjero y su estrecha relación con los extraordinarios hechos que habían tenido lugar en la casa, y que venía a añadirse al misterio ya grande de por sí de la señora Jazeph y la Habitación del Mirto, los había dejado a todos absolutamente desconcertados. Leyeron la carta una y otra vez; diseccionándola críticamente párrafo a párrafo; el doctor tomó notas cuidadosamente con el fin de desenredar los hechos de la masa de palabras sin sentido en que el señor Munder los había envuelto artera y frondosamente. Después de todos estos quebraderos de cabeza tratando comprenderla, fue calificada como el documento más misterioso y desatinado escrito jamás por ninguna pluma mortal.

Después, desesperados, dejaron la carta a un lado, y fue Rosamond quien hizo la primera sugerencia práctica. Propuso que ella y su marido, además del bebé, por

supuesto, debían partir de inmediato hacia Porthgenna para interrogar minuciosamente a los criados acerca de la conducta de la señora Jazeph y el extranjero que la había acompañado, e inspeccionar las dependencias del lado norte de la casa con la intención de descubrir alguna pista que permitiera localizar la Habitación del Mirto mientras los sucesos estuvieran frescos en la memoria de los testigos. El plan, a pesar de ser excelente en sí mismo, encontró la oposición del doctor Orridge por razones médicas. La señora Frankland se había resfriado al haberse expuesto sin demasiado cuidado a las corrientes de aire al salir por primera vez de la habitación, y el doctor se negó a darle permiso para viajar al menos en el plazo de una semana, si no era por un periodo más largo.

La siguiente propuesta vino del señor Frankland. Manifestó tener perfectamente claro que la única posibilidad de desentrañar el misterio de la Habitación del Mirto era encontrando alguna forma de poder hablar con la señora Jazeph. Sugirió que no debían distraerse pensando en cualquier otra cosa que no tuviera que ver con el cumplimiento de este propósito, y propuso que el criado que en ese momento estaba a su servicio en West Winston —un hombre que llevaba en ese empleo muchos años, y en cuyo celo, eficacia e inteligencia se podía confiar plenamente—, fuera enviado a Porthgenna sin dilación para que iniciara las pesquisas necesarias e inspeccionara cuidadosamente las dependencias del lado norte de la casa.

Su propuesta fue llevada a cabo inmediatamente. En el plazo de una hora, el criado partió hacia Cornwall con las instrucciones de lo que debía hacer, y bien provisto de dinero para el caso de que tuviera que emplear a muchas personas para llevar a cabo las pesquisas propuestas. A su debido tiempo le envió a su señor un informe de sus diligencias. Resultó ser desalentador.

En la estafeta de Porthgenna se había perdido toda pista de la señora Jazeph y de su acompañante. Se habían llevado a cabo investigaciones en todas las direcciones, pero no se había obtenido ninguna información fiable. Personas de partes totalmente diferentes del país declararon, con no poca disposición, que habían visto a dos personas que respondían a la descripción de una dama con un vestido oscuro y un anciano extranjero. Pero cuando se les requería que indicaran la dirección en que viajaban los dos desconocidos, las respuestas obtenidas resultaron ser de lo más desconcertantes y contradictorias. No se habían ahorrado esfuerzos, ni regateado el desembolso de dinero, pero hasta el momento no se había obtenido ningún resultado que tuviera la menor valía. En el estado presente de sus pesquisas, el criado del señor Frankland no se hubiese siquiera atrevido a decir si la dama y el extranjero se habían ido por el este, el oeste, el norte, o el sur.

El informe referente a la inspección de las habitaciones del norte no fue más satisfactorio; en lo tocante a eso, no pudo hallarse nada que fuera de la menor importancia. El criado había comprobado que en el lado deshabitado de la casa había

veintidós habitaciones —seis en la planta baja que daba acceso al jardín; ocho en el primer piso y encima de éstas, ocho más en el segundo piso. Había examinado cuidadosamente todas las puertas de arriba a abajo y había llegado a la conclusión de que ninguna de ellas había sido abierta. La prueba que aportaba el propio comportamiento de la dama no condujo a nada. Según el testimonio de la doncella — si podía confiarse en tal aportación—, a la dama se le habían caído las llaves en el suelo del vestíbulo. La encontraron, tal y como aseguraban el ama de llaves y el mayordomo, caída y en estado de desfallecimiento, en lo alto del rellano del primer tramo de escaleras. La puerta que había enfrente no mostraba ninguna señal distinta a las de las otras puertas de las veintiuna habitaciones restantes que pudiera indicar que hubiese sido abierta recientemente. Si la habitación en la que quería entrar era una de las ocho del primer piso, o si se había desmayado mientras subía a una de las ocho habitaciones del segundo, fue algo imposible de determinar.

Las únicas conclusiones que más o menos se pudieron establecer, a partir de los acontecimientos que habían tenido lugar en la casa, fueron dos. En primer lugar, se podía concluir que la dama había sido interrumpida antes de haber podido utilizar las llaves para entrar en la Habitación del Mirto. Segundo, se podía presuponer, por la posición en que la habían encontrado en las escaleras, y por la prueba referente las llaves caídas, que la Habitación del Mirto no se hallaba en la planta baja, sino que tenía que ser una de las dieciséis situadas bien en el primer piso, bien en el segundo. Aparte de esto, el autor del informe no podía añadir ninguna otra cosa, excepto que se había tomado la libertad de esperar en Porthgenna que su señor tuviese más instrucciones que comunicarle.

¿Qué hacer? Esa era necesariamente la primera pregunta que sugería el anuncio del resultado infructuoso de las indagaciones llevadas a cabo en Porthgenna. La respuesta no resultaba demasiado fácil de adivinar. Ni la señora Frankland ni el señor Frankland ni el doctor tenían ninguna sugerencia. Los tres, cuanto más industriosamente rebuscaban en sus mentes a la caza de alguna idea, menos probabilidades parecía de que lograsen encontrar una. Al final, Rosamond propuso, a la desesperada, que debían pedir consejo a una cuarta persona de confianza; y le pidió permiso a su marido para escribirle una nota confidencial al vicario de Long Beckley explicándole el problema que tenían. El Doctor Chennery era el amigo y consejero más antiguo que tenían. Los conocía a ambos desde que eran niños, estaba enterado de la historia de sus familias, sentía un interés paternalista por la suerte del joven matrimonio, y poseía la virtud inestimable de ser un hombre de sentido común sencillo y a la vez lúcido, lo que le convertía en la persona que tenía más posibilidades, y seguramente más deseos, de ayudarles.

El señor Frankland estuvo enseguida de acuerdo con la sugerencia de su esposa, y Rosamond escribió al Doctor Chennery al momento, informándole de todo cuanto

había acontecido desde el primer encuentro con la señora Jazeph, y pidiéndole su opinión acerca de cuál debía ser el mejor procedimiento que ella y su marido podían adoptar dado el embrollo en que se hallaban. A vuelta de correo recibieron una respuesta que justificaba de sobras la confianza que Rosamond había puesto en su viejo amigo. El Doctor Chennery no solamente simpatizaba de todo corazón con la ávida curiosidad que el lenguaje y el comportamiento de la señora Jazeph había despertado en la mente de su corresponsal, sino que además él mismo quería proponer un plan para averiguar la ubicación de la Habitación del Mirto.

Antes de comentar su sugerencia, el reverendo expresó su opinión fuertemente contraria a continuar con la búsqueda de la señora Jazeph. A juzgar por las circunstancias, tal como a él le habían sido explicadas, consideraba que tratar de encontrarla iba a ser una simple pérdida de tiempo. Por consiguiente, dejó enseguida ese tema de lado y formuló la pregunta más importante: ¿cómo debían actuar el señor y la señora Frankland en su empeño por descubrir por su cuenta el misterio de la Habitación del Mirto?

Respecto a esto, el Doctor Chennery estaba absolutamente convencido de algo, y le advirtió de antemano a Rosamond que iba a quedarse muy sorprendida cuando le manifestara de qué se trataba. Dando por sentado que ella y su marido no podrían descubrir dónde se hallaba la habitación, a menos que les ayudara alguien que conociese mejor que ellos la antigua distribución interior de la Torre de Porthgenna, el reverendo opinaba que solamente había una persona que pudiera proporcionarles la información que necesitaban, y que esta persona no era otra que el intratable pariente de la propia Rosamond, su tío Andrew Treverton.

El Doctor Chennery sustentaba esta incómoda opinión en dos razones. En primer lugar, Andrew era el único miembro que quedaba con vida de la generación más vieja que había vivido en la Torre de Porthgenna en los tiempos pasados, cuando todas las historias relacionadas con las habitaciones del ala norte todavía estaban frescas en la memoria de los habitantes de la casa. Las personas que ahora vivían en ella eran unos desconocidos que habían sido puestos ahí por el padre del señor Frankland, mientras que los criados empleados en otros tiempos por el Capitán Treverton o habían fallecido o se habían dispersado. Por lo tanto, la única persona disponible cuyos recuerdos podían resultar de alguna utilidad al señor y la señora Frankland era indiscutiblemente el hermano del antiguo propietario de la Torre de Porthgenna.

En segundo lugar, existía la posibilidad, aun en el caso de que no se pudiera confiar en la memoria de Andrew Treverton, de que éste poseyera información, manuscrita o impresa, en relación con la ubicación de la Habitación del Mirto. Por deseo expresado en el testamento de su padre —que había sido hecho cuando Andrew era un muchacho que empezaba a asistir a la universidad, y que no había sido modificado ni en la época en que se había marchado de Inglaterra, ni posteriormente

— había heredado la antigua y selecta colección de libros de la biblioteca de Porthgenna. Suponiendo que todavía conservara estos bienes heredados, era muy probable que entre ellos hubiese algún plano, o alguna descripción de la casa tal como era en los viejos tiempos, lo cual aportaría la información que necesitaban. Aquí había, pues, otra buena razón para pensar que si existía alguna pista acerca de la ubicación de la Habitación del Mirto en alguna parte, ésta se encontraba necesariamente en manos de Andrew Treverton.

Por consiguiente, y dando por hecho que el viejo e insolente misántropo era la única persona adecuada a quien se podía recurrir para obtener la información requerida, la siguiente pregunta era, ¿cómo ponerse en contacto con él? El reverendo entendía perfectamente que, después del comportamiento inadmisiblemente cruel de Andrew hacia el padre y la madre de Rosamond, a ésta le resultara casi imposible pedirle personalmente ningún favor. Ese obstáculo, sin embargo, podía salvarse si el que se ponía en contacto con él era el propio Doctor Chennery. A pesar de que sentía una sincera aversión hacia Andrew Treverton y desaprobaba completamente los principios del viejo misántropo, estaba dispuesto a dejar a un lado la antipatía y las diferencias personales con el fin de servir el interés de sus jóvenes amigos, a los que hizo saber que estaba disponible para escribirle a Andrew Treverton recordándole quién era la persona que le estaba escribiendo y pidiéndole, como si se tratase de una manifestación de curiosidad propia de un anticuario, información sobre el lado norte de la Torre de Porthgenna, incluyendo especialmente, por supuesto, los nombres de cada una de las habitaciones tal como se las conocía en tiempos pasados.

Al hacer este ofrecimiento, el reverendo reconoció sinceramente que él mismo pensaba que tenía muy pocas probabilidades de recibir respuesta alguna a su petición, por más que la formulase con toda clase de precauciones, e intentando satisfacer el carácter peculiarmente grosero de Andrew. Sin embargo, teniendo en cuenta cómo se hallaban las cosas en ese momento, una esperanza, por pequeña que fuera, era mejor que nada. Por eso pensaba que valía la pena intentar llevar a cabo el plan que acababa de sugerir. Si el señor y la señora Frankland podían pensar en una idea mejor para abrir una vía de diálogo con Andrew Treverton, o si habían descubierto por su cuenta alguna nueva forma de obtener la información que precisaban, el Doctor Chennery estaba completamente dispuesto a dejar de lado su opinión personal y aceptar la de ellos.

Tras una breve consideración de la amigable carta del reverendo, Rosamond y su marido se convencieron de que lo único que podían hacer era aceptar agradecidos la oferta que contenía. Las probabilidades de que la petición que sugería tuviera algún éxito, eran verdaderamente pocas. Pero ¿acaso eran mayores las probabilidades de que terminara con éxito un registro de Porthgenna sin la ayuda de nadie? Con la petición de información que proponía el Doctor Chennery, al menos tenían alguna

esperanza de obtener algún resultado; mientras que no podían tener ninguna si se adentraban en un misterio ignorando dónde tenían que buscar entre dieciséis habitaciones. Alentada por estas consideraciones, Rosamond respondió a la carta del reverendo agradeciéndole su amabilidad y rogándole que, tal como él mismo había propuesto, se pusiera en contacto con Andrew Treverton sin demora.

El Doctor Chennery se puso inmediatamente a redactar la importantísima carta, teniendo cuidado de formular su petición tal como lo haría un anticuario, y justificando su supuesta curiosidad en el tema del interior de la Torre de Porthgenna atribuyéndola a su antiguo conocimiento de la familia Treverton y a su natural interés por la vieja casa a la que el nombre y la dicha de este linaje habían estado tan estrechamente unidos. Para obtener la información que necesitaba, después de apelar a los primeros recuerdos de Andrew fue un poco más lejos e hizo alusión a la biblioteca de libros antiguos, mencionando su creencia particular de que entre ellos podría hallarse tal vez algún plano o descripción escrita de la casa que podría resultar de una grandísima utilidad en caso de que la memoria del señor Treverton no hubiese conservado todos los detalles en relación con los nombres y la distribución de las habitaciones del ala norte. Ya en la conclusión, se tomó la libertad de mencionar que el préstamo de cualquier documento que contuviera la información a la que había hecho alusión, o el permiso de que se sacaran algunos extractos, sería reconocido agradecidamente como un gran favor, y finalmente añadió en una posdata que, con el fin de ahorrarle al señor Treverton cualquier molestia, un mensajero acudiría a su casa al día siguiente de la recepción de la carta para recoger cualquier respuesta que quisiera dar. Tras completar la carta en estos términos, el reverendo la puso en un sobre y se la envió al caballero que se ocupaba de sus negocios en Londres, con instrucciones de que debía ser entregada por una persona de confianza, y de que el mensajero tenía que acudir de nuevo a la mañana siguiente para comprobar si había alguna respuesta.

Tres días después de que esta carta fuese entregada a su destino —periodo durante el cual no se recibió del Doctor Chennery ninguna clase de noticia—, Rosamond obtuvo por fin el permiso de su médico para viajar. Despidiéndose del doctor Orridge con la promesa de que le haría saber cómo iba el asunto de la Habitación del Mirto, el señor y la señora Frankland dejaron atrás West Winston y, por tercera vez, salieron de viaje hacia la Torre de Porthgenna.

CAPÍTULO II

El principio del fin

Era día de hornear el pan en la residencia de Andrew Treverton cuando el mensajero provisto de la carta del Doctor Chennery se abrió camino hasta la puerta del jardín de la casa de campo de Bayswater. Después de haber llamado tres veces escuchó una voz malhumorada al otro lado de la tapia, rugiéndole que dejara en paz la campana y preguntándole quién era y qué diablos quería.

—Una carta para el señor Treverton —dijo el mensajero, apartándose nerviosamente de la puerta mientras hablaba.

—¡Pues tírela por encima de la tapia y lárquese, hombre! —respondió la voz malhumorada.

El mensajero obedeció ambos requerimientos. Era un hombre de edad, modesto y sumiso. Y cuando la Naturaleza mezcló los ingredientes de su carácter, la capacidad de ofenderse por las injurias no estaba entre ellos.

El hombre de la voz malhumorada —o, hablando en plata, el criado Shrowl— recogió la carta, la sopesó en su mano, miró la dirección con una expresión de curiosidad desdeñosa en sus ojos de bull-terrier, se la puso en el bolsillo del chaleco y caminó perezosamente hasta la entrada de la cocina.

En el cuarto que probablemente hubiese sido denominado despensa de pertenecer la casa a cualesquiera otros inquilinos que fueran eso que se dice civilizados, había un molinillo. En el instante en que Shrowl entró en ese cuarto, el señor Treverton estaba ocupado en defender su independencia frente a todos los molineros de Inglaterra por el método de moler él mismo su propio maíz. Cuando su criado apareció por la puerta dejó de darle vueltas a la manivela, mostrándose irascible.

—¿A qué ha venido? —preguntó—. Cuando la harina esté lista, ya le avisaré. ¡No quiero que nos veamos más de lo necesario! Lo cierto es que no suelo ponerle la vista encima, Shrowl, pero a veces me pregunto si en toda la creación existe un animal más asqueroso que el hombre. Esta mañana he visto un gato en la pared del jardín, y no había entre él y usted ni punto de comparación. Los ojos del gato eran claros: los suyos son turbios. El gato tenía la nariz recta: la suya está torcida. Él tenía los bigotes limpios: usted sucios. A él le quedaba ajustado su pelaje: a usted le cuelga como un saco. Se lo repito, Shrowl, la especie a la que usted y yo pertenecemos es la más repugnante de toda la faz de la Tierra. No nos quedemos cerca por más tiempo, y así nos evitaremos sentir asco el uno del otro. ¡Lárquese de aquí, usted el peor, el último, y el más inútil de los abortos de la Naturaleza! ¡Lárquese!

Shrowl escuchó esta obsequiosa diatriba con un talante que revelaba su insolente serenidad. Luego sacó la carta del bolsillo de su chaleco, sin dignarse a responder. A

estas alturas, era demasiado consciente del poder que ejercía sobre su señor como para darle la menor importancia a cualquier cosa que el señor Treverton le pudiera decir.

—Ahora que ya ha dicho todo lo que tenía que decir, por qué no le echa una ojeada a eso —dijo Shrowl, dejando caer desdeñosamente la carta sobre la mesa que había junto a su señor—. No es muy frecuente que alguien se tome la molestia de enviarle una carta, ¿no es así? A lo mejor es que a su sobrina le ha dado por escribirle. El otro día venía en los periódicos que ha tenido un heredero. Abra la carta, quizá sea una invitación para el bautizo. Seguro que la buena sociedad estaría encantada de ver su cara sonriente en la mesa y que les contara cosas chistosas. Deje que le dé un poco al molinillo mientras va usted a comprar un cubilete de plata. El heredero espera un cubilete, sabe, y su enfermera espera media guinea, y su mamá espera toda su fortuna. ¡Qué placer debe dar el poder hacer felices a esas tres criaturas inocentes! Me sorprende que ponga usted esa cara tan extraña. ¡Dios! ¡Dios!, ¿dónde se habrá ido su capacidad de amar?

—Si supiese dónde encontrar un bozal, se lo embutiría en esa boca infernal que tiene —exclamó el señor Treverton—. ¿Cómo se atreve usted a hablarme de mi sobrina? ¡Miserable! Sabe usted que la odio por culpa de su madre. ¿Qué pretende siempre con la misma canción de mi fortuna? Antes de dejársela a la hija de la comedianta se la dejaría incluso a usted. Aunque antes de dejársela a usted metería hasta el último cuarto de penique en un bote ¡y lo enterraría para siempre en el fondo del mar!

Después de desahogarse con esas fuertes palabras, el señor Treverton cogió la carta del Doctor Chennery y la abrió con un humor que en modo alguno hacía pensar que el reverendo se las pudiera prometer muy felices con su solicitud.

Leyó la carta con un gesto ominoso en la cara que se fue oscureciendo a medida que se iba acercando al final. Cuando llegó a la firma le cambió el humor y estalló en una risa sardónica.

—Sinceramente suyo, Robert Chennery —repitió para sí mismo—. ¡Sí!, sinceramente suyo, si le concedo su capricho. ¿Y qué pasa si no, señor cura? —aguardó un momento, y después volvió a mirar la carta, poniendo de nuevo mala cara—. Aquí hay alguna mentira acechando bajo estas palabras inmaculadas —musitó suspicazmente—. Yo no soy de su rebaño: la ley no le da ningún derecho a imponerme a *mí* nada. ¿Qué es lo que pretende? —se calló de nuevo, pensó un poco, de súbito miró a Shrowl y le dijo—: ¿Ha encendido ya el fuego del horno?

—No, no lo he *encendido* —respondió Shrowl.

El señor Treverton leyó la carta por tercera vez, dudó un momento, luego la rompió lentamente por la mitad, y le tiró los dos trozos despectivamente a su criado.

—Encienda el fuego de una vez —dijo—. Y si quiere papel, ahí tiene. ¡Espere! —

añadió, después de que Shrowl hubiera recogido la carta rota—. Si mañana viene alguien pidiendo una respuesta, dígame que he encendido el fuego con la carta, y que ésa es la respuesta —tras estas palabras, el señor Treverton volvió al molino y continuó moliendo, con una sonrisa de maliciosa satisfacción dibujada en su cara macilenta.

Shrowl se retiró a la cocina, cerró la puerta y, después de juntar los pedazos de la carta sobre la mesa se dedicó a leerla con calculada premeditación. Cuando la hubo repasado despacio y con cuidado de principio a fin, desde el remitente hasta la firma, se rascó su barba raída durante un rato, pensativamente, luego dobló cuidadosamente la carta y se la puso en el bolsillo.

—Más tarde le echaré otra ojeada —pensó, mientras rompía un trozo de un diario viejo para encender el fuego—. Me huelo yo que se puede hacer algo mejor con esta carta que echarla al fuego.

Decidido a no sacar la carta de su bolsillo hasta que terminara, perezosamente, con las tareas domésticas de ese día, Shrowl encendió el fuego, dedicó la mañana a amasar y hornear el pan, y después, cuando fue su turno, cavó pacientemente en el huerto de la cocina. Eran las cuatro de la tarde cuando se sintió por fin libre para dedicarse a pensar en sus cosas, y se aventuró a retirarse con la intención de repasar secretamente la carta una vez más.

Una segunda lectura de la desafortunada solicitud que el Doctor Chennery le había dirigido al señor Treverton terminó de convencer a Shrowl de que no debía romper la carta.

Después de enormes fatigas, perseverancia y mucho rascarse la barba, decidió que debía estudiar a fondo tres puntos clave, que eran, a su parecer, los que poseían una seria y prominente importancia.

Lo primero que estableció con claridad en su mente era que la persona que había firmado como Robert Chennery estaba deseoso de estudiar un plano, o una descripción impresa del lado norte de una casona de Cornwall llamada Torre de Porthgenna. El segundo punto parecía que venía a decir que Robert Chennery creía que algún plano o descripción impresa de este estilo podría hallarse entre la colección de libros que pertenecían al señor Treverton. Lo tercero era que el tal Robert Chennery recibiría el préstamo del plano o de la descripción como uno de los mayores favores que se le podían conceder. Después de meditar sobre este último hecho, con el ojo puesto exclusivamente en la contemplación de sus propios intereses, Shrowl llegó a la conclusión de que bien valía la pena, desde un punto de vista pecuniario, ser él mismo quien se pusiera en posición de poder complacer a Robert Chennery, buscando en secreto entre los libros de su señor. «Me podría ganar un billete de cinco libras si llevo bien el asunto» pensó Shrowl, metiéndose de nuevo la carta en el bolsillo y subiendo pensativamente por las escaleras a los trasteros de la

parte superior de la casa.

Había dos trasteros en la casa, completamente desamueblados, con todo el suelo cubierto de los libros excepcionales que en su día habían adornado la biblioteca de la Torre de Porthgenna. Llenos de polvo, esparcidos por todos lados, puestos de cualquier manera sobre el suelo, había cientos y cientos de volúmenes, arrancados de sus estanterías como se arroja al sótano un saco de carbón. Libros antiguos, que los estudiantes hubiesen tenido por un tesoro de valor incalculable, estaban abandonados en el caos, al lado de otros más modernos cuyo mayor mérito era la belleza con la que estaban encuadernados. Shrowl vagaba ahora por selva de volúmenes esparcidos, arropado en la serenidad de su suprema ignorancia, en busca de un libro sin otra luz a seguir que el descaecido brillo de las tres palabras que lo habían de guiar: Torre. De. Porthgenna. Habiéndolas ya fijado en su mente, su siguiente objetivo era buscar hasta encontrarlas impresas en la primera página de alguno de los cientos de volúmenes que había alrededor suyo. Ésta era, de momento, su tarea más importante en esta vida, y ahí estaba él ahora, en el mayor de los dos trasteros, obstinadamente decidido a realizarla.

Hizo con los pies un claro lo suficientemente grande para poder sentarse cómodamente en el suelo, y luego empezó a hojear los libros que tenía al alcance de la mano. Ediciones raras de los clásicos, de historiadores ingleses, obras teatrales isabelinas, libros de viajes, de sermones, libros burlescos, de historia natural, de deportes, fueron apareciendo uno tras otro en una curiosa y rápida alternancia; pero ninguno tenía las palabras Torre de Porthgenna en la cubierta, que recompensarían la industriosa búsqueda de Shrowl durante los primeros diez minutos en que estaba sentado en el suelo.

Antes de cambiar de lugar y de tenérselas con una nueva pila de libros hizo una pausa y se puso a pensar si no habría algún método más fácil y ordenado que los que había considerado para abrirse camino entre la masa de libros que todavía quedaba por mirar. El resultado de sus reflexiones fue que el lío sería menor si miraba los libros independientemente del lugar en que estaban, eligiéndolos simplemente por su tamaño, empezando por los que fuesen más grandes; luego, después de apartarlos a un lado, seguir con los siguientes en tamaño, y así hasta llegar a los de bolsillo. Así pues, hizo otro claro en el suelo cerca de la pared y después, atropellando los libros igual que si fuesen terrones de tierra en los surcos de un campo de cultivo, recogió el volumen más grande de cuantos había en el suelo.

Era un atlas. Shrowl hojeó los mapas, pensó, meneó la cabeza, y trasladó el libro al espacio que había despejado cerca de la pared.

El siguiente libro en tamaño era una magnífica colección de grabados de personajes distinguidos. Shrowl los saludó con un gruñido de áspera desaprobación, y los llevó junto a la pared a hacerle compañía al atlas.

El tercero estaba debajo de varios libros. Sobresalía un poco por un extremo y estaba encuadernado en cuero de color escarlata. De haber estado en otra posición, o encuadernado en un color más apagado, probablemente no lo habría visto. Shrowl lo extrajo con alguna dificultad y, arrugando la frente en señal de desconfianza, lo sacó de su estuche. Miró la cubierta, y de repente se dio un manotazo en el muslo al tiempo que blasfemaba exaltado. Ahí estaban ni más ni menos que las palabras que estaba buscando, mirándole a la cara con el magnífico énfasis de las enormes letras mayúsculas.

Se acercó un poco a la puerta para asegurarse de que su señor no andaba cerca de esa parte de la casa. Luego se calmó y se dio la vuelta. «¡Me trae sin cuidado —pensó Shrowl— si me ve, como si no! Si tengo una disputa con él para ver quién se sale con la suya, a estas alturas tengo muy claro quién es aquí el jefe y quién el criado». Ese pensamiento le tranquilizó, y pasó la primera hoja del libro con la intención de repararlo cuidadosamente, pagina a página, desde el principio hasta el final.

La primera página estaba en blanco. En la segunda había una inscripción escrita a mano en la parte superior, con tinta desvaída, con las siguientes palabras e iniciales: *Raro. Solamente seis copias impresas J. A. T.* Debajo, en la mitad de la hoja, estaba la dedicatoria impresa: *Para John Arthur Treverton, Señor de la Hacienda de Porthgenna, Uno de los Jueces de Paz de Su Majestad, Miembro de la Real Sociedad, etc., etc., etc., esta obra, en la que se procura describir la antigua y honorable Mansión de sus Antepasados.* Había muchas más líneas, llenas a rebosar de las palabras más obsequiosas y largas que se pueden encontrar en el diccionario; pero Shrowl se abstuvo sabiamente de complicarse la vida leyéndolas, y pasó a la siguiente.

Ahí estaban las palabras tan importantes:

La Historia y las Antigüedades de la Torre de Porthgenna. Desde el periodo de su primera erección hasta el tiempo presente; incluyendo interesantes detalles genealógicos relacionados con la familia Treverton; con información acerca del Origen de la Arquitectura Gótica, y unas cuantas reflexiones en torno a la Teoría de la Fortificación después del periodo de la Conquista Normanda. Todo ilustrado con Retratos, Paisajes y Planos realizados con el mayor estilo artístico. No publicado. Impreso por Spaldock y Grimes. Truro, 1734.

Así rezaba la página. La siguiente contenía el grabado de la Torre de Porthgenna vista desde el Oeste. Luego venían varias páginas dedicadas al Origen de la Arquitectura Gótica. Después más páginas explicando la Teoría Normanda de la Fortificación. A continuación, otro grabado: La Torre de Porthgenna vista desde el

Este. Luego más texto, bajo el título de La Familia Treverton; y seguidamente, el tercer grabado: La Torre de Porthgenna vista desde el Norte. Shrowl se detuvo aquí y miró interesado la página contigua a la del grabado. Contenía más texto sobre la Erección de la Mansión, y a esto le seguían unos grabados de retratos familiares de la galería de Porthgenna. Dejando su dedo pulgar de la mano izquierda entre las dos páginas para señalar el lugar, Shrowl pasó impacientemente las hojas hasta el final del libro para ver qué podía encontrar ahí. En la última hoja había un plano de los establos; la hoja anterior a ésta presentaba un plano del jardín del norte, y en la siguiente, empezando por el final, estaba justo lo que Robert Chennery describía en su carta: ¡un plano de la distribución interior del ala norte de la casa!

Cuando Shrowl lo descubrió su primer impulso fue llevarse el libro al escondite más seguro que pudiera encontrar, paso previo para después secretamente ofrecérselo al mensajero cuando viniese a la mañana siguiente a pedir una respuesta. Sin embargo, después de pensarlo un poco se dio cuenta de que un procedimiento de este tipo poseía una semejanza demasiado peligrosa con el acto de robar, lo cual le podría causar problemas si la persona con la que deseaba hacer el trato hacía alguna pregunta concerniente a sus derechos sobre el volumen. La única alternativa que quedaba era hacer la mejor copia que pudiera del plano y negociar con eso, como si se tratase de un documento que ni la persona más escrupulosa del mundo dudaría en adquirir.

Decidido a tomarse la molestia de hacer la copia en lugar de correr el riesgo de hurtar el libro Shrowl bajó a la cocina, sacó de uno de los cajones de la mesa una vieja pluma, un tintero y media hoja arrugada de papel de carta sucio, y regresó al trastero para copiar el plano lo mejor que pudiera. Era de lo más sencillo, y no ocupaba más que un espacio pequeño de la página; pero aun así, cuando lo examinó por segunda vez le pareció que tenía un aspecto desesperadamente complicado.

Las habitaciones estaban representadas por filas de cuadraditos dentro de los cuales había nombres pulcramente impresos; y la ubicación de las puertas, descansillos, y pasillos estaban indicados con líneas paralelas de distinta longitud y anchura. Después de mucho deliberar, arrugar la frente y tirarse de la barba, a Shrowl se le ocurrió que el mejor método para copiar el plano sería cubrirlo con el papel de carta —el cual, a pesar de ser apenas la mitad de grande que la página, era suficiente para abarcar todo el grabado— y después, con la pluma, trazar las líneas que se transparentaran con todo el cuidado que pudiera. Mientras realizó su trabajo refunfuñó, bufó, gruñó y enrojeció, pero finalmente lo consiguió, con algunos borrones y manchas, pero de un modo bastante fidedigno. Luego hizo una pausa para dejar que se secase la tinta y respiró hondo antes de intentar hacer nada más.

El siguiente obstáculo que debía salvar consistía en copiar los nombres de las habitaciones escritos dentro de los cuadraditos. Afortunadamente para Shrowl, que

era uno de los seres más patosos en el uso de la pluma, ninguno de los nombres era demasiado largo. Sin embargo, le era muy difícil escribirlas con letra lo suficientemente pequeña como para que cupiera en el interior de los cuadraditos. Uno de los nombres en concreto, el de la Habitación del Mirto, presentaba una combinación de letras que puso a prueba su paciencia y a sus dedos cuando intentó reproducirla. Efectivamente, el resultado, en este caso, después de haberlo hecho lo mejor que pudo, era tan ilegible, incluso para él, que escribió de nuevo la palabra con letra más grande en la parte superior de la página, y mediante una línea torcida la unió al cuadrado que representaba la Habitación del Mirto. El mismo percance sufrió en otros dos casos, y fueron remendados del mismo modo. Con el resto de los nombres, sin embargo, tuvo mejor éxito; y cuando por fin hubo completado la tarea de copiado escribió el título, *Plano del Lado Norte*, su copia presentaba, en general, un aspecto más respetable de lo que se podía anticipar. Después de compararla cuidadosamente con el original, y de mostrarse satisfecho por su fidelidad, la dobló junto con la carta del Doctor Chennery, y se la metió en el bolsillo con un ronco sonido de desahogo y una horrenda sonrisa de satisfacción.

A la mañana siguiente la puerta del jardín ofrecía la extraordinaria novedad de estar abierta hospitalariamente, mientras que uno de los pilares desnudos contaba con una mejora: la de estar adornado con la figura de Shrowl, quien se hallaba cómodamente reclinado sobre ella, con las piernas cruzadas, las manos en los bolsillos, y la pipa en la boca, aguardando a que volviera el mensajero que el día antes había traído la carta del Doctor Chennery.

CAPÍTULO III

Cerca del precipicio

En su viaje de Londres a Porthgenna, el señor y la señora Frankland bajaron, el día nueve de mayo, en la parada de West Winston, lugar del que se marcharon el once de junio para continuar su viaje a Cornwall. El día trece, después de descansar dos noches por el camino, llegaron hacia media tarde a la Torre de Porthgenna.

Había llovido toda la mañana. Hacia la tarde, la tormenta se había calmado, y a la hora en que llegaron a la casa el viento había disminuido, una niebla blanca y espesa ocultaba el mar, y de vez en cuando se producía algún chubasco que caía melancólicamente sobre la tierra empapada. Cuando el carruaje que llevaba al señor y la señora Frankland, su bebé y a los dos criados se encaminó hacia la casa, en el bancal del oeste no había ni un solo curioso del pueblo para observarles.

Tampoco había nadie esperando con la puerta abierta la llegada de los viajeros, puesto que ya habían perdido toda esperanza de que fueran a llegar ese día. El incesante fajar del oleaje de una mar tormentosa que se embravecía en la playa, acalló el ruido de las ruedas del carruaje. El conductor se vio obligado a bajar de su asiento y llamar a la campanilla para entrar. Pasó un minuto o más antes de que la puerta se abriera. Con la lluvia cayendo tétrica y tenazmente sobre el techo del carruaje, con la humedad del ambiente penetrando a través de todas las cubiertas y defensas, con el golpear de la marejada sonando amenazadoramente en la densa oscuridad de la niebla, la joven pareja esperó a que les dejaran entrar en su propia casa igual que lo hubiesen hecho unos forasteros que llegan a una mala hora.

Cuando por fin se abrió la puerta, el señor y la señora, a quienes los criados hubiesen recibido con los saludos adecuados en cualquier otra ocasión, recibieron las disculpas pertinentes. El señor Munder, la señora Pentreath, Betsey y el criado del señor Frankland se agolparon en el vestíbulo y pidieron perdón a la vez, confusamente, por no haber estado preparados en la puerta en el momento de la llegada del carruaje. La aparición del bebé sustituyó las excusas convencionales del ama de llaves y la sirvienta por las acostumbradas expresiones de admiración, pero los hombres permanecieron serios y hoscos, e hicieron comentarios acerca del mal tiempo, disculpándose como si fuesen ellos los causantes de la lluvia y la niebla.

La razón de que insistieran en explayarse en ese tópico absurdo salió a la luz mientras el señor y la señora Frankland eran conducidos por las escaleras del oeste. La tormenta de la mañana había resultado fatal para tres de los pescadores de Porthgenna, que se habían perdido con su barco en la mar, y cuya muerte había sumido a todo el pueblo en el luto. Desde que se habían enterado del suceso a primera hora de la tarde, los criados no habían hecho otra cosa que hablar de la catástrofe, y el

señor Munder pensó que su obligación era explicar que la ausencia de los aldeanos, con ocasión de la llegada del señor y la señora, era completamente atribuible al efecto que había tenido sobre la pequeña comunidad el naufragio de la barca de pesca. Bajo cualquier otra circunstancia menos lamentable el bancal del oeste hubiese estado abarrotado, y la llegada del carruaje hubiese sido recibida con vítores.

—Lenny, casi hubiese preferido esperar un poco más antes de venir —dijo Rosamond en voz baja, mientras se aferraba nerviosamente al brazo de su marido—. Es muy tétrico y desalentador volver a mi casa en un día como éste. Esa historia de los pobres pescadores es una triste bienvenida a mi regreso al lugar en que nací. Lo primero que tendríamos que hacer mañana por la mañana es mandar traer a esas pobres mujeres y niños desamparados y ver que podemos hacer por ellos. Después de oír lo que ha sucedido no estaré tranquila hasta que hayamos hecho algo por consolarlos.

—Confío en que sean de su agrado las reparaciones, señora —dijo el ama de llaves, señalando con el dedo la escalera que subía al segundo piso.

—¿Las reparaciones? —dijo Rosamond, ausente—. ¡Reparaciones! Cada vez que oigo esa palabra no puedo evitar pensar en las habitaciones del ala norte y en los planes que teníamos para hacer que mi pobre y querido padre viviera en ellas. Señora Pentreath, tengo una multitud de preguntas que hacerles a usted y al señor Munder acerca de las cosas extraordinarias que sucedieron aquí a la llegada de la misteriosa dama y el enigmático extranjero. Pero primero dígame —supongo que ésta es la fachada oeste—: ¿quedan muy lejos las habitaciones del ala norte? Es decir, si ahora quisiésemos ir a esa parte de la casa, ¿cuánto tardaríamos en llegar?

—¡Madre mía, señora, ni cinco minutos! —respondió la señora Pentreath.

—¡Ni cinco minutos! —le repitió Rosamond a su marido en voz baja—. ¿Has oído eso, Lenny? ¡En cinco minutos podríamos estar en la Habitación del Mirto!

—Aun así —dijo el señor Frankland con una sonrisa—, en nuestro actual estado de ignorancia estamos tan lejos de la habitación como si todavía estuviésemos en West Winston.

—Yo no pienso así, Lenny. Puede que sea mi imaginación, pero ahora que estamos aquí siento algo así como si al misterio lo tuviésemos acorralado. Lo cierto es que estamos en la casa en que se oculta el secreto, y nada me va a convencer de que no estamos ya a medio camino de descubrirlo. Pero no nos quedemos en este pasillo tan frío. ¿Por dónde tenemos que ir ahora?

—Por aquí, señora —dijo el señor Munder, aprovechando la oportunidad para situarse en una posición prominente—. Hay un fuego en la sala de estar. ¿Me concede usted el honor, señor, de guiarle y mostrarle el camino hasta ese aposento? —añadió, alargando la mano solícitamente hacia el señor Frankland.

—¡Por supuesto que no! —interrumpió Rosamond de repente. Se había dado

cuenta, con su habitual rapidez en observar las cosas, de que el señor Munder, si se había mostrado tan dispuesto a coger afectuosamente la mano de su señor era porque esto había de evitarle tener que mirarle fijamente a la cara en presencia de ella; y en consecuencia, Rosamond se sintió muy desfavorablemente dispuesta hacia él—. Esté donde esté ese aposento —continuó en tono sarcástico—, ya guiaré yo al señor Frankland hasta allí, con su permiso. Si quiere sernos útil vaya delante nuestro y abra la puerta.

Visiblemente abatido y secretamente indignado, el señor Munder les mostró el camino hacia la sala de estar. El fuego resplandecía; los viejos muebles estaban dispuestos del modo más pintoresco; el papel de las paredes daba a la sala un aspecto de melosa comodidad, y la alfombra descolorida se sentía suave y cálida bajo los pies. Rosamond llevó a su marido hasta un sillón junto al fuego y, por primera vez, empezó a sentir que estaba en su casa.

—Esto parece realmente cómodo —dijo—. Cuando haya desaparecido esa terrible niebla blanca de afuera, encendamos las velas y veamos el té en la mesa, no habrá nada en el mundo de lo que nos podamos quejar. ¿A que estás bien en este ambiente agradable y cálido, Lenny? Hay un piano en esta misma habitación, cariño. Aquí en Porthgenna, podré tocar para ti por las noches igual que lo hacía en Londres. Niñera, siéntese y pónganse usted y el bebé tan cómodos como puedan. Antes de quitarnos los abrigos tengo que ir con la señora Pentreath a echar un vistazo a los dormitorios. ¿Cómo se llama usted, muchacha de buen corazón y carita rosada? ¿Betsey, verdad? Muy bien, Betsey, ¿qué le parece si va abajo y sube el té? Le agradeceremos a usted mucho que se las ingenie para traernos también un poco de fiambre —después de dar las órdenes con ese buen humor, y sin darse cuenta de que su marido parecía sentirse un poco incómodo mientras ella le hablaba a una sirvienta con una familiaridad excesiva, Rosamond salió de la habitación acompañada de la señora Pentreath.

Al regresar tenía la actitud y el semblante cambiados: se mostró muy seria y grave en su apariencia y en el hablar.

—Espero haberlo dispuesto todo del mejor modo posible, Lenny —dijo—. La habitación más aireada y grande dice la señora Pentreath que es la habitación en la que murió mi madre. Pero yo he creído que era mejor no usarla: solamente mirarla me daba escalofríos y me entristecía. En el pasillo, un poco más allá hay un cuarto para niños que era en el que yo pasaba el día al cuidado de la niñera. Casi me desmayo cuando la señora Pentreath me ha dicho que ella había oído decir que yo solía dormir ahí, pero en ese momento me he acordado de la preciosa entrada con el arco, por donde se iba al segundo cuarto: la que llamaban habitación de noche, donde yo me quedaba a dormir a veces con la niñera. He mandado encender el fuego y hacer las camas en ese aposento. Hay una tercera habitación a mano derecha que se

comunica con la habitación donde yo pasaba el día con la niñera. Creo que nos podremos instalar muy cómodamente en esas tres habitaciones —si tú no tienes nada que alegar— aunque no son tan grandes ni están tan bien amuebladas como los dormitorios contiguos. Si quieres cambiaré la distribución; aunque a mí la casa a primera vista me parece más bien solitaria y triste; y a esa vieja habitación le tengo afecto. Creo que al menos deberíamos intentarlo, ¿te parece bien, Lenny?

El señor Frankland estaba bastante de acuerdo con su esposa, y estaba dispuesto a transigir con cualquier arreglo doméstico que ella creyera oportuno. Mientras le hacía saber esto, subieron el té y, solamente de verlo Rosamond recuperó su humor habitual. Al terminar la merienda se ocupó de que acostaran bien al niño en la habitación que había a mano derecha, que se comunicaba con el llamado cuarto de día. Una vez hubo terminado con sus obligaciones maternas regresó al lado de su marido y su conversación giró en torno —como últimamente venía sucediendo casi cada vez que se quedaban solos— de los enrevesados temas de la señora Jazeph y la Habitación del Mirto.

—Ojalá no fuese de noche —dijo Rosamond—. Me gustaría empezar a investigar de una vez. Oye, Lenny, quiero que estés conmigo en todas mis pesquisas. Yo te prestaré mis ojos, y tú me darás consejo. No debes perder nunca la paciencia, ni quiero que me digas que no puedes hacer nada. ¡Ay, cómo me gustaría que pudiésemos emprender nuestro viaje de descubrimiento en este mismo momento! Pero podemos empezar nuestras averiguaciones en cualquier momento —continuó, mientras hacía repicar la campanilla—. Hagamos subir al ama de llaves y al mayordomo, y a ver si podemos sacarles algo más de lo que nos han dicho en la carta.

Fue Betsey quien acudió a la llamada. Rosamond deseaba que el señor Munder y la señora Pentreath subieran. Cuando Betsey oyó que la intención de la señora Frankland era hacerles algunas preguntas al ama de llaves y al mayordomo, intuyó el motivo por el que fueron llamados, y sonrió misteriosamente.

—¿Y usted? ¿Vio algo de lo que sucedió con esos forasteros que se comportaron de un modo tan misterioso? —preguntó Rosamond, dándose cuenta de su sonrisa—. Sí, seguro que sí. Díganos qué vio. Queremos saber todo lo que ocurrió: todo, hasta el último detalle.

Al ver que le hacían una pregunta tan directa, Betsey se las ingenió para relatar, no sin grandes preámbulos y confusión, su experiencia personal en los acontecimientos de la señora Jazeph y su acompañante extranjero. Cuando hubo concluido, Rosamond la detuvo antes de que saliera por la puerta, haciéndole esta pregunta:

—Dice usted que encontraron a la dama desmayada en el suelo, en lo alto de las escaleras. ¿Betsey, tiene usted alguna idea de por qué se desmayó?

La doncella dudó.

—¡Vamos! ¡Vamos! —dijo Rosamond—, usted sabe algo: puedo verlo. Díganos de qué se trata.

—Tengo miedo de que se enfade usted conmigo, señora —dijo Betsey, quien sintiéndose avergonzada se puso a dibujar lentamente líneas con el dedo índice sobre la mesa que tenía al lado.

—¡Tonterías! Pero si se queda callada sí que me enfadaré con usted. ¿Por qué cree que la dama se desmayó?

Betsey dibujó una línea muy larga con el dedo de la vergüenza, luego la limpió con su delantal y respondió:

—Creo que se desmayó, si usted me permite decirlo, señora, porque vio al fantasma.

—¡Al fantasma! ¡Pero bueno! ¿Hay un fantasma en la casa? Lenny, aquí hay una fábula con la que no contábamos. ¿Y qué clase de fantasma es éste? Cuéntenoslo todo.

Ese todo, tal como Betsey lo narró, no es que les diera a los oyentes una información extraordinaria, o que los mantuviera en vilo por mucho tiempo. El fantasma era una dama que en tiempos remotos había sido la esposa de uno de los propietarios de la Torre de Porthgenna y que había cometido el crimen de engañar a su marido en algo que nadie sabía lo que era. Por ello había sido condenada a vagar eternamente por las habitaciones del norte mientras se mantuvieran en pie sus paredes. Tenía el pelo castaño claro, largo y rizado, los dientes muy blancos, un hoyuelo en cada mejilla, y era toda ella «tremendamente hermosa» de ver. Su proximidad la podía sentir cualquier criatura mortal que tuviese la suficiente mala fortuna de cruzarse con ella en medio de una corriente de aire fría, y nadie que hubiese sentido alguna vez ese viento frío tenía la menor oportunidad de sentir otra vez en su vida la calidez. Eso era todo cuanto Betsey sabía acerca del fantasma; y era, en su opinión, suficiente para que a cualquiera se le helara la sangre sólo de pensarlo.

Rosamond sonrió y luego se puso seria de nuevo.

—Ojalá nos hubiese usted podido contar algo más —dijo—. Pero ya que no es así, tendremos que intentarlo ahora con la señora Pentreath y el señor Munder. Betsey, en cuanto llegue usted abajo sea tan amable de decirles que suban.

Las averiguaciones realizadas con el ama de llaves y el mayordomo no dieron ningún resultado en absoluto. Ni a uno ni a otro se les pudo sacar nada más que lo que ya le habían hecho saber a la señora Frankland mediante la carta que le habían dirigido.

La idea básica del señor Munder era que el extranjero había cruzado las puertas de la Torre de Porthgenna con intenciones perversas en lo concerniente a la vajilla de la familia. La señora Pentreath coincidió en esa opinión para luego mencionar su impresión personal de que la dama del vestido discreto era una desgraciada que se

había escapado de un manicomio. En cuanto a dar algún consejo, o a sugerir un plan para resolver el misterio, ni el ama de llaves ni el mayordomo parecían pensar que una ayuda de ese tipo estaba en modo alguno a su alcance. Se aferraron a su versión de la conducta extraña de los dos forasteros, y no hubo ser mortal que los pudiera convencer de que miraran un poco más allá de sus narices.

—¡Oh, esta estupidez!; ¡esta pretenciosa, impenetrable, y provocadora estupidez de los criados ingleses! —exclamó Rosamond, cuando se quedaron solos de nuevo—. Lenny, no podemos esperar ninguna clase de ayuda de estas dos personas. Lo único que nos queda es inspeccionar la casa mañana; y ese resorte puede fallarnos igual que todos los demás. ¿En qué estará ocupado el Doctor Chennery? ¿Cómo es que no hemos sabido nada de él antes de partir de West Winston?

—Paciencia, Rosamond, paciencia. Veremos qué trae mañana el correo.

—¡Por favor, no me hables de paciencia, cariño! Mis existencias de esa virtud nunca han sido enormes, y se agotaron hace diez días, si no antes. Ay, la de semanas y semanas que me he estado preguntando en vano: ¿por qué la señora Jazeph habría de advertirme que no entrara en la Habitación del Mirto? ¿Tiene miedo de que descubra un crimen? ¿O tiene miedo de que el suelo se desplome bajo mis pies? ¿Con qué finalidad intentó entrar en la habitación? ¿Por qué, si puede saberse, habría ella de saber algo acerca de esta casa que yo nunca supe, que mi padre nunca supo, que nadie...?

—¡Rosamond! —exclamó levantándose de su silla el señor Frankland, a quien le había cambiado de repente el color de la cara—. ¡Creo que sé quién es la señora Jazeph!

—¡Válgame Dios, Lenny! ¿Qué quieres decir?

—Hay algo en esas últimas palabras que has dicho que, en el momento de pronunciarlas, me han hecho venir una idea a la cabeza. ¿Te acuerdas de cuando estábamos en Swithin's-on-Sea y hablamos de las posibilidades que teníamos de convencer a tu padre para que se viniera aquí a vivir con nosotros? ¿Y recuerdas, Rosamond, que entonces me dijiste algo acerca de que tu padre asociaba la casa con ciertos recuerdos desagradables, y que entre ellos mencionaste la misteriosa huida de una criada la misma mañana en que murió tu madre?

Al oír esa pregunta Rosamond palideció.

—¿Por qué no se nos había ocurrido antes? —dijo.

—Me contaste —continuó el señor Frankland— que esta criada dejó tras de sí una carta extraña en la que confesaba que tu madre le había hecho comprometerse a contarle un secreto a tu padre: un secreto que la sirvienta tenía miedo de divulgar. ¿No me equivoco, verdad? Fueron ésas las dos razones que ella misma dio de su desaparición.

—Así es.

—Y tu padre nunca volvió a saber de ella.

—¡Nunca!

—Es un poco arriesgado decirlo, Rosamond, pero estoy casi seguro de que el día que la señora Jazeph entró en tu habitación en West Winston, ése día, tú y la criada en cuestión os encontrasteis, ¡y ella lo sabía!

—¿Y el secreto, cariño? El secreto que tenía miedo de contarle a mi padre.

—Tiene que estar conectado de algún modo con la Habitación del Mirto.

Rosamond no respondió. Se levantó de su silla y comenzó a andar nerviosamente de un lado a otro de la habitación. Al oír el roce de su vestido, Leonard le pidió que se acercara, le cogió la mano, le puso los dedos en el pulso y luego en la mejilla.

—Ojalá hubiese esperado a mañana por la mañana para contarte mis sospechas acerca de la señora Jazeph —dijo—. Te he puesto nerviosa sin necesidad, y por mi culpa no vas a poder descansar bien esta noche.

—¡No, no! Nada de eso. Oh, Lenny, esta teoría tuya añade todavía más aliciente al interés —a este interés terrible, que quita el aliento— que tenemos en encontrar a esa mujer y la Habitación del Mirto, ¿no te parece?

—No quiero pensar más en ello por esta noche. Y tú debes seguir mi ejemplo. Hemos hablado ya más que suficiente de la señora Jazeph. Cambia de tema; charlemos de cualquier otra cosa que desees.

—No es tan fácil cambiar de tema —dijo haciendo pucheros y apartándose de él para volver a andar de un extremo a otro de la habitación.

—Entonces cambiemos de lugar, y así será más fácil. Ya sé que me tienes por el hombre más enojosamente tozudo del mundo, pero tengo motivos para ello, y te los haré saber mañana por la mañana cuando te levantes y te sientas más fresca después de una noche de descanso. Ánimo, vamos a alejar esta ansiedad. Llévame a una de esas otras habitaciones y veamos si tocando los muebles puedo adivinar qué aspecto tienen.

La mención a su invidencia hizo que Rosamond volviera enseguida a su lado.

—Tú siempre sabes lo que es mejor —dijo, rodeándole el cuello con el brazo y besándole—. Mi amor, hace un momento estaba empezando a verlo todo muy confuso pero ya se han despejado todas las nubes. Cambiaremos de escena e inspeccionaremos otra habitación como tú sugieres.

Se detuvo, los ojos le comenzaron a brillar súbitamente, le subieron los colores a la cara y sonrió para sí como si en ese instante le hubiese pasado por la mente alguna nueva fantasía.

—Lenny, voy a llevarte a un sitio en el que podrás tocar un mueble realmente extraordinario —continuó diciendo mientras le guiaba hasta la puerta—. Veremos si a la primera eres capaz de decirme cómo es. Tienes que prometerme que no tocarás nada hasta que sientas que yo guío tu mano, y recuerda que no debes impacientarte.

Lo guió a lo largo del pasillo, yendo ella delante, abrió la puerta de la habitación en la que habían acostado al bebé y le hizo un gesto a la niñera para que se mantuviese silenciosa. Luego llevó a Leonard hasta la cuna e hizo descender la mano de su marido despacio, de tal modo que tocara tan solo con las puntas de sus dedos la mejilla del niño.

—¿Y bien, señor? —exclamó Rosamond, su cara ardiendo de felicidad cuando vio que su marido se ruborizaba de repente por la sorpresa y el placer, y desaparecía en un instante la expresión de derrota y silencio que había en su cara—. ¿Qué me dice usted de ese mueble? ¿Es una silla o una mesa? ¿O es la cosa más preciosa de toda la casa, de todo Cornwall, de toda Inglaterra, de todo el mundo? ¡Bésalo y dime qué es: el busto de un bebé obra de un escultor, o un querubín viviente obra de tu esposa! —se volvió, riendo, hacia la niñera—. Hannah, está usted tan seria que estoy segura de que tiene que tener hambre. ¿Ha cenado ya?

La mujer sonrió, respondiendo que ya lo había arreglado para ir abajo tan pronto como una de las criadas pudiera relevarla en el cuidado del niño.

—¡Vamos, váyase de una vez! —dijo Rosamond—. Ya me quedo yo para cuidar al bebé. Vaya a cenar y regrese dentro de media hora.

Cuando la enfermera hubo salido de la habitación, Rosamond le puso una silla a Leonard junto a la cuna, y ella se sentó en un taburete a sus pies. Al hacer esto su variable humor pareció cambiar de nuevo; pensativa, miró a su marido y luego a la cuna en la que el niño dormía: a Rosamond se le humedecieron los ojos. Después de uno o dos minutos de silencio, cogió la mano de su marido, la puso sobre la rodilla de él y posó suavemente su mejilla encima.

—Lenny —dijo ella, con cierta tristeza—, me pregunto si hay alguien en el mundo que pueda llegar a ser absolutamente feliz.

—¿Por qué preguntas eso ahora, querida?

—Siento que podría ser del todo feliz, pero aun así...

—¿Aun así qué?

—Aun así, con todas las bendiciones que he recibido, parece como si ésa no me hubiese sido concedida. Ahora mismo yo sería completamente feliz, si no fuera por una cosa. Supongo que no sabes de qué se trata.

—Preferiría que me lo dijese tú, Rosamond.

—Amor mío, desde que nació nuestro hijo he tenido un dolor en el corazón —sobre todo cuando estamos los tres juntos, como ahora— una pena de la que no puedo deshacerme: una pena por ti.

—¡Por mí! Levanta la cabeza, Rosamond, y acércate. Siento a través de nuestras manos que estás llorando.

Se levantó inmediatamente y puso su cara cerca de la de Leonard.

—Amor mío —dijo, rodeándolo fuertemente con los brazos—, corazón de mi

vida, no has podido ver nunca a nuestro hijo.

—Sí, Rosamond, lo veo con tus ojos.

—¡Oh, Lenny! ¡Yo te cuento todo lo que puedo; hago lo que puedo para alumbrar esta cruel oscuridad que te separa de esa carita maravillosa que tienes aquí a tu lado, tan cerca! ¿Pero podré explicarte qué cara pone cuando comience a observar el mundo? ¿Podré explicarte las mil cosas divertidas que hará cuando intente caminar por primera vez? Dios ha sido muy misericordioso con nosotros, ¡pero de qué modo tan cruel me aflige el dolor de tu pena, ahora que soy para ti más que tu esposa, ahora que soy la madre de tu hijo!

—Y aun así, esa pena tiene que pesar menos sobre tu ánimo, Rosamond, pues has conseguido que no fuera tan pesada sobre el mío.

—¿De verdad? ¿Lo dices de verdad? ¡Ésa es una causa muy noble por la que vivir, Lenny, si puedo vivir para ella! Me tranquiliza oír lo que has dicho hace un momento: que ves con mis ojos. Siempre estarán para servirte, Lenny, ¡oh, siempre!, ¡siempre! Con tanta fidelidad como si fuesen los tuyos. Cualquiera cosa visible que me parezca de algún interés, por pequeña que sea, haré que a ti también te parezca que la estás viendo. Con otro marido podría haber tenido mis pequeños secretos; pero, amor mío, contigo, incluso el hecho de pensar algo en secreto me haría sentir como si me estuviese aprovechando de tu ceguera de un modo cruel y ruin. ¡Te quiero tanto, Lenny! Estoy muchísimo más enamorada de ti ahora que cuando nos casamos. Nunca creí que pudiera estarlo más, pero lo estoy. Me pareces muchísimo más guapo, muchísimo más listo, muchísimo mejor en todos los sentidos. Pero siempre te estoy diciendo lo mismo, ¿verdad? ¿Te cansas de oírme? ¿No? ¿Estás seguro? ¿Me lo dices de verdad, de verdad, de verdad? —se calló y lo miró serenamente, con una sonrisa en los labios y las lágrimas todavía fulgurándole en los ojos. En ese mismo momento el bebé se agitó en su camita y atrajo la atención de su madre. Lo arropó de nuevo, lo observó durante un rato en silencio y luego se sentó en el taburete, a los pies de Leonard.

—El niño ha girado la carita hacia ti —dijo ella—. ¿Quieres que te diga exactamente cómo está, y cómo es su cuna, y cómo está amueblada la habitación?

Sin esperar su respuesta empezó a describir el aspecto y la postura del niño con la minuciosidad maravillosa con que las mujeres son capaces de observar las cosas. Mientras se explicaba, volvió a recuperar su buen humor, siempre propenso a variar, y en su cara, brillante por naturaleza, surgió de nuevo la expresión de felicidad. Para cuando la niñera hubo regresado Rosamond ya se hallaba hablando con su acostumbrada vivacidad, entreteniendo a su marido con el éxito con que acostumbraba a hacerlo.

Al regresar a la sala de estar abrió el piano y se sentó a tocar.

—Tengo que darte tu concierto de todas las noches, Lenny —dijo—, o de lo

contrario me pondré a hablar otra vez del tema prohibido, de la Habitación del Mirto.

Tocó algunas de las tonadas preferidas del señor Frankland, ejecutando su música con una cierta mezcla de sentimiento y capricho que parecía fundir el encanto de su propia forma de ser con el de las melodías, que se llenaban de vida cuando ella las tocaba. Después de interpretar todas las canciones que le vinieron a la memoria, terminó con el último *Vals de Weber*. Era la preferida de Leonard, y por esa razón la reservaba siempre para coronar su actuación cada noche.

Se demoró más tiempo del habitual en las últimas notas, elegíacas, del vals, y luego dejó de repente el piano y atravesó la habitación a toda prisa hasta el fuego.

—Desde hace un minuto o dos que hace más frío —dijo, arrodillándose en la alfombra y acercando la cara y las manos al fuego.

—¿De veras? —respondió Leonard—. Yo no he notado ningún cambio.

—Quizás me he resfriado —dijo Rosamond—. O tal vez —añadió, riéndose más bien inquieta— el viento que anuncia la llegada de la dama fantasmagórica de las habitaciones del norte me ha pasado rozando. De hecho, Lenny, cuando estaba tocando las últimas notas de Weber he notado de repente como un escalofrío.

—Tonterías, Rosamond. Estás más fatigada y acalorada de lo que deberías. Dile a tu criada que te caliente un poco de vino con agua y acuéstate enseguida.

Rosamond se acercó un poco más al fuego.

—Por suerte no soy supersticiosa —dijo—, si no aun me imaginaría que estoy predestinada a ver el fantasma.

CAPÍTULO IV

Al borde del precipicio

La primera noche en Porthgenna transcurrió sin el menor ruido. Ningún fantasma, ninguna pesadilla de fantasmas alteró el dulce sueño de Rosamond. Se levantó de buen humor y en plena forma, como de costumbre, y antes del desayuno ya estaba pisando el jardín del oeste.

El cielo estaba nublado y el viento viraba caprichosamente hacia todos los puntos de la rosa de los vientos. Durante su paseo, Rosamond se encontró con el jardinero y le preguntó qué pensaba acerca del tiempo. El hombre contestó que era probable que lloviera antes del mediodía, pero que eso, a menos que anduviera muy equivocado, iba a traer calor en el curso de las próximas horas.

—Por favor, dígame, ¿ha oído usted alguna vez hablar de una habitación del lado norte de nuestra casa llamada la Habitación del Mirto? —preguntó Rosamond.

Esa mañana, al levantarse, había decidido no perder una sola oportunidad de realizar el tan deseado descubrimiento, y para ello estaba dispuesta a interrogar a todo el vecindario. Así, empezó con el jardinero.

—Nunca la he oído mencionar, señora —dijo el hombre—. Pero es un nombre muy apropiado, considerando que el mirto crece mucho por estos lugares.

—¿Crece el mirto en la parte norte de la casa? —preguntó Rosamond, inquieta ante la idea de que podía llegar hasta la misteriosa habitación buscándola desde fuera del edificio en vez de por dentro—. Quiero decir cerca de las paredes —añadió, al ver que el hombre se mostraba confuso—. Debajo de las ventanas, ya sabe.

—Desde que yo estoy aquí, bajo las ventanas solo he visto cizaña y escombros —replicó el jardinero.

Justo en ese momento sonó la campanilla llamando para el desayuno. Rosamond regresó a la casa, decidida a explorar el jardín del norte, y en caso de hallar cualquier vestigio de mirto marcaría la ventana que quedara encima de éste, y haría que abriesen inmediatamente la habitación que recibía la luz de esa ventana. Le explicó este nuevo plan a su marido. Él la felicitó por su ingenuidad; no tenía muchas esperanzas de que fuesen a descubrir nada desde el exterior después de lo que el jardinero había dicho acerca de la cizaña y los escombros.

En cuanto hubieron terminado de desayunar Rosamond llamó para que se le ordenara al jardinero que estuviese pendiente, y para avisar que iban a necesitar las llaves de las habitaciones del ala norte. A la llamada acudió el criado del señor Frankland, trayendo consigo la correspondencia de la mañana. Rosamond fue repasando las cartas de una en una impacientemente, tomó una con un grito de regocijo y le dijo a su marido:

—¡El matasellos de Long Beckley! ¡Al fin noticias del reverendo!

Abrió la carta y le echó un vistazo. De repente la dejó caer sobre su falda con la cara encendida.

—¡Lenny! —exclamó— aquí hay una noticia que es para volverse loco. ¡Confieso que la carta del reverendo me ha dejado sin respiración!

—Léela —dijo el señor Frankland—, léela de una vez, por favor.

Rosamond obedeció con voz tartamudeante e insegura. El Doctor Chennery comenzaba su carta anunciando que su petición a Andrew Treverton continuaba sin respuesta; pero añadió que había producido, sin embargo, resultados que nadie habría podido prever. Para informarles acerca de esos resultados les remitía una copia de una carta que venía con la indicación «personal» y que había recibido del encargado de sus asuntos en Londres.

El mensaje contenía un informe detallado de una entrevista que había tenido lugar entre el criado del señor Treverton y el mensajero que había acudido a obtener la respuesta a la carta del Doctor Chennery. Al parecer, Shrowl había abierto el diálogo entregando el mensaje de su señor, luego había mostrado la carta del reverendo hecha pedazos y la copia del plano, y había anunciado su disposición a entregar ésta última a cambio de un billete de cinco libras. El mensajero le había explicado que él no tenía poder para negociar ningún trato referente al documento, y le había aconsejado al criado del señor Treverton que fuese a casa del agente del Doctor Chennery. Después de dudarlo durante un rato, Shrowl decidió que eso era lo que iba a hacer. Con el pretexto de un recado, acudió a ver al mencionado agente. Éste le preguntó cómo había logrado hacerse con la copia; y Shrowl, al ver que no tenía ninguna posibilidad de venderlo a menos que respondiera a todas las preguntas, le había contado las circunstancias en las que la copia había sido realizada. Después de oír su declaración el agente le había dado su palabra de que iba a solicitar inmediatamente instrucciones al Doctor Chennery; y así lo había hecho, mencionando en una posdata que había visto el plano y había podido comprobar que realmente mostraba la posición de las puertas, las escaleras, y las habitaciones, con el nombre de cada una de ellas al lado.

En la carta el Doctor Chennery proseguía diciendo que ahora dejaba totalmente en manos del señor y la señora Frankland la decisión de qué había que hacer. Él pensaba que ya se había comprometido bastante al hacer un papel que realmente no le correspondía, cuando le había hecho su petición a Andrew Treverton; y sentía que no podía implicarse más en el tema, ni expresando su opinión ni dando ningún consejo ahora que el asunto había adquirido un aspecto totalmente nuevo. Estaba bastante seguro de que sus jóvenes amigos iban a tomar la decisión más sabia y correcta después de considerar serenamente el tema en toda su magnitud. Con esa idea había dado instrucciones a su agente de que no moviera el asunto hasta tener noticias del señor Frankland, y que siguiese exactamente las instrucciones que ese caballero

pudiera darle.

—¡Instrucciones! —exclamó Rosamond, quien, tan pronto como terminó de leer la carta la había estrujado en un arrebato—. ¡Todas las instrucciones que le tenemos que dar se escriben en un minuto y se leen en un segundo! ¿A qué diantres se refiere el reverendo cuando habla de considerarlo serenamente? Por supuesto —exclamó Rosamond, yendo, como hacen las mujeres, directamente hacia el propósito que tenía en mente, sin malgastar un solo pensamiento en cómo éste debe ser alcanzado—. ¡Por supuesto que le daremos su billete de cinco libras, y que nos envíe el plano a vuelta de correo!

El señor Frankland meneó la cabeza al tiempo que se mostraba muy serio.

—Lo veo bastante imposible —dijo—. Si te paras un momento a pensar, cariño, te darás cuenta de que negociar con un criado la compra de una información que ha sido obtenida subrepticamente de la biblioteca de su señor es algo inadmisible.

—¡Oh cariño!, ¡cariño!, ¡no digas eso! —suplicó Rosamond, mostrándose horrorizada ante la visión que su marido le daba al asunto—. ¿Qué daño hacemos si le damos al hombre sus cinco libras? Solamente ha hecho una copia del plano; no ha robado nada.

—Tal como yo lo veo, ha robado información —dijo Leonard.

—Bueno, pero aunque así sea —insistió Rosamond—, ¿qué daño le hace a su señor? En mi opinión, su señor se merece que le roben la información por no haber tenido el mínimo de educación de enviársela al reverendo. *Tenemos* que conseguir ese plano; ¡oh, Lenny, no digas que no, por favor!; ¡tenemos que conseguirlo, sabes que tenemos que conseguirlo! ¿De qué sirve ser escrupuloso con un viejo infeliz (tengo que llamarlo así, aunque sea mi tío) que no se aviene con las más elementales costumbres de la sociedad? No se puede dialogar con él —y estoy segura de que el reverendo diría lo mismo si estuviese aquí— como lo harías con cualquier persona civilizada, o que estuviese bien de la cabeza, pues todo el mundo dice que no lo está. ¿Para qué quiere él el plano de las habitaciones del ala norte? y además, aunque le sirviera de algo, ya tiene el original; así que, después de todo, nadie le está robando su información, porque en todo momento estará en su poder. ¿O no es así, cariño?

—¡Rosamond! ¡Rosamond! —dijo Leonard, sonriendo ante la transparente retórica de su esposa—, estás intentando razonar como un jesuita.

—No me importa razonar como quien sea, querido, con tal de conseguir el plano.

El señor Frankland continuó meneando la cabeza en señal de desaprobación. Viendo que sus argumentos no daban resultado, Rosamond recurrió sabiamente a la inmemorial arma propia de su sexo: la persuasión. Y la utilizó tanto, y tan bien, que finalmente logró que su marido aceptara de mala gana una especie de compromiso: le otorgaba permiso para dar instrucciones de que fuera adquirido el plano copiado, con una condición. Ésta era que debían devolverle el plano al señor Treverton en cuanto

hubiese servido a su propósito; haciéndole saber con todo detalle cómo había sido obtenido, y alegando como justificación de tal procedimiento el hecho de su propia descortesía al retener información, carente en sí misma de importancia, que cualquier otro en su lugar hubiese proporcionado sin ningún problema. Rosamond intentó conseguir la retirada o modificación de esta condición, pero el orgullo de su marido no podía ser rozado, en ese punto, impunemente, ni siquiera por la mano tenue de su esposa.

—Mis convicciones ya han sufrido bastante —dijo él—. Si tenemos que rebajarnos a hacer tratos con este criado al menos impidamos que nos pueda acusar de ser sus cómplices. Escríbele una carta de parte mía al agente del Doctor Chennery, y dile que queremos adquirir el plano con la condición que he puesto, la cual, por supuesto, él le planteará al criado del modo más sincero posible.

—Y supón que el criado no quiere arriesgarse a perder su puesto, lo cual sin duda ocurrirá si acepta tu condición —dijo Rosamond, dirigiéndose al escritorio más bien de mala gana.

—No nos preocupemos, querida, con ninguna suposición. Esperemos a ver qué ocurre y actuemos en consecuencia. Cuando estés lista para escribir dímelo, que yo te dictaré la carta. Quiero que el agente del reverendo comprenda que actuamos de este modo sabiendo, en primer lugar, que con el señor Andrew Treverton no se pueden hacer tratos siguiendo los usos establecidos; y en segundo lugar, que la información que su criado nos ofrece está contenida en un libro impreso, y no está en modo alguno, ni directa ni indirectamente relacionada con los asuntos personales del señor Treverton. Rosamond, ahora que me has hecho aceptar este compromiso tengo que justificarlo lo mejor que pueda ante los demás igual que lo he hecho ante mí mismo.

Al ver que su decisión era firme, Rosamond tuvo el tacto suficiente para abstenerse de decir nada más. La carta fue escrita exactamente como la dictó Leonard. Después de depositarla en la bandeja, y de leer y contestar las otras cartas de la mañana, el señor Frankland le recordó a su esposa el deseo que ésta había expresado durante el desayuno respecto a ir a ver el jardín del ala norte, y le pidió que le llevara con ella. Leonard anunció cándidamente que, después de conocer el contenido de la carta del Doctor Chennery, daría cinco veces la suma exigida por Shrowl a cambio de la copia del plano si la Habitación del Mirto era descubierta, sin ayuda de nadie, antes de que la carta para el agente del reverendo fuera llevada a correos. Nada le había de dar más placer, dijo, como poder echarla al fuego y, en lugar de ella, enviar una negativa rotunda a cualquier trato respecto al plano.

Llegaron hasta el jardín del norte y allí Rosamond pudo comprobar con sus propios ojos que no tenía la menor posibilidad de descubrir ningún arbusto de mirto cerca de ninguna de las ventanas. Del jardín regresaron a la casa y mandaron abrir la puerta que daba al vestíbulo del ala norte.

Les mostraron el lugar en donde las llaves habían sido encontradas en el suelo, y la parte de arriba del primer tramo de las escaleras, donde había sido descubierta la señora Jazeph después de que fuera dada la alarma. A petición del señor Frankland, fue abierta la puerta de la habitación que quedaba justo enfrente de este punto. Presentaba un espectáculo funesto de polvo, suciedad y oscuridad. Apoyados contra una de las paredes había unos viejos cuadros apilados; en medio del suelo, unas sillas en muy mal estado estaban amontonadas; en la repisa de la chimenea había porcelana rota, y en un rincón un armario podrido y rajado de arriba a abajo. Examinaron cuidadosamente estas escasas reliquias que formaban el mobiliario y ornamentación de la habitación, pero no descubrieron nada que tuviera la menor trascendencia: nada que pudiera arrojar un poco de luz sobre el misterio de la Habitación del Mirto.

—¿Mandamos abrir las otras puertas? —preguntó Rosamond, cuando salieron de nuevo al descansillo.

—Creo que sería inútil —contestó su marido—. Nuestra única esperanza de descubrir el misterio de la Habitación del Mirto —si está tan bien escondido como creo que está— es buscándolo en ésa habitación, y no en ninguna otra. En la búsqueda, si queremos que sea efectiva, debemos llegar al extremo, si lo creemos necesario, de levantar el suelo y los zócalos, e incluso de dismantelar las paredes. Eso lo podemos hacer con una habitación si sabemos cuál es, pero no con las dieciséis habitaciones sin echar abajo esa parte entera de la casa. Nuestra actual ignorancia nos condena a vagar sin nada que nos guíe ni nos dé ninguna pista. Es ya bastante desesperante estar buscando algo que no sabemos lo que es; pero vamos a ver si podemos descubrir dentro de qué cuatro paredes debe esa poco prometedora búsqueda empezar y acabar. El suelo del descansillo tiene que estar lleno de polvo. Después de la visita de la señora Jazeph, ¿no hay ninguna pisada que pueda llevarnos directamente hasta la puerta?

Tras esta sugerencia, se pusieron a buscar pisadas sobre el suelo polvoriento del descansillo, pero no pudieron encontrar nada en este sentido. En algún momento del pasado había sido extendida por el suelo una estera, y su superficie, desgarrada, desigual, y podrida por los años, era demasiado irregular para dejar que el polvo se posara uniformemente sobre ella. Por todo el descansillo había agujeros en las tablas del piso, y el criado del señor Frankland creyó ver huellas en el polvo que podrían haber sido dejadas por la punta o el tacón de un zapato, pero había yardas y yardas de distancia entre cada una de estas marcas, tenues y dudosas, por otro lado. De modo que era simplemente imposible sacar ninguna conclusión que pudiera tener la menor trascendencia. Después de pasar más de una hora registrando el lado norte de la casa, Rosamond se vio obligada a admitir que los criados estaban en lo cierto cuando le habían pronosticado, en el momento de abrir la puerta del vestíbulo, que no iba a descubrir nada.

—Hay que enviar la carta, Lenny —dijo ella cuando regresaron al cuarto donde desayunaban.

—No hay nada que hacer —respondió su marido—. Envíala, y no se hable más.

La carta fue enviada en el correo de ese día. Porthgenna quedaba lejos, y por aquellos tiempos todavía no estaba terminada la línea del ferrocarril, así que al menos habrían de pasar dos días antes de que pudieran esperar una respuesta de Londres. El señor Frankland pensó que sería mejor para Rosamond que pasaran ese tiempo fuera de la casa, así que le propuso que hiciesen una pequeña excursión por la costa para visitar algunos lugares famosos por su paisaje, en la creencia de que su mujer se mostraría interesada y se entretendría agradablemente describiéndole a su marido cada uno de los lugares. Y enseguida obraron con arreglo a esta proposición. La joven pareja partió de Porthgenna y no regresó hasta el anochecer del segundo día.

En la mañana del tercer día cuando Leonard y Rosamond fueron a desayunar, la tan esperada carta del agente del reverendo estaba sobre la mesa. Shrowl había decidido aceptar la condición del señor Frankland. En primer lugar, porque sostenía que si a un hombre le ofrecían un billete de cinco libras, tenía que estar loco si lo rechazaba; en segundo lugar, porque creía que su señor dependía demasiado de él como para despedirle por la causa que fuera, y tercero y último, porque si en efecto el señor Treverton lo despedía, no se sentía lo suficientemente ligado a esa casa como para lamentar su pérdida. Por consiguiente, el trato se había cerrado en cinco minutos, ¡y ahí estaba, adjunta a la carta explicatoria, la copia del plano, para confirmar el hecho!

Con las manos temblándole, Rosamond desplegó sobre la mesa el importantísimo documento. Ansiosa, lo miró por encima durante unos instantes y puso el dedo sobre el cuadrado que representaba la posición de la Habitación del Mirto.

—Aquí está —exclamó—. ¡Oh, Lenny, cómo me va el corazón! Una, dos, tres, cuatro: ¡la cuarta puerta del rellano del primer piso es la de la Habitación del Mirto!

Rosamond hubiese hecho venir a alguien con las llaves en ese preciso instante, pero su marido insistió en que debía esperar hasta estar un poco más tranquila y haber desayunado algo. A pesar de todo lo que le dijo, ella terminó de desayunar tan rápidamente, que en diez minutos ya estaba guiando a su marido hacia las escaleras, el brazo de ella sobre el de él.

El pronóstico del jardinero acerca del tiempo se había hecho realidad: hacía calor; un calor pesado, caliginoso, húmedo y espeso. Una nube baja, blanca y estremecedora se extendía delgada sobre todo el cielo; descendía serpenteando hacia el mar, en la línea del horizonte, y suavizaba los extremos ariscos del lejano paisaje de la ciénaga. El sol brillaba pálido y tembloroso. En las ventanas abiertas, hasta las hojas más altas y livianas de los maceteros permanecían postradas; los animales estaban echando una cabezada en los rincones oscuros de la casa. Los ruidos

ocasionales de las tareas domésticas sonaban altos y pesados en la lánguida y ahogada quietud, que parecía suspendida sobre la tierra por efecto del calor. Abajo, en el cuarto de los criados, el habitual alboroto del trabajo de la mañana quedó interrumpido. Cuando Rosamond, yendo de camino a la habitación de la señora Pentreath para recoger las llaves, miró adentro, las mujeres se estaban abanicando, y los hombres estaban sentados y se habían quitado las levitas. Estaban hablando quejosamente del calor, y convenían en que nunca habían visto ni oído hablar de que, en el mes de junio, hubiese hecho alguna vez un día como ése. Rosamond cogió las llaves, declinó el ofrecimiento del ama de laves de acompañarla y, guiando a su marido por los pasillos, abrió la cerradura de la puerta del vestíbulo del ala norte.

—¡Qué frío hace aquí; esto no es normal! —dijo mientras entraban en el desértico atrio.

Al pie de las escaleras se detuvo, y cogió el brazo de su marido con más fuerza.

—¿Sucede algo? —preguntó Leonard—. ¿Te molesta el cambio a la fría humedad de este lugar?

—No, no —respondió apresuradamente—. En este momento, estoy tan exaltada que no noto ni calores ni humedades. Pero, Lenny, supongamos que tu sospecha sobre la señora Jazeph sea cierta,...

—¿Sí?

—Y supongamos que descubrimos el secreto de la Habitación el Mirto. ¿Y si es algo relacionado con mi padre o mi madre que no deberíamos saber? He pensado en ello cuando la señora Pentreath se ha ofrecido a acompañarnos, y por ello he tomado la decisión de venir aquí sólo contigo.

—Es igual de probable que el secreto sea algo que debemos conocer —replicó el señor Frankland, después de pensar durante un momento—. En cualquier caso, mi teoría acerca de la señora Jazeph es, después de todo, como apuntar en medio de la oscuridad. Pero, Rosamond, si tienes alguna duda...

—¡No! Pase lo que pase, Lenny, ahora no nos podemos echar atrás. Dame otra vez la mano. Hemos seguido hasta aquí la pista de este misterio los dos juntos, y juntos lo descubriremos. Mientras hablaba subieron las escaleras. Ella iba delante, guiando a su marido. En el descansillo, ella volvió a mirar el plano, y convenció de que la primera impresión que había tenido sobre acerca de la posición de la Habitación del Mirto era la correcta. Contó las puertas hasta la cuarta y buscó entre el puñado de llaves la «IV». La introdujo en la cerradura.

Antes de darle vuelta, se detuvo y se giró para mirar a su marido.

Estaba de pie junto a ella, expectante pero paciente. Puso la mano derecha sobre la llave, la hizo girar despacio dentro de la cerradura, acercó a su marido un poco más con la mano izquierda y se detuvo de nuevo.

—No sé qué me pasa, ahora —dijo con un susurro apagado—. Es como si tuviera

miedo de abrir la puerta.

—Tienes la mano helada, Rosamond. Espera un poco. Vuelve a cerrar la puerta con llave y déjalo para otro día.

Al tiempo que decía estas palabras sintió que los dedos de su esposa se aferraban cada vez más a su mano. Hubo un instante —un instante contenido, memorable, que no habrían de olvidar jamás desde ese día— de silencio absoluto. Leonard escuchó el sonido quebrado y agudo de la puerta abriéndose, y sintió que se adentraba en un ambiente distinto. Entonces supo que Rosamond y él estaban dentro de la Habitación del Mirto.

CAPÍTULO V

La habitación del Mirto

Una ventana grande, con cuadretes pequeños y marcos oscuros; una luz amarilla, triste, que vacila a través de la suciedad de medio siglo incrustada en el cristal; tres limpios rayos cercenando la oscuridad a través de las fisuras de tres cuadretes rotos: el polvo, flotando hacia arriba, vertiéndose hacia abajo, girando y girando suavemente en una atmósfera atrapada; paredes soberbias, desnudas, de color rojo apagado; sillas puestas en cualquier sitio, mesas desequilibradas, una librería alta y negra, con una puerta abierta cayéndose de sus goznes; un pedestal, con su busto roto en pedazos a sus pies; un techo oscurecido por las manchas, un suelo blanqueado por el polvo. Éste era el aspecto de la Habitación del Mirto cuando Rosamond, llevando a su esposo de la mano, entró en ella por primera vez.

Después de cruzar la puerta avanzó lentamente unos pasos y se detuvo. Esperó, con todos sus sentidos vigilantes, con todas sus facultades en el punto más álgido de la expectación; esperó, en medio de la ominosa calma y la vacía soledad, a ese *Algo* incierto que podía estar en la habitación. Que se alzara, haciéndose visible ante ella; que se manifestara con sonidos a su espalda; que la tocara de repente desde arriba, desde abajo, desde cualquier parte. Así estuvo, esperando, conteniendo el aliento, durante un minuto o más. Pero ni apareció, ni se oyó, ni la tocó nada. El silencio y la calma tenían su secreto que guardar, y lo guardaban.

Se volvió para mirar a su marido. Su cara, habitualmente tan serena, tenía ahora una expresión de duda y desagrado. Llevaba la mano que tenía libre extendida, y la movía adelante y atrás y arriba y abajo, en un vano intento por tocar algo que le pudiera permitir adivinar la posición en la que estaba. Mientras permanecía de pie en ese nuevo y extraño mundo, Rosamond observó su mirada, su actitud, y esa callada petición de ayuda, de consideración, que tan triste e inconscientemente le estaba haciendo su marido, y percibió que la persona que más le preocupaba, la que más adoraba, la que más tenía que cuidar, la más sagrada para ella, estaba reclamando su corazón. Entonces, Rosamond volvió en sí. Sus ojos, incrédulos, hasta ese momento fijos desconfiadamente en el espantoso espectáculo de abandono y ruina que tenían a su alrededor, se volvieron afectuosamente hacia su esposo, radiantes por el inescrutable resplandor del amor y la misericordia. Se dio rápidamente la vuelta hacia él, le cogió el brazo que tenía extendido y lo apretó en su costado.

—No hagas eso, querido —dijo ella cordialmente—; no me gusta verlo. Parece como si hubieses olvidado que estoy contigo; como si estuvieses solo y abandonado. ¿Qué necesidad tienes de tu sentido del tacto si me tienes a mi? ¿Me has oído abrir la puerta? ¿Sabes que estamos en la Habitación del Mirto?

—Rosamond, ¿qué has visto cuando has abierto la puerta?, ¿qué ves ahora? — hizo estas preguntas rápida e impacientemente, y en voz baja.

—Solamente polvo, suciedad y desolación. Ni el pantano más solitario de Cornwall parece tan abandonado como este cuarto. Pero no hay que asustarse, no hay nada, excepto las imaginaciones de uno mismo, que parezca peligroso.

—¿Por qué has tardado tanto en decirme algo, Rosamond?

—Cuando he entrado en la habitación me he asustado, cariño. No de lo que he visto, sino de mis propias fantasías acerca de lo que tal vez podía encontrar. Tenía miedo como una chiquilla; miedo de que saliera algo de la pared, o que surgiera del suelo; vaya, miedo de algo que ni yo misma sé. Ya se me ha pasado, pero en esta habitación, Lenny, todavía hay algo de lo que no me acabo de fiar. ¿Tú también lo notas?

—Sí, noto algo —respondió inquieto—. Como si la noche que siempre hay en mis ojos fuese en este lugar más oscura. ¿Dónde estamos ahora?

—Nos hemos quedado en la puerta.

—¿Te parece que el suelo es seguro? —al tiempo que hacía esta pregunta lo tanteó con suspicacia con el pie.

—Bastante seguro —replicó Rosamond—. Si estuviese tan podrido como para resultar peligroso, no podría aguantar todos estos muebles. Ven conmigo y compruébalo. —Con estas palabras lo guió lentamente hasta la ventana.

—Parece como si ahora estuviese más cerca del aire fresco —dijo Leonard, mientras inclinaba la cara hacia el cuadro de vidrio roto que quedaba más cerca del suelo—. ¿Qué hay delante ahora?

Rosamond le explicó minuciosamente el tamaño y aspecto de la ventana, pero él se dio media vuelta, mostrando su indiferencia, como si no le concediese ninguna importancia a esa parte del cuarto. Rosamond se entretuvo cerca de la ventana para ver si podía respirar un poco del aire exterior. Hubo un momento de silencio; luego Leonard lo rompió.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó ansioso.

—Estoy mirando a través de uno de los cuadros de cristal rotos, para ver si me da un poco el aire —respondió Rosamond—. La sombra de la casa queda justo aquí debajo, reposando sobre el jardín, pero aun así no sube nada de aire fresco. Veo la cizaña alta, erguida e inmóvil, y la maraña de flores salvajes mezclándose con fuerza entre ella. Muy cerca hay un árbol, y sus hojas parece que estuviesen agarrotadas, inmóviles. Lejos, a la izquierda, se ve un poco de la espuma blanca y de la arena soleada, que vibra dentro de un calor amarillo. No hay nubes, pero el cielo no es azul. La calina mata el brillo de la luz del sol, dejando solamente que su fuego la atraviese. El cielo amenaza con algo, ¡y la tierra parece como si lo supiera!

—¡La habitación!, ¡la habitación! —dijo Leonard, apartándola de la ventana—.

Déjate de vistas y dime cómo es la habitación. Cómo es exactamente. No estaré tranquilo, Rosamond, hasta que me lo hayas descrito todo.

—¡Amor mío!, ya sabes que puedes contar conmigo, que siempre te lo describo todo. Lo que ocurre es que no sé por dónde empezar, y quiero estar segura de que lo que voy a ver por ti sea realmente lo que a ti te pueda parecer que vale más la pena. Hay una vieja cama turca, aquí, junto a esta pared, la de la ventana. Voy a quitarme el delantal para limpiarla: así, antes de pensar en ninguna otra cosa, te sientas y te cuento cómo es la habitación. Para empezar, tendría que explicarte lo grande que es.

—Sí, eso es lo primero. Mira a ver si la puedes comparar con algún cuarto con el que yo estuviese familiarizado antes de perder la vista.

Rosamond miró las paredes de uno y otro lado; luego fue hasta la chimenea y recorrió despacio la habitación cuan larga era, contando los pasos. Andando sobre el suelo polvoriento, con la vista puesta con infantil satisfacción en las llamativas rositas de los zapatos que se había puesto esa mañana, aguantándose su vestido de muselina con volantes para no arrastrarlo por el polvo, mostrando los fantásticos bordados de sus faldas y las brillantes medias que se ajustaban a sus piecitos y tobillos como una segunda piel, atravesó la tristeza y la soledad de la gris devastación del escenario que había a su alrededor, mostrando que la juventud, la salud y la belleza podían ofrecer un contraste vital y encantador a tan mortal tenebrosidad.

Al llegar al final de la habitación se detuvo a pensar un momento, y le dijo a su marido:

—Lenny, ¿te acuerdas del salón azul, en la casa de tu padre, en Long Beckley? Creo que esta habitación es igual de grande que aquella, o quizás más.

—¿Cómo son las paredes? —preguntó Leonard mientras ponía la mano sobre la que había tras él—. ¿Están empapeladas, no es cierto?

—Sí, con un papel rojo descolorido, excepto en una de ellas, hay arrancadas algunas tiras que están por el suelo. Un artesonado remata todas las paredes. Está lleno de grietas y de agujeros que parecen haber hecho las ratas.

—¿Hay cuadros en las paredes?

—No. Sólo hay un marco vacío sobre la chimenea. Y enfrente —o sea, justo encima de donde yo estoy ahora— hay un espejo pequeño, con una grieta en el centro, que tiene a los lados unos candelabros rotos. Encima hay una cabeza de venado con su cornamenta; se le ha caído un trozo de la cara, y el espacio que hay entre un cuerno y el otro está lleno de telarañas enmarañadas. En las otras paredes hay unos clavos enormes, de los que cuelgan más telarañas cargadas de polvo. Pero no hay ni un solo cuadro en ninguna parte. Ahora ya lo sabes todo sobre las paredes. ¿Qué viene ahora? ¿El suelo?

—Rosamond, mis pies ya me han contado cómo es el suelo.

—Puede que te hayan contado que está pelado; pero yo puedo contarte algo más.

Hace un poco de pendiente desde cada uno de los lados hacia el centro de la habitación. Está cubierto por una capa gruesa de polvo que está como si la hubiesen extendido suavemente por encima —supongo que por el viento que entra por uno de los cristales rotos—, lo que le da una forma extraña, ondulada, como un lecho de plumas. Del suelo no se ve nada. ¡Lenny! ¡Supongo que estas tablas se podrán levantar por cualquier parte! Si hoy no descubrimos nada, mañana haremos que barran. Mientras, tengo que continuar describiéndote la habitación, ¿verdad que sí? Ya sabes qué tamaño tiene, cómo es la ventana, las paredes, y el suelo. ¿Nos queda algo, antes de pasar al mobiliario? ¡Ah, sí!, el techo, puesto que es lo que completa el armazón del cuarto. No lo puedo ver muy bien; ¡está tan alto! Hay enormes manchas de una punta a la otra, y en algunas partes el yeso ha saltado en pedazos. El adorno central parece que está hecho de filas alternas de pequeñas berzas de yeso y grandes rombos también de yeso. Del centro cuelgan dos trocitos de cadena, que supongo que en su día debían sostener una araña. La cornisa está tan sucia que no puedo decirte casi ni la forma que tiene. Es ancha y maciza, y en algunas partes parece como si antaño hubiese estado pintada; eso es todo cuanto te puedo decir de ella. ¿Te parece que tienes una idea ya bastante completa de cómo es la habitación, Lenny?

—Sí, querida; en mi cabeza tengo el mismo cuadro nítido que siempre me ofreces de todas las cosas que ves. No hace falta que pierdas más tiempo en ello. Ahora podemos dedicarnos al objetivo que nos ha traído hasta aquí.

Al oír esas palabras, la sonrisa que había empezado a asomar en la cara de Rosamond desapareció en un instante. Se acercó sin hacer ruido e, inclinándose sobre él, apoyó la mano en su hombro y le susurró:

—Cuando mandamos que abrieran la otra habitación, la que está enfrente del descansillo, empezamos por inspeccionar el mobiliario. Pensábamos —recuérdalo— que el misterio de la Habitación del Mirto podría estar relacionado con algún objeto de valor que hubiese sido robado, o con algún documento que debería haber sido destruido, o con alguna pista de un crimen, una mancha que pudiera ser descubierta en una simple silla o en una mesa. ¿Crees que aquí también deberíamos revisar los muebles?

—¿Hay muchos, Rosamond?

—Más que en la otra habitación —respondió ella.

—¿Más de los que puedes revisar en una mañana?

—No, no lo creo.

—Pues entonces, si no tienes nada mejor que proponer, empieza por los muebles. Yo no te puedo ser de gran ayuda en una empresa como ésta. No tengo otra opción que dejar que seas tú quien cargue con la responsabilidad de tomar las decisiones. Al fin y al cabo, tuyos son los ojos que miran y tuyas las manos que buscan; y si la razón secreta de que la señora Jazeph te advirtiera de que no entrases en esta habitación es

hallada al buscar dentro de la misma, serás tú quien la encuentre...

—Y te lo haré saber, Lenny, así que aparezca. Amor mío, no quiero oírte hablar como si hubiese entre nosotros alguna diferencia, o como si yo estuviese en una situación superior a la tuya, pues bien, vamos a ver, ¿por dónde empiezo? ¿Por la librería de enfrente de la ventana? ¿O por el viejo escritorio, ese pringoso del hueco de detrás de la chimenea? Ésos son los dos muebles más grandes que veo en la habitación.

—Ya que es lo primero que has visto, empieza por la librería, querida.

Rosamond avanzó unos pasos hacia la librería, luego se detuvo y miró a un lado, hacia el último rincón de la habitación.

—¡Lenny! Al explicarte lo que había en las paredes me he olvidado de una cosa —dijo—. Además de la puerta por la que hemos entrado, hay otras dos: tal como estoy yo ahora, de espaldas a la ventana, ambas están situadas en la pared de la derecha. Cada una de ellas está a la misma distancia del rincón, y las dos tienen la misma forma y tamaño. ¿Crees que deberíamos abrirlas y ver a dónde conducen?

—Pues claro; pero ¿hay alguna llave en el paño?

Rosamond se acercó un poco más a las puertas y respondió afirmativamente.

—Pues entonces ábrelas —dijo Leonard—. ¡Espera!, no lo hagas tú sola. Llévame a tu lado. No me gusta la idea de quedarme aquí sentado dejando que abras tú sola esas puertas.

Rosamond volvió sobre sus pasos hasta donde él estaba sentado y luego lo llevó con ella hasta la puerta que quedaba más alejada de la ventana.

—¿Y si detrás hay alguna visión espantosa? —dijo ella temblando mientras alargaba la mano hacia la llave.

—¿Por qué no intentas imaginar que simplemente conduce a otra habitación? Lo cual parece, además, mucho más probable —sugirió Leonard.

Rosamond abrió bruscamente la puerta de par en par. Su esposo estaba en lo cierto. Simplemente conducía a otra habitación. Pasaron a la segunda puerta.

—¿Crees que ésta sirve para lo mismo? —dijo Rosamond, girando la llave despacio con desconfianza.

La abrió igual que había abierto la primera, asomó la cabeza dentro durante un instante, retrocedió temblando y la cerró de nuevo, con fuerza y con un sordo grito de repugnancia.

—No te asustes, Lenny —dijo, apartándolo inesperadamente a un lado—. La puerta da sólo a una alacena, grande y vacía. Pero dentro, por todas las paredes, hay una gran cantidad de horribles bichos marrones arrastrándose. Los he vuelto a dejar encerrados en su oscuridad y su soledad. Y ahora voy a llevarte de nuevo a tu asiento, antes de ver qué hay en la librería.

Por la puerta de la parte superior de la librería, abierta y medio cayéndose de sus

goznes, se podía ver a simple vista que las estanterías estaban vacías. Cuando Rosamond abrió la puerta contigua descubrió en ese lado del armario exactamente el mismo panorama desértico: en todas las estanterías no había sino la misma monótona acumulación de polvo y suciedad: de arriba a abajo no había ni un solo vestigio de libro alguno, ni siquiera un pedacito de papel perdido por algún rincón.

La parte de abajo de la librería estaba dividida en tres armarios pequeños. En la cerradura de la puerta de uno de ellos todavía estaba puesta una llave oxidada. Rosamond la giró con alguna dificultad y miró dentro del armario. Al fondo había un juego de cartas esparcidas, marrones por la suciedad. Al lado de éstas un pedazo roto y enrollado de muselina, que al extenderlo resultó ser el resto de una estola de capellán. En un rincón encontró un tirabuzón roto y el carrete de una caña de pescar; en otro algunas boquillas de pipa, dos o tres frascos viejos de medicinas y un libro de canciones de buhonero con las páginas llenas de dobleces. Eso era todo cuanto había en el armario. A medida que lo fue encontrando, Rosamond describió escrupulosamente cada uno de los objetos, tras lo cual continuó con el segundo de los armarios. Tanteó la puerta: el cerrojo no estaba echado. Al mirar adentro no halló nada excepto un trozo de tejido de algodón de color negro y los restos de una funda de joyero.

La tercera puerta tenía el cerrojo echado, pero la pudo abrir con la llave oxidada del primer armario. Dentro había un único objeto: una caja pequeña de madera, atada con una cinta, cuyas puntas estaban atadas y selladas. El escaso interés que Rosamond había mostrado hasta ese momento aumentó súbitamente tras este descubrimiento. Le describió la caja a su marido y le preguntó si debía romper el sello.

—¿Puedes ver si hay algo escrito en él? —pregunto él.

Rosamond acercó la caja hasta la ventana, sopló el polvo de la parte superior y leyó lo que había escrito en un trozo de pergamino claveteado sobre la tapa: «Documentos. John Arthur Treverton. 1760.»

—Creo que puedes tomar la responsabilidad de romper el sello —dijo Leonard—. Si esos documentos hubiesen tenido alguna importancia para la familia, ni tu padre ni sus albaceas testamentarios los hubiesen dejado abandonados en una vieja caja.

Rosamond rompió el sello, y después miró dubitativamente a su marido antes de abrir la caja.

—Creo que es una simple pérdida de tiempo mirar qué hay dentro —dijo—. ¿Cómo puede una caja que no ha sido abierta desde mil setecientos sesenta ayudarnos a descubrir el misterio de la señora Jazeph y la Habitación del Mirto?

—¿Pero cómo sabemos que no ha sido abierta desde entonces? —preguntó Leonard—. ¿No puede ser que alguien le haya atado la cinta alrededor y puesto el sello en un momento más reciente? Tú lo puedes juzgar mejor, puesto que puedes ver

si hay alguna inscripción en la cinta, o alguna marca en el sello que te ayude a formar una opinión.

—En el sello no hay nada escrito, Lenny; solamente hay una flor, como un nombre-olvidos, en el medio. Y no veo que haya nada escrito en ninguno de los dos lados de la cinta. Cualquiera podría haber abierto la caja antes que yo —continuó, mientras abría fácilmente la tapa con las manos— el cerrojo no sirve para nada. La madera de la tapa está tan podrida que he arrancado la hembra del cerrojo.

Cuando se puso a revisarla, la caja resultó estar llena de papeles. En la parte superior del primer grupo estaban manuscritas las siguientes palabras: «*Gastos de las Elecciones. Gané por cuatro votos. Precio: cincuenta libras cada uno. J. A. Treverton*». En el paquetito de debajo no había nada escrito. Rosamond lo abrió, y leyó en la primera hoja lo siguiente: «*Oda de Cumpleaños. Respetuosamente dirigida al Mecenas moderno, en su retiro poético de Porthgenna*». Debajo de esta composición apareció una colección de facturas, invitaciones, recetas médicas y páginas de libros de apuestas, todas viejas, atadas con un trozo de mecha. Y por último, en el fondo de la caja, una hoja de papel fino en cuyo lado visible no había absolutamente nada escrito. Rosamond lo sacó, le dio la vuelta y vio unas líneas escritas a mano con tinta descolorida cruzándose unas con las otras en varias direcciones, y con letras sueltas en algunas partes. Por supuesto, Rosamond había informado a su marido del contenido de todos los otros documentos; y cuando hubo terminado de describirle éste último, él le explicó que las líneas y las letras representaban un problema de matemáticas.

—La caja no nos dice nada —dijo Rosamond, mientras ponía lentamente los papeles otra vez dentro en ella—. ¿Probamos a ver qué hay en el escritorio que está junto a la chimenea?

—¿Cómo es, Rosamond?

—Tiene abajo dos hileras de cajones a cada uno de los lados; está fabricado de un modo extraño y anticuado: desde los cajones se inclina oblicuamente hacia arriba, formando un pupitre muy grande.

—¿Se puede abrir la tabla por arriba?

Rosamond fue hasta la mesa, la examinó de cerca y luego trató de levantar el tablero.

—Está fabricado para que se pueda abrir, porque veo el agujero para la llave —dijo—. Pero el cerrojo está echado. Y los cajones —continuó, mientras los iba probando uno a uno— también están cerrados.

—¿Y ninguno tiene llave? —preguntó Leonard.

—Ninguno. Aunque la tabla de arriba está tan suelta que creo que se podría abrir forzándola un poco, como he hecho antes con la cajita. Pero tienen que hacerlo unas manos fuertes, y yo no puedo presumir precisamente de eso. Déjame que te lleve

hasta la mesa, cariño. Con mi fuerza no cederá, pero con la tuya seguramente sí.

Cogió las manos de su marido y las puso cuidadosamente debajo del anaquel formado por el tablero que sobresalía de la mesa. Usó toda su fuerza para levantarlo, pero la madera estaba sana, el cerrojo bien sujeto y todo su esfuerzo fue en vano.

—¿Llamamos a un cerrajero? —preguntó Rosamond, con una mirada de decepción.

—Si la mesa tiene algún valor, entonces sí —repuso su marido—. Sino, con un destornillador y un martillo hasta un niño podría abrir tanto el tablero como los cajones.

—Pues en ese caso, Lenny, ojalá los hubiésemos cogido antes de entrar en la habitación, puesto que el único valor de la mesa radica en los secretos que puede estar ocultándonos. No me sentiré satisfecha hasta que sepamos lo que hay dentro.

Mientras decía estas palabras tomó a su marido de la mano para llevarlo de nuevo a su asiento. Al pasar por delante de la chimenea, Leonard pisó el brasero de piedra lisa y, al notar debajo de sus pies el contacto con una nueva materia, instintivamente alargó la mano que tenía libre. Tocó una losa de mármol, con figuras en bajorrelieve, situada en el centro de la repisa de la chimenea. En el mismo instante se detuvo y le preguntó a su esposa qué objeto era aquél que sus dedos habían tocado por accidente.

—Una escultura —dijo Rosamond—. No me había fijado en ella antes. No es muy grande, ni especialmente bonita, para mi gusto. Por lo que yo veo, diría que representa...

Leonard la detuvo antes de que dijera nada más.

—Déjame probar si soy capaz de descubrir algo yo solo —dijo, con un poco de impaciencia—. Déjame probar si mis dedos saben explicarme lo que esta escultura representa.

Pasó cuidadosamente sus manos por encima del bajorrelieve y dijo:

—¿Verdad que en el extremo de la derecha hay una figura de un hombre sentado? ¿Y verdad que hay unas rocas y unos árboles, como muy alargados, bastante arriba, a mano izquierda?

Rosamond lo miró tiernamente, y sonrió.

—¡Pobrecito amor mío! —dijo—. Tu hombre sentado es, en realidad, una copia en miniatura de la famosa y antigua estatua de Niobe con su hijo; tus rocas son imitaciones de nubes hechas de mármol, y tus árboles alargados sólo son flechas lanzadas por algún Júpiter o Apolo invisible, o cualquier otro dios pagano. ¡Ay, Lenny, Lenny!, ¡no puedes confiar tanto en tu tacto, mi amor, como en mí!

Una sombra momentánea de humillación pasó por la cara de él, pero se desvaneció en el instante en que ella volvió a coger su mano para llevarlo de nuevo hasta su asiento. Él la atrajo hacia sí cariñosamente y besó su mejilla.

—Tienes razón, Rosamond —dijo—. El único amigo fiel que tengo en mi

ceguera, el que nunca me falla, es mi esposa.

Al ver que se había puesto un poco triste, y al sentir, con la rapidez intuitiva propia de una mujer, que Leonard estaba pensando en los días en que había disfrutado de la bendición de la vista, Rosamond volvió súbitamente, tan pronto como observó que se sentaba de nuevo en la cama turca, al tema de la Habitación del Mirto.

—¿Y ahora dónde miro, cariño? —dijo—. La cajita ya la hemos examinado. Para examinar el escritorio tenemos que esperar. ¿Qué más hay que tenga cajones o estantes? Miró confusamente alrededor suyo y luego dirigió la vista hacia la parte de la habitación que acababa de llamarle la atención: aquélla en la que estaba situado el fuego.

—Aquí me ha parecido ver algo cuando he pasado antes contigo —dijo, acercándose a la segunda de las alcobas que había detrás de la chimenea, junto al hueco en el que estaba el escritorio.

La miró de cerca. En un rincón, oculta en la sombra, vio una mesita estrecha, destartada, hecha de una caoba corriente: era el mueble más frágil y pobre, el menos ilustre de toda la habitación. Lo empujó desdeñosamente con el pie hasta la luz. Se movía sobre unas ruedecillas anticuadas y sin gracia que rechinaban irritantemente.

—Lenny, he encontrado otra mesa —dijo Rosamond—. Aquí, perdida en un rincón; una cosita pequeña y miserable. La acabo de poner debajo de la luz, y he descubierto que tiene un cajón —hizo una pausa, e intentó abrir el cajón; pero se le resistió—. ¡Otro cerrojo! —exclamó con impaciencia—. ¡Hasta esta cosa miserable está en contra nuestra!

La empujó violentamente con la mano, la mesa se tambaleó sobre sus frágiles patas hasta que se cayó al suelo; el estruendo que se oyó por toda la habitación y que se repitió una y otra vez en los ecos del solitario vestíbulo del ala norte fue tan poderoso que pareció que se trataba de una mesa el doble de grande.

Al ver que Leonard se levantaba de su asiento asustado, Rosamond corrió hacia él y le explicó lo que había sucedido.

—Y dices que es una mesa pequeña —replicó Leonard, sorprendido—. ¡Pues se ha caído como si se tratase de uno de los muebles más grandes de la habitación!

—¡Tiene que haber algo muy pesado en el cajón, seguro! —dijo Rosamond, acercándose a la mesa con el ánimo todavía alterado por el susto ante tan inesperado y violento golpe. El polvo que había levantado permanecía todavía en el aire formando nubes perezosas. Después de esperar a que se dispersara, Rosamond se inclinó y examinó la mesita. La parte de arriba estaba agrietada de un extremo al otro, y tanto los cerrojos como los remaches habían saltado debido a la caída.

Volvió a poner de pie la mesa con cuidado, abrió el cajón y, después de echar una ojeada a lo que había dentro, se volvió hacia su marido.

—Lo sabía —dijo—. Sabía que en el cajón tenía que haber algo pesado. Está lleno de pedazos de mineral de cobre, como esas piezas de mi padre, Lenny, las de la mina de Porthgenna. ¡Espera! Creo que noto algo más, aquí en el fondo, donde apenas alcanza mi mano.

De entre el montón de minerales del final del cajón logró desatranchar un marco redondo de madera negra, más o menos del tamaño de un espejo de mano. Lo sacó con la parte delantera bocabajo. En el área englobada por el círculo había una pieza delgada de madera, de las que se ponen detrás de los marcos pequeños para que los dibujos y grabados se mantengan firmes en el interior. El pedazo de madera, que se sujetaba a la parte posterior del marco solamente con un clavo, se había salido de su sitio, probablemente al caerse la mesa. Al sacar el marco del cajón, Rosamond observó que entre éste y la pieza de madera desencajada había una punta de un pedacito de papel que parecía haber sido doblado en varias mitades para ocupar el mínimo espacio posible. Sacó el trocito de papel, lo puso a un lado sobre la mesa sin desplegarlo, volvió a poner la pieza de madera en su lugar y después le dio la vuelta al marco para ver si había algún retrato delante.

Había un retrato: un retrato pintado al óleo, oscurecido por el paso del tiempo, pero aun así no muy descolorido. Representaba la cabeza y el cuerpo de una mujer hasta el pecho.

En el momento mismo de ponerle la vista encima, Rosamond se estremeció y fue rápidamente hacia su marido con el retrato en la mano.

—Bueno, ¿qué has encontrado ahora? —le preguntó, al oír que se acercaba.

—Un retrato —respondió ella lánguidamente, y deteniéndose para mirarlo de nuevo.

El fino oído de Leonard detectó un cambio en su voz.

—¿Hay algo que te inquiete de ese retrato? —preguntó medio en serio, medio en broma.

—Hay algo que me asusta. Algo que de repente me ha dejado helada. ¡Con el calor que hace hoy! —dijo Rosamond—. La noche que llegamos aquí, ¿recuerdas la descripción del fantasma de las habitaciones del norte que nos hizo la criada?

—Sí, la recuerdo perfectamente.

—¡Lenny!, ¡esa descripción y este retrato son exactamente iguales! Aquí está el pelo castaño claro y rizado. Y aquí el hoyuelo en cada mejilla. La dentadura perfecta y reluciente. ¡Y esa belleza fatal, perversa y atractiva, que la muchacha intentó describir y que de hecho describió perfectamente al decir que era tremenda!

Leonard sonrió.

—Tienes demasiada imaginación, cariño, y a veces no tocas con los pies en el suelo —dijo en voz baja.

—¡Imaginaciones! —repitió Rosamond para sí—. ¿Cómo pueden ser

imaginaciones cuando estoy viendo su cara? ¿Cómo pueden ser imaginaciones cuando me siento...? —se detuvo, se puso de nuevo a temblar, volvió apresuradamente hacia la mesa, y puso el retrato bocabajo. Al hacer eso, su mirada reparó en el trocito de papel doblado que anteriormente había sacado de detrás del marco.

—Puede que esto explique algo acerca del retrato —dijo, y después alargó la mano hasta el papel.

Pronto iba a ser mediodía. En el momento de cogerlo el calor en el ambiente se había hecho ya muy pesado, y todo se hallaba en una calma más intensa que nunca.

Pliegue a pliegue lo fue abriendo, y vio que dentro habían caracteres escritos a mano, trazados con una tinta que se había descolorido hasta quedarse en un amarillo apagado. Alisó cuidadosamente el papel sobre la mesa; luego lo cogió de nuevo y miró la primera línea de lo que había escrito.

Había tan solo tres palabras; palabras que le indicaron que lo que había escrito en el papel no era una descripción del retrato, sino una carta; palabras que la hicieron sobresaltarse y que le cambiaron el color de la cara en el momento mismo en que les puso el ojo encima. No hizo siquiera el intento de leer lo que venía a continuación sino que le dio la vuelta a la hoja apresuradamente para encontrar el lugar en donde terminaba el escrito.

Éste terminaba al final de la tercera hoja, pero había una parte, que estaba en blanco cerca del final de la segunda hoja, y en ese espacio había dos firmas. Cuando leyó la que estaba más arriba, volvió a sobresaltarse. Volvió a la primera página.

A medida que la fue leyendo, línea a línea y palabra por palabra, se fue apagando el color de su cara y apareciendo en su lugar, por todo su rostro, una rotunda palidez. Cuando llegó al final de la tercera página la mano en la que sostenía la carta le cayó a un lado, y volvió lentamente la cabeza hacia Leonard. Permanecía inmóvil en esa posición. Ninguna lágrima le humedecía los ojos. Sus rasgos no se alteraron lo más mínimo. No salió ninguna palabra de sus labios, ni un solo movimiento de su cuerpo. Estaba quieta, con la terrible carta estrujada entre sus fríos dedos, callada, casi sin respirar, mirando fijamente a su marido ciego.

Leonard continuaba sentado del mismo modo que antes: con las piernas cruzadas, las manos apoyadas sobre las rodillas, expectante, con la cabeza vuelta en la dirección en que había oído por última vez la voz de su esposa. Pero al cabo de un momento, la intensa calma de la habitación le llamó poderosamente la atención. Cambió de posición, escuchó un poco, moviendo la cabeza con inquietud de un lado para otro, y entonces llamó a su esposa.

—¡Rosamond!

Al oír la voz de su marido los labios de Rosamond se movieron, y sus dedos se cerraron con más fuerza sobre el papel que sostenían. Pero no dio ningún paso hacia

él, ni habló.

—¡Rosamond!

Sus labios se movieron de nuevo. Unas tímidas trazas de expresión comenzaron a pasar como sombras por la desnuda palidez de su cara. Dio un paso, vaciló, miró la carta y se detuvo.

Al no oír ninguna respuesta, él se levantó sorprendido y nervioso, sus manos por delante moviéndose en el aire de un lado para otro, desvalidas y extraviadas. Avanzó unos pasos en línea recta desde la pared junto a la que había estado sentado. Había una silla en su camino cuyas manos no llegaron a advertir porque en ningún momento las puso tan abajo. Siguió avanzando hasta que se golpeó fuertemente la rodilla contra ella.

De los labios de Rosamond surgió el llanto, como si en el instante mismo de producirse el dolor del golpe ella lo hubiera sentido. Enseguida fue hasta su lado.

—¿No te has hecho daño, verdad, Lenny? —dijo desfallecidamente.

—No, no —intentó presionar su mano en el lugar que se había golpeado, pero ella se inclinó rápidamente y le puso su propia mano, acurrucando su cabeza contra él de un modo tímido y extrañamente dubitativo mientras permanecía de rodillas. Leonard le puso la mano sobre el hombro. En el momento en que la tocó, los ojos de ella comenzaron a ablandarse; comenzaron a saltarle las lágrimas, que fueron cayendo despacio, de una en una, por sus mejillas.

—Pensaba que me habías dejado solo —dijo él—. Había tal silencio que me he imaginado que habías salido de la habitación.

—Ven, salgamos, por favor —al hacerle esta petición pareció como si se quedara sin fuerzas. Apoyó la cabeza en su pecho y dejó caer la carta al suelo.

—¿Estás cansada, Rosamond? Tienes la voz como si lo estuvieras.

—Quiero salir de la habitación —dijo ella, todavía en voz baja y con el mismo tono apagado y forzado—. ¿Tu rodilla está mejor, cariño? ¿Puedes andar?

—Claro. A mi rodilla no le pasa absolutamente nada. Rosamond, si estás cansada, que lo estás aunque no quieras reconocerlo, cuanto antes salgamos de la habitación, mejor.

Ella hizo ver como que no oía estas últimas palabras. Se pasó los dedos febrilmente por el cuello y el pecho. Dos lunares rojos y brillantes comenzaban a arder en sus mejillas pálidas. Tenía los ojos clavados en la carta y estaba como ausente. Sus temblorosas manos rondaron la carta durante unos instantes y después la recogió. Se quedó unos segundos esperando de rodillas, mirándola atentamente de espaldas a su marido. Luego se levantó y caminó hasta el fuego. Entre el polvo, las cenizas, y otros restos de detrás de la parrilla había diseminados unos trocitos de papel viejos. Le llamaron la atención y se quedó mirándolos fijamente.

No dejó de mirarlos mientras se inclinaba acercándose cada vez más a la parrilla.

Por un momento, sostuvo la carta con ambas manos sobre ella, pero al momento siguiente la retiró temblando violentamente y se dio la vuelta para ver a su marido. Al verlo, irrumpió en una exclamación apagada, mitad suspiro, mitad sollozo.

—¡Oh, no, no! —murmuró para sí, cogiéndole las manos fervorosamente y mirándole con ojos tiernos y tristes—. ¡Nunca, Lenny, nunca, pase lo que pase!

—¿Hablas conmigo, Rosamond?

—Sí, amor. Te decía que... —hizo una pausa y, con dedos temblorosos, volvió a doblar el papel hasta que lo dejó exactamente como lo había encontrado.

—¿Dónde estás? —preguntó él—. De nuevo oigo tu voz en el otro extremo de la habitación. ¿Dónde estás?

Rosamond corrió hacia su marido, sofocada, temblando y llena de lágrimas, lo tomó por el brazo y, sin dudarle ni un momento, sin el menor gesto de vacilación en su rostro, decididamente, le puso el papel doblado en la mano.

—Guárdalo, Lenny —dijo, y aun poniéndose pálida como la muerte, no perdió la entereza—. Guárdalo y pídemelo que te lo lea tan pronto como estemos fuera de la Habitación del Mirto.

—¿Qué es? —preguntó él.

—Es lo último que he encontrado, cariño —contestó ella, con un profundo suspiro de alivio y mirándole gravemente.

—¿Es importante?

En lugar de responder, se apretó repentinamente contra su pecho, se aferró a él con toda la fuerza de su naturaleza impulsiva y, jadeando y llena de pasión, le cubrió la cara de besos.

—¡Despacio!, ¡despacio! —dijo Leonard, riendo—. No me dejas respirar.

Rosamond se apartó y se quedó mirándolo en silencio, con una mano puesta en cada uno de sus hombros.

—¡Oh, ángel mío! —murmuró tiernamente—. Daría todo lo que tengo en este mundo por saber cuánto me quieres!

—Ya tendrías que saberlo —replicó él, todavía riéndose—, ¡a estas alturas ya tendrías que saberlo!

—Pronto lo sabré —dijo esas palabras tan débilmente que apenas pudieron oírse. Leonard interpretó el cambio de su voz como una nueva indicación de cansancio y, tendiéndole la mano, le pidió que lo condujera fuera. Ella la tomó en silencio y lo guió lentamente hasta la puerta.

CAPÍTULO VI

El secreto revelado

En todo el camino de vuelta a la parte habitada de la casa, Rosamond no hizo ninguna otra referencia al papel doblado que había depositado en la mano de su marido.

Mientras regresaban a la fachada oeste, toda su atención parecía estar puesta únicamente en el celoso acto de vigilar cada pulgada del terreno que Leonard iba a pisar, cerciorándose de que fuera seguro antes de permitirle que pusiera el pie. Desde el primer día de su vida matrimonial había sido siempre muy cuidadosa y considerada cada vez que le guiaba de un lugar a otro. Ahora se mostraba innecesariamente, incluso absurdamente ansiosa por preservarle de la más remota posibilidad de cualquier accidente. Al salir de la Habitación del Mirto, ella se dio cuenta de que él era el que estaba más cerca de la parte exterior del rellano que carecía de pasamanos, así que insistió en que intercambiaran su posición de modo que él estuviera más cerca de la pared. Mientras descendían, ella lo detuvo a mitad de las escaleras para preguntarle si sentía algún dolor en la rodilla que se había lastimado. Al llegar al último escalón, le mandó quedarse quieto de nuevo, tras lo cual ella apartó los restos desgarrados y enmarañados de un felpudo viejo por miedo a que el pie se le pudiera quedar enredado. Mientras pasaban el vestíbulo del ala norte, Rosamond insistió en que debía cogerla bien del brazo, porque estaba segura de que todavía no podía mover del todo su rodilla. Incluso mientras bajaban el tramo corto de escaleras que iba de la entrada al vestíbulo a los pasillos que conducían al lado oeste de la casa le hizo detenerse dos veces para colocarle el pie en las partes más seguras de los escalones, describiéndole cuán peligrosamente desgastados estaban en más de un lugar. Él rió de buena gana ante su exagerada ansiedad por salvarle de cualquier tropiezo, y le preguntó si había alguna posibilidad, con tantas paradas, de que llegaran al lado oeste de la casa a la hora de comer. Ella no estaba dispuesta a corresponder a su buen humor, y la risa de él no encontró el eco alegre habitual. Solamente respondió que toda angustia era poca cuando se trataba de su marido, y luego continuó caminando en silencio hasta que llegaron a la puerta del cuarto del ama de llaves.

Entró para devolverle las llaves a la señora Pentreath, mientras su marido aguardaba fuera.

—¡Válgame Dios, señora! —exclamó el ama de llaves— parece que entre el calor y el aire viciado de esas viejas habitaciones ha quedado usted exhausta. ¿Quiere que le traiga un vaso de agua, o que le dé mi frasco de sales?

Rosamond declinó ambas ofertas.

—¿Me permite que le haga una pregunta, señora? ¿Han encontrado algo en las habitaciones del ala norte? —inquirió la señora Pentreath mientras colgaba el puñado de llaves.

—Solamente viejos papeles —replicó Rosamond, girándose.

—Usted disculpe, señora —continuó el ama de llaves—, pero en caso de que alguna persona del vecindario llamase en el día de hoy...

—Estamos ocupados. No importa quién sea; estamos ambos ocupados —respondiendo brevemente en estos términos, Rosamond salió y fue junto a su marido.

Con el mismo celo exagerado que había mostrado de camino al cuarto del ama de llaves ahora ayudó a su marido a subir por la escalera del oeste. La puerta de la biblioteca resultó estar abierta, así que la atravesaron para llegar a la sala de estar, que era el aposento más amplio y fresco. Después de buscar asiento a Leonard, Rosamond regresó a la biblioteca y cogió de encima de la mesa una bandeja con una botella de agua y un vaso, que había visto al pasar.

—Puede que, además de asustada, esté a punto de desmayarme —se dijo a sí misma, dando media vuelta con la bandeja en la mano para volver al salón.

Después de haber dejado el agua en la mesa del rincón, cerró con llave la puerta que daba a la biblioteca, sin hacer ruido, y después hizo lo mismo con la que daba al pasillo. Al oírla merodeando, Leonard le recomendó que se quedara en el sofá. Ella le dio un golpecito cariñoso en la mejilla y se disponía a darle una respuesta adecuada cuando por casualidad contempló su rostro reflejado en el espejo situado donde él estaba sentado. La visión de sus mejillas pálidas y de sus ojos asustados le detuvo las palabras en los labios. Fue corriendo hasta la ventana para respirar un poco del aire que pudiera llegar del mar.

La calina continuaba ocultando el horizonte. Algo más cerca se atisbaba la superficie del agua, incolora y aceitosa, que de vez en cuando palpitaba despacio, en una enorme ola monótona que se enrollaba tersa y eternamente, hasta que se perdía en la blanca oscuridad de la neblina. Cerca de la orilla, el ruidoso rompiente permanecía en silencio. No llegaba un solo ruido de la playa, excepto a intervalos cansinamente prolongados, cuando un zarpazo súbito y un suave chapoteo, que apenas podían oír, anunciaban la ruptura de una pequeña y burlesca ola sobre la arena ardiente. En el bancal de enfrente de la casa el invariable susurro de los insectos de verano era lo único que señalaba vida y movimiento. En toda la orilla, no se veía ni una sola figura, ni había en la mar una sola vela asomándose sombría a través del calor, ni un soplo de aire hacía ondear los livianos zarcillos de las enredaderas que subían enroscándose por el muro de la casa, ni refrescaba las marchitas flores alineadas en las ventanas. Rosamond dejó a su espalda el paisaje después de contemplarlo tediosamente durante un momento. Cuando miró de nuevo hacia dentro, su marido le dirigió la palabra.

—¿Qué hay en este papel que sea tan valioso? —preguntó, sacando la carta y sonriendo mientras la desplegaba—. A buen seguro que, aparte de lo que hay escrito, tiene que haber algo envuelto en estos pliegues: polvos de inestimables poderes mágicos, o algún billete de valor fabuloso.

A Rosamond se le oprimió el corazón cuando su marido alisó la carta pasando su dedo por encima del manuscrito, con una burlesca expresión de ansiedad y empleando cierta sorna al decir que compartiría con su esposa todos los tesoros que descubrieran en Porthgenna.

—En seguida te la leo, Lenny —dijo, dejándose caer sobre la silla más cercana y apartándose lánguidamente el pelo hacia las sienes—. Pero ahora guárdala unos minutos, y hablemos de cualquier otra cosa que no nos recuerde la Habitación del Mirto. Soy muy caprichosa, ¿no es cierto? De repente estoy harta del tema del que más apasionadamente he querido hablar durante todas estas últimas semanas. Dime una cosa, querido —añadió, levantándose súbitamente y situándose detrás de la silla de Leonard— ¿crees que voy a peor con mis antojos, mis imaginaciones, y mis defectos? ¿O he mejorado desde que nos casamos?

Leonard tiró desconsideradamente la carta a un lado, encima de una mesa que tenía junto al brazo de su silla, y la señaló blandiendo su dedo y arrugando la frente en un gesto reprobatorio y al mismo tiempo cómico. ¡Ah, Rosamond! ¿Estás intentando engatusarme para que te halague?

A Rosamond, el tono frívolo que su marido insistía en no abandonar parecía tenerla acongojada. Se apartó de la silla y volvió a sentarse a cierta distancia de él.

—Recuerdo que siempre te ofendía —continuó, apresurada y confusamente—. No, no te ofendía: sólo te fastidiaba un poco, porque a los criados les hablaba de un modo demasiado familiar. De no ser porque me conocías tan bien, al principio incluso podrías haberte imaginado que tenía este hábito porque yo misma hubiera sido en otro tiempo sirvienta. Ahora supón que lo fui: la sirvienta que cuidó de ti en tu enfermedad, la sirvienta que, siendo tú invidente, te acompañó a todos los lugares, cuidándote más que nadie. ¿En ese caso, te hubieses parado a pensar en las diferencias sociales entre tú y yo? ¿Lo hubieses pensado?

Rosamond se detuvo. La sonrisa había desaparecido de la cara de Leonard.

—¿Rosamond, de qué sirve imaginarse cosas que nunca podrían haber ocurrido? —preguntó un tanto impaciente.

Ella se acercó a la mesita, se sirvió un poco de agua y la bebió afanosamente. Después anduvo hasta la ventana y arrancó unas flores. Algunas las tiró inmediatamente después de haberlas cortado, pero se guardó el resto, y las arregló concienzudamente combinando sus colores para que hicieran el mejor efecto. Al terminar, se perdió en ellas con la mirada, se las prendió en el pecho, luego se las sacó, regresó junto a su marido y le puso el ramillete en el ojal de la levita.

—Para que estés más alegre y resplandeciente, que es como quiero verte siempre, mi amor —le dijo mientras se sentaba en su posición preferida, a sus pies, y levantaba la cara para mirarle tristemente, con los brazos apoyados sobre sus rodillas.

—¿En qué piensas, Rosamond? —preguntó después de un intervalo de silencio.

—Me estaba preguntando, Lenny, si alguna otra mujer en el mundo podría llegar a estar tan enamorada de ti como yo. Me da miedo sólo de pensarlo, pero creo que, igual que yo, hay otras mujeres que no desearían otra cosa que vivir y morir para ti. Hay algo en tu cara, en tu voz, en tu forma de ser —algo que va más allá de la simpatía que inspira esta desolación tuya tan triste— que creo que cualquier mujer te entregaría su corazón. Si yo muriese...

—¡Si tú murieses! —mientras repetía estas palabras se levantó, después, se inclinó hacia adelante y le puso ansiosamente la mano en la frente—. ¡Esta mañana se te ocurren unas cosas muy raras, Rosamond! ¿No te encuentras bien?

Ella se levantó, y le miró de cerca. A Rosamond le brillaba la cara, y alrededor de sus labios jugueteaba, tímida, una sonrisa.

—Me pregunto si siempre estarás tan inquieto por mí, y si siempre estarás tan enamorado de mí como ahora —le susurró; y después de sacarle la mano de la frente, se la besó. Él se apoyó de nuevo en el respaldo de la silla, y le dijo bromeando que no debía mirar tanto hacia el futuro. Aunque dijo estas palabras a la ligera, a Rosamond le partieron el corazón.

—Lenny, hay veces —dijo— en que toda la felicidad del presente depende de la certeza que uno tenga sobre el futuro —mientras hablaba miró la carta, que su marido había dejado abierta sobre la mesa, y después de una momentánea disputa consigo misma la cogió para leerla. Al pronunciar la primera palabra le falló la voz. Su rostro se puso pálido como la muerte. Echó la carta de nuevo sobre la mesa y se alejó hasta el otro extremo de la habitación.

—¿El futuro? —preguntó Leonard—. ¿A qué futuro te refieres, Rosamond?

—¿Y si te digo que estoy hablando de nuestro futuro en Porthgenna? —dijo, humedeciendo sus labios secos con unas gotas de agua—. ¿Crees que si nos quedamos aquí tanto tiempo como habíamos pensado seremos tan felices como lo hemos sido en todos los otros lugares? Durante el viaje me dijiste que lo encontraría aburrido, y que no me iba a quedar más remedio que probar toda clase de tareas extraordinarias para entretenerme. Me dijiste que probablemente empezaría cultivando un huerto y terminaría escribiendo una novela. ¡Una novela! —prosiguió mientras se acercaba de nuevo a su marido y observaba atentamente su cara—. ¿Por qué no? Hoy en día las mujeres escriben más novelas que los hombres. ¿Qué me impide intentarlo? El primer gran requisito, supongo yo, es tener una idea para una historia, y eso lo tengo —se alejó unos pasos, llegó hasta la mesa donde estaba la carta y puso su mano sobre ella, con la mirada siempre puesta en el rostro de

Leonard.

—¿Y cuál es esa idea que tienes, Rosamond? —preguntó él.

—Ésta —replicó ella—. Voy a hacer que la historia gire alrededor de una pareja de recién casados. Tienen que estar muy enamorados el uno del otro; igual que nosotros, Lenny. Y tienen que ser de nuestra posición social. Después de un tiempo de feliz matrimonio, y cuando ya tienen un niño que hace que se amen el uno al otro más que nunca, un terrible descubrimiento caerá fulminantemente sobre ellos. El marido ha elegido como esposa a una joven dama de tan antiguo e ilustre apellido como...

—¿Como el tuyo, Rosamond? —sugirió Leonard.

—Como el apellido de los Treverton —prosiguió ella, después de una pausa, durante la cual su mano había estado moviendo incansablemente la carta de un lado a otro de la mesa—. El marido tiene que ser de buena familia, de tan buena familia como la tuya, Lenny. Y el terrible descubrimiento será que su esposa no tiene ningún derecho a llevar el apellido ilustre que usaba cuando se casó con él.

—No puedo decir que apruebe tu idea, Rosamond. Tu historia llevará al lector a sentir interés por una impostora.

—¡No! —exclamó Rosamond, acalorada—. Una mujer leal; una mujer que nunca se derrumbó ante una decepción; una mujer llena de defectos y debilidades, pero una mujer que ante todo siempre dijo la verdad. Escúchame, antes de juzgar, Lenny —unas lágrimas impetuosas bajaron por sus ojos, pero se las secó enérgicamente y continuó—. La niña crecerá hasta convertirse en mujer, y se casará sin saber absolutamente nada, ¡fíjate bien!, nada, de su verdadera historia. El repentino descubrimiento de la verdad la dejará destrozada; se sentirá herida por una calamidad en la que ella no ha tomado parte; perderá hasta la razón. Estallará por dentro, porque no puede confiar más que en sí misma; tendrá la posibilidad de ocultárselo a su marido con toda impunidad: esa terrible tentación la pondrá a prueba por un momento; convulsionará la fragilidad de esta pobre mortal. Logrará vencerla y, por propia voluntad, le contará a su marido todo lo que sabe. ¿Y ahora, Lenny, cómo calificas tú a esa mujer? ¿Como una impostora?

—No. Como una víctima.

—¿Quién se está sacrificando por su propia voluntad?

—Yo no me refería a eso.

—¿Qué harías con ella, Lenny, si fueses tú quien escribiera la historia? Quiero decir, ¿cómo harías que su marido se portara con ella? Es una pregunta que concierne a la naturaleza del hombre, y una mujer no es competente para decidirlo. Yo no sé cómo terminar la historia, estoy confusa. ¿Cómo la terminarías tú, querido? —al pronunciar las últimas sílabas su voz se apagó tristemente con tono de súplica. Se acercó a él y le enredó tiernamente el pelo con los dedos—. ¿Cómo la terminarías,

amor? —repitió, inclinándose hasta que sus labios trémulos rozaron su frente.

Él se removió incómodamente en su silla, y replicó:

—Yo no soy novelista, Rosamond.

—¿Pero cómo actuarías tú, Lenny, si fueses ese marido?

—No sé qué decirte —respondió—. No tengo tanta imaginación como tú, cariño. Ahora mismo no tengo el poder de ponerme en el lugar de otro que no sea yo, ni de saber cómo debería actuar en ese caso.

—Pero imagínate que tu esposa estuviese cerca de ti, tan cerca como estoy yo ahora. Imagínate que te acaba de contar el terrible secreto, y que está delante tuyo, igual que yo estoy ahora, y que la felicidad de toda la vida que tiene por delante depende de que de tus labios salga una palabra amable. ¡Oh, Lenny, supongo que no dejarías que se desplomara a tus pies con el corazón roto! Fuera cual fuese su linaje, ¡tú sabrías ver que ella continuaba siendo la misma criatura fiel que te había acariciado y servido y confiado en ti y adorado desde el día en que se había casado contigo, y que no te había pedido nada a cambio excepto poner su cabeza sobre tu pecho, y oírte decir que la querías! ¡Y sabrías que ella había pasado muchos nervios antes de revelarte el fatal secreto, pero que había decidido hacerlo porque, en su lealtad y amor por su marido, prefería decepcionarle y morir abandonada y despreciada, que seguir viviendo en la mentira! ¡Sabrías todo esto y le abrirías los brazos a la madre de tu hijo, a la esposa de tu primer amor, aunque su clase social fuese la más baja! ¡Oh, Lenny, lo sabrías, sé que lo sabrías!

—¡Rosamond! ¡Cómo te tiemblan las manos, cómo te cambia la voz! Te estás poniendo nerviosa como si todas estas historias que te imaginas fuesen reales.

—¿La acogerías con el corazón, Lenny? ¿Le abrirías tus brazos sin dudarlo siquiera un momento?

—¡Bien!, ¡vale!, supongo que sí.

—¿Supones?, ¿sólo lo supones? ¡Oh, piénsalo de nuevo, cariño, piénsalo de nuevo, y dime que lo sabes, que lo harías!

—¿Tengo que decirlo, Rosamond? Pues lo digo.

Mientras estas palabras salían de su boca, ella se apartó un poco y cogió la carta de la mesa.

—Lenny, todavía no me has pedido que te lea la carta que he encontrado en la Habitación del Mirto. Ahora soy yo quien te propongo que la leamos.

Al decir esas pocas y decisivas palabras, se puso a temblar. Pero las pronunció con claridad y firmeza, como si al ser consciente de que se había comprometido irrevocablemente a desdoblar la carta, hubiese reunido por fin las fuerzas para enfrentarse a todos los riesgos y terminar con todo el misterio.

Su marido se dio la vuelta hacia el lugar desde donde le había llegado la voz de ella, y puso cara de confundido y al mismo tiempo de sorpresa.

—Te vas tan de repente de un tema a otro —dijo él—, que difícilmente puedo seguirte. ¿Qué diantres te lleva, de golpe, del argumento romántico de una novela a la sencilla y práctica tarea de leer una vieja carta?

—Tal vez entre ambas haya una conexión más estrecha de lo que piensas —respondió ella.

—¿Una conexión más estrecha? ¿Qué conexión? No lo entiendo.

—La carta lo explicará todo.

—¿Por qué la carta? ¿Por qué no me lo explicas tú?

Le lanzó una mirada y vio que él se había dado cuenta de que algo serio iba a ocurrir, y que ahora, por primera vez, esa sensación le estaba empezando a nublar la mente.

—¡Rosamond! —exclamó—, hay algún misterio...

—No hay misterios entre tú y yo —interrumpió ella rápidamente—. Nunca los ha habido, mi amor; y nunca los habrá.

Ella se puso un poco más cerca de él para colocarse sobre sus rodillas. Luego lo pensó otra vez, y regresó de nuevo a la mesa. Unas lágrimas de advertencia le dijeron que debía desconfiar de su propia firmeza y leer la carta dónde no pudiera sentir el latido del corazón de Leonard.

—¿Te he dicho —continuó ella, después de esperar un momento hasta tranquilizarse— dónde he encontrado el pedazo de papel que te he puesto en la mano en la Habitación del Mirto?

—No —replicó él—, creo que no.

—Detrás del marco de ese retrato: el retrato de la mujer fantasmagórica de la cara malvada. Lo he desplegado inmediatamente, y he visto que era una carta. El nombre del destinatario, la primera línea y una de las dos firmas que contenía estaban escritas con una letra que he reconocido.

—¿De quién!

—De la difunta señora Treverton.

—¿De tu madre?

—De la difunta señora Treverton.

—¡Válgame Dios, Rosamond! ¿Por qué hablas de ella de ese modo?

—Déjame que lea y lo sabrás. Has visto con mis ojos cómo es la Habitación del Mirto. Has visto, con mis ojos, cada uno de los objetos que ha salido a la luz en la búsqueda; ahora tienes que ver, con mis ojos, lo que contiene esta carta. Es el secreto de la Habitación del Mirto.

Se inclinó hasta quedar cerca de las borrosas letras, y leyó estas palabras:

A mi marido:

Arthur, nos hemos separado para siempre, y yo no he tenido el valor de hacer

más dolorosa nuestra despedida confesándote que te he engañado de un modo bajo y cruel. Pero hace sólo unos minutos estabas llorando junto a mi cama y hablando de nuestra hija. Mi querido esposo, mi querido y equivocado esposo: la hijita tuya de tu corazón no es tuya, ni mía. Es una niña bastarda, y te la he impuesto como si fuese mía. Su padre era un minero de Porthgenna. Su madre es una criada, Sarah Leeson.

Rosamond hizo una pausa, pero no levantó la cabeza de la carta en ningún momento. Oyó cómo su marido apoyaba la mano sobre la mesa; luego oyó cómo se levantaba; cómo tomaba una bocanada de aire profunda y rápidamente; cómo un instante después se decía a sí mismo en voz baja: «¡Una niña bastarda!». Tres palabras que le llegaron al oído con una terrible y dolorosa claridad. El tono con que las murmuró la dejó helada. Pero no se movió, puesto que todavía no había terminado de leer; y mientras así fuera, y aunque su vida hubiese dependido de ello, no hubiese podido levantar la mirada.

A continuación, leyó estas líneas:

Son muchos los pecados graves por los que tengo que responder, pero éste, Arthur, tienes que perdonármelo porque lo he hecho por el cariño que te tengo. Ese cariño me confesó un secreto que tu pretendías ocultarme. Ese cariño me dijo que tu esposa estéril no tendría por completo tu corazón hasta que te hubiera dado un hijo, y tus labios confirmaron esta verdad. Tus primeras palabras, cuando regresaste de la mar, y el pequeño fue posado sobre tus brazos, fueron: «Nunca te he amado como te amo ahora, Rosamond». Si no hubieses dicho eso, no me hubiese guardado culpablemente el secreto.

No puedo añadir nada más, porque tengo a la muerte muy cerca de mí. Cómo fue cometido el engaño, y cuáles fueron mis restantes motivos, lo tendrás que averiguar a través de la madre de la criatura, que es quien está escribiendo esto bajo mi dictado, y la encargada de entregártelo cuando yo ya no esté. Sé que serás misericordioso con la pobre criaturita que lleva mi nombre. Sé también misericordioso con su infeliz madre: solamente es culpable de haberme obedecido ciegamente. Si hay algo que mitiga la amargura de mi remordimiento, es el recuerdo de que mi acto de engañarte salvó a la más fiel y más enamorada de todas las mujeres de una vergüenza que no merecía. Arthur, recuérdame con clemencia. Las palabras pueden expresar cómo he pecado contra ti. ¡Pero no hay palabras que puedan explicar cómo te he amado!

Rosamond se esforzó por llegar hasta la última línea de la segunda página; hizo una nueva pausa y trató de leer la primera de las dos firmas: «Rosamond Treverton». Repitió sin aliento dos sílabas de ese nombre de pila que le era tan familiar: ¡el nombre que estaba en boca de su marido cada hora del día!, e hizo todo lo posible por

articular la tercera, pero le falló la voz. Todos los sagrados recuerdos familiares que esa despiadada carta había profanado para siempre parecieron desgarrarle el corazón en ese mismo instante. Con un gemido sordo dejó caer sus brazos sobre la mesa, apoyó la cabeza sobre ellos y escondió su rostro.

No oyó nada, ni tuvo conciencia de nada, hasta que notó un toquecito en el hombro; un toquecito suave de una mano que temblaba. En respuesta, todo su cuerpo se hizo un solo latido. Miró hacia arriba.

Su marido había llegado por sus medios hasta su lado, junto a la mesa. Las lágrimas resplandecían en sus ojos caliginosos y ciegos. Cuando ella se levantó y lo tocó, él abrió sus brazos y la rodeó fuertemente.

—¡Rosamond de mi alma —dijo—, ven aquí y consuélate!

LIBRO SEXTO

CAPÍTULO I

Tío Joseph

Hubieron de pasar un día y una noche, y llegar una nueva mañana, para que el señor y la señora Treverton recobraran la suficiente confianza en sí mismos para sentarse a hablar con tranquilidad sobre el secreto, y se dispusieran a afrontar resignadamente los deberes y sacrificios a los que su descubrimiento les obligaba.

La primera pregunta de Leonard se refería a aquellas líneas que estaban escritas con una letra que ella conocía. Al ver que su marido no tenía ni idea de como había llegado a formarse tal opinión acerca de este punto, Rosamond le explicó que, después de la muerte del Capitán Treverton, muchas cartas que la señora Treverton le había escrito a su marido habían ido a parar a sus manos. Trataban acerca de clásicos asuntos domésticos, y las había leído tantas veces que había llegado a conocer perfectamente las peculiaridades de la letra de la señora Treverton. Era notoriamente grande, redonda y denotaba una personalidad varonil. Y tanto la cabecera como la línea de debajo, y la firma que estaba más arriba de las dos que había en la carta de la Habitación del Mirto se parecían a ella en todos los detalles.

La siguiente pregunta estaba relacionada con el texto de la carta. La letra de éste, así como el de la segunda firma («Sarah Leeson») y la de las líneas añadidas en la tercera página, también firmada por Sarah Leeson, era de la misma persona. Al darle a conocer este hecho a su marido Rosamond no olvidó explicarle que, al leer la carta el día anterior, le habían fallado la fuerza y el coraje antes de llegar al final. Luego le dijo que la posdata que, como consecuencia de ello, no había podido llegar a leer, era importante, puesto que mencionaba las circunstancias bajo las cuales el secreto había sido escondido; y le rogó que la escuchara, pues le iba a dar a conocer su contenido sin más demora.

Sentándose esta vez tan cerca de él como si estuviera disfrutando de nuevo de los días de su primera luna de miel, leyó las últimas líneas, aquéllas que su madre había escrito hacía dieciséis años, la mañana en que había salido huyendo de la Torre de Porthgenna. Decían así:

Si alguien encuentra alguna vez este papel (y rezo con todo mi corazón para que eso nunca ocurra), quiero decir que he tomado la decisión de esconderlo porque las palabras que contiene no me atrevo a enseñárselas al señor, a quien van dirigidas. Al hacer lo que ahora me propongo hacer, estoy, actuando en contra de los últimos deseos de la señora: no estoy rompiendo el solemne compromiso que ella, en su lecho de muerte, me obligó a contraer. El compromiso me prohíbe destruir esta carta, o

llevármela conmigo si dejas esta casa. No haré ni lo uno ni lo otro; mi propósito es ocultarla en un lugar donde pienso que casi no existe la posibilidad de que pueda ser hallada. Cualquier penalidad o desgracia que pueda venir como consecuencia de este engañoso proceder mío, recaerá sobre mí. Por lo que respecta a las demás personas afectadas, creo de todo corazón que serán más felices si el espantoso Secreto que esta carta contiene permanece oculto.

—Ahora no hay ninguna duda —dijo Leonard cuando su esposa llegó al final—: la señora Jazeph, Sarah Leeson y la criada que desapareció de la Torre de Porthgenna son una misma persona.

—¡Pobre criatura! —dijo Rosamond suspirando mientras dejaba la carta a un lado—. Ahora sabemos por qué me advirtió tan ansiosamente que no entrara en la Habitación del Mirto. ¡Lo que debió sufrir al tener que presentarse en mi habitación como si fuera una desconocida! ¡Oh, lo que daría ahora por no haber sido tan impaciente con ella! ¡Y pensar que le hablé como a una criada de la que se espera obediencia! Pero lo peor es que ni siquiera ahora puedo pensar en ella del modo en que una hija debería pensar en su madre. ¿Cómo podré explicarle jamás que conozco el secreto? ¿Cómo...? —se detuvo, desconsoladamente consciente del estigma que había caído sobre su nacimiento, estremeciéndose al pensar en el nombre que su marido le había dado y en su propia alcurnia, a la cual las normas de la sociedad despreciaban y se negaban a reconocer.

—¿Por qué te detienes? —preguntó Leonard.

—He sentido miedo —comenzó, para luego hacer otra pausa.

—¿Miedo —dijo él, terminando la frase por ella— de que tu compasión hacia esa infeliz mujer puedan herir mi orgullo al recordarme las circunstancias de tu nacimiento? ¡Rosamond!, después de la encomiable sinceridad que has tenido conmigo sería indigno de mí que no reconociera que este descubrimiento me ha herido como sólo puede herirse a un hombre orgulloso. He nacido y me han criado con este orgullo. Éste, incluso mientras hablo ahora contigo, se aprovecha de este momento de tranquilidad y me engaña haciéndome dudar, en contra de lo que indican todas las probabilidades, de si las palabras que me has leído pueden, después de todo, ser ciertas. Pero aun siendo fuerte ese sentimiento innato, y a pesar de lo duro que pueda resultarme el corregirlo y vencerlo del modo en que debo hacerlo, hay un sentimiento en mi corazón que todavía es más fuerte —alargó la mano en busca de la de su esposa y la abrazó; luego añadió—: ¡Rosamond, desde el momento en que dedicaste tu vida a tu marido ciego; desde el momento en que te ganaste su gratitud del mismo modo en que ya te habías ganado su amor, empezaste a ocupar un lugar en su corazón del cual nada, ni siquiera este golpe que nos ha conmocionado, puede apartarte! Por más que siempre haya tenido en alta consideración mi rango, he

aprendido, incluso antes de lo que pasó ayer, a considerar la valía de mi esposa, sea cual fuere su alcurnia, como algo superior.

—¡Oh, Lenny, Lenny, no soporto oír cómo me elogias, con ese tono, como si yo hubiera hecho un sacrificio al casarme contigo! ¡Pero si no hubiese sido por mi marido ciego quizás nunca me hubiese hecho merecedora de lo que acabas de decir de mí! Al leer la temible carta por primera vez he tenido un momento de duda, desagradecida y vil, sobre si tu amor sobreviviría al descubrimiento del secreto. He tenido un momento de tentación que me ha apartado de ti, cuando tendría que haber puesto la carta en tu mano. Ha sido el verte esperando a que yo hablara de nuevo, tan inocente de todo cuanto pasaba, lo que me ha devuelto el sentido, y me ha hecho ver lo que tenía que hacer. Ha sido la visión de mi marido ciego lo que me ha hecho vencer la tentación de destruir esa carta en el momento de su descubrimiento. ¡Oh, si hubiese sido una de esas mujeres de corazón de hierro! ¿Podría haberte cogido de nuevo de la mano, haberte besado, haberme acostado a tu lado y oír cómo te dormías, noche tras noche, sintiendo que había abusado del hecho de que dependas de mí porque eres ciego, sólo para servir a mis propios intereses egoístas; sabiendo que el éxito de mi impostura se debía únicamente a que tu dolencia te hacía incapaz de sospechar que yo pudiera decepcionarte? No, no. No puedo creer que ni la más vil de las mujeres pudiera cometer una bajeza como ésta; y no puedo reclamar para mí nada salvo el crédito de haber sido sincera conmigo misma. Ayer, mi amor, en la Habitación del Mirto dijiste que el único amigo que no te había fallado nunca en tu invidencia era tu esposa. Ahora que lo peor ha pasado, es para mí suficiente recompensa y consuelo saber que todavía puedes decir eso.

—Sí, Rosamond, lo peor ha pasado; pero no podemos olvidar que tendremos que enfrentarnos a pruebas muy difíciles.

—¿Pruebas difíciles, mi amor? ¿A qué pruebas te refieres?

—Rosamond, quizás esté exagerando el coraje que este sacrificio requiere; pero, al menos para mí, será un duro sacrificio el hacer partícipes de lo que sabemos a gente desconocida.

Rosamond miró a su marido con asombro.

—¿Qué necesidad hay de contarle a nadie el secreto? —preguntó ella.

—Suponiendo que damos por sentada la autenticidad de esa carta —respondió él—, no nos queda más opción que contarlo. No puedes olvidar las circunstancias bajo las cuales tu padre... bajo las cuales el Capitán Treverton...

—Llámale mi padre —dijo Rosamond con tristeza—. Acuérdate de cómo me quería, y de cómo le quería yo a él, y no dejes de llamarle mi padre.

—Me temo que ahora debo decir Capitán Treverton —replicó Leonard—, o no será capaz de explicarte con claridad algo que es muy necesario que sepas. El Capitán Treverton murió sin dejar testamento. Su única propiedad era el dinero que obtuvo de

la venta de esta casa y de la finca; y tú la heredaste al ser su pariente más próxima.

Rosamond se incorporó en su silla y entrelazó las manos aterrada.

—Oh, Lenny —dijo humildemente—, ¡he pensado tanto en ti desde que he encontrado la carta, que no había caído en esto!

—Pues es hora de acordarse, amor mío. Si no eres la hija del Capitán Treverton no tienes derecho a un solo penique de la fortuna que posees; y debe ser devuelta enseguida a la persona que sea el pariente más cercano del Capitán Treverton; o, en otras palabras, a su hermano.

—¡A ése! —exclamó Rosamond—. ¡A ese hombre que nos es un desconocido, que desprecia nuestro mismísimo apellido! ¿Vamos a ser nosotros pobres para que él sea rico?

—Debemos hacer lo que es honroso y justo, sacrificándonos nosotros y sacrificando nuestros intereses —dijo Leonard firmemente—. Creo, Rosamond, que mi consentimiento, al ser tu marido, es necesario, de acuerdo con la ley, para llevar a efecto esta restitución. Aunque el señor Andrew Treverton fuese mi peor enemigo y la devolución de este dinero hubiera de arruinarnos por completo, le devolvería hasta el último penique. ¡Y tú también lo harías!

La sangre coloreaba sus mejillas mientras hablaba. Rosamond le miró con admiración y en silencio.

«¡Quién no habría de quererle —pensó amorosamente— cuando hablaba desde su orgullo con esas palabras!»

—¿Entiendes ahora —continuó Leonard— que tenemos deberes que cumplir, los cuales nos obligarán a solicitar la ayuda de otros, con lo que será imposible que guardemos el secreto? Si buscamos a Sarah Leeson por toda Inglaterra seguro que la encontraremos. En el futuro, nuestras acciones dependen de sus respuestas, de su testimonio sobre la autenticidad de la carta. Aunque estoy dispuesto a no escudarme tras ninguna argucia, y a pesar de que no quiero pruebas que no sean moralmente concluyentes, por más imperfectas que puedan ser legalmente, sigue siendo imposible actuar si no pedimos enseguida consejo. El abogado que siempre llevó los asuntos del Capitán Treverton, y que ahora lleva los nuestros, es la persona adecuada para guiarnos en la búsqueda, y para ayudarnos, si es necesario, a restituir lo que sea necesario.

—¡Con qué calma y firmeza hablas de ello, Lenny! ¿No crees que la renuncia a mi fortuna será una gran pérdida para los dos?

—Rosamond, debemos considerarlo como una victoria de nuestras conciencias, aunque tendremos que cambiar nuestro estilo de vida para adaptarnos a nuestros nuevos medios. Pero no hace falta que hablemos más de eso hasta que estemos seguros de la necesidad de restituir el dinero. Mi ansiedad y la tuya deben volcarse en encontrar a Sarah Leeson. ¡No!, en hallar a tu madre; tengo que aprender a llamarla

por ese nombre, o no llegaré a sentir compasión por ella, ni a perdonarla.

Rosamond se acurrucó aún más cerca de su marido.

—Cada palabra que dices, mi amor, me alivia el corazón —susurró, apoyando la cabeza en su hombro—. ¿Me ayudarás, me darás fuerzas para recibir a mi madre como debo? ¡Oh, qué pálida, qué ajada y fatigada estaba cuando vino junto a mi cama y nos observó a mí y a mi niño! ¿Tardaremos mucho en encontrarla? Me pregunto si estará muy lejos de nosotros, o si la tenemos cerca, más de lo que pensamos.

Antes de que Leonard pudiera responder fue interrumpido por una llamada a la puerta. Rosamond se sorprendió al ver a la doncella. Betsey estaba ruborizada y excitada; casi no podía respirar, pero se las ingenió para pronunciar inteligiblemente un breve mensaje del señor Munder, el mayordomo, quien pedía permiso para hablar con el señor Frankland, o con la señora Frankland; sobre un asunto importante.

—¿De qué se trata? ¿Qué quiere? —preguntó Rosamond.

—Creo, señora, que quiere saber si tiene que llamar al alguacil —respondió Betsey.

—¡Llamar al alguacil! —repitió Rosamond—. ¿Acaso hay ladrones en la casa, a plena luz del día?

—El señor Munder dice que no sabe si no es peor que los mismísimos ladrones —replicó Betsey—. Con su permiso, señora: está aquí otra vez el extranjero. Ha llamado a la puerta con toda la desfachatez del mundo, preguntando si podía ver a la señora Frankland.

—¡El extranjero! —exclamó Rosamond, apoyando nerviosa la mano sobre el brazo de su marido.

—Sí, señora —dijo Betsey—. El mismo que acompañaba a la dama que vino a ver la casa...

Rosamond se levantó con el impulso que le era habitual.

—¡Déjame bajar! —comenzó.

—¡Espera! —se interpuso Leonard, cogiéndola de la mano—. No hay la menor necesidad de que bajes. Haga subir al extranjero —continuó, dirigiéndose a Betsey—, y dígale al señor Munder que deje este asunto en nuestras manos.

Rosamond se sentó de nuevo al lado de su marido.

—Esto es mucha casualidad —dijo seriamente y en voz baja—. Tiene que ser algo más que pura coincidencia que nos caiga esta pista del cielo justo en el momento en que menos lo esperábamos.

La puerta se abrió por segunda vez y por ella apareció, humildemente en el umbral un viejecito de mejillas rosadas y largo pelo cano. Del lado colgando de una correa llevaba una pequeña funda de cuero, y por el bolsillo delantero de su abrigo asomaba la punta de una pipa. Dio un paso adelante, se detuvo, se llevó al corazón las manos, que sostenían su arrugado sombrero de fieltro, e hizo cinco fantásticas

reverencias seguidas: dos a la señora Frankland, dos a su marido, y otra de nuevo a la señora Frankland, como un homenaje por separado, y especial para la dama. ¡Rosamond nunca había visto un ser humano que encarnase de un modo tan perfecto la inocencia y la sencillez como este forastero que la carta del ama de llaves describía como un audaz vagabundo, y que el señor Munder temía como al peor de los ladrones!

—Señora y buen señor —dijo el anciano, acercándose un poco, ante la invitación de la señora Frankland—, les pido disculpas por inmiscuirme de este modo. Mi nombre es Joseph Buschmann. Vivo en el pueblo de Truro, donde tengo un negocio de muebles y cajitas para el té, y otras cosas de maderas nobles. También soy, si me permite usted, el mismo forastero que fue regañado por el gran mayordomo la vez que vine a ver la casa. Todo lo que le pido es que sea usted tan amable de permitirme decir el mensaje que he traído hasta aquí, en nombre de una persona a la que quiero mucho, y en el mío propio; tan sólo unas breves palabras. Sólo serán unos minutos, señora y buen señor; después me iré por donde he venido, con mis mejores deseos y mi mayor agradecimiento.

—Señor Buschmann, por favor, considere nuestro tiempo como suyo —dijo Leonard—. No tenemos ninguna obligación, así que no hay ninguna necesidad de que su visita sea breve. Antes debo decirle, con el fin de evitar cualquier situación embarazosa tanto para usted como para nosotros, que yo tengo la desgracia de ser ciego. Le prometo, sin embargo, que le atenderé lo mejor que pueda, al menos por lo que a escucharle se refiere. Rosamond, ¿está sentado, el señor Buschmann?

El señor Buschmann todavía permanecía de pie cerca de la puerta, y se hallaba en ese momento expresándole al señor Frankland su simpatía mediante una nueva reverencia y estrujando otra vez su sombrero de fieltro sobre su corazón.

—Le ruego que se acerque y se siente —dijo Rosamond—, y no piense ni por un momento que nos dejamos influenciar por las opiniones que el mayordomo pueda tener, como tampoco nos parece necesario que se disculpe usted por lo que sucedió la última vez que vino a esta casa. Estamos interesados, muy interesados —añadió con su habitual sinceridad— en oír cualquier cosa que tenga usted que decirnos. De todas las personas, en este momento es usted la que más nos... —se detuvo, al notar que su marido le daba un golpecito en el pie; enseguida entendió que era una señal de que no debía hablarle con tanto desenfado al visitante antes de que éste hubiese explicado la razón por la cual había acudido a la casa.

Mostrándose muy agradecido, y también un poco sorprendido de oír estas últimas palabras de Rosamond, tío Joseph acercó una silla a la mesa junto a la cual estaban sentados el señor y la señora Frankland, estrujó su sombrero de fieltro hasta dejarlo más pequeño que nunca y lo metió en uno de sus bolsillos laterales; luego, del otro, sacó un pequeño paquete de cartas, las puso en su regazo mientras se sentaba, les dio

un golpecito cariñoso con ambas manos, e inició su explicación con estas palabras:

—Señora y buen señor —empezó—. Antes de decir mis breves palabras debo, con su permiso, volver atrás, a la última vez que vine a esta casa en compañía de mi sobrina.

—¡Su sobrina! —exclamaron Rosamond y Leonard a la vez.

—Mi sobrina, Sarah —dijo tío Joseph—, la única hija de mi hermana Agatha. Es por el amor que le tengo a ella, si me permite usted decirlo, que estoy aquí. Ella es lo último de mi carne y de mi sangre que me queda en este mundo. ¡Los demás ya se han ido todos! Mi esposa, mi pequeño Joseph, mi hermano Max, mi hermana Agatha y el inglés con el que se casó, el bueno y noble de Leeson. Se han ido todos, ¡todos!

—Leeson —dijo Rosamond, apretándole significativamente la mano a su marido por debajo de la mesa—. ¿Su sobrina se llama Sarah Leeson?

Tío Joseph suspiró y movió la cabeza.

—Un día —dijo—, el peor día de su vida, Sarah se cambió ese nombre. Del hombre con el que se casó —que ahora está muerto, señora— sé muy poco o nada: su apellido era Jazeph, y la maltrataba, ¡por lo cual le considero el mayor-de-los-canallas! ¡Sí, señor! —exclamó tío Joseph, con lo más parecido al enfado y la amargura de que su naturaleza era capaz, y con la creencia de que estaba utilizando uno de los superlativos más rotundos de la lengua inglesa—. ¡Sí!, si resucitase en este mismo momento, se lo diría a la cara: ¡Jazeph, eres el mayor-de-los-canallas!

Rosamond apretó la mano de su marido por segunda vez. Por si no estaba del todo convencida de que la señora Jazeph era Sarah Leeson, las últimas palabras del viejo fueron suficientes para convencerlos de que ambos nombres pertenecían a la misma persona.

—Bien, pues ahora debo remontarme al día en que estuve aquí con Sarah Leeson, mi sobrina —continuó tío Joseph—. Con su permiso, tengo que decir la verdad acerca de este asunto: señor y buena señora, tengan ustedes la amabilidad de perdonarnos a mí y a mi sobrina Sarah, pues tengo que confesar que no fue para ver la casa por lo que vinimos aquí y llamamos a la puerta, y causamos tantos problemas, y derrochamos tanto aliento del gran mayordomo con la regañina que nos llevamos. No fue por una fútil curiosidad que vinimos juntos a esta casa, no, todo fue por un secreto de Sarah que para mí todavía permanece negro y oscuro como la medianoche más negra y oscura que jamás haya habido en el mundo, y como yo no sabía nada acerca de éste, excepto que no causaba ningún daño a nada ni a nadie, y que Sarah estaba dispuesta a venir y yo no podía dejar que viniera sola; y también porque ella me contaba que era la que tenía más derecho que nadie a coger la carta y volverla a esconder, viendo que tenía miedo de que la encontraran si permanecía más tiempo en la habitación donde la había dejado, que era la habitación donde anteriormente la había escondido, por lo cual, así que yo; no, así que ella; no, no, que yo... ¡Ach, Gott!

—exclamó tío Joseph, desesperado, dándose un manotazo en la frente y maldiciendo en su idioma para desahogarse—. ¡Qué lío me he armado yo solito! ¡y dónde está la derecha y dónde la izquierda, y cómo volver al principio, que me ahorquen si lo sé!

—Por nosotros no tiene que molestarse en volver a empezar —dijo Rosamond que, en su ansiedad por devolverle la confianza y la calma al anciano, había olvidado toda precaución—. No intente repetir sus explicaciones, se lo ruego. Ya sabemos...

—Supongamos —dijo Leonard, interrumpiéndola bruscamente antes de que su esposa dijera algo más— que ya sabemos todo lo que usted desea contarnos en relación con el secreto de su sobrina y respecto a sus motivos para querer ver la casa.

—¡Que lo van a suponer ustedes! —exclamó tío Joseph, que no obstante pareció muy aliviado—. ¡Ah!, vaya, muchas gracias señor, y a usted, buena señora, mil veces gracias por ayudarme a salir de este lío con su «supongamos». Estoy confundido de pies a cabeza, pero creo que ahora puedo continuar sin perderme otra vez. ¡Pues bueno! Digamos que fue así: Yo y mi sobrina Sarah estamos dentro de la casa: ése es el primer «supongamos». Yo y mi sobrina Sarah estamos fuera de la casa: ése es el segundo «supongamos». ¡Muy bien!, pues ahora continuemos una vez más. Regresamos a mi casa de Truro. Yo temo por Sarah, por el desmayo que sufrió en las escaleras de esta casa, y por su mirada, que solamente de verla me parte el corazón. También siento pena por ella, porque no ha hecho esa cosa que había venido a hacer en la casa. Me inquieto por estos asuntos, pero al mismo tiempo me consuelo pensando que Sarah se va a quedar a vivir conmigo en Truro y que voy a hacer que se sienta de nuevo feliz, tan pronto como volvamos a vivir juntos. Juzgue usted, por tanto, señor, qué jarro de agua fría me cae encima cuando la oigo decir que mi hogar no va a ser el suyo. Juzgue usted, buena señora, cuál debe ser mi sorpresa cuando le pregunto cuál es la razón y me dice que tiene que dejar al tío Joseph porque tiene miedo de que usted la encuentre —se detuvo y, mirando ansiosamente a la cara de Rosamond, vio cómo ésta entristecía y esquivaba la mirada del tío Joseph después de que él dijera éstas últimas palabras—. ¿Siente usted pena, señora, por mi sobrina Sarah?, ¿siente usted lástima por ella? —preguntó algo dubitativo y con voz temblorosa.

—Siento lástima por ella con toda el alma —dijo Rosamond enfáticamente.

—¡Y con toda el alma yo le agradezco esa lástima! —añadió tío Joseph—. ¡Ay, señora, su amabilidad me da valor para continuar, y decirle que mi sobrina y yo nos separamos el mismo día que llegamos a Truro! Cuando vino a verme esta última vez hacía siglos, largos y solitarios siglos que no nos veíamos. Yo tenía miedo de que volviera a suceder lo mismo, y hasta el último momento intenté convencerla de que se quedara. Pero continuó con el mismo miedo que la hacía querer irse: el miedo a que usted la encontrara y le hiciese preguntas. Así que, con lágrimas en sus ojos, y en los míos, y con tristeza en su corazón, y en el mío, se fue para esconderse en el vacío

de la gran ciudad, Londres, la que se traga a todas las personas y a todas las cosas que se vierten en ella, y que se ha tragado ahora a Sarah, mi sobrina, con el resto. «Hija mía, le escribirás de vez en cuando al tío Joseph», le dije yo. Y ella me respondió: «Te escribiré a menudo». Ya han pasado tres semanas desde entonces y aquí, en mi regazo, tengo cuatro cartas que me ha escrito. Les pido permiso para desplegarlas ante sus ojos, porque me ayudarán a continuar con lo que tengo que decir, y porque veo en su cara, señora, que su piedad por mi sobrina Sarah es sincera de todo corazón.

Desató el paquete de cartas, las abrió, las besó una a una y las puso en fila sobre la mesa, alisándolas cuidadosamente con la mano y poniendo mucho esfuerzo en que quedaran todas perfectamente alineadas. Rosamond le echó una ojeada a la primera y vio que la letra era la misma que la que había en el texto de la carta que había sido encontrada en la Habitación del Mirto.

—No hay mucho que leer —dijo tío Joseph—. Pero si quiere mirarlas primero, señora, después puedo explicarle por qué se las estoy enseñando.

El viejo tenía razón. Había poco que leer en las cartas, y cada vez eran más cortas a medida que la fecha era más reciente. Las cuatro estaban escritas en el estilo formal y convencionalmente correcto de la persona que coge la pluma temiendo hacer faltas de ortografía, y estaban igualmente desprovistas de cualquier detalle personal relacionado con la autora. En las cuatro le pedía ansiosamente al Tío Joseph que no se preocupara, le preguntaba por su salud y le expresaba su gratitud y su amor tan calurosamente como lo limitado de su estilo le permitía. Las cuatro contenían estas dos preguntas acerca de Rosamond: primero, si la señora Frankland había llegado ya a la Torre de Porthgenna; y, segundo, si había llegado, qué había oído el tío Joseph acerca de ella. Y, finalmente, las cuatro daban las mismas instrucciones para enviar una respuesta: «Por favor ponte en contacto conmigo: S. J. Oficina de Correos, Smith Street, Londres», seguidas de la misma disculpa, *«Perdóname que no te dé mi dirección, ni siquiera para el caso de accidente; pero es que incluso en Londres tengo miedo de que me sigan y me encuentren. Cada mañana envío a una persona a recoger las cartas para asegurarme de recibir tu respuesta»*.

—Antes le he contado, señora —dijo el anciano cuando Rosamond alzó la vista de las cartas—, que sentía miedo y lástima por Sarah cuando se marchó. Ahora, por favor, vea usted misma por qué siento más miedo y lástima ahora que tengo las cuatro cartas que me ha escrito. Empiezan aquí, con la primera, a mi izquierda; y se van haciendo cada vez más cortas a medida que se acercan a mi derecha, hasta ésta última, que no tiene más que ocho líneas. Y ahora, por favor, mire esto. La letra de la primera carta, aquí a mi izquierda, es muy bonita; quiero decir que a mí me parece muy bonita, porque quiero a Sarah, y porque yo mismo tengo muy mala letra. Pero ya no tiene tan buena letra en la segunda carta: tiembla un poco, está un poco

emborronada, y las últimas líneas están un poco torcidas. La tercera carta todavía está peor: más temblorosa, más emborronada, más torcida. En la cuarta, donde hay menos que escribir, todavía tiembla más la letra, está más emborronada y más torcida que en las otras tres juntas. Yo veo esto y recuerdo que cuando se marchó estaba débil y fatigada, y me digo a mí mismo: «¡está enferma, aunque no quiera reconocerlo: su letra la delata!»

Rosamond volvió a mirar las cartas y repasó el empeoramiento significativo de la letra, línea a línea, mientras el viejo se las iba señalando.

—Me digo eso a mí mismo —continuó—; luego espero, y pienso un poco; y oigo cómo mi corazón me susurra: «¡Tío Joseph, ve a Londres ahora que todavía estás a tiempo, y tráela para curarla, para consolarla y hacerla feliz en tu casa!». Después espero, y pienso un poco más, no acerca de abandonar este propósito, lo abandonaría para siempre antes de ver a Sarah sufrir ningún daño, sino sobre qué debo hacer para traerla de nuevo a casa. Ese pensamiento me hace volver a mirar las cartas; éstas me muestran siempre la misma pregunta acerca de la señora Frankland; y entonces veo tan claramente como la mano que tengo aquí delante que nunca volveré a tener a mi sobrina Sarah conmigo a menos que pueda liberar su mente de esas preguntas acerca de la señora Frankland, las que la atemorizan como si cada una de ellas le fuera a traer la muerte. ¡Lo veo! Entonces apago la pipa; me levanto de la silla; me pongo el sombrero; vengo hasta aquí, donde ya me he metido en otra ocasión y donde ya sé que no tengo derecho a entrar de nuevo; y ahora rezo y ruego, por su compasión hacia mi sobrina y por su bondad hacia mí, para que ustedes no se nieguen a poner los medios para traer a Sarah de nuevo. Sólo que pueda decirle, mira, he visto a la señora Frankland, y he oído de sus propios labios que no te va a hacer ninguna de esas preguntas a las que tanto temes; ¡tan sólo que le pueda decir eso Sarah volverá conmigo, y yo les estaré agradecido cada día de mi vida por haberme hecho un hombre feliz!

La sencilla elocuencia de sus palabras y la inocencia de su actitud fervorosa le llegaron al corazón a Rosamond.

—¡Haré cualquier cosa, le prometeré cualquier cosa —respondió impacientemente—, para ayudarle a traerla de nuevo! Tan solo pido poder verla y prometo no decir una sola palabra que ella no desee oír; prometo no hacer una sola pregunta, ni una sola, que a ella le duela responder. Oh, ¿qué otro mensaje puedo enviarle que la tranquilice, aparte de éste?, ¿qué le puedo decir? —se detuvo: se sintió confusa al notar que su marido le daba otro golpecito con el pie.

—¡Ah, no diga nada más!, ¡no diga nada más! —exclamó tío Joseph, atando su paquetito de cartas, sus ojos centelleantes y su cara coloradota y encendida—. ¡Suficiente para traer a Sarah de nuevo!, ¡suficiente para que le esté agradecido toda mi vida! ¡Oh, soy tan feliz, tan feliz, tan feliz, que no quepo en mi piel! En un abrir y

cerrar de ojos lanzó al aire el paquete de cartas, lo cogió, lo besó, y se lo puso de nuevo en el bolsillo.

—¿No irá a marcharse? —dijo Rosamond—. ¿Supongo que no se marchará todavía?

—Me gustaría quedarme más tiempo, pero cuanto antes me vaya antes encontraré a Sarah —replicó tío Joseph—. Por esa razón debo pedirle que me disculpe si me voy; pero créame que tomo el camino de regreso a mi casa con el corazón lleno de agradecimiento.

—¿Cuándo se propone usted partir hacia Londres, señor Buschmann? —preguntó Leonard.

—Mañana por la mañana temprano, señor —contestó tío Joseph—. Tengo que terminar el trabajo de esta noche, y el resto se lo dejaré a Samuel, un buen amigo mío además de ser el dependiente de mi tienda, y después cogeré el primer coche para ir en busca de Sarah.

—¿Puedo pedirle la dirección de su sobrina en Londres en caso de que hayamos de escribirle a usted?

—No me ha dado ninguna dirección, excepto la de la oficina de correos; porque incluso estando en un lugar tan alejado de aquí como Londres lleva metido en el cuerpo el mismo miedo con el que anduvo todo el camino desde que se fue. Pero yo voy a dormir en esta casa —dijo el viejo, sacando la tarjeta de una tienda—. Es la casa de un paisano mío, un gran freidor de buñuelos, señor, y sin duda una excelente persona.

—¿Ha pensado usted en algún plan para descubrir la dirección de su sobrina? —preguntó Rosamond, mientras copiaba la dirección de la tarjeta.

—Ah, sí: yo siempre soy muy rápido haciendo planes —dijo tío Joseph—. Me presentaré delante del jefe de la oficina de correos y le diré sencillamente esto: «Buenos días, Señor. Yo soy el hombre que le escribe las cartas a S. J. Con su permiso, ella es mi sobrina; y lo único que quiero saber es: ¿dónde vive?». Yo diría que eso es un buen plan. ¡Ajá! —extendió las dos manos interrogativamente y miró a la señora Frankland con una sonrisa de autocomplacencia.

—Me temo —dijo Rosamond, en parte divertida, en parte asombrada por la ingenuidad del anciano—, que no debería usted confiar en absoluto en que nadie de la oficina de correos le vaya a dar la dirección. Creo que haría usted mejor si llevara consigo una carta dirigida a S. J.; la entrega por la mañana, cuando reciben las cartas de provincias; espera usted cerca de la puerta, y entonces sigue a la persona que su sobrina envíe para recoger las cartas para S. J.

—¿Cree usted que eso es mejor? —dijo tío Joseph, secretamente convencido de que su idea era incuestionablemente la más ingeniosa de las dos—. ¡Bien! Cualquier palabra que usted me diga, señora, por pequeña que sea, es una orden que yo

obedezco de todo corazón —sacó de su bolsillo el sombrero de fieltro arrugado y, cuando se adelantó para despedirse, el señor Frankland se dirigió de nuevo a él.

—Si ve que su sobrina se encuentra bien, y deseosa de viajar —dijo Leonard—, ¿se la llevará enseguida a Truro?, ¿y cuando estén de nuevo los dos en casa, nos lo hará usted saber?

—Inmediatamente, señor —dijo tío Joseph—. Inmediatamente es mi respuesta a estas dos preguntas.

—Si a partir de hoy pasa una semana —continuó Leonard— y no sabemos nada de usted, deberemos entender entonces que algún obstáculo imprevisto se ha interpuesto en su camino de regreso, o que los temores que usted tenía respecto a su sobrina eran más que fundados y que en efecto no está dispuesta a viajar.

—Sí, señor; digámoslo así. Pero espero que tengan ustedes noticias mías antes de que se acabe la semana.

—¡Oh, y yo estaré impaciente, ansiosa, esperando! —dijo Rosamond—. ¿Se acuerda de mi mensaje?

—Aquí lo tengo, todas y cada una de sus palabras —dijo tío Joseph, llevándose la mano al corazón. Luego cogió la mano que Rosamond le había ofrecido y se la puso en los labios—. Intentaré darle las gracias de mejor forma, cuando vuelva —dijo—. Hasta que nos veamos de nuevo, que Dios les bendiga a los dos y les siga haciendo felices por todo lo amables que han sido conmigo y con mi sobrina.

Con estas palabras se apresuró hasta la puerta, se despidió moviendo alegremente la mano en la que sujetaba su viejo y arrugado sombrero y salió.

—¡Ah, qué viejecito tan cálido, qué sencillo, qué adorable! —dijo Rosamond, mientras la puerta se cerraba—. Se lo hubiese contado todo, Lenny. ¿Por qué me lo has impedido?

—Amor mío, precisamente esa sencillez que admiras, y que yo también admiro, es lo que me hace ser precavido. Enseguida que he oído su voz he sentido por él el mismo afecto que tú; pero cuanto más le he oído hablar, más me he convencido de que al principio sería precipitado confiar en él, porque me temo que cuando le contara a tu madre que sabemos el secreto, lo haría de un modo demasiado brusco. Yo creo que nuestras esperanzas de ganarnos la confianza de tu madre, y de conseguir encontrarnos con ella dependen de nuestro tacto para manejar sus exageradas sospechas y sus temores. Ese viejecito bueno, con toda su amabilidad y la mejor intención del mundo, puede echarlo todo a perder. Sólo con que logre traerla de nuevo a Truro ya habrá hecho por nosotros más de lo que podemos esperar.

—¿Pero, y si no lo consigue? ¿Y si pasa algo? ¿Y si realmente está enferma?

—Rosamond vamos a esperar que pase esta semana. Ya habrá tiempo suficiente para decidir qué hacemos a continuación.

CAPÍTULO II

Aguardando con esperanza

Pasó la semana sin que llegara a la Torre de Porthgenna ninguna noticia de tío Joseph.

Al octavo día, el señor Frankland envió un mensajero a Truro, con órdenes de encontrar el taller-tienda de muebles que regentaba el señor Buschmann, y de preguntarle a la persona que se había quedado a cargo de la misma si había recibido alguna noticia de su jefe. El mensajero regresó por la tarde, informando de que el señor Buschmann, desde que se había marchado, le había escrito tan sólo una breve nota a su dependiente en la que le anunciaba que había llegado a Londres sano y salvo al anochecer; que había recibido una calurosa bienvenida de su paisano, el pastelero alemán; y que había descubierto la dirección de su sobrina, pero que no había llegado a verla a causa de un obstáculo que esperaba poder salvar en su próxima visita. Desde la entrega de esa nota no se había recibido de él ninguna otra carta, y nada se sabía, por tanto, acerca de cuando se podía esperar su regreso.

La obtención de esta pequeña luz de esperanza no era suficiente para librar a la señora Frankland de la tristeza que, debido a la duda y a la incertidumbre por lo ocurrido en la última semana, se habían apoderado de ella. Su marido intentó combatir la angustia que su esposa estaba padeciendo recordándole que el silencio del tío Joseph podía deberse tanto a la negativa a viajar por parte de Sarah como a la imposibilidad real de que ésta pudiera volver con él a Truro. Acordándose de la alusión a un obstáculo que el anciano hacía en su carta, y teniendo igualmente en cuenta que era muy sensible e incomprensiblemente tímida, dijo que era muy posible que el mensaje de la propia señora Frankland, en lugar de darle seguridad, tal vez sólo le había infundido nuevos temores, y consecuentemente tal vez estaba decidida a mantenerse alejada de cualquier noticia que proviniera de la Torre de Porthgenna.

Rosamond escuchó pacientemente mientras su marido le exponía esta opinión, y reconoció que era realmente razonable; pero su disposición a admitir que su marido pudiera estar en lo cierto y ella equivocada no vino acompañada de ninguna mejora en su estado de ánimo. La interpretación que el anciano había hecho del empeoramiento de la letra de la señora Jazeph le había causado una impresión muy fuerte, agravada aún más por su recuerdo de la cara pálida y ajada de su madre cuando se habían encontrado, creyéndose desconocidas, en West Winston. Así pues, por más que trató de convencerla con razones, el señor Frankland fue incapaz de disuadirla de que el obstáculo mencionado en la carta del tío Joseph, y el silencio que había mantenido hasta entonces, eran ambos atribuibles a la enfermedad de su sobrina.

El regreso del mensajero de Truro sugirió, además de este tema de discusión, otra cuestión de una importancia todavía mayor. Después de haber esperado un día más de lo que habían establecido, ¿cuál era el proceder más correcto que debían adoptar el señor y la señora Frankland ante la ausencia de cualquier información tanto de Londres como de Truro que pudiera indicarles cómo actuar en el futuro?

La primera idea de Leonard fue escribirle al tío Joseph a la dirección que había dado con ocasión de su visita a la Torre de Porthgenna. Cuando informó a Rosamond de su plan, ella se opuso, con el argumento de que la inevitable demora antes de que pudiera llegar una respuesta implicaba una seria pérdida de tiempo; y mientras nada les indicara lo contrario lo último que necesitaban ahora era arriesgarse a perder un solo día. Si la señora Jazeph no podía viajar porque estaba enferma, era necesario verla enseguida, puesto que podía empeorar. Y si lo único que ocurría era que sospechaba de sus motivos, era igualmente importante establecer una comunicación personal con ella antes de que pudiera encontrar la oportunidad de poner un nuevo obstáculo y se escondiera otra vez en algún refugio que ni el propio tío Joseph iba a ser capaz de encontrar.

Lo acertado de estas conclusiones era obvio, pero Leonard dudó en adoptarlas porque implicaban la necesidad de viajar a Londres. Si iba allí sin su esposa, su ceguera lo dejaba a merced de desconocidos y de los criados a la hora de dirigir una investigación de naturaleza delicada y privada. Si Rosamond le acompañaba, tendrían que afrontar toda clase de retrasos e inconvenientes al tener que llevarse al niño en un viaje largo y fatigoso de más de doscientas cincuenta millas.

Rosamond asumió ambas dificultades con la firmeza y la decisión que en ella eran habituales. No llegó a considerar ni por un momento, por lo descabellado que le parecía, que su marido viajara a cualquier parte y bajo cualquier circunstancia en su estado de desamparo y dependencia sin tenerla a ella a su lado para atenderle. La segunda objeción, la de que tendrían que someter al niño a los azares y fatigas de un largo viaje, la rechazó proponiendo en su lugar la posibilidad de viajar a Exeter a su aire y con su propio medio de transporte, y que después, al llegar al ferrocarril de Exeter, podían reservar un vagón para ellos solos, asegurándose así viajar cómodamente. Después de despejar de este modo las dificultades que parecían oponerse al viaje, volvió a referirse a la absoluta necesidad de emprenderlo. Le recordó a Leonard el gran interés que tenían los dos en lograr inmediatamente el testimonio de la señora Jazeph acerca de la autenticidad de la carta que había aparecido en la Habitación del Mirto, así como por cerciorarse de todos los detalles relativos al extraordinario engaño que la señora Treverton había llevado a cabo con su marido. También alegó su propia y natural ansiedad para hacer cuanto estuviera en su poder para paliar el daño que sin duda le había infligido inconscientemente, en el dormitorio de West Winston, siendo ella la persona cuyos defectos y penas más

obligada estaba a respetar. Habiendo expuesto de este modo los motivos que les urgían a ella y a su marido a hablar con la señora Jazeph sin perder más tiempo, volvió a extraer la inevitable conclusión de que, en la situación en que se encontraban ahora, no había otra alternativa que emprender viaje a Londres en el acto.

Después de pensarlo, Leonard se convenció de que la emergencia era de las que resultaba imposible paliar con paños calientes. Vio que sus propias convicciones coincidían con las de su esposa y, en consecuencia, decidió actuar enseguida, sin más indecisiones ni demoras. Antes de que terminara la tarde, los criados de Porthgenna recibieron con sorpresa instrucciones de preparar los baúles para viajar y de encargar caballos en la estafeta para primera hora de la mañana.

En la primera jornada, los viajeros partieron tan pronto como estuvo listo el carruaje, descansaron por el camino hacia el mediodía, e hicieron noche en Liskeard. El segundo día arribaron a Exeter, y durmieron allí. El tercer día llegaron a Londres en tren, entre las siete y las ocho de la tarde.

Después de haberse acomodado para pasar la noche en el hotel, y de haberse recuperado un poco de las fatigas del viaje con una hora de tranquilo descanso, Rosamond escribió dos notas por encargo de su marido. La primera estaba dirigida al señor Buschmann; le informaba simplemente de su llegada, y de los enormes deseos que tenían de verle en el hotel a la mañana siguiente, lo más temprano posible; y terminaba advirtiéndole que esperara hasta haberse encontrado con ellos antes de informar a su sobrina de su presencia en Londres.

La segunda nota iba dirigida al procurador de la familia, el señor Nixon: el mismo caballero que había escrito, hacía más de un año, y a requerimiento de la señora Frankland, la carta que informaba a Andrew Treverton del fallecimiento de su hermano y de las circunstancias en que el capitán había muerto. Rosamond le escribía ahora al señor Nixon, en nombre de su marido y de ella misma, para pedirle que por la mañana, camino de su despacho, intentara acercarse hasta su hotel para darles su opinión acerca de un asunto privado de gran importancia, el cual les había obligado a hacer el viaje de Porthgenna a Londres. Tanto esta nota, como la dirigida al tío Joseph, fueron enviadas a sus respectivas direcciones por un mensajero la misma tarde en que fueron escritas.

El primero en llegar a la mañana siguiente fue el procurador, un viejo caballero, inteligente, educado y elocuente, que había conocido al Capitán Treverton y antes que a él a su padre. Acudió al hotel completamente convencido de que le iban a consultar acerca de algún problema relacionado con la finca de la Torre de Porthgenna, que quizás el procurador local había sido incapaz de resolver, y que posiblemente era de una naturaleza demasiado confusa y complicada para ser consultada por escrito. Cuando oyó cuál era realmente la causa, y le pusieron delante la carta que había sido encontrada en la Habitación del Mirto, no sería exagerado decir que, por primera vez

en el transcurso de su larga vida, y de sus diversas experiencias con clientes de toda condición y clase, el señor Nixon se quedó de una pieza, y por unos instantes no pudo pronunciar palabra.

Sin embargo, cuando el señor Frankland pasó a anunciarle su decisión de devolver el dinero de la venta de la Torre de Porthgenna en caso de quedar satisfecho con las pruebas de la autenticidad de la carta, el viejo abogado recobró el habla inmediatamente y protestó contra la intención de su cliente, con la sencillez del hombre que comprende perfectamente las ventajas de ser rico, y que sabe lo que es ganar, y lo que es perder, una fortuna de cuarenta mil libras.

Leonard escuchó con atención y paciencia mientras el señor Nixon exponía sus argumentos, desde su punto de vista profesional, en contra de reconocer la carta, por sí sola, como un documento auténtico, y en contra de tomar en cuenta la aceptación de la prueba que suponía la propia señora Jazeph como decisiva en el asunto acerca de la veracidad del linaje de la señora Frankland. Se extendió acerca de lo inverosímil que resultaba el fraude que la señora Treverton decía haber cometido sobre su marido, puesto que había tenido lugar sin que otras personas, excepto la criada y ella misma, estuvieran al corriente del secreto. Manifestó que de acuerdo con su experiencia acerca de la naturaleza humana, una o más de esas personas habrían hablado acerca del secreto, bien por malicia o por falta de precaución, y que la consiguiente revelación de la verdad habría, después del largo periodo de veinte años, llegado a oídos de algunos de los habitantes del Oeste de Inglaterra, o de Londres, que conociesen a la familia Treverton personalmente o por su reputación. De esta objeción pasó a otra, en la cual admitía la posible autenticidad de la carta como documento escrito; pero también argüía la probabilidad de que hubiese sido escrita bajo la influencia de algún trastorno mental por parte de la señora Treverton, pudiendo tener su criada algún interés en satisfacerla en ese momento, y que, tras la muerte de su señora, podía ser que hubiese tenido dudas sobre si debía arriesgarse a sufrir las posibles consecuencias de su intento de haberse aprovechado a través de una impostura. Después de haber manifestado esta teoría, que no sólo explicaba la letra de la carta, sino también el que hubiese sido escondida, el señor Nixon fue aún más lejos y advirtió, en relación a la señora Jazeph, que cualquier prueba que pudiera aportar tenía, desde un punto de vista legal, poca o ninguna validez, debido a la dificultad —o, como él habría dicho, la imposibilidad— de identificar satisfactoriamente a la criatura mencionada en la carta con la dama a quien ahora tenía el honor de dirigirse como a la señora Frankland, y que la existencia de un simple documento sin otras pruebas no podía hacerle creer que aquella dama era otra, sino que era la hija de su viejo amigo y cliente, el Capitán Treverton.

Después de haber oído hasta el final las objeciones del abogado, Leonard admitió sus buenas intenciones, pero al mismo tiempo declaró que no habían cambiado para

nada ni su impresión sobre la carta, ni su convencimiento acerca de cuál era el modo de actuar que le dictaba su sentido del deber. Esperaría, dijo, a oír el testimonio de la señora Jazeph antes de tomar una decisión. Pero si ese testimonio era de tal naturaleza, y se daba de tal modo, que le convencía de que su esposa no tenía ningún derecho moral sobre la fortuna que poseía, se la devolvería enseguida a la persona que sí lo tenía: el señor Andrew Treverton.

Viendo que ningún argumento ni sugerencia podían hacer temblar los cimientos de la decisión del señor Frankland, y que apelar a Rosamond no servía para estimularla a que usara su influencia para inducir a su marido a que cambiara su decisión; y rindiéndose, además, ante la evidencia, por todo lo que había oído, de que el señor Frankland, si le contrariaba con muchas objeciones, o bien contrataría a otro asesor, o bien iba a actuar por su cuenta para devolver el dinero, arriesgándose con ello a cometer un grave error legal, el señor Nixon consintió por fin, aunque a regañadientes, en darle a su cliente la ayuda que necesitara para ponerse en contacto con Andrew Treverton. Escuchó educada y resignadamente la breve exposición que hizo Leonard de las preguntas que pensaba hacerle a la señora Jazeph; y al llegarle su turno para hablar, dijo, con el menor sarcasmo de que fue capaz, que eran unas preguntas excelentes desde un punto de vista moral, e indudablemente iban a obtener respuestas que iban a estar llenas de un interés de lo más romántico.

—Pero —añadió—, como ustedes ya tienen un hijo, y como puede que a lo mejor, si me permiten que me aventure a decir una cosa así, tengan más en el transcurso de los años; y como esos niños, cuando crezcan, puede que oigan hablar de que su madre perdió una fortuna y deseen saber por qué ésta fue sacrificada, yo recomiendo, ciñéndonos al aspecto familiar del tema, y dejando a un lado su legalidad, que, aparte del testimonio de *viva voce* que se propone usted obtener, y en contra de cuya admisibilidad legal, que en este caso vuelvo a protestar, procure usted obtener de la señora Jazeph una declaración por escrito, que al morir ustedes permita justificar su decisión a los ojos de sus hijos, en caso de que necesitaran tal justificación en algún momento futuro.

Este consejo era demasiado valioso para desestimarlos. A petición de Leonard, el señor Nixon sacó enseguida un formulario de declaración en el que se haría constar la autenticidad de la carta que la difunta señora Treverton le había escrito, en su lecho de muerte, a su marido, también fallecido después, y donde se testimoniaría la veracidad de la declaración en ésta contenida, tanto por lo que se refería al engaño cometido en la persona del Capitán Treverton como en el relativo a la paternidad de la niña. Después de decirle al señor Frankland que haría bien en conseguir la firma de la señora Jazeph en este documento, junto a la de dos testigos que dieran fe, el señor Nixon le entregó la declaración a Rosamond para que se la leyera a su marido en voz alta y, viendo que no le ponían ninguna objeción, y que no podía ser de más utilidad

en el estado actual de las cosas, se levantó para marcharse. Leonard se comprometió a ponerse otra vez en contacto con él en el transcurso del día, si era necesario; luego, el señor Nixon se retiró, reiterándose en sus protestas hasta el último momento y reconociendo que nunca antes en su carrera profesional se había encontrado con un caso tan extraordinario, ni con un cliente tan bienintencionado.

Pasó casi una hora desde la partida del abogado antes de que fuera anunciada la llegada de una segunda visita. Al cabo de ese tiempo oyeron sus esperados pasos tras la puerta y el tío Joseph entró en la habitación.

Con los sentidos aguzados por la ansiedad, Rosamond notó cómo habían cambiado su mirada y su actitud en el mismo momento en que apareció. Llevaba el cansancio escrito en la cara, y sus andares habían perdido aquel extraordinario y distinguido vigor de la primera vez que ella lo había visto, allá en la Torre de Porthgenna. A sus primeras palabras de saludo intentó añadir una disculpa por no haber llegado a la hora; pero Rosamond le interrumpió, ansiosa por hacerle la primera de sus preguntas.

—Sabemos que ha descubierto usted su dirección —dijo afanosamente—, pero no sabemos nada más. ¿Está tal como usted temía encontrarla? ¿Está enferma?

El anciano meneó la cabeza con tristeza.

—Cuando les enseñé las cartas de mi sobrina —comenzó—, ¿qué les dije? Tan enferma está, señora, que ni siquiera el mensaje que usted tan amablemente me dio le va a hacer ningún bien.

Esas pocas y simples palabras golpearon el corazón de Rosamond introduciendo en ella un temor extraño y, por más que lo intentó, no pudo hablar. Tío Joseph advirtió la ansiedad que había en su mirada, y obedeció la señal que ella le hizo indicándole la silla más cercana al sofá en el que estaba sentada con su marido. Tomó asiento en ella, y les confió todo cuanto sabía.

Había seguido, dijo, el consejo que Rosamond le había dado en Porthgenna, y había llevado a correos una carta dirigida a S. J. a la mañana siguiente de su llegada a Londres. Una criada había acudido a preguntar por la correspondencia, y había salido con la carta en la mano. La siguió hasta una casa de huéspedes en una calle cercana, la vio abrir la puerta y entrar, y después llamó él preguntando por la señora Jazeph. Le había abierto una anciana, que parecía la dueña. Su respuesta había sido que en esa casa no vivía nadie con ese nombre. Le explicó que deseaba ver a la persona que recibía las cartas que se recogían en la oficina de correos próxima dirigidas a S. J., pero la anciana había respondido, con enorme insolencia, que en esa casa no querían saber nada de gente anónima ni de sus amigos, tras lo cual le había cerrado la puerta en las narices. Después había vuelto a casa de su amigo, el pastelero alemán, en busca de consejo. Éste le había recomendado que volviese, tras dejar pasar un tiempo, para pedir que le dejaran hablar con la criada que atendía a los huéspedes, que describiese

a su sobrina, y que le pusiese a la sirvienta media corona en la mano para ayudarle a comprender lo que quería. Había seguido estas instrucciones y descubrió que su sobrina se alojaba en la casa bajo el supuesto nombre de señora James, y que estaba enferma. Tras persuadirla (es decir, tras la entrega de la media corona), la muchacha aceptó subir y anunciar su nombre.

Después de eso ya no hubo más obstáculos que salvar, y fue llevado inmediatamente hasta la habitación que ocupaba su sobrina.

Al verla, tío Joseph se quedó sin habla, asombrado y asustado por lo nerviosa que se fue mostrando a medida que él se acercaba a su cama. Pero él no abandonó sus esperanzas hasta que, al haberle comunicado el mensaje de la señora Frankland, comprobó que no le producía el efecto de devolverle el ánimo, tal como él confiaba que iba a suceder. En lugar de calmarla la puso más nerviosa todavía. Entre la multitud de preguntas que le hizo a su tío acerca de las miradas de la señora Frankland, de su actitud con él, de las palabras concretas que había pronunciado, a las que pudo responderle dejándola más o menos satisfecha, había dos que fue absolutamente incapaz de contestar. La primera era si la señora Frankland había dicho algo acerca del secreto; y la segunda, si por casualidad había pronunciado alguna palabra que pudiera hacer sospechar que había descubierto la ubicación de la Habitación del Mirto.

Luego, el anciano añadió que, mientras él permanecía sentado junto a la cama de su sobrina, intentando todavía, aunque sin éxito, convencerla de lo amistoso y tranquilizador que era el mensaje de la señora Frankland, el doctor que la atendía había entrado en la habitación. Después de hacerle algunas preguntas y de charlar un poco sobre cosas irrelevantes, el doctor se había llevado al tío Joseph aparte; le había informado de que el dolor sobre la zona del corazón y la dificultad para respirar, que eran los síntomas que su sobrina padecía, eran de naturaleza más grave de lo que personas no instruidas en asuntos médicos podrían pensar, y le había rogado que no trajera más mensajes de nadie a menos que estuviera perfectamente seguro de que iban a tener el efecto de acabar, de una vez por todas, con la secreta ansiedad que ahora la atormentaba; ansiedad que aseguraba que agravaba su enfermedad día a día, y hacía que la ayuda médica que recibía de poco o nada sirviera.

Ante esto, y después de permanecer un rato sentado al lado de su sobrina, había decidido escribirle personalmente a la señora Frankland esa misma tarde cuando llegara a la casa de su amigo. La carta le ocupó más tiempo del que nadie que esté acostumbrado a escribir creería. Por fin, tras entretenerse lo suyo para hacer una copia aceptable después de los muchos borradores que había intentado, cuya redacción además había interrumpido varias veces para visitar a su sobrina, logró terminar una carta en la que explicaba lo que había sucedido desde su llegada a Londres con una redacción que esperaba que se entendería. A juzgar por las fechas,

esta carta tuvo que cruzarse con el señor y la señora Frankland por el camino. No contenía otra cosa que lo que acababa de explicar él mismo, excepto que también les comunicaba, como prueba de que la distancia no había atenuado el terror que atormentaba a su sobrina, la explicación que ella le había dado sobre el hecho de ocultar su nombre y permanecer entre desconocidos, cuando tenía amigos en Londres a los que podría haber acudido. Esta explicación podía habérsela ahorrado, puesto que lo único que hacía era repetir, en esencia, lo que ya había dicho antes al contar los motivos que la habían obligado a marcharse de Truro.

Con esas tristes palabras terminaba la historia del viejo. Después de esperar un poco para recobrar el ánimo y tras aclararse la voz, Rosamond le dio un golpecito a su marido para llamar su atención, y le dijo en voz baja:

—¿Y ahora, puedo decirle lo que ya deseaba decirle en la Torre de Porthgenna?

—Todo —respondió él—. Si te sientes con las fuerzas suficientes, lo mejor es que lo oiga de tus propios labios.

Aunque al principio la sorpresa le supuso al tío Joseph un duro golpe, el efecto que le produjo la revelación del secreto fue el más opuesto al que el señor Nixon hubiera podido imaginar. Ni una sombra de duda recorrió el rostro del viejo, y ni una sola palabra de protesta salió de sus labios. Lo único que sintió fue pura y simple alegría. Se levantó con toda su espontaneidad; sus ojos relucieron con su natural esplendor; igual aplaudía como un niño que al momento siguiente lanzaba al aire su sombrero y le suplicaba a Rosamond que le dejara llevarla junto a la cama de su sobrina.

—Con que le diga a Sarah lo que me acaba de decir a mí —exclamó, apresurándose a cruzar la habitación para abrir la puerta—, ¡le devolverá usted el valor, la levantará de su cama, le devolverá la salud antes de que termine el día!

Una palabra de advertencia del señor Frankland le hizo detenerse de repente y lo devolvió, silencioso y expectante, a la silla de la que se había levantado hacía un momento.

—Piense un poco en lo que le ha dicho el doctor —dijo Leonard—: Esta repentina sorpresa que a usted le ha hecho tan feliz, a su sobrina puede hacerle un daño fatal. Antes de tomar la responsabilidad de hablarle de un tema que sin duda, y por más cuidadosos que seamos en exponérselo, le va a provocar un ataque de nervios, creo que primero, y por precaución, debemos pedirle consejo al doctor.

Rosamond secundó fervorosamente la sugerencia de su marido y, con la impaciencia que le era característica, propuso que debían encontrar al médico inmediatamente. En respuesta a la demanda de Rosamond, tío Joseph les hizo saber —diríase que un poco a regañadientes—, que conocía la residencia del doctor, y que generalmente se le podía encontrar en casa antes de la una de la tarde. En ese momento eran las doce y media; y Rosamond, con la aprobación de su marido, tocó

enseguida la campanilla para que trajeran un coche.

Cuando Rosamond estaba a punto de salir de la habitación para recoger su sombrero, después de dar las órdenes oportunas, el viejo la detuvo para preguntarles, con cierta duda y confusión, si consideraban necesario que él les acompañara a ver al doctor; añadiendo antes de que pudieran contestarle, que el preferiría, si no tenían nada que objetar al respecto, quedarse esperando en el hotel para recibir cualesquiera instrucciones que desearan darle a su regreso. Leonard enseguida aceptó su proposición, sin preguntarle los motivos que tenía para ello; pero Rosamond no pudo disimular su curiosidad y le preguntó por qué prefería quedarse en el hotel en vez de ir con ellos a ver al doctor.

—No me gusta ese hombre —dijo el viejo—. Cuando habla de Sarah, parece como si pensase que Sarah no se va a levantar nunca más de esa cama —después de responder con esas breves palabras se fue con un mohín de disgusto hasta la ventana, como si no desease decir nada más.

La residencia del doctor estaba un poco lejos, pero el señor y la señora Frankland llegaron antes de la una y le encontraron en casa. Era un hombre joven, de rostro serio y apacible, de actitud tranquila. El contacto diario con el dolor y el sufrimiento tal vez habían serenado y entristecido prematuramente su carácter. Rosamond hizo las presentaciones, diciéndole al doctor que su marido y ella estaban profundamente interesados en su paciente de la casa de huéspedes, y luego dejó que fuera Leonard quien hiciera las primeras preguntas relacionadas con el estado de salud de su madre.

La respuesta del doctor vino precedida de unas breves pero ominosas palabras de cortesía, cuya intención era evidentemente preparar a sus oyentes para una información menos alentadora de la que esperaban recibir. Despojando cuidadosamente el tema de cualquier tecnicismo profesional, les dijo que no había duda de que su paciente estaba gravemente enferma del corazón. El origen exacto de esta dolencia reconoció cándidamente que era una cuestión dudosa; que seguramente otros médicos tendrían otra opinión, pero la suya, de acuerdo con los síntomas, era que la enfermedad de la paciente estaba relacionada con la arteria que envía sangre directamente del corazón. Después de comprobar con sorpresa que la paciente no deseaba responder a ninguna pregunta acerca de la clase de vida que había llevado en el pasado, solamente podía presumir que padecía la dolencia desde hacía mucho tiempo; que ésta había sido originada por algún sobresalto muy grande, seguido de un periodo prolongado de ansiedad, del cual había señales evidentes en su rostro, y que había empeorado gravemente por la fatiga de su viaje a Londres, el cual la propia paciente reconocía que había emprendido en un momento en que un gran agotamiento nervioso la incapacitaba totalmente para viajar. De acuerdo con la opinión que tenía del caso, era su doloroso deber informarles de que cualquier emoción intensa pondría incuestionablemente su vida en peligro. Al mismo tiempo, si

la ansiedad que ahora padecía podía ser eliminada, y si podía trasladarse a la mujer a una casa tranquila y cómoda en el campo, con gente que se preocupara en todo momento de que estuviera tranquila, había motivos para esperar que la enfermedad pudiera dejar de progresar y que pudiera vivir algunos años más.

Cuando Rosamond oyó la insinuación que escondían las palabras del doctor, e imaginó el futuro, el corazón le dio un salto.

—Puede tener cada una de las condiciones que ha mencionado usted, ¡y lo que haga falta! —interrumpió Rosamond ansiosamente antes de que su marido pudiera hablar—. ¡Oh, señor, si lo único que necesita su pobre corazón fatigado es descansar rodeada de amigos bondadosos, gracias a Dios eso podemos dárselo!

—Podemos dárselo —dijo Leonard, terminando la frase por su esposa—, si el doctor nos autoriza a ver a su paciente para darle una noticia cuya naturaleza ha de aliviarla de toda su ansiedad, pero para la cual, y es necesario decirlo, no está preparada en este momento.

—¿Puedo preguntar —dijo el doctor— en quién recaerá la responsabilidad de comunicarle lo que usted menciona?

—Hay dos personas que pueden hacerse cargo de ella —respondió Leonard—. Una es el anciano que ha visto usted junto a la cama de su paciente. La otra es mi esposa.

—En ese caso —continuó el doctor, mirando a Rosamond— no hay duda de que esta dama es la mejor capacitada para cumplir con este deber —hizo una pausa y reflexionó un momento; luego añadió—: ¿Puedo saber, sin embargo, antes de aventurarme a influir en su decisión en un sentido u otro, si la dama conoce bien a la paciente, y si mantiene con ella una relación estrecha, como la del anciano?

—Me temo que a esas dos preguntas debo responder que no —replicó Leonard—. Y al mismo tiempo quizás debería decirle que su paciente piensa que mi esposa está en estos momentos en Cornwall. Su aparición en la enfermería me temo que le causaría una gran sorpresa, y posiblemente también un cierto sobresalto.

—En esas circunstancias —dijo el doctor—, confiar en el anciano, aunque sea un ingenuo, parece infinitamente menos arriesgado, porque su presencia no puede causarle ninguna sorpresa. Por poca que sea su maña al darle la noticia, tendrá la gran ventaja de no aparecer inesperadamente junto a su cama. Si esta arriesgada tentativa debe llevarse a cabo —y yo creo que así debe ser, por lo que ustedes han dicho— no tienen otra alternativa, pienso yo, que confiar, con las adecuadas precauciones e instrucciones, en el anciano.

Después de llegar a esa conclusión no hubo nada más que añadir por parte de nadie. El encuentro terminó, y Rosamond y su marido volvieron enseguida al hotel para darle al tío Joseph sus instrucciones.

Mientras se acercaban a la puerta de su habitación, se sorprendieron al oír música

en el interior. Cuando entraron, encontraron al viejo en cuclillas sobre un taburete, escuchando una vieja cajita de música que había a su lado, sobre una mesa, que desgranaba una tonada que Rosamond reconoció enseguida como el «Batti, Batti» de Mozart.

—Espero que me perdonarán si, en su ausencia, he puesto un poco de música para que me hiciera compañía —dijo tío Joseph sintiéndose un poco confuso mientras se levantaba y detenía la música—. Éste es, si me permite decirlo, de todos mis amigos y compañeros el más viejo. Mozart, el divino, el rey de todos los compositores que ha habido jamás se la dio con sus propias manos, señora, a mi hermano Max cuando era tan solo un muchacho y estudiaba en la escuela de música de Viena. Desde que mi sobrina se separó de mí en Cornwall no he tenido corazón para sacar a Mozart de este pedacito de caja hasta el día de hoy. Ahora que ustedes han hecho que me sienta otra vez feliz por Sarah, mis oídos se mueren por volver a oír el pequeño tin-tin que siempre me llega al corazón con su sonido amistoso, vaya a dondequiera que vaya. ¡Pero ya es suficiente! —dijo el viejo, metiendo la caja musical dentro de la funda de cuero que llevaba colgada al hombro, donde Rosamond ya se había fijado que la guardaba la primera vez que lo había visto en Porthgenna—. Devolveré el pájaro cantor a su jaula y luego les pediré que sean tan amables de decirme qué les ha dicho el doctor.

Rosamond respondió a su petición relatándole en esencia la conversación que habían mantenido su marido y el doctor. Luego procedió, no sin enormes precauciones, a instruir al viejo sobre cómo había de revelar el secreto a su sobrina. Le dijo que primero debía exponerle las circunstancias relacionadas con éste, no como sucesos que hubieran realmente ocurrido, sino como sucesos que podían haber ocurrido. Le dijo exactamente las palabras que debía decir, escogiendo para tal propósito las más sencillas y el menor número posible de ellas; le enseñó cómo podía pasar casi imperceptiblemente de hablar del descubrimiento como de algo que podía darse por supuesto, a algo que realmente había sucedido; y le recalcó que lo más importante era que en todo momento le hiciera ver a su sobrina que el descubrimiento del secreto no había despertado hacia ella ni un solo sentimiento de amargura, ni un solo resentimiento, por parte de ninguna de las personas que habían estado tan profundamente interesadas en encontrarlo.

Tío Joseph escuchó con atención hasta que Rosamond hubo terminado. Entonces se levantó de su silla, la miró fijamente a la cara y advirtió su gesto de ansiedad y de duda, y enseguida supo que esa mueca tenía algo que ver con él.

—¿Antes de irme, quiere que nos aseguremos de que no me voy a olvidar de nada? —preguntó con toda su buena fe—. No tengo cabeza para inventar, eso es cierto; pero tengo algo que hace que me acuerde de las cosas especialmente cuando se trata de Sarah. Y ahora, escúcheme y veamos si soy capaz de repetir todo lo que

me ha dicho.

De pie delante de Rosamond, con algo en su mirada y en su actitud que parecía evocar de un modo extraño y entrañable los lejanos días de su infancia, los tiempos en que había recitado sus primeras lecciones sentado en las rodillas de su madre, repitió esta vez, desde la primera hasta la última, las instrucciones que había recibido, y lo hizo con una exactitud oral, con una facilidad de memoria que, en un hombre de su edad, no podía ser menos que sorprendente.

—¿Me lo he aprendido bien? —preguntó cándidamente al terminar—. ¿Puedo marcharme ahora, y llevarle a Sarah las buenas noticias?

Todavía fue necesario retenerle un poco más, mientras Rosamond y su marido deliberaban sobre la mejor manera, la más segura, de que tío Joseph, después de la confesión de que el secreto había sido descubierto, prosiguiera con el anuncio de la presencia de ellos dos en Londres.

Después de pensarlo un poco, Leonard pidió a su esposa que sacara el documento que el abogado había redactado esa mañana y que escribiera algunas líneas en la cara en blanco del papel, que él le iba a dictar, en las que requería a la señora Jazeph que leyera la declaración y que le añadiera su firma, si creía que en ella no se afirmaba, hasta el último detalle, otra cosa que no fuera la verdad y toda la verdad. Cuando terminaron, y la cara en la que la señora Frankland había escrito fue doblada hacia fuera, de modo que era ésta la que quedaba a la vista, Leonard ordenó que le diera la carta al anciano y luego le explicó a éste lo que debía hacer.

—Después de darle la noticia del secreto a su sobrina —dijo—, y de haberle concedido todo el tiempo que necesite para tranquilizarse, si le pregunta cualquier cosa acerca de mi esposa y de mí entréguele este papel como respuesta, y suplíquele que lo lea. Quiera o no firmarlo, lo que es seguro es que le va a preguntar cómo lo ha obtenido. Respóndale que lo ha recibido de la señora Frankland, y utilice la palabra «recibido», de modo que al principio ella piense que le ha sido enviado desde Porthgenna por correo. Si firma la declaración, y ve usted que después no está demasiado nerviosa, entonces le dice poco a poco, del mismo modo en que ya le habrá contado usted la verdad acerca del descubrimiento del secreto, que mi esposa se lo ha entregado con sus propias manos, y que en estos momentos se encuentra en Londres...

—Esperando y deseando poder verla —añadió Rosamond—. Usted, que no se olvida de nada, estoy segura de que no olvidará decirle eso.

Este pequeño piropo dedicado a los poderes de su memoria hizo que tío Joseph se ruborizara como un niño. Prometiendo no defraudar la confianza que habían depositado en él, y comprometiéndose a regresar y aliviar a la señora Frankland de la incertidumbre antes de que terminara el día, se despidió y se encaminó lleno de esperanza a cumplir con el trascendental encargo.

Rosamond observó desde la ventana cómo tío Joseph aparecía y desaparecía en el empedrado entre el tropel de transeúntes, hasta que lo perdió de vista. ¡Con qué celeridad iba perdiéndose su figura, pequeña y ligera! ¡Con qué alegría la clara luz de ese día despejado se vertía sobre el alegre bullicio de la calle! El alma de la gran ciudad se ofrecía a la gloria veraniega del día. Sus poderosas pulsaciones latían en voz alta, y sus millares de voces susurraban esperanza.

CAPÍTULO III

La historia del pasado

La tarde llegó a su fin, comenzó a anochecer y el tío Joseph no daba señales de vida.

Hacia las siete de la tarde la enfermera llamó a Rosamond para informarla de que el niño estaba despierto e inquieto. Después de consolarlo lo llevó al gabinete; no sin antes, con su habitual consideración hacia los criados que tenía a su servicio, haber mandado a la niñera abajo dándole una hora libre tras el cumplimiento de sus deberes del día.

—No me gusta estar lejos de ti en estos momentos de angustia —dijo, al regresar junto a su marido—; así que he traído al niño. No parece que vaya a darnos problemas, y poder cuidarle es para mí realmente un alivio en estos momentos de incertidumbre.

El reloj de la repisa de la chimenea dio las siete y media. En la calle, los carruajes pasaban uno tras otro más y más rápidamente, llenos de gente vestida de gala que iba a cenar fuera o camino de la ópera. Los vendedores de periódicos proclamaban a gritos las noticias en la plaza de al lado, con las segundas ediciones de los diarios vespertinos bajo el brazo. Las personas que habían estado todo el día sirviendo detrás del mostrador, permanecían ahora de pie en la puerta de la tienda para respirar un poco de aire fresco. Los trabajadores desfilaban hacia sus casas, ora solos, ora formando cuadrillas que avanzaban cansadas y oscilantes. Los holgazanes, que habían salido a la calle después de cenar, encendían cigarros en las esquinas y miraban a su alrededor dudando qué camino tomar a continuación. Fue justo en ese momento del crepúsculo en que la vida callejera diurna prácticamente ha terminado, y la de la noche no ha empezado del todo —el momento, también, en que Rosamond, después de intentar en vano engañar la fatigosa espera mirando por la ventana, se estaba enfrascando cada vez más en su propia angustia— cuando la puerta de la habitación se abrió y su atención regresó repentinamente al pequeño mundo que la rodeaba. Alzó inmediatamente la mirada, que tenía puesta sobre el bebé, dormido en su regazo, y vio que por fin había vuelto tío Joseph.

El anciano entró en silencio. En la mano traía la declaración que se había llevado por deseo del señor Frankland. A medida que se fue acercando a la ventana, Rosamond se dio cuenta de que su cara parecía haber envejecido de un modo extraño durante las pocas horas de su ausencia. Se acercó a ella y, sin decir palabra, señaló con el dedo índice la parte inferior del papel y lo puso de modo que Rosamond pudiera ver el lugar que le indicaba sin necesidad de levantarse de su silla.

Su silencio, y lo alterado de su rostro, la golpearon con un temor repentino que la

hizo dudar antes de dirigirle la palabra.

—¿Se lo ha contado todo? —preguntó ella, en voz baja y sin fijarse en el papel.

—Aquí tengo la respuesta —dijo, sin dejar de señalar con el dedo la declaración—. ¡Vea!, aquí está el nombre, firmado en el espacio para ello: firmado de su puño y letra.

Rosamond le dio una ojeada. Efectivamente, ahí estaba la firma, «S. Jazeph», y debajo, dentro de un paréntesis, y con trazo débil, estas palabras aclaratorias: «Antes, Sarah Leeson».

—¿Por qué no dice nada? —exclamó Rosamond, mirándole cada vez más inquieta—. ¿Por qué no nos dice cómo se lo ha tomado?

—¡Ah!, ¡no me lo pregunte, no me lo pregunte! —respondió él, retirándose en el momento en que ella, en su ansiedad, estaba a punto de poner su mano sobre el brazo del viejo—. No me he olvidado de nada. Lo he dicho todo tal como usted me ha enseñado. He ido dando rodeos hasta contarle la verdad: eso ha sido con la boca, pero con la cara he cogido el atajo y he llegado antes. ¡Le ruego que sea comprensiva y no me pregunte nada! Por favor, confórmese con saber que ahora está tranquila y feliz. Lo malo pertenece ya al pasado, y ahora vendrá todo lo bueno. Si le cuento qué aspecto tenía, si le cuento lo que ha dicho, si le cuento todo lo que ha sucedido en el momento en que ha sabido la verdad, el miedo volverá a atenazarme el corazón, y todas las ganas de llorar que me he tragado volverán a hacerme un nudo en la garganta. Tengo que mantener la cabeza clara y los ojos secos. ¿Cómo, si no, le voy a contar a usted todo lo que le he prometido a Sarah, por mi salud y la de ella, que le iba a contar, antes de irme a dormir esta noche? —se detuvo, sacó un modesto pañuelito de algodón con un vistoso bordado blanco sobre un fondo azul desvaído, y se secó las lágrimas que le habían empezado a caer mientras hablaba—. Mi vida ha estado tan llena de alegría —dijo como haciéndose un reproche a sí mismo, y mirando a Rosamond—, que mi coraje, cuando lo necesito para los malos momentos, no es fácil de encontrar. ¡Y eso que soy alemán! ¡En mi país todo el mundo es filósofo! ¿Cómo puede ser que sea yo el único que tiene tan pocas luces en la cabeza y tanta debilidad en el corazón como ese precioso bebé que duerme acostado en su regazo?

—Déjelo ya: no nos cuente nada más hasta que se haya tranquilizado un poco —dijo Rosamond—. Ahora que sabemos que la ha dejado usted mejor y más tranquila hemos salido de la peor incertidumbre. No le haré más preguntas; bueno —añadió, después de una pausa—, le haré tan sólo una —se detuvo; sus ojos vagaron interrogativamente hacia Leonard. Hasta ese momento, él había estado escuchando con silencioso interés todo cuanto había ocurrido; pero ahora la interrumpió amablemente aconsejándola que esperase un poco antes de arriesgarse a decir algo más.

—Es una pregunta tan fácil de responder —alegó Rosamond—. Sólo quería saber si ha recibido mi mensaje; ¡si le ha dicho que la estoy esperando, que estoy deseando verla, si ella me deja ir!

—Sí, sí —dijo el viejo moviendo la cabeza, con un gesto de alivio—. Esa pregunta es fácil: más fácil incluso de lo que usted piensa, puesto que me lleva directamente al principio de todo lo que le tengo que decir.

Hasta ese momento había estado sentándose y levantándose, dando vueltas por toda la habitación sin quedarse quieto un solo instante. Entonces puso una silla a medio camino de Rosamond —que estaba sentada, con el niño, al lado de la ventana— y su marido, que ocupaba un sillón al fondo de la habitación. En esta posición, que le permitía dirigirse alternativamente al señor y a la señora Frankland sin dificultad, se recuperó pronto lo suficiente para abrir sin reservas su corazón.

—Cuando ya había pasado lo peor —dijo, dirigiéndose a Rosamond—, cuando ella estaba de nuevo preparada para escuchar y yo para hablar, las primeras palabras de consuelo que le he dicho han sido las de su mensaje. Me ha clavado una mirada cargada de duda y miedo. «¿Estaba su marido delante?», me ha dicho. «¿Tenía aspecto de estar enfadado?, ¿parecía triste?, ¿has notado en él algún cambio, aunque sea pequeño, cuando ella te ha dado el mensaje?». Y yo le he dicho, «No; ningún cambio, ningún enfado, ninguna tristeza: nada de eso». Y ella me ha dicho de nuevo: «¿No les ha traído desgracia?, ¿no les ha arrancado el amor y la felicidad que los une?». Y una vez más yo le respondo: «¡No!, ni miseria ni desunión. ¡Mira!, ahora iré enseguida a ver a esa buena esposa, y la voy a traer para que ella misma te lo explique, y que lo haga también en nombre de su buen marido». Cuando le digo estas palabras, veo que por toda su cara se extiende una mirada; no, no una mirada, sino una luz, como un destello de sol. No dura ni el tiempo que tardo en contar hasta dos y su cara está de nuevo sombría. La esconde en la almohada, y veo que con la mano que tiene fuera de la cama empieza a arrugar la sábana. «Así pues, me voy a buscar a esa buena esposa», le digo de nuevo. Y ella me dice, «No, todavía no. No debo verla, no me atrevo a verla hasta que sepa...» y ahí se para, y su mano que vuelve a arrugar la sábana, y yo le digo otra vez despacio, «¿Hasta que sepa qué?», y ella me responde, «Lo que yo, su madre, no puedo decirle a la cara, por vergüenza», yo le digo, «¡Vaya, hija mía!, pues entonces no se lo digas, no le digas nada». Ella mueve la cabeza y pone sus manos juntas, así, sobre la colcha. «Tengo que decírselo» dice ella. «Tengo que librar a mi corazón de lo que lo ha estado carcomiendo, carcomiendo, carcomiendo. ¿O cómo voy a recibir si no la bendición que me va a traer el verla, si mi conciencia no está limpia?». Entonces se detiene un instante, levanta las dos manos, así, y exclama en voz alta: «¿Oh, es que Dios misericordioso no me va a mostrar el camino para contárselo todo a mi hija de modo que ella me perdone?». Y yo digo, «¡Chitón, chitón, sí hay una forma! Cuéntaselo al tío Joseph,

que es como un padre para ti. Díselo al tío Joseph, cuyo hijito murió en tus brazos; cuyas lágrimas secaron tus manos en los lejanos días del luto. Dímelo, pequeña, a mí, y yo me arriesgaré, y pasaré la vergüenza, si es que hay alguna vergüenza en ello, de volver a contarlo. Yo, con nada que hable por mí sino mi pelo cano; yo, con nada que me ayude sino mi corazón, incapaz de hacer daño a nadie; yo voy a ir a ver a esa mujer buena y sincera para poner frente a ella el peso del dolor de su madre, y tengo la profunda certeza de que no le va a dar la espalda».

Hizo una pausa y miró a Rosamond. Inclínada sobre su bebé, lentamente, de una en una, le caían las lágrimas en el escote de su delicado vestido blanco. Esperó un poco hasta que se hubo recuperado; entonces le ofreció su mano al viejo, y su mirada, firme y agradecida, se encontró con la de él.

—¡Oh, continúe! —dijo ella—. Déjeme demostrarle que no ha depositado usted en mí esta generosa confianza en vano.

—¡En todo momento supe que no era en vano, y sigo estando seguro de ello! —dijo tío Joseph—. Y cuando he hablado con Sarah, ella también lo ha sabido. Ha permanecido en silencio un momento; luego ha llorado, se ha incorporado y me ha besado aquí, en la mejilla, estando yo junto a su cama; y después ha puesto la mirada lejos, lejos, lejos, a los Tiempos Lejanos, y con mucha calma, y muy despacio, mirándome a los ojos, con su mano reposando así sobre la mía, me ha dicho las palabras que yo ahora debo repetirle a usted, que está aquí sentada como su juez antes de ir a verla mañana como su hija.

—¡No, siendo su juez, no! —dijo Rosamond—. No quiero que diga usted eso.

—No lo digo yo: ésas han sido las palabras de Sarah —continuó el anciano, gravemente—. Espere, antes de pedirme que las cambie por otras: espere hasta conocer el final.

Acercó un poco su silla a Rosamond, esperó un minuto o dos hasta haber puesto en orden sus recuerdos y haberlos separado unos de otros, y luego continuó.

—Igual que Sarah comenzó a contarme —dijo—, empezaré a contarlo yo. Eso significa que me voy a ir al pasado, a los tiempos en que mi sobrina se marchó para trabajar como criada por primera vez. Ya sabe usted que el bueno y valiente del capitán Treverton tomó por esposa a una actriz de teatro; lo que aquí llaman una actriz de comedia. Una gran mujer, espléndida y hermosa; llena de vida, como pocas veces se ve; de esa clase de mujeres que dicen: «haremos esto, o aquello» y lo hacen a pesar y en contra de todos los prejuicios, de todos los obstáculos, de toda la oposición del mundo. A esta mujer viene a atenderla como sirvienta Sarah, mi sobrina, por entonces una muchacha joven, bonita, amable, cariñosa y muy, muy tímida. De entre todas las que desean el puesto, que son muchas y más resueltas, más fuertes y más diligentes, la señora Treverton, sin embargo, elige a Sarah, lo cual resulta ciertamente extraño. Pero aún lo es más que Sarah, por su parte, cuando se

sobrepone a sus primeros temores y dudas, y a los padecimientos de su timidez, llega a encariñarse de todo corazón con su espléndida y hermosa señora, llena de vida como pocas veces se ve. Esto que digo puede parecerle extraño, pero es lo que me ha contado Sarah, y es la pura verdad.

—Sin duda que es la verdad —dijo Leonard—. Los sentimientos de afecto más fuertes, la mayoría de las veces surgen entre personas que son diferentes la una de la otra.

—Así pues, su vida en la antigua casa de Porthgenna comenzó felizmente para todos —continuó el anciano—. El amor que la señora sentía por su marido era tan grande que se desbordaba, y era también afectuosa con todo el mundo que la rodeaba; pero con Sarah, su criada, era con la que lo era más. No quería que nadie más que Sarah le leyera, o la atendiera, o la vistiera por las mañanas y por las tardes, y la desvistiera por las noches. En los largos días de lluvia, cuando estaban las dos solas, intimaba con Sarah como lo habría hecho con su propia hermana. La diversión preferida de la señora, la que la hacía reírse más, era vestirse con ropa elegante, maquillarse, y volver a repetir todo lo que había dicho y hecho sobre los escenarios antes de casarse, y dejar de una pieza a la pobre criada de provincias que ni siquiera había visto un teatro por dentro. Cuanto más asombrada dejaba a Sarah con estas bromas y disfraces, más a gusto se sentía. Un año duró en la vieja casa esta vida fácil y feliz; feliz para todos los criados, pero más aún para el señor y la señora. Excepto por una cosa que faltaba para que la felicidad fuera completa: una pequeña bendición que siempre tuvieron la esperanza de que llegara, pero que no vino nunca: la misma bendición, si me permite usted, que esa que lleva el vestidito blanco, con esa carita rolliza y delicada, y esos bracitos pequeños, que tengo aquí, delante mío.

El Tío Joseph hizo una pausa y, moviendo la cabeza y sonriendo, señaló al niño que estaba sobre la falda de Rosamond; luego continuó:

—A medida que transcurre el año siguiente —dijo—, Sarah observa un cambio en la señora. El bueno del capitán es un hombre al que le encantan los niños, y al que le gusta traer a casa a los niños y niñas de sus amigos de los alrededores. Juega con ellos, los besa, les hace regalos: es el mejor amigo que los niños han tenido nunca. La señora, que debería ser también la mejor amiga de estos niños, observa y no dice nada; a veces se sonroja otras palidece. Se va a su habitación, donde Sarah le está arreglando las cosas, y empieza a dar vueltas, y le encuentra defectos a su trabajo, y un día le sale el temperamento por la boca y dice: «¿Por qué no puedo tener yo ningún hijo para que mi marido lo quiera?, ¿por qué tiene que besar y jugar siempre con los niños de otras mujeres? Se lleva su amor algo que no es mío. Odio a esos niños, y a sus madres también». Es su pasión la que habla en ese momento, pero no dice sino algo muy parecido a la verdad. No se hará amiga de ninguna de esas mujeres; solamente tendrá un trato familiar y cariñoso con las damas que no tienen

hijos, o con aquéllas cuyos hijos son mayores. ¿Usted cree que la señora no hizo bien?

Le hizo la pregunta a Rosamond mientras ésta jugueteaba pensativamente con una de las manos del bebé.

—Yo creó que la señora es alguien de quien hay que sentir mucha lástima —respondió, llevándose cariñosamente la mano de su hijo a los labios.

—Pues yo pienso lo mismo —dijo tío Joseph—. ¿Hay que sentir lástima por ella? ¡Sí! Y más todavía en los meses siguientes, cuando todavía ni hay hijo ni esperanza de que lo haya, y el bueno del capitán dice un día: «Aquí me oxido, me aburro mientras me voy haciendo viejo; quiero volver a la mar. Voy a pedir que me den un barco». Y pide un barco, y se lo dan; y parte hacia la mar; despidiéndose con muchos besos y mucho cariño, pero aun así se va. Y cuando ya no está, la señora entra otra vez en la habitación en la que Sarah le está haciendo un elegante vestido nuevo y se lo arranca de las manos, lo pisotea, y después arroja sobre la mesa todas las espléndidas joyas que tiene y golpea lo que tiene a mano, y llora con toda la miseria y la pasión que lleva dentro. «¡Daría todas esas ropas elegantes e iría en harapos el resto de mi vida por tener un hijo!», dice. «Estoy perdiendo el amor de mi marido: ¡nunca se habría separado de mí si le hubiese dado un hijo!». Entonces se mira al espejo y dice entre dientes: «¡Sí!, ¡sí!, soy una mujer elegante, con un cuerpo hermoso, pero me cambiaría por la mujer más fea, más jorobada y más miserable del mundo ¡sólo por poder tener un hijo!». Y entonces le cuenta a Sarah que el hermano del Capitán había dicho de ella al casarse las cosas más horribles que pueden decirse de nadie, porque era una actriz, y continúa diciendo: «si no tengo ningún hijo, ¿quién sino él —ese granuja, ese monstruo, ojalá pudiese matarlo— pasará a poseer todo lo que el Capitán tiene?». Y luego rompe a llorar otra vez, y dice: «¡Estoy perdiendo su amor, ay, lo sé, estoy perdiendo su amor!». Nada de lo que Sarah le dice la hace cambiar de parecer. Y pasan los meses, y el capitán vuelve, y esa misma pena secreta sigue creciendo y creciendo en el corazón de la señora: creciendo y creciendo hasta que llegan al tercer año de matrimonio, y no hay esperanza de que venga un hijo; y una vez más el capitán se cansa de vivir en tierra y vuelve a hacerse a la mar. Esta vez los viajes son más largos: muy, muy lejos, a la otra parte del mundo.

Llegado aquí, tío Joseph hizo una nueva pausa, aparentemente dudando de cómo continuar la narración. Pronto dio la impresión de que se había librado de dudas, pero su rostro se entristeció y su voz se hizo más grave al dirigirse de nuevo a Rosamond.

—Ahora, si me lo permite, voy a dejar de lado a la señora —dijo— para regresar a mi sobrina Sarah, y traeré a colación un minero con un apellido muy propio de Cornwall: Polwheal. Era un hombre joven, buen trabajador, buena persona, con un buen jornal. Vivía con su madre en el pueblecito que hay cerca de la vieja casa y, viendo a Sarah de vez en cuando, se encaprichó mucho de ella, y ella de él. Así que al

final se comprometieron; esto ocurrió más o menos cuando el capitán regresó de su primer viaje, justo cuando ya estaba pensando en volver a hacerse a la mar. Ni él ni su esposa tuvieron una sola palabra que objetar al compromiso de boda, puesto que Polwheal, el minero, se ganaba bien la vida y era una buena persona. Sólo la señora dijo que iba a sentirse triste con la pérdida de Sarah, muy triste; y Sarah dijo que por el momento no tenía prisa en irse. Así que fueron pasando las semanas, y el capitán partió de nuevo a uno de sus largos viajes. Hacia esa misma época, la señora se da cuenta de que Sarah se impacienta, y no parece ella misma, y Polwheal, el minero, la acecha por los alrededores de la casa, y la señora se pregunta, «¡Vaya!, ¡vaya! ¿No será que me estoy interponiendo en esta boda? ¡Pues por el amor que le tengo a Sarah, que no voy a permitirlo!». Y los hace venir a los dos una tarde, y les habla amablemente, y a la mañana siguiente envía al joven Polwheal a la iglesia a pedir las amonestaciones. Esa noche está de turno en la mina de Porthgenna, y debe bajar a la mina después de anochecer. Con el corazón lleno de felicidad, baja hacia la oscuridad. Al subir de nuevo al mundo, lo que sacan es su cuerpo sin vida: una vida joven aplastada en un instante por el desprendimiento de una roca. La noticia corre como la pólvora. Sin tregua, sin avisar, sin nadie que la consuele, le llega de repente a mi sobrina Sarah. Esa tarde, al despedirse del amor de su vida era una mujer joven y bonita; cuando, seis semanas después, se levantó de la cama en la que el dolor la había postrado, toda su juventud se había evaporado; su cabello había encanecido, y en sus ojos se había fijado una mirada aterrada que desde entonces no la ha abandonado.

Con estas palabras dibujó el cuadro de la muerte del minero, y de todo lo que vino a continuación, con claridad sobrecogedora y realismo tremendo. Rosamond se puso a temblar y miró a su marido.

—¡Oh, Lenny! —susurró—, la primera noticia de tu ceguera fue un disgusto enorme para mí, pero ¡comparado con esto!

—Sí, apiádense de ella —dijo el viejo—. ¡Apiádense de ella por lo que sufrió entonces! ¡Apiádense por lo que vino después, que fue aún peor! Pasan cinco, seis, siete semanas de la muerte del minero, y en su cuerpo Sarah sufre menos, pero en la cabeza sufre más. La señora, que es amable y buena con ella como lo sería una hermana, se va dando cuenta, poco a poco, de que en su cara hay algo que no es la mirada del dolor, ni la del miedo, ni la de la pena; algo que puede verse, pero no explicarse. La mira, y piensa. La mira y piensa hasta que le asoma una duda que hace que ella misma se estremezca, que la empuja directamente hasta la habitación de Sarah, a escrutar a Sarah con la mirada hasta lo más profundo de su ser. «Hay algo más en tu corazón, aparte de la pena por el hombre que está muerto y enterrado», le dice a Sarah, y la coge por los dos brazos antes de que ella pueda darse la vuelta, la mira directamente a la cara, con los ojos cargados de curiosidad y sospecha.

«Polwheal, el minero», le dice, «algo me hace dudar del minero. Sarah, yo he sido una amiga para ti más que tu ama. Ahora, como amiga tuya quiero que me digas la verdad». La señora espera, ¡pero no hay respuesta! Sarah forcejea para soltarse, y la señora la sujeta todavía más fuerte; continúa hablando y le dice: «Sé del compromiso de boda entre tú y Polwheal; sé que si hubo algún hombre sincero, ése era Polwheal; sé que salió de este lugar para ir a pedir las amonestaciones a la iglesia. Puedes tener secretos para los demás, Sarah, pero no para mí. Dímela, ¡dime ahora mismo la verdad! Entre todas las criaturas extraviadas de este mundo, estás...». Antes de poder terminar la frase, Sarah cae de rodillas y empieza a gritar que la dejen marcharse lejos, donde pueda esconderse y morir, donde nadie sepa nunca más de ella. Ésa fue su única respuesta. Ésa fue la verdad entonces; y ésa es la verdad ahora.

Tío Joseph suspiró amargamente y dejó de hablar durante un rato.

Nadie rompió el silencio reverencial que se hizo después de estas últimas palabras. El único sonido humano que perturbó la quietud de la habitación fue la suave respiración del bebé, envuelto por los brazos de su madre.

—Ésa fue su única respuesta —repitió el anciano—, y la señora la oye y no dice nada por un tiempo, pero sigue mirando a Sarah a los ojos, y cuanto más la mira más pálida se pone: más y más pálida, hasta que un día se levanta de golpe, y también de golpe le vuelve el color a la cara. «No, Sarah», dice en voz baja, y mirando hacia la puerta, «si soy tu amiga, lo soy para siempre. Quédate en esta casa, guarda tu secreto, haz lo que yo te diga y déjame a mí el resto». Y diciendo eso da rápidamente media vuelta y empieza a andar de un lado a otro de la habitación, cada vez más y más rápido, hasta que se queda sin respiración. Luego tira de la campanilla con gesto enfadado y se pone a gritar: «¡Los caballos!, quiero montar»; después se gira hacia Sarah: «¡Mi vestido para montar! ¡Anímate, mi pobre criatura! Por mi vida y por mi honor, que te voy a salvar. ¡Vamos, vamos, mi vestido!; ¡me muero por galopar al aire libre!». De modo que sale afuera, la sangre hirviéndole, y galopa, galopa hasta que el caballo saca humo, y el mozo de cuadra que monta a cierta distancia de ella se pregunta si no se ha vuelto loca. Cuando regresa no está cansada de ese largo paseo a caballo. Se pasa toda la tarde ora andando de un lado a otro de la habitación, ora aporreando sonoramente diferentes tonadas en el piano. A la hora de ir a dormir, no puede descansar. En dos, tres ocasiones durante la noche, le da a Sarah sendos sustos, entrando en su habitación y preguntándole cómo se encuentra, y repitiéndole cada vez esas mismas palabras: «Guárdate tu secreto, haz lo que yo te diga y déjame a mí el resto». Después de acostarse a las tantas, se levanta, pálida y sosegada, y le dice a Sarah: «Ni una palabra más entre nosotras de lo que ocurrió ayer; ni una palabra hasta que llegue el momento en que temas la mirada de cada desconocido. En ese momento volveré a hablar. Pero hasta entonces permaneceremos como estábamos antes de que ayer te preguntara, ¡antes de que contaras la verdad!»

Llegado a este punto, tío Joseph rompió de nuevo el hilo de la narración, y se puso a explicar que le fallaba la memoria respecto al orden cronológico, y que deseaba exponer en ese orden la serie de acontecimientos que iba a describir a continuación.

—¡Bueno!, ¡bueno! —dijo, meneando la cabeza, después de intentar en vano atrapar el recuerdo perdido—. Por una vez debo reconocer que me olvido de las cosas. Ahora no sé si fueron dos o tres los meses que pasaron después de que la señora le dijera esas últimas palabras, pero la cuestión es que después de uno u otro periodo de tiempo, una mañana la señora manda que le preparen su carruaje y se marcha sola a Truro. Por la tarde regresa con dos grandes cestas. En la tapa de una hay una tarjeta, y escritas sobre ella están las letras «R. T.». En la tapa de la otra también hay una tarjeta, con las letras «S. L.». Las cestas son llevadas a la habitación de la señora, que llama a Sarah y le dice: «Abre la cesta con la tarjeta S. L., puesto que esas son tus iniciales y lo que hay dentro es tuyo». Dentro hay en primer lugar una caja que contiene un espléndido sombrero con un lazo negro; después, un elegante chal; luego, seda negra de la mejor calidad, suficiente para hacer un vestido; después hilo y material para ropa interior. «Arréglate esas cosas para que te queden bien», dice la señora. «Eres mucho más pequeña que yo, así que hacerlos nuevos será menos problemático que arreglar los vestidos viejos de mi talla». A todo esto, Sarah responde sorprendida: «¿Por qué?». Y la señora responde; «No quiero que me hagas ninguna pregunta. Recuerda lo que te dije: ¡guárdate tu secreto y déjame a mí el resto!». Así que se va; y lo siguiente que hace es mandar que traigan al doctor para que la vea. El doctor pregunta qué es lo que pasa; recibe como respuesta que la señora Treverton no se encuentra bien, se siente extraña; también que cree que la brisa de Cornwall le quita las fuerzas. Los días pasan, y el doctor viene y va y, diga lo que diga, ésas son siempre las dos únicas respuestas que logra obtener. Durante todo este tiempo Sarah está atareada; y cuando por fin termina su trabajo la señora le dice: «Ahora, la otra cesta, la que dice R. T., pues esas son mis iniciales y lo que hay dentro es mío». Dentro hay en primer lugar una caja que contiene un vulgar sombrero de paja negra; luego un vestido negro corriente; después un vestido de tela negra de lo más común, e hilo y otras cosas para la ropa interior, todo ello de baja calidad. «Arregla todos esos trapos», dice la señora, «para ponérmelos yo. ¡Nada de preguntas! Siempre has hecho todo lo que yo te he dicho; ahora, haz también lo que te digo, o estarás perdida». Cuando los trapos están arreglados, se los prueba, se mira al espejo y se ríe de un modo extraño, desesperado. «¿Te parezco demasiado delgada, altiva y elegante para ser una criada?», dice la señora, «¡Eh!, no te preocupes: en tiempos pasados tuve que representar este papel bastantes veces». Y entonces se quita la ropa y le ordena a Sarah que la meta en un baúl, y que meta en otro las cosas que se ha arreglado para ella. «El doctor me ordena que me aleje de este clima húmedo y

agobiante de Cornwall y que me vaya dónde el aire sea fresco, seco y alegre», dice ella volviéndose a reír, hasta que la habitación retumba con sus risas. Sarah empieza a empaquetar, y coge algunas baratijas de encima de la mesa, entre ellas un broche sobre el que hay algo parecido a la cara del capitán. La señora lo ve, palidece y tiembla de pies a cabeza, le arrebató el broche y lo mete a toda prisa en el joyero, que cierra con llave, como si sólo de verlo se hubiese sentido atemorizada. «Eso se queda aquí», dice, y luego se da media vuelta y sale rápidamente de la habitación. ¿Adivina ya qué era lo que la señora Treverton tenía pensado hacer?

Le dirigió esa pregunta primero a Rosamond, y luego se la repitió a Leonard: Los dos respondieron que sí, y le rogaron que continuara.

—¿Lo adivinan? —dijo—. Pues es más de lo que Sarah, en aquel momento, podía sospechar, ya que con su propio sufrimiento y las palabras y la actitud extrañas de la señora, se sentía confusa. A pesar de ello siempre ha hecho lo que le ha dicho la señora, así que se marchan de Porthgenna las dos solas. La señora no dice una palabra hasta que se acaba la primera jornada del viaje, y se detienen para hacer noche en una posada llena de desconocidos. Entonces, por fin, habla. «Sarah, mañana ponte el vestido bueno», dice, «pero no te quites ni el sombrero ni el chal que llevas hasta que estemos dentro del coche. Yo me pondré el vestido más vulgar y llevaré el sombrero y el chal buenos. Pasaremos delante de la gente de la posada así, sin arriesgarnos a que se sorprendan de nuestro cambio de vestidos, y nos dirigiremos al coche. Cuando estemos de nuevo en el camino nos cambiaremos los sombreros y los chales, y estará todo listo. Tú serás la señora Treverton, una dama casada, y yo Sarah Leeson, tu criada». Con esas palabras a Sarah se le ilumina por fin la mente; se pone a temblar del miedo que le da lo que acaba de descubrir, y lo único que es capaz de decir es: «¡Oh, señora!, Santo Cielo, ¿qué pretende hacer?». «Pretendo», responde la señora, «salvarte, mi fiel criada, de la desgracia y de la ruina; evitar que ni un solo penique del capitán vaya a parar a manos del bribón de su hermano, que me ha denigrado; y por último, y lo más importante, pretendo que mi marido no vuelva a hacerse a la mar, y lo voy a conseguir haciendo que me ame como nunca antes me ha amado. Mi pobre criatura apenada y asustada, ¿tengo que explicarte más, o esto es suficiente?». Y Sarah no puede darle otra respuesta que llorar lágrimas amargas, y musitar: «No». «¿Acaso dudas», dice la señora, agarrándola del brazo y mirándola a un palmo de la cara con ojos fieros, «acaso dudas de qué es lo mejor: si volver al mundo abandonada, desgraciada y derrotada, o salvarte de la vergüenza y hacer de mí una amiga para toda la vida? ¡Oh, niña débil y temblorosa, si no puedes decidir por ti misma, lo haré yo! ¡Se hará como yo diga! Mañana, y pasado mañana, continuaremos hacia el norte, donde el tonto de mi médico dice que el aire es más alegre; hacia el norte, donde nadie me conoce ni ha oído hablar de mí. Yo, la criada, haré correr la noticia de que tú, la dama, te encuentras mal. No verás a ningún desconocido,

excepto al doctor y a la enfermera cuando llegue la hora de llamarlos. Quiénes serán, no lo sé; pero lo que sí sé es que uno y otro nos ayudarán en nuestro propósito sin sospechar para nada de qué se trata, y que cuando volvamos a Cornwall el secreto no habrá sido confiado a ninguna otra persona, ¡nos lo llevaremos a la tumba!». Con toda la fuerza de ánimo que hay en ella, en el silencio de la noche y en una casa llena de desconocidos le dice esas palabras a la mujer más asustada del mundo, a la más afligida, a la más desamparada, a la más avergonzada. ¿Hace falta explicar el final? Esa noche Sarah cargó por primera vez con una humillación que ha ido haciéndosele cada vez más y más pesada.

—¿Cuántos días estuvieron viajando hacia el norte? —preguntó Rosamond, impaciente—, ¿dónde finalizó el viaje? ¿En Inglaterra o en Escocia?

—En Inglaterra —respondió tío Joseph—. Pero del nombre del lugar no puede, por ser extranjera, acordarse mi lengua. Era un pueblecito pequeño junto al mar; el gran mar que baña mi país y el suyo. Ahí se detuvieron, y esperaron hasta que llegó el momento de llamar al doctor y a la enfermera. Y se hizo todo, desde el principio hasta el final, tal como la señora Treverton dijo que debía hacerse. El doctor y la enfermera, y las personas de la casa eran desconocidas; y hasta el día de hoy, si es que aún viven, creen que Sarah era la esposa del capitán, y que la señora Treverton era su criada. No fue hasta que estuvieron bien alejadas con la niña que se cambiaron de nuevo los vestidos y volvieron a ser cada una quien era. Al llegar a Porthgenna, el primer amigo que la señora Treverton hace venir para mostrarle al niño es el doctor que vive en el pueblo. «¿Usted sabía cuál era la causa de que me encontrara mal cuando me envió a cambiar de aires?», le dice riéndose. Y el doctor ríe también, y dice: «¡Sí, claro que sí!, pero tuve la habilidad suficiente de no decir lo que pensaba en un primer momento, porque al principio siempre hay la posibilidad de equivocarse. ¡Y tan bien le sentó a usted el aire bueno y seco, que se quedó!», le dice él, «¡pues hizo usted lo mejor que podía hacer: lo mejor para usted y lo mejor para la niña!». Y el doctor que vuelve a reírse, y la señora que vuelve a reírse, y Sarah que está presente y los oye siente como si su corazón le fuese a estallar ante el horror, el sufrimiento y la vergüenza de ese engaño. Cuando el doctor se marcha, Sarah se arrodilla y reza, y pide con toda su alma que la señora se arrepienta y que la eche con su hija para que en Porthgenna no oigan hablar de ella nunca más. La señora, con el carácter despótico que le era propio, le da por toda respuesta estas tres palabras: «¡Es demasiado tarde!». Cinco semanas después, el capitán regresa, y el «demasiado tarde» es ya una verdad que ningún arrepentimiento podrá nunca cambiar. La sagaz mano de la señora, que ha dirigido el engaño desde el principio, lo lleva ahora hasta sus últimas consecuencias: consigue que el capitán, por amor a ella y a su hija, no vuelva a la mar, y así hasta el día en que Sarah acuesta a su señora y ella, moribunda, le deja todo el peso del secreto, y toda la culpa de la confesión a Sarah: ¡a Sarah, que

durante cinco largos años, y por deseo de una tirana, ha tenido que vivir en esa casa como una desconocida para su propia hija!

—¡Cinco años! —dijo Rosamond en voz baja, cogiendo delicadamente al bebé en sus brazos, hasta que su cara tocó la de su hijo—. ¡Cielo santo!, ¡cinco largos años teniendo que ser una desconocida para la sangre de su sangre, para el corazón de su vida!

—¡Y todos los años que vinieron después! —dijo el viejo—. Años y años de soledad entre desconocidos, sin poder ver cómo crecía la niña, sin corazón para contarle su historia a ninguna otra alma, ¡ni siquiera a mí! «Mejor», le he dicho yo, cuando ella ya no podía hablar y ha vuelto a esconder la cara en la almohada, «¡hubiese sido mil veces mejor, hija mía, que hubieses contado el secreto!». «¿Y a quién podía contárselo?» me ha dicho ella, «¿al señor, que confiaba en mí?, ¿pasados los años, a la niña, cuyo nacimiento era para mí un estigma? ¿Podría soportar la historia vergonzosa de su madre de sus propios labios? ¿Cómo se lo va a tomar ahora, tío Joseph, cuando seas tú quien se lo cuente? No olvides la vida que ha llevado, y la posición social de que ha gozado. ¿Cómo va a perdonarme? ¿Cómo quieres que vuelva a mirarme jamás con una pizca de cariño?»

—¡No puedo creer que la haya dejado usted —exclamó Rosamond, interrumpiéndole antes de que pudiera continuar— con ese pensamiento en el corazón!

Tío Joseph hundió la cabeza en el pecho.

—¿Y qué podía decirle yo? —preguntó con tristeza.

—Oh, Lenny, ¿oyes eso? Tengo que dejaros a ti y al niño. Tengo que ir a verla, o esas últimas palabras me van a romper el corazón —mientras hablaba, de los ojos le brotaron lágrimas de pasión; se levantó rápidamente de su asiento con el niño en brazos.

—Esta noche no —dijo tío Joseph—. Cuando me marchaba me ha dicho: «Esta noche ya no puedo soportar nada más; dame de tiempo hasta mañana para reponerme tanto como pueda».

—¡Oh, pues entonces vuelva usted! —exclamó Rosamond—. ¡Vaya ahí, por el amor de Dios; no pierda un instante, y consiga que piense en mí como debe! Explíquele cómo le he escuchado, con mi bebé durmiendo en mi regazo en todo momento... dígame... ¡oh, no, no!, ¡las palabras son demasiado frías para esto! Venga aquí, acérquese, tío Joseph. A partir de ahora voy a llamarle siempre así. Acérquese y bese a mi hijo: ¡al nieto de Sarah! Béselo en esta mejilla, que es la que tenía apoyada sobre mi corazón. Y ahora regrese, mi querido y bondadoso viejecito, regrese junto a la cama de ella y dígame tan sólo una cosa: que yo le he enviado a ella ese beso.

CAPÍTULO IV

El final del día

La noche, con su angustiosa vigilia, quedó por fin atrás; y la luz de la mañana llegó con esperanza, puesto que llevaba consigo la promesa de acabar con la incertidumbre de Rosamond.

El primer acontecimiento del día fue la llegada del señor Nixon, quien había recibido una nota la tarde anterior, escrita por deseo de Leonard, en la que se le invitaba a desayunar. Antes de retirarse estableció con el señor y la señora Frankland todos los preparativos necesarios para efectuar la devolución del dinero de la venta de Porthgenna, y había enviado un mensajero con una carta a Bayswater para que le anunciara a Andrew Treverton su intención de visitarle esa misma tarde para tratar un asunto privado e importante relacionado con la herencia de su difunto hermano.

Hacia el mediodía, tío Joseph llegó al hotel para acompañar a Rosamond a la casa donde su madre reposaba enferma.

Entró de lo más animado, hablando sobre lo maravillosamente que había mejorado su sobrina tras haber recibido el mensaje cariñoso la tarde anterior. Tío Joseph dijo que de repente Sarah había comenzado a parecer más alegre, más fuerte, más joven; que hacía muchísimos años que no había dormido tantas horas seguidas, ni tan tranquila y dulcemente; y por último, y ésta era la mayor victoria: los efectos beneficiosos del mensaje habían sido reconocidos por el propio doctor no hacía ni una hora.

Rosamond escuchó agradecida, pero con la mente un poco distraída. Cuando se hubo despedido de su marido y ella y el tío Joseph estuvieron en la calle, notó que había algo en el cercano encuentro que iba a producirse entre ella y su madre que, a pesar de sus esfuerzos por evitar aquella sensación, no podía dejar de atemorizarla. Si hubiesen podido encontrarse y reconocerse la una a la otra, sin tiempo para pensar qué era lo que debían decir o hacer en el primer momento, el encuentro no habría sido sino el resultado natural del descubrimiento del secreto. Pero tal como iban ahora las cosas, la espera, las dudas, y la triste historia que había llenado el vacío de ese último día de incertidumbre, tuvieron el efecto de reprimir a Rosamond, a pesar de que era una mujer impulsiva. Sin un solo pensamiento en su corazón que no fuese auténticamente tierno y compasivo hacia su madre, sentía sin embargo una vaga sensación de vergüenza que fue convirtiéndose en un sentimiento más sereno a medida que ella y el anciano se fueron acercando al final de su corto trayecto. Cuando por fin llegaron a la puerta de la casa, ella se estremeció al darse cuenta de que no hacía nada más que pensar y pensar qué era lo que debía decir al principio, y qué era lo mejor que podía hacer, como si estuviera a punto de visitar a un

desconocido de quien ansiara una opinión favorable, y cuya disposición a recibirla cordialmente fuese dudosa.

La primera persona que vieron al entrar fue al doctor. Salió de un pequeño cuarto del fondo del pasillo, se acercó a ellos y pidió permiso para hablar con la señora Frankland unos minutos. Después de dejar a Rosamond hablando con el doctor, tío Joseph subió alegremente las escaleras para anunciarle a su sobrina la llegada de Rosamond, con una agilidad que ya la habrían querido para sí muchos hombres la mitad de viejos que él.

—¿Está peor? ¿Si la veo, cree que puede agravarse su estado? —preguntó Rosamond, mientras el doctor le mostraba el camino al cuarto del fondo.

—Más bien todo lo contrario —replicó él—. Esta mañana se encuentra mucho mejor; y yo creo que esto se debe principalmente al efecto tranquilizador y alentador que ha obrado sobre ella un mensaje que recibió de usted ayer por la noche. Por eso ahora estoy deseando hablar con usted acerca de un síntoma concreto del estado mental de la paciente que me ha sorprendido y asustado en el mismo momento en que lo he descubierto, y que me ha tenido perplejo desde entonces. Está padeciendo — para no entretenerla, se lo explicaré rápidamente y con las palabras más sencillas— una alucinación mental muy extraña, la cual, por lo que tengo observado hasta el momento, le afecta generalmente hacia el final del día, cuando comienza a oscurecer. Cuando llega esa hora aparece en su mirada una expresión como si se estuviese imaginando que de repente alguien hubiera entrado en la habitación. Se queda mirando al vacío y habla sola, igual que usted y yo miraríamos o le hablaríamos a alguien que realmente estuviera delante escuchándonos. El anciano, su tío, me ha dicho que esto lo observó por primera vez cuando su sobrina fue a verle, a Cornwall creo que ha dicho, no hace mucho. En esa ocasión ella le estaba hablando de algún tema personal cuando de repente se detuvo en el momento justo en que se estaba apagando la luz vespertina; y le asustó con una pregunta acerca del viejo tema supersticioso de la reaparición de los muertos, y luego, con la vista perdida en un rincón en sombras de la habitación, comenzó a hablar sola: exactamente del mismo modo en que yo la he visto mirar y la he oído en la habitación de arriba. Si se imagina que la persigue una aparición, o si se figura que alguna persona entra en su habitación a ciertas horas, eso no se lo sabría decir; y el anciano no me ayuda a averiguar la verdad. ¿Puede usted arrojar alguna luz sobre este asunto?

—Es la primera vez que oigo hablar de ello —respondió Rosamond, mirando con asombro y temor al doctor.

—Tal vez —continuó él— se muestre más comunicativa con usted que conmigo. Si pudiera usted arreglárselas para estar junto a su cama hoy o mañana a la hora del ocaso, y si su presencia no la inquieta, me gustaría que la viera y la escuchara cuando esté bajo el efecto de su ofuscación. He intentado apartar su atención del rincón en el

momento en que se queda absorta mirándolo, o hablar con ella más tarde, pero todo ha sido en vano. Usted, evidentemente, tiene una considerable influencia sobre ella; así que puede que tenga éxito ahí donde yo he fracasado. En su estado actual de salud le doy mucha importancia al hecho de poder liberar su mente de todo cuanto la nubla y oprime, y especialmente de esa alucinación tan grave que le he estado describiendo. Si pudiera usted lograr combatirla, le estaría haciendo gran favor, y a mí me estaría materialmente ayudando en mi esfuerzo por devolverle la salud. ¿Le importaría intentarlo?

Rosamond prometió no ahorrar esfuerzos para ayudarle en eso, o en cualquier otra cosa que fuese para el bien de la paciente. El doctor le dio las gracias y la acompañó de nuevo al vestíbulo. En el momento en que salían de la habitación, el tío Joseph bajaba las escaleras.

—Está preparada y deseando verla —le susurró a Rosamond al oído.

—Estoy seguro de que no es necesario que le repita de nuevo lo importante que es que no altere usted a la paciente en ningún momento —dijo el doctor, despidiéndose—. No estoy exagerando si le digo que su vida depende de ello.

Rosamond se despidió del doctor en silencio y, siguiendo al anciano, subió las escaleras. Tío Joseph se detuvo delante de la puerta de un cuarto trasero del segundo piso.

—Está ahí —murmuró con impaciencia—. La dejo para que entre usted sola, porque lo mejor es que al principio estén solamente ustedes dos. Yo voy a ir a dar una vuelta por las calles, bajo este sol cálido y espléndido, pensando en las dos, y volveré dentro de un ratito. ¡Entre; y que Dios la bendiga y sea misericordioso con usted! —tío Joseph se llevó la mano de Rosamond a los labios y luego volvió a bajar las escaleras despacio pero con agilidad.

Rosamond se quedó de pie delante de la puerta. Al alargar la mano para llamar sintió un temblor. Al otro lado de la puerta le contestó la misma voz dulce que había oído por última vez en su dormitorio de West Winston. Cuando la oyó pensó en su hijo, y el corazón empezó a latirle más despacio. Abrió la puerta de golpe y entró.

Ni el aspecto de la habitación; ni la vista que había desde la ventana; ni su ornamentación, ni los voluminosos muebles, ni ninguno de los objetos que había en ella, que en otro momento hubiese observado enseguida, le llamaron ahora la atención. Desde el momento en que abrió la puerta no vio otra cosa que las almohadas, la cabeza de su madre descansando sobre ellas y su rostro. Al cruzar el umbral vio que la cara le cambiaba; le cayeron un poco los párpados, y sus pálidas mejillas se tiñeron de repente de un rojo ardiente.

¿Se avergonzaba su madre de mirarla?

Esa incertidumbre liberó en un instante a Rosamond de toda inseguridad, de toda timidez, de todas sus dudas sobre qué palabras debía elegir y qué debía hacer. Es

decir, de todo cuanto había tenido atenazados sus generosos impulsos hasta ese momento. Corrió hacia la cama, alzó la figura cansada y encogida de su madre y apoyó su pobre cabeza sobre su pecho cálido y joven.

—Al fin he venido, madre, ahora me toca a mí cuidarla —dijo. El corazón se le hinchó al salir de él estas sencillas palabras; y los ojos se le inundaron. No logró decir nada más.

—¡No llore! —murmuró tímidamente Sarah, con su voz apagada y dulce—. ¡No tengo ningún derecho a hacerla venir hasta aquí para entristecerla!

—¡Oh, no diga eso!, ¡no diga eso! Si me habla así, no haré otra cosa que llorar —dijo Rosamond—. Vamos a imaginarnos que nunca hemos estado separadas; llámeme por mi nombre, tutéeme, hábleme del mismo modo en que yo le hablaré a mi hijo algún día, cuando crezca, si Dios quiere. Llámeme Rosamond, y, por favor, se lo ruego, ¡dígame qué puedo hacer por usted! —se desató con vehemencia las cintas de su sombrero y lo lanzó a la silla más cercana—. ¡Mire!, aquí tiene su limonada, sobre la mesa. Diga: «¡Rosamond, tráeme la limonada!» ¡Dígalo de una forma natural, madre! ¡Dígalo como si supiera que yo la voy a obedecer inmediatamente!

Sarah repitió las palabras de su hija, pero su tono todavía no era firme. Luego las volvió a pronunciar con una sonrisa triste y asombrada, demorándose al pronunciar el nombre de Rosamond, como si ello fuese para ella un lujo.

—Me hicieron tan feliz el mensaje y el beso del niño que me enviaste —dijo cuando Rosamond le dio la limonada y se sentó junto a la cama—. ¡Ha sido una forma tan generosa de decirme que me perdonabas! Me ha dado el valor que necesitaba para hablarte como estoy haciendo ahora. Tal vez la enfermedad me ha cambiado, pero contigo no me siento extraña ni asustada como pensaba que iba a sentirme en nuestro primer encuentro después de que descubrieras el secreto. Creo que pronto me pondré bien y podré ver a tu hijo. ¿Se parece a ti cuando tenías su edad? Si se parece a ti debe ser muy, muy... —se detuvo—. Está bien que piense en eso —añadió, después de esperar un poco—, pero no debería hablar de ello, o yo también me voy a poner a llorar. Y quiero acabar con las penas de una vez por todas.

Mientras decía estas palabras y miraba ansiosamente a su hija a la cara, su instinto no dejó de funcionar en sus dedos débiles y gastados. Rosamond había tirado los guantes sobre la cama no hacía ni un minuto, y su madre los había recogido y los estaba alisando y doblando cuidadosamente mientras hablaba.

—Llámame madre otra vez —dijo, mientras Rosamond le quitaba los guantes y le agradecía con un beso que se los hubiera doblado—. Nunca te he oído decirme madre hasta ahora: ¡nunca, desde el día en que naciste!

Rosamond reprimió las lágrimas que le empezaban a caer por los ojos, y repitió la palabra.

—Es todo cuanto necesito para ser feliz: estar aquí acostada y mirarte, escucharte

mientras dices esa palabra. ¿Acaso hay alguna otra mujer en el mundo, amor mío, con una cara tan hermosa y tan adorable como la tuya? —hizo una pausa y sonrió tímidamente—. ¡No puedo dejar de mirar esos labios dulces y rosados sin pensar en cuantos besos me deben!

—¡Si tan sólo que me hubieses dejado pagar esa deuda antes! —dijo Rosamond cogiéndole la mano a su madre como acostumbraba a coger la de su hijo, y llevándola hasta su cuello—. ¡Sólo con que me hubieses dicho algo la primera vez que nos vimos, cuando viniste a cuidarme! ¡Cuán tristemente he pensado en eso desde entonces! Oh, madre, ¿te disgustaste mucho por culpa de mi ignorancia? ¿Te hizo llorar pensar en mí después de eso?

—¡Disgustarme! Rosamond, todos mis disgustos los he fabricado yo misma, no tú. Tú, cariño mío, tan amable y atenta, dijiste: «No seas severo con ella», ¿te acuerdas? Cuando me estaban echando, merecidamente, cariño, por haberte asustado, le dijiste a tu marido «¡No seas severo con ella!». Tan sólo cinco palabras, ¡pero cómo me reconfortó después pensar que las habías pronunciado! Cuando te estaba cepillando el pelo ¡tenía tantas ganas de besarte, Rosamond!; ¡y cuando te oí, detrás de las cortinas, dándole a tu hijo las buenas noches, tuve que luchar tanto para no gemir en mi llanto! Todo el tiempo tuve un nudo en la garganta. Después, al regresar a casa de la señora, salí en tu defensa. No pude permitir que dijera ni una sola palabra desagradable contra ti. En ese momento podría haber mirado a la cara a cien amas, y a las cien les habría llevado la contraria. ¡No, no, tú nunca me disgustaste! La pena más grande, la que me hizo huir, es muchos años anterior a que fuera a hacer de enfermera en West Winston. Fue cuando dejé mi puesto en Porthgenna; cuando esa terrible mañana entré a hurtadillas en el cuarto en el que yo te cuidaba durante el día y te vi rodeando con tus bracitos el cuello del señor. En una mano llevabas la muñeca que te habías llevado a dormir, y tu cabeza descansaba sobre el pecho del Capitán, igual que reposa ahora la mía —¡oh, tan felizmente, Rosamond!— sobre el tuyo. Pude oír las últimas palabras que te dijo, palabras que tú eras demasiado pequeña para que las recuerdes. «¡Calma!, Rosie, cariño», dijo él, «no llores más por tu pobre mamá. Piensa en tu pobre papá, e intenta consolarlo!» ¡Ése, mi amor, ése fue mi disgusto más amargo, y el más difícil de soportar! ¡Yo, tu propia madre, escondiéndome como una espía, y viendo cómo la hija que no me atrevía a tener, oía: «Piensa en tu pobre papá»! ¡Rosamond de mi alma!, ahora sabes en qué padre pensaba yo cuando él pronunció esas palabras! ¿Cómo podía contarle el secreto? ¿Cómo podía darle la carta, cuando su mujer acababa de morir aquella misma mañana y no tenía a nadie más que a ti capaz de consolarlo; y a cada palabra que pronunciaba la terrible verdad me golpeaba en el corazón con la misma violencia con que cayó la roca sobre el padre que nunca conociste!

—¡No hables de ello ahora! —dijo Rosamond—. Dejemos el pasado: ya sé todo

lo que tengo que saber, todo lo que deseo saber. Hablaremos del futuro, madre, y de tiempos más felices que están por venir. Déjame que te hable de mi marido. Si hay palabras para elogiarle como se merece; para darle las gracias como se merece, estoy segura de que las mías lo harán, ¡y las tuyas también! Déjame explicarte lo que dijo y lo que hizo cuando le leí la carta que encontré en la Habitación del Mirto. ¡Sí, sí, déjame que te lo cuente!

Sin olvidarse de las últimas recomendaciones dadas por el doctor, temblando secretamente al sentir bajo su mano el palpitar pesado, fatigado e irregular del corazón de su madre, y viendo que una vez más el color de la cara le cambiaba rápidamente del pálido al rojo, y del rojo al pálido, decidió no mencionar ninguna otra cosa que pudiera recordarle la pena y el sufrimiento del pasado. Después de describirle la conversación que había tenido lugar entre ella y su marido, y que había concluido con la revelación del secreto, cambió repentina pero tiernamente de tema, y comenzó a hablar del futuro; del momento en que podría viajar de nuevo; de la felicidad de regresar juntas a Cornwall; de la pequeña fiesta que podrían celebrar al llegar a la casa del tío Joseph en Truro, y de lo que vendría después de eso, cuando pudiera ir finalmente hasta Porthgenna, o tal vez a algún otro lugar donde nuevas caras y nuevos paisajes las ayudarían a olvidar los recuerdos tristes en los que era mejor dejar de pensar.

Rosamond estaba hablando de estos temas y su madre escuchándola cuando volvió tío Joseph. Traía consigo una cesta de flores, y otra con fruta. Al llegar al pie de la cama de su sobrina alzó ambas cestas en señal de triunfo.

—He estado dando un paseo por ahí, hija mía, bajo este sol espléndido —dijo—, y aguardando hasta darte tiempo suficiente para que alegraras esa cara, para verla de nuevo como la quiero ver siempre, durante el resto de mi vida. ¡Ah, Sarah!, ¡ya veo que soy yo quien te ha traído al doctor adecuado para curarte! —añadió alegremente, mirando a Rosamond—. Ya ha conseguido que mejores. Pero espera un poquito más y hará que te levantes de esa cama con tus dos mejillas tan coloradas y tu corazón tan ligero, y tu lengua tan locuaz como la mía. ¡Mira qué flores más bonitas, y qué fruta he comprado para alegrarte la mirada, para alegrarte el olfato y para mayor alegría de tu boca! Hoy tenemos cosas que celebrar, y tenemos que llenar el cuarto de alegría, alegría y más alegría. Y luego vendrá tu cena; la he visto en el plato: ¡de lo bueno, lo mejor! Y después podrás dormir dulcemente, con Mozart cantándote una nana y conmigo sentado a tu lado, cuidándote, dispuesto cuando te despiertes para subirte una taza de té. ¡Ay, hija mía, hija mía, qué maravilloso es que haya llegado por fin este día de celebración!

Le dedicó a Rosamond una mirada diáfana y, con ambas manos llenas de flores, se separó de su sobrina y empezó a decorar la habitación. Excepto para darle las gracias al anciano por los regalos que había traído, Sarah no le quitó los ojos de

encima a su hija ni por un momento; y sus primeras palabras, cuando el viejo calló de nuevo, fueron solamente para Rosamond.

—Mientras yo estoy feliz con mi hija —dijo—, a ti te estoy privando de tu hijo. De todas las personas del mundo yo tendría que ser la última en teneros separados tanto tiempo. Ahora, cariño mío, vuelve con tu esposo y con tu hijo, y déjame con mis recuerdos y mis sueños de mejores tiempos.

—Con su permiso; diga usted sí a eso, por el amor de su madre —dijo tío Joseph antes de que Rosamond pudiera responder—. El doctor dice que debe guardar reposo durante el día igual que durante la noche. ¿Y cómo voy a conseguir que cierre los ojos mientras siga teniendo la tentación de abrirlos para mirarla a usted?

Rosamond se dio cuenta de la verdad de esas palabras y consintió en volver durante unas horas al hotel, pero dijo que regresaría junto a la cama de su madre por la tarde. Después de que todos estuvieron de acuerdo en eso, esperó en la habitación hasta que vio la comida que ya había anunciado el tío Joseph y ayudó al viejo a animar a Sarah para que se la comiera. Cuando le hubieron retirado la bandeja, y cuando Rosamond, con sus propias manos, le hubo arreglado las almohadas a su madre, se convenció a sí misma de que había llegado la hora de despedirse.

Sarah la rodeó por el cuello y posó su mejilla sobre la de Rosamond.

—Vete, hija mía, vete ahora, o me pondré tan egoísta que no querré separarme de ti ni por unas horas —murmuró con una voz dulce, con su tono más suave—. ¡Rosamond de mi alma! ¡No encuentro palabras para bendecirte; ni para darte las gracias como mereces! ¡La felicidad ha tardado mucho en llegarme; pero ahora ha venido por fin a apiadarse de mí!

Antes de salir, Rosamond se detuvo y se dio la vuelta para ver la habitación. La mesa, la chimenea, y los dibujos enmarcados de las paredes resplandecían llenos de flores; la caja musical empezaba a tocar las dulces primeras notas de la tonada de Mozart. Tío Joseph se había sentado en el lugar donde acostumbraba, junto a la cama, con la cesta de frutas en sus rodillas. Sobre la almohada, la cara pálida y demacrada se iluminó tiernamente con una sonrisa; la paz, la tranquilidad y el descanso, todo se entretejía alegremente en este cuadro, todo se unía para hacer que el pensamiento de Rosamond fuese ocupando lentamente el espacio donde reside la esperanza de un futuro mejor.

Pasaron tres horas. Cuando Rosamond regresó junto a su madre, en el cielo el último rayo del sol estaba iluminando lo que quedaba del largo día de verano. Entró en la habitación despacio. La única ventana miraba hacia el oeste, y en ese lado de la cama estaba la silla en la que tío Joseph estaba sentado en el momento en que ella lo había dejado, y en la que todavía continuaba sentado. Cuando ella abrió la puerta, tío Joseph se llevó la mano a los labios y miró hacia la cama. Su madre estaba dormida. Tenía la mano puesta sobre la del anciano.

Mientras Rosamond avanzaba silenciosamente vio que los ojos del tío Joseph parecían confusos y fatigados. Lo incómodo de la posición que ocupaba, que hacía imposible que pudiera moverse sin arriesgarse a despertar a su sobrina, parecían fatigarle. Rosamond se sacó el sombrero y el chal, y le hizo una señal para que se levantara y le dejara ocupar su lugar.

—¡Sí, sí! —murmuró ella al ver que él negaba con un gesto de su cabeza—. Déjeme hacer mi turno mientras usted sale un poco a disfrutar del aire fresco de la tarde. No tema despertarla; su mano no está agarrada a la suya. Tan sólo descansa sobre ella; déjeme que deslice la mía con cuidado, en el lugar de la suya, y no la molestaremos.

Metió su mano debajo de la de su madre mientras iba hablando. Tío Joseph sonrió al tiempo que se levantaba de su silla y le dejaba su sitio.

—Se hará como usted diga —dijo—. Es demasiado rápida y lista para un viejo como yo.

—¿Hace mucho que duerme? —preguntó Rosamond.

—Casi dos horas —respondió tío Joseph—. Pero no ha dormido todo lo bien que yo hubiera deseado; no ha parado de soñar, de hablar, de estar inquieta. Hace solamente diez minutos que está tranquila como la ve usted ahora.

—¿No será que deja usted entrar demasiada luz? —dijo Rosamond en voz baja, dándose la vuelta para mirar la ventana, a través de la cual el resplandor del cielo de la tarde se derramaba cálidamente en la habitación.

—¡No, no! —añadió rápidamente—. Dormida o despierta, siempre quiere que haya luz. Cuando yo me marche, aunque sólo sea por un momento, si empieza a oscurecer antes de mi regreso encienda esas dos velas de la repisa de la chimenea. Intentaré llegar antes de que eso ocurra, pero si el tiempo pasa, y se despierta y empieza a hablar de un modo extraño, si su mirada se aleja y se pierde por ese rincón del fondo de la habitación, recuerde que cerillas y velas están en la repisa de la chimenea, y que cuanto antes las encienda después del crepúsculo, mucho mejor —diciendo esas palabras fue silenciosamente hasta la puerta, y salió.

Las instrucciones le recordaron a Rosamond la conversación que había tenido lugar con el doctor aquella misma mañana. Angustiada, se giró hacia la ventana.

El sol empezaba a sumergirse detrás de los tejados lejanos; no faltaba mucho para que terminara el día.

Cuando volvió de nuevo la cabeza hacia la cama le trepó por el cuerpo un escalofrío. Tembló un poco, en parte por la sensación en sí, y en parte por el recuerdo que le trajo del escalofrío que la había estremecido en la soledad de la Habitación del Mirto.

Movida por la misteriosa simpatía del tacto, en ese mismo instante la mano de su madre se movió dentro de la suya, y sobre la triste serenidad de su rostro rendido

apareció un gesto de desazón: la sombra evanescente de un sueño. Sus pálidos labios se abrieron, se cerraron, temblaron, se abrieron de nuevo; cada vez le costaba más trabajo respirar; movía la cabeza con dificultad de un lado a otro de la almohada; sus párpados se entrecerraron; de sus labios salió un aluvión de lamentos susurrados, apagados, que no tardaron en derivar en frases a medio acabar; luego, poco a poco, se fueron fundiendo unas con otras hasta convertirse en un discurso inteligible. Éstas fueron las palabras que pronunció:

—¡Jura que no destruirás este papel! ¡Jura que no te llevarás este papel si te marchas!

Después pronunció otras palabras, tan rápidamente y en voz tan baja que el oído de Rosamond no logró captarlas. A continuación se hizo un breve silencio. Luego, la voz de los sueños volvió a hablar, en un tono más alto.

—¿Dónde? ¿Dónde? ¿Dónde? —dijo la voz—. ¿En la estantería? ¿En el cajón de la mesa? ¡Un momento! ¡Un momento! En el retrato del espectro.

Después de oír estas últimas palabras Rosamond sintió un escalofrío en el corazón. Se apartó sobresaltada; acto seguido se contuvo y volvió a inclinarse sobre la almohada. Pero era demasiado tarde. Al apartarse su mano se había movido bruscamente, y su madre se despertó con un sollozo lánguido, la mirada de terror perdida en el vacío, las gotas de sudor en su frente, gruesas, inmóviles.

—¡Madre! —exclamó Rosamond, alzándole la cabeza—. He vuelto. ¿No me conoces?

—¿Madre? —repitió con tono interrogativo y triste—. ¿Madre? —tras repetir la palabra por segunda vez, la cara se le iluminó de alegría y sorpresa, y de repente rodeó el cuello de su hija con ambos brazos—. ¡Oh, Rosamond de mi alma! ¡Si hubiese estado acostumbrada a despertarme y ver tu cara mirándome, te habría reconocido antes, a pesar de mi sueño! ¿Me has despertado tú, mi amor? ¿O lo he hecho yo sola?

—Me temo que te he despertado yo, madre.

—No digas «me temo». Me despertaría del más dulce de los sueños para ver tu cara y oír cómo me llamas madre. Tú, cariño, me has salvado del espanto de una de mis terribles pesadillas. ¡Oh, Rosamond!, creo que con tu amor podría vivir feliz si pudiera sacarme de la cabeza la Torre de Porthgenna; si pudiera olvidar para siempre el dormitorio en que murió la señora, y el cuarto en el que escondí la carta...

—Intentaremos olvidarnos de la Torre de Porthgenna ahora mismo —dijo Rosamond—. ¿Qué te parece si hablamos de otros lugares en los que he vivido, que tú nunca has visto? ¿O prefieres que te lea algo, madre? ¿Tienes aquí algún libro que te guste?

Miró más allá de la cama, a la mesa del otro lado de la habitación. Encima sólo había unos frascos de medicinas, algunas de las flores del tío Joseph en un vaso con

agua, y un costurero rectangular. Miró detrás suyo, donde estaba la cómoda: tampoco había ningún libro encima de ésta. Antes de volver de nuevo la mirada hacia la cama, se quedó con la vista perdida en la ventana. El sol se había ocultado más allá de los tejados de las casas: el final del día estaba tan cerca que parecía que podía tocarse con la mano.

—¡Si pudiera olvidar! ¡Ay, si pudiera olvidar! —dijo su madre suspirando trabajosamente y dando golpecitos con la mano sobre la colcha.

—¿Te encuentras lo bastante bien, querida, para entretenerte trabajando? —preguntó Rosamond, señalando la cajita rectangular de la mesa y tratando de conducir la conversación hacia tópicos cotidianos e inofensivos—. ¿Qué trabajo estás haciendo? ¿Puedo verlo?

Su rostro se deshizo de la mirada apenada y temerosa, y recuperó de nuevo el brillo de su sonrisa.

—No hay ningún trabajo ahí dentro —dijo—. Todos los tesoros que tenía en este mundo, hasta que has venido, están guardados en esa cajita. Ábrela, amor mío, y mira dentro.

Rosamond obedeció, poniendo la cajita sobre la cama, donde su madre pudiera verla fácilmente. El primer objeto que descubrió era un librito con una encuadernación oscura y gastada. Se trataba de una vieja edición de los *Himnos de Wesley*. Entre sus páginas había algunas briznas de hierba marchitas, y en una de las páginas en blanco estaba escrito: *Sarah Leeson, su libro. Regalo de Hugh Polwheal*.

—Míralo, cariño —dijo su madre—. Quiero que sepas esto: cuando llegue la hora en que tenga que dejarte, Rosamond, pónmelo sobre el pecho con tus propias manos, pon entre sus páginas un pequeño mechón de tu pelo y entiérrame en la tumba del cementerio de Porthgenna, donde él me ha estado esperando durante estos largos y fatigosos años. Las otras cosas que hay en la caja te pertenecen a ti; son pequeños recuerdos robados que me ayudaron a recordar a mi hijita cuando me encontraba tan sola en el mundo. Tal vez con el paso de los años, cuando tu pelo castaño empiece a ponerse blanco como el mío, te gustará enseñarles estas baratijas a tus hijos al hablarles de mí. No te importe, Rosamond, contarles cómo pecó y sufrió tu madre: al final, siempre puedes dejar que estas naderías hablen por ella. Hasta la más insignificante será una prueba de que siempre te quiso.

Sacó de debajo del libro de los *Himnos de Wesley* un pedazo de papel blanco cuidadosamente doblado, lo abrió y le mostró a su hija un puñadito de hojas marchitas de laburno.

—Esto, Rosamond, lo cogí de tu cama cuando fui a cuidarte a West Winston. Intenté llevarme un lazo de tu baúl después de haber cogido las flores: un lazo que yo sabía que había rodeado tu cuello. Pero en ese momento, se acercó el doctor y me asusté.

Volvió a doblar el papel, lo dejó a un lado, sobre la mesa, y a continuación sacó de la caja un pequeño dibujo arrancado de un libro. Representaba a una niña pequeña, con tocado de gitana, sentada a la orilla del agua trenzando un lazo de margaritas. No tenía ningún valor como dibujo, ni tan sólo el mérito mecánico de una buena impresión. Debajo había una línea escrita a lápiz, con letras descoloridas: *Rosamond, la última vez que la vi.*

—Nunca te hizo el suficiente mérito —dijo—. Pero aun así, había algo en él que me ayudó a recordar a mi hija del alma cuando era pequeña.

Puso el grabado a un lado, junto a las hojas de laburno, y cogió de la caja una hoja de un cuaderno de escritura, doblada por la mitad, de la cual cayó una pequeña tira de papel con unas diminutas letras impresas. Primero miró la tira.

—El anuncio de tu boda, Rosamond —dijo—. Me gustaba leerlo una y otra vez cuando estaba sola, tratando de imaginar qué aspecto tenías y qué vestido llevabas. Si hubiese sabido cuando te ibas a casar me hubiese arriesgado a entrar en la iglesia, mi amor, para veros a ti y a tu marido. Pero no pudo ser; y quizás fue mejor así, porque de haberte visto de ese modo furtivo, después, probablemente, me habría costado más superar mi sufrimiento. No he tenido otro recuerdo tuyo, Rosamond, excepto esta hoja de tu primer cuaderno de escritura. Un día, la niñera de Porthgenna hizo pedazos el resto para encender el fuego, y yo cogí esta hoja cuando ella no miraba. ¡Fíjate!, todavía no sabías escribir ninguna palabra; solamente hacías garabatos. ¡Ay!, cuántas veces me he sentado a mirar este trozo de papel y he tratado de imaginar que veía la mano de tu hijito pasando por encima, con la pluma entre sus deditos rosados. Mi amor, creo que he llorado más veces encima de estas primeras letras tuyas que sobre todos mis otros recuerdos juntos.

Rosamond miró hacia la ventana para ocultar las lágrimas que ya no podía contener.

Mientras las secaba, la visión del cielo que se oscurecía le advirtió que las sombras del crepúsculo se aproximaban. ¡Qué melancólica y lánguida se mostraba ahora la antes viva luz del oeste! ¡Y qué cerca estaba el final del día!

Al volverse de nuevo hacia la cama, su madre todavía estaba mirando la hoja del cuaderno.

—La niñera que hizo pedazos el resto para encender el fuego —dijo— era una buena amiga mía en esos primeros tiempos en Porthgenna. A veces me dejaba que te acostara, Rosamond, y nunca me hacía preguntas, ni se burlaba de mí, como hacía el resto. Siendo tan buena conmigo se arriesgaba a perder su puesto. La señora tenía miedo de que yo la traicionara si permanecía tanto tiempo en el cuarto de la niñera, y dio órdenes de que no fuese ahí, porque no era mi lugar. A ninguna de las otras criadas les impidió tanto como a mí que jugaran contigo y te besaran, Rosamond. Pero la niñera, ¡qué Dios la bendiga y la ayude por ello!, continuó siendo mi amiga. A

menudo, cuando la señora pensaba que estaba arreglando su habitación, yo te alzaba en mis brazos para acostarte en tu pequeña camita, amor mío, y te deseaba las buenas noches. Solías decir que te gustaba más tu niñera que yo, pero nunca te mostraste impertinente conmigo; y cuando yo te pedía un beso, ¡tú siempre me acercabas tus labios sonrientes!

Rosamond recostó suavemente la cabeza sobre la almohada junto a la de su madre.

—Intenta pensar menos en el pasado, querida, y más en el futuro —le suplicó en voz baja—, intenta pensar en el día en que mi hijo te ayudará a recordar esos tiempos pasados sin su tristeza; y en el día en que le enseñarás a que te acerque sus labios, igual que yo solía acercarte los míos.

—Lo intentaré, Rosamond; pero en el único futuro en que he pensado durante todos estos años ha sido en encontrarme contigo en el cielo. Si mis pecados son perdonados, ¿cómo sería nuestro encuentro? ¿Serías como mi pequeña hijita, la que ya no volví a ver después de que cumplió los cinco años? Me preguntaba si la misericordia de Dios me recompensaría por nuestra larga separación en la tierra. Me preguntaba si en ese mundo feliz me encontraría con tu carita de niña, y serías lo que tendrías que haber sido para mí en la tierra: el pequeño ángel que podría coger en brazos. Si en el cielo rezábamos, ¿te enseñaría allí las oraciones, como una suerte de consuelo por no habértelas podido enseñar aquí?

Hizo una pausa, sonrió tristemente y, cerrando los ojos, se entregó en silencio a soñar despierta aquellos pensamientos que todavía flotaban en su mente. Rosamond pensó que su madre tal vez podría volver a descansar si no la molestaba; así que ni se movió ni dijo nada. Después de observar un rato su cara tranquila, se dio cuenta de que la luz se estaba apagando lentamente, y se dio la vuelta para mirar a la ventana una vez más.

Las nubes del oeste llevaban los colores serenos del crepúsculo: el final del día había llegado.

En el momento en que movió su silla sintió la mano de su madre tocándole el hombro. Al volverse hacia la cama vio que tenía los ojos abiertos y la miraba. La miraba, pensó, con la expresión cambiada, de vacío.

—¿Por qué hablo del Cielo? —dijo en voz baja y volviendo de repente su mirada hacia el cielo que oscurecía—. ¿Cómo sé que estoy preparada para ir ahí? Y eso que no soy culpable de haber roto el juramento que le hice a la señora. Podrás decir de mí que nunca destruí la carta, y que nunca me la llevé conmigo cuando me marché de la casa. Intenté sacarla de la Habitación del mirto; pero lo único que quería era esconderla en algún otro lugar. Nunca pensé en sacarla de la casa. Nunca tuve intención de romper mi juramento.

—Oscurecerá pronto, madre. Voy a encender las velas.

Su mano ascendió suavemente y se colgó con firmeza del cuello de Rosamond.

—En ningún momento juré que le daría la carta al señor —dijo—. Esconderla no fue ningún crimen. ¿La encontraste en un retrato, Rosamond? Solían llamarlo el retrato del fantasma de Porthgenna. Nadie sabía lo viejo que era, o cuando llegó a la casa. La señora lo odiaba, porque la cara que había pintada tenía un extraño parecido con ella. Al poco de que yo llegara a Porthgenna me dijo que lo bajara de la pared y lo rompiera. Tuve miedo de hacerlo; así que lo escondí, mucho antes de que tu nacieras, en la Habitación del Mirto. ¿Encontraste la carta detrás del marco, Rosamond? Y a pesar de todo, ése era un buen sitio para esconderla. Nadie había encontrado nunca el retrato. ¿Por qué habrían de encontrar la carta que estaba escondida en él?

—¡Déjame que vaya a buscar una vela, madre! ¡Estoy segura de que te gustaría tener una vela encendida!

—¡No, no quiero ninguna vela ahora! Dale tiempo a la oscuridad para que se junte ahí abajo, en el rincón de la habitación. Incorpórame y acércame a ti, y déjame hablar en voz baja.

Al incorporarla, su madre apretó todavía más el brazo con el que se aferraba a ella. La luz débil de la ventana le cayó de lleno en la cara, y se reflejó sombríamente en su mirada ausente.

—Estoy esperando algo que llega con el crepúsculo antes de que enciendas las velas —dijo con un susurro y respirando con dificultad—. ¡La señora, ahí abajo! —y señaló el rincón más alejado de la habitación, cerca de la puerta.

—¡Madre! ¡Por el amor de Dios!, ¿qué es?, ¿qué le ocurre?

—Sí, sí, llámame madre. Así, si viene, no podrá quedarse cuando te oiga llamarme madre cuando nos vea por fin juntas, queriéndonos y conociéndonos la una a la otra, a pesar suyo. ¡Oh, mi niña cariñosa tierna y piadosa! ¡Sólo con que puedas librarme de ella viviré mucho tiempo más! ¡Y qué felices seremos las dos!

—¡No hables así! ¡No mires así! Cálmate y cuéntamelo, querida madre.

—¡Silencio!, ¡silencio!, te lo voy a contar. Me amenazó en su lecho de muerte. Si le llevaba la contraria vendría del otro mundo. ¡Rosamond! La he contrariado y ha mantenido su promesa: desde ese día ha mantenido su promesa. ¡Mira! ¡Ahí abajo!

Su brazo izquierdo estaba todavía aferrado alrededor del cuello de Rosamond. Alargó su brazo derecho hacia el rincón, y agitó la mano despacio hacia el vacío.

—¡Mira! —dijo—. Ahí está, acude siempre a verme cuando termina el día; con el vestido negro barato, el que le hice con mis manos culpables; con la sonrisa que había en su cara cuando me preguntó si parecía una criada. ¡Señora! ¡Señora! ¡Oh, ya puede descansar! ¡El secreto ya no nos pertenece sólo a nosotras! ¡Ya puede descansar! ¡Mi hija vuelve a ser mía! ¡Ya puede descansar! ¡Y no se interponga entre nosotras nunca más!

Se detuvo; jadeaba, no podía respirar. Posó su mejilla ardiente y palpitante sobre la mejilla de su hija.

—¡Llámame madre otra vez! —susurró—. ¡Dilo en voz alta y aléjala de mí para siempre!

Rosamond venció el terror que la hacía temblar de pies a cabeza y pronunció la palabra.

Su madre se inclinó un poco hacia delante, todavía jadeando y haciendo lo imposible por respirar, y forzó la mirada hacia la apacible oscuridad crepuscular del último rincón de la habitación.

—¡Se ha ido! —exclamó de repente con un grito victorioso—. ¡Oh, Dios misericordioso, Dios misericordioso! ¡Por fin se ha ido!

Se puso de rodillas sobre la cama. Por un instante, mientras se aferraba a la cara de su hija con una última mirada afectuosa, sus ojos resplandecieron a la luz del crepúsculo con una belleza radiante, de otro mundo.

—¡Oh, amor mío! ¡Ángel mío! —murmuró—. ¡Qué felices seremos! —y diciendo estas palabras rodeó a Rosamond por el cuello con ambos brazos y besó arrebatadoramente los labios de su hija. El beso se prolongó hasta que su cabeza se hundió lentamente en el pecho de Rosamond; se prolongó hasta que llegó el momento de la misericordia divina, y su corazón fatigado encontró por fin descanso.

CAPÍTULO V

Cuarenta mil libras

No hay ningún dicho popular tan aceptado como la máxima que afirma que el Tiempo todo lo cura; y probablemente no hay ningún otro dicho que exprese la verdad de un modo tan imperfecto. El trabajo que debemos hacer, las responsabilidades que debemos tomar, el ejemplo que tenemos que dar a los demás: todo esto es lo que cura, pues éstos son los primeros remedios para la enfermedad de la tristeza, El tiempo no posee sino la virtud negativa de ir dejando que la pena se agote por su propio uso. ¿Quién, que haya sido un poco observador, no se ha dado cuenta de que, de todos nosotros, los que se han repuesto más rápidamente de su enorme tristeza por la muerte de alguien son aquéllos que tienen más deberes que cumplir en la vida? Cuando la sombra de la fatalidad se posa sobre nuestro hogar, la pregunta que debemos hacernos no es cuánto tiempo habrá de pasar para que el sol vuelva a brillar para nosotros, sino cuántos quehaceres tenemos que nos obliguen a marchar hacia adelante, al lugar en que la luz del sol nos está esperando. El Tiempo podrá arrogarse muchas victorias, pero no la de haber vencido jamás a la tristeza. Lo que realmente cura la muerte y la ausencia de un ser querido se halla en la necesidad de pensar en los que se quedan.

La historia de la vida cotidiana de Rosamond, ahora que la oscuridad de una gran pena había caído sobre ella, fue el ejemplo de esta verdad. No fue el lento pasar de los días lo que la ayudó a levantarse de nuevo, sino la necesidad, que no iba a esperar el discurrir del tiempo; la necesidad, que le hizo recordar cuáles eran sus deberes con el esposo que había sufrido con ella, con el hijo cuya vida estaba unida a la de ella, y con el anciano cuya pena incurable no podía encontrar apoyo sino en el consuelo que ella pudiera darle, ni aprender ninguna lección de resignación que no fuese el ejemplo que ella misma pudiera ofrecerle.

Desde el principio, la responsabilidad de consolarlo había recaído exclusivamente sobre sus hombros. Antes de que se hubiera cumplido una hora desde que había oscurecido, Rosamond tuvo que apartarse de la cama ante la necesidad de salir a su encuentro en la puerta y prepararlo para saber que estaba llegando al lecho de muerte. Contarle la terrible verdad, gradual y suavemente, hasta que la encontrara cara a cara; sostenerlo en el impactante momento en que tuviera que aceptarlo, ayudarle a recuperar su estado de ánimo después del inevitable impacto que le habría de golpear de lleno: éstas eran las obligaciones sagradas que reclamaban la devoción de Rosamond y que le prohibían a su corazón y a su amor propio alojarse egoístamente en su propia tristeza.

Parecía un hombre cuyas facultades estuvieran aturdidas por una convalecencia.

Solía sentarse durante horas y horas junto a su caja musical, ausente, dándole de vez en cuando una palmadita y hablando solo en voz baja mientras la miraba, pero sin intentar ponerla en marcha. Era el único recuerdo que le quedaba de todas las alegrías y las penas, de los buenos momentos de la familia y del cariño de días pasados. Cuando Rosamond se sentó por primera vez junto a él y le cogió la mano para consolarlo él miró de un lado a otro con ojos perdidos, de la cara compasiva de Rosamond a la caja de música, y repitió para sí mismo, con expresión ausente, las mismas palabras una y otra vez: «¡Ya se han ido todos: mi hermano Max, mi esposa, mi pequeño Joseph, mi hermana Agatha, y mi sobrina Sarah! Nos han dejado solos en el mundo a mí y a mi cajita. Mozart ya no puede seguir cantando. ¡Ha terminado de cantar para el último de ellos!». Al llegar el segundo día, nada cambió en él. El tercero, Rosamond puso respetuosamente el libro de Himnos sobre el pecho de su madre, introdujo entre sus páginas un mechón de sus cabellos y besó la cara triste y serena de Sarah por última vez.

El viejo presenció esa silenciosa despedida, y cuando terminó se fue con Rosamond. Al lado del ataúd, y después, cuando Rosamond lo llevó junto a su marido, estuvo en todo momento sumido en la misma apatía, en la misma tristeza que lo había sometido desde el primer momento. Pero cuando empezaron a hablar sobre el traslado de los restos al cementerio de la iglesia de Porthgenna al día siguiente, observaron que sus ojos húmedos brillaban de repente y que escuchaba atentamente cada una de sus palabras. Al cabo de un rato se levantó de su silla, se acercó a Rosamond y la miró ansiosamente a la cara.

—Creo que me sentiría mejor si me dejaran ir con ella —dijo—. Si hubiese vivido, ella y yo deberíamos haber ido juntos a Cornwall. ¿Permitirán que vayamos juntos, ahora que ella ha muerto?

Rosamond mostró su desaprobación dulcemente, e intentó hacerle ver que lo mejor era que trasladara los restos el criado de su marido, en cuya fidelidad se podía confiar, y cuya posición le convertía en la persona más adecuada para hacerse cargo de los cuidados y las responsabilidades que los parientes más cercanos no eran capaces de sobrellevar con la suficiente serenidad. Le dijo que su marido tenía intención de quedarse en Londres para darle a ella un día de descanso y calma, que necesitaba imperiosamente, y que después se proponían volver a Cornwall a tiempo para llegar a Porthgenna antes de que el funeral tuviera lugar; y le rogó encarecidamente que no pensara en la posibilidad de separarse de ellos en ese momento de dificultad y desgracia que atravesaban, cuando era necesario que los tres estuvieran lo más unidos posible por los lazos de simpatía y tristeza.

La escuchó silenciosa y sumisamente, pero cuando hubo terminado repitió su sencilla petición. El único pensamiento que había en su mente era el de volver a Cornwall con lo único que le quedaba en esta tierra de la hija de su hermana. Tanto

Leonard como Rosamond se dieron cuenta de que era inútil llevarle la contraria, y que era una crueldad hacer que se quedara con ellos y un acto de generosidad dejarle marchar. Después de hablar con el criado para encargarle que le ahorrara al tío Joseph cualquier problema o dificultad, que le animara concediéndole cualquier deseo que manifestara, y que le protegiera y le ayudara en lo posible, dejaron que cumpliera el único deseo de su corazón que todavía le unía a sus días pasados.

—Pronto les podré dar las gracias de un modo mejor —dijo al despedirse— por dejar que me marche de este alboroto de Londres con todo lo que me queda de Sarah, mi sobrina. Me secaré las lágrimas lo mejor que pueda e intentaré tener más valor cuando nos volvamos a encontrar.

Al día siguiente, cuando estaban solos, Rosamond y su marido encontraron refugio de la angustiante opresión del presente hablando juntos del futuro, y de cómo influiría el cambio de su fortuna en sus planes y proyectos para el futuro. Después de agotar este asunto, la conversación derivó hacia el tema de los amigos y en la necesidad de informar a algunos de sus más antiguos compañeros acerca de los sucesos que habían acompañado al descubrimiento de la Habitación del Mirto.

Mientras consideraban esta cuestión, el primer nombre que salió de sus labios fue el del Doctor Chennery. Rosamond, temiendo el efecto que pudiera tener en su estado de ánimo el permitir que su cabeza permaneciera desocupada, se ofreció de buen grado a escribirle al reverendo de inmediato, dándole una breve explicación de lo que había sucedido desde la última vez que se habían comunicado con él y pidiéndole que ese año cumpliera el compromiso que había adquirido hacía mucho tiempo, con su marido y ella misma de pasar sus vacaciones de otoño con ellos en la Torre de Porthgenna. El corazón de Rosamond suspiraba por ver a su viejo amigo; y le conocía lo bastante bien para saber que una simple insinuación de la tristeza que había caído sobre ella, y de la difícil prueba que había tenido que pasar, iban a ser más que suficientes para que se encontraran de nuevo en cuanto el Doctor Chennery pudiera hacer sus preparativos para partir de viaje.

Al escribir esta carta le vino a la memoria el recuerdo de otro amigo, cuya familiaridad con Leonard y Rosamond era más reciente, pero cuya conexión con la primera de la serie de circunstancias que habían llevado al descubrimiento del secreto le daba cierto derecho a compartir su confianza. Este amigo era el señor Orridge, el doctor de West Winston, quien había sido la causa accidental de haber conducido a la madre de Rosamond junto a su cama. A él le escribió después, reconociendo la promesa que le había hecho, al partir de West Winston, de darle a conocer el resultado de la búsqueda de la Habitación del Mirto; e informándole de que había concluido con el descubrimiento de unos sucesos muy tristes, de naturaleza familiar, que ahora ya pertenecían al pasado. Teniendo en cuenta la clase de relación que tenían con un amigo como el señor Orridge, no creyeron necesario tener que contarle

nada más.

Rosamond había escrito la dirección de esta segunda carta y se hallaba como ausente, dibujando líneas con la pluma en el papel secante, cuando se sobresaltó al oír cómo varias voces enfadadas discutían fuera, en el pasillo. Casi antes de que pudiera siquiera imaginar a qué se debía el ruido, la puerta fue empujada violentamente y un hombre mayor, alto, vestido zarrapastrosamente y con cara avinagrada y ojerosa, y una barba gris y desigual, entró pomposamente seguido del indignado encargado de los camareros del hotel.

—Le he dicho tres veces a esta persona —dijo el encargado, con gran énfasis en la palabra «persona», que el señor y la señora Frankland...

—No estaban en su habitación —interrumpió el hombre mal vestido, terminando la frase por el camarero—. Sí, eso es lo que me ha dicho, y yo le he contestado que el Hombre sólo utiliza el don del habla para contar mentiras, y que consecuentemente no le creía. Usted ha dicho una mentira. Aquí los tiene, al señor y la señora Frankland: los dos en su habitación. Vengo por un asunto y sólo quiero hablar con ellos cinco minutos. Tomo asiento sin que me lo pidan, y yo mismo anuncio mi nombre: Andrew Treverton.

Con esas palabras se sentó tan frescamente en la silla más cercana. Leonard se puso rojo de indignación mientras Andrew hablaba, pero Rosamond se anticipó antes de que su marido pudiera decir una sola palabra.

—Es inútil, querido, que te enfades con él —le dijo en voz baja—. Con un hombre como éste lo mejor es tomárselo con calma —le hizo una señal al encargado, dándole permiso para salir de la habitación, y luego se giró hacia el señor Treverton—. Ha irrumpido usted aquí, señor, en un momento en que no podemos permitirnos ninguna clase de disputa, porque nos aflige una pena muy grande. Tenemos intención de mostrar más consideración por su edad de la que usted ha mostrado por nuestra tristeza. Si tiene algo que decirle a mi marido, él estará dispuesto a escucharle tranquilamente, por el amor que me tiene.

—Y yo voy a ser breve con él y con usted, por el amor que me tengo —continuó el señor Treverton—. Ninguna mujer ha tenido todavía la oportunidad de afilar su lengua conmigo mucho rato, ni la va a tener jamás. He venido aquí a decir tres cosas. Primero: su abogado me ha contado lo del descubrimiento de la Habitación del Mirto, y cómo obraron después. En segundo lugar, tengo su dinero. Y tercero, tengo intención de quedármelo. ¿Qué les parece eso?

—Creo que no debería usted molestarse en permanecer en esta habitación más tiempo si el único motivo por el que ha venido aquí es el de decirnos algo que ya sabemos —replicó Leonard—. Sabemos que tiene usted el dinero, y nunca dudamos de que tendría la intención de quedárselo.

—¿Y está muy seguro, de eso? —dijo el señor Treverton—. ¿Seguro que no tiene

la remota esperanza de que en el futuro algún vericuetto de la ley me saque otra vez el dinero del bolsillo y lo vuelva a poner en el suyo? No voy a engañarles: no hay ni una sombra de esperanza de que se produzca una cosa así, o de que yo me vuelva generoso y les recompense por mi propia voluntad por el sacrificio que han hecho. Ya he estado en la Cámara de los Comunes, la administración me ha concedido el permiso, he recogido legalmente el dinero, mi banquero lo ha puesto a buen recaudo, y nunca he tenido un solo sentimiento de generosidad en mi corazón desde el día en que nací. Ésa era la opinión que mi hermano tenía de mí, y él sabía más acerca de mi carácter que ninguna otra persona. Una vez más, les digo que ninguno de los dos va a volver a ver jamás ni un solo cuarto de penique de esa gran fortuna.

—Y una vez más, le digo a usted —dijo Leonard— que no deseamos oír lo que ya sabemos. Para mi conciencia y la de mi esposa es un alivio haber renunciado a una fortuna que no teníamos ningún derecho a poseer; y tengo que decirle, tanto en nombre de ella como en el mío, que su intento de atribuirle un motivo interesado a nuestra renuncia es un insulto para nosotros, y debería avergonzarse de haberlo dicho.

—¡Así que ésa es su opinión! —dijo el señor Treverton—. ¡Así que usted, que ya no tiene el dinero, me habla a mí, que soy quien lo tiene, de ese modo! Disculpe, ¿y usted?, ¿aprueba el trato que su marido le está dando a un hombre rico, que de ese modo puede que se quede con la fortuna de ustedes dos? —preguntó, dirigiéndose con voz aguda a Rosamond.

—Puede estar seguro de que lo apruebo —respondió ella—. Nunca en mi vida he estado más de acuerdo con él de lo que estoy ahora.

—¡Oh! —dijo el señor Treverton—. ¡Entonces, parece que usted no está más preocupada que él por la pérdida del dinero!

—Ya le ha contado mi marido —dijo Rosamond—, que para mi conciencia es un alivio tan grande como para la suya el haberlo entregado.

El señor Treverton puso vertical el grueso bastón que llevaba consigo y se lo metió entre las rodillas cuidadosamente; cruzó los brazos sobre él, apoyó la barbilla y, en esa posición de investigador perspicaz, miró fijamente a Rosamond a la cara. «Ojalá hubiese traído a Shrowl conmigo —se dijo a sí mismo—. Me hubiese gustado que viera esto. A mí me ha dejado desconcertado, y creo que a él también le hubiese pasado lo mismo. Estos dos —continuó pensando el señor Treverton, mirando con perplejidad de Rosamond a Leonard y de Leonard a Rosamond—, tienen toda la apariencia de ser humanos. Caminan sobre sus patas traseras, expresan fácilmente ideas emitiendo sonidos articulados, les han sido concedidos los rasgos físicos característicos, y por lo que respecta al peso, la altura y el tamaño, a mí me parecen las clásicas criaturas humanas, del tipo normal y civilizado. Y aun así, ahí están, tomándose la pérdida de una fortuna de cuarenta mil libras tan tranquilamente como Creso, rey de Lidia, se hubiese tomado la pérdida de medio penique».

Se levantó, se puso el sombrero, apretó el bastón bajo su brazo y se acercó a Rosamond.

—Me voy —dijo—. ¿Quiere usted estrecharme la mano?

Rosamond le ofreció su espalda con desprecio.

El señor Treverton emitió una risita con aire de suprema satisfacción.

Mientras tanto, Leonard, sentado junto al fuego, rojo de rabia, había buscado a tientas el cordón de la campanilla y acababa de cogerla en el momento en que el señor Treverton se acercó a la puerta.

—No llames, Lenny —dijo Rosamond—. Se va por su voluntad.

El señor Treverton salió al pasillo; después echó una ojeada a la habitación con expresión de extrañeza y curiosidad, igual que si hubiese estado mirando una jaula con dos animales de una especie de la que nunca hubiera oído hablar antes. «He visto cosas raras en mi vida —se dijo a sí mismo—. He tenido una experiencia estrambótica con este planeta fraudulento y con las criaturas que lo habitan, pero ningún fenómeno me había dejado tan desconcertado como lo han hecho estos dos». Cerró la puerta sin decir una sola palabra más y Rosamond todavía pudo oír cómo se reía entre dientes mientras se iba alejando por el pasillo. Diez minutos después, el camarero subió una carta sellada dirigida a la señora Frankland. Había sido escrita, dijo, en la cafetería del hotel por la «persona» que había irrumpido en la habitación del señor y la señora Frankland. Tras habérsela dado al camarero para que éste la entregara, se había marchado a toda prisa, haciendo oscilar placenteramente su bastón y riéndose él solo.

Rosamond abrió el sobre.

Había un cheque barrado, con el nombre de ella, por cuarenta mil libras.

También había unas pocas líneas, con la siguiente explicación:

Cojan de nuevo su dinero. Primero, porque usted y su marido son las dos únicas personas que he conocido nunca, que no tienen la menor posibilidad de que se conviertan en unos bribones por el hecho de hacerse ricos. Segundo, porque han contado la verdad, a sabiendas de que su confesión significaba perder dinero, y guardársela quería decir salvar una fortuna. Tercero, porque usted no es hija de la comedianta. Cuarto, porque no puede hacer nada por evitarlo, porque si no quieren el dinero ahora se lo dejaré en herencia cuando muera. Adiós. No vengán a verme, no me escriban cartas de agradecimiento, no me inviten al campo, no ensalcen mi generosidad. Y sobre todo, no tengan nada más que ver con Shrowl.

Andrew Treverton

Lo primero que hizo Rosamond, después de que ella y su marido hubiesen salido

de su asombro, fue desobedecer el requerimiento que le prohibía enviarle ninguna carta de agradecimiento al señor Treverton. El mensajero, enviado a Bayswater con la nota de Rosamond, regresó sin respuesta, e informó de que un hombre invisible le había dado ásperamente instrucciones de tirar la carta por encima de la tapia del jardín y marcharse inmediatamente, amenazándole con partirle la cabeza.

El señor Nixon, a quien Leonard había pasado de inmediato el recado de lo que había sucedido, se ofreció voluntario para ir a Bayswater esa misma tarde, e hizo un intento por ver al señor Treverton de parte del señor y la señora Frankland. Encontró a Timón de Londres más accesible de lo que había pensado. El misántropo estaba, por una vez en su vida, de buen humor. Este extraordinario cambio se lo había producido la satisfacción que había experimentado al despedir a Shrowl, por haber dicho éste, que su señor no era una compañía adecuada para él después de haber cometido tal acto de estupidez, como era haberle devuelto a la señora Frankland sus cuarenta mil libras.

—Le he dicho —dijo el señor Treverton, explicando con una risita ahogada cómo recordaba la escena de despedida entre él y su sirviente— que de ningún modo esperaba su comprensión, y que, bajo esas circunstancias, no podía retenerle en su puesto; le he rogado que juzgara mi comportamiento lo más indulgentemente que pudiera, porque la causa primera que me había llevado a tal conducta era, después de todo, el hecho de que él hubiera copiado el plano de Porthgenna con el que la señora Frankland había llegado a descubrir la Habitación del Mirto; le he felicitado por haber obtenido una recompensa de cinco libras a cambio de ser el artífice de la pérdida de una fortuna de cuarenta mil, y lo he puesto de patitas en la calle con una reverencia humilde y educada que por poco le hace enloquecer. En todo este tiempo que hemos estado juntos Shrowl y yo hemos tenido nuestras buenas agarradas. Hasta el día de hoy siempre había logrado estar a mi altura, y hoy, por fin, ¡le he dado una buena patada en el trasero!

A pesar de que el señor Treverton estaba deseoso de hablar de la derrota y despido de Shrowl durante tanto tiempo como el abogado estuviera dispuesto a escucharle, no hubo forma de que quisiera hablar del asunto de la señora Frankland cuando el señor Nixon intentó llevar la conversación hacia ese tema. No quería oír ningún mensaje. No quería hacer ninguna promesa respecto al futuro. Todo cuanto le pudo sacar acerca de sí y de sus proyectos fue que tenía pensado renunciar a la casa de Bayswater y viajar de nuevo con el propósito de estudiar la naturaleza humana, en distintos países, de acuerdo con un proyecto que todavía no había puesto en práctica. Intentaría averiguar si, además de lo malo, podía haber algo de bueno en las personas. Dijo que la idea le había surgido tras la ansiedad sufrida en su intento por indagar si el señor y la señora Frankland eran unos seres humanos fuera de lo común o no. Por el momento, estaba dispuesto a pensar que sí lo eran, y que era poco probable que de

sus viajes obtuviera ningún resultado satisfactorio. El señor Nixon le pidió encarecidamente algún mensaje amistoso que pudiera traer de vuelta junto a la noticia de su partida. Su petición no obtuvo otra respuesta que una risita sardónica, seguida de este discurso de despedida que el señor Treverton le hizo al abogado en la misma puerta del jardín:

—Dícales a esos dos seres sobrehumanos —comenzó Timón de Londres— que puede que me canse y desista de mis viajes cuando menos se lo esperen, y que tal vez vuelva para echarles una ojeada. Personalmente no siento ningún interés por ninguno de los dos; pero creo que de entre todo el lamentable espectáculo de la humanidad, me va a gustar llevarme una buena sensación otra vez antes de morir.

CAPÍTULO VI

El amanecer de una nueva vida

Cuatro días después, Rosamond, Leonard y el tío Joseph se encontraron en el cementerio de la iglesia de Porthgenna.

La tierra a la que todos regresamos se había cerrado sobre Ella. El fatigoso peregrinaje de Sarah Leeson había llegado por fin a su silencioso final. La tumba del minero, de la que ella misma había arrancado en dos ocasiones briznas de hierba como recuerdo, le ofreció una vez muerta, el hogar que en vida nunca había llegado a tener. Antes de llegar al lugar de su descanso, el bramido del oleaje se perdía en un murmullo. El viento, que peinaba alegremente la extensa ciénaga, hizo una pequeña pausa al encontrarse con los viejos árboles que vigilaban las tumbas y recobró suavemente su empuje a través del seto de mirto que los abrazaba a todos por igual en un círculo verde y brillante.

Habían pasado unas horas desde que había terminado la lectura de las últimas palabras de los servicios fúnebres. El fresco césped ya estaba apisonado sobre el montículo, y la vieja lápida con el epitafio del minero había sido levantada una vez más en su antiguo lugar, en la cabeza de la tumba. Rosamond le estaba leyendo en voz baja a su marido la inscripción. Mientras, tío Joseph se había alejado unos pasos de ellos y se había arrodillado al pie del montículo. Estaba acariciando y alisando tiernamente el césped recién extendido, igual que a menudo le alisaba el cabello a Sarah en los lejanos días en que ella era joven, e igual que le había acariciado la mano tiempo después, cuando su corazón estaba cansado y su pelo era gris.

—¿Crees que deberíamos añadir alguna palabra a estas viejas y desgastadas letras, o las dejamos tal como están? —dijo Rosamond después de haber leído la inscripción—. Queda un espacio en la piedra. ¿Crees que deberíamos llenarlo, amor, con las iniciales del nombre de mi madre y la fecha de su muerte? Siento que el corazón me pide que haga sólo eso.

—Pues adelante, Rosamond —dijo su marido—. Ésa inscripción corta y sencilla es lo más adecuado, es lo mejor.

Mientras su marido le respondía, ella miró hacia el pie de la tumba, y luego dejó a su marido un momento, para acercarse al anciano.

—Cójame de la mano, tío Joseph —le dijo, y le tocó suavemente el hombro—. Cójame de la mano y volvamos juntos a casa.

Él se levantó y la miró con expresión de duda. La caja de música, dentro de su gastada funda de cuero, estaba en la tumba, cercana al lugar en el que había estado de rodillas. Rosamond la recogió de la hierba y se la colgó a tío Joseph en el costado, donde la había llevado cada vez que estaba lejos de casa. Él suspiró al darle las

gracias.

—Mozart no puede cantar más —dijo—. ¡Ha cantado la última!

—No diga «la última» todavía —dijo Rosamond—; no diga «la última» mientras yo esté viva. Estoy segura de que Mozart me cantará a mí, por el amor de mi madre.

Una sonrisa, la primera que había visto desde el comienzo de la tristeza que los había embargado a todos, apareció, temblorosa e indecisa, en los labios de tío Joseph.

—Eso me consuela —dijo él—; todavía hay consuelo para el tío Joseph cuando oye eso.

—Cójame de la mano —repitió ella dulcemente—. Venga a casa con nosotros.

Miró la tumba con ansiedad.

—Vendré con usted —dijo—, si pasa usted primero hasta la verja.

Rosamond cogió a su marido del brazo y lo guió hasta el sendero que conducía a la salida del camposanto. Cuando los hubo perdido de vista, tío Joseph se arrodilló una vez más al pie de la tumba y apretó sus labios contra el fresco césped.

—Adiós, hija mía —susurró, y puso su mejilla sobre la hierba durante un momento antes de volver a ponerse de pie.

En la verja, Rosamond le estaba esperando. Su mano derecha descansaba sobre el brazo de Leonard; su mano izquierda estaba extendida esperando a que tío Joseph la cogiera.

—¡Qué brisa tan fresca! —dijo Leonard—. ¡Qué sonido más bonito llega del mar! Sin duda, es un excelente día de verano.

—El más sereno y hermoso de todo el año —dijo Rosamond—. Las únicas nubes del cielo son de un blanco reluciente; las únicas sombras sobre la ciénaga son tenues y se ocultan bajo el brezo. ¡Oh Lenny, hoy es un día tan distinto de aquel de fría crueldad e insoportable calor en que hallamos la carta en la Habitación del Mirto! Incluso la oscura torre de nuestra vieja casa, ahí, parece que brilla más que nunca, como si estuviese esperando a darnos la bienvenida a una nueva vida. Haré lo posible para que sea una vida feliz para ti y para el tío Joseph; feliz como la luz del sol bajo la que ahora estamos caminando. Amor mío, si está en mis manos, nunca te arrepentirás de haberte casado con una esposa que no tiene derecho a los honores de un apellido familiar.

—Nunca podré arrepentirme de mi matrimonio, Rosamond, porque no podré olvidar nunca la lección que mi esposa me ha enseñado.

—¿Qué lección, Lenny?

—Una muy antigua, mi amor, que no se aprende muy a menudo. El más alto honor, Rosamond, es aquel que ningún accidente puede arrebatarte: es el honor que dan el AMOR y la VERDAD.



WILKIE COLLINS, nació el 8 de enero de 1824 en Londres (Inglaterra), hijo de Harriet Geddes y del pintor William Collins. Estudió pintura en su niñez y más tarde leyes en Lincoln's Inn, aunque jamás ejerció la abogacía, dedicando todo su tiempo a la literatura, profesión que le llevó a convertirse en el impulsor de la novela detectivesca en el Reino Unido. Después de redactar en 1848 una biografía de su padre, Collins escribió el título histórico "*Antonina o la caída de Roma*" (1850) su primera novela, continuada por "*Basil*" (1852), un libro alabado por Charles Dickens, a quien le unía una estrecha amistad desde 1851. En 1858 Wilkie se enamoró de una mujer viuda llamada Caroline Graves, con quien convivió durante largos años. "*La dama de blanco*" (1860) le granjearía la inmortalidad. Novela de intriga y misterio victoriana aparecida por entregas en «Household Worlds», publicación dirigida por Dickens en la que colaboraba desde el año 1856. El empleo de diversas perspectivas, la captación de sugerentes atmósferas, su retrato de personajes y la habilidad para la creación de complejas tramas fueron algunos de los factores clave del éxito de los textos de Collins.

Posteriormente y de manera prolífica publicó varios libros de relatos y novelas como "*El secreto de Sarah*" (1857), "*Sin nombre*" (1862), "*Armadale*" (1866), "*La piedra lunar*" (1868), uno de los primeros títulos de detectives en la historia de la literatura británica. "*Doble engaño*" (1873), "*La ley y la dama*" (1875), "*El Hotel encantado*" (1878), "*Las hojas caídas*" (1879), "*El Hombre de negro*" (1881), "*El legado de Caín*" (1889), o la novela póstuma "*Blind Will*" (1890), libro terminado de escribir por su íntimo amigo Walter Besant. El mismo año de la publicación de *La*

pedra lunar, Collins, sin dejar a Caroline, comenzó también una relación amorosa con Martha Rudd. Wilkie Collins, que sufría de agudos dolores reumáticos y era habitual consumidor de láudano, murió el 23 de septiembre de 1889. Tenía 65 años.

NOTAS

[1] Manifiesto suscrito por la Iglesia Anglicana. (*N. del T.*) <<

[2] Liberal o perteneciente al Partido Liberal. (*N. del T.*) <<

[3] Conservadora o perteneciente al Partido Conservador. (N. del T.) <<

[4] En inglés, foot-rule, medida de doce pulgadas de longitud. Una pulgada equivale a 2,54 cm. (*N. del T.*) <<